MEDITACIONES ESPIRITUALES

P. Luis de la Puente

Tomo primero

Contiene desde el primer día de enero hasta el primer día de Pascua de Resurrección

Meditaciones espirituales

P. Luis de la Puente

1900

MEDITACIONES ESPIRITUALES

SACADAS EN GRAN PARTE DE LAS

DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

de la Compañía de Jesús

Y ACOMODADAS

Á TODOS LOS DÍAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO

POR EL

P. FRANCISCO DE P. GARZÓN

DE LA MISMA COMPAÑÍA

TOMO PRIMERO

Contiene desde el día primero de Enero hasta el día de Pascua de Resurrección.

ADMINISTRACION

DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

Plaza de Santo Domingo, 14, bajo

MADRID

Imprimatur

Matriti, 1 Januarii 1900.

JACOBUS VIGO, S. J.

Praepositus Provinciae Toletanae.

ES PROPIEDAD.

Con licencia eclesiástica.

AL LECTOR

EXTRAÑO podrá parecer á muchos, que siendo tal y tanta la muchedumbre de libros de meditaciones, ó escritos en nuestra lengua ó traducidos de las extranjeras, hayamos pensado en dar á la pública luz uno nuevo, cuando en realidad tantos sobran, y muchos de los que más corren en manos de las gentes devotas son, ó muy poco útiles, ó al menos seguramente, no necesarios.

Pero si se para mientes, no ya en el número, sino en la calidad de tales obras, examinándolas despacio y á la luz de un juicio recto, veráse que la mayor parte, ni satisfacen los deseos de una piedad sólida, ni llenan los anhelos de un entendimiento ávido de la luz clara y abundante que brota de las verdades de nuestra fe; ni en una palabra, ofrecen á los lectores el jugo de doctrina, ni la unción mística que

en ellos buscan las personas dadas á los ejercicios de la meditación diaria. Porque, á la verdad, unos pecan de tan concisos y escuetos, y proponen la materia de los puntos tan á la ligera y como en síntesis y abreviatura, que á gentes poco avezadas á la vida interior, ó poco hechas á desenvolver y desentrañar, mediante el trabajo serio de las facultades del alma, lo que allí sólo en gérmen ó semilla fecundísima se contiene, las dejan tan áridas y secas, que por todo fruto suelen sacar de tales libros el hastío de un ejercicio que no cuadra ni á lo rudo ó perezoso de sus entendimientos, ni á lo frío y seco de sus corazones.

Otros libros por el contrario, resultan tan extensos y difusos, y proponen la meditación de modo tan cabal y completo, que más que para meditar y trabajar el lector por sí y para sí, son buenos para leer y descansar, deleitándose santamente. El entendimiento más agudo y perspicaz nada tiene que discurrir, antes quedará tan pagado y satisfecho, que nada le quedará que desear en la materia.

Mas no es ese seguramente el fin de la meditación, que supone no esfuerzos, ni discursos, ni afectos, ni propósitos ajenos, sino algo más, que no se busque ni se encuentre en los libros, sino que brote de nosotros mismos, como de nativo y mucho más provechoso manantial. Porque, es claro, que orar y meditar no es leer cosas muy altas y discretas de Dios, ni penetrar por medio de humana sabiduría en sus más recónditos y obscuros arcanos, iluminándolos con la luz de la verdad revelada y los destellos de

nuestra humana razón; ni es tampoco oir hablar soberanamente de Dios, escudriñando y buscando con incansable afán la doctrina celestial; orar es hablar personalmente y sin intermediarios ni intérpretes con la Majestad divina; es elevarnos, como los ángeles, al íntimo trato y comunicación con Dios y subir hasta su luz inaccesible desde la lobreguez y obscuridad de nuestra nada y desde el abismo de nuestros pecados: es oirle, recibir de Él la manifestación de sus verdades y de sus secretos más íntimos; recibir de Él la justa y severa reprensión de nuestras faltas y miserios, escuchar de su divina boca la dulce esperanza del perdón de nuestras culpas; beber en su corazón divino, como en torrente de celestiales delicias, consuelos inefables que el mundo ignora; en una palabra, orar es estudiar por nosotros mismos á la luz inconmutable del eterno sol de la verdad, lo que somos nosotros, lo que es el mundo, lo que es Dios; y con esa luz y con sus rayos invariables, verlo todo y juzgar de todo, lo transitorio y eterno, lo celestial y lo terrestre.

El hecho es, y nadie, que no sea del todo lego en estas materias lo podrá negar, que de los libros en lengua patria escritos sobre meditaciones, los unos, por extremadamente lacónicos, sólo sirven para personas religiosas que apenas han menester una breve indicación, y como materia primera para la meditación diaria, no para gentes devotas pero que viven en el mundo, á las que es preciso por su poca práctica y aptitud en general, prepararles ese manjar diario para el espíritu con más abundancia y más esmero.

en ellos buscan las personas dadas á los ejercicios de la meditación diaria. Porque, á la verdad, unos pecan de tan concisos y escuetos, y proponen la materia de los puntos tan á la ligera y como en síntesis y abreviatura, que á gentes poco avezadas á la vida interior, ó poco hechas á desenvolver y desentrañar, mediante el trabajo serio de las facultades del alma, lo que allí sólo en gérmen ó semilla fecundísima se contiene, las dejan tan áridas y secas, que por todo fruto suelen sacar de tales libros el hastío de un ejercicio que no cuadra ni á lo rudo ó perezoso de sus entendimientos, ni á lo frío y seco de sus corazones.

Otros libros por el contrario, resultan tan extensos y difusos, y proponen la meditación de modo tan cabal y completo, que más que para meditar y trabajar el lector por sí y para sí, son buenos para leer y descansar, deleitándose santamente. El entendimiento más agudo y perspicaz nada tiene que discurrir, antes quedará tan pagado y satisfecho, que nada le quedará que desear en la materia.

Mas no es ese seguramente el fin de la meditación, que supone no esfuerzos, ni discursos, ni afectos, ni propósitos ajenos, sino algo más, que no se busque ni se encuentre en los libros, sino que brote de nosotros mismos, como de nativo y mucho más provechoso manantial. Porque, es claro, que orar y meditar no es leer cosas muy altas y discretas de Dios, ni penetrar por medio de humana sabiduría en sus más recónditos y obscuros arcanos, iluminándolos con la luz de la verdad revelada y los destellos de

nuestra humana razón; ni es tampoco oir hablar soberanamente de Dios, escudriñando y buscando con incansable afán la doctrina celestial; orar es hablar personalmente y sin intermediarios ni intérpretes con la Majestad divina; es elevarnos, como los ángeles, al íntimo trato y comunicación con Dios y subir hasta su luz inaccesible desde la lobreguez y obscuridad de nuestra nada y desde el abismo de nuestros pecados: es oirle, recibir de Él la manifestación de sus verdades y de sus secretos más íntimos; recibir de Él la justa y severa reprensión de nuestras faltas y miserias, escuchar de su divina boca la dulce esperanza del perdón de nuestras culpas; beber en su corazón divino, como en torrente de celestiales delicias, consuelos inefables que el mundo ignora; en una palabra, orar es estudiar por nosotros mismos á la luz inconmutable del eterno sol de la verdad, lo que somos nosotros, lo que es el mundo, lo que es Dios; y con esa luz y con sus rayos invariables, verlo todo y juzgar de todo, lo transitorio y eterno, lo celestial y lo terrestre.

El hecho es, y nadie, que no sea del todo lego en estas materias lo podrá negar, que de los libros en lengua patria escritos sobre meditaciones, los unos, por extremadamente lacónicos, sólo sirven para personas religiosas que apenas han menester una breve indicación, y como materia primera para la meditación diaria, no para gentes devotas pero que viven en el mundo, á las que es preciso por su poca práctica y aptitud en general, prepararles ese manjar diario para el espíritu con más abundancia y más esmero.

Otros, por su excesiva extensión, dejan poco ó nada que trabajar á las potencias del alma, y hacen de la meditación un ejercicio de piadosa lectura. Y si á esto se añade que para desgracia de la piedad sólida y á la antigua, y para castigo del habla castellana, muchas de las gentes elegantemente piadosas á la moderna, van á buscar materia y puntos para su meditación diaria (que así la llaman), ó en libros extranjeros ó en versiones tan incorrectas y malas, que son mancha y desdoro de nuestro idioma, se tendrá un nuevo motivo de nuestro no ligero trabajo. Porque sabida cosa es, que muchos de esos libros, ó extranjeros ó mal y aun pésimamente traducidos, son tan frívolos y superficiales, se deslizan tan someramente sobre la corteza de las verdades y misterios de la fe, tienen tan poco jugo de devoción crucificada, y tan poca substancia de vida verdaderamente espiritual, enseñan tan poco á amar la cruz y la abnegación interior, base y cimiento de toda virtud sólida, que no es extraño que con su manejo y lectura se forme esa piedad falsificada, ese barniz de devoción, que no va en los libros más que á caza de brillantes novedades y de agudezas sin fondo, y que es una de las mayores plagas de la virtud en nuestros días.

Gran mengua es para nosotros que la tierra de los mejores y más grandes místicos que el mundo ha conocido, tenga que mendigar en manuales ultra-pirenáicos y buscar allí, en pobres y tenues hilitos, lo que en inmensos raudales y en inagotable mina poseemos en nuestra patria.

Pero sea de todo esto lo que se quiera, el hecho es que todavía, á pesar del número sinnúmero de libros de meditaciones, muchas personas espirituales andan perplejas sin saber cuál de ellos tomar, ni cuál dejar, ni satisfacerse con ninguno, y el confesor se encuentra á veces no menos embarazado para responder, dado el modo de ser devoto é inclinado al bien de suyo, pero poco profundo y penetrante de quien pregunta.

Porque cierto que si se tratara de contestar siempre á personas hambrientas de la virtud, de carácter firme y de voluntad é ingenio varoniles, la respuesta era bien sencilla, puesto caso, que entre los libros de meditaciones que encierra el caudal ascético de nuestra lengua, ninguno es comparable, ni por la abundancia y solidez de doctrina, ni por la alteza y novedad de las sentencias y aplicaciones, ni por la luz vivísima que derrama sobre los más arduos senderos del camino espiritual, ni, sobre todo, por la inefable y no interrumpida corriente de suavísimos afectos y coloquios, con la obra imperecedera del venerable P. Luis de la Puente.

Es este fecundo escritor y extático varón uno de los doctores místicos más insignes, no sólo de nuestra patria, sino de todo el mundo. Sin poseer ciertamente, ni la sublime concisión y originalidad de fray Luís de León, ni la majestad ciceroniana y rotundidad majestuosa de Granada, ni la irreprochable galanura de Rivadeneyra, ni el inimitable gracejo de Santa Teresa, ni otras soberanas cualidades de otros grandes clásicos nuestros, á ninguno cede, antes á

muchos supera por lo acabado y grandioso de sus planes, por lo bien concertado de las partes que los componen, por lo sólido de su doctrina, por el caudal inmenso de esa sabiduría que parece celestial y no humana, y, sobre todo, por la sólida devoción y tiernísima piedad que á torrentes se esparce y derrama por sus libros, llevando á todas partes lágrimas de contrición y dulzura y el fuego de llamas de divina caridad.

Su obra de *Meditaciones*, con no ser ni la más completa y grandiosa por el plan, ni la más acabada por la forma, ni la más limada y pulida por el lenguaje, es, sin duda, y gracias á su materia, la más vulgar y conocida de los fieles. Tratado perfecto de teología dogmática, moral y mística para uso del pueblo cristiano, allí enseña el arte divino de orar y meditar, y, siguiendo el método de los ejercicios de su Santo Padre Ignacio de Loyola, empieza por las verdades eternas, y después de exponer y desenvolver cuanto con la ciencia de la salvación y perfección se relaciona, explica los misterios de la vida, hechos y Pasión de Cristo Nuestro Señor, explana sus parábolas y acaba por remontarse hasta los más recónditos senos de la divinidad, sin dejar en el curso de su obra misterio, verdad ó hecho histórico sobre el que no derrame un torrente de luz y de claridad sobrenaturales.

Es obra, en su género, cabal y completísima. Verdadero océano, en donde se encuentra por quien lo busca con afán, todo lo que se relacione con la ciencia de la oración y de la perfección cristiana y reli-

giosa. La doctrina sana y abundantísima, á veces en demasía, tratándose de obra de esta índole; el lenguaje, el de nuestros grandes siglos de oro, brotando de un corazón encendido en el celo de las almas y de una pluma que, al escribir, no hace otra cosa más que trasladar al papel, no lo que el autor ha aprendido en las aulas de la humana sabiduría, sino lo que Dios le comunica é inspira en maravillosas contemplaciones. Así que, como escribe orando y para escribir ora, se ve que á cada paso desátase de su corazón el mal contenido torrente de tiernísimos afectos y enamorados coloquios, y nos hace sentir con él, llorar con él, derretirnos con él en requiebros amorosamente divinos, nos levanta á regiones donde se respiran brisas que no son de la tierra; donde se ve todo á los rayos serenos del sol de la verdad eterna y se perciben ecos que parecen y en verdad son del cielo. Esos purísimos y ardientes afectos de que están sembrados todos los místicos escritos del contemplativo autor, son obra tan dulce y peregrina, tan propia de un alma enamorada del sumo y único Bien, y encierran tal abundancia de celestiales dulzores, que sólo la podemos comparar á los suavísimos soliloquios de San Agustín.

Pero sin querer mermar en lo más mínimo el mérito de la obra inmortal del P. Luís de La Puente, nos atrevemos á decir que, precisamente por ser inmenso el caudal de doctrina que en ella se atesora, á algunos lectores, no muy diestros ni espirituales, paréceles difuso y largo en demasía y poco á propósito para prepararse en ella á la meditación diaria; y

aun no es raro, por desgracia, encontrar quien tache al insigne escritor vallisoletano de pesado y enojoso. Si los primeros no tienen razón, los segundos no saben lo que se dicen.

Será largo, y, sobre todo, pesado para quien, ajeno á toda reflexión seria y madura, no busque en los libros enseñanzas que alimenten el espíritu con vigor y lozanía, sino pasatiempo ó recreo superficial y frívolo; para quien, hecho á lecturas que sólo deleitan la fantasía con locas y desbaratadas imágenes, tienen ya estragado el paladar y pervertido el buen gusto, llevando en el alma tal desbordamiento en las pasiones y tal tumulto en las ideas, que todo lo que sea solidez en las sentencias, profundidad en la doctrina, alientos y razones para la vida de cruz, voces de combate y de lucha con nosotros mismos; en una palabra, todo lo que sea predicarles abnegación y penitencia, huída del mundo y espíritu de mortificación y sacrificio, se les hará empalagoso é irresistible. Pero vean estas almas vanísimas y veleidosas, cómo á otras personas, tan hijas de Adán como ellas, no sólo no hastían estos manjares sólidos, sino que, al revés, los hallan tan nutritivos y sabrosos, que se les caen de las manos el libro insubstancial, la novela fantástica, y no digamos la escandalosa y encanallada, la crónica de la disipación y del lujo y aun de los libros de devoción, aquellos que, ya vagos y nebulosos en el fondo, á la alemana, ya brillantes é ingeniosos en la forma, á la francesa, vienen á dejar el alma vacía y ayuna de aquella devoción maciza y aquellas enseñanzas puras y clarí-

simas, de que son inimitables maestros los místicos españoles de nuestros incomparables siglos de oro.

De todos modos, no hay duda, que tomando la obra del P. La Puente en su conjunto, nos veríamos forzados á decir, que puesto caso que la intención del venerable autor no fué poner una meditación para cada día, ni en cada meditación puntos para media ó una hora, no es de extrañar que las personas que crean que han de agotar la materia que La Puente señala para cada meditación en el tiempo, no largo, que ellas dan á su piadoso ejercicio, lo encuentren difuso y de todos modos no acomodado, ni á su capacidad ni á su tiempo. Por esta causa ha sido anhelo constante de todas épocas, desde que se dió á la estampa por primera vez el libro de nuestro místico Doctor, hacer de él un buen compendio ó resumen, de tal manera, que los fieles devotos encontrasen en él como por raciones diarias, dulcemente aderezado y apetitoso, aquel manjar que por darlo el P. La Puente en abundancia tal, parecería á muchos de complexión espiritual poco recia, servirles de hastío más que de provecho.

Porque, á la verdad, el P. La Puente propone meditaciones que son verdaderos tratados místicos, tan cabales y perfectos que agota la materia y nada deja, si se lee toda ella, ni para trabajar ni que discurrir. Era, como arriba indicábamos, la oración profunda, extática, admirable y larga de muchas horas del contemplativo, espiritual y endiosado varón trasladada al papel. Pero como en medio de tantos libros como cada día se estampan acerca de oración

y meditación, nuestro insigne autor es y seguirá siendo, en nuestra patria y fuera de ella, el príncipe de los escritores en este género de ascética, de ahí el que desde el siglo XVII muchos hayan querido compendiarlo, ó lo hayan intentado en una ú otra forma y con varia fortuna.

No han sido, á nuestro juicio, en general venturosos los esfuerzos de los compendiadores; y así tenía que ser, porque es muy difícil separar lo precioso de lo vil ó menos precioso, allí donde todo es oro preciosísimo. Conocemos compendios hechos en castellano y en varias lenguas extrañas (1). Pecan unos de tan áridos y secos, que allí se echa de menos la mente profunda y más aún el encendido corazón del autor. Otros, sobre no reflejar el lenguaje castellano en sus más puros esplendores, que es cuando manejado por plumas como la de Granada y Santa Tere-

(1) De toda la obra ó de parte de ella, conocemos los siguientes:

El del P. Nicolás de Arnaya, 1612.

EN CASTELLANO

El de Martín de Bonilla, 1655.

El de Rafael Figueró, acerca de la Vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, 1661.—Otro sobre la misma materia, por Lucas Martín de Hermosilla, 1698.

Arca de Salvación, ó sea curso de meditaciones espirituales para todo el año, sacadas en su mayor parte de las obras del V. P. La Puente, ordenadas y adicionadas per el R. P. Ramón Genover.—3.ª edición, 1892. Y otras menos importantes.

TRADUCCIONES

Compendio delle meditazioni..., por Banarretti, 1698.

Compendium meditationum, por Ximenez, 1620.

Meditationes, P. L. de Ponte in compendium redactae á Nic. Frison, S. J., 1892.

Abregé des meditations, por le P. Darde, 1645.

Y muchísimas más que sería prolijo enumerar.

sa, nos habla de Dios y del cielo, reducen su labor, no árdua por cierto, á transcribir de La Puente textos y más textos de la Sagrada Escritura y los Santos Padres, como si fuese aquél, prontuario de predicadores, ó como si bastase para meditar al vulgo de las gentes pías, textos desnudos del sagrado Evangelio. Otros autores, con más fortuna, han entresacado las meditaciones más apropiadas al fin que ellos se habían propuesto, pero sin pretender acomodarlas á los puntos de cada día del mes y sin dar á las gentes devotas esa especie de manjar cuotidiano que es lo que por más fácil á ellas más les agrada. Este último ha sido nuestro plan, hasta ahora por nadie realizado, que sepamos, en castellano. Dejando intacto el texto substancialmente, sin poner cosa importante de nuestra cosecha; cercenando con dolor amplificaciones, á veces hermosísimas, pero menos necesarias; podando sinónimos textos y redundancias; tomando de aquí y de acullá lo preciso para completar lo que resultaba menos cabal y perfecto; dividiendo unas meditaciones, juntando otras, acortándolas todas, al fin hemos conseguido que el P. La Puente ofrezca á las almas piadosas una meditación diaria, dividida en tres puntos no muy largos, para dejar tiempo al propio trabajo mental, que es más provechoso; no cortos, para las personas seglares (y son las más) que no saben sino leer, y á lo más rumiar, pero no meditar. Y decimos seglares, porque no aconsejaremos jamás á religiosos ni á almas contemplativas el que dejen el texto original del P. La Puente por este, que al fin y al cabo es sólo arreglo,

ó más bien, desarreglo de aquél. Nuestro trabajo ha sido, en parte, el de la paciente abeja que sólo libase en un prado, aunque amenísimo, ó el del arquitecto que con las piedras de una sola y rica cantera construyera el edificio.

Y decimos en parte, porque, como á pesar de ser el P. La Puente tesoro riquísimo de meditaciones, no contiene ni las suficientes para completar todo un año, ni las propias de muchas festividades, en las que los fieles hallan devoción y espiritual deleite, nos hemos visto obligados ó á suplirlas de nuestra sequedad y pobreza, ó á entresacarlas y traducir las de diversos autores, procurando, sin conseguirlo, copiar el fondo doctrinal y el lenguaje de nuestro insigne maestro. Estas meditaciones han sido muchas; bien pronto las conocerá el lector, pero tal vez la misma variedad dé mayor sabor y gusto á este trabajo que emprendemos siendo tan poco á propósito para él, después de haber procurado en vano que lo llevasen á cabo personas mucho más aptas. Si hemos conseguido que las almas piadosas tengan un Manual de meditaciones diarias, sólido en la doctrina, lleno de unción y de verdadera piedad, escrito en castizo lenguaje, aderezado de modo que haga apetitosa y deleitable la ciencia divina de la oración y que á ella lleve y amaestre en ella á muchas almas para que más y más conozcan y amen á Dios Nuestro Señor, nos daremos por muy contentos de nuestro pobre trabajo (1).

---

(1) Las meditaciones del venerable P. Luís de La Puente, están traducidas: En francés, por el P. de Balinghem, en 1611. — Por el P. de Montereul, en 1646.—Por el P. Brignon, en 1683.- Por A. Jennesseaux, en 1872, sin con-

Damos esta obra á la pública luz en las condiciones con que tantas otras en el APOSTOLADO DE LA PRENSA, no con los primores de una obra de lujo, pero sí con decoro y mucho deseo de hacer el bien, y con tal baratura, que el pobre artesano y la humilde y piadosa costurera podrán, de aquí en adelante, sin esfuerzos extraordinarios, no sólo contentarse con rezar, sino aprender á ser almas de oración, y poco á poco llegar á poseer una biblioteca de lo mejor que en ascética ha producido la fe y piedad de nuestros mayores.

FRANCISCO DE P. GARZÓN,

S. J.

Madrid 1.º *de Enero de* 1900.

Fiesta titular de la Compañía del nombre de Jesús.

---

tar otros traductores no Jesuítas. — En italiano, por Julio César Braccini, 1620.—En latín, por el P. Trevinnius.—En portugués, por Juan Galbao, 1686. En inglés, por el P. Th. Everard.—En árabe, por el P. Fromage.—En bohemio, por el P. Constanz y el P. Steyer.—En flamenco, por los PP. Mans y Susius.

Dicho se está que la mayor parte de estas versiones se han hecho, sobre todo de las latinas y francesas, infinitas ediciones.

BREVE MÉTODO DE ORAR [1]

¿Qué es meditación?

La meditación, á la que otros llaman oración mental, es una pía y afectuosa consideración de las cosas divinas, con la que es movido el hombre á alabar á Dios, seguir las virtudes de Cristo y de los santos, abrazar el bien y huir eficazmente el mal. He dicho consideración afectuosa, porque no consiste tan sólo en el ejercicio del entendimiento, sino también en la moción de la voluntad, por medio de la cual somos excitados al amor de Dios, al odio del pecado y al desprecio de las cosas vanas y perecederas. De aquí es que el real Profeta, muy ejercitado en este modo de orar, exclamaba: *In meditatione mea exardescet ignis;* esto es, se excitará el fervor y prontitud del ánimo para huir lo dañoso y abrazar lo útil, despreciar lo temporal y seguir lo eterno. En este ejercicio mental pasó Cristo con los discípulos las noches sin dormir entre los montes y desiertos. En este ejercicio confería consigo misma la bienaventurada Virgen las cosas que había oído de Cristo, según nos dice san Lucas. En este ejercicio pasó san Juan Bautista su vida en el yermo, y después de él muchísimos otros anacoretas. Pasaron, por fin, por este ejercicio los santos todos, Basilio, Jerónimo, Agustín, Benito, Bernardo, Francisco, Domingo, Ignacio, Javier y cuantos brillaron por la santidad de sus costumbres y elevación de su espíritu.

---

(1) Tomado de las obras del P. J. Busco, S. J.

De las partes de la meditación.

La meditación se divide en cuatro partes, que son: preparación, representación ó composición de lugar, consideración y coloquio ó petición.

1. La preparación es aquel acto con que el hombre se dispone á meditar. El Eclesiástico, c. 18, v. 23, nos hace sentir su necesidad con estas palabras: *Ante orationem praepara animam tuam et noli esse quasi homo qui tentat Deum.* Porque si hubieses de tratar con el rey, el obispo, ú otro príncipe, de seguro mirarías de antemano lo que debes decirle: ¿cuánto más, pues, has de mirarlo, debiendo en la oración hablar con el mismo Dios?

La preparación es de dos clases: remota y próxima. La *remota* consiste en leer el día anterior la materia que debe ser objeto de la meditación; recordarla por la mañana en el momento de despertarse, excluyendo todo otro pensamiento y cuidado; supuesto que la meditación requiere un espíritu quieto y tranquilo. La *próxima* consiste, 1.° en tomar agua bendita y hacer la señal de la cruz tan luego como va á empezarse la meditación; 2.° estar por espacio de un *Padrenuestro* y *Avemaría* pensando y persuadiéndote firmemente que has de comparecer ante el trono de su divina Majestad, al que rodean todos los santos, y que luego debes hablar con el mismo Dios; 3.° arrodillarse reverentemente, como si se estuviese en presencia del mismo Dios, y pedirle en seguida la gracia de referir á su mayor gloria todas las acciones y pensamientos. Puédese asimismo implorar los auxilios de la Virgen, del ángel custodio y de los santos á quienes se tenga más devoción, y volver á leer, si se quiere, los puntos de la meditación, para tenerlos más presentes en la memoria.

2. La representación ó composición de lugar es aquella parte de la meditación en que el hombre se representa antes los puntos que debe meditar, esto es, pone ante sus ojos el lugar, personas y acciones de las mismas, expresadas en el misterio que debe ser objeto de su meditación. Como si teniendo que meditar sobre la crucifixión de Cristo, se representa el monte Calvario, á Cristo clavado en la cruz y á una innumerable turba de personas á su alrededor. Asimismo, debiendo meditar sobre la muerte, conviene considerarse á sí mismo, ó á otro tendido en cama, pálido y cercano á ex-

halar el último suspiro. Pues semejante representación aprovecha mucho, no sólo para evitar las distracciones, sino también para excitar movimientos de dolor, compasión, temor y otros. En esta representación no se ha de pasar más tiempo que el necesario para excitarse al amor, penitencia ó alegría. No obstante, si la meditación versa sobre un asunto desprovisto de circunstancias de lugar ó de personas, después de la preparación, debe pasarse inmediatamente á las consideraciones.

3. La consideración es el acto del entendimiento con que atiende cuidadosamente el hombre á todo lo contenido en cada uno de los puntos con vivos deseos de sacar de allí algún fruto espiritual Al discurrir sobre las circunstancias, como cuando se medita sobre algún punto de la pasión del Señor. debe mirarse: quién es el que padece, á saber: el Hijo de Dios, criador de cielos y tierra; qué es lo que sufre, á saber: los más atroces tormentos; por quién los sufre, por ti, vil é ingrata criatura; por qué motivo, para librarte de la eterna condenación.

4. El coloquio ó petición consiste en que, después de haber considerado todo lo contenido en los puntos de la meditación, y excitádose al amor, dolor ú otro afecto cualquiera, se pida á Dios aquel fruto que se desee sacar de ella. Ordinariamente acostumbra pedirse mayor luz para mejor conocerse á sí mismo y á Dios, asimismo puede pedirse el perdón de los pecados, el dolor de los mismos, la tranquilidad de espíritu, el progreso en las letras ó en aquellos negocios á que uno se dedica, y por último, todas aquellas virtudes que pueden hacernos más agradables á Dios. Puédese dirigir este coloquio á Dios, ó á cada una de las personas de la beatísima Trinidad, á Cristo crucificado, á la bienaventurada Virgen, á los santos Patronos, ó á todos juntamente.

De los medios más convenientes para meditar bien.

1. El primero es un lugar idóneo, esto es, apartado de todo ruido; es muy bueno que sea obscuro.

2. Tiempo determinado y estable. Conviene, pues, no mudarlo sino por un justo motivo. La hora más á propósito para meditar es la mañana antes de entregarse al estudio ó bien á otras ocupaciones. Conviene emplear una hora entera, ó por lo menos media, en la meditación.

3. La posición del cuerpo debe ser modesta y devota. Es preferible estar de rodillas, y si no se puede tan fácilmente, puede levantarse algún tanto, volviendo un poco después á arrodillarse. Algunas veces conviene, á imitación de Jesucristo, principalmente cuando hay alguna grande tentación, meditar por breve tiempo teniendo inclinado el cuerpo. Por fin, se ha de colocar en aquella posición que más favorezca para tener el espíritu atento y devoto.

4. Cuando al meditar sobre un punto se sienta uno fuertemente movido, no hay que pasar á otro hasta que se haya quedado completamente satisfecho del primero. Y si trascurre el tiempo señalado antes de haber meditado sobre los tres puntos, no hay por qué afanarse para concluirlos; en este caso puede guardarse para otra vez, después de haber brevemente repetido aquellos mismos puntos en los que se encontró tanto consuelo espiritual. Muchas veces es útil repetir una misma meditación, variando únicamente el coloquio

5. La esencia de la meditación, más consiste en la afectuosa moción de la voluntad, que en el discurso del entendimiento; así pues, hay que advertir que el afecto de la voluntad ordinariamente debe ser suave, á fin de que con la continuación no se perjudique la cabeza ni el pecho. Con la divina gracia fácilmente se excitará este afecto, mediante una diligente consideración de las Personas de la santísima Trinidad, de Cristo, de la bienaventurada Virgen, no dirigiéndose á ellos con palabras, sino con el corazón, á la manera que los ángeles en presencia de su divina Majestad extáticos le saludan continuamente con el cántico de *Santo, Santo, Santo.*

6. Si Dios alguna vez concede un afecto más vivo, de modo que haga prorrumpir en dulce llanto, admítase humildemente hasta cuando Dios se digne continuarlo. Mas este no debe ser duradero, principalmente cuando ha sido excitado por uno mismo, á fin de evitar el perjudicarse la cabeza. Aprovecha muchísimas veces este afecto en algunos casos: 1. Al tener que hacer confesión general de toda la vida, ó de todo el año, en la que hay que procurar excitarse á una contrición verdadera y perfecta, la que, según los teólogos, sirve para expiar toda la culpa y toda la pena. 2. Cuando se padece alguna grave tentación contra la fe, castidad ó vocación. 3. Cuando se nota frialdad ó flojedad en el progreso de la piedad ó vocación. 4. Si, cuando hay que emprender alguna

obra grande para la mayor gloria de Dios, se halla cerrado el paso con dificultades.

7. Si sucede que en la meditación no se encuentra gusto ni consuelo alguno, no hay por qué desmayar por esto. Si fuese por culpa propia, á causa de no haber entrado preparado en la meditación, no hay más que humillarse, reconociendo la falta, y al punto renacerá la calma. Pero, al contrario, si no fuere por tu culpa, piensa que Dios lo permite, ya para que aprendas que no está en nuestra mano obtener un tal gusto, sino que es un don de Dios, ya para que veamos que Dios trata de probarnos, por sí en tan santa obra buscamos simplemente el puro amor de Dios, ó más bien la satisfacción de nuestro amor propio. Y así, en tiempo de desolación no hay más que decir: no he empezado esta meditación para encontrar en ella mi consuelo, sino para encenderme en deseos del puro amor de Dios.

8. Si uno se halla agitado por muchas distracciones, no hay que dejar por esto la meditación; basta pensar que no hay en ellas pecado, mientras que no sean voluntarias. Al advertir que te distraen, resístelas, por más que vuelvan de nuevo; no por eso será menos agradable á Dios tu meditación, que si la hicieses con extraordinaria devoción sensible. En estos casos aprovecha mucho recurrir á los coloquios, y reconocer con sumisión que nada podemos con solas nuestras fuerzas; ó bien acusarse humildemente atribuyendo á nuestros pecados la dificultad que sentimos en hablar con Dios por un breve tiempo; y con esto experimentarás al punto el auxilio divino.

9. No poco aprovecha para una fructuosa meditación, el tener á Dios presente en todas las acciones; hacer durante el día varias oraciones jaculatorias; leer con ánimo sosegado libros espirituales; frecuentar á menudo la sagrada Mesa, después de confesado; tener familiaridad con varones piadosos; refrenar los sentidos, principalmente la lengua; practicar algunas obras de caridad y de penitencia y cumplir con exactitud los propósitos hechos en la meditación.

MÉTODO PARA HACER LA MEDITACIÓN

PREPARACIÓN REMOTA

Apartar de nosotros todos los obstáculos que la impidan, como son, la soberbia, el amor propio, la sensualidad y el regalo, la disipación y poca guarda de los sentidos.

Pónganse en su lugar las virtudes opuestas, como son una gran humildad y desprecio de sí mismo; mortificación constante de nuestros gustos, y gran recogimiento de todo nuestro ser, apartándolo de todo cuanto nos rodea.

PREPARACIÓN PRÓXIMA

Léase el día anterior la meditación.

Antes de empezarla, excítense primero los afectos que han de ser objeto de ella, y foméntense los mismos, conforme á la materia de que se va á meditar.

Entrese después en la meditación con ánimo sereno y tranquilo, fuera de toda inquietud.

PRINCIPIO

Hallándose ya preparado, figurarse que tiene á Dios delante de sí.
Adóresele profundamente de rodillas.
Dígase la oración preparatoria.

PRELUDIOS

Recuérdese brevemente el asunto que se va á contemplar.
Fórmese la composición de lugar adecuada á este asunto.
Hágase la petición de la gracia especial para conocer bien la parte esencial de la meditación, y para sacar el fruto que de ella se desprende.

MEDIO

MEMORIA

Tráigase pausadamente á la memoria el objeto principal de lo que se leyó para la meditación.

ENTENDIMIENTO

Pregúntese á sí mismo:
1.º Qué vamos á considerar.
2.º Qué resoluciones prácticas nos proponemos sacar.
3.º Qué motivos nos impulsan á tomarlas. Si la decencia, si la utilidad de bienes espirituales, si lo agradable que es cumplir con la santa ley; lo fácil que es la carga del Señor, y lo necesario que es llevarla para la tranquilidad del alma.
4.º En qué estado nos encontramos hoy con relación á estas cosas que meditamos.
5.º Qué debemos hacer en adelante para proceder bien.
6.º Qué obstáculos debemos vencer, y qué impedimentos deben removerse para esto mismo.
7.º Qué medios debemos elegir.

MEDIO

VOLUNTAD.....

Excítense los piadosos afectos más con el corazón que con la boca.

FÓRMENSE PROPÓSITOS.....

- Sobre alguna de las cosas meditadas.
- Que sean prácticos, y con resolución firme de cumplirlos.
- Ya sobre cosas particulares, ó para hacer algo especial.
- Acomodados al estado presente en que se está.
- Fundados en motivos sólidos, como la salvación y tranquilidad del alma.
- Con humildad y mucha desconfianza de sí mismo.
- Suplicando á Dios que nos dé el auxilio de su gracia.

FIN

RECAPITULACIÓN..

Hágase un resumen en el cual se confirmen los conceptos y propósitos formados.

Tráiganse á la memoria, si es posible, textos de la Sagrada Escritura ó Santos Padres referente á la meditación y propósitos.

COLOQUIOS.....

Ténganse, ya directamente con el Corazón de Jesús, ya con la Virgen María ó con otros santos.

REFLEXION

EXAMEN.....

Hágase siempre acerca del modo cómo se practicó la meditación: dé gracias si procedió bien, ó arrepiéntase de las faltas cometidas.

RECAPITULACIÓN..

De toda la meditación.

De las conclusiones prácticas sacadas: de los motivos en que se han apoyado y de los afectos y propósitos que se han notado.

De los propósitos particulares y luces ó ilustraciones especiales que se hayan tenido.

OFRECIMIENTO Y COLOQUIO DE SAN IGNACIO

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis, á Vos, Señor, lo torno: todo es vuestro, disponed á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

Mira primeramente la obediencia de la Madre de Dios y de su santo esposo, tan puntual y pronta á este precepto, con saber que su ejecución había de ser penosa y dolorosísima al Niño, que tanto amaban. Pero la voluntad de Dios ha de ser sobre todo, la cual estimaba tanto la Virgen, que si fuera menester Ella misma, como otra Séfora, mujer de Moisés, tomara el cuchillo y circuncidara á su Hijo por obedecer á Dios.

Medita lo segundo, la caridad y devoción de la Virgen, la cual sin duda quiso hallarse presente á este sangriento espectáculo: lo uno, para acariciar á su Hijo, como quien tanto le amaba; lo otro, para recoger la preciosísima sangre que allí se derramaría, porque era sangre de Dios y de inmenso valor. ¡Oh con cuánta devoción la adoraría y guardaría en su pecho! ¡Oh qué palabras de amor diría á esta sangre preciosísima, y cómo pediría al Padre Eterno que por ella perdonase al mundo, suplicándole, si era posible, se contentase con esta sola, pues valía tanto.

Por otra parte, estaría la Virgen atravesada de dolor por lo que su Hijo padecía. Lloraba con El por verle llorar y por la causa que lloraba. ¡Oh pecado original, diría, cuán caro cuestas á mi Hijo! ¡Oh culpa de Adán terreno, cuán amarga eres á este Adán celestial! ¡Oh Virgen benditísima, ojalá pudiese yo acompañaros, llorando mis culpas, para alcanzar remedio de ellas por virtud de la sangre de vuestro Hijo!

PUNTO II

El Niño Jesús en su Circuncisión

Considerarás los heroicos actos de virtud que ejercitó Cristo N. S. en su circuncisión, la cual en El no fué sólo ejercicio de padecer, sino obra de virtudes excelentísimas.

La primera fué obediencia divina á la ley; porque no estando obligado á ella, quiso de su voluntad su-

jetarse á este precepto penosísimo, y juntamente protestar que guardaría toda la ley; pues quien se circuncidaba, era obligado á cumplirla toda, por más dura que fuese; y así este Niño benditísimo se ofreció entonces á llevar esta carga, poniendo toda esta ley en medio de su corazón, á fin de darnos un perfecto dechado de obediencia. ¡Oh alma mía! ¿Cómo no te ofreces á llevar el yugo suave de la ley nueva, pues tu Salvador se ofrece á llevar por ti el durísimo yugo de la ley antigua? Si El obedece por tu ejemplo en las cosas duras á que no estaba obligado, ¿por qué huyes de obedecerle en las cosas fáciles que te manda? Perdonad, Señor, mi desobediencia, y ayudadme á seguir el ejemplo de obediencia que me disteis.

La segunda virtud fué humildad; porque ya que este Señor no podía tenerse por pecador, quiso ser tenido por tal, sujetándose á la circuncisión, señal de niños pecadores: y quien le viera circuncidar, dijera de El que tenía pecado; lo cual ordenó para confusión de los que siendo pecadores, no queremos parecerlo, sino tomar hipócritamente disfraz de justos. Por tanto, alma mía, humíllete la caridad de tu Señor, y pues conoces ser digna de humillación por tus pecados, desea ser humillada por todo el mundo.

La tercera virtud fué paciencia maravillosa; porque los demás niños, por carecer del uso de razón, no temían el cuchillo ni la herida; pero este Niño benditísimo, como varón perfecto, sabía de lo que se trataba, y, naturalmente, temía el golpe y la herida; pero con todo eso, se estuvo tan quieto como si no lo supiera; y cuando sintió la herida, aunque lloró como niño y le dolió grandemente por la naturaleza de su complexión, en su corazón se alegró por derramar su sangre con tanto dolor, gustando de este trabajo por cumplir la voluntad de su Padre.

La cuarta virtud fué caridad ardentísima, derramando aquella sangre con tanto amor, que si fuera menester derramarla toda luego, así lo hiciera; y si

conviniera recibir luego otras muchas y mayores heridas, á todo se ofreciera por el amor de su Padre y por el bien nuestro. ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh paciencia invencible! ¡Oh humildad profunda y obediencia perfecta de mi Redentor! ¡Oh virtudes soberanas, de las cuales se teje la vestidura sacerdotal de nuestro sumo sacerdote Jesús, mucho más preciosa que de grana y púrpura, de jacinto y holanda retorcida! ¡Oh sumo sacerdote, que os vestisteis hoy esta vestidura para ofrecer el sacrificio de la mañana, y os la vestiréis después en la cruz para ofrecer el sacrificio de la tarde! Vestidme con otra igual para que ofrezca mi cuerpo y alma en hostia viva, santa y agradable á vuestra soberana Majestad. Avergonzado estoy, Señor, viéndome tan desnudo de estas cuatro virtudes, ayúdeme vuestra gracia para que cubra mi desnudez y me vista de ellas á imitación vuestra.

PUNTO III

De la Circuncisión espiritual que pide Cristo á los suyos.

Pensaré que Cristo N. S., con el ejemplo de esta circuncisión corporal, me enseña y mueve primeramente á que circuncide y corte de mí todas mis demasías en regalo, honra y comodidades de la carne, mortificando los vicios y aficiones desordenadas, para cumplir la ley de Dios, aunque sea menester para esto derramar sangre del alma.

Demás de esto, he de llevar de buena gana que otros me arranquen estas demasías, ora lo hagan con buena intención, ora con mala y por injuriarme, llevando con paciencia cuando me quitaren algo de mi honra, comodidad ó regalo, aunque sea con derramamiento de sangre; pues, como dijo san Pablo, no hace mucho quien pelea contra el pecado, cuando no llega á resistir hasta perder la vida, si preciso fuera.

Considera, por último, que Cristo N. S. derramó su sangre preciosa en tres lugares, y á manos de tres

suertes de personas. Lo primero, en la circuncisión por el ministro de Dios. Lo segundo, en el huerto por sí mismo, con la consideración de los trabajos de su pasión. Lo tercero, en el monte Calvario por mano de los ministros de Satanás; para que yo me persuada que tengo también de estar preparado á dar mi sangre y padecer de estas tres maneras. Lo primero, sujetándome á lo que los ministros de Dios ordenaren, aunque sea circuncidando lo que mucho amo. Lo segundo, siendo yo el verdugo de mí mismo, moviéndome á obras de penitencia y mortificación. Lo tercero, sufriendo los dolores y trabajos que me vinieren por manos de mis enemigos.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús! por la sangre que derramaste en este día, te suplico alientes mi corazón para que se ofrezca, si fuere menester, á derramarla por ti, y pues tiene tanto que circuncidar y el amor propio le detiene para no hacerlo, Tú, Señor, por tu mano le circuncida, y da traza como otros le mortifiquen, para que no haya en él cosa que desagrade á tu divina Majestad.

Propósitos.—Saca de esta meditación firme propósito de empezar á cortar de tu corazón cuanto sea obstáculo á tu aprovechamiento, y de comenzar en este año nuevo á vencer y sojuzgar tu pasión dominante y á ejercitarte en actos de mortificación interior y de penitencias corporales, siempre con el consejo y dirección de un confesor sabio, prudente, piadoso y caritativo.

2 DE ENERO

Del dulcísimo Nombre de Jesús.

Preludios.—Oye en tu interior la voz del cielo que dice, *Jesús será su nombre*, y pide que ese nombre dulcísimo se grabe en tu corazón en la vida y en la muerte.

PUNTO I

Por qué Cristo Nuestro Redentor se llamó Jesús.

Considera que el que principalmente puso este nombre al Redentor no fué la Virgen, ni san José, ni

el ángel, sino el Padre Eterno; porque es tan grande la excelencia de este Niño, que ninguna criatura de la tierra ni del cielo podía por sí mismo ponerle nombre que le cuadrase, sino sólo su Eterno Padre. Y quiso que se llamase Jesús, que quiere decir Salvador, porque su venida al mundo fué principalmente para salvarnos de la muerte y del pecado, y este fué su oficio. Porque aunque otros tuvieron este nombre, no fué más que por ser figura y sombra de este soberano Niño, el cual, á boca llena y por excelencia, merece ser llamado Jesús, Salvador y Libertador, no solamente de los cuerpos, sino sobre todo de las almas, lo cual hace con tres excelencias admirables.

La primera, librándonos de toda suerte de males, de ignorancias y errores, de culpas y de penas, así temporales como eternas.

La segunda, concediéndonos excelentísimos bienes, para que nuestra salud y salvación sea copiosa y perfecta; y así nos comunica la gracia y sabiduría celestial, las virtudes y dones del Espíritu Santo, con abundancia de merecimientos para ganar la corona de la gloria, hasta entrarnos en la tierra de promisión, no como el otro Jesús en la tierra, que mana leche y miel de regalos temporales que recrean el cuerpo, sino en la tierra que mana leche y miel de regalos eternos que recrean y hartan sin fin el alma.

La tercera excelencia es en el modo de salvarnos. Este nombre de Jesús, ni puede convenir al que fuere sólo Dios, ni á puro hombre ó ángel, sino solamente á Cristo por razón de ser Dios y hombre verdadero. Sólo hombre no puede salvarnos, sólo Dios puede salvarnos con misericordia sola; pero Dios y hombre nos salva también con rigor de justicia, ganando por punta de lanza y por sus merecimientos la salvación que su nombre significa. ¡Oh dulcísimo Jesús, sea para bien el nombre tan glorioso que hoy os ponen! ¡Gózome que no sea nombre vacío, ni de sombra, como otros le han tenido, sino lleno de verdad y

de toda perfección! ¡Alégrate, oh alma mía, con las excelencias de este Salvador tan soberano, y di con el Profeta: *Yo me gozaré en el Señor, y me alegraré en Dios, mi Jesús y mi Salvador, porque Él es mi fortaleza y me dará pies como de ciervo* (1), para huir de los pecados, y como vencedor me llevará con sus santos sobre los cielos, donde le alabe con cánticos y salmos por todos los siglos!

PUNTO II

Cómo se le puso al Redentor el Nombre de Jesús.

Considera cómo la Virgen nuestra Señora declaró en la circuncisión el nombre que su Hijo había de tener, cuyas excelencias conoció perfectísimamente después que el ángel se lo reveló, y así en este día, con suma reverencia y devoción, dijo: Jesús será su nombre. ¡Oh, qué alegría tan grande sintió la Virgen sacratísima cuando por primera vez pronunció este nombre dulcísimo, y no sólo Ella, sino el glorioso san José y los demás que estaban presentes! Oyéndolo sintieron una suavidad y fragancia celestial y divina.

¡Oh, con qué gusto repetiría la Santísima Virgen aquellas palabras de su cántico: *Engrandece mi ánima al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi Jesús y mi Salvador, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y su nombre santo!* (2) ¡Oh Virgen soberana, suplicad á vuestro Hijo imprima en mi corazón la estima y amor de este santo nombre que imprimió en el vuestro! ¡Oh nombre dulcísimo, derrama sobre mí tu fragancia celestial, para que mi alma flaca, enferma y miserable, se conforte y sane con ella, y sea libre de las miserias en que está, gozando el fruto de su copiosa salvación!

Considera que pusieron á nuestro Salvador este nombre al octavo día, en la circuncisión, por dos causas principales.

La primera, para honra del Niño; porque viéndole su Eterno Padre tan humillado y que tenía imagen de pecador, quiere que entonces sea ensalzado, dándole un nombre sobre todo nombre, que es el nombre de Jesús; para que se entienda, que no sólo no tiene pecado, sino que es Salvador de pecadores y perdonador de pecados.

La segunda es, para que se vea que el nombre y oficio del Salvador le había de costar derramamiento de sangre. Y así nuestro dulce Jesús, en tomando el oficio de Redentor, da por señal del precio que ha de pagar en el rescate, una poca de sangre que derrama en su circuncisión, con determinación de pagar todo el precio enteramente en la pasión, derramando toda su sangre por nosotros. Verdad es que esta poca sangre era bastante precio por todos los pecados del mundo, y de otros mil mundos que hubiera; pero su caridad y liberalidad quiso que el precio fuese toda ella en el Calvario.

¡Oh Salvador dulcísimo, cuyas fuentes, aunque son de sangre derramada con grande dolor, son también fuentes de agua viva de inmensas gracias, que han de ser cogidas con grande gozo y amor! Alábete mi alma por esta infinita caridad con que abres estas fuentes y me mandas que acuda con alegría á gozar del precio que derramas con tanta pena. ¡Oh alma mía! ¿qué será razón hagas tú por tu propia salvación, si tanto hace tu Salvador por ella? Si á El le cuesta su sangre, ¿qué mucho te cueste á ti la tuya? Veisme aquí, Señor, preparado para derramar mi sangre por vuestro amor, con tal que me hagáis participante del fruto de la vuestra.

PUNTO III

Grandezas del Nombre de Jesús.

Considera que el nombre de Jesús es una suma y memorial de todas las grandezas que hay en Cristo N. S., reduciéndolas á tres, porque es suma de to-

das las perfecciones que le convienen en cuanto Dios, y de todas las gracias y virtudes que tiene en cuanto Hombre, y de todos los oficios que en cuanto Dios y Hombre hace con los hombres. De suerte, que puedo bien inferir que si es Jesús, es infinitamente bueno, santo, sabio, y la misma bondad y santidad de Dios, porque todo esto es menester para cumplir con el nombre de Jesús.

También si es Jesús, luego es sumamente humilde, manso, paciente, modesto y caritativo, porque de todas estas virtudes ha de ser dechado, y de su plenitud han de recibir todas las gracias y virtudes los que se han de salvar. Si es Jesús, luego es Maestro, Médico, Padre, Juez, Pastor, Protector y Abogado nuestro. De modo que en sólo Jesús tenemos todas ellas, y así le puedo decir: *¡Oh mi Jesús y todas mis cosas!*

¡Oh dulcísimo nombre, tesoro inagotable de todas las riquezas y dulzuras del cielo! Si estoy enfermo, Tú eres mi salud; si hambriento, Tú eres mi hartura; si estoy pobre, Tú eres mi riqueza; si flaco, Tú eres mi fortaleza; si soy ignorante, Tú eres mi sabiduría; si soy pecador, Tú eres mi justicia, mi santificación y redención. ¡Oh Jesús y todas mis cosas! concédeme que te ame sobre todas las cosas, y que en Ti sólo busque mi descanso y hartura perfecta, pues en Ti sólo está por junto todo lo que me puede hartar; porque Tú sólo eres mi único, sumo y todo bien, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Por último, en este nombre dulcísimo están también encerrados todos los nombres gloriosos que los profetas ponen al Salvador, cuales son aquellos que refiere Isaías, diciendo *que será llamado Dios, Fuerte, Admirable, Consejero, Padre del siglo futuro y Príncipe de la paz*. Porque todos estos nombres únicamente convienen á Cristo S. N., en quien se reunen todas las grandezas de Dios con todas las cualidades de quien sólo podía ser la paz y salvación del mundo y la redención de su pueblo.

Así, pues, este suavísimo nombre es el único medio para alcanzar perdón de todos mis pecados; es título para ser oído en mis oraciones; es medicina de todas mis enfermedades espirituales; es arma ofensiva y defensiva contra los demonios en todas las tentaciones; es amparo en todos mis peligros; es luz y guía en todas mis ignorancias; es para mí dechado y ejemplo de todas las virtudes, y, finalmente, es fuego y estímulo que me enciende y guía á procurarlas.

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús! sed Jesús para mí en todas mis potencias, ejercitando en ellas el oficio de Jesús, para que ellas también se ejerciten en todo lo que os honra. Sea tu nombre para mí como óleo divino que me alumbre, unja y sustente: que me alumbre con su luz, para llegar al cielo en las tinieblas de las tentaciones y de este mundo; que me unja como medicina del alma en todas mis dolencias, y que me sustente y fortalezca para caminar al cielo á pesar de todos los obstáculos que pongan los demonios, á los que he de vencer, como al mundo y á la carne, teniendo siempre en mis labios, en mi corazón y en mi frente el dulcísimo nombre de Jesús.

Propósitos.—De esta meditación he de sacar un gran deseo de que este nombre santísimo esté fijo siempre en mi memoria, para acordarme de El; en mi entendimiento para pensar en El; en mi voluntad, para amarle y gozarme en El. Tengo de imprimirle en mi corazón, para que esté siempre unido conmigo y tenerle en mi lengua, para alabarle y bendecirle, gustando de publicar sus grandezas, tomándole por principio y fin de mis pláticas, y nombrándole con frecuencia y con sumo respeto y amor.

3 DE ENERO

Del modo de llevar gloriosamente el santo nombre de Jesús.

Preludios.—Imagínate ver el santo nombre de Jesús grabado con letras de luz divina en todas partes, en el cielo, en la tierra, en los seres materiales y en los espirituales, y pide á Dios N. S. que lo grabe con caracteres de fuego en tu frente y en tu corazón, para que sepas usarlo y confesarlo delante de Dios y de los hombres.

PUNTO I

El dulce Nombre de Jesús, sello divino del cristiano.

Considera que es propio de los predestinados llevar en la frente y en el corazón el nombre de Jesús, y puede decirse que cada uno de ellos es un vaso de elección para llevar dignamente este nombre adorable delante de Dios y de los hombres. Los bienaventurados lo llevan en el cielo como signo de triunfo y de gloria, y lo llevaron en la tierra como señal de santidad y de combate. Debemos, pues, nosotros llevarlo en la vida como ellos, si queremos ser del número de los escogidos y llevarlo después en el cielo.

Pero para llevarle ahora y después con honra, es preciso que lo grabemos en primer lugar en nuestro entendimiento, porque ese nombre es luz que esclarece las tinieblas de la ignorancia, es sol de verdad y de vida eterna; el que, predicado por los Apóstoles, alumbró al mundo con los esplendores de la fe: él, entre todos los nombres del Verbo encarnado, es el que muestra con mayor claridad las misericordias y grandezas de Cristo S. N., el que mejor nos descubre sus divinos atributos, sus oficios, sus virtudes y el amor que nos profesa, el que mejor compendia las grandezas y las humillaciones de un Hombre-Dios. Sea, pues, muy frecuente nuestra meditación y continuo el recuerdo de ese dulcísimo nombre y de las perfecciones de Jesu-Cristo, que en él se representan y simbolizan por maravillosa y divina manera.

Grabémosle en segundo lugar en nuestro corazón, para que lo inflame con su fuego de amor, del que es cifra el nombre de nuestro adorable Redentor: porque nada tan eficaz como ese nombre divino para excitar afectos encendidos de amor á Jesús, cuyo sólo nombre es más dulce que la leche y la miel, porque nos recuerda cuánto nos amó Jesús, que dió su vida por nosotros, el nombre que debemos amar sobre to-

dos los amores, ya que Jesús debe estar en nuestro corazón por encima de todas las cosas.

Después grabémosle en nuestros brazos, con objeto de que tengan el vigor necesario para combatir con los enemigos de nuestra salvación y practicar con rectitud y pureza de intención y sin humanos respetos todo linaje de buenas obras. Grabémosle en la lengua, para que siempre bendiga y alabe y glorifique al Señor. Grabémosle en las manos, para que practiquen siempre el bien, y en nuestra frente para no avergonzarnos nunca de Dios y de la fe, y en todo nuestro cuerpo para que sea puro, y en nuestro espíritu para que sea santo; y procuremos grabarlo también en todo cuanto nos rodea, para que, como dijo san Pablo, *al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y que toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.*

Sea así, oh suavísimo nombre de Jesús, y logre yo verte una y mil veces adorado y bendecido por todos los hombres buenos, temido y respetado por todos los malos, y reinando en el mundo por la fe y tu gracia como reinas en el cielo por tu gloria.

PUNTO II

Llevar dignamente el Nombre de Jesús es imitar las virtudes de Cristo, Señor Nuestro.

Considérese que para llevar dignamente el santo y dulcísimo nombre de Jesús, es preciso tener las mismas virtudes y revestirnos del espíritu con que lo lleva nuestro Salvador.

Espíritu de humildad y de obediencia, espíritu de exterior penitencia y abnegación interior. Así lo llevó nuestro Señor y así debemos llevarlo nosotros, *para que haya en nosotros el mismo modo de sentir y pensar que hubo en Jesucristo* (1).

Los cristianos fervorosos que llevan el nombre de Jesús en sus almas, dice san Juan Crisóstomo, cuentan con una gran fuerza de voluntad y una virtud divina, no sólo en los combates, sino también en la paz; pero han menester resolverse á sufrir, como Cristo, grandes trabajos, á quebrantar en todo su voluntad y someterse á la obediencia en cosas que son contrarias á los sentimientos de la naturaleza corrompida. El nombre de Jesús es un nombre de salvación y de vida; pero como Jesús, es signo y estandarte de lucha y está sujeto á las más graves contradicciones. Salva, sí, á las almas; pero las salva como Cristo por medio de la cruz. El que lo quiera llevar, debe alejarse de todos los vicios y disponerse para sufrir persecuciones por él, como dice san Pablo. Este nombre santo es compendio de todas las virtudes; porque todas llevan el nombre de su divina fuente y modelo, que es Jesús. Y no sólo de las virtudes ordinarias, sino de las más elevadas y sublimes, que todas se simbolizan en Jesús.

Este nombre, finalmente, es como el glorioso estandarte de la vida cristiana, que de un modo sensible se representa en la cruz; y la cruz y el nombre del Pontífice sumo que se sacrificó en ella por salvarnos, representan lo mismo y lo mismo significan: la necesidad que tenemos de coadyuvar á la obra de nuestra propia redención por medio de la continua mortificación, abrazándonos con la cruz y procurando padecer y morir en ella, porque en la cruz está como corona de triunfo el nombre de Jesús. La salud del mundo está en la cruz: todos los bienes de la gracia y de la bienaventuranza, en la cruz se hallan, y á la cruz hay que ir á buscarlos, si de veras los queremos encontrar.

A la cruz, pues, iré á buscarte, ¡oh nombre gloriosísimo! pues en ella reinas, dominas y salvas, y abrazándome con la cruz de la mortificación, lograré con tu gracia, ¡oh dulce Jesús mío! que tu nombre se

grabe para siempre jamás en mi corazón y en mi alma

PUNTO III

Cómo recompensa Dios á los que llevan dignamente el nombre de Jesús.

Considérense las gracias extraordinarias y singulares favores que hace Dios á los que llevan dignamente este santísimo nombre. Este nombre lleva consigo la luz, la alegría, la paz, la abundancia, la gloria y la felicidad, porque como óleo suavísimo arde, alumbra, consuela y cura. Si poseo alguna gracia y alguna virtud, no es por mi esfuerzo, sino porque Dios me hizo marchar por los senderos de su justicia para gloria de su nombre. Si confío en ver un día la Jerusalén celeste, es porque tengo puesta mi confianza en el santo nombre de Jesús. Si los Apóstoles consiguieron la conversión de los pueblos, el nombre de Jesús fué la bandera de tan milagrosa conquista. Si los mártires desafiaron con tanto valor los tormentos, y sufrieron la muerte con tanto heroísmo, fué sólo por la virtud del nombre de Jesús; si los santos obraron cosas admirables y fueron elevados á un tan alto grado de gracia y de gloria, al nombre de Jesús, que es luz, gracia y fortaleza, lo debieron; y por este nombre hicieron portentosos milagros, y por él igualmente consiguieron reprimir la violencia de sus pasiones y triunfar del mundo, del demonio y de la carne.

Cuando el nombre de Jesús se representa en mi espíritu, decía san Bernardo, y sus rayos esclarecen mi alma, siento al punto que se enfrían mis pasiones, se disipan mis tristezas y me dejan libre las tentaciones. Al pronunciar este nombre adorable, luego se me representa un hombre divino, dulce y humilde de corazón, afable, sobrio, purísimo, misericordioso, adornado de todas las virtudes en grado infinito, y en seguida recuerdo que este hombre es á la vez Dios,

Creador y Redentor mío, que me da por un lado el ejemplo de su sagrada Humanidad para que me sirva de modelo, y por otro su gracia y auxilio para que pueda imitarle. Grabad, concluye san Bernardo, el nombre de Jesús en vuestro seno, en vuestra boca, en vuestro corazón, en todas vuestras potencias y en todas vuestras acciones; grabadlo en todos los lugares en que habitéis mientras que estáis en el mundo, á fin de que, cuando llegue la hora de la muerte, sea el nombre de Jesús la última palabra que pronunciéis, y con ella en los labios y en el alma entréis en la patria del cielo para bendecir á Jesús y su santo nombre por los siglos de los siglos.

Coloquio.—¡Oh Jesús, padre de los pobres y consuelo de los afligidos! Mi alma está sin palabra en vuestra presencia, y mi corazón no os puede decir otra cosa sino que sois todo su bien. Sed, pues, Jesús para mí en la vida, y sed para mí Jesús en la hora de la muerte. ¡Oh Jesús! poneos como un sello en mi memoria para que sólo piense en Vos; como un sello sobre mi corazón para que no ame sino á Vos; como un sello en mis labios para que no hable sino de Vos; como un sello en mis manos para que no trabaje sino por Vos y para Vos.

¡Oh santísimo nombre de Jesús! yo os adoro como un nombre de grandeza, os amo como un nombre de dulzura y os invoco como un nombre de poder. ¡Oh dulcísimo Jesús! Quiero con vuestra gracia derramar mi sangre para salvarme, ya que Vos habéis dado la vuestra por ser mi Salvador; quiero sufrir dolores en el corazón, y morir, para que Vos me salvéis, amabilísimo Salvador mío.

Propósitos.—Recibir, no sólo con resignación sino hasta con santa alegría, cuantas humillaciones el Señor se digne enviarnos, y en todas las penas, tentaciones y peligros, invocar prontamente y con encendido amor el dulcísimo nombre de Jesús.

4 DE ENERO

Sobre la entrada del año nuevo.

***Preludios.*—Imagínate á la vida humana como un río rapidísimo, que corre hacia el mar inmenso de la eternidad; sentado tú á su orilla, considera lo efímero y engañoso de todo lo transitorio, y pide al Señor vivir de la verdad y no de las mentiras y de las ilusiones de los mundanos.**

PUNTO I

El año que empieza nos recuerda lo ilusorio y vano de nuestra vida.

Considera que el tiempo inexorable ha dado un paso más, y el año que ha muerto, acaba de hundirse en el océano de la eternidad, como los años anteriores, arrastrando en pos de sí una parte de tu vida.

Ya no existe más aquel año á quien saludamos sonriente y halagüeño hace apenas doce meses con el dictado de *año nuevo*. Ahora es otro el *año nuevo* condenado, como todos, á dejar de serlo también dentro de brevísimo plazo, para ceder su puesto á otro de tan fugaz existencia como él.

Hace más de sesenta siglos que dura para el mundo esa sucesión de años, que aun á los más frívolos y ligeros obliga á exclamar: ¡Cómo pasan los años! Y sin embargo...: he aquí una ilusión como tantas otras de nuestra vida, tan llena de ellas. No pasan los años. Quienes pasamos, y cierto, muy deprisa, somos los hombres.

Por eso después de estudiar los sabios para ponerse de acuerdo en lo que es el tiempo, han convenido en que no es más que la sucesión de las cosas. Ve, pues, ahora, si podemos achacar al tiempo su rápido andar y sus infinitas mudanzas, cuando en rigor no es él sino nosotros, quienes no acertamos á estarnos quietos, sino que, queriendo ó sin querer, corremos constantemente hacia el sepulcro.

Vuelo en ferrocarril, y si no me engañan los ojos, veo pasar delante de mí en desatentada carrera

montes y valles, casas y personas y mil y millones de objetos, mientras, al parecer, me estoy yo quieto sin moverme de un lugar.

Pero me engañan los ojos, y no son los objetos los que desfilan por delante de mí: soy yo quien pasa delante de ellos; es el tren el que me arrastra impetuoso al través de túneles y terraplenes, hasta dar conmigo en el término de mi viaje.

¡He aquí la vida, he aquí nuestra constante ilusión, he aquí lo que ha de ser nuestro postrer desengaño!

No pasan los días, ni vuela el tiempo, ni hay año nuevo ni año viejo. Hay, sí, una porción de viajeros que se forjan la eterna ilusión de verlo desfilar todo delante de sus ojos, cuando son ellos y sus vidas los que en tropel ruedan sin cesar por la rápida pendiente de la existencia, cuyo término final es sencillamente la eternidad.

Considera lo sublime y majestuoso de esta palabra; es decir, lo que no pasa, lo que no muda, lo que para siempre permanece, lo siempre antiguo y siempre nuevo. ¿Qué es la vida más larga, si con ella se compara? ¿Qué la juventud más fogosa? ¿Qué la ambición más satisfecha? ¿Qué la fortuna más propicia? ¿Qué la ciencia más encumbrada? Una mentira y una ilusión.

Andamos, pues, ó mejor, volamos sin descanso: muchos tenemos ya un pasado, es decir, no un tiempo que ya pasó, sino un tiempo por el que hemos pasado nosotros. Otros vendrán en pos, recorriéndolo con análogas vicisitudes. A todos aguarda igual paradero. Las fiestas ostentosas; los proyectos frustrados ó realizados; los ensueños que halagaron nuestra mocedad; los sentimientos de nuestro corazón; llantos y alegrías, temores y esperanzas... todo pasó en gran parte, ó mejor, por todo hemos pasado ya, á todo estamos muriendo á cada hora que da el reloj, á cada día que amanece, á cada año que llama-

mos *nuevo*, para seguir engañándonos con la infantil ilusión de que no somos nosotros los que envejecemos.

¿Y adónde vamos? Infaliblemente al término del viaje, que por añadidura ignoramos si está muy próximo ó muy lejano.

Puesto que todo es una ilusión y cuando crees tener un año más, lo que tienes es un año menos, una rama menos en el árbol de tu vida, procura no vivir de ilusiones, porque *pasa como una sombra la figura de este mundo:* agárrate á la roca viva de la fe y de la razón y obra el bien y la virtud, mientras Dios te conceda el tiempo.

Saca de estas consideraciones grande fervor y aliento para sufrir cualquier trabajo por Dios y por tu salvación, viendo *cuán breves son los días del hombre sobre la tierra:* toma también más ánimos para trabajar en tu aprovechamiento y acrecentar tu caudal, reconociendo que sólo Dios y la virtud es verdad, y fuera de eso, todo ilusión y engaño.

PUNTO II

El año que empieza nos recuerda la brevedad de nuestra vida.

Considera que parece que fué ayer cuando celebrabas la entrada del año que ahora acaba de hundirse en el seno de la eternidad. Ayer parece que fué, y ya ha pasado un año... y así pasarán todos los años... Ya tienes, y tenemos todos, un año más en el libro de la muerte, y un año menos en el de la vida; un año más para la eternidad, y un año menos para el tiempo; un año más cerca de Dios, y un año más lejos del mundo; un año más para morir y un año menos para vivir. A la vista de esa asombrosa rapidez y movilidad del tiempo, verás claramente la verdad de las expresiones de la Sagrada Escritura, cuando lo compara á la sombra fugitiva que desaparece cuando la queremos abrazar; al buque, que corta las olas sin dejar huellas de su

paso; á la saeta, que cruza el espacio rapidísimamente; al peregrino, que corre sin detenerse jamás, y á otras figuras con que el Espíritu Santo nos representa la brevedad de la vida humana.

Deduce de todo esto que la vida es brevísima para todos los hombres. Es seguro que los más mueren en la flor de la niñez ó de la juventud. Pero aun la vida más larga, ¿qué es en sí misma? Setenta años, luego que pasaron, parecen un momento, y los bienes y los placeres y los honores, todo se disipa como un sueño.

Y si miramos la vida respecto de la eternidad, nos parecerá infinitamente más corta aún. *Mil años* (dice la Escritura) *son como un día en comparación de la eternidad;* ¿qué es, pues, la vida más larga sino una hora, un momento respecto de la eternidad, y una gota de agua respecto de todo el mar? No tenemos, pues, más que una hora de vida, y aún puede ser que no la tengamos, porque nadie se puede prometer una hora más de vida. ¿Por qué, pues, nos embelesamos en formar grandes ideas, en adquirir grandes riquezas con tanto ardor y ambición, como si tuviéramos que vivir eternamente? No pensamos sino en establecernos aquí, donde hemos de estar pocos momentos, y nos olvidamos de nuestra patria, que es donde hemos de estar eternamente: pensamos en acomodar bien el mesón donde nos alojaremos, si viene á mano una noche, y olvidamos y dejamos arruinar la casa propia donde estaremos para siempre, la casa de nuestra eternidad. ¿Podrá darse mayor locura? Si así obrásemos en las cosas del mundo, ¿no mereceríamos el dictado de insensatos?

Considera, por último, cuántos empezaron contigo este año, y se han quedado en el camino y no llegaron al fin, como has llegado tú; vuelve los ojos atrás y míralos en los sepulcros, comidos de gusanos, cómo acabaron ya sus papeles en la farsa de este mundo; mira sus designios burlados, sus trabajos perdidos,

sus haciendas confiscadas por la muerte, sus honras deshechas como el viento: todo pasó como sombra, y de ellos apenas hay ya memoria. Reconoce la fragilidad de esta vida y sus engaños, y que todo es locura, sino buscar la eterna y lo que dura para siempre.

Considera qué sentirías si te hubieras quedado en el camino como ellos, y qué sería de ti en este momento, y dónde estarías y qué harías y qué pensarías de lo que ahora meditas, y exclama con admiración y llanto, viendo la ceguedad de los hombres, pues por gozar de un soplo de vida, tan breve y engañosa, pierden la eterna y verdadera, y pide al Señor que no te permita caer en tal engaño, y que te dé luz y gracia para despreciar lo temporal y codiciar lo eterno solamente.

PUNTO III

El año que empieza debe infundirnos nuevos deseos de nuestra santificación.

Considera cómo en la Circuncisión, se nos pone ya de manifiesto el deseo de salvarnos que tiene Cristo, Señor Nuestro, del que nos dió dos pruebas: la primera derramar su sangre; teniendo tal hambre de ello que no pudo esperar á derramarla en el Calvario; la segunda tomar el nombre de Jesús. Pondérese aquí que nuestra salvación depende del concurso de dos voluntades: la de Jesús y la nuestra. La de Jesús es tan eficaz que, no sólo hizo por nosotros cuanto era menester para salvarnos, sino muchísimo más, porque El mismo dijo que vino á darnos vida y vida abundantísima. ¿Cómo podremos nosotros corresponder á tanto, y tan profundo y ardiente amor? Con la más insignificante de las acciones de su vida, con una sola gota de sangre hubiese rematado la obra que había tomado sobre sí, de redimirnos; pero excediéndose á lo que se requería, quiso conquistarnos la redención con toda su sangre, para que por la grandeza del sa-

crificio pudiéramos formarnos idea de la importancia que para nosotros tiene la salvación. A ejemplo de Cristo que así empieza su vida, anímate á no perdonar sacrificio alguno, incluso el de tu sangre si fuera preciso, para asegurar lo único que te importa, que es la salvación de tu alma, considerando que es lo único necesario y para lo que Dios N. S. te dá un año más de vida, no para que goces, no para que te enriquezcas, no para que brilles, sino para que te salves.

Mas no te contentes con eso. El tiempo te lo da Dios para que te santifiques. Por tanto disponte á empezar el año con un fervoroso deseo de mortificar tus pasiones, sobre todo la dominante, que es la prueba de la santidad perfecta. Considera que Cristo, S. N., vino á este mundo para destruir el pecado, que es la obra del demonio, y que comenzó á borrarlo derramando su sangre preciosísima. Para imitar á este Maestro divino, básate en la mortificación interior y exterior que atraerán sobre ti las bendiciones del cielo, y con ellas, y sólo con ellas, adelantarás en la virtud.

Procura, por último, empezar el año excitando en tu corazón el amor á Jesucristo, y abrasándote en santo celo, queriendo hacer algo práctico por su amor y por el bien de las almas. Ama, ama muchísimo, todo lo que puedas y alcances, á Jesús, que por muchísimo que tú le ames, será siempre infinitamente inferior tu amor al que Jesús te tiene. Los judíos, viéndole llorar sobre el sepulcro de Lázaro, decían entre sí: «¡Ved cómo le amaba!» Pues si las lágrimas son señales de amor ¿qué hemos de pensar de su preciosísima sangre, cuyas primicias nos regaló tan generosamente en este misterio de su circuncisión? Considerando esta sangre derramada, digamos á semejanza de los judíos: ¡Cuánto nos ama! Y ¿hemos nosotros de ser siempre ingratos á este amor infinito? ¿Hemos de consentir á nuestro miserable egoísmo

que se lleve siempre las primeras horas del día, los primeros años de la vida y los primeros impulsos del corazón, negando todo esto al amantísimo Jesús?

Coloquio.—¡Oh Dios mío y Redentor mío! ya que tan mal comencé mi vida, yo te prometo que he de mudarme por completo, empezando este año á servirte con fervor, dejando el camino ancho que hasta hoy seguí, por la senda estrecha que siguen los escogidos. Me abrazaré con toda mi voluntad y de todo mi corazón con la cruz de la abnegación de mí mismo, hasta hacer algo por tu amor... Estoy pronto á derramar mi sangre por Ti, como Tú por mí la derramaste. ¡Qué dichoso sería yo si hubiese comenzado á servirte al principio de mi vida!... Pero ya que así no fué, comenzaré ahora de veras pues te dignas concederme un año de penitencia y misericordia. Muy tarde es ya, Señor, es muy tarde; pero nunca lo es para aprovechar el tiempo que me das de vida, para comenzar á serte fiel y no dejar de serlo jamás.

Propósitos.—Serán los de esta meditación empezar el año nuevo con aumentos de fervor verdadero, sólido y constante en el servicio de Dios, proponiendo renovarte en el exacto cumplimiento y observancia de tu plan de vida y en hacer con toda exactitud tus ejercicios espirituales.

5 DE ENERO

Sobre el aprovechamiento del tiempo.

Preludios.—Imagina que estás en el último momento de tu vida esperando el juicio del Señor, y oyes la voz de Dios que te dice: *No habrá más tiempo*, y pide gracia para aprovechar bien el que te reste de vida, que tal vez sea cortísimo y este año el postrero de tu existencia.

PUNTO I

Lo que vale el tiempo.

Considera que no hay cosa más preciosa que el tiempo, pues es el precio de la eternidad y el precio de la sangre de Jesucristo. En cada uno de sus momentos podemos crecer en gracia y caridad, pode-

mos merecer la posesión de Dios y ganar un grado de bienaventuranza eterna. Cada momento, pues, encierra para mí una eternidad de gloria, si lo aprovecho bien, ó una eternidad de penas, si lo empleo en ofender á Dios.

Según hubiese usado yo bien ó mal del tiempo que Dios me da en esta vida, seré después de la muerte ó premiado ó condenado. Toda mi salvación depende, pues, del tiempo, y como Dios al criarnos y ponernos sobre la tierra, nos impone á todos una estrecha obligación de trabajar por salvarnos, por la misma razón nos impone á todos un precepto absoluto de aprovecharnos del tiempo que tenemos y de gastarle útilmente.

Deduce de esto que Dios nos dió el tiempo, no tanto para nosotros como para sí mismo y para su gloria; quiere, pues, que lo empleemos en servirle y glorificarle, y que esta sea nuestra primera intención en el empleo del tiempo. No dárselo á Dios usando santamente de él, es caer en el mismo desorden que un criado que rehusase gastar el día en servir á su señor ¿Soy yo, acaso, menos culpable, cuando dejo pasar vanamente el tiempo que debo á Dios y me debo á mí mismo; y puedo tenerme por seguro, porque no pertenezco al número de los que el mundo califica de escandalosos y libertinos? Sin hacer otro algún mal, ¿sólo la pérdida del tiempo no es un mal gravísimo?

Es tanto más grave cuanto que el tiempo, perdido una vez, no puede recobrarse. ¿Dónde están para mí tantos años? ¿Dónde el último que pasó? Cada día, cada hora, cada momento más, podía granjearme una corona de méritos; ¿pero qué tengo de ellos, y qué caudal de merecimientos he juntado? ¿Dónde estarán, á la hora de mi muerte, los años que Dios quisiese concederme de aquí en adelante? Si son años tan estériles como el que acaba de pasar, ¿qué sacaré de este mundo? ¡Qué horrible reflexión en el último día de mi vida! ¡Hubiese podido santificarme, y ya no pue-

do! Recurriré á Dios; protestaré mil veces que si Su Majestad quiere darme algún tiempo más de vida me aprovecharé hasta de la menor parte de ella. ¡Hermosos propósitos! Mas ¿los escuchará Dios? ¡Ah! mucho mejor sería tomar desde ahora resoluciones enérgicas, ahora que me pueden ser provechosas y tengo tiempo de ponerlas en ejecución.

Emplea, pues, bien el tiempo; aprovecha estos preciosos momentos, tan necesarios á tu salvación; resarce con una saludable penitencia el tiempo que has perdido; emplea bien el presente; prepara el venidero; piensa en tu salvación; salva tu alma; mira que el demonio se fatiga por perderte, sabiendo, como dice san Juan, que te queda poco tiempo; no te descuides, porque pronto vendrá la noche de la muerte, en la que no podrás merecer.

PUNTO II

Modos de perder el tiempo.

Considera que pueden perder el tiempo lastimosamente aun las personas que se llaman espirituales, de mil maneras, y casi están más expuestas á este desorden que las del mundo, porque están más desocupadas de negocios y de los cuidados temporales que ocupan á los mundanos.

Primeramente, hay personas piadosas cuyos quehaceres son muy limitados; después que han ocupado algunas horas en prácticas piadosas, ¿en qué gastan casi todo el día? Comunmente en nada. Frívolos y vanos entretenimientos, conversaciones profanas ó peligrosas, largas é inútiles visitas, curiosidad de saber todo lo que pasa fuera de nosotros, afán de criticarlo todo, de informarse de todo: estas son sus ocupaciones ordinarias. ¿Puede darse vida más ociosa que ésta? ¿Y es esto aprovechar el tiempo?

Otros personas que se dicen espirituales hacen más, y se ocupan en obras de caridad; viven siempre agitadas, no tienen el menor descanso: pero ¿cuál

es la causa de todas estas agitaciones? ¿Es espíritu verdadero de celo? ¿Es la voluntad de Dios y el espíritu de sacrificio? Lejos de esto, corren riesgo de buscar muchas veces la necia satisfacción de su vanidad ó de su carácter; no es, pues, más que inquietud ó impetuosidad natural la que las lleva de acá para allá: de aquí sucede que se meten en mil negocios; quisieran meterse en todos y emplearse en todos, fuera de sus obligaciones; ¿es esto emplear bien el tiempo, ó desperdiciarle?

Entra dentro de ti mismo y mira en qué pasas el día, cuántas horas pierdes inútilmente y acuérdate con temor y temblor de que hasta de una palabra ociosa hay que dar terrible cuenta á Dios N. S. Pide perdón del tiempo perdido y propón aprovecharlo más y mejor en el negocio de tu santificación.

En fin, otras personas espirituales también, están siempre ocupadas; pero se puede decir que ganan muy poco para la eternidad, porque, ó no cumplen con sus obligaciones sino con negligencia extrema, ó por fines meramente humanos. El tiempo no es útil sino en cuanto se emplea según la intención y voluntad de Dios y sirve para nuestro aprovechamiento espiritual; mas lo que se hace con tibieza suma y negligentemente, ó por respetos humanos, ¿puede ser agradable á Dios? Y si no puede agradar á Dios, ¿de qué nos puede aprovechar todo lo que hacemos para la vida eterna?

De aquí debo sacar, lo primero, que después de haber cumplido con mis obligaciones, si aún me queda algún tiempo, no soy señor de él de manera que me sea permitido gastarlo en vanos entretenimientos: no hay alguna ley particular que determine el empleo que debo darle entonces; pero hay siempre una ley general que me ordena emplearle bien y en servicio de Dios. Lo segundo, que una vida muy laboriosa puede ser muy infructuosa, si no es Dios ni el deseo de su gloria, sino vanos intereses y respetos,

los que nos mueven á obrar lo que exteriormente parece bueno. Lo tercero, que para gastar santamente el tiempo, no basta que las ocupaciones sean santas en sí mismas si no lo son en sus circunstancias; y que puedo perder trabajando, mucho tiempo, si trabajo sólo con el cuerpo y no con el espíritu; de donde fácilmente puedo conocer, pero con el más sensible dolor, cuánto tiempo he perdido hasta ahora, y si puedo estar seguro de haber gastado bien un día solo, cuando me consta cuán poco he hecho con verdadera rectitud y pureza de intención, y que más que á Dios me busco á mí, mi propia satisfacción, las alabanzas de los hombres, la sensibilidad natural de mi corazón en cuanto hago.

Saca de todo esto que lo que no hagas con suma pureza de intención y sólo por agradar á Dios, te lo premiarán los hombres; pero no Dios N. S., que sólo recompensa lo que se hace por El.

PUNTO III

Debemos reparar el tiempo perdido.

Considera que aunque en un sentido el tiempo perdido sea irreparable, no lo es siempre, porque puedo redimirlo, según palabras expresas del Apóstol. Los obreros del Evangelio que vinieron los últimos á la viña, recibieron la misma recompensa que los que habían trabajado desde la mañana. ¿Por qué? Porque en el poco tiempo que tuvieron, trabajaron con mayor diligencia que los demás. He aquí cómo está también en mi mano volver á ganar, con la aplicación y el fervor, todo lo que mis culpas y flojedades me han quitado de merecimientos delante de Dios.

Es necesario, pues, reparar tantos días vacíos en que no he merecido nada delante de Dios, ni adquirido méritos para el cielo; estos son propiamente días vacíos y malos; porque los que debo tener por tales para mí no son aquellos en que he tenido cruces que llevar, ni penas ó enfermedades que sufrir; al contra-

rio, estos días de prueba son, para las almas verdaderamente fervorosas, días llenos; pero tantos como he pasado de una vida perezosa, de una vida distraída y sin mortificación, estos son días verdaderamente vanos y perdidos que debo redimir.

Dichoso yo, pues Dios me da todavía algún tiempo para convertirme. Esta gracia es la más preciosa que el mismo Dios me puede hacer; pero para aprovecharme de ella necesito no diferir mi conversión; toda tardanza sería muy peligrosa, pues no sé si éste será el último año de mi vida. Sé bien que usando como debo del tiempo futuro, puedo suplir el pasado; pero no sé cuánto me durará, y no hay cosa más incierta que el tiempo; sé que Dios me concede lo presente que ahora tengo; pero no sé si me concederá lo por venir. Es, pues, prudente aprovecharme cuanto me sea posible del tiempo que tengo, porque no hay otro sino el presente de que pueda disponer; y aun cuando tuviese todavía muchos años, ¿sería mucho consagrarlos todos á Dios, y tendría más tiempo del que necesito, para reparar tanto como he perdido y tanto como debo á Dios por sus beneficios?

Coloquio.—¡Dios de misericordia! A vuestros pies me tenéis postrado como aquel siervo que, no teniendo con qué pagar, movió con sus ruegos el corazón de su señor. Vos podéis disponer de mí como gustareis; Vos sólo habéis medido el número de mis días, pero *tened un poco de paciencia*, ¡oh Dios mío! *y os lo pagaré todo* (1). Dadme algún tiempo más y nada olvidaré para satisfaceros.

Los santos deseaban que se les acabase el tiempo, y suspiraban por la eternidad; no me maravillo, Señor; sus años eran llenos, y, después de haberse enriquecido sobre la tierra, no les restaba más que ir á gozar los frutos de sus trabajos; pero yo, Dios mío, temo, y tengo mucho motivo para temer: temo que la muerte venga muy presto y que me arrebate los

(1) Matth., c. 18.

días de que necesito para compensar de alguna manera los días perdidos de mi vida. Vuestra providencia, Señor, jamás me abandonará, y en ella sólo confío; pero no quiero perder en adelante un momento. ¡Oh Dios mío! todos los días no son á propósito para servir al mundo, mas en todo tiempo podéis ser amado y servido, y en todos yo puedo santificarme.

Propósitos.—Hacer todas las obras como si cada una hubiera de ser la postrera de nuestra vida, teniendo siempre ante nuestros ojos el pensamiento de la muerte.

6 DE ENERO

(Meditaciones para la octava de la Epifanía.)

De la adoración de los Reyes Magos.

Preludios.—Imagínate á los santos Reyes postrados devotísimamente á los pies del niño Jesús, y pide la gracia de imitar las admirables virtudes y la generosidad para con Jesús y María de los santos Magos, ofreciendo al divino Infante el oro de tu amor, el incienso de tu fervor y la mirra de tu mortificación.

PUNTO I

De la jornada de los Reyes Magos.

Considera cómo el Eterno Padre, queriendo que su divino Hijo fuese adorado, no sólo de los judíos y de los pobres, sino también de los gentiles y de los reyes, crió en el Oriente una estrella hermosísima que fuese señal de haber nacido el Mesías. Piensa que aunque lució esta estrella en todo el Oriente, y muchos la vieron y entendieron su significado, se hicieron sordos al llamamiento de Dios y sólo tres Reyes se determinaron á salir en busca del Rey recién nacido. Y movidos por la divina gracia, á cuyo llamamiento no se hicieron sordos como los demás, tomaron dones que ofrecer al Niño, y se pusieron en camino, dejando todas sus cosas en manos de Dios.

Gracias te doy, Dios soberano, por el cuidado que tienes de que tu Hijo sea conocido y adorado de las

gentes, así por su gloria y honra, como por el provecho de los que le conocen. ¡Oh, si todos le conociesen y adorasen para que todos participasen del fruto de su reinado!

Considera después cómo, caminando los Reyes, vieron que la estrella se movía en el firmamento, como queriendo servirles de guía en aquella jornada; de donde sacaré que, si fiando en Dios, comienzo á buscarle, su providencia infinita me proveerá de guía; y el espíritu divino y la gracia de mi vocación irán siempre delante de mí, como estrellas, enderezando mis pasos en el día de la prosperidad y en la noche de la adversidad, apartándome del precipicio de las tentaciones, y llevándome por las jornadas de la penitencia y de la meditación, hasta encontrar á Jesús S. N., como le hallaron los Magos. La lumbre de la razón, la antorcha de la fe, la inspiración del Espíritu Santo y la dirección de mis superiores, son cuatro estrellas que se reducen á una, que es Dios, y á mi cuenta está seguir á esta divina estrella derechamente, sin apartarme ni á un lado, ni á otro.

Considérese que al llegar cerca de Jerusalén se encubrió á los Magos la estrella, quedando tristes por esto que permitió Dios, para probar su fe y perseverancia; y para que faltando la guía del cielo, buscasen la que Dios ha dejado en la tierra, y así los Magos no desmayaron, sino que se determinaron de entrar en Jerusalén á buscar lo que deseaban, enseñándome con este ejemplo lo que yo debo hacer, cuando se me esconde Dios, y me hallo en tinieblas y tentaciones; porque en tales casos no he de desconfiar, sino poner los medios que pudiere para buscar y hallar á Dios, acudiendo á sus ministros.

¡Oh Dios eterno! Dame la fe constante de los Santos Reyes para que te busque como ellos te buscaron, acudiendo con humildad á tomar los medios humanos, cuando me falten los divinos.

PUNTO II

Los Magos en Jerusalén.

Medita las grandes virtudes que resplandecieron en la pregunta que hicieron los Magos, luego que hubieron entrado en Jerusalén: *¿Dónde está el que es nacido Rey de los judíos?*

Resplandeció en esto una fe insigne creyendo lo que no habían visto, confesando á Jesucristo Rey y Mesías prometido; y gran fortaleza porque, aunque advertían el peligro de ser muertos por Herodes, al que habían de disgustar preguntando en su corte por otro Rey, no entraron á escondidas, ni preguntaron con reserva, sino públicamente y en su mismo palacio.

¡Oh heroica confianza en Dios y animosa fortaleza, inspirada por el mismo Niño recién nacido, que así confiesa á Jesucristo Rey delante de sus enemigos y á pesar de todos los peligros! Aprendamos de los Reyes á tener fe viva en Dios y á confesar á Cristo delante de los grandes y los pequeños, de los fieles y de los incrédulos. Compara su conducta con la tuya, tibia é imperfecta, y avergüénzate y pide perdón al divino Niño Jesús.

Herodes consultó á los sabios, y éstos le dijeron que el Rey, por quien preguntaban los Magos, había de nacer en Belén, conforme al vaticinio de Miqueas; y así lo comunicó á sus huéspedes, encargándoles que buscasen al Niño, y que, en hallándole, le avisasen; en lo que se ve que Dios se sirve de los malos para favorecer los intentos de los buenos, y también que por medio de sus ministros, aunque sean tan perversos como los sacerdotes y doctores consultados por Herodes, descubre la verdad de la divina Escritura á los que desean saberla para su provecho.

Finalmente, me han de atemorizar los secretos juicios de Dios, porque, viniendo los gentiles de tierras tan distantes á buscar á Cristo, los judíos, que tan-

tos años le habían esperado, con estar tan cerca, no se movieron á buscarle; y aunque avisaron á los Magos dónde le hallarían, no tomaron el aviso para sí, ni se aprovecharon de lo que tan perfectamente sabían.

Entra dentro de ti y mira que tal vez hace ya mucho tiempo que te está Dios llamando con inspiraciones secretas, con movimientos interiores, con la voz del predicador de Jesucristo, con los avisos y consejos de los confesores, con la lectura de los buenos libros, y con los ejemplos de virtud de los fervorosos. ¡Cuántas estrellas han aparecido á tu vista! Porque estrellas y luces son, y divinas, cuantas gracias é inspiraciones desoyes y desprecias. Cuánto tiempo te está Dios llamando de las tinieblas á la claridad, del pecado á la gracia, del estado de tibieza á una vida más perfecta, y, sin embargo, cierras los ojos á todas estas luces y dilatas de un día para otro tu conversión. ¿Así obedeces á Dios? ¿Qué hubiera sido de los Santos Reyes si, como tú, se hubiesen dejado arrastrar de la pereza? Pero superan todas las dificultades, abandonándose á la Providencia, siguiendo la gracia de Dios, que los llama.

¿Por qué no haces tú lo mismo? ¿Por qué dilatas tu conversión de un día para otro? ¿Temes dejar tus gustos; no te puedes desprender de tu amor propio; te asusta la dificultad de la resolución, y amas el descanso y la vida cómoda? ¿Crees vivir en paz mientras estés en guerra con Dios? Pues considera que los Reyes sólo hallaron á Jesús abandonándolo todo.

PUNTO III

Los Magos en Belén.

Considérese cómo los Reyes, en cuanto supieron lo que deseaban, se salieron de la corte del rey Herodes, huyendo del bullicio que allí había, y enseñándonos que para buscar á Dios debemos huir del bullicio del mundo; y tornaron á descubrir la estrella,

resplandores como en Oriente, sino que marchaba delante de ellos para mostrarles el camino. La alegría que experimentaron ante este nuevo beneficio del Señor, es inexplicable, y un gozo verdaderamente divino y celestial inundó sus corazones. ¡Oh Dios mío, y cómo os bendijeron los santos Reyes por el cuidado con que asistís á vuestros elegidos! porque Vos, Señor, no herís sino para curar, ni afligís más que para consolar á vuestros siervos y amigos.

Llegaron los Magos á Belén. Allí la estrella se detiene y desciende sobre el lugar en que estaba el Rey á quien buscaban. Y ¿qué era aquel lugar? Un establo en que no podían recogerse las bestias... ¡Qué prodigio de fe y de constancia! ¿Sería aquel sucio establo la morada del Rey de los reyes? Los Magos lo creyeron sin vacilar, con perfectísima fe. Grande fué realmente esa fe cuando les determinó á emprender tal viaje; mayor aún y más firme, cuando desapareció la estrella que les guiaba y cuando, entrando en Jerusalén, esperaron contra toda esperanza. Pero mayor y más heroica fué, cuando llegaron á Belén, y entrando en la humildísima cueva, conocieron por luz interior que aquel niño era Dios, Rey y Salvador del mundo y que en El se encerraban todos los tesoros de la divinidad. La pobreza de lugar tan indigno del Hijo de Dios, no les da en rostro ni les hace retroceder. Los pañales que le envuelven, la cuna donde reposa, la debilidad de la infancia á que está reducido no les hace vacilar. La fe les descubre las grandezas de aquel nuevo Rey y la índole de su reinado, y esto basta para que, cayendo de rodillas, le ofrezcan dones y le adoren como á su Dios, su Rey y Salvador, sin escandalizarse del establo ni de los pañales.

¡Cuán penetrantes son los ojos puros de la fe humilde y sencilla! Ella descubre hoy al Dios de toda majestad, bajo la pequeñez de un niño; mañana le reconocerá como Redentor entre las ignominias de

la cruz. ¡Oh Jesús mío! Concededme un rayo de esta luz soberana, cuantas veces me acerque á adoraros y á recibiros en la Eucaristía. A los humildes y pequeñuelos reveláis vuestros secretos; pues bien, yo quiero abatirme y confundirme ante Vos como los Magos. Descubridme, como á ellos, el tesoro infinito de vuestras divinas perfecciones y el mundo será para mí nada, porque Vos lo seréis para mí todo.

Humíllate ante el acatamiento del Señor, y mira despacio si es la soberbia, el amor al regalo, la sensualidad, la disipación, lo que te impide entrar con verdadero espíritu de fe y de tierna y dulce devoción en la santa gruta de Belén y el hallar allí á Jesús con su Madre santísima.

PUNTO II

¿Qué ofrecieron los Magos al Niño de Belén?

Considera que sus presentes tienen doble significación: una se refiere á la idea que se han formado los santos Reyes de Aquel á quien los ofrecen; la otra se relaciona con sus particulares disposiciones. El oro es un tributo voluntario por el que reconocen á aquel Niño como su Rey y soberano; el incienso un homenaje tributado á su divinidad; por la mirra, que servía para embalsamar á los cuerpos, honran su sacratísima humanidad, la que quiere Jesús someter á la muerte para librarnos de la condenación eterna: de este modo dan maravilloso testimonio de ver en él á su Rey, su Dios y su Salvador.

Medita que Jesús es todo esto para nosotros como para ellos. Ofrezcámosle, pues, los mismos presentes, y que Aquel que ve nuestros corazones, vea en ellos lo que vió en los corazones de los Magos. Muéstranos la Escritura á la caridad bajo la imagen del oro purísimo que ha pasado por el crisol (1): fuerza es comprárselo á Jesús para ofrecérselo al mismo Jesús: *Suadeo tibi emere á me* (2). Pero ¿cómo comprar el

(1) Apoc., III, 18.—(2) Ibid.

amor? Con el amor mismo. Amando se aprende á amar mejor; y amando al prójimo, se aprende á amar á Dios. Pero acuérdate que el amor se prueba por las obras y por los sacrificios, y que muchos aman sólo de palabra; pero no con la verdad y con el corazón. El incienso es algo que se consume y que, sólo quemándose, produce delicioso aroma. Anonadémonos delante de Dios, perdiéndonos para nosotros mismos. Renunciarse, olvidarse de sí mismo para inmolarse delante del Señor: he aquí el incienso que El desea. En el lenguaje ordinario de la Iglesia, el incienso es emblema de la oración, y la mirra el de la mortificación. Esta virtud embalsama, hasta cierto punto, nuestras almas, y las preserva de la corrupción del pecado, haciendo de nuestros cuerpos hostias vivas, santas y dignas de ser presentadas á Dios.

¿Vamos así á Belén? ¿Abrimos así nuestros tesoros, ofrecemos lo que los Magos ofrecieron y como lo ofrecieron? ¿Dónde estará la caridad si no se encuentra en los corazones de las almas piadosas? ¿Quién orará con fervor, si ellas lo hacen con negligencia?

¡Oh Jesús mío! Dadme lo que queréis que os ofrezca: un corazón contrito por el recuerdo de mis infidelidades; un corazón abrasado en santos deseos de vivir con Vos en la oración y agradecido á tantos favores de que me habéis colmado, un corazón que se deshaga en continuas acciones de gracias ante Vos.

PUNTO III

¿Qué reciben los Magos en la cuna de Belén?

San Buenaventura nos los representa arrodillados ante la pobre cuna en actitud devotísimamente extática; sus almas están llenas de los más dulces consuelos. Después de haber adorado al Niño, conversan dulcemente con su Purísima Madre, y mientras la cuentan cuanto les ha ocurrido en el viaje, Ella les va revelando las riquezas ocultas en el interior de su

Hijo. El Niño Jesús, mirándolos con bondad, les hace ver cuánto agradece sus homenajes y presentes. Los Magos, por su parte, le contemplan con indecible alegría, tanto con la vista espiritual que interiormente les alumbra, como con la vista corporal, pues era el más hermoso de los hijos de los hombres. Por el oro que le ofrecieron reciben admirable sabiduría que les inicia en el conocimiento de los más elevados misterios de la fe. Por el incienso reciben un don excelente de oración que les une íntimamente á Dios. Y, en fin, por la mirra adquieren la divina ciencia de la Cruz, que les prepara al martirio.

Instruídos por un aviso celestial, tórnanse á su tierra por camino diferente del que á Belén les condujo: y publicando por todas partes las maravillas que Dios ha obrado en ellos, conviértense de adoradores de Jesús, en sus apóstoles, para ser luego sus mártires. ¡Qué rápidos progresos en el conocimiento de Dios y en la perfección de su santo amor! He aquí hasta dónde puede conducir una pronta, valerosa y constante fidelidad á la gracia del Señor.

Alma mía, tú has de ir en espíritu á Belén á adorar á tu Salvador, que te está esperando con su santísima Madre. Prepara también tus dones, porque no conviene que te presentes á Dios con las manos vacías. ¿Tienes incienso? ¿Tienes oro? ¿Tienes mirra? Jesús quiere la oración, la caridad, la mortificación. Ofrécele oro con tus limosnas; incienso con la oración, y mirra con ejercicios de penitencia. Ofrécele tu alma, tu cuerpo y tus bienes, y será el Rey de tu corazón y de tu alma.

Coloquio.—Felicita con fervor á los Magos y ruégales que te alcancen de Dios las disposiciones que tantas gracias les proporcionaron. Y al prepararte hoy para la Misa ó la sagrada Comunión y en todas tus oraciones, penétrate bien del espíritu de la Iglesia tan bien expresado en la colecta del presente día. La Iglesia quiere que en esta solemnidad, llamada en

Oriente la fiesta de *las santas luces*, pidamos el pleno conocimiento de Dios y de su Verbo encarnado, conocimiento que empieza aquí abajo por la fe y se corona en el cielo por la visión beatífica.

Propósitos.—No negar á nuestro Señor ningún sacrificio que te pida y corresponder inmediatamente á las inspiraciones de la gracia, pues ese es el único camino para la santidad.

8 DE ENERO

De los presentes que los Magos ofrecieron á Jesús.

Preludios.—**Represéntase en el oro, el incienso y la mirra, las virtudes que debes ofrecer al Niño-Dios, y pide al divino Infante que las que tú le ofrezcas sean dignas de Aquel á quien se presentan, y sirvan para tu santificación.**

PUNTO I

El oro, el incienso y la mirra, símbolos de las virtudes cristianas.

Considera cómo los Magos, siguiendo la costumbre oriental de no presentarse ante el Rey sin ofrecerle algún don, después de haber adorado al Niño Jesús, abrieron sus tesoros, y ofrecieron al Rey de ángeles y hombres, oro, incienso y mirra. Tres presentes misteriosos, y acerca de cuyo significado debemos meditar para sacar gran provecho para nuestras almas.

Convienen todos en que los dones materiales ofrecidos por los Magos, fueron representación de otros más perfectos; no de substancias sensibles, aunque preciosas, sino de afectos de amor y veneración sacados del tesoro de sus piadosísimos corazones. Hay quien dice que el oro simboliza la caridad, el incienso la devoción y la mirra la penitencia y el deseo que tuvieron los Magos, en presencia del divino Niño, de imitarle en sus humillaciones y dolores. Otros ven en los presentes de los Magos los tres votos religiosos: en el oro la pobreza, la pureza en la mirra y la obediencia en el incienso. Y no faltan, por

último, quienes creen representado en el oro el don de sabiduría, el de oración en el incienso y el de mortificación en la mirra.

Lo que nos conviene es mirar el tesoro de nuestro corazón, y escudriñar allí cuál es la virtud que deseamos alcanzar, para ofrecérsela á Jesús como presente ó don en la fiesta de la Epifanía. ¿Es la prudencia? ¿Es la castidad? ¿Es el espíritu de penitencia? Pues presentadlas humildemente al divino Niño. ¿No tenéis virtudes que ofrecer? Pues depositad á los pies de Jesús el deseo ardiente de tenerlas, el deseo de santificaros y de servirle y agradarle, de ser suyos en esta vida y en la otra, de convertiros verdaderamente á Dios y de perseverar hasta el fin.

No nos desanime nuestra pobreza. Todos podemos ofrecer al Niño-Dios, algo que sea digno de El en cuanto que El lo acepta con reconocimiento y amor. Somos en este punto mucho más ricos de lo que podemos imaginar: todos los momentos son tesoros que Dios ha puesto en nuestras manos, y de los que podemos sacar méritos y riquezas de valor infinito: ofrezcámoslos á Jesús. Pongámoslos á sus pies con la firmísima resolución de emplearlos todos y siempre en su santo servicio, y tengamos la seguridad de que estos dones son al Niño-Dios sumamente agradables.

Postrándote, pues, á los pies del Salvador, ofrécele el oro de la caridad, amándole de todo tu corazón, y por él á tus prójimos, socorriendo sus necesidades con toda liberalidad, y el incienso de la oración, dándole gracias por los beneficios recibidos y haciéndote todo lenguas en alabanza de Dios, y la mirra de la mortificación refrenando tus apetitos, macerando tu carne y mortificando tus deseos por su amor; si eres religioso ofrécele estos tres dones en los tres votos esenciales de tu profesión: el oro por el voto de la pobreza, renunciando todas las riquezas por Dios; el incienso por el de la obediencia, ofreciéndote en sa-

crificio á su divina voluntad, y la mirra por el de la castidad, preservando tu alma y cuerpo de la corrupción del pecado y viviendo en suma pureza, sin dar lugar en tu corazón á pensamiento malo; discurre por los cinco sentidos y por las potencias de tu alma, y ofrece á Dios todas tus acciones, pensamientos, palabras y obras, y pídele gracia para cumplir con tus obligaciones y perseverar hasta el fin en su servicio.

PUNTO II

El oro, el incienso y la mirra simbolizan las grandezas de Jesús.

Considérese en segundo lugar que los tres presentes de los Magos son también, en sentir de los santos Padres, un triple reconocimiento de las principales grandezas de Cristo S. N. Expone san Hilario que, ofreciéndole oro, reconocieron los Magos á Jesús en su dignidad de Rey de cielos y tierra; brindándole con incienso, le acataron como á Dios, y presentándole la mirra confesaron su calidad de hombre verdadero. Y de este modo, con la mirra rindieron homenaje á los dolores y muerte que como hombre había de padecer Jesús; con el incienso adoraron el misterio de su resurrección gloriosa, que fué obra exclusiva de su divinidad, y con el oro se sometieron al Juez soberano que ha de juzgar á todos los hombres en el día del juicio final.

San Máximo enseña que el oro significa la redención del mundo, el incienso la religión cristiana y la mirra la resurrección de los muertos. San León, san Jerónimo y otros muchos Padres, dicen que el oro representa la dignidad real, el incienso la divinidad y la mirra la humanidad pasible. Finalmente, es común sentir que en el oro se simboliza la realeza de Jesús, en el incienso su pontificado sumo y en la mirra su muerte y sepultura.

Todas estas consideraciones deben movernos honrar y reverenciar á Jesús en sus incomparable

grandezas, excitarnos á que le adoremos como á nuestro Dios, le sirvamos como á nuestro Rey y le amemos ardientemente como á nuestro santísimo Pontífice, que se inmoló por nosotros sobre el árbol de la cruz, y se inmola diariamente en el sacrificio incruento del altar.

Imitemos también á los Magos en los sentimientos de humildad, de amor, de reconocimiento y de respeto con que ofrecieron sus presentes; en las dulcísimas lágrimas de ternura y de santa alegría que derramaron en presencia del divino Niño; en el celo por la gloria de Jesús, que los animaba, enardecía y llenaba sus corazones de profundo ardor para servirle y morir por El, si fuere preciso; de extender su nombre por toda la tierra, y de ver pronto cumplida la profecía de David: «Su imperio se dilatará de mar á mar, hasta las extremidades del mundo: le adorarán todos los reyes y le estarán sujetas todas las naciones».

Alégrate, alma mía, de que sea tu Dios un Niño Jesús tan pequeñito y tan humilde; aprende de El la humildad, que te hará semejante á Dios, y ve cómo en ella está la verdadera y sólida gloria, pues fué preciso que el Verbo de Dios se hiciera carne y habitase entre nosotros, para que viésemos su gloria, como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1); porque en la cueva de Belén, y á los pies del Niño, está toda gracia y toda verdad, y lejos de El sólo la desdicha y el error.

PUNTO III

Cómo el Niño Jesús agradece y corresponde á los dones que se le ofrecen.

Considera cómo el Niño Dios, sentado sobre el regazo de su santísima Madre, miraba los dones y el corazón de los Magos, y depositaba sobre ellos miradas amorosas que atestiguaban su agradecimien-

(1) Joann., I.

to. No se puede dudar de que al mismo tiempo que los Magos le ofrecían sus presentes, Jesús les regalaba otros mucho más preciosos, porque no conviene á la bondad y magnificencia del Criador dejarse vencer en generosidad por las criaturas.

Así que, por el oro que presentaron los Magos, les dió Jesús un don admirable de sabiduría para comprender los más elevados misterios de la religión y poder enseñarlos á los demás; por el incienso les otorgó un don excelente de piedad que les hizo despreciar todas las grandezas terrenales para dedicarse enteramente al servicio de Dios; por la mirra les infundió el espíritu sublime de la cruz, que los llevó á la mortificación perseverante, seguida de la corona del martirio, que, según la tradición, alcanzaron al fin de su vida.

Y es de creer que la santísima Virgen, dándoles á besar á su divino Hijo, fué como el canal sagrado por donde recibieron ellos en sus corazones torrentes de delicias y consuelos celestiales, salidos de aquella fuente viva que tenía ella en sus brazos.

Aprende de los santos Reyes á ser liberal y generoso con Dios; nada le niegues de lo que te pida, ningún sacrificio interior ó exterior que reclame de ti, que si lo mereces te dará gracia abundantísima para que dentro de la cruz, y en el monte de la mirra, encuentres tales deleites de dulzuras que valgan más que todos los placeres de la tierra.

Coloquio.—¡Oh Jesús, que tanto agradeces los dones de las criaturas cuando te son ofrecidos con fina voluntad y deseo de agradarte; yo te ruego que aceptes mis humildísimos presentes y que me concedas tu gracia para que, aumentándose el tesoro de mis virtudes, pueda ofrecerte más dignos dones!

Propósitos.—Saca de esta meditación un deseo ardiente de ofrecer al Niño Jesús mayor fervor, más puntualidad en tus ejercicios de oración y más amor á la mortificación de la carne.

9 DE ENERO

Los santos Magos modelo de fidelidad á la gracia.

Preludios.—Imagínate ver á los santos Reyes siguiendo con maravillosa prontitud la estrella que les guía, y pide al Señor no hacerte nunca sordo á los llamamientos de la gracia, sino ser siempre pronto y diligente.

PUNTO I

Los santos Reyes correspondieron generosamente á la inspiración de la gracia.

Considera que si nada podemos en el gran negocio de la salvación sin la gracia de Dios N. S., con ella lo podemos todo. La fidelidad ó la infidelidad á la gracia es lo que decide de nuestra dicha eterna ó de nuestra eterna condenación. O rehusa, ó difiere el seguir, ó se cansa el cristiano de corresponder á la gracia de Dios, y con estas tres palabras queda explicada la pérdida de tantas almas, á pesar de la muchedumbre y eficacia de los medios que Dios nos concede para salvarnos. Ahora bien, ¿qué hicieron los Magos y en qué deben servirnos de modelo?

En primer lugar siguen la luz y el movimiento de la gracia. La estrella, es la inspiración en los corazones; san León la llama símbolo de la gracia. ¡Cuántos vieron la luz en el Oriente y se contentaron con admirar su resplandor, sin trabajar para descubrir lo que significaba! ¡Cuántos comprendieron en vano la enseñanza que les daba! Sólo los Magos corresponden á la gracia ofrecida por Dios á todos. Dios los llamó á la cuna de su Hijo y le obedecieron, no obstante los sacrificios que aquella obediencia significaba. Sacrificio de su reposo; ¡qué de trabajos vislumbran en tan rudo viaje! Sacrificio de sus más íntimas afecciones; patria, familia, amigos... Sacrificio de su fama; pasan por sabios y su conducta es tratada de locura, y todos los que los conocen se preguntan cómo hombres de juicio, pueden dejarlo todo para ir, fiados en una estre-

lla, á tributar homenajes á un niño, que dicen, rey de los judíos y que acaba de nacer... Los santos Reyes no escuchando más que la voz de Dios, desprecian los consejos de la humana prudencia y las murmuraciones de la carne y de la sangre y siguen generosamente la luz de la gracia.

Así obran estos santos, novicios aún en la fe... ¡Qué lección para muchos de aquellos que hacen profesión de vida cristiana y espiritual, y aun de seguir la perfección de la vida religiosa!

Al resplandor de una estrella, los santos Reyes, salen de su patria, cuésteles lo que les cueste, y van á buscar á Dios, á darse á Dios, á unirse con Dios... Y nosotros, iluminados por mil luces del Señor, no nos movemos de nuestra tibieza. De ese modo procedieron los sacerdotes judíos que instruyeron á Herodes y á los Magos. Como ellos sabemos dónde hay que buscar á Dios, pero no vamos; enseñamos quizá á las gentes el camino de la verdad, pero no queremos andar por él. Nos parecemos á los obreros que trabajaron en el arca donde Noé se salvó del diluvio, y perecieron con todo el linaje humano, porque no entraron en aquella arca. Como ellos podemos decir: *Vidimus stellam,* ¿pero podemos añadir como ellos: *Et venimus?* En aquellos momentos de meditación en que la fe llena nuestra alma de vivos resplandores, vemos con espanto el abismo á que nos arrastra la tibieza; *vidimus.* ¿Pero hacemos el esfuerzo necesario para salir de una situación tan funesta y poder decir *et venimus?* Hemos comprendido la vanidad de las cosas del mundo, ¿pero nos hemos desasido de ellas? Al finalizar el día hemos examinado el fondo de nuestra conciencia y hemos reconocido las faltas que la disipación nos ha hecho cometer, ¿pero hemos estado al día siguiente más recogidos? ¿Adónde vamos y qué pensamos de la pérdida de tantos beneficios divinos? ¿de tantas gracias no correspondidas?

Entra dentro de ti y mira si cuando ves en tu alma

la luz de Dios, la gracia de la fe, de tu vocación, de tu estado que te llama á más virtud, á más perfección, á seguir más de cerca á Cristo S. N., dices en seguida: *Hoc signum magni Regis est, surgamus*; ó dejas que los perfectos busquen como los Reyes á Dios, mientras tú en todo te buscas á ti mismo.

PUNTO II

Los Magos siguen prontamente á la luz de la gracia.

Considera en segundo lugar, que apenas vieron la estrella y oyeron la voz interior, se apresuran á obedecer: *vidimus*, *vimos:* es la gracia que ilumina al corazón; *venimus*, *hemos venido*, es la correspondencia á dicha gracia. Ninguna distancia entre descubrir la verdad y entregarse á ella, entre conocer el deber y cumplirlo. En un momento pasan del convencimiento al deseo, del deseo á la resolución y de la resolución á la práctica. En esto precisamente, dice santo Tomás, es en lo que consiste la verdadera devoción. ¡Cuánta prudencia se encierra en esta prontitud, y cuántos peligros en la lentitud de la tibieza! Si los Magos hubiesen retardado su partida algunos días tan sólo, ¿habrían llegado á tiempo de ver al divino Niño? Es más que probable que al llegar á Belén se encontraran con que ya no estaba allí, y que se ignoraba el lugar de su retiro. Si Zaqueo no se hubiera apresurado á bajar del árbol, obedeciendo la voz que le decía: *Date prisa á bajar*, ¿habría tenido la dicha de ejercer la hospitalidad en favor del divino Maestro, y de escuchar estas hermosas palabras: *Hodie salus domui huic facta est?*

Cuando Dios habla, la más pequeña indecisión es una infidelidad, y la menor tardanza una pérdida irreparable. Por el respeto que debemos á Dios, por nuestro propio interés, por no hacernos indignos de mayores gracias, debíamos siempre estar prontos á oir la voz del Espíritu Santo que nos llama. La gracia tiene su tiempo y oportunidad: *tempus stellae*,

y tardar en obedecerla es exponerse á no obedecerla jamás. Porque, una vez perdida la ocasión, ¿podrá encontrársela después? ¿Acaso ¡oh Dios mío! estáis obligado á esperar hasta que yo me digne recibir los dones de vuestro amor? Quien no cede á vuestra gracia sino lo más tarde posible, manifiesta claramente que cede á la fuerza, y su obediencia resulta indigna de Vos. Una obediencia tal, ¿puede seros agradable? Dadme ¡oh Dios y Señor mío! tiempo para bendecir vuestra paciencia y para llorar mis criminales é imprudentes tardanzas.

Saca de aquí lo peligroso que es no oir en seguida los llamamientos de Dios, lo terrible que es jugar con su gracia, de la que no disponemos sino cuando El quiere, y que desoir la voz de Dios es el principio del endurecimiento del corazón, y de quedar, como tantísimas almas, en las tinieblas del pecado.

PUNTO III

Los Magos siguen con perseverancia la luz de la gracia.

Considera que así como nada impidió á los santos Reyes formar un propósito agradable á Dios, del mismo modo nada les desalentó una vez que comenzaron á cumplirlo. ¡Cuántos obstáculos, sin embargo, y cuántas contradicciones les salieron al paso, capaces todas ellas de estorbar y poner trabas á su fe y á su generosidad para con Dios! Cualquiera de ellas bastaría para quebrantar una resolución menos firme. Habían andado una gran parte del camino y se hallaban ya en la Judea, cerca de Jerusalén, cuando la estrella desapareció de repente, dejándoles, para probar su fe, sin guía en tierra extraña y expuestos á grandes peligros. ¿Piensan entonces en volverse á su patria? Ni por un momento. Continúan su peregrinación, no confiados en lo que ven, sino en lo que han visto, fortaleciéndose con esta reflexión: ¿Acaso puede haber mudanzas en la verdad? *Veritas Domini manet in aeternum.* Si en medio de Jerusalén en-

cuentran un pueblo indiferente que no se cuida del Rey y Salvador que acaba de nacer, si los mismos doctores y sacerdotes les manifiestan con gran frialdad que Belén es el lugar de su nacimiento, pero no van con ellos para adorarle: si Herodes se contenta con enviarlos á buscar al Rey recién nacido, todo ello les admira y les aflige extraordinariamente, pero no los desalienta.

¡Ah! Si nosotros fuéramos á Dios con un corazón tan puro y una esperanza tan firme, es seguro que le encontraríamos en la oración. Busquémosle así, y, ciertamente, nuestra alma vivirá la vida de los justos. En los comienzos de la vida espiritual Dios acostumbra á atraernos por medio de gracias sensibles y consuelos abundantes, y entonces nos creemos seguros y libres de todo peligro y tentación. Pero luego vienen las pruebas. Dios se oculta ó nos priva de la dulzura de sus regalos. ¿Le amamos entonces nosotros menos ó somos menos amados por El? No; pero la naturaleza se resiente y el amor propio queda crucificado. ¿Qué hacer entonces? Caminar entre las dificultades y las tinieblas, poniendo en Dios toda nuestra confianza. Si los intereses de su gloria y de nuestra santificación lo exigen, ya volverán aquellas gracias y consuelos, la estrella reaparecerá, y nuestro júbilo, al verla, será tanto mayor, cuanto hayamos sufrido su privación con más paciencia.

Lo que importa es no cansarse del bien y de la virtud; no sentarse, como los perezosos, en medio del camino; perseverar en nuestros buenos propósitos, lo mismo en la prosperidad y consolación que en la adversidad y los desconsuelos; estar con Jesucristo lo mismo en el Tabor que en el Calvario, porque empezar es de muchos y acabar es de pocos; pero no el que empieza la carrera, sino el que llega á la meta, ese será coronado.

Coloquio. —¡Oh Dios mío! Sostened mi constancia. El deseo del bien, y aun la resolución para bus-

carlo, no me falta. Pero ¡cuán poco es necesario para desviarme de mis buenos propósitos y triunfar de mi valor! Un leve obstáculo, una privación de los goces sensibles basta para ello, y ceso de caminar en vuestro seguimiento así que Vos dejáis de atraerme con el sabor de vuestros consuelos. Apiadaos de mi debilidad, y ya que me inspiráis el deseo de seros fiel, sed Vos mismo la garantía de mi fidelidad. No, Dios mío; yo no quiero ni resistir, ni retardar, ni cansarme de obedecer á vuestra gracia. Mi anhelo consiste en caminar por la senda de vuestros santos mandamientos, donde únicamente se encuentra la verdadera vida.

Propósitos.—Estar siempre prestos á cumplir la divina voluntad, apenas la estrella de la fe ó de la inspiración nos la haga conocer, sin retardar un solo momento la justa obediencia de que depende nuestra santificación y aprovechamiento espiritual.

10 DE ENERO

De nuestra fidelidad en corresponder á las inspiraciones de la gracia, á ejemplo de los Stos. Reyes.

Preludios.—Ve dentro de tu alma una luz que te guía por el sendero del bien; oye en tu corazón golpes continuos de divinos llamamientos, y pide al Señor no hacerte nunca sordo á tantas inspiraciones como El te envía, sino pronto y diligente para corresponder á ellas.

PUNTO I

Necesidad que tenemos de ser fieles á las divinas inspiraciones.

Considera que es dogma de fe que el hombre no puede hacer, ni pensar, ni decir nada, ni aun pronunciar el nombre de Jesús de un modo meritorio de vida eterna, si no es ayudado y movido por la divina gracia.

Quedó nuestra naturaleza en lo moral tan contaminada por el pecado, que de suyo no tiene otra cosa sino mentira y maldad. Quedó ciega con la ignorancia, torcida con las malas inclinaciones; quedó tan

tarda y tan torpe para obrar bien, que no puede dar paso en la virtud. Quedó, por último, toda enferma y corrompida hasta las entrañas y los huesos; ¿puede darse mayor necesidad que esta? Porque un hombre ciego, sin manos y sin pies, y enfermo, ¿cómo se podrá valer por sí? ¿Y qué tiene tal hombre de suyo sino miseria y desdicha, y la muerte? De la misma manera nuestra naturaleza no tiene de suyo obra alguna meritoria, sino sólo pecado y miseria, y muerte eterna; ¿qué tiene, pues, por qué presumir ni por qué confiar de sí? La gracia de Dios solamente la puede ayudar, aunque el hombre esa misma gracia la desmerece por sus pecados.

Deduce, pues, de esta miseria tuya tu imposibilidad para todo lo bueno: luego gracia de Cristo es que tengas un pensamiento de salud, y un afecto piadoso, y una obra virtuosa. Si no, dime: ¿estuvo acaso en tu mano que tuvieses fe? ¿Qué hiciste tú, antes que tuvieses ser, porque nacieras donde habías de conocer á Dios, lo que fué principio de tu bien? Y una vez nacido entre cristianos, ¿quién te deparó padres que te criasen en temor de Dios, y maestros que te enseñasen el camino del cielo, y compañeros que te alentasen para el bien? Tú no pudiste prevenir todo esto, porque esta disposición con que has venido al conocimiento que tienes, depende de tantas cosas, que sólo Dios lo pudo así gobernar.

Ni las ocasiones que á ello dieron principio, ni las inspiraciones que interiormente te movieron al bien, pudieron tener otra causa más que Dios, porque todo acto sobrenatural excede á todas las fuerzas naturales; pues si ni aun la naturaleza humana, sana y entera, pudiera por sí cosas semejantes, estando tan inficionada, enferma y flaca, ¿cómo podrá nada de esto?

No puede, é imposibilitada está por sí de otra cosa sino de obrar mentira y pecado. Lo demás es de Dios: Dios empieza nuestro bien, con Dios cooperamos á él, y sin Dios no lo podemos acabar. ¿Qué pue-

des presumir de ti, pues no tienes nada bueno de ti? Tu hacienda y cosecha es mentira, engaño y pecado; la verdad, la virtud, de Dios es, en Dios tuvo principio, y la perdición de ti tan solamente. El buen pensamiento que tuviste, cuando menos pensabas, y fué origen de tu bien, ¿fué, por ventura, traza tuya? ¿Fuiste tú el que dispusiste tener en tal ó cual ocasión un sentimiento que te alentara á la virtud? No por cierto, que nunca pensaste tal cosa, ni la pensarás. Dios lo previno todo y ordenó la ocasión que te había de ser causa de él, y quitó los impedimentos que te le habían de estorbar. Pues ¿de qué te ensoberbeces? ¿Qué tienes que no recibiste? Si lo recibiste todo de Dios, ¿cómo te atreves á gloriarte?

Por consiguiente nada bueno es tuyo, ni en el orden sobrenatural ni en el natural. La vida como la fe, que es la luz y la vida del espíritu; los bienes del cuerpo como los del alma; todo lo que incita, mueve é impulsa á la virtud; los movimientos de la gracia, las santas inspiraciones, todo, todo es de Dios, que te lo concede por la sangre de Cristo para tu salvación; tú nada mereces, y de todo ello necesitas, si has de seguir por el camino del cielo.

Confúndete y humíllate en la presencia de Dios de verte tan vil y tan ruin criatura, y no te hagas indigno de que el Señor te niegue ó acorte sus divinas inspiraciones por la resistencia que á ellas opongas con tu dureza é insensibilidad de corazón, y sobre todo con la soberbia, que es el pecado que más da en rostro á Dios N. S. tratándose de pobres mendigos, que eso eres en el orden sobrenatural.

PUNTO II

Valor de esas divinas inspiraciones, que tanto y tan fácilmente despreciamos.

Considera que no sólo nuestra extrema necesidad hace preciosas las inspiraciones divinas y santos pensamientos con que obramos bien, sino lo mucho que

costaron al Hijo de Dios. Cosa extraña es y dignísima de que reparemos en ello, que un desengaño ó buen pensamiento, ó un remordimiento de la conciencia, ó un buen deseo ó afecto interior es cosa tan grande, que fué menester, para que se nos diese, que encarnase el Hijo de Dios; el cual, padeciendo, derramando su sangre y muriendo, nos lo mereció; y con menos que con precio infinito no se nos diera. ¿A quién no admira esto? ¿Y quién no mira qué es lo que desprecia cuando no oye una santa inspiración? Es cosa esta tan grande, que aunque todo el género humano despedazase sus carnes á puras penitencias, y todos los ángeles encarnasen, y padeciese cada uno mil muertes de cruz y las mismas penas del infierno, no bastaría todo, para que se te diese un santo pensamiento, después que el pecado nos hizo indignos de la gracia. Y aunque diesen todos los emperadores y reyes de la tierra sus tesoros, y entregasen todo el oro y plata de este mundo, no sería bastante precio para comprar una mínima inspiración del Espíritu Santo.

Mira si es poco lo que cada día desprecias. Sólo una persona divina pudo hacerte esta merced, encarnando, humillándose, anonadándose, sudando, trabajando, padeciendo, dando la vida porque te diesen un átomo de gracia de Dios, la más ligera inspiración del cielo. No costó menos que esto un desengaño que te dan, ó conocimiento de tu bien. Cualquiera inspiración, teñida va con sangre del Hijo de Dios; mira lo que desprecias: desprecias el principio de tu bien, y el amor y pasión de tu Redentor. No hay santo pensamiento que desechas, en que no desperdicies las riquezas de la misericordia divina, que compró el Hijo de Dios con su Pasión y Muerte. Ni creas ser estas exageraciones místicas, son verdades clarísimas de nuestra fe y de la doctrina de los Santos Padres.

Por eso Dios N. S. se muestra tan enojado con los que desprecian sus inspiraciones. Y es para estreme-

cernos lo que dice el Apóstol que pasó con aquellos filósofos que fueron ilustrados para conocer á Dios, y no quisieron aprovecharse de este conocimiento; porque, por no oir la voz de Dios N. S., los entregó Dios á las concupiscencias de su corazón, á toda inmundicia, quedando llenos de toda maldad.

En el Evangelio, aquel que no ganó con el talento recibido, fué condenado. Este talento significa el auxilio divino y santas inspiraciones, pues porque no trabajó para lucrar con él, poniéndole por obra, fué severamente castigado. A las vírgenes locas dieron en los ojos con las puertas del cielo, porque á las lámparas, que son las ilustraciones divinas, no echaron aceite, que es el ejercicio de las buenas obras. No nos descuidemos de cultivar y aumentar la gracia con buenas obras, y no las difiramos para cuando no se nos dará tanta abundancia de ella y tal vez se nos cierre el cielo. Estimemos, pues, mucho estas santas inspiraciones que Dios estima tanto, y apreciemos la gracia que nos quita la indignidad que teníamos para recibirlas, y nos trae tantos hábitos sobrenaturales de las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, con que nos disponemos para cooperar con Dios á sus ilustraciones sobrenaturales, que ya por el estado de gracia y por su dignidad, se nos hacen proporcionadas.

Disponte á aprovecharte de tanta misericordia y corresponder á tan soberanos favores, pidiendo al Señor perdón del poco aprecio que has hecho hasta ahora de tanta gracia, de tantos medios de santificación y de vida como el Señor te ha comunicado sin merecerlo.

PUNTO III

De la prontitud en corresponder á las inspiraciones de la gracia, á imitación de los Santos Reyes.

Considera cómo has de corresponder á las santas inspiraciones y buenos pensamientos que Dios, por

su misericordia, te comunicare, porque al paso de nuestra necesidad ha de ser su buen uso. No hay quien mejor se aproveche de la misericordia que el más miserable. No hay quien mejor se aproveche de la limosna que el más necesitado. Suma es nuestra necesidad, logremos la gracia, no difiramos darle entrada en nuestro corazón. Un pobre hambriento, si recibe un pedazo de pan, no lo guarda para otro día, luego lo devora; no dilates tú el cumplir el buen propósito que te ha inspirado Dios. No hay para qué aguardar á mañana; hoy puedes lograrlo. Guarda no se pase la ocasión, no la arrojes de ti. ¿Qué hombre habría que, estando desnudo y necesitado de un vestido, y dándosele de limosna, le hiciese pedazos, ó estando muriendo de hambre, dándole de comer, no lo quisiese, sino echase su comida á los perros; ó estando enfermo, dándole la medicina con que había de sanar, la derramase? Esto hace quien no responde luego á las inspiraciones divinas.

Desnudo estás, necesitado estás, enfermo estás; ¿por qué no logras tu remedio, que está en poner por obra los buenos pensamientos que Dios te da? No puede haber en el mundo mayor locura ó desesperación. Muerto estás á todo lo bueno; si se te abre la puerta para vivir, ¿por qué la cierras tú? Mira, que locura es despreciar los auxilios de Dios y no cooperar á su gracia. Conoce tu necesidad, y abraza tu remedio y tiembla de despreciar las inspiraciones y avisos que te da el Espíritu Santo. No desprecies la mano que Dios te alarga para levantarte del abismo de miserias en que estás hundido, porque el hombre que se está ahogando y hundiendo sin remedio en lo profundo del mar, si le echasen una espada se asiría de ella, aunque se cortase las manos, por no perecer. Acuérdate de la presteza con que los Reyes Magos se levantaron para seguir la luz divina que los llamaba á Belén. Pues considera que la inspiración es una estrella que ilumina nuestro entendimiento y nos con-

duce á Jesús; la voz de Dios, que nos habla, que nos instruye, nos exhorta y nos amenaza, es un soplo de su espíritu, un rayo de su sabiduría y una expresión de su amor; es una semilla del paraíso que produce frutos de vida eterna; es un germen de la eternidad, un principio de la salvación, el precio de la sangre de Jesucristo y una gracia que le ha costado la vida.

Cuando desprecias una inspiración, acallas la voz de Dios, ofendes al Espíritu Santo, imitando á Herodes, que hizo morir á san Juan Bautista, que era la voz del Señor; á Saúl, que hizo morir á los sacerdotes, que son los órganos de la verdad, y también á los judíos, que hicieron morir á Jesús y á los Profetas. Cuando resistes á las inspiraciones, resistes al Espíritu Santo; pecas con advertencia, con obstinación, con malicia; escondes el talento que Dios te concede; abusas de sus dones, y hueHas, como se explica san Pablo, la sangre de su divino Hijo; profanas su santísima pasión; ultrajas é irritas al Espíritu Santo; aprisionas. por decirlo así, la verdad; rompes la cadena de aquellas gracias que Dios te tenía preparadas para santificarte más y más, y, en fin, arriesgas tu salvación.

Coloquio.—Dios y Señor mío, ¿cuántas veces he apagado tu voz? ¿Cuántas veces he hecho morir á tu Hijo divino? ¿Cuántas veces he pisado su sangre preciosísima? ¿Cuántas veces he cerrado mi corazón á las luces que me descubrían mis obligaciones, á los impulsos que me apartaban del mal y me llevaban al bien? ¡Dios mío! Temo que me prives de los talentos que hasta ahora no he sabido aprovechar, y que la sangre de tu divino Hijo pida venganza de mis impiedades y de mis ingratitudes. Señor, perdona mi insensibilidad y dureza, y no me niegues la abundancia de tus divinas luces é inspiraciones.

Propósitos.—Resuélvete de una vez á oir dentro de tu alma la voz de Dios que te llama á mayor perfección y santidad dentro de tu estado, y mira no desoigas por más tiempo la voz de Dios.

11 DE ENERO

Tres funestas consecuencias de la resistencia á la gracia de Dios personificadas en el rey Herodes.

Preludios.—Mira al rey Herodes turbado y agitadísimo, luchando en su corazón con el llamamiento del Señor; ve en él el estado del alma que resiste á la vocación de Dios y á sus santas inspiraciones, y pide al Niño Jesús gustar de la alegría y paz de las almas generosas, que no se hacen sordas á las divinas inspiraciones.

PUNTO I

Herodes turbado por su resistencia á la gracia.

El ejemplo de los Magos, venidos de lejanas tierras para adorar al Mesías recién nacido; la respuesta de los sacerdotes y doctores, que tan claramente explican el lugar del nacimiento del Niño Jesús, todo esto produce en Herodes una impresión que podía serle saludable, como que era la voz de la gracia que hablaba á su corazón; pero Herodes rehusa obedecer á esta voz, y de aquí nace el primer efecto de esta resistencia culpable: *Herodes se turbó... turbatus est.* Un niño en la cuna le hace temblar. Pero ¿quién es ese niño? ¿Acaso un rey? ¿Acaso el mismo Dios? Herodes quiere saber á qué atenerse, pero no acierta á salir de dudas. Su turbación le fuerza á ordenar que se hiciesen las más activas pesquisas, pero éstas sólo contribuyen á redoblar sus temores y congojas. Vislumbra la verdad, pero sólo en cuanto la verdad hiere su ambición y las miserables pasiones que lo atormentan. ¡Oh Señor, y cuán terrible sois con vuestros enemigos aun en aquellos momentos en que sobrelleváis su soberbia y su resistencia á vuestras inspiraciones! Ninguna solidez en sus juicios; ninguna paz en su corazón. La fe es para ellos una luz que los ciega; bastante viva para quitarles el sueño que desearían, para dormir en las tinieblas del pecado, pero harto débil para disipar las ilusiones y dar á

sus almas la paz que sólo puede producir la obediencia á la verdad, que sois Vos.

Si Herodes hubiera seguido á los Magos, al ver reclinado en un pesebre al Niño que tan temible le parecía, habría comprendido que quien venía á ofrecernos el cielo, no pensaba en apoderarse de los tronos de la tierra. Así se habrían calmado las inquietudes de su ambición; pero el ciego Herodes, indócil á la gracia, se rebela contra Dios y sufre inmediatamente el castigo de su rebeldía. Como Caín, después de su fratricidio, tiene miedo. Deduce de esto que la paz sólo ha sido hecha para los hijos de Dios, para los que tienen su voluntad unida á la divina. La gozan ellos y la reparten entre los demás. Si recibiéramos la luz divina con entera sumisión del corazón, nos llenaría de la paz y consuelo que el Espíritu Santo lleva consigo y comunica á las almas, en que no halla resistencias ni rebeldías.

Saca de todas estas consideraciones que cuando tu alma se encuentre turbada, cuando se halle bajo el peso de una nube de tristeza, no tienes que preguntar la causa. La causa son tus infidelidades á la gracia, estás mal contigo, porque eres infiel á Dios, que es la paz y la dicha del corazón. Ruégale que te perdone, y recobrarás la alegría propia de los que le sirven con amor y constante fidelidad.

PUNTO II

Herodes cegado por su resistencia á la gracia.

No habiendo querido abrir los ojos á la luz que contrariaba sus pasiones, el Señor se la niega y permite se endurezca en el pecado, y se ciegue hasta su razón natural. Ya nadie reconoce en él al hábil político que se había elevado al trono por la astucia; sus actos son los de un loco frenético que se extravía en negros accesos de furor. ¡Qué inconsecuencia en su desatinada y loca conducta! Si cree que el niño de que le han hablado los Magos, es el Mesías verdade-

ro, ¿cómo puede jactarse de que ahogará en la cuna á Aquel á quien Dios envía para ser el Salvador del mundo? Si no lo cree, si piensa que la estrella vista en Oriente, es tan sólo una ilusión de gente loca ó un suceso natural... ¿para qué mancharse con un crimen horrendo é inútil que le hará digno de la execración del universo? ¿A qué una matanza tan insensata como horrenda y atroz?

Y es de notar que ni siquiera toma, para la preparación de sus abominables designios, las precauciones que reclama el sentido común más vulgar. No conoce á los Magos, y fiándose de ellos en un asunto que le parece de importancia excepcional, los deja marchar sin que nadie los acompañe. ¿No es esto llevar la ceguedad hasta más allá de los límites de la demencia? No es, pues, de extrañar que no solamente nada consiga, sino que todas las medidas que ha adoptado se vuelvan contra él. Cae en el lazo que ha tendido á los Magos, pues queriendo engañarlos, resulta engañado. Quería extinguir hasta el nombre de ese nuevo rey de los judíos, y es él quien lo da á conocer. Quería que nadie hablase de él, y precisamente los medios que para ello emplea harán hablar en toda la tierra, y durante todos los siglos, de lo que á toda costa quiere tener oculto. ¡Qué ruido! ¡Qué tumulto! ¡Qué espanto! ¡Qué de gritos confusos, cuando tantas víctimas inocentes son arrancadas por manos impías de los brazos de sus madres, é inmoladas á sus propios ojos! ¿Qué pueblo podrá ignorar la envidia y la crueldad de Herodes, y no admirar el divino poder de Jesucristo?

Así es ¡oh Dios mío! como Vos os burláis de la falsa sabiduría. Así confundís á la prudencia insensata que se atreve á levantarse contra Vos. La única sabiduría, la sola prudencia, consiste en temeros y en apartarse de todo mal, obedeciendo vuestra santa inspiración. Por eso quiero y propongo seguir la luz divina de vuestras inspiraciones, pues sólo

ella me hará ver con claridad en los caminos de la vida, y no andar ciego con las falsas luces del mundo, del demonio y de la carne.

PUNTO III

Herodes endurecido por su resistencia á la gracia.

Siguiendo la luz celestial, los Magos caminaron de virtud en virtud, y llegaron á la unión más íntima con Dios; rechazándola Herodes, se precipitó de abismo en abismo hasta la impenitencia final. La envidia le llevó á los últimos excesos de la violencia. Le dicen que aquel á quien quiere perder es el Redentor de Israel, y prefiere que no haya Salvador á tener un competidor á su trono. Para descubrirle emplea la perfidia y el dolo; finge querer adorarle para inmolarle con más seguridad. Cuando advierte que ha sido engañado por los Magos: *Videns quoniam illusus esset á Magis*, se arranca la máscara que encubre su hipocresía, y olvidando toda noción de humanidad, no escucha más que el grito horrible de su furor. *Iratus est valde*. Hace degollar á innumerables niños inocentísimos, sin exceptuar á sus propios hijos, y no teme llenar de sangre todo su reino, y aun su propio palacio, con tal de afirmar la corona sobre su cabeza. ¡Vana esperanza! Aquel á quien quiere matar es el único que se escapa de sus manos, y el desesperado rey, antes de cumplirse el año de su feroz crimen, herido por la ira de Dios, muere lleno de desesperación y de rabia. *Moriréis en vuestro pecado* (1), decía el Salvador á los hombres que cerraban los ojos á la verdad, y, realmente, este es el horrible término á que conduce el abuso de las gracias.

Considera que este abuso criminal de las gracias de Dios, que nos lleva al endurecimiento del corazón y á la impenitencia final, empieza de ordinario por

(1) Joan., 8-21.

algo que creemos y llamamos cosas pequeñas é insignificantes. Una inclinación desordenada, una pasión dominante que no se reprime bastante y de la que te dejas avasallar. ¡Oh, cuánto importa mortificarla á tiempo! Todo se pierde cuando la pasión nos gobierna: el alma que se deja dominar por ella, pronto llega á no detenerse ante ningún miramiento, ni respeto ni de Dios, ni de los hombres. Esclavo de sus pasiones, abandonado por Dios, que se retira de él, permitiendo se endurezca en el mal, no tiene en cuenta ni la multitud, ni la enormidad de sus pecados, ni se cuida de los espantosos suplicios que serán su castigo. De todo se ríe, aun de aquello que antes le hacía temblar. Armémonos contra nosotros mismos; si la batalla es dura, la gracia de Dios estará con nosotros, y la paz del corazón será su fruto. No temamos al trabajo: algunos días de lucha, luego, muy pronto vendrá el reposo eterno.

Coloquio.—Ya no quiero haceros esperar, Dios mío, ni abusar más de vuestra paciencia; no quiero ya resistir á vuestra gracia, ni ser rebelde á vuestras luces; harto tiempo he tenido infructuoso conocimiento de Vos; voy á aprovecharle; harto tiempo estáis llamando á la puerta de mi corazón; quiero hoy abríroslo de par en par.

¿Queréis que deje este pecado en que caigo con tanta frecuencia? Pues le dejaré. ¿Queréis que mude de vida y que renuncie todos los deleites y diversiones del siglo? Los renuncio ya de todo corazón. ¿Queréis que hable á mi enemigo, que le salude y le perdone? Le hablaré, le saludaré y desde ahora le perdono ya en mi corazón. ¿Queréis que frecuente los sacramentos? Sí, os obedeceré. ¿Queréis que yo ame solamente á Vos? Os amaré y os serviré con fidelidad en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Saca de esta meditación el romper inmediatamente con aquel lazo, con aquel peligro, con aquella pasión que sabes perfectamente que pone en peligro la salvación de tu alma.

12 DE ENERO

Del abuso de las gracias.

Preludios.—**Ver á Cristo N. S. sentado en su tribunal, pidiéndome cuenta de las gracias que me ha dado y pedirle que me ayude para aprovecharme de ellas, y darle buena cuenta el día del juicio.**

PUNTO I

Terrible cuenta que daremos á Dios de las gracias recibidas.

Considera que es de fe que Dios me pedirá cuenta de todas las gracias que he recibido, porque son talentos que Dios me confía, para que me aproveche de ellos: no son gracias sin retorno, sino obligaciones que contraigo con Dios; y esto se entiende de toda suerte de gracias, de cualquier naturaleza que sean. Es también de fe que cuanto más hubiere recibido, más cuenta tendré que dar; porque cada gracia, por el empleo que estoy obligado á hacer de ella, debe fructificar en mí y dar á Dios algún grado de gloria.

De aquí se sigue que cuanto más me favorece Dios con sus inspiraciones, debo ser más humilde y fervoroso en su servicio; humilde, porque las recibo, y debo corresponder á ellas; acaso ¿se puede gloriar alguno de un bien que no tiene de sí mismo y de que debe dar cuenta? Fervoroso, porque precisamente correspondiendo á estas gracias es como puedo pagar á Dios las inmensas deudas que tengo con El, como consecuencia de los infinitos favores que me ha hecho: ya que es evidente que como cristiano, he recibido de Dios más gracias, más abundantes y más particulares que los otros hombres. Y es también verdad que debo mucho más á Dios que los no cristianos, y que su Majestad espera mucho más de mí.

Temo algunas veces por las personas mundanas á quienes Dios da grandes bienes de fortuna y levanta á grandes honras. ¡Ay de mí; cuánto más debo

temblar por mí mismo después de tantos bienes espirituales y de mucho mayor precio, que Dios ha puesto en mis manos y de que me pedirá cuenta! ¿Por qué lloró Jesucristo sobre Jerusalén? No fué por los suplicios que iba á padecer, sino por las gracias con que ésta nación infiel había sido enriquecida y de que había abusado; esto es lo que le movió á compasión, porque previó cuántas calamidades y desdichas se seguirían al abuso de estas gracias. ¿No he dado yo mayor motivo á su divina Majestad para que vierta lágrimas sobre mí?

Considera después que estás en el tribunal de Jesucristo. Rinde, alma mía, cuenta á Dios de todos los beneficios que te ha dispensado. ¿Qué provecho has sacado de sus gracias? ¿Puedes alegar que te ha faltado alguna cosa para tu salvación? ¿Podías tener más conocimientos, más luces, más inspiraciones, más avisos secretos, más mociones interiores, más remordimientos de conciencia, más instrucciones, correcciones, amenazas y castigos, de los que has tenido? ¿De qué te han servido? ¿Dónde has sepultado todos estos talentos? ¿Cuál es el fruto de tantos bienes ya naturales, ya sobrenaturales, de que has estado enriquecido?

Ay de tí Corozaín; ay de ti Betsaida: si yo hubiera hecho, dice el Señor, en Tiro y en Sidón, los milagros que he obrado en medio de vosotras, ya mucho tiempo hubiesen hecho penitencia cubiertas de ceniza y cilicio; y por lo mismo os aviso y os declaro que en el día del juicio, Tiro y Sidón no serán tratadas con tanto rigor.

Teme estas amenazas; tiembla á estas maldiciones; haz penitencia de lo pasado; arregla tu vida para lo venidero; aprovéchate de la gracia presente, que puede suceder, que después te sorprenda la muerte, y ya no recibas otra, ó que sea tan débil, que moralmente hablando, no cooperes á ella.

PUNTO II

Del abuso de las gracias exteriores.

Considera que hay dos suertes de gracias, unas exteriores, y otras interiores. Fuera de los dones naturales, las gracias exteriores son medios que Dios me ha dado para mi salvación; estos medios no me han faltado jamás, ó por mejor decir, Dios me los ha dado con verdadera prodigalidad: ¿de qué me han servido? ¿De qué me ha servido tanta oración, lección espiritual, tantísimas confesiones, comuniones, instrucciones, exhortaciones, avisos, advertencias caritativas y tantos buenos ejemplos? He abusado de todo, y Dios me dará en rostro con este abuso. He abusado, haciendo inútil todo esto, y acaso haciendo de ello materia de pecados; esto es lo que no puedo llorar bastante delante de Dios.

Sí: Dios me dará en rostro con la inutilidad de tantos medios, tan excelentes y propios para mi perfección. *Córtese*, dice el Señor en el Evangelio, hablando de la higuera infructuosa, *y arránquese. ¿Para qué ha de ocupar la tierra inútilmente?* ¿No soy yo esta higuera, y esta parábola no me da á entender lo que me amenaza, si continúo en no aprovecharme de tantos auxilios como tengo, y á pesar de los cuales soy como un árbol estéril, que ocupa un lugar que estaría mejor empleado por otra alma?

Mira que estos medios de salvación y de perfección han santificado millones de almas, y tú, después de tantos años, no eres más mortificado, ni más humilde, ni más desasido del mundo ni de ti mismo; estos medios hubieran convertido pueblos enteros de idólatras, y no han corregido en ti quizá una sola falta ni has adquirido con ellos virtud alguna.

Y no solamente me dará Dios en rostro con lo inútiles que han sido para mí estos medios tan saludables, sino también con su abuso formal, pues por mi

culpa vienen á ser para mí materia de pecado; porque estos medios tan frecuentes, y tan á mano, no pueden ser indiferentes; desde el instante que los hago inútiles, se convierten contra mí, serán mis acusadores y causa de mi mayor castigo. Según esto, ¿qué tesoro de ira he amontonado contra mí? ¿Y no debo temer que me oprima esta espantosa responsabilidad, si no pongo cuidado en disminuirla? ¡Ay de mí, que en vez de disminuirla no hago sino aumentarla cada día con mi tibieza y flojedad en el servicio de Dios!

PUNTO III

Del abuso de las gracias interiores.

Consideraré que además de las gracias exteriores hay otras interiores, que son las que el Espíritu Santo me concede para darme á conocer los caminos de Dios y lo que Dios pide de mí: las luces con que me ha ilustrado, el conocimiento que me da de mis obligaciones, inspiraciones secretas, buenos deseos, remordimientos, y los impulsos con que me impele á mudar de vida y á vivir vida más cristiana. Resistiendo á todas estas gracias, ¿qué he hecho? Según el Apóstol san Pablo, he resistido al mismo Espíritu Santo, que es el espíritu de la gracia; le he ultrajado, he pisado la sangre de Jesucristo, he inutilizado respecto de mí el mérito de su cruz, que es el precio de la más mínima gracia.

Abuso que Dios castiga con la sustracción de las mismas gracias; yo soy negligente en aprovecharme de ellas, y Dios me las quita; yo las desprecio, y su Majestad las retira. ¿No es en esto Dios N. S., como en todo lo demás, sumamente justo? Castigo sin misericordia, pues esta sustracción de gracias es un mal puro sin mezcla de algún bien. Castigo que puede ser haya ya experimentado y ojalá no experimente ahora; porque ¡ay! veo que no tengo ya aquellos dulces sentimientos de Dios, que tenía otras veces para mí, y que mi conciencia no me da ahora aquellas

reprensiones que otras veces me daba! Estoy en visible tibieza, y, no obstante, vivo tranquilo; esta falsa paz es peor que todos los castigos.

Mayor es aquel á que nos expone el abuso de ciertas gracias extraordinarias que producen, en orden á la salvación y santificación del alma, como una especie de crisis, semejante á lo que sucede en el orden de la naturaleza y en las enfermedades del cuerpo; porque hay algunos días particularmente bendecidos de parte de Dios, cuales pueden ser para mí los días de soledad y de retiro.

Abusar de esta suerte de gracias es la cosa más peligrosa y que puede tener las más funestas consecuencias. San Agustín, san Ignacio y otros muchos santos se hubieran perdido, si no se hubiesen aprovechado de aquellos instantes á que Dios, por una singular providencia, había vinculado la gracia de su conversión. ¿Cuántos cristianos han caído en los precipicios más lamentables por no haber en ciertas ocasiones correspondido á Dios, que los llamaba y los solicitaba á volver á tomar el camino de la virtud ó perfección que habían abandonado?

Coloquio.—Vos me habláis ahora, Señor, y lo que oigo en lo íntimo de mi corazón, lo que siento en él, no puede ser sino efecto de vuestra gracia. ¡Dichoso yo, pues no me habéis desamparado después de tantas resistencias, ni cerrado el seno de vuestra misericordia! ¿Me rendiré al fin? ¿O me obstinaré ciegamente en perderme, cuando Vos trabajáis tan caritativa y constantemente en salvarme?

Seáis mil veces bendito, Dios mío, por todos los medios que vuestra providencia me ha dado para adelantar en la virtud y adquirir la santidad. No puedo glorificaros bastantemente, ni bastantemente mostraros mi reconocimiento; mas lo que por parte de vuestra Majestad es materia de acción de gracias, es para mí materia de dolor, y quiera vuestra infinita bondad, que no sea por toda la eternidad materia de mi confusión y de mi arrepentimiento.

Lo que decido es no resistir á las inspiraciones divinas, ni prescribirles límites en los santos propósitos que me inspiraren; obrar todo lo restante de mi vida y serviros según la extensión y eficacia de los medios que me habéis dado gratuitamente y de los que en adelante me concediereis. Así lo prometo, Dios mío; dadme nueva gracia para cumplirlo. Amén.

Propósitos.—Saca firme resolución de corresponder, cueste lo que cueste, á los llamamientos é inspiraciones de Dios.

13 DE ENERO.

Del regreso de los Magos á su tierra.

Preludios.—Imagínate á los Magos regresando á su tierra, y viviendo en ella durante muchos años, confesando á Cristo y predicando sus misterios hasta que fueron martirizados, y pide á Dios que te infunda el mismo ardiente celo por la gloria de su divino Hijo.

PUNTO I

Los Magos despidiéndose de la Sagrada Familia.

Considérese con qué sentimientos de reverencia y amor pidieron permiso los Magos á Jesús y María para retirarse á su país. Después de haber rendido al divino Niño sus homenajes y de ofrecerle sus presentes, permanecieron algún tiempo más en Belén, porque no podían resolverse á partir, ni dejar de seguir besando los pies del divino Infante, en cuya fervorosa adoración encontraban dulzura y consuelos inefables. ¡Con qué devoción hablarían al Niño Dios que aún no podía contestarles con palabras exteriores, pero que tan perfectamente comprendía el lenguaje de aquellos amantes corazones! ¡Qué acciones de gracias le darían por haberlos llamado por medios tan milagrosos, por haberlos recibido tan benignamente, por haber agradecido tanto sus homenajes y sus presentes! ¡Qué protestas harían de ser siempre humildísimos vasallos de aquel Rey de cielos y tierra, y de

preferir esta gloriosa servidumbre al dominio de todos los reinos del universo!

Y ¡qué coloquios entre los Magos y la bienaventurada Virgen María, cuya modestia sobrehumana enajenaba sus corazones! Contaríanle ellos los accidentes de su viaje, sobre todo en la corte de Herodes, y después solicitarían la bendición de la excelsa Señora, con la humildad y cariño de hijos con su Madre; y esta soberana Virgen les hablaría á su vez con inefable dulzura, confirmándolos en la fe, descubriéndoles los misterios de su divino Hijo, é instruyéndolos del modo cómo habían de vivir, cuando regresasen á su tierra, conforme á lo que habían visto y á la fe que habían recibido por manera tan maravillosa.

¡Qué gloria para los Magos la de haber hallado una tan favorable acogida en los corazones de Jesús y de María! ¡Qué felicidad la suya la de haber sido discípulos directos del Salvador de los hombres y de su Madre Santísima! ¡Con qué gozo se hubieran quedado siempre con Jesús y María, y si no lo hicieron así, fué porque el mismo Espíritu Santo, que les inspiró el deseo de venir, inspiróles luego el que se volviesen y regresasen á su país, porque así convenía á los fines de la Providencia!

¡Dichosos también los que vienen á la oración y á la comunión con los sentimientos purísimos y encendidos en el divino amor con que fueron los Magos á Belén, y que en todo siguen las inspiraciones del divino espíritu con la docilidad con que las siguieron aquellos sabios príncipes, que á los pies de Jesús y María están como en su centro, y que cuando se retiran de la presencia del Salvador y de su Madre Santísima es con pena, y para cumplir las obligaciones de su estado, esto es, para obedecer á Dios y seguir sus santas inspiraciones!

PUNTO II

Los Magos en su viaje de regreso.

Considérese con qué solicitud cuidó la divina Providencia de los Magos en su viaje de regreso, avisándoles, por medio de un ángel, para que tomasen otro camino diferente del que habían traído, con objeto de que no pasasen otra vez por la corte de Herodes, lo que hubiera sido muy peligroso para ellos y para la vida de Cristo, Señor nuestro.

Aquí se ha de ponderar la tiernísima solicitud de Dios N. S., para con sus escogidos, y cuánto cuida de su seguridad y de su vida. Hemos de considerar también que nuestra patria es el cielo, del que nos alejamos desgraciadamente por el pecado, yendo á parar á la corte de Herodes, que es símbolo de la vida viciosa y desarreglada; y que para volver á la patria es absolutamente preciso que tomemos otro camino diferente del que nos llevó á la corte del demonio; esto es, el camino del arrepentimiento y de la penitencia, y después de haber visto á Jesús, es preciso volver por los caminos de la humildad y la abnegación.

Mírese que el camino por donde los Magos fueron á parar á la corte, asiento de todas las iniquidades y corrupciones, era el camino ordinario y ancho; y el camino por donde regresaron á su patria era el difícil y estrecho; porque llano y ancho es el camino que conduce á la perdición, simbolizada por el vicioso Herodes, y trabajosa y estrecha la vía que lleva á la vida eterna.

Considérese, por último, que los Magos *dejaron á Dios por Dios;* esto es, se fueron de Belén, donde tantas delicias inefables les causaba la presencia del divino Niño Jesús, para seguir las inspiraciones del mismo Dios, que les mandaba ir á su país con objeto de que cumpliesen los deberes de su esta-

do. Sacrificaron su gusto, que les retenía en Belén, por obedecer la voluntad de Dios, que les ordenaba retirarse de allí. Este ejemplo hay que tenerlo muy presente. No imitemos á san Pedro, que quiso permanecer en la cumbre del Tabor, enagenado en las delicias de la contemplación de la divina gloria, sin acordarse de los demás, sin pensar en la salvación del género humano, á cuya grande obra estaba tan particularmente destinado. Imitemos á los Magos, que, después de haber ofrecido al divino Niño sus homenajes y sus presentes, se retiraron, llevando á Jesús en la memoria y en el corazón, á cumplir sus deberes. Sería la más necia y peligrosa de las ilusiones creer que agradamos á Dios con actos de piedad y devoción, que nos hagan desatender las obligaciones de nuestros oficios ó de nuestras familias.

PUNTO III

Los Magos en su país.

Considérese el admirable celo que demostraron los Magos en su tierra, publicando en todas partes, y sin ningún temor, el nacimiento del Rey del universo y las circunstancias maravillosas que los habían conducido á su divina presencia, y cómo habían visto allí que tan poderoso Señor vivía en la mayor estrechez y pobreza.

Algunos autores aseguran que la pobreza del Mesías les inspiró tanto amor á esta virtud que, luego que regresaron á su país, dejaron todos sus bienes, y fueron voluntariamente pobres hasta el fin de sus días. Se cree que los Magos fueron bautizados por santo Tomás, y que como premio á su fe y piedad recibieron la corona del martirio. Sus cuerpos fueron venerados primeramente en Milán, y hoy lo son en la catedral de Colonia.

Admiremos el progreso que hicieron estos grandes santos en la perfección, después que hubieron respondido dócilmente á la primera gracia de su vo-

cación. Durante toda su vida perseveraron en las prácticas y celo que habían concebido á los pies de Jesucristo, y esto entre gentes bárbaras é infieles, sin otro socorro que las luces interiores del Espíritu Santo, y trabajando siempre en la conversión de los pueblos con un fervor que al fin fué coronado con la gloria del martirio. Y nosotros que tenemos tantos ejemplos saludables á la vista, tantos medios suaves y poderosos para santificarnos ¿imitamos, siquiera sea débilmente, la generosa conducta de los Magos?

Saca, por último, de toda esta maravillosa historia, que el secreto de la santidad está en corresponder generosamente á los llamamientos de Dios; en no regatear á N. S. ningún sacrificio y en arrojarse por completo en brazos de la Providencia divina. ¿Es esta tu conducta? Si no lo es, antes todo lo contrario, no extrañes tu poco aprovechamiento y que la luz del Señor, la vida de fe, y aun la gracia de tu vocación, se vaya cada día apagando, y no ilumine tus pasos como en los días felices de tu fervor.

Coloquio.—Ya nada quiero que Vos no queráis, Dios mío; y quiero enteramente todo lo que Vos queréis. Me abandono ciegamente en los brazos de vuestra divina Providencia; acepto gustoso cuanto dispongáis de mí; caminaré sin temor por donde me lleven vuestras inspiraciones, que serán mi estrella, mi luz y mi guía; recibiré con gozo todo lo que me venga de vuestra mano, y me hallaré bien en donde me pongáis, sin salirme un paso de lo que Vos me mandéis.

Viviré en adelante sin elección y sin voluntad propias, porque no conozco ni lo que me daña, ni lo que me aprovecha. Ya no quiero pedir ni rehusar cosa alguna; me abandono á Vos, Dios mío; conducidme por donde queráis, me entrego á Vos; tened Vos, Señor, cuidado de mí, pues sois mi pastor y yo vuestra oveja; siguiéndoos, caminaré seguro, y abandonándome á Vos, llegaré á aquel grado de perfección que Vos exigís de mí.

Propósitos. – Saca una firme resolución de hacer algo práctico y positivo por la gloria del Señor, predicando al menos con tu ejemplo la fe y el amor al divino Niño de Belén; y si has andado hasta aquí por los caminos viciosos que llevan á Herodes, vuelve por los de la mortificación, que conducen á Cristo.

14 DE ENERO

La Virgen Santísima en la presentación de Jesús en el templo.

Preludios. – **Mira exterior é interiormente la devoción, piedad y sentimientos de María Santísima y San José en el acto solemne de la presentación de su divino Hijo, y con qué absoluto desinterés le ofrecieron á Dios por la salud del género humano, y pide tú ofrecerte á Dios con gran pureza de intención, ya que no alcances á hacerlo con el mismo fervor.**

PUNTO I

De la necesidad de ofrecerse enteramente á Dios N. S.

Considera cuán justa era aquella ley denominada de los primogénitos, en virtud de la cual estaban obligados los israelitas á ofrecer á Dios el primer varón que les naciera, y á rescatarlo mediante la oblación de cinco siclos, en memoria y reconocimiento de aquel estupendo prodigio, que en favor de su pueblo había obrado el Omnipotente para librarlo de la servidumbre de Faraón, hiriendo por medio del ángel exterminador á todos los primogénitos de Egipto. ¿Qué puede haber de más justo que reconocer los bienes que se han recibido de Dios, rendir á este soberano Señor el homenaje de ofrecerle lo que más amamos y respetar como cosa santa todo lo que le ha sido consagrado?

Pues si esto es así, ¿cuántas razones tenemos para ofrecernos á Dios, ya que cuanto somos á El sólo se lo debemos y á El pertenece como cosa propia? Dios nos ha creado á su imagen para que le amemos, alabemos y sirvamos; nos ha redimido para que le sir.

vamos en santidad y en justicia; nos ha llamado á la fe y á la santidad, y nos da toda clase de medios para que nos santifiquemos y procuremos santificar á los demás; nos alimenta con su carne y su sangre. ¿No debemos corresponder á tantos beneficios, haciendo lo que Dios quiere de nosotros, esto es, que seamos completamente suyos? ¿Por qué no soy todo de Dios, ni me sacrifico por El, y no acabo nunca de levantarme vencedor sobre las ruinas de mis pasiones y de mis vicios, ni me decido á dar libelo de repudio á la tibieza y al pecado, ni me resuelvo de una vez á ofrecerme todo en holocausto á mi Creador y Redentor?

Desde ahora, Señor mío, desde este momento quiero seguiros con vuestra gracia, y ya no vacilaré más; me ofrezco enteramente á Vos; trabajaré por ser santo, porque santo sois Vos. Procuraré que todas mis acciones sean ajustadas, generosas, varoniles, dignas de Vos.

Considera después cuán perfectamente cumplió la Virgen santísima la léy, presentando su divino Hijo al Señor. ¡Qué presente, y de qué mano! Un Hombre-Dios, resumen de todas las maravillas, fuente de todas las gracias, tesoro de toda la sabiduría y de toda la ciencia del Creador, el primogénito de todas las criaturas, el objeto de todas las complacencias y de todos los amores del Eterno Padre: he aquí cuál era el presente ofrecido. Y ¿la que lo ofrecía? María, la más digna de amor, la más santa de todas las criaturas. Y este sublime y divino homenaje se hace para reverenciar á Dios, para reconocer su soberana bondad como fuente de todos los bienes, para satisfacer á su justicia por todos los pecados del mundo y para obtener de su liberalidad las gracias necesarias á la salvación del género humano.

PUNTO II

De cómo Jesús se ofreció á su Eterno Padre.

Considera todo lo que ofreció el Hijo de Dios al

Eterno Padre, en su primera entrada en el templo, es á saber: su cuerpo, su alma, su vida, sus acciones, sus trabajos, sus persecuciones, sus sufrimientos, su sangre y su muerte. Todo esto lo tenía presente en su entendimiento, y sabiendo cómo debía con todo ello glorificar á su Padre, se lo ofreció en perfectísimo holocausto. ¡Oh, y qué ofrenda tan preciosa! Nunca, desde el principio de los tiempos, se había hecho otra semejante. ¡Qué sacrificio y qué sacrificador! ¡Qué divino desprendimiento y qué infinito sacrificio!

En este divino ejemplo hemos de inspirarnos para devolver á Dios lo que somos y arrojarnos en los brazos de su providencia. ¿Por qué no nos ofrecemos á Dios tan rendida y absolutamente como lo hizo Jesús? Tanto más, que nosotros dándoselo todo, no perdemos nada, porque cuanto tenemos es de Dios, y ganamos mucho, porque consagramos nuestro ser á Dios, que es su dueño, y así lo sublimamos en cierto modo y lo divinizamos. Imitemos á Cristo S. N., hagamos holocausto de nosotros mismos, é inmolémonos como víctimas perfectas; démonos todo á Dios para que Dios se dé todo á nosotros. ¡Qué granjería ésta tan beneficiosa para nosotros!

Considérese, en segundo lugar, con qué espíritu tan perfecto se ofreció nuestro Señor á su Eterno Padre, y procuremos imitarle: 1.º En aquel sentimiento de profundísimo respeto con que su santísima humanidad se prosternaba y rendía ante la Majestad divina, y sometía dócilmente su voluntad de hombre á la voluntad de Dios. 2.º En el exceso de amor y de celo que le consumía por la gloria de su Padre. 3.º En el gozo y alegría que experimentaba sabiendo que había de padecer y morir por obediencia, y para reparar todas las injurias que nuestras voluntades rebeldes le habían de hacer.

Es verosímil que se obligase por un voto expreso, no ciertamente porque tuviera El necesidad de for-

tificar su resolución, sino porque parece que es propio de la naturaleza del amor prometer solemnemente al que amamos que haremos cuanto él desea que se haga, que le daremos lo que quiere, que nos despojaremos por amor suyo de cuanto estorbe al amor que le profesamos, y que arrojaremos de nosotros todo lo que pueda impedirnos el consagrarnos eternamente á El.

¿Son éstas, por ventura, nuestras disposiciones? ¿Es así como hacemos nuestras promesas á Dios ó nuestros votos? ¿Es así nuestro celo? Hemos entrado en la casa de Dios con nuestros holocaustos; pero ¿los hemos abrasado en el ara con el fuego de la caridad? ¡Oh bienaventurada Virgen, que fuisteis todo fuego de amor, y que os ofrecisteis en holocausto agradable á Dios, siguiendo el ejemplo de vuestro Hijo, obtenedme una chispa de ese fuego celeste de la caridad que tuvisteis nueve meses en vuestro castísimo seno, y espiritualmente en vuestro corazón durante todos los instantes de vuestra vida, para que yo consuma con él todo lo que hay en mí de impuro, y sólo deje lo perfecto y agradable á Dios!

PUNTO III

Cómo cumplió Cristo nuestro Señor su ofrecimiento al Eterno Padre.

Considérese con qué perfecta fidelidad cumplió Jesús Señor nuestro, durante su vida mortal, todo lo que había ofrecido en el templo. Su oblación interior fué continua; y por lo que mira á la ejecución y consumación de su sacrificio, no fué su vida entera, sino un holocausto, y no se hallará un solo momento de ella que no sea un sacrificio. Que si la bienaventurada Virgen María le rescató con cinco siclos, este rescate sólo lo aprovechó para pasar de la vida puramente contemplativa á la vida activa en que había de servir mejor á su Padre y procurar la salud de

todo el género humano, cumpliendo más perfectamente el sacrificio que había hecho de sí mismo, y morir como víctima inocente para expiar los pecados del mundo.

Reflexionemos sobre esta manera cumplida de practicar lo prometido á Dios, y preguntémonos si también nosotros procuramos cumplir lo que á Dios hemos ofrecido.

Confundamos también nuestro orgullo contemplando á este divino Niño y á su Madre bienaventurada, que tan al pie de la letra observaron los preceptos de una ley que no les obligaba. Pondérense bien las palabras del evangelista: «*Después que los »dias de la purificación de María fueron cumpli»dos, llevaron al Niño Jesús á Jerusalén para pre»sentarlo al Señor.*» No alegaron ninguna excusa, ninguna exención ni privilegio; cumplieron lisa y llanamente lo mandado, y nada más.

Medita, por último, cómo la Virgen rescató á su divino Hijo.

Considérense las circunstancias que acompañaron al rescate que la Virgen hizo de su divino Hijo, en cumplimiento de la ley.

En primer lugar rescató á Jesús de manos del sacerdote que lo había tomado en representación de Dios, y que así recibió el precio ordenado por la ley. ¡Oh caridad infinita de Dios, que habiéndonos dado á su divino Hijo en la encarnación, quiere todavía confirmar más este presente, y en el templo lo ratifica volviéndonos á ofrecer esta prenda divina! ¡Qué diferente es la liberalidad de los hombres de la de Dios: los hombres se arrepienten ó se cansan de caminar por el sendero de la virtud; se olvidan frecuentemente de que se han ofrecido á Dios, y dedicádose á su servicio; Dios ratifica lo que ofreció, y vuelve á ofrecerlo de nuevo, no cansándose, ni arrepintiéndose, ni olvidándose jamás de hacernos beneficios.

En segundo lugar, la bienaventurada Virgen rescató á Jesús con cinco siclos, que era el precio común de los primogénitos, y cuya cantidad equivale á poquísimo de nuestra moneda. ¡Admirabilísima humildad del Hijo y de la Madre que da por este divino Infante lo mismo que por todos los niños, valiendo El solo infinitamente más que el universo entero! ¡Qué acciones de gracias no debemos rendir al Padre eterno que nos da á su Hijo por tan bajo precio; que nos pide, no lo que El vale, sino lo que buenamente podemos dar nosotros y con esto se contenta. Esos cinco siclos son los cinco sentidos que debemos mortificar por amor de Jesús, ó también las cinco virtudes que, según la doctrina de la Iglesia, constituyen la verdadera y perfecta conversión, á saber: la fe, el temor de Dios, la confianza en la infinita misericordia, el dolor de haber ofendido á Dios y la cumplida sumisión á su santísima voluntad.

Considérese por último que la Santísima Madre de Dios y nuestra, rescató á su divino Hijo con cinco siclos, como El había de rescatarnos á todos con las cinco llagas que sufrió en su pasión.

Coloquio.—¡Oh, Madre Santísima, que rescatasteis á vuestro divino Hijo con cinco siclos para que El á su vez nos rescatase á todos con las cinco llagas que sufrió en su dolorosísima Pasión; oh Madre amorosísima que ofrecisteis á Jesús al Eterno Padre por la salvación de todos los hombres, y al ofrecerle á El, os ofrecisteis Vos misma, aceptando valerosamente todos los dolores que habíais de padecer; interceded con vuestro Hijo para que me otorgue la gracia de ofrecerme á Dios, y de ser todo suyo y de perseverar en este camino hasta el fin!

Propósitos.—Saca de esta meditación el decidido empeño de mortificar siempre y en toda ocasión el vicio primogénito de tu corazón, ó sea, sacrificar en aras de tu deber y del amor de Dios tu pasión dominante.

15 DE ENERO

Qué debemos imitar de Jesús y de María en el misterio de la Presentación.

Preludios.—**Represéntate el templo de Jerusalén, á María en el vestíbulo cumpliendo la ley de la Purificación, y luego de rodillas ante el altar ofreciendo á Jesús al Eterno Padre, y pide al Señor participar de su espíritu de generosidad para ofrecerte por completo á su divino servicio y gloria.**

PUNTO I

Debemos imitar el espíritu de sacrificio de Jesús y de María en el misterio de la Presentaciôn.

Considera que si el Hijo de Dios se presenta á su Eterno Padre no es, como los demás niños, para realizar una sencilla ceremonia. Sabe que en su calidad de Redentor, ofrecerse á Dios es ponerse en mano de su justicia, es aceptar una muerte, donde el exceso del sufrimiento irá unido al exceso de la ignominia. Desde el momento en que entró en el mundo había hecho á su Padre unao blación completa de sí mismo, y en el misterio de su Presentación la renueva solemnemente. Desde el templo se transporta su corazón al calvario, *deseando con deseo vivísimo*, como él dijo luego, el día de su inmolación. Mira cómo nada puede detenerle cuando se trata de salvarte; ¿en qué consiste, pues, que tú te detienes cuando se trata de servirle? Es que ignoras la ciencia divina de la cruz, de esa cruz que ya el divino Niño tiene en medio de su corazón y de la que son astillas los actos de humillación y de sacrificio de que hoy te da tan divino ejemplo.

Mira luego alguno de los sacrificios de la Madre. Amaba esta divina Señora su virginidad más que el honor infinito de ser Madre de Dios. Su pregunta al Arcángel lo había probado, y no obstante sacrifica la gloria de parecer virgen, y se mezcla con las otras mujeres manchadas, prefiriendo imitar la conducta de

Jesucristo su Hijo, que quiso parecer como pecador.

Mírala, pues, confundida con las demás mujeres á la Reina y Señora de todas las vírgenes, á la más pura de ellas y esperando á la puerta del templo el momento de purificarse como las madres ordinarias. ¡Ella, más limpia que el sol! Verdad es que tiene un gran ejemplo ante su vista, ¡al Todopoderoso oculto bajo la debilidad de la infancia; á Dios anonadado hasta tomar la forma del pecado! ¿Cómo rehusar ante tal ejemplo la humillación de una impureza legal de que no estaba contaminada?

Pero ese sacrificio, con ser grande, es el menor de los que María hace en este misterio. Sacrifica también á su Hijo y en esta víctima, la más querida de su corazón, sacrifica más que su propia persona. María no ignora que ofreciéndole á Dios para reparar y expiar las iniquidades del mundo, le entrega á los oprobios y á la muerte. Mas, como si todo esto fuera aun poco, todavía aumentan su dolor las palabras de Simeón, cuando éste anuncia que el divino sacrificio de su Hijo no aprovechará para la salvación de todos los hombres. «Y Vos misma—añade el santo anciano—tendréis el alma traspasada por una espada de dolor.» María á todo se somete, diciendo á su Dios: «Vos lo queréis, Señor; mi corazón está pronto.» ¿Digo yo lo mismo cuándo Dios no permite que el cáliz de amargura no se aparte de mis labios? Jesús, nacido para sufrir, presenta su cruz á todos los suyos; de sus mejores amigos, de su misma Madre exige los mayores sacrificios... ¡Y yo me quejo cuando me asocia á los que más ha amado en toda su vida!

PUNTO II

Debemos imitar la fidelidad de Jesús y de María en el exacto cumplimiento de la ley.

Considera que esta perfectísima fidelidad de Jesús y de María constituye lo más sublime del espíritu de

15 DE ENERO

Qué debemos imitar de Jesús y de María en el misterio de la Presentación.

Preludios.—**Represéntate el templo de Jerusalén, á María en el vestíbulo cumpliendo la ley de la Purificación, y luego de rodillas ante el altar ofreciendo á Jesús al Eterno Padre, y pide al Señor participar de su espíritu de generosidad para ofrecerte por completo á su divino servicio y gloria.**

PUNTO I

Debemos imitar el espíritu de sacrificio de Jesús y de María en el misterio de la Presentación.

Considera que si el Hijo de Dios se presenta á su Eterno Padre no es, como los demás niños, para realizar una sencilla ceremonia. Sabe que en su calidad de Redentor, ofrecerse á Dios es ponerse en mano de su justicia, es aceptar una muerte, donde el exceso del sufrimiento irá unido al exceso de la ignominia. Desde el momento en que entró en el mundo había hecho á su Padre unao blación completa de sí mismo, y en el misterio de su Presentación la renueva solemnemente. Desde el templo se transporta su corazón al calvario, *deseando con deseo vivísimo*, como él dijo luego, el día de su inmolación. Mira cómo nada puede detenerle cuando se trata de salvarte; ¿en qué consiste, pues, que tú te detienes cuando se trata de servirle? Es que ignoras la ciencia divina de la cruz, de esa cruz que ya el divino Niño tiene en medio de su corazón y de la que son astillas los actos de humillación y de sacrificio de que hoy te da tan divino ejemplo.

Mira luego alguno de los sacrificios de la Madre. Amaba esta divina Señora su virginidad más que el honor infinito de ser Madre de Dios. Su pregunta al Arcángel lo había probado, y no obstante sacrifica la gloria de parecer virgen, y se mezcla con las otras mujeres manchadas, prefiriendo imitar la conducta de

Jesucristo su Hijo, que quiso parecer como pecador.

Mírala, pues, confundida con las demás mujeres á la Reina y Señora de todas las vírgenes, á la más pura de ellas y esperando á la puerta del templo el momento de purificarse como las madres ordinarias. ¡Ella, más limpia que el sol! Verdad es que tiene un gran ejemplo ante su vista, ¡al Todopoderoso oculto bajo la debilidad de la infancia; á Dios anonadado hasta tomar la forma del pecado! ¿Cómo rehusar ante tal ejemplo la humillación de una impureza legal de que no estaba contaminada?

Pero ese sacrificio, con ser grande, es el menor de los que María hace en este misterio. Sacrifica también á su Hijo y en esta víctima, la más querida de su corazón, sacrifica más que su propia persona. María no ignora que ofreciéndole á Dios para reparar y expiar las iniquidades del mundo, le entrega á los oprobios y á la muerte. Mas, como si todo esto fuera aun poco, todavía aumentan su dolor las palabras de Simeón, cuando éste anuncia que el divino sacrificio de su Hijo no aprovechará para la salvación de todos los hombres. «Y Vos misma—añade el santo anciano—tendréis el alma traspasada por una espada de dolor.» María á todo se somete, diciendo á su Dios: «Vos lo queréis, Señor; mi corazón está pronto.» ¿Digo yo lo mismo cuándo Dios no permite que el cáliz de amargura no se aparte de mis labios? Jesús, nacido para sufrir, presenta su cruz á todos los suyos; de sus mejores amigos, de su misma Madre exige los mayores sacrificios... ¡Y yo me quejo cuando me asocia á los que más ha amado en toda su vida!

PUNTO II

Debemos imitar la fidelidad de Jesús y de María en el exacto cumplimiento de la ley.

Considera que esta perfectísima fidelidad de Jesús y de María constituye lo más sublime del espíritu de

este misterio. El tiempo, el lugar, la forma, todas las circunstancias, ya se refieran á la purificación de la Madre, ya á la presentación del Hijo, todo se ha ejecutado con arreglo á la ley de Moisés. Medita cómo en todo el transcurso de su vida mortal muestra Jesús la misma exactitud en cumplir las órdenes de su Padre. Si va todos los años al templo con sus padres, si come el cordero pascual, si se presenta hoy al sacerdote, todo lo hace en el tiempo y en la forma que Dios lo había dispuesto por conducto de Moisés. Guarda la ley hasta en una tilde, según se lee en el sagrado Evangelio. Hace lo que enseña, y cumple las cosas grandes sin olvidar las pequeñas. ¿Cumplimos nosotros con la misma exactitud los preceptos de Dios y de su Iglesia?

Del ejemplo y doctrina de Cristo, S. N., debes sacar que nada es pequeño desde el momento en que Dios lo ordena. Esta consideración *Dios lo quiere*, debe engrandecer en mi estimación lo que á mi pobre juicio parecía insignificante. La autoridad de Dios, que ordena, debe eclipsar en mí todo espíritu de independencia. Porque ¿cómo no ha de parecerme grande, importante y digno de todo respeto lo que agrade á Dios, lo que multiplica mis derechos á la gloria y me hace adelantar en la perfección? Dios considera menos lo exterior de la obra que el principio, el fin y la disposición del alma. Cuando, mirando sólo á su voluntad, me decido á cumplirla exactamente y con un gran deseo de agradarle, atraigo sobre mí las miradas de su complacencia y aumento el tesoro de mis méritos. Dios satisfecho, y yo con un grado más de gracia y de gloria. ¿Es esto cosa indiferente? Los santos se forman, no por obras extraordinarias, sino por su fidelidad en hacer lo que Dios quiere.

Considera además que la ocasión de hacer cosas grandes es rara, la de hacer las pequeñas es continua, y precisamente esta continua vigilancia y fide-

lidad es lo que manifiesta gran espíritu de inmolación y un valor de alma poco común. Todos somos capaces de hacer un esfuerzo pasajero; pero no todos nos sujetamos, sin interrupción, á una prolongada serie de pequeños sacrificios que, por lo que tienen de continuos, exigen una constancia casi heroica y gran vida de fe.

Son, además, las cosas pequeñas salvaguardia de las grandes, así como las infidelidades leves nos preparan para las grandes caídas.

PUNTO III

Debemos imitar la conformidad de Jesús y de María con la voluntad de Dios en el misterio de la Presentación.

Considera cómo Jesús y María, no sólo obedecen á la ley, al espíritu de la ley, á las más pequeñas ceremonias de la ley, sino que en su generoso ofrecimiento en este hermoso misterio revelan una absoluta sumisión y conformidad perfectísima con la voluntad del Eterno Padre. Así nos enseñan de un modo práctico cómo la medida de toda santidad y de toda perfección consiste en seguir la voluntad de Dios, haciendo siempre lo que Dios quiere, haciéndolo porque El lo quiere y haciéndolo como El lo quiere.

Jesucristo dijo: *Yo hago siempre lo que á El es agradable. Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado.* Y ni un solo momento se separó ni se pudo separar de la voluntad de Dios.

Persuádete de que tu perfección no consiste ni en ayunar, ni en orar, ni en convertir almas, sino en hacer la voluntad de Dios. Todas las acciones, por muy buenas que sean en sí, si no se regulan por la voluntad de Dios, son imperfectas; malas, si se hacen contra la voluntad divina, y se convierten en buenísimas las indiferentes, cuando se hacen según el beneplácito de Dios.

Pero no basta hacer la voluntad de Dios para ser

perfecto. Es menester hacer las cosas como Dios quiere; esto es, sin tibieza ni imperfecciones, de modo que pueda decirse de ti como de Nuestro Señor: *Todo lo hizo bien*. Hacerlas cuando Dios quiera, porque Dios es el dueño del tiempo, como lo es de todas las cosas; y, sobre todo, es menester hacer el bien, porque Dios lo quiere, y su voluntad debe ser ó el único ó el principal motivo de nuestras acciones. Las obras más inferiores, realizadas por este motivo, son sobrenaturales, y las más santas se hacen perfectísimas. Este es el camino seguro y breve para llegar á la perfección. ¡Dichosos los que por él caminan! Por lo tanto, si hallas tu conveniencia ó tu gusto en hacer lo que Dios quiere, hazlo, apartando los ojos de tu conveniencia y tu gusto, y sólo por servir y complacer, á imitación de Cristo y la Virgen Santísima, á nuestro Padre, que está en los cielos.

Coloquio --¡Oh Jesús mío! A la vista de los maravillosos ejemplos de virtudes que me das con tu Madre Santísima en el misterio de tu Presentación, me confundo y avergüenzo de mi negligencia y tibieza en servirte. Quiero seguir tus huellas y tus divinos ejemplos. De aquí en adelante no te negaré ningún sacrificio, seré fiel á tu ley, á mis reglas y votos hasta en lo más mínimo, para no exponerme á caer como en el tiempo pasado, y la voluntad de Dios será la regla y pauta de la propia. Dame, Señor, tu gracia, sin la que nada puedo, para poder corresponder á lo que ella sólo me inspira en esta meditación.

Propósitos.--Saca de esta meditación el de ser fiel al Señor en la observancia de las cosas que el mundo cree pequeñas, en evitar las menores faltas, porque escrito está que el que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco irá cayendo en las mayores.

16 DE ENERO

Profecía del anciano y santo Simeón.

Preludios.—Mira al divino Infante Jesús en brazos del venerable sacerdote, y oye cómo dice de Jesús con palabras pro-

féticas y misteriosas que será blanco de contradicción de los buenos y los malos, y causa de la salvación de unos y ocasión de la perdición de otros, y pídele ser tú siempre de los amigos de Jesús y nunca de los que le persiguen y aborrecen, ó dejan de aprovecharse del precio de su sangre.

PUNTO I

La profecía del santo Simeón.

Recuerda en primer lugar el maravilloso cántico de gracias en que el bienaventurado viejo Simeón manifestó su alegría por haber visto al Señor, y le llamó Salvador de todos los pueblos, lumbre que había de ser revelada á los gentiles y gloria de Israel; en lo que se ha de ponderar la suma liberalidad de Dios en cumplir sus ofrecimientos y consolar á los justos, dándoles más de lo prometido. Porque había prometido á Simeón que vería á Jesús, y no sólo le cumplió esto, sino que le dió licencia para que le tomase en sus brazos, le abrazara y besara y tuviera consigo con grande amor. Con lo cual he de alentarme á servir muy de veras á este Señor, que es largo en prometer y muy liberal en cumplir más de lo que promete, si hay fidelidad en el que recibe.

Y he de considerar en segundo lugar, que cuando Cristo, S. N., entró en el templo, había allí muchas personas de todos estados y condiciones, letrados, sacerdotes, nobles y plebeyos, y sólo á Simeón abrió Dios los ojos con luz celestial para que le conociese, y los demás no hiciesen diferencia de aquel Niño á los otros; como ahora, entre muchísimos que vienen al templo, pocos conocen con luz celestial la presencia de Jesús en el Sacramento y le veneran con devoción, mereciendo recibirle en sus corazones y ser participantes de sus gracias y de sus dones. Mira si eres tú de los que conocen y aman á Jesús, ó más bien de los que le desprecian y no le hacen caso alguno.

Considérese, por último, que esta liberalidad de Dios para con el anciano Simeón, fué originada de

dos motivos. El primero, la santa vida de aquel varón, del que dice el Evangelio que *era justo y temeroso de Dios*, ó sea puntual en la observancia de toda ley, sin admitir quiebras contra ella, porque no se llama temeroso de Dios sino el que huye de las culpas, aun de las más pequeñas; y además se ve que tenía grandísima fe en la venida del Mesías, y firmísima esperanza de que había de verificarse pronto esta venida, y una caridad ardentísima manifestada en su mismo deseo de que viniera Cristo N. S. cuanto antes, y no para su salud particular, sino para la de todos los hombres. El segundo motivo, muy en concordancia con el primero, fué el espíritu que lo llevó al templo, es decir, que era hombre espiritual, regido por el espíritu de Dios, según dice el Evangelio. ¡Oh alma mía, imita al santo anciano en la firmeza de vida, si quieres conocer á Jesús y gozar de sus caricias, y en venir al templo con espíritu divino para que disfrutes de la dichosa vista de Jesús y le abraces en dulcísimo abrazo de amor!

Saca de aquí que no conocen á Dios ni pueden tratar con El en la oración sino las almas devotas y separadas del mundo, y que viven lejos de los placeres de los mundanos, frecuentando el templo del Señor.

PUNTO II

Jesucristo, ruina y resurrección de muchos.

Considera que después que el santo anciano hubo satisfecho su devoción, abrazando tiernísimamente al divino Niño Jesús, devolvíolo á sus padres, cuyo gozo era grande por lo que acababan de oir. Mas para los santos son de corta duración las más puras alegrías, y así sucedió á María y á José al escuchar las últimas palabras del profeta. ¡Qué aflicción tan grande les causarían, sobre todo á María á cuyo corazón de Madre se encaminaron directamente! «Ese Hijo á quien tanto amáis, ese Hombre-Dios venido al mundo para salvar á todos los hombres, no los salvará á to-

dos; para gran número de ellos será ocasión de escándalo y muchos se perderán á causa de El...» ¡Oh Dios mío, qué insondables son tus designios divinos! Un Salvador de las almas, ocasión de su pérdida y no de la pérdida de algunas, sino de un gran número de ellas... ¡Triste misterio de la perversidad humana! Los judíos no quisieron recibir al Mesías, antes por el contrario, cerraron los ojos á la luz y rechazaron la salvación que su Redentor les ofrecía. Y de este modo, volviendo contra ellos la misma misericordia del Señor, se hicieron más culpables y más desgraciados por el abuso de los medios que para su salvación Dios les había concedido.

Considera para quiénes fué Jesucristo piedra de escándalo y ocasión de ruina y no te desanimes ni escandalices de la verdad. Para los ciegos voluntarios, para los hombres ingratos y envidiosos, para los escribas y fariseos, para los pecadores empedernidos que se obstinaron en ser malvados, porque El era santísimo, y no podían perdonarle su vida purísima, sus milagros, sus beneficios, su virtud y la estimación y amor del pueblo, á quien con esos divinos medios atraía. Ni le podían menos perdonar que les echase en cara sus vicios, corrupción é hipocresía.

Para que se vea, cuán evidente es que á quien la divina misericordia no salva y justifica, esa misma bondad de Dios le es ocasión de condenación y ruina.

Consideremos, pues, para cuántos cristianos es hoy Jesús piedra de escándalo y escollo contra el que se estrellan y se pierden lastimosamente. Ven la verdad y se niegan á seguirla; Jesús los espera con paciencia y les insta á que vayan á su Corazón, lleno para todos, de ternura; les prodiga sus beneficios, los llama con su gracia, golpea su corazón de continuo, pero en vano; el mismo exceso de la bondad es causa, por el abuso que de ella hacemos, de que se aumente el exceso de los pecados y la dureza de corazón de aquellos que se hacen sordos á su voz. ¿Estaré yo ¡Dios

mio! incluído en el número de los que pisotean la sangre del Salvador? ¿Será para mí causa ú ocasión de ruina? ¿Despreciaré sus gracias y le obligaré, bien á pesar suyo, á separarse de mí? Pide al Señor que no sea así, sino que sirva su sangre preciosa para tu resurrección espiritual y vida eterna.

PUNTO III

Jesucristo, blanco de contradicción.

Considera que estas palabras son explicación de las precedentes. Pero ¿por qué la sangre del Redentor del mundo, no salva, en efecto, á todos aquellos por quienes fué derramada en el Calvario? ¿Por qué la gracia no eleva á todas las almas justas al grado de perfección y bienaventuranza, á que Dios N. S. las llama? Porque Jesucristo es, y será siempre, blanco de contradicción. Lo fué durante su vida, de todas maneras y de parte de todos; lo es aún todos los días. Sus milagros, su doctrina, su vida, su misericordia y su dulzura, su misma divinidad, todo en El, ha sido atacado y combatido. ¿Qué horrible contradicción no experimentó en el Calvario de parte de los pecadores? Pero aquellos, al menos, no lo conocían y por eso pudo decir y dijo á su Padre: «Perdónalos, porque no saben lo que se hacen.» ¡Pero cuán penoso, para su divino Corazón, es verse contradecir por los mismos á quienes ha iluminado con tan abundantes luces! Amar los placeres y alabanzas, rechazar la cruz y las humillaciones, no querer renunciarse ni seguir la doctrina ni los ejemplos del divino Maestro, es contradecir á Jesucristo; más aún, es combatirle. ¿Y no es eso lo que hago yo todos los días? Mis palabras son para Djos, pero mi vida está en contra de El, y mi conducta, mi proceder, los afectos de mi corazón, todo en mí está en contradicción con las máximas de su evangelio, que es el evangelio de la cruz, y con sus divinos ejemplos.

Deduce, pues, de esto que los judíos que llevaron la irrisión sacrílega hasta insultar á Cristo en la cruz, no eran un pueblo más enemigo de Jesucristo que muchos cristianos. Ah! si su Corazón pudiera tener pena y aflicción en la gloria, la tendría por esto más que por todo lo demás, y lo que es más triste, serían las manos de los cristianos, de los que hacen profesión de vida espiritual y perfecta, las que le harían las más profundas heridas, á causa de la ingratitud y tibieza de nuestros corazones, sobre los que El derrama torrentes de gracias y de dones celestiales.

Ponderando todo esto, he de espantarme de los juicios de Dios y compadecerme de la perdición de tanta multitud de infieles y malos cristianos, procurando que el cuchillo de dolor traspase mi alma, como traspasó la de la Virgen, y suplicando á este benditísimo Señor que su venida no sea para mí ocasión de muerte, sino para mi resurrección, y que sea para mí señal de vida y no de ruina. Que crea yo en El, y en El espere, y á El ame; que siga sus huellas hasta el Calvario, tendiendo á que mis palabras y obras sean siempre copia é imitación de las suyas. Y si de aquí se me siguiere que muchos me contradigan y persigan, como contradijeron y contradicen á Cristo, y persiguieron su vida hasta ponerle en una cruz, donde fuese señal de vida para los escogidos y de condenación para los réprobos, he de gozarme, come se gozaba el Apóstol san Pedro en su martirio, de que me traten lo mismo que á mi divino Capitán y Maestro.

Coloquio. —¡Oh Jesús mío, que sois blanco de contradicción, y para unos signo de resurrección y para otros de muerte eterna; yo os pido humildemente que seáis para mí Salvador, lumbre y gloria, como el santo anciano profetizó en el templo; os lo pido por los dolores de vuestra santísima Madre y por los que Vos mismo padecisteis. Conservadme, Señor, en el camino recto, aunque sea áspero y erizado de pedernales, y llevadme adonde por los siglos de los siglos os bendiga y alabe con vuestra Madre santísima,

vuestro Padre nutricio san José, el santo anciano Simeón y todos los ángeles y santos. Amén.

Propósitos.—Llorar la perdición de tantas almas, procurando que el cuchillo de dolor traspase mi corazón, como traspasó el de María, á la vista de tantas como se pierden. Hacer cuanto esté de mi parte por la salvación de ellas, y si de ahí se me siguiere que muchos me contradigan, gozarme de ello, pues así me hago semejante á Cristo.

17 DE ENERO

Jesucristo señal de contradicción entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo.

Preludios. – **Figúrate al mundo como un río, adonde van á parar infinidad de animales muertos, objetos asquerosos y toda suerte de sucios riachuelos. En su corriente arrebatada arrastra á muchos desgraciados, que en él perecen sin remedio. Pide con fervor ser de los enemigos del mundo, conocer sus falsías, mentiras y engaños, y no dejarte arrastrar nunca de sus turbias aguas, ni vivir de sus miserias, falsedades y engaños.**

PUNTO I

Oposición absoluta entre Jesucristo y el mundo.

Considera que una de las más constantes y espantosas revelaciones del Evangelio es la oposición absoluta, irreconciliable y eterna que existe entre Jesucristo y el mundo. El divino Maestro que daba al pérfido Judas el dulce nombre de amigo en el momento en que, por un beso traidor, le iba á entregar á los sayones; el que en la cruz oró al Eterno Padre por los que le crucificaban; el mansísimo Cordero que no tenía más que palabras de perdón y de misericordia para los ladrones, las adúlteras y toda suerte de pecadores, no habla una sola voz del mundo que no sea para anatematizarlo, maldecirlo y condenarlo. ¡Oh maravillosa é incomprensible conducta de un Dios que ha nacido y sufrido, y va á morir por los pecados del mundo! Jesucristo ha tocado y curado nues-

tras llagas, purificado las manchas de nuestra alma, resucitado hasta los muertos corrompidos; pues bien, en el momento enque ora por todos los hombres, para que todos se conviertan y vivan de su fe y de su amor, excluye hasta de sus divinas oraciones dos cosas, y dos cosas solamente: el infierno y el mundo. El infierno, porque es el mal sin remedio, la malicia eterna, porque el infierno no puede ni arrepentirse ni amar, porque el infierno se nutre y vive del odio, y la misericordia de Dios no tiene allí donde ejercitar su perdón; y el mundo porque, á semejanza del infierno, *está fijo todo él en el mal*, porque vive y se nutre sólo del vicio y del pecado: la luz de la verdad no puede entrar en él, porque si puede convertirse un pecador, el mundo no se convertirá.

En efecto, la víspera de su muerte, cuando el divino Maestro derrama del fondo de su corazón torrentes de amor sobre sus discípulos para todos los hombres, para el mundo no tiene más que palabras de espantosos anatemas (1). Palabras divinas que prueban con luz meridiana que existe una ciudad terrena enemiga de Dios, fundada sobre el mal y el pecado, una Babilonia abiertamente opuesta á la Jerusalén celestial y á su Rey eterno, que es Cristo, y que todos los que forman parte de aquella Babilonia, si no se convierten y abren los ojos al sol que ilumina á todo hombre, irremisiblemente serán reprobados.

Considera, en segundo lugar, que esa oposición absoluta de Jesucristo y del mundo es tal, porque el mundo es la contradicción de Jesucristo en su doctrina, en sus planes, en sus fines altísimos y divinos. La doctrina de Cristo es la verdad, que es el mismo Cristo, camino, verdad y vida; la doctrina del mundo es la falsedad y la mentira; los planes de Cristo son salvar al mundo por la humildad, la abnegación y la cruz; el mundo sólo vive para perder á los hombres, haciéndo-

(1) Joann., XV, 19; XVII, 9-16.

los vivir para la soberbia y el placer; el fin de Cristo S. N. es elevar, ennoblecer y en cierto modo deificar la naturaleza humana y transfigurarla en sí por el ejercicio de las más altas virtudes; el del mundo, embrutecerla por las tres concupiscencias, que son la esencia del mundo y degradarla con toda suerte de vicios infames y de pecados, que convierten en bestias á los hombres creados para la gloria.

Considera, pues, que no puede darse mayor oposición, ni más cruda guerra; y que son como la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira, el espíritu y la materia, el cielo y el infierno, Dios y Satanás.

Doctrina espantosa y terrible, y que debe hacernos exclamar á todos con miedo y espanto: *¿Soy yo acaso, Señor?* ¿Soy ó seré yo del mundo, y por consiguiente, echado de vuestro Corazón y de vuestra gracia? ¿Soy de vuestros amigos verdaderos, de vuestros amigos falsos ó de vuestros enemigos declarados? Hayamos sido ó seamos pecadores, como la Samaritana, como la Magdalena, como Pedro, como Pablo, como mil otros más, aun nos podemos salvar. Jesús, el dulce Jesús, nos puede mirar con ojos de misericordia, y nos salvaremos. Una sola obra es imposible á la misma bondad divina: salvarnos mientras seamos del mundo, obremos como el mundo ó vivamos de la doctrina del mundo.

PUNTO II

¿Qué cosa es el mundo?

Considera que así como está escrito que el *reino de Dios está dentro de nosotros*, así dice el Apóstol que *sentía dentro de sí una ley en sus miembros que repugnaba á la ley de su espíritu*, y lo propio pueden decir todos los mortales.

Hay, pues, en el hombre y en su alma, como dos regiones separadas y opuestas, la una elevada y noble, donde brilla la luz de la verdad y la justicia, y la otra miserable y baja, en donde rugen las malas pa-

siones, los vicios y las concupiscencias, como un populacho alborotado, en contra de la ley de Dios y de la doctrina de Cristo. Ese es el mundo dentro de cada uno de nosotros; pero al reunirnos en sociedad, cada hombre trae á ella ese fondo de malicia que, uniéndose á la perversidad de muchos, lo emponzoña y lo pervierte todo, hasta hacer del mundo la imagen del infierno. Criterio moral, ó del bien y del mal, perverso y pervertido, llamando vicio á la virtud y virtud al pecado; ideas de corrupción y de sensualidad; falsas máximas, aceptadas como verdades evidentes; un evangelio del demonio y de la carne en abierta oposición con el de Cristo; el placer, el lujo, la ambición y todos los pecados capitales, constituídos en reyes é ídolos de las gentes: todo eso y todavía mucho peor que eso, es el mundo.

Considera, para evitar falsas ideas, que propiamente hablando, el mundo no es la riqueza. Si nacido en la opulencia, eres pobre de espíritu, si tu mano es generosa para el pobre, tu alma es humilde, tu corazón sencillo; si el oro no lleva á tu corazón el casi obligado cortejo de placeres, de sensualidad, de orgullo y de todo linaje de pecados; si eres dulce y compasivo, aunque seas rico, como Abraham y como Job, no eres del mundo. Es más, puedes estar elevado, si Dios para su honra y gloria y sin buscarlo tú, te coloca en las alturas; pero si en ellas vives pequeño y bajo á tus ojos, haciendo el bien, derramando á imitación del Señor beneficios á los hombres, podrás ser santo y santísimo, como lo fueron san Luis y san Fernando, en el trono de los Reyes y cien Pontífices en el solio de san Pedro. Ni la riqueza, pues, en sí, ni los honores, ni la humana felicidad, por más que todo esto hiciera temblar á los santos y con harta razón, constituyen el mundo condenado por el Evangelio.

Mira, por tanto, que el mundo que debes odiar, como lo odiaba Cristo N. S., so pena de ser réprobo y excluído hasta de las oraciones de tu Redentor, es,

en primer lugar, el conjunto de máximas por las que se rigen los mundanos, abiertamente opuestas á las del Evangelio. Este se compendia en las ocho bienaventuranzas que canonizan y llaman felices á los que lloran, á los pobres, á los mansos, á los que sufren persecución, á los que han hambre y sed de justicia; el mundo, por el contrario, los desprecia, los escarnece y los trata como trató á Cristo y á sus santos: llama felices sólo á los que gozan, á los ricos, á los que triunfan, á los que han hambre de placeres y de dinero. Para él no hay más gloria ni más Dios que el goce, ni más infierno que la necesidad.

En segundo lugar, el mundo se constituye por esa sociedad en donde gentes, que se llaman cristianas, porque están bautizadas, se reunen para gustar placeres ó pecaminosos ó peligrosos; en donde se olvidan ó se escarnecen los preceptos de la moral cristiana, se hacen ó dicen ó se representan cosas que Jesucristo reprueba, maldice y condena por medio de la Iglesia, con el aplauso y la aprobación de los que allí asisten. El mundo, en una palabra, es la sociedad de Satanás, la ciudad del mal, que defiende y da derechos al error y al vicio, la que está en abierta lucha con la ciudad de Dios; tierra de maldición en donde los placeres sólo llevan espinas y amarguras al alma, en donde todo cansa y hastía bien pronto, hasta el placer y el capricho; tierra, cercada toda de peligros, en donde todo lo enseñorean las pasiones más brutales, donde la inconstancia, la vanidad, la envidia, la crítica y la calumnia, la deshonestidad y la gula y cien vicios y pecados son los ídolos de millones de esclavos, que se creen felices por breves instantes, besando sus torpes cadenas y amando su esclavitud. A ese mundo renunció el cristiano en el bautismo, y á él tiene que renunciar todo el que quiera seguir á Cristo, porque no puede haber unión entre la luz y las tinieblas, entre el mundo que no conoció á Cristo, ni lo quiso recibir, ni lo recibirá ja-

más, y Cristo, que nos prohibe amar el mundo y las cosas del mundo (1).

Entra dentro de tu corazón, mira qué amas, qué odias, qué máximas te guían en tus obras exteriores y en tus interiores afectos, y vuelve á renunciar de corazón á lo que, como cristiano, renunciaste en el bautismo, al mundo, sus pompas y vanidades, si realmente deseas ser de Cristo.

PUNTO III

Que es imposible ser de Cristo y al mismo tiempo del mundo.

Deduce de los puntos anteriores que el espíritu de Cristo, que es la verdad y el bien absoluto, y el espíritu del mundo, que es la mentira y el mal, han formado aquí abajo dos reinos, que tienen sus máximas, sus leyes, sus ciudades y sus ciudadanos. Estos dos imperios, el de Jesucristo y el de Satanás, se han repartido toda la tierra, comprenden á todos los hombres. Tenemos, pues, todos que pertenecer á Babilonia ó á Jerusalén, á Jesús ó á Belial, porque es imposible pertenecer á las dos ciudades á la vez, como lo es no ser de ninguna. Esta es la situación de todos los hombres. En el exterior podremos tal vez vivir confundidos, como viven confundidas las plantas sanas con las venenosas, pero hay algo interior que nos distingue: el principio que nos mueve á obrar, las máximas que nos rigen, el evangelio que practicamos; y Dios que no juzga por lo exterior, sino que mira al corazón, sabe bien quiénes son los suyos, y quiénes sus enemigos.

Es fácil engañarse á sí mismo y confiar en ciertas apariencias de bien, en ciertas devociones y rezos, hasta en la frecuencia de sacramentos; pero mira, como Dios, á tu corazón y vé qué amas, si la cruz ó el placer, si tu guía es el evangelio de Cristo ó las máximas mundanas, si amas el retiro de la oración ó

(1) Joann., II, 15.

la disipación del teatro y de las reuniones mundanas, si la modestia ó el lujo, si el recato en el vestir ó la loca tiranía de la moda, en una palabra, si la cruz ó el regalo; y así verás á qué ciudad perteneces, si á la ciudad de la luz y de Cristo, ó á la de las tinieblas y Belial, y si eres de Cristo ó de Satanás, si de los predestinados ó de los réprobos.

Acuérdate que dice el Evangelio, que no te puedes engañar, ni menos engañar á Dios, porque *es imposible servir á dos señores*. Esa es la práctica de gentes que quieren unir lo irreconciliable, y la gran habilidad del mundo, que quiere ser señor, igualándose con Dios, y dice á los suyos que es posible servirle á él y servir á Dios; que todo tiene su tiempo y que hay que dar al corazón y á la edad lo suyo. De aquí ese escándalo constante de la piedad y de la religión, de ver personas que se creen espirituales, porque dan á Dios los desperdicios del mundo, y que en realidad no sirven á dos señores, sino á uno solo, es decir, á Satanás, pues mientras van con el cuerpo, y apenas con una parte de su corazón, al templo, á la oración y á la cofradía, al centro de la profanación y del mundo van con toda su alma. ¡Y creerán que Dios se honra y se contenta con esos restos despreciables de lo que el mundo desdeña, y no más bien que se le deshonra y ultraja! Es imposible esa alianza y Dios prefiere mil veces á una apariencia de falsa amistad el odio franco de sus enemigos.

Porque un enemigo declarado, es menos de temer que el desimulado ó dudoso; porque del uno nos procuramos defender; pero como no desconfiamos del otro, quedamos expuestos á todas sus asechanzas.

Considera, por último, que Dios no quiere un corazón dividido, lo quiere entero; porque Dios es muy grande, y tu corazón pequeñísimo. Y siendo así, ¿cómo puedes querer poner alguna cosa junto con Dios? Dios no cree excederse dándose todo á ti, y tú no te quieres dar enteramente á Dios. ¿Vas en eso, por ventu-

ra, á perder alguna cosa? Date todo á El y poseerás á Dios, que quiere estar en tu corazón como un Rey en su trono, y un Rey no sufre rival. Nuestras almas son esposas de Jesucristo, y el amor de esposo es celosísimo y delicado; si das un émulo, ó competidor á Jesucristo, le das un enemigo, haciéndote tú al mismo tiempo enemigo suyo. Pero ¿qué competidor, ó émulo le dan las personas mundanas? Su más cruel enemigo, que es el mundo. Es menester, pues, romper con Jesucristo, si no quieres romper enteramente con el mundo; no hay término medio. Querer unir al mundo con Jesucristo, es ultrajar á Jesucristo. El mundo desearía esta concordia, porque le resulta mucha honra y es el modo de engañar á los incautos; pero Jesucristo no la quiere, porque tal unión lo ultraja sobremanera.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío y Dios mío! Al oiros anatematizar el mundo, tiemblo por mi salvación. Conozco que no soy por completo de Vos y como el que con Vos no está, está en contra vuestra, temo ser de los que no viven ni de vuestro espíritu, ni de vuestra gracia, sino del espíritu del mundo, enemigo vuestro. Arrancad, aún á pesar mío, todo lo que haya en mí corazón que sea mundano y reine sólo vuestro espíritu en mí, que yo os prometo ser desde hoy enemigo del mundo, de sus máximas, pompas, modas y vanidades y vivir sólo para Vos.

Propósitos.—Saca de esta meditación odio á todo lo que pueda separarte del espíritu de Jesucristo, y valor para hacer la guerra á las ideas, principios y obras de los mundanos.

18 DE ENERO

La profecía del anciano Simeón acerca de María.

Preludios.—Contempla á la Virgen Santísima, oyendo con maravillosa resignación la profecía de su martirio: fíjate en aquel cuadro de la Sagrada Familia y el venerable sacerdote, y pide á la Madre de Dios aprender de ella y de su Hijo santísimo, la divina ciencia del sufrimiento resignado y silencioso y, si es posible, alegre y agradecido.

PUNTO I

La Virgen Santísima y el anciano Simeón.

Considera, que cuando la Virgen Santísima levantó sus brazos en el templo para presentar su divino Hijo al Eterno Padre, representado por el anciano Simeón, notó éste que aquellos brazos maternales eran la primera cruz sobre la que se inmolaba Cristo. Por eso el santo sacerdote, lleno del espíritu de Dios, profetiza los dolores y afrentas del Calvario, ve á la Madre Virgen y á su divino Hijo atados á la misma cruz, sufriendo los mismos dolores, presentando á Dios el mismo sacrificio, el uno por el derramamiento de la sangre de su cuerpo sacratísimo y María por el de la sangre de su corazón y de su alma. Y aquel santo anciano que representaba en el templo la majestad de Dios, pronuncia entonces aquellas palabras proféticas, palabras que luego se realizaron en el Calvario. *Su espada,* esto es, *la lanza que atraviese el corazón de tu Hijo, esa misma atravesará tu alma* (1). Es decir, que un solo golpe atravesará el corazón del Hijo materialmente y espiritualmente el corazón de la Madre, ó mejor dicho, una sola espada atravesará una sola alma, porque una es la del Hijo divino y la de la Madre Santísima.

Considera, en efecto, que cuando el amor une dos almas, como es de sí unitivo y fuego que funde y hace de dos una sola cosa, todo es común, gozos y penas, dolores y alegrías. Ahora bien, es cosa segura que jamás dos almas han estado tan unidas como Jesús y María, porque jamás ha habido amor ni tan divino ni tan ardiente, ni que haya reunido tantos títulos para la unión. Deduce de aquí la horrible herida que abrieron las palabras de Simeón en el corazón purísimo de María, y el cuchillo de dolor que comenzó á traer atravesado en su alma, y que le duró toda

la vida. Porque aunque es verdad que el martirio de María había ya comenzado aun antes de escuchar esta predicción, pues ya sabía que el honor de ser la madre del Redentor le costaría increibles dolores, pero al escuchar al santo sacerdote sintió su pecho atravesado por la punta de esa dolorosa espada de que le hablaba Simeón; porque entonces fué cuando se vió obligada á ratificar, por decirlo así, la condenación de su hijo, presentándolo al Padre Eterno como la víctima que esperaban todos los siglos.

Considera, en efecto, que así como la vista de la muerte nunca hizo en Jesús tanta impresión como en el huerto de las Olivas, aunque la previó desde el primer instante de su vida, porque sólo allí le fué preciso dar un consentimiento expreso á la sentencia fulminada por su Padre, así también en el templo fué donde María se conmovió más vivamente á causa de los dolores que habría de sufrir su Hijo, porque en el templo hubo de abandonarlo solemnemente á la justicia de Dios y á la crueldad de los hombres. Desde entonces se trabó en su alma un combate parecido, en cierto modo, á la agonía del Salvador; el celo que en ella ardía por nuestra salvación al luchar en su corazón con el amor de la mejor y más tierna de las madres, le desgarraba el alma á consecuencia de afectos tan vehementes y tan contrarios.

¡Oh María! ¡Cuántas lágrimas habéis vertido, y qué de amarguras habéis sufrido por nosotros! ¿Cómo nos atrevemos á invocaros, después de haberos causado tantos dolores? ¡Ah! Vos nos amáis siempre, porque somos amados por vuestro Hijo. Sed, pues, cerca de El nuestra poderosa mediadora, sed nuestra madre. Obtened que no volvamos á afligir su divino Corazón; sino que, como vos, le sigamos con fidelidad hasta los pies de esa cruz, en la cual empezasteis á vivir clavada en este día.

PUNTO II

Maravillosos frutos que sacó la Virgen santísima de los dolores que le profetizó Simeón.

Considera que así como Cristo N. S. sacó de la cruz el título de Redentor de los hombres y un nombre sobre todo nombre, así la grandeza de la santísima Virgen tuvo por fundamento la misma cruz de Cristo, en donde quedó su alma enclavada por las palabras de Simeón, porque sus dolores probaban que era madre de Dios y la constituían madre de todos los hombres. Luego debes de considerar cómo de sus dolores sacó dulcísimos consuelos por estar tan unida con la voluntad de Dios, y esto explica una cosa que á primera vista parece extraña; que la Iglesia celebre los dolores de María con una alegre fiesta y los llame gloriosos. Parece este enigma semejante al propuesto por Sansón: *Del fuerte sale lo dulce;* problema que quedó sin respuesta hasta que la esposa le dijo: ¿Qué cosa más dulce que la miel, ni más fuerte que el león? Y, sin embargo, de la boca del león salió el panal de miel. Así no hay cosa más dolorosa que la cruz, ni más dulce que lo que sale de la cruz.

Por eso María sacó de lo amargo de sus dolores dulzuras inefables, puesto que María padeció por Cristo y con Cristo, y no hay cosa más dulce al amante que padecer por el amado. Y así como Saúl y Jonatás su hijo, estuvieron unidos hasta la muerte, y David quería morir por su hijo Absalón, del mismo modo María encontró consuelo dulcísimo en acompañar á su divino Hijo en la afrentosa pasión. Además de que María no miraba á la injusticia de los judíos, sino á la voluntad del Eterno Padre, y como ésta era que su divino Hijo muriera, al mismo tiempo que padecía dolores inefables, gozábase en que se cumpliesen los designios amorosos de la eterna justicia de Dios Regocijábase también, por el fruto de la sangre de su divino Hijo, porque María no igno-

raba que todos los tormentos que Jesucristo padecía, y todos los dolores que aquellos suplicios le causaban, eran el precio de la salvación del linaje humano.

Considera, después, que no menores que sus penas fueron sus humillaciones; porque el ser Madre del Crucificado la convertía en blanco del desprecio de los hombres malvados. Pero así como en el diluvio, mientras más se levantaban las aguas y crecían las olas, más se elevaba el arca en que se habían refugiado Noé y su familia, así esta arca mística de la nueva alianza, se sublimó más, á medida que fueron mayores las humillaciones que hubo de padecer, porque entre tanta afrenta y menosprecio, tuvo la gloria de cooperar al sacrificio de la cruz: porque en días de defección y miedo de parte de los mayores amigos del Salvador, María conservó vivísima la fe, siendo la representación y madre de la Iglesia, y porque á causa de esta humillación obtuvo el título de Madre universal de los hombres. Allí, además, fué consagrada por el dolor Reina de los mártires, porque éstos sólo tuvieron por instrumentos de su suplicio, espadas y hogueras, mientras que María tuvo como instrumento de dolor á su propio Hijo. ¡Oh sublime contraposición de grandezas y de humillaciones! Justo es que os compadezcamos, oh Madre amantísima, pero justo es también que proclamemos la exaltación de vuestros dolores para animarnos á padecer con Vos y como Vos.

Pero María no sólo tuvo penas interiores, sino contradicciones exteriores. Mas así como la piedra del desierto mientras más herida era, más torrentes de agua cristalina arrojaba, y el pedernal mientras más choca con el eslabón da más fuego, y la tierra más fruto, cuanto es más hondo el surco que en ella labra el arado, así María recibía más gloria, mientras mayores eran las contradicciones que tenía que soportar. Por esto se comparan sus dolores al mar, en el que entran las aguas dulces y sabrosas de todos los rios,

PUNTO II

Maravillosos frutos que sacó la Virgen santísima de los dolores que le profetizó Simeón.

Considera que así como Cristo N. S. sacó de la cruz el título de Redentor de los hombres y un nombre sobre todo nombre, así la grandeza de la santísima Virgen tuvo por fundamento la misma cruz de Cristo, en donde quedó su alma enclavada por las palabras de Simeón, porque sus dolores probaban que era madre de Dios y la constituían madre de todos los hombres. Luego debes de considerar cómo de sus dolores sacó dulcísimos consuelos por estar tan unida con la voluntad de Dios, y esto explica una cosa que á primera vista parece extraña; que la Iglesia celebre los dolores de María con una alegre fiesta y los llame gloriosos. Parece este enigma semejante al propuesto por Sansón: *Del fuerte sale lo dulce;* problema que quedó sin respuesta hasta que la esposa le dijo: ¿Qué cosa más dulce que la miel, ni más fuerte que el león? Y, sin embargo, de la boca del león salió el panal de miel. Así no hay cosa más dolorosa que la cruz, ni más dulce que lo que sale de la cruz.

Por eso María sacó de lo amargo de sus dolores dulzuras inefables, puesto que María padeció por Cristo y con Cristo, y no hay cosa más dulce al amante que padecer por el amado. Y así como Saúl y Jonatás su hijo, estuvieron unidos hasta la muerte, y David quería morir por su hijo Absalón, del mismo modo María encontró consuelo dulcísimo en acompañar á su divino Hijo en la afrentosa pasión. Además de que María no miraba á la injusticia de los judíos, sino á la voluntad del Eterno Padre, y como ésta era que su divino Hijo muriera, al mismo tiempo que padecía dolores inefables, gozábase en que se cumpliesen los designios amorosos de la eterna justicia de Dios Regocijábase también, por el fruto de la sangre de su divino Hijo, porque María no igno-

raba que todos los tormentos que Jesucristo padecía, y todos los dolores que aquellos suplicios le causaban, eran el precio de la salvación del linaje humano.

Considera, después, que no menores que sus penas fueron sus humillaciones; porque el ser Madre del Crucificado la convertía en blanco del desprecio de los hombres malvados. Pero así como en el diluvio, mientras más se levantaban las aguas y crecían las olas, más se elevaba el arca en que se habían refugiado Noé y su familia, así esta arca mística de la nueva alianza, se sublimó más, á medida que fueron mayores las humillaciones que hubo de padecer, porque entre tanta afrenta y menosprecio, tuvo la gloria de cooperar al sacrificio de la cruz: porque en días de defección y miedo de parte de los mayores amigos del Salvador, María conservó vivísima la fe, siendo la representación y madre de la Iglesia, y porque á causa de esta humillación obtuvo el título de Madre universal de los hombres. Allí, además, fué consagrada por el dolor Reina de los mártires, porque éstos sólo tuvieron por instrumentos de su suplicio, espadas y hogueras, mientras que María tuvo como instrumento de dolor á su propio Hijo. ¡Oh sublime contraposición de grandezas y de humillaciones! Justo es que os compadezcamos, oh Madre amantísima, pero justo es también que proclamemos la exaltación de vuestros dolores para animarnos á padecer con Vos y como Vos.

Pero María no sólo tuvo penas interiores, sino contradicciones exteriores. Mas así como la piedra del desierto mientras más herida era, más torrentes de agua cristalina arrojaba, y el pedernal mientras más choca con el eslabón da más fuego, y la tierra más fruto, cuanto es más hondo el surco que en ella labra el arado, así María recibía más gloria, mientras mayores eran las contradicciones que tenía que soportar. Por esto se comparan sus dolores al mar, en el que entran las aguas dulces y sabrosas de todos los rios,

y por esto también vió, con razón, san Juan á María coronada del sol, la luna y las estrellas. ¿Cuándo se vieron juntas luces más extrañas? ¡Ah! dice un santo Padre, en María está el sol de la gloria con la noche de los dolores. Y esta es la razón del por qué los dolores de María son celebrados con tanta gloria. ¡Ah! ¿cómo nos sirven de consuelo y cómo no acuden á ellos en busca de bálsamo y refrigerio todas las almas atribuladas? Porque ¿qué mayor gloria puede caber á María que el ser ella en sus dolores Madre de los que lloran, esperanza de los que gimen y consuelo de cuantos sufren? Acude, alma mía á tu Madre en tus penas y trabajos, que ella te los aliviará ó te fortalecerá para que la acompañes con valor al pie de la cruz.

PUNTO III

Frutos que para nosotros han tenido los dolores de María.

Después de ver los frutos de grandeza, consuelo y de gloria que dieron los dolores á María santísima nuestra madre, considera como corona y fin práctico de esta meditación los que hemos recogido nosotros de tan abundante cosecha. Corazones hay donde viven las penas y dolores de asiento, y ninguno adonde no llamen con frecuencia. Las chozas del mendigo, los hospitales, las cárceles, lugares son en donde, como un déspota, reina el dolor; pero á veces el palacio y la casa del rico son también morada predilecta de todo linaje de aflicciones y quebrantos. Es, pues, ésta materia que abraza á todos los hombres, ya que todo hombre vive poco y siempre lleno de toda clase de trabajos.

Considera, pues, que el primer fruto de la Cruz de Cristo y de los dolores de María, fué haber ennoblecido las penas. Porque recuerda primeramente lo que era la cruz antes de que María se abrazase á ella. Servía de afrentoso patíbulo donde expiaban sus culpas los criminales más abyectos; ahora es la se-

ñal victoriosa que domina al mundo y que brilla, con incomparable grandeza, sobre la corona de los reyes. Análoga cosa ha acontecido con la cruz espiritual de los cristianos, que es el dolor. Todas las penas eran como un recuerdo y una cicatriz del pecado; pero al contacto de las llagas del Salvador y de los dolores de María, como aguas que pasan por una mina celestial, adquirieron un valor superior á todas las riquezas del mundo. Porque así como el Verbo Eterno al tocar las aguas del Jordán les comunicó virtud divina de lavar y de purificar las almas, así la pasión de Cristo y los dolores de María dieron á las tribulaciones una virtud más que humana. Por eso los Apóstoles y todos los santos iban alegres al sacrificio y á la muerte, considerando que así como en el cielo el que se halla más cercano al trono del Salvador participa más de su gloria, del mismo modo en la tierra el que está más cerca de la cruz, que es su trono, es más estimado y honrado de Dios.

Y si esto hicieron los santos, á nosotros, pobres pecadores, que no podemos gloriarnos de cosa alguna, sólo nos queda el recurso de gloriarnos en la tribulación, aceptándola como el mejor título de nobleza que puede ostentar un cristiano. ¿Qué dice á eso nuestro corazón, acostumbrado á mirar con horror todo lo que envuelva en sí la idea del sufrimiento? ¿No es, acaso, que somos indignos de vestir la librea de Jesucristo y de llamarnos hijos de la Madre del dolor? Animémonos á recibir en adelante las tribulaciones como beneficios del cielo, y si la naturaleza corrompida levanta el grito protestando contra el dolor, reduzcámosla á la obediencia con la consideración de que ya las penas dejaron de ser padrón de ignominia para convertirse en ejecutoria, no ya de nobleza humana, sino de grandeza divina.

Considera además, que así como el madero de Moisés endulzó las aguas amargas del Mara, y las fieras pierden su nombre cuando se las domestica, así las

penas más crueles al pasar por el corazón de María perdieron su amargura y se dulcificaron, hasta el punto de que los mártires llamaban rosas á los carbones encendidos, gozo al dolor y vida á la muerte; y lo mismo han hecho todas las almas santas, para las que una vida sin cruz, siempre ha sido la mayor de las cruces. ¡Hasta cuándo, pues, nosotros seremos niños en la virtud, no amando otra cosa más que lo que deleita! ¡Cuándo, á la vista de los dolores de María, comenzaremos á avergonzarnos de correr hacia los placeres y de rehuir las tribulaciones, endulzadas por la espada del dolor que traspasó el corazón purísimo de la Madre del Verbo Eterno!

Hemos de considerar, por último, que los dolores de María han hecho necesarias las penas. Aquel mar de aflicción de Jesús y de María no ha tenido por objeto sólo redimirnos, para lo que bastaba un suspiro del Verbo Encarnado. Su fin ha sido enseñarnos á padecer é indicarnos el camino del cielo, que no es otro que el del Calvario; darnos á entender la necesidad y conveniencia de la expiación por el derramamiento de sangre, como el gran manantial de todo mérito, como crisol de las virtudes; porque si Cristo y María padecieron, todo cristiano debe seguir sus pisadas. Por eso, quien rechaza el dolor, es indigno de los excesos de amor de Jesús, ni es soldado digno del capitán que dijo: Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de ser mi discípulo. Ni está bien tampoco que yendo María al Calvario para abrazarse con la cruz, donde expiraba su divino Hijo, vayamos nosotros á lugares de placer, volviendo la espalda á nuestra Madre.

Coloquio.—¡Oh Virgen de las vírgenes, con cuánta razón podemos desde hoy llamaros Mártir de los mártires, pues como á todas las vírgenes excedisteis en la flor de la virginidad, así á todos los mártires excedéis en el fruto del martirio! Mártir sois desde ahora en el deseo fervoroso de padecer todos los

tormentos de muerte que vuestro Hijo padecía, y mártir también por los terribilísimos dolores que os profetizó Simeón, bastantes para daros la muerte, si vuestro Hijo no os conservara la vida. ¡Oh, quién pudiera acompañaros en este modo de martirio! Alcanzadme ¡oh Reina de los mártires!, que tenga en él alguna parte, martirizando mi carne con penitencias, y mi espíritu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazón á la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificasteis Vos, y aprendiendo á vuestro lado la ciencia divina de la cruz.

Propósitos.—Saca de esta meditación saber llevar con gozo, ó al menos con perfecta resignación, las pruebas, tanto espirituales como materiales, con que el Señor se digna visitarte.

19 DE ENERO

De tres divinas cualidades atribuidas á Cristo N. S. en el cántico de Simeón.

Preludios.—Imagínate al santo anciano Simeón, que por inspiración del Espíritu Santo vino al templo, y tomando al Niño en sus brazos, entonó un cántico de gracias y profetizó las grandezas de Cristo S. N. Pide tú tener el mismo fervor y la misma fe de Simeón, cuando tengas en tu corazón el Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO I

Jesucristo N. S. es la luz del mundo.

Considera cómo el santo y venerable anciano Simeón, teniendo en sus brazos al Hijo de Dios, y penetrando con la luz que le infundió el Espíritu Santo en la gloria reservada á aquel Niño prodigioso, enagenado de admiración, de alegría y de amor; extático ante la grandeza divina que veía á través de la humana hermosura de Jesús, prorrumpió en un cántico breve, pero admirable, en que alabó y ensalzó tres cualidades excelentes de Cristo, S. N., á saber: que este divino Jesús es la salud de todos los pueblos, la

lumbre de las naciones y la gloria de Israel. Por lo primero, quiso demostrar que Jesucristo es el salvador común de judíos y de gentiles; por lo segundo, que es salvador de los infieles, á los que da la lumbre de la fe, que antes no tenían, y por lo tercero, que Jesucristo santifica á los buenos, comunicándoles gracia y bienaventuranza.

Considera, en primer lugar, cómo Jesús S. N. es la verdadera lumbre de nuestras almas y cómo sin El el mundo yacería en tinieblas, y con cuanta razón dijo de sí: *Yo soy la luz del mundo*. Por esto la Iglesia nos da, en el día de la Purificación, velas benditas y brasas que nos hagan recordar la luz interior de la fe y el fuego de la caridad que el Hijo de Dios ha traído á este mundo. En la vela se distinguen la cera y la luz; la cera es símbolo de la virginidad purísima de María, de la cual brotó la carne inmaculada del Salvador; y la luz representa la divina Persona del Verbo Eterno, que es la lumbre de Dios, increada é inextinguible. La vela se consume alumbrándonos y sirviéndonos, del mismo modo que el Hijo de Dios ha empleado toda su vida y su sangre por entero, hasta la última gota, por nuestra salvación. Con una vela encendida encendemos otras muchas, sin que la primera pierda nada de su brillo, y del mismo modo el Hijo de Dios enciende en su divina luz y en su amor y celo á sus santos, á sus apóstoles y profetas, sin perder ni un sólo rayo de su divina claridad.

En Jesucristo, pues, lumbre inextinguible, hemos de encender nuestras almas, si queremos que ardan con el santo fuego de la fe y de la caridad; pero recordemos que el hilo arde porque está metido dentro de la cera, y que sin la cera no puede alumbrar, y que del mismo modo el fuego de la caridad no se conserva, sino está unido á Jesucristo en un cuerpo puro y casto, y la castidad, como todas las demás virtudes, no vive ni merece delante de Dios, sino animada y vivificada por las llamas del amor.

Jesucristo es además la luz del mundo, porque es el único Maestro que nos enseña el camino de la verdad y del bien; porque enciende por su gracia, en nuestras almas, la luz de la fe; porque es el Sol divino que alumbra nuestros pasos con la lumbre de su divina palabra y sus maravillosos ejemplos, de modo que sólo caminan á la luz del día los que van tras El, y los demás viven, como los que siguen al mundo, al demonio y á la carne, en perpetuas tinieblas. Eramos, dice el Apóstol, tinieblas y ahora luz en el Señor. Andemos, pues, como hijos de la luz, y los frutos de la luz son toda bondad, justicia y verdad, no tomando parte en las obras tenebrosas (1). La luz divina nos hará conocer á Dios y en Dios todas las cosas. Mira si tú vives de esa luz ó más bien de las máximas tenebrosas del mundo, y pide al Señor que no se retire nunca de tu entendimiento, porque en seguida se haría noche en él, como se hace noche en el mundo, cuando se retira Jesucristo.

¡Oh amantísimo Salvador, que alumbráis á todos los hombres que vienen al mundo, no me dejéis á mí en las tinieblas, dadme la luz de una viva fe y el fuego de ardientísima caridad y de todos los dones de la gracia á fin de que alguna vez pueda yo veros claramente en la luz de la gloria!

PUNTO II

Jesucristo S. N. es la gloria de Israel.

Considérese, en segundo lugar, que Jesucristo es la verdadera gloria de Israel, ya porque es un supremo honor para los judíos que el Salvador del mundo haya nacido de su raza, ya porque todas las maravillas con que Dios ha significado y engrandecido á esta nación, fueron hechas en consideración á Jesucristo S. N., que es la gloria de Dios, la gloria de los án-

(1) Eph., 5.

geles, la gloria de los hombres, la gloria y ornamento del universo.

Pondérese aquí qué locos son los mundanos y los pecadores que se vanaglorian de su poder y de sus riquezas, cuando sólo en Cristo S. N. está la verdadera gloria, puesto que el honor para el cristiano dimana de conocer á Dios que es la Verdad, y á Jesucristo su Hijo, que es la Vida.

Pero mira que á esta gloria, que nos ganó Cristo, se va por caminos muy distintos de la gloria humana. A ésta se va por senderos floridos; á aquélla sólo por el de la cruz de Cristo. Mira, pues, qué caminos llevas, en qué quieres gloriarte, y cuáles son tus aspiraciones. La gloria de la tierra, que consiste en la nobleza, en el oro, en la sabiduría, en la alta fama y demás vanidades, que deslumbran á los mortales, no tiene en sí valor alguno, y pasa como nube ó se disipa como un sueño. No es así la que Jesucristo ganó para su pueblo y para sus escogidos con su sangre preciosa. Se funda nada menos que en la participación por la gracia de la misma naturaleza divina, en darnos títulos de hijos de Dios y de herederos de su gloria, en hacernos participantes de todos sus derechos, merecimientos y grandezas, de modo que seamos hermanos de Cristo y así nos llame El, no contentándose con llamarnos siervos y amigos suyos. ¡Qué son las glorias de la tierra, qué las grandezas de los tronos en comparación de esta gloria, que es además, si por nosotros no queda, no deleznable y transitoria como las mundanas, sino eterna como Dios, y en cierto modo infinita, como la visión beatífica!

Mira si pones en Jesús, en su amor y servicio, en seguir sus ejemplos y doctrina toda tu gloria, ó si más bien, lleno de las máximas y vanidades del mundo, la pones en lo terreno y transitorio, en lo que dura tan poco ó menos que la vida, y que por consiguiente, es humo, vanidad y nada. Gloríate,

pues, sólo en Jesús, en ser suyo; gloríate en asemejarte á El, despreciando todo lo que no sea Jesús; gloríate como san Pablo, en su cruz y en sus tribulaciones, en la imitación de sus virtudes; porque toda carne y toda gloria humana es heno y sólo Jesucristo y su cruz, detrás de la que va la gloria, permanece por siempre jamás. Mira al interior de tu corazón á ver si allí está la cruz del Salvador ó más bien los ídolos de pasiones humanas.

¡Oh Dios, que sois la gloria de Israel! Yo sé que habitáis en un lugar santo, y que toda iniquidad os es aborrecible. Todos los justos esperan en Vos, y Vos habitaréis en ellos por los siglos de los siglos; todos los que os aman serán glorificados en Vos, porque Vos sois la única gloria del justo. Señor y Redentor mío: Vos sois también mi protector y mi gloria; en ser vuestro cifro mi grandeza, despreciando por completo toda gloria, que no consista en conoceros y amaros.

PUNTO III

Jesucristo, S. N., es la salvación de todos los pueblos.

Considera, en tercer lugar, que Jesucristo, Señor nuestro, es la salud de todos los pueblos. Su Padre lo envió al mundo para ser la redención de las naciones y la causa universal de la salud de todos los hombres. «He aquí (dijo el profeta Isaías) que yo te he constituido para que seas luz de las naciones, y mi salud hasta las extremidades de la tierra».

Pondérense las palabras del anciano Simeón: «Mis ojos han visto la salud que has aparejado ante la faz de todos los pueblos». Este divino Salvador está delante de nosotros, se presenta á nuestros ojos, se ofrece á nosotros para salvarnos. Si nosotros queremos, hará de nosotros hombres espirituales y santos; porque El lo desea, lo quiere, lo puede hacer, y lo hará, en efecto, si nosotros no le oponemos ningún obstáculo.

Es, además, la salvación de Israel y de todos los pueblos, porque sólo su sangre los redime, su doctrina los salva, sus mandamientos los llevan por la senda de la felicidad y sus ejemplos los santifican. No hay otro nombre más que el suyo con el que los pueblos puedan ser salvos, y cuantos pueblos y cuantos hombres de El reniegan ó se separan, caminan, como lo vemos cada día, por los senderos de su perdición hasta el abismo de todas las desgracias.

En vano buscarán los pueblos quien los salve. Ni reyes, ni sabios, ni políticos, nadie los podrá salvar fuera de Jesús, o de quien confiesa, ama y defiende á Jesús, y practique y haga practicar su santa ley, quien oiga su voz y siga su doctrina. Porque no se ha dado á los hombres otro nombre en el que puedan ser salvos, sino en el de N. S. Jesucristo (1). Fuera de él, tinieblas de errores en el entendimiento y toda suerte de vicios y de pecados en el corazón. Y así como para redimir al mundo é iluminarle con la luz de su doctrina y salvarle, fué preciso que viniera Jesucristo, así para que vivan en santidad y justicia hace falta la doctrina de su sagrado evangelio.

Coloquio.—¡Oh Jesús, gloria mía y lumbre mía! ¡Oh autor de mi salvación! ¿Qué os diré yo á la hora de la muerte si me hallo desnudo de virtudes y privado de vuestra gracia? ¿Qué excusa podré alegar, y qué he de responder cuando me preguntéis, por qué no me quise salvar, por qué no quise coadyuvar á vuestra voluntad soberana? Sé, tú, Jesús mío, mi luz, mi gloria y mi salvación para que no se malogre en mí el fruto de tu sangre divina.

Propósitos.—Anteponer á toda sabiduría la ciencia de la salvación, y á toda gloria la de ser hijo de Dios, y gloriarnos sólo como el Apóstol en la cruz y en el amor de N. S. Jesucristo.

20 DE ENERO

De la huída á Egipto.

Preludios.—Oye al Angel del Señor intimando á san José la orden de huir á Egipto; contempla la resignación, fe y obediencia de la Sagrada Familia, y pide saber imitar tan maravillosas virtudes.

PUNTO I

La orden del ángel á san José.

Considera las palabras con que el ángel del Señor declaró el mandato de nuestro Señor, las cuales fueron graves, breves, imperiosas y con circunstancias muy convenientes para probar la obediencia del Santo á quien se decían; porque de esta manera suele Dios mandar á los varones perfectos, para ejercitarlos y para que den muestras de su obediencia, así como otro ángel usó de semejantes palabras en la obediencia que intimó á Abraham de salir de su tierra y de sacrificar á su hijo Isaac. Y á esta causa no entra usando de circunloquios ó preámbulos, de que comunmente usa el mundo, ni rogando, sino mandando: *Levántate*—dice,—*toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto y estate allí, hasta que otra cosa te diga.*

En estas palabras se han de ponderar las circunstancias que hacían dificultosa esta ordenación. Lo primero, intimóse de noche, estando san José durmiendo y descansando, cuando los hombres suelen tener más horror al trabajo; para significar que en medio de los descansos hemos de estar preparados á los trabajos, y en todo tiempo hemos de estar á punto para dejar el reposo, cuando Dios mandare que lo dejemos, para obedecerle en otra cosa, como hizo con Samuel llamándole tres ó cuatro veces de noche, y haciéndole levantar del lecho en que dormía, para ejercitarle en la obediencia y en la abnegación de su propia voluntad.

Lo segundo, le mandó el ángel tomar á solo el Niño benditísimo y á su Madre, para poder huir y escaparse más libremente del intento del rey Heródes. Es figura de lo que debo hacer cuando Dios me manda huir del mundo y del pecado, dejando todas las cosas temporales que me pueden trabar, contentándome con llevar conmigo á solo Dios, porque si llevo al Niño Jesús y su Madre, ¿qué me faltará? ¡Oh Jesús dulcísimo!, huir contigo no es trabajo; dejarlo todo, quedándote Tú conmigo, no es tormento; porque teniéndote á Ti, donde quiera estaré gustoso, y en todo lugar estaré rico. ¡Oh alma mía!, toma al Hijo y á su Madre, poniéndote debajo de su protección y sirviéndoles muy de veras; porque donde están los dos, no hay soledad, y cuando ellos acompañan, no hay peligro.

Lo tercero, le señaló la provincia adonde había de ir, que era Egipto, tierra de bárbaros y enemigos de los hebreos, porque gusta Dios de que sus escogidos, moren donde El quiere y no donde ellos por su vano antojo desean, persuadiéndose que adonde Dios les pusiere estarán seguros; y al contrario, quizá donde ellos desean, estarán con gran peligro, aunque les parezca lugar seguro; porque la verdadera seguridad del alma no la da el lugar, ni el rincón, sino la protección de Dios, y con su protección estaré seguro en Egipto por su obediencia, y sin ella pereceré en Israel por mi propia voluntad.

Lo cuarto, dejóle suspenso cuanto al tiempo que había de estar en Egipto, diciéndole: *Estate allí hasta que te diga otra cosa;* porque no gusta Dios que nosotros señalemos el tiempo que han de durar las cosas que El dispone, especialmente en materia de trabajos y desconsuelos, sino que quiere que le dejemos el cargo de esto, resignándonos á estar donde El quiere todo el tiempo que El quisiere; pues mucho mejor sabe Dios lo que nos conviene que nosotros. Y desea grandemente que nos fiemos de su

providencia y gobierno. ¿Pues qué cosa puede ser más segura y acertada, que perder yo el cuidado de mis cosas, si Dios y sus ángeles se encargan de ellas?

Lo quinto, dióle razón del mandato que le ponía, diciendo: *porque Herodes ha de buscar al Niño para matarlo.* En lo cual confirma el cuidado que tiene de los suyos, atajando los peligros antes que vengan, é inspirando el medio que han de tener para librarse de ellos. Verdad es que otras veces nuestro Señor manda algo á sus siervos, sin darles razón de lo que manda, como á Abraham en los casos referidos, para que aprendan á obedecerle, no por razones, ni comodidades propias, sino puramente porque El lo manda; porque como la fe no estriba principalmente en razones, sino en la revelación de Dios, pero supuesta la divina revelación, ayudan las razones para creer con más suavidad y fortificarse más en la fe, así también la perfecta obediencia no ha de estribar principalmente en más razón que mandarlo y quererlo Dios; pero supuesto este principal motivo, algunas veces da nuestro Señor razón de lo que manda, como la dió á san José, para que se le obedezca con más suavidad; y si no alcanzare á entender la razón, he de rendir mi juicio á ella, como este Santo lo hizo, según luego veremos.

De estas consideraciones he de sacar, si deseo ser perfecto, mostrarlo en tener tal disposición, que puedan mandarme los superiores y confesores lo que juzgaren conveniente, con el modo que quisieren, sin recelo de que faltare en lo que me encargaren.

PUNTO II

De las virtudes que ejercitó la Sagrada Familia en la huída á Egipto.

Considera cómo tuvo el bendito san José gran rendimiento de juicio, sujetándole sin réplica á la divina ordenación; y aunque pudiera alegar que por

otras vías más suaves podía librar al divino Niño ó á lo menos, que habiendo de huir, no fuese á Egipto, sino á Arabia ó Samaria, nada de esto replicó, sino rindió su juicio y calló, venerando la divina ordenación sin hacer pregunta ninguna, ni dar muestra de curiosidad, en querer saber más de lo que el Angel le decía.

Después medita en su grande despego de todo lo terrenal en cosa tan áspera, como era dejar su tierra y casa, y la comunicación de los suyos, y salir como desterrado á tierra extraña con grande pobreza; pero con todo eso, gustó más de cumplir la divina voluntad, dejando la propia, con más perfección que Abraham; el cual, aunque salió de su tierra y parentela por obedecer á Dios, pero llevaba consigo gran muchedumbre de criados, con muchas riquezas y bienes temporales.

Además, fué puntual y presto en lo que le mandaban; porque no se detuvo á proseguir el sueño lo restante de la noche, sino luego se levantó, y dando parte de la revelación á la Virgen santísima, se pusieron en camino, dejando lo que tenían allí; y salieron de noche para cumplir con más perfección la obediencia de huir con secreto, porque para esto es más á propósito la noche.

Luego pondera el gozo y contento con que caminaban sus jornadas, aunque trabajosas y largas, sin comodidades temporales, pero no las sentían, por la grandeza de la alegría interior, la cual estribaba en dos cosas. La primera, en que era la voluntad de Dios N. S., la cual tenían por sumo consuelo. La segunda, en que llevaban consigo á Jesús, y esta compañía bastaba para consolarlos en cualquiera soledad y desamparo, sin divertirse á mirar, ni procurar otros alivios que suelen buscar los caminantes. ¡Oh Dios omnipotente, que tal obediencia diste á esta Sagrada Familia!, por sus merecimientos te suplico me ayudes, para que te obedezca con rendimien-

to de juicio, con prontitud de voluntad, con presteza en la ejecución y con alegría de corazón, por sólo cumplir tu voluntad, fiándome de tu providencia, que tendrá de mí cuidado, si de este modo te obedezco.

PUNTO III

La Sagrada Familia en Egipto.

Considera cómo Jesús, su Madre santísima y san José, estuvieron en Egipto hasta la muerte del tirano Herodes, que fueron cinco años, ó tal vez siete, y las cosas señaladas que en este tiempo pasaron.

La primera es la grande pobreza con que allí vivían, pero muy alegres, sustentándose del trabajo de sus manos, en pobre casa y entre gente bárbara y extraña, llevando todo esto con sumo gozo por ser ésta la voluntad de Dios que moraba con ellos. De aquí procedía la gran quietud que tenían, de modo que ni deseaban la muerte de Herodes, ni se congojaban con la dilación de su vuelta, remitiéndolo todo á la divina Providencia.

Y como eran tan celosos de la gloria de Dios, vivían allí en continuo dolor, por las idolatrías de aquella gente, y su perdición: de modo, que de cada uno se puede decir lo que san Pedro dice de Lot, cuando estaba en Sodoma, que *era justo en el mirar y en el oir, viviendo entre aquellos que cada día atormentaban su santa alma con malas obras.* Así, es de creer que la Virgen santísima y san José, estaban atormentados en su espíritu con los pecados de aquella gente; pero siempre en medio de ellos conservaban su pureza y santidad, resplandeciendo como las lumbreras del cielo en medio de aquella nación mala, probándome que si vivo con Dios y soy fiel á Dios, puedo ser santo y conservarme puro y sin pecado en medio de los libertinos y pecadores. Y es de creer, que la santidad, modestia y conversación celestial de la Virgen nuestra Señora y de san José, ablandarían los corazones de aquellos bárbaros, y les cau-

sarían admiración y respeto; y algunos con su ejemplo se convertirían á Dios y acudirían á favorecerles con limosnas y dádivas, las cuales aceptarían como pobres para su sustento. ¡Oh, quién se hallara en este destierro para acompañar y servir al Niño y á la Madre!

Coloquio.—Ayudadme, Dios mío, con vuestra gracia, para que en mi destierro viva con alegría, conformándome con vuestra voluntad y dando buen ejemplo á los que conmigo vivieren, para que muchos por mi medio os sirvan con perfección. Concededme, además, oh Dios obediente y humilde, que me sujete á toda humana criatura por vuestro amor, obedeciendo á lo que me mandareis por medio de los hombres, como sois en el cielo obedecido de los ángeles, cumpliendo vuestra voluntad en la tierra con el fervor con que se cumple en el cielo.

Propósitos.—Vivísima fe y confianza en la Providencia del Señor: y en las calamidades públicas, lo mismo que en las pruebas personales, mirar siempre la mano de Dios que nos castiga y purifica.

21 DE ENERO

De la obediencia de Jesús, María y José en la huida á Egipto.

Preludios.—**Mira á la Sagrada Familia caminando por los desiertos de Egipto con maravillosa modestia, fe y confianza en Dios, y pide al Señor gracia para imitarlos en su obediencia.**

PUNTO I

Obediencia de Jesús, santísima en sus motivos.

Aunque la orden que recibió san José del cielo y por el ministerio de un Angel, de huir á Egipto con Jesús y María, no se dirigía inmediatamente al divino Niño, no obstante hablaba principalmente con Jesús. Y porque este Dios-Niño tenía entero conocimiento de todo lo que pasaba, se puede considerar esta huída

tan pronta y tan maravillosa, como efecto de su obediencia.

Considera que en su principio fué una obediencia santísima; pues se fundaba en una perfecta conformidad con la voluntad de su Padre, á quien sólo quería agradar, y en quien únicamente confiaba. Miraba Jesús á su Padre, no sólo en el Angel enviado del cielo, sino también en san José, á quien había hablado el Angel, y quien debía ser en esta ocasión el agente y ministro de Dios. Dejóse, pues, conducir, y no tuvo otro afecto que el de una filial sumisión y de un pleno abandono en manos de la Providencia, y de aquellos que estaban encargados del cuidado de su persona. Semejante á esta debe ser la obediencia cristiana. No hay cosa más santa que los principios sobre que está fundada; porque lo está sobre el acto más heroico de fe, sobre el acto más excelente de confianza, y sobre el acto más perfecto de caridad.

Acto de fe el más heroico, pues para obedecer como cristiano, he de creer que reside la autoridad de Dios en mis superiores, y que les ha sido comunicada por el mismo Jesucristo; de suerte que esta comunicación de autoridad debe ser para mí tan cierta, como si yo mismo hubiera presenciado esta comunicación. Debo creer, además, que sujetándome voluntariamente y de grado á esta jurisdicción divina y humana, es Dios el que me gobierna por medio de cuantos tengan sobre mí legítima autoridad, y estoy obligado á obedecerlos, no en cuanto son hombres como yo, sino en cuanto tienen para mí el lugar de Dios, que me declara por boca de ellos su santísima voluntad; y porque esta autoridad subsiste en sus representantes, á pesar de las imperfecciones de los que me mandan y á pesar de sus fragilidades y de las contradicciones de mi espíritu y repugnancias de mi corazón; de aquí el que con todo esto deba subsistir en mí el mismo acto de fe; y que no obstante las faltas que descubra en el superior, debo respetarle siempre

igualmente, ó por mejor decir, debo venerar á Dios en mis padres, confesores y superiores.

Acto excelentísimo de confianza; porque si no me guío más que por la luz natural, podré frecuentemente temer no yerre, siguiendo las órdenes de mis superiores; pero, obedeciendo, espero que Dios, movido de mi dócil sumisión, les inspirará lo que me conviene; que no permitirá que me pierda siguiendo el camino que me señalaren; que me librará de todos los peligros; y que supuesto que ellos se hubieran engañado, á mí no me pedirá Dios cuenta de su yerro: en fin, que Dios aceptará gustoso y me premiará lo que hiciere, si lo ejecutare con verdadero espíritu de obediencia cristiana.

Acto perfecto de caridad, porque el mayor sacrificio que puedo hacer á Dios es el de mi voluntad; y sólo el amor puro de Dios puede hacer que me despoje de mí mismo y de lo que tengo más precioso entre los bienes naturales, que es mi libertad. ¡Qué consuelo para un alma obediente! Pero al contrario, cuando me muestro rebelde á las órdenes de mis superiores, lo mismo en el orden espiritual, que son en la Iglesia el Papa, los Prelados, mis confesores y directores, que en el temporal, que son mis padres, y cuantos sobre mí tienen alguna legítima autoridad, ¡qué desórden y cuántos motivos tengo de temer! *No eres tú*, decía Dios á Samuel, hablando de los judíos, que pedían ser gobernados por otro, desechando al Profeta: *No eres tú, á quien ellos han desechado: á mí mismo me desecharon.* De la misma suerte, desobedeciendo al Superior, desobedezco al mismo Dios, me levanto contra el mismo Dios, y me aparto de El con la voluntad y con las obras.

Deduce de aquí y saca gran vida de fe y acostúmbrate á ver siempre á Dios en quien te manda con autoridad y justicia. Así te elevas y engrandeces, y tu obediencia será cristiana, noble y, sobre todo, meritoria.

PUNTO II

Obediencia penosísima en su ejecución.

Considera que si la obediencia de Jesucristo fué santa en su principio, fué penosísima en la ejecución. ¿De qué se trataba? De dejar desde los primeros días de su nacimiento su propio país, y ser llevado á un país extranjero; de exponerse, niño y tan tierno, á las fatigas y peligros de un áspero viaje; de partir en la misma noche en que se había dado la orden á san José, y ponerse en camino sin dilación, sin disposición y sin provisión alguna; de ir á Egipto, en medio de un pueblo infiel y enemigo de los judíos; de vivir allí oculto y desconocido, con extrema pobreza y absoluta necesidad de todas las cosas: en fin, de morar allí hasta que la Providencia le sacase, porque el ángel no señaló para esto otro tiempo ni puso otro término. ¡Qué prueba! Jamás la obediencia del cristiano, ni aun del religioso, tuvo semejantes dificultades que vencer.

No obstante, el Padre, la Madre, el Niño, toda la santa Familia, obedecen sin tardanza, sin excusas ni representaciones. Si se mira esto según la razón humana, por la cual me gobierno muy ordinariamente, habría mil razones que oponer á una obediencia tan pronta y tan rigorosa. ¿Cómo podría un niño, aún en la cuna, sufrir tal jornada? ¿Cómo se le podría llevar en medio de las tinieblas y entre tantos riesgos, como habría en el viaje? ¿Dónde se hallaría con qué mantenerse? ¿Y no podría Dios salvarlo de otra suerte de la persecución de Herodes? Ved aquí cómo discurre la razón humana: y yo mismo ¿no he discurrido así en muchas ocasiones en que no se trataba de cosas tan difíciles? El menor esfuerzo me espanta, la menor dificultad me detiene, todo me parece imposible, y siempre tengo pretextos que alegar ó de debilidad, de enfermedad y de aversión ó de otra cosa. Si el supe-

rior no piensa como yo, si reprueba mis ideas, si me humilla en mi amor propio, si no se rinde á mis representaciones y juzga que no debe atenderlas, esto basta para turbarme y para volverme contra él: le miro como un hombre intratable, y su fortaleza, por sabia que sea, me parece rigor y dureza, y hasta pongo en duda su autoridad sobre mí. ¿No me he explicado muchas veces en estos términos, ó á lo menos no lo he pensado así?

Lo más extraño en esto, y lo que no puedo reprender bastantemente, es que la mayor parte de las cosas de que murmuro con tanta amargura y contra las cuales grito, no me parecerían insufribles, si no me las mandase la obediencia. Si las dejase á mi libertad, ó si en vez de mandármelas la Iglesia ó mi confesor, me las mandase el mundo, la moda ó mi capricho, entonces vería que no eran sobre mis fuerzas y las haría gustosamente. Si quiero juzgarme con sinceridad, este es el estado de mi corazón, y esto es lo que he podido notar en una infinidad de ocasiones. ¿Cuánto me facilitaría y aún endulzaría el cumplir con mi deber un verdadero espíritu de obediencia? Este espíritu es el que me falta. Con espíritu de obediencia no hay victoria alguna que no pueda yo conseguir; sin él no hay cosa tan ligera, como pasa á los cristianos tibios, que no me parezca yugo insoportable.

Cuando el Hijo de Dios obedece á su Eterno Padre, alejándose de su patria y retirándose al país de los idólatras, tiene en su corazón tal disposición que está dispuesto ya á obedecer *hasta la muerte de Cruz*. Si mi obediencia fuese tan perfecta, como debía ser, esta sería también la disposición en que habría de estar mi corazón. Pero ahora no se trata de padecer la muerte por sujetarme á la obediencia, pues no tengo ocasión para ello; pero lo que no puedo hacer ahora por falta de ocasiones, debo estar dispuesto á ejecutarlo si se ofreciere. ¿Puedo creer que estoy preparado á padecer la muerte, cuando la obediencia

en las cosas muy pequeñas me causa tanta pena? ¿Tengo razón de quejarme de las órdenes que me dan, y de la leyes que se me imponen? ¿He obedecido hasta derramar mi sangre y hasta el sacrificio de mi vida?

PUNTO III

Obediencia provechosísima en sus efectos.

Considera que la obediencia de Jesucristo produjo efectos maravillosos. Jamás hubo obediencia más provechosa. Porque Este divino Salvador llevó consigo las gracias de salvación, que santificaron á Egipto y se derramaron después por tantos años en tantos solitarios y penitentes de que se llenaron aquellos desiertos, y cuya vida angélica fué la edificación y admiración de todo el mundo cristiano. Además, su huída á Egipto lo preservó del furor de Herodes y lo libró de la violencia de este perseguidor, que lo buscaba para matarlo: de suerte que, á pesar de todas las astucias de aquel rey bárbaro é impío, se libró Jesús por medio de su obediencia de la horrible matanza en que Herodes le quería envolver entre tantos inocentes.

Si yo comprendiese todas las ventajas de la vida cristiana, estaría tan lejos de mirar la sujeción á que me reduce, como yugo pesado, que me sujetaría con gusto, y no querría hacer cosa alguna que no fuese ordenada por la obediencia. La obediencia es la que da valor á todas las acciones, aun las más indiferentes. Aunque lo que hago sea bajo y servil, mi obediencia lo consagra y le da carácter de santidad. La obediencia es la que atrae sobre nosotros las gracias de Dios. Desde el instante en que obro por orden del Señor, lo que ejecuto es obra suya: y por eso se halla empeñado en concederme sus auxilios y en recompensar mi fidelidad: de aquí es que las empresas en que nos ocupamos con la bendición de nuestros Prelados y confesores, son comunmente las que Dios

bendice y las que salen mejor, ya sea para la edificación y el bien del prójimo, ya sea para nuestro propio aprovechamiento y consuelo.

Esta obediencia es también la que nos preserva del enemigo más peligroso que debemos temer en el camino de la salvación y de la perfección, que es nuestra propia voluntad. Como esta es ciega é inclinada por su naturaleza á la libertad, necesita de guía que la conduzca, y de freno que la detenga: la obediencia le sirve de uno y otro, teniéndola estrechamente unida con la voluntad de Dios. Debajo del gobierno y dirección de esta divina voluntad siempre santa, estoy seguro; porque no me puedo perder mientras ando por el camino por el que Dios me llama y él mismo me ha señalado. No hay, pues, virtud menos sospechosa ni más sólida que la que se funda en la obediencia; cualquiera otra virtud que se oponga á ella, no es más que virtud aparente y pura ilusión y en realidad orgullo y amor propio.

¿Son estas las razones que me mueven á obedecer á mis superiores? Pero no, que es tal mi poca virtud que si disponen de mí de modo conforme á mis deseos, y si en las órdenes que me dan y en los ministerios en que me emplean, encuentro medios de lisonjear mi vanidad, entonces me agrada la obediencia; pero cuando no puedo sacar otro fruto de la obediencia que adquirir delante de Dios nuevos méritos y procurarme mayor abundancia de bienes espirituales; cuando no veo en ella más que alguna ocasión favorable y algún medio eficacísimo de quebrantar mi voluntad, de sujetarla y librarme de sus errores y desvaríos, entonces no me gusta la obediencia. ¿Qué clase de obediencia es esta? Cuando pretendiere fines torcidos en obedecer, por justo castigo de Dios no hallaré lo que busco; y frecuentemente no encontraré más que motivos de pena y ocasiones de pecado.

Coloquio.—Señor y Dios mío, obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Enséñame á verte y obe-

decerte en mis Prelados y superiores. Yo quiero en todo imitar tus divinos ejemplos de obediencia, pero para ello necesito la simplicidad y docilidad de los niños; ya que ese fué el modelo que nos propusiste en tu Evangelio: su simplicidad en mi entendimiento, y su docilidad en mi corazón. Con la sencillez, pues, de niño no discurriré sobre lo que se me mandare: con la docilidad de niño no pondré dificultades y aun cuando en el secreto de mi corazón tuviere alguna repugnancia, obedeceré sin murmurar. Dame gracia para cnmplir estos deseos de mi alma.

Propósitos.—Miraré siempre en mis superiores á los representantes de Dios, oiré sus palabras y mandatos como si fuesen de Dios y así mi obediencia será no política ni servil, sino sobrenatural y perfecta.

22 DE ENERO

Degollación de los inocentes y vuelta de Egipto.

Preludios.—Contempla con los ojos de la imaginación aquella espantosa escena de sangre, y pide al Señor gracia para reprimir tu pasión dominante, que puede conducirte, como á Herodes, al abismo de los más horrendos pecados.

PUNTO I

Los Santos Inocentes.

Considera cómo el rey Herodes, temiendo que el Rey que los Magos anunciaron, no le quitase el reino, y viendo cómo ellos le habían burlado, mandó con gran crueldad matar á todos los niños de dos años abajo que hubiese en Belén y en su comarca.

En lo cual se ha de considerar cuán abominable es el vicio de la ambición y deseo de mandar, del cual se siguen tan atroces maldades, y la suma de todas, que es desear quitar la vida á Cristo para alzarse con su reino. Mira, además, cuán propio es de los ambiciosos ser suspicaces y tímidos, sospechando que otros les quieren quitar su grandeza, y temiendo donde no hay qué temer, como temió el tirano Herodes sin causa, porque Cristo Nuestro Señor no venía

á quitar reinos temporales, sino á dar los celestiales.

Meditaré luego el grande sentimiento que tendría Cristo Nuestro Señor en Egipto, viendo desde allá la muerte de los inocentes por su causa. Es de creer que el cuchillo que hería el cuerpo de cada uno de aquellos niños purísimos, traspasaba su alma con dolor de compasión por lo mucho que los amaba, padeciendo tantos martirios en su espíritu cuantos padecieron todos juntos en el cuerpo. ¡Oh Rey gloriosísimo de los mártires, que vences hoy en ellos y padeces con ellos!, compadécete de mi tibieza y ayúdame con tu gracia, venciendo en mí todo lo que es contrario á Ti.

Pondera el grande bien espiritual que se recreció á estos niños por la muerte temporal que padecieron, asegurándose por ella su eterna salvación; y así, fué providencia amorosa la que Cristo usó con ellos, aunque á costa de la vida del cuerpo, que vale menos que la del alma. Y en esta razón se alegraba Cristo Nuestro Señor de la gloriosa muerte de sus mártires, de la cual les resultaba tan gloriosa y eterna vida, cumpliéndose aquí lo que el santo Job dice de Dios, que se ríe de las penas de los inocentes, porque se recrea en los bienes que les vienen por ellas. ¡Ojalá, Dios mío, padeciese yo por vuestra causa, para que mis penas fuesen vuestras alegrías, arrebatándome como á estos niños, antes que la malicia mude mi corazón y el engaño trastorne mi alma, porque más quiero morir que vivir para ofenderos!

PUNTO II

Vuelta de la Sagrada Familia á la tierra de Israel.

Considera que dice el santo Evangelio que muerto Herodes se apareció el ángel á José en Egipto, y le dijo: *Levántate y toma al Niño y á su Madre, y vete á tierra de Israel, porque ya son difuntos los que buscaban al Niño para matarle.*

Considera lo primero, cómo Herodes, buscando á Cristo para matarle, murió sin salir con su intento, y murió desastrada muerte de cuerpo y alma; porque la justicia de Dios, aunque disimula, al fin castiga, y á los malos, aunque se les dilate la pena, al fin llega, y cuando menos piensan les coge la muerte, donde pagan todo su mal por junto. ¿Qué provecho le trajeron á Herodes su ambición y crueldad, y las ansias de conservar su reino? Todo lo perdió en un día, y con ello perdió su alma, llorando esta pérdida sin remedio, como lo lloran los demás condenados, que dicen: *¿De qué nos aprovechó la soberbia? Y la jactancia en las riquezas, ¿qué bien nos trajo? Todo se pasó como sombra, y ahora en nuestra maldad somos consumidos*, pagando la pena que por ella merecimos.

Pondera, además, la providencia de Dios en enviar luego su ángel á dar esta nueva á san José y alzarle el destierro, mandándole volver á su tierra. ¡Oh, qué confirmado quedaría en la confianza en Dios, y qué contento de ver el cuidado que tenía de ellos! De donde sacarás cuán seguramente puedes descuidar del suceso de tus cosas, arrojando tus cuidados en manos de Dios, en las cuales están todos los sucesos prósperos y adversos, tomando El á su cargo disponerlos como conviene para bien nuestro. ¡Oh Padre cuidadosísimo de tus hijos! Yo arrojo todos mis cuidados en ti, pues tú le tienes de mí. Uno sólo deseo tener: el deseo firme de servirte, para que tú le tengas de remediarme.

Por último, pondera que así en esta revelación como en la pasada, el Angel no llama á la Virgen por su nombre, ni dice: Toma á tu Esposa y al Niño, sino toma al Niño y á su Madre, para enseñarnos que el nombre más glorioso de esta Señora es ser Madre de Dios. Con éste le llaman el Angel y los Evangelistas, y la hemos de llamar nosotros, venerando la grandeza de tal nombre, y gozándonos de

él. ¡Oh Madre de Dios, sea para bien tal nombre, hacednos hijos dignos del que os tiene á Vos por Madre!

PUNTO III

La Sagrada Familia en Nazareth.

Medita cómo obedeciendo José al mandato del Angel, se partió luego para tierra de Israel, y temiendo ir á Judea, fué amonestado en sueños que fuese á Nazaret, para que se cumpliese lo que habían dicho los profetas, que Cristo se llamaría Nazareno.

Aquí se ha de considerar el sentimiento que tendrían los de aquella ciudad, donde la Sagrada Familia vivía, cuando se despidiese de ellos, por lo mucho que gustaban de su santa conversación, y porque es de creer que dejaría á muchos convertidos á la verdadera fe, y llenos de todo linaje de bienes y de gracias.

Meditaré, además, cómo san José en sus dudas acudía al remedio de la oración, teniendo siempre recurso á Dios, y cuán á punto estaba Dios para oirle y sacarle de sus dudas, sacando yo deseos de acudir también á Dios en las mías, con oración y confianza, porque si de verdad deseo acertar con la divina voluntad, Dios me dará luz para conocerla.

Admira la resignación de la Sagrada Familia en vivir en tierras extrañas y enemigas, sin quejas ni murmuraciones, sin preguntar por el fin de su destierro, dichosa en el padecer y tal vez en el hambre, porque hacía la voluntad de Dios; y aprende á encontrar la paz y la dicha en no querer más que lo que Dios quiere de ti.

Consideraré, por último, el nombre de Cristo Nazareno, el cual tomó de la ciudad donde fué concebido y criado, y quiere decir santo ó florido, significando por este nombre que había de ser Santo por excelencia, y Santo de los Santos, florido en todo género de

flores de admirables virtudes, y dedicado todo á Dios, sin ocuparse en esta vida mortal más que en las cosas del divino servicio, dándonos ejemplo de ser espirituales Nazarenos, esclarecidos en virtudes á su imitación.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús!, con todo mi corazón deseo, por imitarte, guardar las leyes de los espirituales hijos tuyos, apartándome de toda cosa criada, que me pueda embriagar con amor desordenado, y no tocando cosa muerta que pueda manchar mi alma, ni admitiendo en mi mente nada que abata los altos pensamientos y afectos de mi espíritu, conservándolos todos enteramente para tu servicio. ¡Oh Nazareno floridísimo y santísimo!, ayúdame á salir con mi pretensión, pues sin tu ayuda no puedo comenzarla, ni llegar al fin deseado de ella.

Propósitos.—Ponerse en todas las circunstancias, lo mismo prósperas que adversas en manos de Dios, viendo en ellas el corazón de un Padre amoroso, que por todos los medios quiere llevarnos á nuestra santificación y perfección.

23 DE ENERO

El Niño Jesús en el templo.

Preludios.— Contempla á la Sagrada Familia postrada ante Dios en el templo, y pide y procura imitar su devoción y piedad cuando estés en la casa de Dios.

PUNTO I

Espíritu con que iba la Sagrada Familia á Jerusalén á adorar en el templo.

Tenían costumbre san José y la Virgen santísima con su Hijo de subir cada año al templo de Jerusalén á celebrar la Pascua del Cordero. Meditemos sobre el espíritu con que subían estas tres sagradas personas á visitar la casa de Dios.

San José subía con espíritu de obediencia, porque la ley obligaba á los varones á subir tres veces al año

al templo de Jerusalén, especialmente á celebrar la Pascua principal del Cordero. La Virgen, aunque no obligaba esta ley á las mujeres, subía con san José por espíritu de devoción, por celebrar aquella festividad y glorificar á Dios en ella. El Niño Jesús subía por obedecer á sus padres, que querían llevarle consigo, y mucho más por espíritu de amor al Padre celestial, para glorificarle dentro de su templo; y todos tres iban con espíritu de agradecimiento, que era el fin de la ley, para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos. Por eso era maravillosa la santidad que mostraban en esta obra, grande reverencia á la entrada del templo de Dios, gran devoción estando en él, y grande espíritu en todo cuanto hacían; porque aunque tenían costumbre de hacer estas jornadas, no las hacían por sola costumbre, y como por rutina, sino cada vez con nuevo espíritu y sentimiento interior, como si aquella vez fuera la primera. Y en esto he de imitar á la Sagrada Familia, procurando guardar las buenas costumbres de la Iglesia y hacer costumbre en todas las cosas de virtud; pero de tal manera, que no las haga por sola costumbre y porque otros las hacen, sino con el espíritu que ellas piden.

Aprende del divino Niño y de sus santísimos padres á no enfriarte nunca en el servicio de Dios, ni decaer en tus prácticas piadosas, ni en tu primitivo fervor, sino ir siempre creciendo, como ellos, en el espíritu interior y en la perfección exterior de todo cuanto haces. Dite á ti propio lleno de confusión á la vista de tu creciente tibieza. ¿Por qué me he de cansar de servir á mi Dios? ¿Por qué servirle hoy con menos fervor que ayer? ¿Es acaso Dios menos grande, menos bueno, menos amable hoy, de lo que era ayer? ¿Es menos mi Criador, mi primer principio, mi último fin? ¿Jesucristo es menos mi Redentor, ó mi Salvador? ¿No tengo los mismos títulos, la misma dependencia, y la misma obligación de ser todo para

de una eterna bienaventuranza, si le sirvo con fervor y no debo temer el mismo castigo de una eterna infelicidad, si no lo hago? ¿Me amenaza hoy menos que ayer, con su maldición, si le sirvo mal, ó con tibieza? ¿Pues siendo Dios el mismo hacia mí, y no mudándose, por qué he de mudar yo, y he de aflojar en el fervor con que le servía?

No puede ser, Señor, sino efecto de mi flaqueza, y de mi inconstancia natural. Dadme gracia, fortaleza y constancia para empezar á amaros y serviros de nuevo y no cansarme jamás de emplearme en vuestra honra ya que Vos nunca os cansáis de hacerme beneficios.

PUNTO II

Por qué se quedó el Niño Jesús en el templo.

Considera, cómo el Niño Jesús, siendo de doce años, habiendo subido á Jerusalén con sus padres, y volviéndose ellos á Nazaret, se quedó en el templo, sin que ellos lo supiesen, ponderando algunas causas que tuvo para esto.

Lo primero, se quedó en el templo para significar cuán de buena gana estuviera siempre, cuanto era de su parte, en la casa de su Padre celestial, ocupándose allí en cosas de su servicio mucho mejor que el niño Samuel. Y este testimonio dió á los doce años, cuando los demás hombres comienzan á tener más perfecto uso de razón, para enseñarnos lo mucho que importa aficionarnos á estos ejercicios de virtud desde la tierna edad, y que los padres eduquen en el santo temor de Dios y en la práctica de la piedad á sus hijos, conforme al dicho de Jeremías: *Bueno es al varón llevar el yugo desde su mocedad.*

Lo segundo, con divina prudencia, no quiso pedir á sus padres licencia de quedarse solo en el templo, porque si quisieran quedarse con El fuera impedimento para ejecutar libremente lo que pretendía para gloria de su Padre celestial; y así determinó dejarlos

sin decirles nada, enseñándonos con este ejemplo dos cosas muy importantes: la primera, cuán descarnado estaba, y cuán descarnados hemos de estar todos de lo que es carne y sangre, y del amor carnal á los padres, amigos y conocidos, dejándolos, cuando fuere necesario, por atender con más cuidado á las cosas de nuestra alma, y para que entiendan los padres y los amigos que no hemos de estar con ellos más tiempo que lo que fuere voluntad de Dios.

La segunda, que cuando presumo que alguien en el mundo, padres ó amigos, me han de impedir el cumplimiento de lo que Dios quiere, ora sea por ignorancia ó buen celo, ora por malicia, y falso cariño, es mejor dejarlos sin decirles nada, aunque lo sientan y lloren y después me hayan de perseguir, atropellando todo esto con ánimo varonil, por hacer lo que Dios quiere, conforme á lo que está escrito: *El que dijo á su padre y á su madre, no os conozco, y á sus hermanos, no sé quién sois, ese guarda tu palabra y cumple tu santa ley.* De otra manera, me dirá Cristo, nuestro Señor: «*El que ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí.*»

De aquí he de sacar que si soy llamado por Dios á estado de perfección, he de responder luego á su llamamiento, por ser grande la merced y favor que en esto me hace; y resistirle es grande rebeldía é ingratitud y ocasión de grandes caídas, porque quizá nuestro Señor con su eterna sabiduría ha visto que este estado es el medio de mi salvación; y si le rechazo decirme ha, como á los convidados que no quisieron venir á su convite: que nunca más gustarían de su cena. Y lo que dijo al otro que dilataba seguirle: *Quien echa mano al arado y se vuelve atrás, no es apto para el reino de Dios.* Y así, con gran cuidado he de mirar si soy de los llamados; porque si consiento, será señal que soy de los escogidos, y si resisto, puedo temer que soy de los reprobados.

Eso fué lo que, sobre todo, pretendió Cristo, nues-

tro Señor, en aquella separación: enseñar á los que llama para que le sigan por los caminos de perfección, que la obediencia á Dios y el celo por su gloria deben siempre encontrarlos dispuestos á sacrificar lo que más quieran en el mundo. Los padres, de que Jesús se separaba, no podían ser más dignos de su divino afecto, y realmente El, el mejor de los hijos, los amaba con ternura; pero á pesar de esto, así que conoció la voluntad de su Padre, renuncia á las alegrías tan puras de la casa de Nazareth, y, sobreponiéndose á la pena, que le produce el dolor que les va á causar, deja á José y á María.

Anímate con este divino ejemplo al sacrificio, si Dios á él te llama, acordándote además de las recompensas que el Señor promete á los que todo lo dejan por servirlo, el céntuplo en esta vida y después la eterna; que ese es para ti el camino más seguro, puesto que es el señalado para ti por Dios; que fuera de él, como que voluntariamente tuerces la corriente de las gracias de Dios, te expones á perderte; que serás infelicísimo en el tiempo, y tal vez en la eternidad; que todo esto pasa como una sombra, y que lo que te importa es asegurar tu salvación, aun á trueque de abandonarlo todo y á ti mismo por Dios, sacrificando en aras de tu vocación y del llamamiento de Dios los afectos más puros y más tiernos de tu alma.

¡Oh Niño dulcísimo!, confúndome de verme cuán pegado estoy á lo que es carne y sangre, dejando de hacer la voluntad de tu Padre celestial, por no entristecer á mis amigos y padres carnales. Dame, Señor, pecho varonil para dejarlos por tu amor, escogiendo más obedecer á Dios que á los hombres y entristecer al espíritu humano antes que al divino.

PUNTO III

Jesús entre los doctores.

Considérese, cómo Cristo N. S., con el celo que tenía de la salvación de las almas, quiso entonces dar

alguna muestra de la sabiduría y gracia de que estaba lleno, descubriendo algo de ella á los doctores de la ley; lo cual hizo con admirable modestia, humildad, discreción y celo de amor divino, manifestando estas virtudes con modo acomodado á su edad.

Mostró la modestia en el rostro y en la gravedad de sus palabras, la cual era tan grande, que movió á los doctores á que le admitiesen á su disputa. La humildad, en que pudiendo ser maestro de todos, se entró entre ellos como discípulo, preguntando y oyendo como quien aprendía. La discreción, en responder maravillosamente á lo que le preguntaban, de tal manera que todos estaban admirados de su prudencia. El celo, en que ordenaba todo esto, no para vana ostentación de su sabiduría, sino para gloria de Dios y bien de las almas, y en especial para confundir á los letrados soberbios que allí estaban, y para ilustrar á los letrados humildes y abrirles los ojos, para que conociesen cómo estaba ya cerca su redención.

Aprende de Cristo N. S. á oir á los doctores y predicadores de la ley de Dios y de la divina palabra. Oye como El con modestia y humildad y gran deseo de aprovecharte. Pero no vayas al templo ó á profanarlo con conversaciones vanas é inútiles ó con tu inmodestia y desedificación Oye como discípulo, no como juez, criticando y juzgando al ministro de Dios y su palabra, como si fuera palabra de hombre. Eso revela ninguna fe, ningún deseo de sacar provecho para ti, increíble profanidad y ligereza en hablar y juzgar de los ministros del Señor, y por eso cae la palabra de Dios sobre ti, como sobre piedra dura y no sacas de ella más que materia de pecados.

Considérese, también lo que haría el Niño Jesús los tres días que estuvo en el templo sin sus padres, ponderando cómo fuera del tiempo que gastó con los doctores, lo demás lo gastaría en una perpetua vigi-

lia y oración delante del Eterno Padre, por la salud del mundo y de la gente que allí entraba.

También es cierto, que le daría grande pena ver las irreverencias de algunos que profanaban el templo de Dios, como ahora hacen tantos cristianos, y los pecados que allí se hacían, porque tenía entonces tan encendido celo, como cuando dijo de él san Juan aquello del Salmo: *El celo de tu casa me comió* las entrañas; aunque por entonces disimularía. De todo esto sacaré afectos y propósitos de imitación, en lo que debo imitarle, compadeciéndome de su pobreza y soledad, aunque no echaba menos á los padres terrenos, como que estaba en casa de su Padre celestial.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús, niño en edad pero varón en la sabiduría; cordero en la mansedumbre, pero pastor en la discreción!, gózome de veros pastorear vuestra grey, dándole pasto de vida eterna, cumpliéndose lo que está escrito: *Un niño pequeño los pastoreará.* ¡Oh, quién se hallara presente á oir vuestras preguntas y á gozar de vuestras admirables respuestas!, repetidmelas, Señor, dentro de mi corazón, para que goce el fruto de ellas.

Propósitos.—De esta consideración he de sacar un gran deseo de imitar las cuatro virtudes de que dió maravilloso ejemplo Cristo N. S. en este misterio, confundiéndome en su presencia por la falta que tengo de ellas, especialmente por mi poca modestia y humildad; y que con palabras de orgullo quiero mostrar la ciencia que no tengo, y siendo ignorante, me desdeño de aprender lo que no sé, y presumo de enseñar á los otros lo que no aprendí. Sacaré también nunca criticar á los predicadores de la palabra de Dios, pues esta, aun pasando por canales de barro, puede hacer en mí gran provecho, si la oigo, como debo, con espíritu de fé y de piedad.

24 DE ENERO

El Niño perdido.

***Preludios.*—Me representaré á María y José buscando con increible ansiedad al divino Niño, y á éste pediré la gracia de no perderlo jamás por el pecado mortal, ni alejarlo de mí por la tibieza.**

PUNTO I

La santísima Virgen y san José echan de menos al Niño Jesús.

Considera cómo habiendo caminado san José y la Virgen una jornada de Jerusalén á Nazaret, pensando cada uno que el Niño iba con el otro, porque iban apartados por el camino, «*Á la noche, en la posada, echaron de menos al Niño, y, buscándole entre los conocidos y amigos, no lo hallaron*». En lo cual he de ponderar la traza de Dios en querer afligir á estas santísimas personas sin culpa suya, y en ocasión de una buena obra que hacían por honrarlo, y en la cosa que más podía lastimarlos, que era perder tal Niño. Todo lo cual trazó para ejercitarlos en paciencia, humildad y diligencia fervorosa, y en otras virtudes que resplandecieron en la Virgen y en san José, en este caso, para nuestro ejemplo. Porque la paciencia resplandeció en que no se turbaron, ni perdieron la paz del alma, ni se quejaron de nuestro Señor, sino sintieron esta pérdida con rendimiento á la ordenación de Dios, con ser pérdida tan grande. La humildad, en que como buenos, temían culpa ó descuido donde no lo había, ó por lo menos atribuían esto á su indignidad, temiendo si los quería nuestro Señor dejar y seguir ya otro modo de vivir, ó si habían tenido algún descuido en mirar por El, y confesaban que no eran dignos de tenerlo consigo. La diligencia, en que luego anduvieron buscándolo con cuidado y pena por cumplir con su obligación, y porque el amor los solicitaba, aunque lo buscaron entre

los deudos y conocidos, y por eso no lo hallaron; porque si Cristo quisiera estarse con sus deudos, mejor se estuviera con su Madre.

A estas tres cosas añadiré la cuarta, de fervorosa y prolija oración, y en especial consideraré cuán triste noche fué aquella para la Virgen, y cuán sola se hallaba sin su Hijo, cómo la gastaría toda meditando y gimiendo como paloma, orando con gran fervor, suplicando al Padre Eterno no le quitase tan presto el cuidado de este su Hijo, y que mirase por El dondequiera que estuviese, y que no dilatase mucho el volvérsele á dar. ¡Oh Virgen soberana! Habéis entrado en los peligros del mar; no os queda otro remedio sino orar. Mar ha sido para Vos, amargo y tempestuoso la pérdida de vuestro Amado; las olas de la tristeza han entrado en vuestro corazón, y lo traen afligido con varios cuidados; las tinieblas de la noche atajan vuestros pasos y estáis como atollada en el abismo del desconsuelo; no halláis alivio en la tierra, y así arrojáis luego el áncora de vuestra esperanza en el cielo con las cadenas de la oración, esperando de allá el remedio, y no saldrá en vano vuestra confianza; porque el Piloto celestial, que es nuestro Padre, no sabe amar y desamparar, ni deja para siempre á los que esperan en El.

PUNTO II

La santísima Virgen y san José encuentran al Niño.

Considera, cómo otro día por la mañana, san José y la Virgen se *volvieron á Jerusalén en busca del Niño Jesús, y al tercero día, entrando en el templo, le hallaron sentado en medio de los doctores oyéndolos y preguntándoles, de lo cual se maravillaron grandemente.*

Sobre este punto se ha de meditar el tiempo y lugar donde la Virgen halló al Niño, la compañía y ocupación en que estaba, y el gozo que tuvo con su

vista, sacando de todo esto el espíritu que está encerrado en estos misterios.

Lo primero, el tiempo fué el tercero día después que se perdió, en el cual tiempo padeció la Virgen tantas horas, poco más ó menos, de aflicción y soledad, como en los otros tres días que hubo desde la pasión á la resurrección, en que se le apareció vivo y glorioso; y el misterio de esto es significarnos, que cuando el alma pierde á Dios, y la gracia de la devoción, no luego lo halla, antes se suele esconder por algún tiempo, ó en castigo de haberlo perdido, si tuvo culpa, ó para ejercitarla en paciencia y humildad, y para que con esta dilación crezcan las ansias y diligencias en buscarlo y se haga digna de hallarlo más presto y con más copiosa gracia; y esto significa el número de tres días para alentar nuestra esperanza, porque no desmayemos pensando que se dilatará mucho nuestro remedio.

Lo segundo, el lugar donde fué hallado es el templo y casa de Dios, casa de oración y de recogimiento, dedicado al culto y divino servicio para significar que Cristo N. S. no se halla entre carne y sangre, sino dentro de la Iglesia y dentro del templo vivo de nuestro corazón, haciéndolo casa de oración y ocupándolo en ejercicios de santidad.

Lo tercero, se ha de ponderar con quién estaba y lo que hacía al tiempo que la Virgen entró en el templo, porque estaba entonces en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles, para que por aquí entendiese la causa de haberla dejado y quedádose en el templo, y para que yo entienda que Cristo S. N. se halla entre los doctores de su Iglesia, los cuales, con su enseñanza, son medio para hallarlo; y ellos también entiendan que Cristo está en medio de ellos oyendo lo que hablan y enseñan, para castigarlos si hablaren mal, y también para ayudarles á hablar bien, si por su culpa no queda.

Lo cuarto, consideraré el sumo gozo de la Virgen

cuando vió á su Hijo y halló lo que había perdido. Parece que en este tercer día resucitaría como de muerte á vida, y como otra Ana, madre de Tobías, que lloraba la ausencia de su hijo *con lágrimas irremediables,* cuando lo vió, lloraba de puro gozo, así es de creer que á la medida de su pena fué la alegría de esta Madre incomparable. ¡Oh Virgen soberana! gózome del gozo que tuvisteis en esta hora con la vista de vuestro Hijo. La esperanza dilatada afligió vuestra alma, pero el cumplimiento de vuestro deseo fué para Vos árbol de vida, hallando al que es árbol de vida para todos. Alcanzadme, Virgen santísima, que lo busque de modo que lo halle, para que goce de la vida que de tal árbol procede.

PUNTO III

La Virgen santísima y su divino Hijo en el templo.

En viendo la Virgen á su divino Hijo, díjole con amorosa queja: *Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu Padre y yo te hemos buscado con gran dolor.*

En estas palabras no pretendió la Virgen María preguntarle ó pedirle la causa de lo que había hecho, porque esto fuera curiosidad excusada, sino sólo declarar el sentimiento de su corazón, y así los santos usan de este modo de hablar con nuestro Señor cuando están afligidos, con quejas amorosísimas. De esta manera puedo orar algunas veces, diciendo á nuestro Señor, con Job: *¿Por qué me has puesto contrario á Ti y soy pesado á mí mismo? ¿Por qué escondes de mí tu rostro, y me tratas como á enemigo?* Otras veces puedo decir con el mismo Cristo nuestro Señor, puesto en la cruz: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?*» Y no sin misterio no dijo la Virgen: Hijo, ¿por qué lo hiciste así conmigo, sino con nosotros? Porque propio es de los santos, cuando padecen alguna necesidad, no quejarse de su solo daño, ni pedir para sí solos el reme-

), sino dolerse del daño de todos y pedir que todos
an remediados.

Considérese la humildad de la Virgen, no solamen-
en nombrar primero á san José que á sí misma,
r el respeto que le tenía, sino también en llamarle
lante de todos padre de Cristo; de donde podían
aginar que había concebido por obra de varón, lo
al era humillación suya; mas la Virgen santísima,
mo humilde, más estimaba la honra de su esposo,
ndole nombre tan honroso, que la suya propia, en-
ñándonos con su ejemplo el modo de honrar á
estros prójimos, aunque sea con algún menosca-
nuestro.

A la Virgen respondió Cristo N. S.: *¿Para qué me
uscábais? ¿No sabíais que me convenía estar en
s cosas de mi Padre?*

Esta respuesta no fué menos grave y admirable
e las que este Señor daba á las preguntas de los
ctores, y así se ha de ponderar, como dada por la
finita sabiduría de Dios.

Lo primero, reflexionaré sobre aquella palabra:
Por qué causa, ó para qué me buscábais? La cual
labra parece seca y desabrida, como quien dice:
ara qué me buscábais con tanto dolor, pues siendo
ien soy, no podía estar perdido? Y esto dijo para
e se entendiese que era más que hombre, y para
e la Virgen diese muestras de su heroica humil-
d, sufriendo esta respuesta y venerándola con
rande reverencia y amor. Y de camino nos enseña
uestro Señor, que los que gobiernan á personas de-
osas de perfección, algunas veces han de ejercitar-
s con respuestas ásperas, para que descubran la hu-
ildad y paciencia que tienen y aprovechen en ellas;
orque callar cuando soy reprendido con culpa, no es
ucho, pues mi conciencia también me reprende;
ero callar cuando la conciencia me está excusando,

¿No sabíais que me convenía estar en las cosas de mi Padre? Como si dijera: Pues me conocéis y sabéis quién soy, también debíais saber que había de estar ocupado en las cosas, que pertenecen á la honra de mi Padre celestial. En lo cual nos enseñó Cristo nuestro Señor, cómo su total ocupación era atender á todo lo que era servicio de su Padre, sin divertirse á otra cosa, confirmando lo que dijo después, que bajó del cielo, no á cumplir su voluntad, sino la voluntad del que lo envió.

A imitación de este Señor, he de procurar que toda mi ocupación sea, no en las cosas que son del mundo, ni de la carne, sino en las cosas que son de Dios y para Dios, confundiéndome de ver cuán lejos he vivido de guardar este aviso, ocupándome de todo lo que es propio, con descuido de lo divino.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús!, ya que tan puesto estabas en las cosas de tu Padre, que tenías por llano, que los que te conocían te habían de hallar en ellas, suplícote me ayudes, para que nunca me halle fuera de mis obligaciones para con Dios, ocupándome en amarlas y cumplirlas. Justo es, Señor, que mi memoria, entendimiento y voluntad, mis sentidos y todo yo, me ocupe siempre en Ti y en lo que es honra tuya, pues Tú te empleas siempre en lo que es provecho mío.

Propósitos.—Saca de esta meditación, como fruto práctico, romper con todos los lazos del mundo y de la carne, cuando se trate de hacer lo que Dios te mande, no mirando para nada á la carne y sangre, sino sólo á la voluntad de nuestro Padre celestial.

25 DE ENERO

Sobre la conversión de san Pablo.

Preludios.—Contempla con los ojos del alma al Apóstol San Pablo derribado del caballo y caído en el suelo. Míralo cercado de luz celestial, y á Cristo, que le habla, y á él que postrado en tierra, y abiertos los ojos no veía nada, rendido interior y exteriormente á la voluntad de Dios. Da mil

gracias á Nuestro Señor por la merced que le hizo, y en él á toda la Iglesia, con sacarle de la ceguedad en que estaba y alumbrarte, para que conociese y predicase á Jesucristo: pide á Dios N. S. un rayo de su divina luz para conocer y estimar solamente lo eterno y celestial, como san Pablo.

PUNTO I

San Pablo ó Saulo antes de su conversión.

Considera cuán extraviado anduvo Saulo, puesto que desde mozo tuvo entrañado en su corazón el aborrecimiento de Cristo y de su ley, pareciéndole con ignorancia y falso celo, que agradaba á Dios en perseguirlo. De aquí procedió hallarse á la muerte de san Esteban, guardar las ropas de los que le apedreaban, consentir en su martirio, saboreándose en verlo apedrear por quitar la vida al que volvía por la fe que Saulo tanto aborrecía. Luego fué creciendo tanto su odio á Cristo S. N., que dice de él el Evangelista san Lucas, que «*destruía la Iglesia, entrándose por las casas, sacando hombres y mujeres y llevándolos á la cárcel*» (1). Y pareciéndole poco perseguir á los que estaban en Jerusalén, pidió licencia para ir á Damasco y traer presos á todos los que allí seguían á Cristo, con deseo de acabar con ellos.

Pondera las causas porque Nuestro Señor permitió todos estos pecados. La primera fué, porque pretendía hacerlo grande santo y levantar en él una torre de altísima perfección, sobre cimientos muy hondos de profundísima humildad, los cuales se sacan con el conocimiento de las culpas pasadas. Así lo hizo san Pablo, el cual, por esta causa, decía de sí que era el primero de los pecadores, porque había sido blasfemo, perseguidor é injuriador de Cristo, y que era el mínimo de los Apóstoles, indigno de ser llamado Apóstol, porque había perseguido la Iglesia de Dios. De cuyo ejemplo aprenderé á sacar este

grande provecho de los pecados que he cometido; porque los varones fervorosos suelen de sus pecados sacar motivos para crecer en grandes virtudes, especialmente en humildad para consigo y en caridad para con Dios que los perdonó; y al contrario los tibios, de sus buenas obras sacan vanidad y presunción.

La segunda causa fué para que Cristo N. S. mostrase en Saulo las inestimables riquezas de su gracia y sus infinitas virtudes y perfecciones. Mostró su caridad en amar al que tanto lo aborrecía; su bondad en llamar al que huía de El; su omnipotencia en ablandar un corazón tan endurecido; su paciencia en sufrir y esperar al que tanto lo perseguía; su misericordia en admitirlo á penitencia y librarlo de tantas miserias, y la eficacia de su gracia en llenar de excelentes virtudes al que estaba lleno de abominables vicios.

La tercera causa fué para que Saulo nos sirviese de escarmiento y ejemplo, para que si tuviésemos la desgracia de caer en abominables pecados, procurásemos convertirnos á Dios, tomándole por modelo de conversión y mudanza, la cual fué de las más maravillosas que ha obrado Cristo N. S. para nuestra enseñanza y estímulo.

Saca de estas consideraciones cuán peligroso es el abandonarse ó dejarse llevar de un falso celo, y escuchar una pasión, cuando la sostiene alguna razón aparente. Entonces se verifica lo que dice el Hijo de Dios, que se cree hacer un grande obsequio á Dios persiguiendo y quitando la vida á los inocentes. El celo tiene la naturaleza del fuego, que cuando ha tomado cuerpo, quema y lo consume todo. Desconfía de tus pasiones, aunque te parezcan justas y conformes á la razón; á la cual deben seguir siempre, pero no precederla. No admitas jamás en tus consejos la sabiduría del mundo, ni te dejes arrastrar de afectos torcidos é indiscretos, porque te llevarán á la ruina.

PUNTO II

San Pablo ó Saulo en su conversión.

Y yendo por el camino, aconteció que estando ya cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Admira la bondad de nuestro Señor, que escogió para Apóstol suyo al enemigo más cruel é implacable; admira su infinita caridad de bajar del cielo y del trono de su gloria para hablarle; admira la fuerza de su gracia, que de un lobo hace un cordero manso, y del mayor perseguidor de la Iglesia, el más fervoroso de todos los Apóstoles. ¡Oh cuánto tiempo estás tú tal vez persiguiendo á Jesucristo en tus hermanos, que son sus miembros! ¡Cuánto tiempo que te está Cristo N. S. llamando desde lo alto del cielo, diciéndote: *Saulo, ¿por qué me persigues?* ¿Qué te he hecho para que me quites mi honor y mi vida? ¿Por qué te burlas de mi santa ley? ¿Por qué me desprecias con tu inobediencia? ¿Por qué me persigues con tus escándalos y malos ejemplos? Lo que haces contra los míos, contra mí lo haces.

Y oyendo aquella voz, respondió: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor le dijo: Yo soy Jesús, á quien tú persigues: dura cosa te es dar coces contra el aguijón. San Pablo no conocía todavía á Jesús como Dios y como Redentor, y el mismo Apóstol dice que el mal que hacía entonces lo hacía por ignorancia. ¿Puedes tú decir que no conoces á Nuestro Señor, estando alistado bajo su estandarte en el bautismo; tú, que tienes tantas veces la dicha de conversar con Él después de la comunión; tú, á quien habla todos los días en la oración; tú, á quien se lamenta continuamente por medio de los confesores y predicadores; tú, que tanto tiempo estás resistiendo á los impulsos de la gracia, y que

de un loco, ó más bien de un soberbio; y que padeces ilusión, ó que pronto caerás en ella; porque no es esta la conducta ordinaria de la providencia de Dios de conducirte por revelaciones particulares, teniendo dispuesto que los hombres, sean instruídos por los hombres, qne tienen sobre ellos una autoridad legítima.

Di de corazón al Señor, como san Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Y ve y ponte bajo la dirección de tus superiores por los cuales has de creer que te habla Jesucristo N S.

PUNTO III

San Pablo después de su conversión.

Considera cómo Saulo obedeció al mandato de Jesucristo, y cómo de este acto de obediencia dependió su salvación. Fué conducido por la mano, porque la luz del cielo le había quitado la vista de la tierra. Entonces Nuestro Señor mandó á Ananías que fuese á hallarle; y objetando Ananías que aquel era un gran perseguidor de la Iglesia, Jesús le hizo saber que Saulo ya oraba, esto es, que estaba convertido, y que era un vaso de elección, que defendería y llevaría su nombre delante de los reyes de la tierra, y que El le manifestaría cuánto convenía que sufriese por su causa. Es una muestra de estar uno verdaderamente convertido, cuando ama la oración; el que no la ama, muestra que su conversión no es una conversión verdadera. Mas para ser vaso de elección, esto es, un gran santo, y un noble instrumento de la gloria de Dios, se necesita ser hombre de sufrimiento y sacrificio; la paciencia y la persecución son la prueba de un verdadero apostolado, y en lo que se distinguen los verdaderos apóstoles de los que no lo son.

Mira también cómo san Pablo, apenas recibió el bautismo, se declaró abiertamente discípulo de Jesucristo, y comenzó á predicar en la sinagoga de Damasco. Algunos difieren de día en día su conversión, pareciéndoles difícil romper las crueles cadenas que

los tienen atados al mundo y á los deleites sensibles. No fué así la conversión de san Pablo, sino pronta y diligente. Luego que conoció lo que Dios quería de él, no se detuvo á escuchar, como él dice, ni la carne ni la sangre; sino prontamente empezó á ejercer su ministerío. Otros están dispuestos á obedecer á Dios, no en todo, sino en lo que sea de su agrado; se sienten prontos á cumplir la divina voluntad, con tal que no les mande sino lo que sea conforme á su gusto y elección. Ponen condiciones y pactos en el tratado de paz con Dios; os serviré, dicen, si no me mandáis cosas árduas y escabrosas. La obediencia de san Pablo fué generosa y sin condiciones: *Señor, ¿qué queréis que yo haga?* Cualquiera cosa que me mandéis yo la haré; no escucharé las inclinaciones de la carne; iré adonde gustéis enviarme. Finalmente, hay otros cuya conversión no es permanente, salen de un sermón, ó del confesonario, con voluntad determinada de mudar de vida, mas á la primera tentación pierden el valor y el ánimo, y mudan de pensamiento. No seas de estas personas inconstantes é infieles. ¿Cuántas veces has faltado á tus promesas? Mira cómo san Pablo ha sido constante hasta la muerte en la obediencia y en lo que prometió á Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.

Conviértete pues, alma mía, como san Pablo, y no persigas ya más á Jesucristo ni en los otros ni en ti mismo. Conviértete pronto y sin dilación; el que te ha prometido el perdón, si haces penitencia, no te ha prometido el día de mañana para hacerla. Conviértete enteramente, sin reserva y sin condiciones. Conviértete de corazón, y no en apariencia. Conviértete para siempre, sin volver á la antigua tibieza. El Señor, á quien empiezas hoy á servir, merece que le sirvas toda la vida; y las razones que te obligan á obedecerle hoy, te obligarán aún más á obedecerle mañana; porque estarás más vecino á la muerte y habrás recibido nuevos favores.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! Desde este instante te digo con el amor, la gratitud y la fe del Apóstol san Pablo: Señor, *¿qué quieres que haga?* Vesme aquí preparado para hacer y padecer por ti lo que quisieres, así en castigo de mis pecados como en agradecimiento de tus beneficios; manda y ordena lo que tuvieres por bien, que yo lo cumpliré. Concédeme ¡oh buen Jesús! que con entera resignación siempre te diga á Ti y á los que están en tu lugar: Señor, *¿qué quieres que haga?* Porque mi deseo es hacer lo que Tú quisieres y lo que por ellos me mandares. ¡Oh glorioso Apóstol! alcanzadme de Nuestro Señor algún rayo de luz celestial, para que conozca quién ha sido y es Jesús para mí, y quién he sido y soy yo para con El; porque ilustrado con esta luz comience de nuevo á amar lo que aborrecía y aborrecer lo que antes amaba, imitándoos á vos ¡como vos imitasteis á Cristo nuestro Salvador!

Propósitos.—Imitar la correspondencia á la gracia del gran Apóstol, diciendo de veras á Nuestro Señor: *¿Qué queréis que haga?* Oye lo que te pide ó te dice Dios, y en seguida ponlo por obra.

26 DE ENERO

De cómo el cristiano pierde á Jesús, y del modo de buscarlo y encontrarlo.

Preludios.—Imagínate el dolor de María santísima y de san José cuando perdieron á su divino Hijo, y la tiernísima solicitud con que le buscaron por las calles y plazas de Jerusalén. Pide tú no perder nunca á Jesús por tu culpa, y si alguna vez, desgraciadamente, lo pierdes, búscalo en seguida por el arrepentimiento.

PUNTO I

Cómo se pierde á Jesús.

Se pierde á Jesús por el pecado mortal; se dispone el alma á perderlo por el pecado venial; nos aparta de El la ingratitud, y se abandona á Dios por el olvido, la tibieza y la negligencia de la oración y de

nuestras prácticas espirituales. Dios está en el alma por una gracia de unión que nos deifica y transforma en Dios. El pecado mortal rompe toda esta unión y el pecado venial la debilita, y Dios ya no se halla en el alma como estaba antes; ya no la dirige, ya no la protege, ya no la consuela, ya no la ama. Saca de aquí que no hay mal comparable á este gran mal del pecado mortal, que nos hace perder á Dios, y al del pecado venial, que nos aparta de Dios.

Alma mía, ¿cuántas veces has perdido á tu Dios? ¿Cuántas veces le has vendido por un humo de vano honor, por un mero deleite de un momento, por una sórdida ganancia, por un bien imaginario, por un pedazo de pan, como dice la sagrada Escritura? ¿Vive ahora Dios en ti por su gracia? ¿Eres fiel en seguir la dirección de las inspiraciones divinas? ¿Pides á Dios su protección y amparo? ¿Deseas con ansia ser del todo suya?

Medita luego cuán grande es la pérdida de Dios. Es tan grande mal, que no puede haber otro mayor; porque no hay mayor bien que Dios. Por eso el que posee á Dios lo posee todo, y el que pierde á Dios lo pierde todo, quedando el más desventurado de los hombres; porque Dios es el bien por esencia, el trono de todas las grandezas, el centro de todos los corazones, el manantial de todos los deleites y el océano de todas las consolaciones. ¡Oh, que pérdida la pérdida de Dios! Es mayor que la de todo el mundo. Además, que siendo Dios el fin del hombre y su felicidad, es su paz y su bien eterno, por eso el que pierde á Dios necesariamente ha de ser miserable, y no puede hallar ni paz, ni reposo, ni alegría, ni consuelo en su corazón; incesantemente se siente agitado de perturbaciones é inquietudes en el alma; es la imagen de un condenado, pues que el infierno lo forma la pérdida de Dios. ¡Qué infinito mal es perder á Dios! Es lo mismo que perder juntamente todos los bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Alma mía, si has perdido á tu Dios, llora sin cesar, pues has perdido tu luz y tu hermosura. Corazón mio, rómpete de dolor, porque has perdido á tu Dios, á tu Padre, á tu Esposo, á tu Rey y á tu Salvador, y con El tu paz y todos tus bienes. Llora de día y de noche con David, cuando te digan ¿dónde está tu Dios? ¿Qué has hecho de El? ¿Dónde lo has dejado? ¡Ah miserable, lo has perdido por tu soberbia, por tu avaricia, por tu sensualidad! Le has vendido al demonio por un deleite imaginario, le has obligado á que se aparte de ti con tu ingratitud y negligencia. Hijas de Jerusalén, decidme dónde está vuestro Amado para que yo vaya á encontrarle, porque estoy resuelto á buscarlo por todas partes y reparar la pérdida que he tenido.

También se puede perder á Jesús en otro sentido, no en cuanto se pierda su gracia y amistad, sino en cuanto que no se experimentan los efectos de su amorosa presencia y sensibles consolaciones. Lo cual puede á veces acaecer sin culpa nuestra, como la bienaventurada Virgen María perdió así á Jesús, á pesar del grandísimo amor que le tenía y del cuidado exquisito que siempre tuvo de su guarda. Ponderа, pues, que, no sólo se pierde á Jesús por castigo de falta ó pecado, puesto que ni una, ni otro mancharon jamás el corazón de María, sino también porque Cristo S. N. se oculta de nosotros, ya para probar la virtud de sus escogidos, ya para hacer que lo busquemos con solicitud, ya por otros fines que se reserva su sabia Providencia.

PUNTO II

Cómo hay que buscar á Jesús.

Considera, que en cuanto la bienaventurada Virgen María advirtió que había perdido á Jesús, único tesoro de su alma, sin vacilar un solo instante, se puso á buscarlo con toda diligencia, volviendo sobre sus pasos, entrando de nuevo en Jerusalén, y sin des-

cansar, ni dormir, ni entretenerse en nada, afligidísima y con increíble dolor hasta que lo hubo encontrado en el templo, es decir, en la oración y el retiro.

En esta pronta y cabal solicitud hemos de aprender nosotros á buscar á Jesús en el mismo momento en que hayamos advertido su pérdida, y tanto más cuanto que nosotros solemos perder á Jesús ó por nuestras culpas, ó porque nuestra tibieza hace que el Señor nos vuelva el rostro y se retire. Para buscar á Jesús, esto es, para convertirse á El no hay momento que perder, ni diligencia que omitir, y mayor pecado que el pecado mismo es no arrepentirse y hacer penitencia del mal que se cometió, ó *sea vivir tranquilamente en el pecado.* Esto, como dice san Bernardo, tratándose de culpas graves, es señal de eterna condenación. La diligencia que puso la Reina de ángeles y hombres en buscar al Niño perdido, hemos de ponerla nosotros en buscar la gracia de Dios, una vez que por nuestras culpas la hayamos desgraciadamente perdido, y hemos de volver sobre nuestros pasos, esto es, desandar el mal camino que hayamos hecho sin Jesús, lo que significa el profundo arrepentimiento y dolor que ha de causarnos la mala vida pasada, y el ardiente deseo de repararla en lo que podamos, ó en volver al fervor perdido por la tibieza.

Aquí hay que ponderar también que aquella tan tierna y diligente solicitud de la bienaventurada Virgen María, buscando al Niño Dios, era efecto del amor que su Hijo le inspiraba. Y el mismo amor á Jesús debe ser igualmente el móvil que nos arrastre y lleve á buscar la perdida gracia de Dios; porque el que ama, busca al objeto de su amor, y no para, ni descansa hasta que lo halla, y ni el temor del castigo, ni la esperanza del premio deben ser tan poderosos estímulos para buscar á Jesús, como el amor que debemos tener á quien por nuestro amor derramó hasta la última gota de su sangre preciosísima.

Considera, además, que la bienaventurada Virgen

abandonado, ó por mejor decir, os he perdido por mi culpa. ¡Ah! Me veo en un desierto espantoso en donde no encuentro una gota de agua para apagar la sed. ¡Oh fuente de agua viva! ¿dónde iré para encontraros? ¿Cuándo vendréis á regar mi alma, que está abrasada con los ardores del sol? Os buscaré por todas partes, y no descansaré hasta haberos hallado. Ojalá que pronto pueda decir, he hallado á mi Amado, lo he hallado en el arrepentimiento, lo tengo bien asegurado, ya no le dejaré.

Propósitos.—Antes perder la vida que perder á Jesús por el pecado mortal, ó alejarnos de él por el venial.

27 DE ENERO

Jesús en Nazaret.

Preludios.—**Mira á Jesús en un rinconcito de la casa de Nazaret, oculto á los ojos del mundo, trabajando en el taller de san José, y pídele amar el trabajo humilde y el retiro interior y exterior.**

PUNTO I

Jesús obedece en Nazaret.

Considera la diferencia que va de los héroes vanos del mundo á Cristo S. N., unigénito del Padre y fuente de toda grandeza y santidad. Mientras para celebrar muchas veces con falsas lisonjas á los grandes de la tierra, se escriben libros infinitos, para honrar la vida oculta de Nuestro Señor, que fué la mayor parte de su vida, el Espíritu Santo emplea muy pocas palabras y el Evangelio no nos cuenta más que tres circunstancias de esa vida oculta de Jesús en Nazaret. Que obedecía: *et erat subditus illis* (1). Que trabajaba con sus manos y en el trabajo propio de los artesanos: *Nonne hic est faber et fabri filius?* (2). Que crecía en edad, en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres (3).

En Nazaret, pues, Jesús obedecía. Considera esta maravillosa obediencia de Jesús en todas sus circunstancias.

¿Quién es el que obedece? Aquel que es la sabiduría por esencia, aquel cuya voluntad es soberanamente sabia é independiente. El Verbo de Dios.

¿A quién obedece? A sus propias criaturas, á José y á María, á quien sobrepuja infinitamente en luces y santidad, que no tienen ni pueden tener sino de El la autoridad y el derecho. Obedece aun á los extraños que le mandan como á un mercenario; es decir, que somete su voluntad, la más noble y recta que existió jamás, á voluntades llenas de debilidades, de ignorancia y de caprichos, á voluntades que no deben vivir sino para obedecerle y servirle.

¿En qué obedece? En todo lo que se le manda; por consiguiente, hasta en las cosas más viles y pequeñas, en todos los pormenores y cuidados que pide el gobierno de una casa pobre y la condición de un artesano, que gana el pan cada día con el sudor de su frente.

¿Cuánto tiempo obedece? Durante treinta años, es decir, no solamente durante los años de la infancia, en que la obediencia es al mismo tiempo un deber y una necesidad para el hombre, sino también en la fuerza de la edad, entonces, cuando según las leyes ordinarias de la naturaleza y de la sociedad, todo hombre puede y tiene derecho para gobernarse á sí mismo.

¿Cómo obedece? Del modo más perfecto que se puede imaginar. *Obediencia de ejecución*, que obra con prontitud y á la letra. *Obediencia de entendimiento*, que no raciocina sobre los motivos del mandato. *Obediencia de voluntad*, que se somete con amor á las órdenes del hombre, como á las órdenes mismas de Dios.

Una mirada sobre nosotros mismos, sobre nuestros pensamientos, sobre nuestra conducta respecto

á la obediencia. Pidamos á Nuestro Señor nos enseñe con su ejemplo el precio, la necesidad y la práctica de esta virtud.

PUNTO II

Jesús trabaja en Nazaret.

Recuerda lo que pasa en el interior de una pobre familia. Un artesano que trabaja con sus manos, una esposa ocupada en todo lo más humilde que da de sí el cuidado de las cosas domésticas de un hogar sencillo, y un niño que participa de las penas del uno y del otro, ayudando primero á su madre, y después, cuando sus fuerzas crecen con la edad, aliviando á su padre en los trabajos de su profesión. Esa es la imagen fiel de lo que nos presenta Nazaret. Considera atentamente la dignidad del que trabaja de este modo. ¿Cómo se mira en el mundo la suerte de un pobre artesano? ¿Qué lástima no inspira la desgracia de un hombre á quien un revés de fortuna obliga á descender á esta humilde clase? Deduce, pues, de esto lo poco que conviene, según las luces de la razón, semejante estado á Jesucristo, al descendiente de David, al Mesías, que podría trabajar con tanto esplendor y fruto en la promulgación del Evangelio, á un Dios esperado por todos los siglos.

Considera luego lo que tiene este trabajo de penoso y de humillante. Es el trabajo de los carpinteros: *¿Nonne hic est faber et fabri filius?* Labrar la madera, manejar instrumentos duros, alquilar sus días y sus sudores al amo que se digne pagarlos, principiar cada día nuevas fatigas que apenas son interrumpidas por unas pobrísimas comidas y un corto sueño, vivir desconocido y despreciado, como estos pobres artesanos, de quienes nadie se compadece, á quienes se cree demasiado felices, si encuentran alguien que quiera comprar sus servicios: tal es la suerte de Jesucristo N. S., y así cumple lo que de El dijo el Profeta: *Soy pobre, y en los trabajos desde mi juventud.*

Mira además de qué manera trabaja Jesucristo. Entra en su corazón. La oración se junta constantemente al trabajo de manos. En las fatigas del cuerpo bendice la justicia de su Padre, que ha condenado al hombre á regar con sus sudores la tierra que le da el pan. Cuando recibe órdenes, ádora en las criaturas el supremo dominio de Dios: cuando gana un triste salario, da gracias á la bondad divina, que á todos los hombres proporciona subsistencia. Cuando sufre desdenes y desprecios, los acepta para reparar la gloria de Dios ultrajada por el pecado.

Considera los motivos del rudo trabajo de Jesucristo. Entre tantas diversas profesiones, ¿por qué escoge la más dura y la más baja? Para enseñar á los hombres, que después del pecado original, tienen dos grandes desórdenes que combatir, el orgullo y la voluptuosidad, y que el solo camino para llegar al fin último, es el camino de la humillación y del sufrimiento.

Pero ¡cuán infinito es el mérito del trabajo de Cristo N. S.! Mérito tan excelente que atrae las miradas y las complacencias todas del Padre celestial. Al mismo tiempo que Jesucristo se esconde así en Nazaret, hay en el mundo políticos famosos, oradores y poetas célebres, capitanes de alta fama. Los ojos del Señor se desvían de todos estos hombres, y sólo se detienen en Nazaret, ciudad tan despreciada, de la que se decía: *¿Puede salir algo bueno de Nazaret?* Se fijan sobre el hijo del carpintero, á El solo dice el Padre celestial, haciéndolo adorar por sus ángeles: *He aquí mi Hijo muy amado*, mirad cómo obedece, cómo se humilla, cómo se aniquila por mi gloria y por mi amor.

Saca de este divino ejemplo amor al trabajo, huir de la ociosidad, como de la peste, y no desdeñarte de ninguno por humilde que sea, que todos son muy nobles, si se hacen por Dios.

PUNTO III

Jesucristo en Nazaret crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

Jesucristo no podía crecer interiormente en virtudes, porque desde el primer momento de su concepción residía en Él la plenitud de la gracia. Por eso las palabras del Evangelio significan solamente, que cada día daba de sí más señales y pruebas de sabiduría y gracia y dejaba ver en lo exterior nuevos rasgos de santidad. Como el sol, que llevando en sí mismo igual luz y calor, lo va poco á poco manifestando hasta llegar al centro del día.

Represéntate, pues, en espíritu á Nuestro Señor, como si lo contemplases con tus ojos. Mírale en todos los detalles de esta vida tan sencilla y tan común, y estudia las virtudes divinas que en lo exterior se desarrollan en él con la edad.

La humildad, que le hace preferir, á las obras brillantes de la vida apostólica, la obscuridad, el retiro, una vida oculta en el taller de un artesano. El desasimiento, que le hace tolerar con alegría las privaciones más penosas en la habitación, en el vestido, en el alimento, en una palabra, todas las privaciones del pobre. La caridad, que llena su corazón de una inmensa compasión de las miserias de los hombres, sobre todo de un celo ardiente por su salvación. La modestia, que regula admirablemente sus miradas, sus palabras, todos sus movimientos y todos sus pasos. El recogimiento, que en medio de las conversaciones, del trabajo, del reposo, conserva su alma santa, siempre elevada y unida á la divinidad. La perfección en las acciones más comunes; de suerte que está escrito de él, que hizo bien todas las cosas. *Bene omnia fecit* (1). Recordemos que la santidad de nuestra vida depende de la santi-

(1) Marc., VII, 37.

dad de nuestras acciones ordinarias. Que, en consecuencia, por la perfección ó imperfección de las acciones de la vida común, ganamos ó perdemos en las virtudes, adelantamos ó atrasamos en el sendero de la santidad.

Aprende á crecer en la virtud como Cristo. No crezcas sólo en edad, y sobre todo en años estériles y sin fruto, que se deslizan insensiblemente sin progreso alguno en la virtud. Crece en sabiduría celestial y en gracia de Dios. Que cada día tus obras sean más perfectas, que ese es tu deber, y sólo así imitarás á tu divino Maestro.

Coloquio.—¡Oh divino Sol de Justicia, que quisiste eclipsarte en Nazaret para enseñar la humildad, y siendo Dios quisiste obedecer, y siendo Señor del mundo trabajar, para darnos ejemplo de obediencia y de amor al trabajo! ¡Oh Maestro soberano! cuyo silencio me predica no menos que la palabra; enséñame, Señor, á caminar por el camino de tus divinos ejemplos, para que siguiendo tus pisadas, reine contigo por todos los siglos.

Propósitos.—Aprende á callar y encubrir los talentos que tengas, gusta de no ser conocido y alabado y jamás digas palabras que redunden en tu propia alabanza.

28 DE ENERO

De cómo debemos adelantar en perfección, á imitación de Jesús en Nazaret.

Preludios.—Imagínate á Jesús en la santa casa de Nazaret, viviendo sometido á la Virgen y á san José, y dando cada vez mayores pruebas de santidad, y pide gracia abundante para conocer qué es lo que te impide salir de la tibieza en que te encuentras.

PUNTO I

De cómo debemos adelantar en perfección, á imitación de Jesucristo.

Considera cómo debemos nosotros adelantar en el

camino de la perfección, á semejanza de como crecía el Niño Jesús en edad, sabiduría y gracia.

Pondera que así como Jesús crecía en edad, esto es, iba poco á poco fortaleciéndose y dejando atrás las debilidades que son propias de la infancia, así nosotros también hemos de procurar dejar atrás las debilidades y flaquezas de la infancia espiritual, y *no ser niños fluctuantes que se dejen envolver por todo viento de doctrina* (1), sino que crezcamos con Cristo, no conservando de la niñez más que la inocencia, como nos enseñó el Apóstol: *Hermanos, no sedis niños en el sentido, aunque sí pequeñitos en la malicia* (2).

Crecía también Cristo en sabiduría, y deber nuestro es procurar crecer en la ciencia de la salvación, ó sea en el conocimiento, temor y amor puro de Dios y de nosotros mismos y de todo lo que se refiere á nuestra santificación. Porque la ignorancia es fuente de pecados, y ella misma, siendo culpable, es pecado también y merece la reprensión que dió Nuestro Señor á los Apóstoles, reprochándoles de que tuvieran tan poco entendimiento de las cosas divinas, después de habérselas El mismo enseñado.

Aprovecha, pues, en la ciencia del espíritu, sacando fruto de tanto bueno como oyes y lees, lo que no te ocurrirá si oyes y lees solo ó por vana curiosidad ó por rutina, sin deseo de adelantar en la ciencia de los santos ni instruirte en la única ciencia, que es la de la salvación.

Por último, crecía Jesús en gracia delante de Dios y de los hombres, esto es, que á medida que avanzaba en edad, daba de su santidad pruebas mayores, y lo mismo hemos de procurar nosotros como recomendó el Apóstol san Pedro: «*Creced en la gracia y en el conocimiento del Señor*» (3). Sí, procuremos perfeccionar las virtudes que hayamos adquirido, y

(1) Ad. Cor., 1.ª, XIV, 20.—(2) S. Matth., XV, 16.—(3) Petr., II, 18.

adquirir las que nos faltan; no olvidemos jamás que somos viajeros peregrinos de la tierra de promisión, y que en este misterioso viaje todo lo que no sea adelantar, es retroceder. Y por esto precisamente quiso Jesús avanzar delante de los hombres en gracia y sabiduría y que la revelación de su santidad interior, que fué plenísima desde que tuvo vida mortal, apareciese á lo exterior, no de súbito, sino como un crecimiento, para enseñarnos de este modo á crecer continuamente y adelantar en el camino de la perfección. Si en toda escuela, honra únicamente al maestro el discípulo que adelanta en aquella ciencia explicada, en la escuela de Cristo, el discípulo que no avanza, que no crece en sabiduría y gracia, tampoco honra al divino Maestro, y, como dice san Juan, para ser discípulo de Cristo es menester caminar como El y seguir el camino que El nos ha trazado.

Adelanta tú también y crece ante Dios por crecimientos interiores, y delante de los hombres por tus buenos ejemplos y edificación, que brote del alma. No seas bueno sólo ante los hombres, que eso es propio de los fariseos y de los que obran por humanos respetos. Sé bueno ante Dios y ante los hombres, no por agradar á éstos, sino porque nos debemos todos mutua edificación y buen ejemplo, porque eso agrada también á Dios N. S., y por seguir como en todo el ejemplo de Cristo, único modelo de toda santidad.

PUNTO II

Motivos de adelantar en el camino de la perfección.

El primero es la íntima persuasión del deber en que estás de progresar siempre en la virtud, si no quieres retroceder y perderte. Eres hijo de Dios, que es perfectísimo y te manda ser perfecto como El; llevas la imagen de Dios en tu alma; te llamas discípulo y soldado de Cristo: pues considera, que el hijo debe asemejarse á su padre; la imagen á su ori-

ginal, el efecto á su causa; el discípulo á su maestro; el soldado á su capitán. Acuérdate que Jesucristo dijo *«Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto»* (1); haced, lo que viereis que yo hago, escuchad mis palabras é imitad mis ejemplos.

Acuérdate, además, que dicen todos los Santos que en el camino de la virtud el no ir adelante es volver atrás; que el que no se enmienda de sus faltas se hace cada día peor; que pierde el que no gana, y llega á ser pobrísimo el que no se enriquece. ¡En la corriente de un río impetuoso no se puede estar parado, ó se ha de subir ó se ha de bajar; si te detienes y no remas, vuelves atrás y te hundes; el miembro inerte y sin movimiento pronto hay que cortarlo, y el agua estancada fácilmente se pudre y corrompe; eres perdido si dices, como los tibios: Me basta con lo adquirido; no necesito fatigarme ni mortificarme más, ni ser tan perfecto como otros.

Considera luego que es necesario trabajar mucho para llegar á la perfección y gozar de la tranquilidad del espíritu. Dios solo posee su eterna felicidad sin movimiento ni fatiga; pero el hombre no consigue la suya sin muchos afanes, y nunca serás feliz si no te haces mucha violencia y te abrazas de veras con la cruz de tus deberes. Mira además que la gracia es una cualidad celestial que no puede permanecer estéril; que el amor no puede estar *ocioso*; es un fuego que nunca dice basta, ó quema ó se apaga, ó se aumenta ó se disminuye. ¡En la vida espiritual, el ser estéril es un delito; el no hacer bien es obrar mal; el árbol que no produce fruto se corta y se arroja al fuego, y se quita el talento al que no lo aprovecha. ¡Estas comparaciones prueban las caídas de tantos que, por no hacer nada por adelantar, retroceden hasta dar en el abismo de la perdición. Mira lo que hace el mundano, el militar y el comerciante por adelantar en lo

nores y riquezas, y avergüénzate de que ellos sirvan mejor al mundo y al demonio que tú á Dios N. S.

Dios mío, hasta ahora he perdido el tiempo, he disipado vuestras gracias, no he aprovechado los talentos que me diste para negociar y he adelantado poquísimo en la virtud; todos progresan, y yo solo atraso; todos quieren ser perfectos, y yo siempre me quedo tan imperfecto como al principio. El artesano se esmera en aprender su oficio, yo nada hago por aprender la santidad; el que estudia, con la aplicación llega á ser docto, yo siempre soy ignorante en la ciencia del espíritu. ¡Ah! ¡y con cuánta razón temo que me quitéis el talento que me habéis dado, y que me arrojéis al fuego como á un objeto inútil! ¡Cuánto camino me queda que andar! ¿No me sorprenderá pronto la muerte? Es preciso correr, y yo no ando. Tiempo es ya de que yo piense en mi alma, y de que me aplique de veras á salvarme. Dios mío, puesto que tal vez estoy ya cerca de la muerte, quiero ahora empezar de veras, y contando con tu gracia, te digo con el Profeta: *Ahora sí que quiero comenzar* (1).

PUNTO III

De los medios de adelantar en la perfección.

Considérense los medios de adelantar en la perfección que el Real Profeta sintetizó en estas palabras: «*Dichosos los que, apoyándose solamente en Vos, han resuelto en su corazón pasar por este valle de lágrimas para subir al monte Sión, y adoraros en el lugar que habéis allí consagrado*» (2).

Los que apoyándose solamente en Vos: he aquí lo primero que se necesita, porque sin el socorro divino nada podemos hacer. Como dice san Agustín, nuestras propias fuerzas sólo son poderosas para precipitarnos en el peligro.

En segundo lugar es preciso *resolver en nuestro*

corazón la subida al monte de la perfección, esto es, amar á Dios de todo corazón, y amándolo es como se asciende por las laderas de ese monte santo; á medida que más amamos, más ascendemos. Pero conviene recordar que para subir al monte hay que cruzar el valle de lágrimas, esto es, el valle del dolor y de la penitencia, después del cual se levanta el monte del amor, en cuya cumbre está el lugar que Dios ha consagrado, el paraíso de las eternas delicias celestiales.

Así, pues, apoyarse en Dios, amar á Dios y sufrir y suspirar en este valle de lágrimas de la vida, son tres medios de santificación y de crecer en sabiduría y gracia delante de Dios, y estos medios hemos de usar para asemejarnos á Jesús, y para que nuestra alma crezca y se fortifique, y se haga cada vez menos indigna de corresponder á la gracia de Dios.

San Carlos Borromeo, nos da otros tres medios particulares para que adelantemos en el camino de la perfección. Si de veras deseáis, dice este gran Santo, avanzar en la vida cristiana y perfeccionaros en la doctrina de Jesucristo, en sus virtudes y en su espíritu; figuraos, en primer lugar, que cada día empezáis á servir á Dios, y procurad hacerlo con el fervor que tuvisteis en el día de vuestra conversión. ¡Oh, quién no recuerda con lágrimas de dulzura los días felices de su primer fervor! En segundo lugar, tened siempre á Dios presente, y no perdáis jamás su recuerdo. *Anda delante de mí y serás perfecto* (1). En tercer lugar, haced de manera que todas vuestras acciones tiendan á Dios por la recta intención que las anime y por el deseo insaciable de complacerle. Nunca os parezca que habéis hecho ya lo suficiente. Mucho menos caigáis en una necia complacencia de vosotros mismos; porque esto equivaldría á echar por tierra todo lo que ya tuvierais edificado y retroceder en vez de adelantar.

Considérese que nuestros progresos en la vida espiritual dependen principalmente del deseo ardiente de progresar, pues, como dice san Bernardo, el cuidado infatigable que ponemos en perfeccionarnos y el continuo esfuerzo que hacemos en este sentido, es ya el principio de la verdadera perfección. Adelantar en la virtud, es querer de veras adelantar. Pidamos á Dios esta gracia, diciéndole con san Agustín:

Coloquio.—¡Oh Dios mío y Señor mío: yo os amo, y no os amo todo lo que yo quisiera amaros; y si aún no es bastante lo que os amo, ni aun lo que quisiera amaros, haced vos lo que yo no puedo hacer, y, ya que sois la caridad misma, incendiad mi corazón con ese fuego divino que anima á los santos y los convierte á vos y los transforma por completo en vos!

Propósitos.—Hacer cada obra como si aquel día fuera el último de nuestra vida.

29 DE ENERO

De la tibieza en el servicio de Dios, como rémora á nuestro aprovechamiento espiritual.

Preludios.—Ver mi alma como un enfermo demacrado y anémico, lleno de llagas y próximo á la muerte, y pedir gracia para conocer la gravedad de este estado y salir de él cuanto antes.

PUNTO I

Desorden y peligro de la tibieza.

Considera que el desorden y peligro de la tibieza espiritual consiste, ante todo, en que los tibios no están persuadidos de que lo son; son enfermos que no se tienen por tales: lo primero, porque en lugar de pensar en el mal que hacen y en el bien que debieran hacer, comunmente no piensan sino en el mal que evitan y en el poco bien que hacen. Lo segundo, porque en lugar de compararse con los más fervorosos, no se comparan sino con los que son tan tibios ó más

que ellos. Lo tercero, porque en esta comparación engañosa se dicen, con la misma confianza que el Fariseo, que no tienen las faltas de muchos. De aquí proviene que, sirviendo á Dios muy tibiamente, se hacen jueces de los demás y encomiadores de sí mismos, como si cumpliesen toda justicia.

Estado funestísimo, pues según las palabras del Espíritu Santo, es en cierto modo peor que el del pecado. Fuera mejor para ciertas almas haber caído en alguna culpa grave y grosera, antes que vivir de asiento en esta vida tibia y relajada. Porque tal vez no hubieran podido sufrir largo tiempo los remordimientos de la conciencia, que humillándolas y espantándolas con la enormidad de la culpa y el miedo del infierno, las hubiera obligado á entrar dentro de sí mismas, siendo así que de ordinario ni se reprenden su tibieza ni hacen escrúpulo de ella. De aquí es que los maestros de la vida espiritual han enseñado que es más difícil salir del estado de tibieza, que del vicio y de la maldad; y, entre otros, Casiano afirma haber conocido gran número de pecadores que, después de su conversión, habían llegado á ser hombres fervorosos y espirituales; pero que no había visto jamás la misma mudanza en los tibios. Esta experiencia de los santos y doctores, ¿no debe hacerme temblar?

Estado tanto más digno de llorarse, cuanto que nos hace pesadísimo el yugo del Señor. Mientras el alma fervorosa lo lleva con santa alegría, porque la gracia abundantísima del Señor se lo endulza todo, el alma tibia siente, por el contrario, todo el peso de la ley evangélica y divina, y no experimenta más que trabajos. Castigo visible de Dios, que en este mundo castiga la tibieza con la tibieza misma. Pero no se contenta con esto, y según se explica su Majestad, la tibieza le llega á ser tan insoportable que le provoca á una especie de vómito, cuya idea sola causa horror; no arroja Dios absolutamente á un alma tibia, pero *comienza á arrojarla*, apartándose de ella. Esta ti-

bieza, pues, es un principio de reprobación; ¿y qué más necesito para trabajar en salir de ella? ¿Esperaré á ser del todo reprobado?

Dios mío, ¡me espanta esta palabra tuya! Tú, que buscas y llamas al ladrón y á la adúltera, empiezas á arrojar de tu boca al alma tibia con el horror con que se arroja lo que daña nuestra salud. ¡Qué indignación no ha de causarte el estado de mi alma! Perdóname, Señor, y en vez de arrojarme de tu boca, méteme en tu corazón, para que allí me enfervorice y salga de mi miserable estado.

PUNTO II

Principios y causas de la tibieza.

Después de haber considerado la desgracia y el desorden del estado de tibieza, si quiero conocer las causas, debo buscarlas dentro de mí mismo; porque este estado no se puede formar en mí sin que yo, libre y voluntariamente sea su causa y origen; debo imputármelo á mí mismo, y sería el colmo de la injusticia querer atribuir el estado de tibieza de mi alma á Dios N. S. Dios permite algunas veces que un alma santa tenga sequedades; pero éstas, según los fines de Dios, no sirven sino para purificarla, desasirla de los consuelos sensibles y perfeccionarla en su amor. Conviene, pues, no confundir estas sequedades con la tibieza. El alma santa y fervorosa llora estas sequedades; pero el alma tibia y floja no gime en la tibieza: la una está en un estado violento sin culpa suya; pero la otra está culpablemente en un estado que le agrada, como agrada al enfermo el letargo y la somnolencia.

La primera causa de nuestra tibieza es la facilidad en omitir los ejercicios espirituales, oración, lección, comunión, exámenes de conciencia, las obras de penitencia y de mortificación. Esas santas obras son como el pábulo con que se alimenta el fervor, pero cuando somos flojos y remisos en el servicio de

Dios, el menor negocio nos aparta de ellos: el menor impedimento es pretexto, á lo menos, para interrumpirlos y para diferirlos para otro tiempo; esto es, para no hacerlos cumplidamente. ¿Cuántas veces me ha sucedido ésto? ¿Cuántas veces he dejado á Dios por el mundo? ¿Cuántas veces por vanos motivos, y muchas veces sin alguno, he abandonado mis ejercicios ordinarios? ¿Debo admirarme después de encontrarme disipado y tibio? ¿Cómo no lo había de estar? Cuando un mundano se queja de que tiene poca fe, le decimos: Si no hacéis cosa alguna de lo que conviene para fortificarla y avivarla, ¿cómo la habéis de tener? De la misma suerte me debo decir á mí mismo: ¿cómo no tengo de perder el espíritu de devoción y de fervor, si no me sujeto á cosa alguna, de lo que puede conservarle, antes al contrario, hago todo lo posible por distraerme y disiparme?

No se empieza dejando desde el principio todos los ejercicios de devoción y todas las obligaciones: pero se hacen con negligencia, y esta es la segunda causa de tibieza. Se vive, á lo que parece, como los fervorosos, pero sin espíritu interior y en peligro próximo de distraerse. ¿Es posible que con esta diversidad de objetos mundanos, de que está llena el alma, no se vaya poco á poco apagando el deseo de la perfección, y que á medida que se amortigua este deseo, no se llegue á resbalar y, en fin, á caer? Bien lo puedes tu decir y tu ejemplo lo convence con evidencia.

La tercera causa de la tibieza, es el menosprecio de las cosas pequeñas. En lugar de acordarnos de que no hay cosa pequeña en lo que mira á Dios, y que la perfección no consiste tanto en las cosas grandes como en las ordinarias; que es gran cosa ser fiel en las cosas pequeñas, y que en fin, las cosas grandes por las pequeñas se mantienen; en vez de tener delante de los ojos todo esto, se forjan los tibios la ilusión, de que las cosas que ellos llaman menudas, sólo sirven para escrupulosos y principiantes, no ponen

el menor cuidado en observarlas, en evitar las faltas ligeras y así poco á poco, se deslizan por la pendiente, hasta que al fin se llega á una horrible tibieza. ¡Ah! Si desde los primeros años en que conocí á Dios hubiera tenido siempre la misma atención y la misma vigilancia sobre las menores faltas y las menores infidelidades, ¡cuántos progresos hubiera hecho y de cuántos peligros me hubiera librado! ¡Ay de mí, que por eso estoy tan lejos de haber adelantado, que sería muy feliz si fuese al presente tan fervoroso como era al principio de mi conversión!

Hacer, pues, cosas buenas, pero hacerlas mal; arrastrarse y no andar en el camino de la virtud; querer ser de Dios y del mundo; cometer faltas y pecados veniales como por costumbre, confesarse y comulgar por rutina, sin dolor ni propósito, esos son, entre otros, los síntomas de este espantoso mal. Entra dentro de ti y pide al Señor luz para conocerte y gracia para salir de ese estado, si por desgracia estuvieses en él.

PUNTO III

Remedios de la tibieza.

Considera que la tibieza tiene remedio: es dificultoso curarla, pero con la asistencia divina no es imposible: se ven pocos ejemplos de estos cambios admirables, pero se ven algunos, y Dios quiere que tú seas uno de estos, puesto que te ha inspirado el deseo de salir de ella. ¿Y cuáles son los remedios de que puedes usar? Se reducen á dos: la meditación y la práctica de buenas obras.

Lo primero, pues, debo considerar frecuentemente la grandeza del Dios á quien sirvo; lo que su Majestad es y lo que yo soy para Dios: es mi Soberano Señor, mi Juez, mi Creador; ¿cómo debe ser servido? Yo soy su vasallo, su esclavo, su criatura; ¿cómo debo servirle? Este es el motivo con que san Pablo animaba el fervor de los primeros cristianos: *Os exhorto*

á caminar en el camino de Dios de un modo digno de su Majestad. Regla excelente y remedio infalible contra la tibieza; pensar, hablar, orar, vivir siempre *de un modo digno de Dios*. Lo segundo, considerar cómo se sirve á los grandes del mundo. La conducta del mundo es para mí una continua lección; ellos sirven por interés á sus príncipes con gran celo, y yo sirvo flojamente á Dios. Lo tercero, considerar en cada acción su importancia y el inestimable bien que puedo conseguir con ella: la acción que hago ó voy á hacer, es obra de Dios: según la hiciere tendré recompensa más ó menos abundante y puedo merecer gloria eterna. Estos pensamientos y otros semejantes son los que cada día y cada instante encendían nuevo fuego en aquellos santos, cuyas virtudes me confunden, y á quienes debo proponerme como modelos.

Cuanto á la práctica de las buenas obras, el remedio más eficaz para despertar de mi sueño y de mi tibieza, es destruir las causas de ella y oponer los medios contrarios; por ejemplo, volver á practicar todos los ejercicios espirituales cuya omisión me ha sido tan dañosa, y procurar en adelante ser más exacto en ellos; poner todo el cuidado de que soy capaz para hacerlos bien; no faltar á cosa alguna aunque sea la más pequeña, venciendo todas las dificultades y repugnancias y estando dispuesto á servir á Dios toda mi vida, sin consuelo y sin recompensa, si así lo dispusiera. ¡Qué feliz seré si, aun á tan corto precio y con sacrificio tan pequeño, se digna Dios recibirme en su servicio.

Coloquio. —Con este sentimiento ¡oh Dios mío! y con esta disposición vuelvo á vuestra Majestad con grandísima confianza; no obstante todas mis tibiezas, me atrevo á prometerme que no habéis retirado de mí aún vuestra misericordia. Vos lo podéis hacer, Señor; me habéis amenazado, y yo lo merecía; pero vuestras amenazas, hasta ahora, no han sido más que

amenazas de padre, y pues me llamáis ahora de nuevo y más eficazmente que nunca, no puedo dudar de que queréis hacerme volver á entrar en el camino de vuestros fieles siervos y restituirme á aquel santo fervor que he perdido. Sea, Dios mío, como lo deseáis y lo ordenáis, y sea como yo mismo lo quiero y lo propongo delante de Vos.

Propósitos.—Hacerme esclavo de mi plan de vida espiritual, no omitiendo nada de lo que comprendo, según el juicio de mi director, que ha de servirme para entrar otra vez en el fervor primitivo.

30 DE ENERO

De la falsa piedad, otra rémora á nuestro aprovechamiento en la virtud.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. reprendiendo con terribles palabras á los escribas y fariseos, y echándoles en rostro su falsedad é hipocresía, y pídele andar con sinceridad, nobleza y rectitud de intención en la práctica de las virtudes.

PUNTO I

En qué consiste la verdadera y sólida piedad.

Considera que no hay palabra más fuerte y expresiva para indicar la unión íntima de nuestra alma con Dios, nuestra dependencia absoluta de la voluntad divina y la disposición del corazón á someterse á cuanto el Señor exige de nosotros, que la palabra *devoción*, tan mal entendida de muchos, como practicada de muy pocos. De un soldado se dice que es verdaderamente devoto de su rey y de su patria, cuando á cada instante está dispuesto á morir por ellos. Así que la devoción, más que en actos exteriores, en sí muy buenos, cuando son señales de afectos y disposiciones interiores, más que en los labios radica en el alma y en el corazón, dispuestos siempre á cuanto sea del agrado y servicio del Señor, sin reparar en propias ventajas ó comodidades. Devoción,

pues, es espíritu de sacrificio, amor á la abnegación interior, á la constante humillación, á la cruz de todos nuestros deberes.

La devoción tiene, como todas las virtudes, su principio, progreso y perfección; pero cuando llega á este estado, la devoción consumada y perfecta se confunde con lo más sublime de la santidad. Deduce de aquí lo errados que están muchísimos falsos devotos, que confunden la devoción, como los escribas y fariseos, con cualquier acto externo, fórmula ó mera ceremonia de piedad; pero que ignoran, y aun aborrecen, la ciencia divina de la abnegación interior, de virtud sólida y maciza, en una palabra, de la cruz de Cristo. Estos, más que devotos, merecen el nombre de profanadores de la devoción, la que desacreditan con su frivolidad, inmortificación, envidia, amor al regalo, egoísmo, ligereza en la lengua y en los sentidos, amor propio no grosero, sino tan fino y delicado, que se introduce hasta en la misma piedad, y aquel cúmulo de faltas que buenos y malos atribuyen, y á veces con razón, á los falsos devotos. Estudia si es esa la idea que tú te has formado de la piedad, *útil para todo*, como dice el Apóstol, y procura conformar tus máximas y tus prácticas á la idea cristiana y no á la mundana de la devoción y piedad.

Para que te formes juicio más exacto aún de lo que es esta devoción, considera que su primer y principal objeto debe ser siempre la gloria de Dios. Dios no se ha podido proponer otro fin en cuanto manda ó prohibe; existimos sólo para dar gloria á Dios, y lo glorificamos amándolo y obedeciéndolo. Esa gloria de Dios debe ocupar siempre el primer lugar en nuestros pensamientos y deseos, y ser el primer móvil de nuestras acciones. Toda otra intención, aunque buena y santa en sí misma, debe ser secundaria. Así Jesucristo N. S. nos lo enseña en el *Pater noster... Sanctificetur nomen tuum... Adveniat regnum tuum... Fiat voluntas tua...* Lo demás viene

después. Los ángeles y santos en el cielo no tienen otra ley más que conocer y amar á Dios, y esta ley es principio del orden, paz y caridad eternas. Lo mismo debe ser entre los hombres.

El segundo objeto de la devoción es nuestra propia santificación. El verdadero devoto la quiere eficazmente, no principalmente por el bien que á él le resulte, sino porque esa es la voluntad de Dios... Odia al pecado por muchos motivos, pero, sobre todo, porque es ofensa de Dios N. S. Quiere ser santo, pero no á la manera y según sus ideas, sino siguiendo las miras é ideas de Dios. No ignora que su santificación es obra de Dios más que suya, y por eso deja obrar á Dios y no pone obstáculo á cuanto Dios de él exija.

El tercer objeto de la devoción es nuestra propia felicidad, inseparable de la verdadera devoción. Ser dichoso es estar unido al soberano bien, y la devoción, cuando es perfecta, empieza aquí esa unión para consumarla en el cielo. Nuestra felicidad espiritual es una consecuencia de nuestra santificación, porque es principio cierto que lo que tiende á hacer al alma mejor, tiende á hacerla más feliz. Son como la causa y el efecto, y es eso cierto aun en Dios, en quien la felicidad no es tanto una perfección, como el resultado de sus infinitas perfecciones. Pero en nosotros esta felicidad pasajera no es sino una sombra, si se la compara con la felicidad eterna que Dios promete á los verdaderos devotos.

Examina cuál es tu devoción. Si te encuentras siempre pronto al sacrificio, y á la cruz; si eres fiel á tus propósitos; si amas la abnegación interior y el recogimiento; si huyes del mundo y sus peligros; si en todo lo bueno que haces, no te buscas á ti, sino á Dios, tu devoción es verdadera; pero si sólo te contentas con rezar mucho, pero mal, y pertenecer á cofradías, pero sin espíritu y sin fruto, vana es tu devoción

PUNTO II

En qué consiste la piedad falsa ó falsificada.

Considera lo que dice santo Tomás, que así como los hombres malos ó vanos del mundo, falsifican todo lo que hay en él de más precioso, así el demonio procura falsificar las virtudes todas, y especialmente la devoción. Personas hay de corazón recto que detestan todo lo falso, lo mismo en el orden moral, que en el orden material, y sólo transigen con la falsa piedad, sin pensar que no engañan ni á Dios, ni al mundo, sino á lo más á su amor propio. No consideran el daño inmenso que se hacen á sí mismos, á la religión, que exponen constantemente al escarnio y la befa de los mundanos, que llegan á creer y propalar que puesto que hay falsos devotos é hipócritas en la virtud, toda devoción es falsa y toda virtud hipocresía, y llaman hipócritas á los fervorosos y falsarios á los santos. Infamia grandísima del mundo, enemigo siempre de Cristo y de toda virtud, que olvida que no porque el hombre pueda abusar de todo, hasta de la bondad de Dios, dejan por eso muchas cosas de ser excelentes y que en esta vida junto al bien está siempre el mal, y entre el trigo escogido se encuentra la cizaña. Para que entres en esta meditación dentro de ti y veas la debilidad ó solidez de tus virtudes, y cuáles son tus progresos ó retrocesos en la perfección, conviene mucho que aquilates los grados y fineza de tu devoción y piedad y veas si es oro de ley ó falso, porque con el falso ni se compra la gracia de Dios, ni la entrada en el cielo.

Ciertamente uno de los grandes escándalos de la virtud y escollo de la santidad es ver que se tengan por piadosas y perfectas personas, que rezan con los labios, pero cuyo corazón, lleno por completo del mundo, está lejos de Dios y de la cruz de Cristo: que lo mismo van á la oración que al teatro, y á co-

mulgar tan frecuentemente como á bailar, y lo mismo leen el Kempis que la novela peligrosa, el periódico cristiano que el racionalista y liberal.

Para esto medita y examina primeramente si tu devoción es mortificada, que si no lo es, no merece el nombre de devoción. Hay personas frívolas que buscan el placer y la satisfacción de su vanidad y de su amor propio, hasta en el servicio de Dios. Ese sentimiento es indigno de un cristiano, que profesa tener por Rey y Maestro á Jesucristo en la cruz y coronado de espinas. Verdad es que Dios N. S. se acomoda muchas veces á nuestra miseria y aun en esta vida, con goces que el mundo ignora por su sabor celestial, deja entrever á los santos, algo de las dulzuras eternas. Lo cierto es, que los mundanos se ven siempre devorados por penas ó hastiados en medio de sus mismos locos placeres, y en cambio, los santos son los únicos que se han creído felices en este valle de lágrimas y en medio de toda suerte de trabajos. ¿Por qué no experimentas tú esas delicias de los santos? Por aquello que le ocurrió al pueblo judío, que apenas empezó á gustar los frutos de la tierra de promisión, careció del maná del cielo. Por eso no sientes los goces de Dios en la oración, porque no te mortificas en privarte de lo que sabes disipa tu corazón, de lo que conoces que llena tu mente de vanas y peligrosas imágenes, porque no pones freno ni á tus pasiones, ni á tus sentidos y Dios no quiere estar en alma manchada. Tres ó cuatro comuniones por semana y ninguna mortificación ni interior en tu genio y tus pasiones, ni exterior en tu cuerpo y tus sentidos: obras en sí mismas santas y de devoción y luego ningún sacrificio para el cumplimiento de tus deberes esenciales, eso constituye lo falso y poco sólido de tu piedad, que antes de ser devota tiene que ser cristiana, y antes que con los consejos, debe cumplir con los preceptos de Dios y de la Iglesia. De ahí nace, de esa falta de mortificación,

que tu piedad ni es humilde, ni es constante, ni es recta, ni caritativa, ni pura, y faltando estas condiciones, claro es que no te sirve para adelantar en la virtud, sino como una especie de piadoso pasatiempo en que entretienes tu natural tranquilo, ó una falsa separación del mundo, que te ha desdeñado ya porque no le sirves para nada, ó como un medio de acallar los gritos de tu conciencia.

No sea, pues, tu devoción como la piedad interesada, aparente é hipócrita de los fariseos que dejaban de cumplir deberes de justicia y de misericordia, y luego tenían sumo cuidado de pagar el diezmo del comino y de la menta. No mezcles el ejercicio de piedad con las sátiras contra el prójimo y tal vez la calumnia, que desgarra su reputación, pues que el fundamento de toda virtud es la observancia de la ley de Dios. Todo eso y mil otros caracteres más, y por desgracia harto conocidos, son los que constituyen la falsa piedad.

Huye de ella como de terrible peste, y acuérdate que es imposible servir á dos señores, que es en resumen lo que pretenden los falsos devotos. Entra dentro de ti mismo, y de los quilates de tu piedad puedes seguramente deducir los pasos que adelante ó atrás has dado en el camino de la perfección.

PUNTO III

De la diferencia entre la piedad verdadera y la piedad falsa.

Considera, en primer lugar, que así como el reino de Dios está dentro de nosotros y toda la gloria de la hija del Rey, esto es, de la hija de Dios, ó sea del alma sólidamente piadosa, está dentro de su corazón, así puedes ver que la falsa piedad está toda en la superficie y en el exterior de las obras. Se parece mucho á la piedad de los fariseos, que era enteramente superficial, estaba en el semblante y en los labios, pero no en el corazón, y por esto fueron llamados por Jesucristo sepulcros blanqueados. Piensa

que Dios quiere del hombre, sobre todo, el corazón, porque sin el corazón nada hay en el hombre que sea digno de Dios. Acuérdate de que en la antigua ley, Dios exigía de su pueblo esta piedad interior, según nos lo enseña la Sagrada Escritura, y piensa que con mayor razón lo pide en la nueva ley, para cuyo cumplimiento Jesucristo vino al mundo, para formar adoradores en espíritu y en verdad. Juzga, en consecuencia, si reunen estas condiciones las buenas obras que practicas; examina si las haces por ostentación ó por interés, ó por cualquier motivo torcido, que en este caso si merecen alguna recompensa, ésta no debes esperarla de Dios, que las reprueba como indignas de El. Mira también si las buenas obras que practicas desinteresadamente las haces sin intención, sin recogimiento ó sin reflexión, por costumbre, por el bien parecer ó por compromisos de tu estado, sin que te anime á ellas ni las presida el espíritu de Dios; desorden muy frecuente y casi universal en personas, que se dicen espirituales. Examina cuidadosamente si en tus largas oraciones, todas ellas llenas de hermosos sentimientos de fe, de esperanza, de caridad, de amor á Dios y de confianza en El, no te ha ocurrido muchas veces no hacer siquiera un acto de fe, de esperanza, de caridad, de confianza ó de sumisión, porque lo que ha pronunciado tu boca, no ha encontrado eco en tu corazón. Piensa que no pocas veces te has postrado ante el altar del Señor y has permanecido así largas horas, sin que en todo ese tiempo hayas tributado á Dios un solo homenaje, ni hayas cumplido una vez siquiera el deber que tienes de adorar al divino Maestro.

Considera, en fin, que la Religión no consiste ni en las inclinaciones del cuerpo, ni en la modestia de los ojos, sino en la humillación del espíritu, y que quizá el tuyo no ha acompañado ni un solo momento á las muestras exteriores de respeto y veneración. Piensa que hay quien entra en los hospitales, visita

las cárceles, consuela á los afligidos, cuida á los enfermos, socorre á los pobres, y que á pesar del celo que manifiesta en estas buenas obras, no tiene ni un adarme de misericordia cristiana, porque las ejecuta movido por una actividad natural, que á ello le impulsa, ó por una compasión puramente humana, que le conmueve, ó por la costumbre que le guía, ó por mil otros motivos ajenos al deseo de servir á Dios, que debe inspirar todos sus actos.

Te engañas miserablemente si crees llevar una vida cristiana y poseer la verdadera piedad, porque hagas todas esas cosas, si no tienes en cuenta que no merecen el nombre de buenas obras aquellas que no nacen del principio que debe producirlas y que puede santificarlas. Te figuras que tienes las manos llenas de esas obras cuando, en realidad, te sucede lo que á un hombre dormido, que en sueños se imagina ser poseedor de inmensas riquezas y al despertar se encuentra en la miseria.

Para evitar este desengaño forma el propósito de no decir, ni emprender, ni ejecutar nada que no sea en nombre de Jesucristo, y atento únicamente á la mayor gloria de Dios. Sólo así podrás abrigar la esperanza de poseer algún día la verdadera piedad, acepta á Dios, y no la falsa piedad de que hacían alarde los fariseos.

Deduce de cuanto hemos dicho hasta aquí, que la verdadera piedad es abnegada, la falsa cómoda y regalada; la primera, humilde y vacía de sí, la segunda, ostentosa y llena de amor propio; la primera, todo lo da á Dios, la segunda, quiere repartir el corazón, el tiempo, la fortuna y todo entre Dios, el mundo y el demonio; la primera hace el bien sin que nadie se entere, la segunda haciendo sonar la trompeta de la fama; la primera busca ante todo la gloria de Dios y la salvación de las almas, la segunda la propia satisfacción.

alma para que vea lo inútil y falso de muchas de mis buenas obras. Purificad, Señor, mi intención; separadme del mundo y de sus máximas, y haced que en cuanto bueno obre y haga, sólo os busque á Vos, y que mis buenas acciones lo sean en todo, en la intención y en el fruto.

Propósitos.— Huir de la piedad á lo mundano, como del gran peligro de mi salvación, y no querer juntar á Dios con el mundo, ni el Evangelio de Cristo con el Korán de Mahoma.

31 DE ENERO

De tres medios para conocer nuestro adelantamiento en la virtud.

Preludios.— Oye la voz de Cristo N. S. que dice á todos los hombres: «Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto», y pide luz abundante para no engañarte acerca del estado de tu alma, y fortaleza para progresar cada vez más en sabiduría y gracia celestial delante de Dios y de los hombres.

PUNTO I

Progresos hechos en la victoria de las tentaciones.

Considera que aunque es muy difícil conocer á punto fijo si adelantamos ó no en el camino de la virtud, porque el amor propio, que nos excusa, la pasión, que nos ciega, y aun la propia humildad no nos dejan ver á veces claramente el estado actual de nuestra alma, sólo de Dios conocida, podemos valernos de algunos medios para estudiar en qué estado nos encontramos respecto al deber de aprovechar, ó para dar gracias al Señor por el bien que hayamos hecho, y que á El sólo se debe, ó para estimularnos á andar más de prisa en el camino de la perfección. Sea, pues, el primer medio para estudiar el estado de tu alma, ver qué progresos has hecho en la victoria contra las tentaciones.

Primeramente has de considerar que nadie en este

mundo está libre de tentaciones, de tal modo que, cuando desaparece una, debemos esperar, seguramente, que será sustituida por otra. Por esta razón hemos de persuadirnos de que la bondad de Dios permite, en ocasiones, que seamos durante largo tiempo atormentados por una tentación, para evitar que caigamos en otra más peligrosa, así como otras veces nos libra más pronto de una, para ejercitarnos en otra con mayor provecho nuestro. No hemos de considerar, por esto, que sea señal de mayor perfección el no ser tentados, porque no hay nadie, ni aun entre los más perfectos, que se vea libre de tentaciones, esto es, que no sienta movimientos interiores que le inciten al mal; es, por lo tanto, necesario saber de dónde proceden esos movimientos, para poder resistirlos con más seguridad.

Las tentaciones pueden venir de nosotros mismos, ó del demonio, ó de ambas cosas á la vez. Las que nacen de nuestra propia malicia, proceden del desorden de nuestros sentidos, de nuestras pasiones desarregladas, de nuestras malas costumbres ó del temperamento ó disposición de nuestro cuerpo. Los demonios, que conocen nuestra flaqueza, se aprovechan de ella para combatirnos, atacando los puntos flacos de nuestros sentidos y pasiones, y obtener así el consentimiento de nuestra voluntad. Pero si encuentran, como encontraron en los Santos, un cuerpo mortificado y sujeto al espíritu, pasiones dominadas por la penitencia, una imaginación sujeta por el freno del recogimiento y una voluntad firme en el bien por la práctica de las virtudes, vense forzados á combatir solos, faltos del auxilio que en otro caso encontrarían en nosotros mismos.

Considera además que el demonio nos combate de tres maneras, á saber: induciéndonos al mal por medio de objetos exteriores que presenta á nuestros sentidos, excitando violentamente nuestras pasiones ó atacando directamente á nuestra imaginación por

medio de horribles pensamientos, que el espíritu humano es incapaz de producir por sí solo. Esto es lo que se llama espíritu de blasfemia, de fornicación, de odio, de lo que pedimos ser librados en las oraciones públicas de la Iglesia, y son terribles tentaciones, con las que, por lo general, sólo Dios permite que sean probadas las personas de gran virtud y santidad.

¿Por qué Dios N. S. que es tan buen Padre, permite las tentaciones? Para probar nuestra virtud y darnos ocasión de merecer; para purificar las almas de sus secretas aficiones, castigar de ese modo las infidelidades cometidas en su servicio y obligarnos á acudir á El, diciéndole como los Apóstoles en el día de la tormenta: *Señor, salvadnos, que perecemos.* Medita y examina si esos son los frutos que has sacado hasta ahora de las tentaciones y, si no ha sido así, procura que lo sea en lo por venir, pues esa es la voluntad de Dios.

Se conocerán, pues, los progresos hechos en la victoria contra las tentaciones, cuando se las resiste sin dejarse vencer, si con ellas luchamos con vigor y constancia, si no solamente no recibimos daño sino que obtenemos ventajas; si después de muchos combates y victorias, se las debilita de tal modo, que apenas causan impresión en el alma ó no causan ninguna. De este feliz estado, dice san Bernardo, que sólo disfrutan los perfectos, que imitan en la paz de su alma el estado inmutable de la bienaventuranza.

El buen uso de los remedios de que nos servimos contra los artificios del demonio, es una señal visible de nuestros progresos en la victoria contra las tentaciones; pero en este punto conviene no perder de vista tanto nuestra propia fragilidad, como el bien que Dios saca de ella, pues el conocimiento de nuestra flaqueza nos mantiene en la humildad y nos hace más avisados.

Pues bien, para conocer la extensión de las victo-

rias que hayas conseguido contra las tentaciones, debes preguntarte á ti mismo: ¿Querrás cometer la más ligera falta con intención deliberada, ó prefieres la muerte antes que el pecado?

En este último caso no deben turbarte las tentaciones, porque pasarán por tu imaginación sin dejar huella de su paso, y bendice la bondad de Dios que jamás nos obliga á cosas tan difíciles, que pueden pasar moralmente por imposibles.

PUNTO II

Progreso en el amor á los sufrimientos y á la cruz de Cristo.

Considera, para conocer tus adelantamientos en la perfección á que estás obligado, si has hecho buen uso de las cosas que sirven para crucificar y dar muerte á nuestro amor propio. ¿Qué provecho has sacado de las injurias del tiempo, de las enfermedades, trabajos y escaseces, de los defectos de nuestros prójimos, de las ignominias y desprecios inmerecidos, de las tribulaciones con que el Señor se ha servido visitarte?

En este punto, el amor á los sufrimientos puede ser de tres grados. Soportarlos con resignación y paciencia y sin protesta de nuestro corazón. Aceptarlos de buena voluntad, agradeciendo á Dios N. S. el que nos los envíe. Llevarlos con alegría por haber sido juzgados dignos de padecer algo por Dios N. S., y de imitar á Cristo, varón de dolores y Rey divino que tiene por trono una cruz.

En los sufrimientos que experimentamos por medio de nuestros prójimos, no debemos mirar quién es el que nos ofende, sino mirar siempre á Dios en sus criaturas, de las cuales se vale el Señor para mortificarnos y darnos ocasión de merecimientos. Tampoco debemos conservar ninguna aceritud, ni movimiento de cólera ó de venganza contra quien nos mortifique, antes por el contrario, debemos amarle bien y manifestar este amor por medio de beneficios.

Entremos dentro de nuestro corazón y veamos cómo nos conducimos con Dios en nuestras penas y tribulaciones; si las sobrellevamos con valor; si le damos gracias en nuestras adversidades; si tenemos el valor de pedirle que las aumente, y si nos humillamos cuando no sentimos ese deseo.

Debemos, especialmente, examinar qué fruto sacamos de las pruebas que el Señor nos envía. ¿Levantamos nuestro corazón á Dios con la confianza de que es bastante poderoso para proteger á los que ama, diciendo desde lo íntimo de nuestras almas: *Si Dios está con nosotros, quién contra nosotros?* ¿Nos atenemos al juicio de los hombres, ó nos inquietamos por lo que está por venir, redoblando nuestra tristeza con la poca confianza en Dios y con la preocupación de las cosas futuras, añadiendo pena sobre pena? ¿Desistimos de nuestras santas resoluciones, ó abandonamos nuestras prácticas piadosas cuando nos sucede alguna desgracia, ó, por el contrario, aprovechamos la adversidad para redoblar nuestro fervor, siguiendo á san Ignacio de Loyola, cuando, preguntado por el P. Jerónimo Nadal, cuál era el camino más corto para llegar á la perfección, le contestó en estos términos: «El camino que pedís es el de sufrir muchas y muy grandes adversidades por amor á Jesucristo. Pedidle que os conceda esta gracia porque este sólo beneficio de Nuestro Señor comprende otros muchos?»

PUNTO III

Progresos hechos en la práctica de tus ejercicios espirituales.

Para apreciar de un modo seguro si adelantas ó retrocedes en el camino de la perfección, el medio más sencillo es ver cómo haces tus ejercicios espirituales. Porque sabida cosa es que todo nuestro mal proviene en su origen último, de la tibieza y dejadez en esta materia. La experiencia te enseña que tan luego como eres fiel á la práctica de la oración, á los exá-

menes de conciencia, á la lectura de buenos libros, al estudio de tu vida interior, á la frecuencia de los santos sacramentos, todo esto hecho con espíritu de aprovecharte, y con las debidas disposiciones, tú mismo te encuentras otro, más fuerte para las tentaciones, más ágil y pronto para el ejercicio de las virtudes y más iluminado para seguir el sendero de la perfección. Al contrario, la misma experiencia te ha enseñado que apenas aflojas y te descuidas en la práctica de estos santos ejercicios, te ves expuesto á caer en toda suerte de faltas é imperfecciones, y hasta en el olvido de tus más esenciales deberes.

La razón de esto, que todos experimentamos, es muy sencilla. Las luces de lo alto para conocer nuestras obligaciones, para internarnos en el estudio de las verdades de la fe, para conocer á Dios y conocernos á nosotros mismos, sólo las da Nuestro Señor, á quien se las pide en la oración. Y di lo propio de la gracia indispensable para la lucha diaria y constante de la virtud, para renunciarte á ti mismo, para no mirar en las criaturas más que á Dios y amar á Dios en ellas, para imitar á Jesucristo abrazándote con la humillación; para todo esto hace falta gracia, y muy abundante, del cielo; y ese rocío divino sólo se comunica al alma por el canal de la meditación, que es la escala de Jacob que nos pone en comunicación con Dios.

Estudia, pues, cómo haces tus exámenes de conciencia y cómo los hacías antes. Si con más viva fe, más fervor, más atención, y, sobre todo, más fruto, señal es que creces en sabiduría celestial, pues, á no dudarlo, con esas condiciones habrás arrancado no pocos defectos de tu alma.

Haz lo propio con tu oración mental. Si para ella te has preparado mejor, remota y próximamente; si le has dado siempre el tiempo debido; si has trabajado en ella para aplicarte á ti la materia y el fruto que necesitabas sacar; si has conocido y amado más

á Dios ó á Jesucristo, Señor nuestro, y á la Virgen nuestra Madre; si has estimado y deseado más la virtud, la perfección y salvación de tu alma; si has encendido en tu corazón el celo de la gloria de Dios y de la santificación de tus prójimos; si has aprendido á ser más humilde, á detestar más y más al mundo y sus vanidades y locuras, sus máximas anticristianas y sus modas antirracionales y ridículas, al demonio, y sus ardides y malicia, y á la carne y su corrupción y tiranía, clara señal es de que, aunque tú no lo conocieras, adelantas en sabiduría y gracia delante de Dios, que se complacerá con tus esfuerzos, y delante de los hombres, que conocerán ese mismo fruto por tus obras. Pero si ó por desidia, tibieza ó indiferencia dejas tu meditación unos días, la acortas otros, la haces mal todos, con tedio, distracciones voluntarias, sin recogimiento ni fruto; si te examinas poco y mal, de corrida, como de ceremonia, siendo juez harto benigno con tus faltas, de las que ni te arrepientes de veras, ni te enmiendas, puesto que las faltas crecen en número y malicia en vez de disminuir, es evidente que en vez de adelantar con tus prácticas espirituales, retrocedes. Haz el mismo examen de tus lecturas, devociones, uso de sacramentos y demás prácticas y ejercicios piadosos. Ese es el criterio que nunca falla, la piedra de toque de tu aprovechamiento.

¡Cuántos motivos podrás sacar de confusión! ¡Cuántos para temblar delante de Dios por la inmensa responsabilidad que suponen tantas gracias despreciadas! ¡Con muchísimas menos cuántas almas se han santificado! Confúndete y arrepiéntete delante de Dios, prometiéndole ser más fiel á sus inspiraciones y aprovecharte mejor de los medios de tu salvación.

Coloquio.—Señor y Dios mío, cuando entro dentro de mí y veo que en vez de adelantar, cada día retrocedo en el camino de la virtud, tiemblo por mí. ¿Qué he

hecho, Señor, de tantas luces, gracias, inspiraciones, como me habéis comunicado? ¿Dónde está el fruto de tantos ejercicios espirituales? ¿Cómo los habré hecho yo para encontrarme cada día más duro y seco en vuestra presencia, más débil en las tentaciones, más dado al mundo, más enemigo de la cruz y más amigo de mí mismo y de mi carne y sensualidad? Abrid, Señor y Dios mío, los ojos de mi alma, que vea los peligros á que me expone mi tibieza y que empiece desde ahora á serviros como merecéis.

Propósitos.—Saca de este examen de tu conciencia ó meditación práctica, el renovarte por completo en la exactitud y fervor de tus ejercicios espirituales, que ellos te darán fuerza para todo lo demás.

MES DE FEBRERO

DIA PRIMERO

La presencia de Dios como gran medio de aprovechamiento espiritual.

Preludios.—**Mira á Dios N. S. como un vasto océano donde todas las criaturas están abismadas y como penetradas de la esencia de Dios, sin poder jamás salir ni apartarse de El; y pide vivir siempre en la presencia del Señor para adelantar en la virtud y perfección.**

PUNTO I

Obligación que tenemos de ejercitarnos en la práctica de la presencia de Dios.

Considera que la razón y la fe nos manifiestan estas dos verdades: que Dios está en todas partes; que Dios lo ve todo. Está en todas partes, luego debo respetarlo en todas partes; debo, en todas partes, acordarme de la soberanía de su ser y de mi dependencia de su poder infinito. En realidad, no hay lugar alguno en todo el universo que no esté consagrado con la presencia de la Majestad divina, y en cualquier lugar en que me halle, puedo decir como Jacob: *Este lugar es santo y yo no lo sabía* (1), ó por mejor decir, yo no pensaba en ello. Dios está aquí, y yo lo olvidaba, obrando como si Dios no me mirara. El ejercicio de la presencia de Dios es el homenaje legítimo que rindo á su inmensidad. San Agustín se la figuró como un vasto océano donde todas las criaturas están, por decirlo así, abismadas en Dios y penetradas de la esencia divina, sin poder salir jamás

(1) Genes., XXVIII

en presencia de aquel que me ha de condenar, y está dispuesto á pronunciar contra mí la sentencia de condenación, si soy tan temerario que me atreva á cometer este pecado. Ante esta idea no hay tentación que no se venza, impetuosidad que no se detenga, fragilidad ni caída de que no me preserve. Nosotros comunmente no pecamos sino porque perdemos de vista á Dios, y jamás pecaríamos si tuviésemos siempre presente á Dios. Pecar contra Dios, dice san Agustín, es un delito; pero pecar contra Dios á la vista del mismo Dios, es un pecado monstruoso, y habría pocos pecadores que llegasen á tanto, si estuviesen armados de este pensamiento: Dios me mira. Esta es la reprensión que se dió á sí mismo el hijo pródigo, con dolor y con amargura de su alma: *Padre mío, pequé contra el cielo y delante de Vos* (1).

Renueva, pues, el recuerdo de la presencia divina como medio eficacísimo para evitar pecados. Porque ¿quién que advierta cómo se halla ante los divinos ojos, osaría ofender á aquel que en el mismo punto puede arrojarlo en cuerpo y alma á los infiernos? Si vieras á Dios sensiblemente presente con los ojos de la carne, ¿querrías entonces, y aun podrías cometer un pecado? ¿No te conducirías como era justo? Pues con los ojos de la fe ve á Dios con más certeza y claridad presente, que si lo vieras con los ojos del cuerpo. Acuérdate de la presencia divina y no pecarás jamás. Y en efecto, ¿qué es lo que vuelve impecables á los moradores del cielo? ¿No es la visión y amor de Dios con todos sus efectos?

Es, además, un camino breve para llegar á la perfección: este es el que el mismo Dios enseñaba á Abraham, cuando le decía: *Anda en mi presencia, y serás perfecto* (2). Porque la verdadera perfección del cristiano, es hacer bien todas las obras: no hacerlas flojamente, sino con aplicación y fervor. Y

¿qué cosa puede inspirarme más éste fervor en mis obras, animarme más á corregir en mí el desorden de una vida negligente y tibia, que la vista y la presencia de Dios? Dios me está mirando continuamente: ¿puedo con éste pensamiento ser tibio y lánguido en su servicio y en lo que ejecuto por Dios?

Además esta presencia de Dios es una fuente de consuelos para las almas justas, y les comunica fortaleza en los esfuerzos y violencias que les cuesta el subir á la perfección. ¿Qué cosa hay más dulce que éste pensamiento: Dios está conmigo, y con ser Dios tan grande, se emplea en contemplarme y se aplica á favorecerme? Este pensamiento solo ¿no es más que bastante para endulzar todas las penas que se me pueden ofrecer, para fortalecerme en todos los combates, que necesariamente he de sufrir? Este es el fruto de la presencia de Dios. *Los justos,* dice la Escritura, *están llenos de un santo gozo* (1). ¿Y cómo no estarán llenos de gozo, cuando tienen siempre delante de sus ojos á Dios, y ellos mismos están siempre delante de los ojos de Dios? ¿Qué cosa, pues, más deleitosa, más grata, más útil para todo que la divina presencia? ¿No es en verdad, un perpetuo paraíso? Porque Aquel á quien los ángeles y santos contemplan faz á faz; Aquel á quien en realidad poseen en el cielo, á ese mismo con la fe contemplas tú en la tierra, de ese mismo gozas por el amor, y acrecientas los merecimientos para gozarle en la gloria.

Sin el ejercicio de la divina presencia, la misma soledad es peligrosa y suele ser muy nocivo el trato con los hombres. Mas con él todo, lo mismo la acción que la contemplación, nos aprovecha y santifica.

Anímate, pues, á adquirir la costumbre de vivir en presencia de Dios, y trabaja en ello con esfuerzo y diligencia. Cuando la hubieres adquirido, te servirá de protección en los peligros, de luz en las tinieblas,

(1) Ps. LXXXVII.

PUNTO I

Virtudes que ejercitó la Virgen Nuestra Señora en el misterio de la Purificación.

La primera virtud fué, grande amor al recogimiento, con tanto gusto, que cuando la ley no lo mandara, gustara Ella de estar aquellos cuarenta días en su retiro, atendiendo solamente á contemplar las grandezas de su Hijo, con el cual estaba tan contenta que no echaba de menos la compañía de todo el mundo.

La segunda virtud fué, grande amor á la pureza de corazón, dando de ello muestras en que, con ser purísima, gustó de purificarse más.

La tercera fué heroica obediencia; porque con saber que no estaba obligada á guardar esta ley, quiso con todo eso cumplirla enteramente, sin querer excepción ni privilegio, aunque podía lícitamente usarlos.

La cuarta virtud fué, rara humildad en querer ser tratada como quien tenía necesidad de purificarse, mostrando en esto grande amor á la humillación.

La quinta fué grande amor á la pobreza, hermana de la humildad, porque pudiendo quizá con el oro que le dieron los Reyes Magos comprar un cordero y ofrecerle como las mujeres nobles lo hacían, Ella quiso tratarse como pobre y ofrecer el sacrificio que estaba señalado para los pobres, que era dos tórtolas ó dos palominos.

La sexta fué, gran devoción y reverencia con que dió esta ofrenda al sacerdote, pidiéndole con grande humildad rogase á Dios por Ella, siendo ella tal, que podía rogar por todos: y como la azucena dentro de las seis hojas, encierra otras seis varitas con sus pezones dorados, así la Virgen con estas seis virtudes juntaba varios afectos de intención pura de la gloria de Dios, encendidos con el fuego de la caridad, y resplandecientes con el oro de la celestial sa-

bidurla. ¡Oh Virgen sacratísima! gózome de veros tan rica de virtudes, y tan diligente y cuidadosa en ejercitarlas; ahora veo con cuánta verdad *sois una cual entre las espinas* (1). Alcanzadme, Señora, que yo os mire con tal espíritu, que consiga imitar vuestras virtudes.

PUNTO II

La Virgen santísima ofrece al Eterno Padre su divino Hijo.

Mandaba la ley que todos los primogénitos de los hebreos fuesen ofrecidos á Dios en reconocimiento de la merced que les hizo en sacarlos de Egipto, matando en una noche todos los primogénitos de los egipcios. Y en cumplimiento de esta ley, la Virgen Nuestra Señora llevó á su Hijo al templo para ofrecerle al Eterno Padre.

Aquí he de considerar el espíritu de caridad y devoción con que la Virgen hizo esta ofrenda en su nombre, y en nombre de todo el linaje humano, diciendo al Eterno Padre: Veis aquí ¡oh Padre Eterno! á vuestro Hijo unigénito en cuanto Dios, y primogénito mío en cuanto hombre; yo os le ofrezco con todo mi corazón en hacimiento de gracias de habérmele dado, pues no tengo cosa más preciosa que ofreceros, vuestro es, tomadle para Vos, en quien estará más bien empleado que en mí. También os le ofrezco por la salud y redención de todo el mundo en olor de suavidad, y os suplico que, por esta ofrenda divina, perdonéis á todos los mortales y los admitáis en vuestra gracia y amistad.

Luego consideraré el espíritu con que este Niño benditísimo se ofreció á sí mismo en el templo á su Eterno Padre. Veis aquí, diría, Padre Eterno, á vuestro Hijo unigénito, que se hizo hombre para obedeceros, y viene al templo para honraros; aquí me

(1) Cant. II.

presento delante de vuestra Majestad, y me ofrezco á vuestro servicio y al cumplimiento de vuestra voluntad. Yo me ofrezco á morir por todos los hombres, para que mi muerte y el sacrificio de mi sangre aplaque vuestra ira, y libréis á vuestro pueblo de la servidumbre del pecado. De este modo cumplió aquí lo que dice san Pablo: *El que nos amó, y se entregó á sí mismo en hostia y ofrenda á Dios en olor de suavidad* (1).

Después he de imaginar, que aunque Cristo nuestro Señor hizo esta ofrenda por todos los hombres, también la hizo particularmente por mí, teniéndome presente en su memoria y corazón. Y así debo decirle, lleno de amor y gratitud: ¡Oh Padre soberano! con todo el afecto de mi corazón os ofrezco á vuestro Hijo unigénito; y aunque por ser yo el que le ofrezco, merecía ser desechado, por ser tal la ofrenda espero ser admitido. Recibidla, Señor, en olor de suavidad, y por ella concededme perdón de mis pecados, para que con limpio corazón pueda aparecer en vuestra presencia en el templo de vuestra gloria.

PUNTO III

La Virgen santísima rescata á su divino Hijo.

Mandaba también la misma ley que estos primogénitos se redimiesen por cinco siclos, y así redimió la Virgen el suyo, pagándolos al sacerdote, el cual los tomó y le volvió á dar su Hijo. Sobre este paso se ha de considerar quién hace esta venta del Niño, quién le compra, con qué precio y para quién, y qué bienes resultan de ella.

Lo primero consideraré cómo el Padre Eterno, á quien se ofreció este Niño, no quiere quedarse con él, sino de nuevo quiere darle al mundo y á los hombres, y vendérsele para su bien, mostrando en esto su infinita liberalidad y bondad.

Quien le compra y redime es la Virgen, para criarle como á Hijo suyo; pero tampoco se quiere alzar con él, sino criarle para nosotros y comprarle para que se ocupe de nuestro bien.

El precio es no más que cinco siclos. ¡Oh Padre Eterno! ¿Por qué igualáis este primogénito en el precio con los demás? Pero ya veo, Señor, que esto es avisarme, que aunque el nombre de este rescate suena venta y precio, mas no se da sino por gracia, para que yo os las dé sin cesar por esta nueva gracia, por la cual seáis glorificado de todas vuestras criaturas. También puedo ponderar el espíritu que está encerrado en estos cinco siclos, por los cuales se significa el precio con que se compra el oro preciosísimo de la divina sabiduría, que es Cristo, del modo que puede ser comprada. Este precio es la mortificación de los cinco sentidos y los actos de las cinco virtudes, que nos disponen para alcanzar la gracia y la perfección de ella, es á saber: fe viva, temor de Dios, dolor de pecados, confianza en la divina misericordia y propósito eficaz de obedecer á Dios y cumplir en todo su santa voluntad.

Por último, ponderaré el fin para que se redime y compra, que es para ser esclavo y siervo de los hombres, y que se entregue á la muerte por ellos.

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús, cuán de buena gana os dejáis vender y redimir por deshacer con vuestra cuenta la que yo pecando hice de mi alma, y por restaurarla con vuestro rescate, para que sea siempre vuestra! Bendita sea vuestra inmensa caridad, que nunca se harta ni cansa de hacernos bien. ¡Oh alma mía! Alégrate porque la Virgen ha comprado su Hijo para ti; gózate de que Jesús es ya tuyo, pues su Padre te le ha dado por cinco siclos. ¡Oh buen Jesús! Yo soy por esta nueva compra, pues yo me doy por vuestro, y con grande confianza quiero decir: Mi amado para mí y yo para El. Sea, Señor, así, que Vos me dejéis á mí, ni yo jamás os deje á Vos. Oh soberana y tierna Madre nuestra, que tantas y

tan heroicas virtudes practicasteis en vuestra Purificación y en la presentación de vuestro santísimo Hijo en el templo, alcanzadnos de El la gracia de imitarlas para que un día nos alegremos con Vos en el cielo!

Propósitos.—Ofrecer, á imitación de Jesús y de María, sacrificios costosos á nuestra naturaleza, pero agradables á Dios N. S.

3 DE FEBRERO

(Meditaciones sobre la vida oculta de Cristo N. S.)

Vida oculta de Cristo N. S. en la casa de Nazaret.

Preludios.—Contemplar á Cristo N. S. trabajando en la casa de Nazaret, y pedirle gracia para amar la vida oculta é interior.

PUNTO I

Cuán escondida fué la vida de Jesucristo por espacio de treinta años.

Considera cómo este es sin duda uno de los mayores misterios de la vida de Jesucristo; y por desconocidas que nos sean sus circunstancias, no debemos admirarle menos que los misterios que tienen más esplendor á los ojos de los hombres. Jesucristo, que estaba lleno de todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios, que poseía en supremo grado todos los dones de la naturaleza y de la gracia, que podía con sola una palabra conciliarse la veneración de todos los pueblos: un Hombre-Dios, que hasta la edad de treinta años hubiera podido hacer tantas maravillas para gloria de su Padre, si hubiera procurado darse á conocer; que hubiera podido convertir todos los pecadores, todos los idólatras, y dilatar el Evangelio por toda la tierra: este Hombre-Dios, que para esto sólo había sido enviado y había bajado del cielo, se redujo, no obstante, á vivir vida escondida; y de treinta y tres años que había de morar entre

nosotros, pasó los treinta en silencio y soledad, y sólo reservó tres para salir en público y anunciar el reino de Dios.

¿Qué hizo Jesús en estos treinta años de vida retirada? *Estaba sujeto á María y á José.* Esto es lo que nos dice el Evangelio: no sabemos más: y quiso el Señor sepultar en las tinieblas todo lo que hizo, de suerte que Dios solo fuese testigo de sus obras: conducta al parecer muy extraña, pero cuyos secretos no son difíciles de descubrir. Pretendió Jesús reprimir en nosotros el deseo de salir en público y de brillar en el mundo, deseo que nos es tan natural. Pues mira que no es posible que un cristiano sea sólidamente devoto, si es muy dado á las cosas exteriores, y nada hay tan á propósito para moderar esta ansia de mostrarse en público y de distinguirse y brillar, como el ejemplo de un Dios voluntariamente escondido á los ojos del mundo.

Porque este ejemplo me quita todos los pretextos que pudiera tener, y que el amor propio sabe tan ingeniosamente sugerirnos, persuadiéndonos de que en nuestra gloria se interesa la gloria de Dios y la salvación de los prójimos; que es necesario en algunas circunstancias buscar un lucimiento que sirve para mantener la caridad, que un retiro tan grande nos hace inútiles y nos impide lograr los talentos que hemos recibido de Dios. Especiosas razones. ¿Estoy yo en estado de contribuir más á la gloria de Dios que Jesucristo? ¿Conozco mejor lo que conviene y lo que no conviene? ¿Tengo más celo de mantener la fe y la caridad? ¿Tengo talentos más relevantes y de que se deba esperar mayor fruto? Alma frívola y vanidosa! aprende á desengañarte y confundirte. En lugar de estas máximas que me inspira el espíritu mundano, mi Salvador vino á enseñarme un camino del todo contrario, y en el cual debo mantenerme firme: este es, desear ser desconocido de los hombres, no introduciéndome en algún puesto elevado,

sino buscando en cuanto de mí dependa, la humillación y la oscuridad.

Esta debe ser mi disposición, no saliendo al público, sino cuando sea voluntad de Dios N. S. Así será El más glorificado, el mundo quedará más edificado, guardaré mejor el retiro de mi profesión y cumpliré con todas mis obligaciones más fiel y sinceramente. No necesito, pues, más que esperar en paz las órdenes de la Providencia, y cuanto más me permitiere Dios estar oculto, tanto más debo alegrarme y amar mi retiro, diciendo con el Profeta Rey: *Escogí ser abatido y el último en la casa de mi Dios.*

¡Oh Jesús, maestro y Redentor mío! Enséñame la ciencia divina de la vida interior, dame á gustar la oscuridad y el retiro, pues solo en él está la paz de mi alma, y mientras tú no quieras otra cosa, allí está tu gloria, como en tu soledad de Nazaret, estaba la gloria infinita de tu Eterno Padre.

PUNTO II

Ocupaciones de Jesucristo en su vida oculta.

¿Cuáles eran las ocupaciones de Jesucristo en su vida oculta? Si juzgamos sólo por las apariencias, eran ocupaciones humildes y comunes: trabajaba con san José; cuidaba, con María santísima, de las cosas necesarias para el sustento de la sagrada Familia; ejecutaba puntualmente lo que ambos le mandaban, sin omitir ni hacer con negligencia cosa alguna de los menores oficios. ¿Qué empleo era este para el Mesías, para el enviado del Rey de Reyes, para el Hijo único de Dios? No obstante, el Eterno Padre sacaba tanta gloria de estas acciones, como de todo lo más sublime, que el Salvador había de hacer en lo restante de su vida. Dios aceptaba con infinita complacencia estas pequeñas acciones, y viendo á Jesús empleado en tales ejercicios, decía ya, aunque con menos solemnidad que en el día de su Bautismo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido.*

¿Por qué? Porque en todas estas acciones se conformaba Jesucristo con el beneplácito de su Eterno Padre; porque estaban animadas de espíritu interior, y elevadas á fines totalmente divinos; por esto eran tan meritorias delante de Dios, y tan agradables á sus ojos como el sacrificio del Calvario.

Había en aquel tiempo en la tierra príncipes y emperadores; había famosos conquistadores que llenaban el mundo con su nombre, se hablaba de sus empresas, y sus hechos eran ensalzados por todo el mundo; pero en la estimación de Dios todas estas cosas eran nada, porque Dios no era ni el principio ni el fin de ellas. Por el contrario, no se hablaba de Jesucristo, ni era conocido. Estaba en un rincón de Judea, como si allí no estuviese; pero Dios tenía continuamente puestos sus divinos ojos en Jesús, su divino Hijo. Este Señor era objeto digno de la atención de todo el cielo, y no hacía una sola acción que no fuese de valor infinito.

¡Qué dulcísimo consuelo y qué motivo de confianza para una persona espiritual, que por su estado no se emplea más que en ínfimos oficios y de la mayor humillación! Por eso deben animarnos tanto aquellas palabras del Apóstol: *Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios;* porque desde el instante que nuestra vida es vida escondida en Dios, es una vida ajustada á los deseos de Dios, y por consiguiente, vida del todo santa; y pues es una vida escondida con Jesucristo, es también una vida del todo conforme á la de Jesucristo y á su espíritu y á sus sentimientos. ¿Y qué vida para mí más deseable que la que me une de esta suerte con mi Dios, y me hace tan semejante á mi Salvador y á mi divino modelo? Esta vida es propiamente la vida interior, y en vida semejante no hay cosa tan humilde en la apariencia y tan despreciada, que no la deba yo estimar sobre todas las cosas. Sería degenerar mucho de la verdad, si estimase las cosas que ejecuto por otra

regla que por la santidad que hay en ellas, y por la voluntad de Dios que cumplo al hacerlas; con esto todas las cosas, aun las más pequeñas y materiales, son de un valor inestimable, y todas son grandes delante de Dios.

Rectifica, pues, tus máximas y tus ideas y no juzgues de las cosas ni de las acciones por el brillo exterior que pasa luego, sino por el criterio de Dios que es sólo el que sabe pesar y avalorar nuestras obras, y saca de todo esto grande amor á las ocupaciones humildes, que son las mejores y las más seguras.

PUNTO III

De la paz y quietud de la casa de Nazaret.

¿De cuánta quietud estaba acompañado el retiro de Jesucristo? Desconocido del mundo, no estaba expuesto á sus murmuraciones, ni sujeto á sus leyes ni á sus caprichos; en la estrechez de la pobre casa en que estaba encerrado aplicándose á sólo su trabajo, no le tocaba parte alguna de las turbaciones que agitan á todos los hombres; gozaba tranquilamente del silencio y de la calma de la soledad, y sólo se entretenía en el secreto de su alma con su Eterno Padre, de quien recibía las más dulces comunicaciones.

De todos los bienes que podemos desear en la tierra, es cierto que uno de los más preciosos es la paz; pero no es menos cierto que de todos los medios para adquirir esta paz, interior ó exterior, uno de los más seguros es la vida retirada. El mundo es un mar tempestuoso, y el retiro un puerto y asilo en que se vive defendido de todas las tempestades. Esta es la causa por qué aun las personas del mundo estiman en tanto esta vida retirada, que les hace decir en muchas ocasiones, que vivirían más contentos en la soledad, que entre el tumulto y los azares del mundo.

Los más de los mundanos lo dicen así, y en esto dicen más verdad de lo que piensan; pero muy de otra suerte lo dirían, si hubieran conocido por experiencia

las sólidas dulzuras de que goza un alma acostumbrada á vivir sola. Tiene deleitosas ocupaciones: no son brillantes, sino humildes, y por esto le son mucho más agradables: las cumple con fidelidad, sin meterse en otra cosa: de esta suerte no le turba lo que pasa en el mundo: mil sucesos que para otros son fuente de inquietudes, á ella la tienen sin cuidado; comunmente no sabe noticias de la tierra, ni aun quiere saberlas; ¿y cómo ha de inquietar á semejante alma lo que sucede fuera, si apenas sabe lo que pasa cerca de sí? Si no se trata de la caridad, ni del bien de las almas, de nada se informa ni se entromete en cosa alguna.

¡Ah, cuántos vivirían esta vida de paz, si hubieran empezado con tiempo á saborear sus delicias y hubieran sabido encerrarse dentro de sí mismos! Pero parece que muchos no podemos vivir sino derramados al exterior, y no sabemos morar con nosotros mismos. ¡Terrible desgracia, llena de inquietudes y peligros! Algunos hay que en todo se mezclan, y no pueden dejar de hallarse en todas partes; si se les quita este bullicioso vivir, sienten pena; y si se les deja seguir su impetuosidad natural é ir adonde los arrebata, allí encontrarán su ruina; porque no es posible que la diversidad de objetos, los diversos intereses en que se mezclan, no exciten muchos deseos y pasiones, que turban la paz del corazón. El retiro se hace más dulce cuanto más se guarda: pero dejándole frecuentemente ó por mucho tiempo, se hace insoportable. Es necesario, no obstante, volver á él, porque sin él es imposible pensar en santificarme ni en disfrutar la paz del corazón. ¿Para qué buscar fuera de mí la felicidad, cuando con Dios y con su gracia puedo hallarla dentro de mí y en medio de mí mismo?

Volveré, pues, á vivir dentro de mi interior, haciendo en mi corazón una secreta morada, donde viva sólo con Dios, y de donde no saldré sino cuando y

porque Dios quiera; pero volviendo á ella siempre, apenas acabe de cumplir la voluntad del Señor.

Coloquio.—Seáis eternamente bendito, Señor, por la misericordia que me habéis hecho, dándome á conocer la importancia del retiro, dentro de mi corazón: él es lugar de seguridad para mí y habitación de paz por todo el tiempo de esta vida presente. Verdad es, Señor, que es menester tener en el retiro algún atractivo y algún gusto; pero este gusto del retiro es una de las gracias que he de recibir de Vos. Desasid mi corazón de todos los vanos pasatiempos y diversiones que pueden distraerle. Vos, Dios mío, no me faltaréis en la vida oculta: yo os encontraré en ella y si os tengo á Vos, ¿qué más tengo que desear? ¿Dónde estaré bien sin Vos? ¿Qué me importa no ser conocido del mundo, si Vos me honráis con vuestra divina presencia? Vos sólo seréis para mí todas las cosas; y en mi retiro estaré más dispuesto, para deciros sin cesar con el mismo consuelo, lo que os decía uno de nuestros más grandes amigos: «Dios mío y todas las cosas.»

Propósitos.—Huir cada día más y más del mundo, en cuanto nuestros deberes lo permitan, y procurar vivir con nosotros, en vez de vivir inútilmente con los demás y sólo para los demás.

4 DE FEBRERO

Vida interior de Jesucristo en la casa de Nazaret.

Preludios.—Entra con la consideración en el divino sagrario del interior de Jesucristo, penetra en los íntimos senos de su divino Corazón; y pídele te revista de sus afectos é intenciones para salir algún tanto semejante al eterno modelo de todos los santos.

PUNTO I

El entendimiento de Jesucristo en su vida oculta.

En el alma de Jesucristo N. S. existen tres especies de operaciones: las del entendimiento, las del

corazón, y las de aquella facultad que tiene el alma para mover las potencias sensibles y producir obras exteriores. Considerémoslas separadamente.

¿Qué pensaba, qué juicio formaba Jesús de todo cuanto existe? Todos sus pensamientos eran de Dios y para Dios. Las cosas exteriores no le afectaban sino en cuanto tienen relación con Dios. En todas las criaturas, y aun en sí mismo, como en un espejo miraba á todas horas el poder, la grandeza, la sabiduría divina. Todos los proyectos, todos los propósitos que formaba iban dirigidos únicamente á la gloria de Dios, y de aquí procedía aquella facilidad que tenía de pasar las noches enteras en comunicación con Dios sin distracciones y sin cansancio, y de permanecer siempre unido con Dios en medio de los trabajos; de aquí que pasase sin violencia alguna del trabajo á la oración y de la oración al trabajo.

El primer paso de nuestra vida interior, es esforzarnos generosamente por imitar á Jesús. La inutilidad de tantos pensamientos vanos, á los cuales nos entregamos voluntariamente, es la causa de ese torbellino de distracciones, en que se agita nuestra alma, en aquellos momentos en que deberíamos recogernos con santa quietud en la presencia de Dios. Y no se trata ahora de pensamientos malos ó peligrosos, porque conocemos bien toda su malicia y sus funestas consecuencias, pero aparte de que la inmortificación de los pensamientos inútiles es la simiente de los pensamientos malos, ya que tan fácilmente pasamos de unos á otros, ¿podríamos decir que amamos á Dios con todo nuestro entendimiento, cuando le permitimos ocuparse en cosas que no tienen relación con Dios? El cuidado exterior sirve de poco, cuando no procuramos tener el espíritu recogido; y si en los momentos en que nos dejamos llevar de nuestra imaginación, no pensamos en pecados, pensamos en cosas que nos halagan; y sabido es que las pasiones no se alimentan tanto con las ideas de objetos dis-

tantes, como con la satisfacción que les producen los pensamientos que las halagan por el momento.

Nunca tendremos espíritu de oración, si carecemos del espíritu de santo recogimiento, ¡y qué pérdida tan grande para nosotros, si como fruto de nuestra oración no nos imponemos el deber de no apartar nunca de Dios nuestro pensamiento! Se teme el cansancio y el fastidio, si se piensa siempre en Dios ó en las cosas santas, pero este hastío de los primeros momentos se convierte pronto en una costumbre dichosa, que acaba por ser el consuelo de nuestra vida. Se dice también que el alma de Jesucristo unida esencialmente con Dios, no podía separar de El sus pensamientos. Así es verdad, pero á pesar de todo, Jesús no dejaba nunca de aprovechar todos los medios exteriores que podían llevarle á la unión con su Eterno Padre. El alejamiento del mundo y el silencio, son siempre cosas en que debemos imitarle; la gracia ayudará los esfuerzos de nuestra voluntad, y de este modo se realizará una unión tan íntima de nuestra alma con Dios, como era la unión del alma del Salvador con su Padre celestial, en cuanto la capacidad de nuestro ser lo consiente. Así lo experimentaron los santos, en los cuales la presencia de Dios venía á constituir como una segunda naturaleza.

Y con estos pensamientos, ¿cuáles eran los juicios del Hijo de Dios sobre todas las cosas? *Yo juzgo*, decía él, *según lo que conozco* (1). ¿Y qué era lo que conocía? ¿Qué era lo que El consultaba á todas horas? Consultaba el parecer de Dios sobre cada cosa, sobre cada persona y sobre cada acontecimiento, para formar según El la regla de sus juicios, siempre rectos, siempre invariables y siempre exentos de todo error. Nosotros juzgamos por lo que perciben nuestros sentidos, ó lo que finge nuestra imaginación, ó según lo que nos inspiran nuestras propias pasiones,

si no es que nos dejamos llevar por los juicios de los demás, tan falaces como los nuestros. Y formados así nuestros juicios, ¿podemos admirarnos de que sean tan diferentes de los juicios de Jesucristo, de que nosotros llamemos bueno á lo que El llama malo, ó de que despreciemos lo que El considera de la mayor importancia y pongamos nuestro corazón en lo que El desprecia? Y, sin embargo, nos es necesario acomodarnos en todo á este divino modelo; en vano trataremos de arreglar nuestro corazón y nuestras acciones si no comenzamos por arreglar nuestras ideas y nuestros juicios. Acostumbrémonos á hacer dentro de nosotros mismos como un consejo entre Dios y nosotros, y siempre que hayamos de tomar una resolución, preguntemos y oigamos á Dios. De este modo será como juzgaremos las cosas en la hora de la muerte, delante del tribunal de Jesucristo, por toda la eternidad; así las juzgan ya los que pasaron delante de nosotros, y que, como nosotros, se dejaron seducir por las cosas de este mundo.

PUNTO II

El corazón de Jesucristo en su vida oculta.

¿Cuáles eran sus afectos? ¿Qué es lo que El amaba? ¿Qué deseaba? ¿Qué sentía? Mejor dicho: estando Jesucristo unido íntimamente con Dios con el alma y el entendimiento, ¿qué podía sentir? ¿Qué podía amar ó desear? Glorificar á Dios, su Padre celestial; reparar las injurias hechas á su Majestad divina; cumplir todos los designios de su voluntad; verle conocido, amado, adorado por todas las criaturas; todos los movimientos de su corazón iban dirigidos á este objeto; no tenía temores, ni esperanza, ni alegría, ni tristeza, ni dolor, ni consuelo, ni actividad, ni descanso que no tuviese relación con este fin; esto era lo que El llamaba su alimento. Un hombre que por largo tiempo ha sentido un hambre cruel y una sed muy ardiente, no experimenta mayor consuelo al en-

contrar alimentos agradables y una fuente de agua viva, que el que sentía el corazón de Jesucristo siempre que podía demostrar á su Eterno Padre los transportes y los anhelos de su amor. Jamás escuchó la voz de la naturaleza, ni tuvo en cuenta sus repugnancias; abandonar el cielo, vivir en la pobreza y en los trabajos, morir en la cruz; buscar, reconciliar, salvar á los hombres, á los que tanto amaba su Padre celestial; que su Padre fuese glorificado, esto era todo para El; lo demás todo era insípido, enojoso, insoportable para su vida.

¡Ah! ¡Quién me diera un corazón semejante al suyo! Todo mi descanso, todo mi consuelo será en adelante amar á Dios, unirme con Dios, obrar y sufrir para la gloria de Dios, y no tendré más inquietudes que las que me cause el anhelo por conseguirlo. ¡Ah! ¿Qué es un corazón tan pequeño como el mío para un Dios tan grande? Y ¿consentiré que todavía esté dividido entre El y las criaturas? ¿Permitiré que se impresione, que se aflija, que se alegre ó se entristezca por cosas tan vanas é inútiles? Necesitamos muchos días, á veces años para consolarnos de una pequeña desgracia; la pérdida, la ausencia, la indiferencia de un amigo nos inquieta y nos desespera; una empresa que halaga nuestra vanidad, ó la ambición, nos quitan el descanso y nos hacen olvidar nuestros deberes; un acontecimiento feliz nos alegra, nos satisface y tranquiliza. Para Dios no tenemos más que tibieza; miramos con indiferencia lo que se refiere á su gloria y á nuestra perfección, y necesitamos de toda la fuerza de nuestra fe y de profundas reflexiones para formar un ligero acto de dolor, cuando vemos que se le ofende, ó le ofendemos nosotros mismos. ¿Qué género de amor es este que no sabe enternecerse, ni animarse, ni padecer, ni inquietarse por un objeto tan digno de todos los afectos? ¿Y diremos todavía que Dios ocupa el primer lugar en nuestro corazón?

De ordinario no vemos en la sagrada persona de

Jesús otra cosa más que su aspecto exterior que impresiona nuestros sentidos: tiempo es ya de que adoremos los sentimientos íntimos, el celo ardiente por la gloria de Dios, la caridad inmensa que ardía en su Corazón, desde el instante en que el Padre le declaró su designio de salvarnos. Adoremos é imitemos. Amémosle á El y todo cuanto El ama: de esto depende principalmente toda nuestra perfección. Toda la belleza moral del hombre se funda en formarse un corazón recto y bueno, y un corazón así formado influirá sobre nuestras obras exteriores, como el Corazón de Jesús hizo todas las suyas, tan perfectas y tan dignas de Dios.

PUNTO III

Principios de las obras exteriores de Jesucristo.

¿Qué impulso era el que movía á Jesús en todos los actos de su vida? Siempre un principio divino. Dice san Pablo, hablando de los justos, que los que se dejan llevar por el Espíritu Santo son los verdaderos Hijos de Dios, y estas palabras convienen de un modo especial á Jesucristo. El hablaba, trabajaba, oraba, pero puede decirse que era el Espíritu de Dios el que oraba, trabajaba y hablaba en El. «Yo no hago nada por mí mismo, decía á sus discípulos, yo nada puedo hacer; no he venido á vosotros ni hablo nunca por mí mismo; el Padre es el que habita en mí, el que hace todas las cosas.» Para ser semejantes interiormente á Jesucristo no basta conservarse en estado de gracia, sino que es necesario obrar en virtud de ese espíritu de la gracia, que es, por decirlo así, la fuerza que debe conducirnos como los animales misteriosos de Ezequiel, de los que está escrito, que eran llevados en su carrera por la impetuosidad del espíritu. Nunca debemos adelantarnos, sino esperar y seguir cuando haya llegado á nosotros el impulso de ese Espíritu; suspender, reprimir, mortificar la actividad natural hasta que Dios nos declare su volun-

tad, por decirlo así, y dejar que El nos manifieste en cada momento lo que hemos de hacer ó decir, según la circunstancias, y hasta en aquellas mismas obligaciones ó deberes que halagan nuestras inclinaciones, no buscar otra cosa más que la voluntad de Dios, que las ordena, estando siempre dispuestos á interrumpirlas, si Dios nos llama á otras ocupaciones, aunque éstas repugnen á nuestros deseos; en una palabra, no ser otra cosa más que como un instrumento de las operaciones divinas, y permanecer siempre indiferentes en sus manos para que El haga de nosotros lo que quiera.

Este cuidado de vivir en gracia y de dejarse mover únicamente por la gracia, es el que convierte nuestras acciones, aun las más pequeñas, en otras tantas acciones divinas, porque realmente hay en ellas muy poco nuestro, puesto que lo principal es de Dios. Un suspiro, una palabra, una elevación del espíritu, vienen á ser de este modo obras de más merito, que las cosas más difíciles, inspiradas por un fervor mezclado con nuestra voluntad propia. Esta unión con la gracia es la que da tanta eficacia para la salvación de las almas á las palabras de los hombres verdaderamente apostólicos, porque no son ellos los que hablan, sino que es el Espíritu Santo el que habla en ellos. Pero ¡ay! ¿quiénes son los que procuran vivir unidos de esta manera con el Espíritu de Dios? Nos contentamos con ofrecer á Dios nuestras acciones, y no consideramos que esta disposición del corazón exige frecuentemente que la manifestemos en nuestras palabras: decimos que queremos agradarle, pero ha de ser en las cosas que nosotros escogemos, según nuestro gusto particular, y sin renunciar á todo otro deseo, aunque sepamos que no agrada á Dios.

Amar á Dios, como Jesucristo, con todas nuestras fuerzas, quiere decir algo más que todo esto; es necesario que sea un amor perfecto, el que dirija todos los esfuerzos de nuestra voluntad á cumplir lo que

Dios quiere, y sin otra razón que la de la voluntad divina. Emprendamos desde ahora esa manera noble y generosa de proceder, y arranquemos de nuestra alma todo lo que pueda serle contrario; dejemos que la naturaleza se queje al ver que la despojamos de todo lo que no es Dios; probémonos con frecuencia, sondeemos nuestro corazón y veamos si es Dios solo el que nos mueve, y si en nuestros trabajos y empresas no buscamos más que á El. Reprimamos nuestros arrebatos y nuestras impetuosidades naturales, cuando sintamos las primeras impresiones del amor propio, y sea siempre el amor de Dios el que inspire nuestras obras. Es posible que en los primeros momentos nos sea muy amargo este alimento; pero este es el maná escondido, que Dios promete á las almas generosas, y, por muy escondido que esté, siempre será un maná que con su misma dulzura hará aborrecer todos los demás alimentos.

Coloquio.—He comenzado á amaros demasiado tarde, Dios mío; os he amado muy poco hasta ahora; quitadme este corazón de piedra y dadme un corazón más sensible; ó más bien: dadme un corazón de piedra para todo lo que no sois Vos, y dadme para Vos un corazón tierno y generoso; transformad mi entendimiento y mi corazón en el de vuestro Hijo, y haced que yo entienda y cumpla el misterio de aquellas admirables palabras: «¡Oh! si entraseis una vez siquiera en el interior de Jesucristo». Introducidme Vos en ese santuario; que en él se apacigüen todas mis inquietudes; que mis cuidados, mis penas y mis imperfecciones sean consumidas en ese horno de amor.

Propósitos.—Procurar vivir, por el silencio exterior y recogimiento de los sentidos, dentro del corazón de nuestro amado Jesús.

tad, por decirlo así, y dejar que El nos manifieste en cada momento lo que hemos de hacer ó decir, según la circunstancias, y hasta en aquellas mismas obligaciones ó deberes que halagan nuestras inclinaciones, no buscar otra cosa más que la voluntad de Dios, que las ordena, estando siempre dispuestos á interrumpirlas, si Dios nos llama á otras ocupaciones, aunque éstas repugnen á nuestros deseos; en una palabra, no ser otra cosa más que como un instrumento de las operaciones divinas, y permanecer siempre indiferentes en sus manos para que El haga de nosotros lo que quiera.

Este cuidado de vivir en gracia y de dejarse mover únicamente por la gracia, es el que convierte nuestras acciones, aun las más pequeñas, en otras tantas acciones divinas, porque realmente hay en ellas muy poco nuestro, puesto que lo principal es de Dios. Un suspiro, una palabra, una elevación del espíritu, vienen á ser de este modo obras de más merito, que las cosas más difíciles, inspiradas por un fervor mezclado con nuestra voluntad propia. Esta unión con la gracia es la que da tanta eficacia para la salvación de las almas á las palabras de los hombres verdaderamente apostólicos, porque no son ellos los que hablan, sino que es el Espíritu Santo el que habla en ellos. Pero ¡ay! ¿quiénes son los que procuran vivir unidos de esta manera con el Espíritu de Dios? Nos contentamos con ofrecer á Dios nuestras acciones, y no consideramos que esta disposición del corazón exige frecuentemente que la manifestemos en nuestras palabras: decimos que queremos agradarle, pero ha de ser en las cosas que nosotros escogemos, según nuestro gusto particular, y sin renunciar á todo otro deseo, aunque sepamos que no agrada á Dios.

Amar á Dios, como Jesucristo, con todas nuestras fuerzas, quiere decir algo más que todo esto; es necesario que sea un amor perfecto, el que dirija todos los esfuerzos de nuestra voluntad á cumplir lo que

Dios quiere, y sin otra razón que la de la voluntad divina. Emprendamos desde ahora esa manera noble y generosa de proceder, y arranquemos de nuestra alma todo lo que pueda serle contrario; dejemos que la naturaleza se queje al ver que la despojamos de todo lo que no es Dios; probémonos con frecuencia, sondeemos nuestro corazón y veamos si es Dios solo el que nos mueve, y si en nuestros trabajos y empresas no buscamos más que á El. Reprimamos nuestros arrebatos y nuestras impetuosidades naturales, cuando sintamos las primeras impresiones del amor propio, y sea siempre el amor de Dios el que inspire nuestras obras. Es posible que en los primeros momentos nos sea muy amargo este alimento; pero este es el maná escondido, que Dios promete á las almas generosas, y, por muy escondido que esté, siempre será un maná que con su misma dulzura hará aborrecer todos los demás alimentos.

Coloquio.—He comenzado á amaros demasiado tarde, Dios mío; os he amado muy poco hasta ahora; quitadme este corazón de piedra y dadme un corazón más sensible; ó más bien: dadme un corazón de piedra para todo lo que no sois Vos, y dadme para Vos un corazón tierno y generoso; transformad mi entendimiento y mi corazón en el de vuestro Hijo, y haced que yo entienda y cumpla el misterio de aquellas admirables palabras: «¡Oh! si entraseis una vez siquiera en el interior de Jesucristo». Introducidme Vos en ese santuario; que en él se apacigüen todas mis inquietudes; que mis cuidados, mis penas y mis imperfecciones sean consumidas en ese horno de amor.

Propósitos.—Procurar vivir, por el silencio exterior y recogimiento de los sentidos, dentro del corazón de nuestro amado Jesús.

5 DE FEBRERO

La casa de Nazaret, escuela de recogimiento y soledad.

Preludios.—Entra con el espíritu y el deseo en aquella casa de Nazaret, admira el silencio y la paz que allí reina, y pide amor al recogimiento de tu corazón.

PUNTO I

Jesucristo, en la casa de Nazaret, modelo divino de soledad y recogimiento.

Considera que el Verbo de Dios había permanecido en el seno del Padre, durante toda la eternidad, en éxtasis eterno de recogimiento y contemplación. Hecho hombre en el tiempo, se oculta en el seno de una Virgen, en donde se ofrece á su Padre, lo adora y se anonada en su presencia. Nace al mundo, pero no tiene más afán que ocultarse y vivir en el silencio y la obscuridad, y sólo se manifiesta para cumplir la voluntad del Padre y salvar á los hombres. Tres años sólo predica, y treinta permanece callado en un rincón de la tierra, El, que es el Verbo de Dios, El que con una palabra podía convertir al mundo, prefiriendo la vida de silencio y de obscuridad á los mayores prodigios que podría realizar; El, que era la palabra eterna, la esperanza de las naciones.

Entra en la casa de Nazaret, y allí aprende á callar y á hablar con Dios y con los hombres. Considera el silencio sublime, como el de un santuario, que allí reina, no interrumpido sino por palabras necesarias de caridad, de unción, de paz, de alegría en los trabajos y las penas, de perpetua conformidad con la voluntad divina. Que si san Pablo decía que su conversación estaba en los cielos, cuánto más celestiales serían las pláticas de la sagrada Familia y las de aquella casita, cielo abreviado, en donde estaba Dios con los hombres, y los hombres vivían amando

y contemplando á Dios, como en el cielo los Santos. Respira aquella atmósfera divina; contempla despacio las personas; oye las pocas y santas palabras que allí se pronuncian, en que no hay una ociosa, ni menos imperfecta, y todas son ó útiles ó necesarias; ve las acciones, humildes á los ojos de los hombres, que sólo juzgan de lo exterior, pero de grandísimo mérito ante Dios, que sólo mira el corazón.

¡Oh divina casa de Nazaret, precioso oriente, desde donde el Sol de Justicia envía á todas las almas rayos de amor y de celestial doctrina! ¡Quién me diera vivir siempre en esa soledad y recogimiento, para el alma mucho más hermoso y placentero que todas las reuniones del mundo!

No te maravilles, de que pasara Nuestro Señor tantos años en la soledad y no se manifestara al mundo sino después de mucho tiempo. Era sumamente necesario para nosotros este ejemplo divino, de amor á la soledad y al retiro, porque los hombres sin el amor á la soledad se derraman por completo á las cosas exteriores, se desvían del camino de la virtud, se exponen á mil peligros y como con el estrépito continuo y atención á lo exterior no atienden á las inspiraciones de la gracia, ni oyen la voz de Dios, de aquí que vayan resbalando de error en error y de pecado en pecado, hasta hacer infructuosos todos los medios de salvación y perfección. A eso tiende el ejemplo de la vida interior y oculta de Cristo N. S.; á enseñar á los hombres á huir del mundo, si quieren marchar por el camino seguro de la salvación. Lo que brilla y resuena, lo que de alguna manera excita la atención ó admiración de los hombres, eso suele ser lo que nos atrae. Pero, ¡cuánto error! ¡Cuánta ilusión!

Buscas la paz y el placer en medio del bullicio, y en él no encuentras sino dolor y aflicción de espíritu. Para participar de la espiritual quietud de la casa de Nazaret, preciso es que te aficiones á no tratar con

los hombres más que lo necesario para su salvación y la tuya, y que te aficiones mucho á la soledad, porque ella es la guardadora de la inocencia, la morada de la paz, la mansión de la vida interior, la escuela de la santidad, el lugar de los secretos celestiales y el medio escogido para la divina comunicación. Si quieres gozar de tantos bienes, ama la soledad, que Dios te llamará á ella frecuentemente y te conducirá al retiro para hablar en él á tu corazón.

Entra dentro de ti y examina y ve cuán derramado está tu corazón á cosas exteriores, cuán poco amas la soledad de tu corazón y cuánto el trato de los hombres, y no te extrañe luego encontrarte tan seco y árido en la oración y trato con Dios. Arrepiéntete á los pies de Cristo N. S., y ofrécele vivir más con El en la casa de Nazaret.

PUNTO II

De los bienes de la soledad interior.

Considera que si quieres adelantar en virtud, es preciso que empieces por amar la soledad y por huir del bullicio del mundo. Es cierto que la perfección consiste, sobre todo, en cumplir la voluntad de Dios, pero sin el amor á la soledad ni suele el hombre conocer la voluntad divina, ni pensar en las cosas de su alma, ni aun siquiera permanecer en gracia de Dios. Por eso registra la vida de los santos y no encontrarás ninguno que no haya amado la soledad y que no haya empezado á ser santo en la soledad y en el retiro.

Recuerda que la soledad que deben amar todos los hombres es relativa al estado y condición de cada uno, y así lo que en uno sería laudable, en otro parecería reprensible. Mas hay una norma cierta y verdadera para toda alma fiel, en cualquier estado ó condición en que viviere: amar de tal manera la soledad, que después de cumplir debidamente cuanto exigiere su obligación de tratar con los hombres, se aparte con

Dios de las muchedumbres y se recoja á El hasta que la divina voluntad la llamare á otra parte. Si te sustrajeres de conversaciones ociosas y pasatiempos superfluos, de vanas y pecaminosas murmuraciones, del mundo y de negocios que en nada te interesan, ya encontrarías á menudo tiempo para tratar en la soledad con Dios. ¡Cuántas veces te excusas con que no tienes tiempo para tus ejercicios piadosos, y luego pierdes horas y días enteros en todo lo que disipa tu corazón y tus sentidos!

Si quieres, pues, tener vida de espíritu, procura siempre que puedas, recogerte á la soledad, la cual es como enfermería del médico del cielo, donde se han de curar todos los que salen heridos de la guerra de las pasiones.

Considera, para aficionarte á ella, que su eficacia consiste en dos cosas. En que nos limpia de las culpas pasadas y nos guarda de las venideras, apartándonos de la ocasión. Recuerda para lo primero lo que dice el Kempis (1). «Ninguno es digno de consolación celestial sino el que se ejercita con diligencia en la santa contrición, y si quieres arrepentirte de corazón, entra en tu retraimiento.» Allí, en efecto, halla el alma arroyos de lágrimas con que se lava todas las noches, para que sea tanto más familiar á su Dios cuanto más se desvía del tumulto del siglo. Ayuda también la soledad para no cometer otras culpas de nuevo, porque nuestras pasiones tanto son más dificultosas de vencer, cuanto más se irritan con las ocasiones. Haz que no entre por las puertas de los sentidos algo que despierte é irrite estas fieras que tenemos encerradas dentro de nosotros, las cuales, sólo se sustentan de lo que se ve, se oye y se habla y quitándoles ese sustento, se enflaquecen y pierden sus fuerzas para derribarnos. ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene desear ni tener? El mundo pasa y sus delei-

(1) Lib. I, c, 21.

tes y algazaras, sus fiestas y sus teatros, sus modas y locas vanidades; pero pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino derramamiento de corazón y pesadumbre de conciencia? La salida alegre, muchas veces, causa triste y desconsolada vuelta, y la alegre tarde hace triste mañana, y todo gozo carnal entra blando, mas al cabo muerde y mata. Date además la soledad para purificar y perfeccionar tu espíritu, el tiempo que ahora te roban mil pláticas ó malas ó vanas, ó inútiles negocios: te da ánimo quieto, no turbado por el tropel de pensamientos de lo que se ve y se oye, entendimiento alumbrado con luz limpísima, no mezclada con las nieblas del mundo, y voluntad desapasionada para elegir en todo lo que fuera á mejor servicio y gloria divina.

Convéncete, pues, de que es imposible que estés á un mismo tiempo con Dios y con los hombres. Para gozar de la presencia de Dios, es necesario que huyas de las conversaciones mundanas, porque haciendo el mundo tanto ruído alrededor del corazón, nos impide que oigamos la palabra de Dios y sus inspiraciones. Jamás se manifiesta Dios, sino en la soledad; allí ha hecho caer el maná, ha dado la ley, y en cierto modo se ha hecho visible. En el desierto multiplicó los panes, y se transfiguró á la vista de sus discípulos. En el retiro del mundo, en el sueño de los sentidos, en el silencio de las pasiones, el esposo divino habla al alma.

Apártate, pues, de las criaturas, si quieres que Dios te visite; haz que callen ellas, si quieres que Dios te hable; y quita de tu corazón todo afecto criado, si quieres vivir para Dios. ¿En qué soledad te hallas? ¿Te has apartado de todas las compañías ociosas? ¿Huyes de conversaciones inútiles y de vanos tratos del siglo? Mas ¿por qué gustas de estar siempre hablando y no puedes mantenerte ni un rato siquiera en soledad y en silencio? ¿Por qué el retiro de una sola hora de oración te parece un suplicio intole-

rable? ¡Qué confusión de pensamientos traes en tu mente! ¿Por ventura eres solitario de corazón? ¡Pobre corazón el tuyo! Jamás se halla consigo, y siempre fuera de sí mismo; corre por todo el mundo, y no encuentra lugar en donde esté más inquieto que en tu pecho. ¡Oh, cuántos deseos le despedazan y le atormentan!

Propón no tratar con los hombres más que lo necesario, y tratar con Dios y contigo todo lo posible, y veras cómo logras la paz de tu alma, el poder entrar fácilmente en la oración y progresar más en la virtud.

PUNTO III

De los bienes del silencio.

Considera que el silencio es el sustituto de la soledad, y no menos que ésta es medicina general para las pasiones y vicios de tu alma. Porque no refrenamos la lengua, ni amamos el silencio interior ni exterior, sino que hablamos mucho, con frivolidad, y poca caridad, dando pábulo á la envidia, á la murmuración, á la lisonja, á la vanidad, y á mil pecados que tienen en la lengua su asiento y su raíz; por eso dice el Apóstol Santiago, ofendemos en muchas cosas; pero si se hallare alguno que no ofenda en las palabras, este es sin duda varón perfecto, porque siendo señor de su lengua, lo es también de todas sus acciones, y gobernando su lengua como con un freno, gobernará también todo su cuerpo. Y si no, mira lo que pasa con los caballos, que poniéndoles un freno en la boca los tiramos á nuestra voluntad por donde queremos; y lo que es más, las naves, siendo tan grandes y movidas de vientos tan poderosos, con todo eso son llevadas de una parte á otra con un pequeño gobernalle ó timón, donde y como quiere el que las gobierna; así también la lengua, aunque es en sí misma un miembro pequeño del cuerpo, no son peque-

ños, sino grandes los efectos que hace. ¿Qué cosa se podía decir más á propósito para probar que de sólo el gobierno de la lengua depende el gobierno de todas las acciones, y que sólo con poner freno en la lengua se enfrenan todas las pasiones para obedecer á la razón? Y por el contrario, el desorden de la lengua levanta una llama dentro de nosotros, que dificultosamente se puede apagar. ¿No ves, dice el mismo Apóstol Santiago, cómo un pequeñito fuego es bastante para abrasar una grande selva? Pues nuestra lengua es fuego, que aunque en la cantidad es pequeño, en la fuerza y eficacia contiene en sí todas las maldades y todos los pecados.

Y es así verdad, que la muchedumbre de pasiones y deseos de nuestro corazón, es como una selva, que entre tanto que callamos es leña seca, pero no encendida; mas en hablando de las cosas que amamos ó aborrecemos, de las que deseamos ó tememos, se despiertan tanto los pensamientos, y se avivan tanto los deseos, y se enfrenan tanto las pasiones, que parece que se abrasa una selva entera dentro de nosotros; y apenas, y con mucho trabajo, callando no podemos apagar aquel fuego ni aquietar el corazón. Bien dijo san Ambrosio, que el que peca de mucho hablar, es menester que se recoja y se encierre dentro de los términos de su corriente y de las márgenes de su ribera. El río que sale de madre presto se enturbia, y recoge todo el lodo y las inmundicias por donde pasa. Y es mucho de notar, que la primera comparación de que usó Santiago es del fuego, y ésta de san Ambrosio es del agua, y los dos elementos, por ser furiosos, declaran bien la propiedad de la lengua. ¿Qué cosa más temerosa que un río arrebatado que sale de madre? Roba las mieses, ahoga los ganados, derriba las casas y recoge y lleva tras sí toda la basura que halla; y una lengua habladora que sale de regla hace estos daños y mayores, porque ahoga los buenos pensamientos, asuela las virtu-

des, hace furiosa la ira y remueve cuanto cieno hay en el corazon.

Si no, mira y espántate de los horrores que con la lengua causan los hombres, ofendiendo con ella más que con venenos y puñales á ausentes y presentes, á muertos y á vivos; con blasfemias á Dios N. S.; con calumnias, sarcasmos, ironías y toda clase de desprecios, á la caridad; con deshonestidades á la pureza; con perjurios á la justicia; con mentiras á la verdad, en una palabra, no hay virtud en el cielo ni en la tierra que una mala lengua no ultraje y no manche y deshonre. Toma odio á los infinitos vicios y pecados de la lengua, domina la tuya, hablando siempre con número, peso y medida, y evitarás muchedumbre de faltas y empezarás á ser persona sólidamente devota y recogida.

Coloquio.—¡Oh santa soledad, cuántos y cuán excelentes bienes encierras! ¿Lo has comprendido bien, alma mía? Vuela, pues, con frecuencia á la soledad; vuela á ella en cuanto te fuere permitido; acógete á ella unos momentos durante el tumulto exterior, pero más con el corazón que con el cuerpo. Respira allí descansada, recobra fuerzas y gracia, ocúpate con tu Amado entre los ángeles. ¡Oh Jesús dulcísimo, Amado de mi corazón! Concédeme y mantenme en el amor á la soledad, para que allí te encuentre y te goce y sea contigo dichoso. Porque tu conversación no causa, como la humana, amargura, ni tu trato hastío, sino alegría espiritual, gozo puro y divina dulcedumbre.

Propósitos.—Si quieres recibir y conservar el espíritu interior, habla poco y nunca de ti; habla con voz baja; habla sin pasión; habla con madurez; no hables sin necesidad; nunca hables contra la caridad; habla con mansedumbre; habla con candor, y con sencilla ingenuidad; sin doblez, sin afectación, sin precipitación, sin vanidad; habla cuando sea necesario que hables, y observa silencio cuando convenga guardarle. Ese debe ser el fruto de esta meditación.

en el amor. Nada más dulce que el amor fraternal, ni más íntimo que el vínculo que une á los hermanos entre sí. Este título no es un nombre vano en su boca, pues viene al mundo á hacernos herederos con El del reino eterno. Semejante largueza nos parecerá más generosa aún, si consideramos que no la hemos merecido de manera alguna, sino que antes bien la hemos desmerecido por la indigna bajeza é ingratitud con que le habíamos de tratar; pues le habíamos de despreciar y entregar á la muerte, al paso que este Señor nos amaba, buscaba y rescataba del infierno, y de pobres desterrados que éramos, nos hacía hijos de Dios y herederos del cielo.

No se contenta con eso sino que ya desde Nazaret nos ama como Padre. Los lazos que unen á un padre con sus hijos son aun más estrechos que los que unen entre sí á los hermanos. Y este nombre ha querido tomar también el amable Jesús, llamándose Padre, porque nos ama con amor paternal. Por darnos la vida ha derramado su sangre, y nos está diariamente sustentando con su carne divina, de tal suerte, que más puede llamarse Padre nuestro, que los padres que nos engendraron, y que las madres que nos criaron á sus pechos. Mucho deben los hijos á sus padres; pero más es lo que debemos nosotros á nuestro Salvador. ¿Qué deberé hacer para mostrarle mi agradecimiento? ¿Qué deberé hacer desde hoy mismo?

¡Dios mío! Y ¿por qué los hombres no aman á Jesús, que tanto ha hecho para ser amado de ellos? Antes de la encarnación del Verbo podía el hombre dudar si Dios le amaba con verdadero amor; mas ¿cómo dudar ahora, después que el Hijo de Dios ha venido y muerto por amor á los hombres? ¡Oh hombre! mira la cruz, piensa en los dolores y en la cruel muerte que por ti ha sufrido Jesucristo: después de tantos testimonios de su amor no podrás dudar de que verdaderamente te ama.

PUNTO II

Amor que debemos tener á Jesús nuestro divino modelo.

Jesucristo, como Dios, merece ya por sí todo nuestro corazón; más con el amor que particularmente nos ha manifestado, desde su nacimiento hasta la cruz, nos ha puesto en la necesidad de amarle, á lo menos por un sentimiento de gratitud, á lo mucho que ha hecho y padecido por nosotros. Nos ha amado mucho, para ser muy amado de nosotros, y en todo cuanto ha dicho y hecho, fuera de la gloria de su Eterno Padre, sólo ha buscado una cosa, nuestro amor. Considera aquí ligeramente algunos de los títulos infinitos que tiene Jesús á este amor nuestro, al amor de nuestro corazón, tan pródigo para con las criaturas y tan mezquino para con el criador de ellas.

¿Te gusta y enamora la hermosura, la nobleza, el cariño y todas las prendas que hacen á los hombres dignos de ser amados? Pues sabe que Jesús es el más hermoso de los hijos de los hombres; el más grande de todos los reyes; el más amoroso de todos los padres; el más fiel de todos los amigos; el más bueno de todos los señores; el más perfecto de todos los esposos, y el más vigilante é infatigable de todos los pastores. Es el que atiende á todas tus necesidades; el que te gobierna con su sabiduría; te protege con su poder, y te alimenta con su bondad. El buen Pastor que te conduce á los buenos y hermosos pastos, donde encuentras con abundancia toda suerte de bienes; el que te hace hallar en su Corazón fuentes de agua viva, con las que puedes saciar tu sed. Es quien te cura cuando estás enfermo; quien te defiende cuando eres perseguido; quien te consuela cuando estás afligido, y quien te busca cuando te has extraviado.

¡Te complaces y glorías en ser agradecido á los

favores que te hacen los hombres y te dan en rostro, como vicio muy feo, la ingratitud y el olvido! Pues compara lo que debes á todas las criaturas juntas y verás que no es nada al lado de lo que debes á Jesús, que es quien te favorece y llena de favores. Jesús ha dejado por ti el cielo y la compañía de los ángeles; por ti se ha hecho hombre mortal, y niño, pobre y escondido; por ti se ha fatigado por espacio de treinta y tres años sufriendo toda suerte de injurias y desprecios, de penas y persecuciones, y por ti ha derramado su sangre y dado su vida. Está pronto todavía á morir por ti, si fuere necesario para tu salvación. Tiene sus ojos siempre puestos en ti: ha mandado á sus ángeles que siempre estén en tu compañía, que te instruyan, que te defiendan, que te consuelen, y que te guarden y cuiden.

¡Oh Jesús de mi corazón y dueño de mi vida! Me gusta ser amado, y el amor puro, dulce, noble y desinteresado, el que no se busca á sí, sino á mí y mis propios bienes, es el que roba mi amor y mi alma! Pero ¡ah! que todos los amores del mundo son un hielo y un torpe egoísmo, comparándolos con el amor de Jesús, desde Belén hasta el Calvario. Porque Jesús me ama con todo su corazón, está siempre á la puerta del mío; me ruega y me conjura que se lo entregue para hacerle feliz, uniéndole al suyo; ha dado su sangre y su vida por ganar mi corazón. ¿Soy yo digno de vivir, ó no soy el más ingrato é indigno de todos los hombres si se lo niego, ó si no le doy más que una parte de él? ¿Y cómo puedo no amar á tan buen Padre, á tan grande Rey, á un Pastor tan amoroso, á un amigo tan fiel, á un Señor tan digno y á un Dios tan bueno? Y en verdad que yo no le amo, porque no hago nada por él, y le ofendo en lo que más le puedo desagradar. No pienso en él, ni hago sacrificio alguno por él; no puedo tratar y negociar con él sin tedio y sin repugnancia; me hago del partido de sus enemigos, y prefiero ser esclavo del demonio á

ser siervo suyo. Si le amo, es friamente; si le sirvo es con tibieza, á medias y en la apariencia; en una palabra, le amo sólo de boca, y no de corazón.

¡Oh amor de todos los amores! ¡Oh corazón de todos los corazones! Haced que yo os ame como vos me amáis; que os ame cuanto vos merecéis. No amar más que á Jesús; no amar nada como á Jesús, y no amar nada sino en orden á Jesús; esto es amar verdaderamente á Jesús y ser todo suyo.

PUNTO III

Amor que debemos tener á nuestros prójimos, tomando por modelo á Jesús.

Considera que si debemos aprender en la divina escuela de Nazaret todas las virtudes, ninguna tanto como la caridad, reina y espejo de todas. Has meditado cómo Jesús amaba á Dios; piensa ahora cómo amaba á los hombres, y ahí tienes tu modelo; porque nuestro amor debe ser una copia y como participación del suyo. Jesús ama á todos los hombres sin excepción; los colma á todos de beneficios, en todos tiempos y en todos los lugares, sin excluir á ninguno, ni aun á sus mayores enemigos; los ama á todos, sin mérito alguno por su parte, sino por su pura bondad. Contempla este modelo, y observa si le copias en tus obras, palabras y costumbres. Y como el amor consiste en el sacrificio por la persona amada, mira lo que Jesús ha hecho y sufrido por nosotros. Ha muerto por todos los hombres, sin exceptuar á ninguno; hace á todos participantes de sus méritos, y les dispensa sus gracias y sus tesoros, que son los sacramentos. Si le injurian, está siempre dispuesto á perdonar y á admitir en su gracia al que le ha ofendido. Cuántos ultrajes no le has hecho desde que estás en el mundo? ¿Cuántas veces te ha concedido el perdón? Qué paciencia ha de tener contigo? ¿Qué no debes hacer por Jesús? Pues en su lugar ha substituido á

tu prójimo, y así, todo el bien ó mal que hagas á éste, lo considera como hecho á sí mismo.

Considera después que Jesús te manda amar á tu prójimo como á ti mismo. El amor que nos tenemos, después del amor, que Jesús nos tiene, es el modelo con que debemos amar á nuestros prójimos. Hace que nos deseemos y procuremos todo el bien posible; que apartemos de nosotros todos los males que nos amenazan; que excusemos nuestras faltas; que toleremos nuestras debilidades, y que en todo seamos indulgentes con nosotros mismos. De esta manera quiere Dios que amemos á nuestro prójimo. Le amarás, dice, como á ti mismo; harás á los otros lo mismo que quisieras que hiciesen contigo. ¿No es esto muy justo y conforme á razón? Mas, dime, ¿lo haces tú?

Debemos también amar á nuestro prójimo, como se aman los bienaventurados en el paraíso. A la manera que ellos no tienen sino un corazón y un espíritu, y entre ellos no hay quejas, ni ambiciones, ni celos; mas la bienaventuranza del uno es la felicidad del otro, así también debemos todos hacer nuestra felicidad de la felicidad del prójimo, nuestra gloria de la suya, y nuestro contento del suyo. Debemos interesarnos en sus ventajas, conservar inviolablemente la paz con él, no ofenderle jamás, ni mostrarnos agraviados, aunque nos diere motivo.

El último modelo de la caridad es la unión mutua que tienen los miembros en el cuerpo. Modelo que propone san Pablo á los cristianos, los cuáles son miembros del cuerpo místico de Jesucristo, que es su Iglesia. No hay cosa más desemejante, que los miembros de nuestro cuerpo; el uno es fuerte, el otro débil; el uno está honrado, el otro despreciado; el uno trabaja, y el otro se halla siempre en el ocio y en el descanso. Y sin embargo no hay cisma entre ellos, ni división, ni celos; por el contrario, guardan una unión é inteligencia admirable; si el uno recibe un bien, el otro se alegra; si uno padece un mal, el otro

se compadece; si la mano derecha hiere á la izquierda, ésta no toma el cuchillo para vengarse. La cabeza, que es de todas las partes del cuerpo la más noble y elevada, se baja é inclina para sacar una espina, que molesta al pie. En una palabra, todos los bienes y todos los males les son comunes; el fuerte lleva y rige al débil; el duro sostiene al blando; el cálido calienta al frío; el sano cuida y venda al enfermo; el brazo se expone á ser cortado por salvar la cabeza. ¡Oh unión admirable! ¡Oh caridad maravillosa! ¡Oh perfecto modelo de la caridad cristiana!

¿Amas de esta manera á tu prójimo? ¿Te alegras de su bien? ¿Te afliges de sus males? ¿Excusas ó toleras sus flaquezas? ¿Le asistes en sus necesidades? Pero no, eres un soberbio y un envidioso; codicias los bienes ajenos, y te los apropias cuando puedes; ofendes su reputación con tus murmuraciones y calumnias; envidias su gloria y su prosperidad, y lejos de hacerle bien, le deseas y le haces mal. ¿Cómo puedes decir que amas á Dios? ¿Cómo te atreves á llamarte discípulo de Jesucristo? ¿Cómo puedes acercarte á la sagrada comunión, que es un sacramento de unión? ¿Qué responderás á nuestro Señor en el juicio universal, cuando te reconvenga de que le has menospreciado y aborrecido? ¿Que le has hecho en sus miembros objeto de burlas, de tus diversiones, chistes, calumnias y murmuraciones? ¿Que le has maltratado de palabra y de obra? ¿Que le has desamparado en su miseria é indigencia? Pregúntate á ti mismo, y piensa lo que has de responder.

Coloquio.— ¡Oh Jesús mío, Maestro divino del amor que llega hasta dar la vida por el amigo y por el enemigo, del amor sobrenatural, universal, desinteresado y purísimo! Enséñame esa divina ciencia para que ame á Dios sobre todas las cosas, y á todas las cosas y á mí mismo en Dios y para Dios; mueran en mi corazón todos los afectos que no me hagan semejante á ti, pues sólo pienso amar como tú.

Propósitos. – Mirar la caridad fraterna como á la niña de los ojos, y jamás, ni con obra ni con palabras, hacer ni decir nada que pueda ofender á mi prójimo.

7 DE FEBRERO

La casa de Nazaret, escuela de perfección de nuestras obras ordinarias.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Nuestra perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.

Considera que uno de los fines que tuvo Cristo Nuestro Señor al querer vivir oculto durante treinta años de su vida, ejercitándose en las ocupaciones comunes en una casa pobrísima, fué enseñarnos que el secreto de la santidad no está en hacer cosas grandes, sino en hacerlo todo bien. Jesús, ocupado en el taller de san José, ó ayudando en los trabajos domésticos á su santísima Madre, *crecía en sabiduría y gracia* y agradaba á su Eterno Padre infinitamente, y cualquiera acción de esta vida oculta era tan grande y meritoria, por el espíritu interior que las animaba y la purísima rectitud de su intención, como los milagros que obró después, y como la misma salvación del mundo.

Saca de esta divina lección de la casa de Nazaret, que nuestra perfección no consiste en hacer muchas cosas; este fué el error de Marta, reprendido por el mismo Jesús; ni consiste tampoco en hacer cosas grandes, según el mundo. Hay Santos muy grandes delante de Dios que no hicieron cosas, al parecer, de brillo ni esplendor; Santos cuya vida fué oculta y escondida, y cuyas acciones nada tuvieron de gloriosas entre los hombres, ni de ellas se ha hablado en el mundo. Eran grandes por su santidad; pero toda su santidad estaba encerrada en cosas muy pequeñas, y

Dios les hacía hallar tesoros infinitos de gracias en la fidelidad con que practicaban cosas muy menudas. Eran como san Isidro, san Alfonso Rodríguez y muchísimos otros, grandes por la humildad, y la humildad les hacía siempre escoger los últimos empleos, dejando á otros aquellas ocupaciones en que había más esplendor. En fin, nuestra perfección no nos pide que hagamos cosas extraordinarias y singulares; por lo mismo que son extraordinarias y singulares, son menos frecuentes las ocasiones de ejercitarlas, y nuestra perfección es cosa diaria y se debe poner en lo que hacemos habitualmente, en lo que nos ocupa de continuo, en lo que tenemos entre manos, en lo que llena los días y los años de nuestra vida; porque Cristo N. S. ha dicho, que la cruz la hemos de llevar diariamente, *quotidie*, siguiendo en pos de El.

De aquí se sigue que la perfección á que Dios nos llama depende de nuestras acciones ordinarias, porque estas son las acciones propias de nuestro estado, y, por consiguiente, son las que Dios quiere especialmente de nosotros, ya que se contenta con que hagamos *bien* lo que, como cristianos y personas espirituales, tenemos que hacer cada día. Por otra parte, es cierto que lo que nos santifica es la voluntad de Dios; que la voluntad de Dios es la que da precio á todo lo que hacemos; que, sin la voluntad de Dios, nuestras mayores acciones son nada, y con ella nuestras menores obras son ó pueden ser de inmenso mérito. Debo, pues, sacar de todo esto que no seré perfecto delante de Dios sino por el cumplimiento de mis obligaciones comunes, por lo que hago cada día interior y exteriormente, que si todo lo hago bien, puedo llegar, como san Juan Berchmans, á una elevada santidad. Añadir á cada obra el *bene* del sagrado Evangelio: orar *bien*, rezar *bien*, hablar *bien*, esto es, como Dios quiere que lo hagas, sin falta ninguna, ni delante de Dios ni delante de los hombres; esta es la

llave de oro de una santidad que puede ser grandísima, y de la que nadie se puede excusar por áspera, difícil y extraordinaria. ¿Qué hizo Jesucristo por espacio de treinta años? Nada señalado en la estimación del mundo; pero porque hacía la voluntad de su Padre, estas acciones, abatidas á los ojos de los hombres, eran el objeto de las complacencias de Dios.

¡Qué consuelo para nosotros! No es necesario ir á buscar muy lejos nuestra perfección, que no está en los confines de la tierra. Está cerca y aun dentro de nosotros porque el *reino de Dios,* que es la santidad, *está dentro de nosotros*, como ha dicho Cristo N. S. Tan es así, que aquella santidad que consistiese en olvidar mis obligaciones diarias, los deberes de mi estado, de mi profesión ó de mi casa, que no tuviese por objeto el mejor desempeño de mis obligaciones, sería para mí una perfección mal entendida, que Dios no reconocería, que el mundo mismo reprobaría, que podría llenarme de orgullo y exponerme á mil faltas. Al contrario, la perfección de una vida común es aprobada de Dios y de los hombres: edifica, no ensoberbece, ni está sujeta á la vanidad. Se tiene por muy fácil, y lo es especulativamente: mas para mantenernos largo tiempo y constantemente en su práctica, ¡cuántas dificultades hay que vencer, cuánta violencia es forzoso hacerse, y por consiguiente, cuánto mérito podemos conseguir delante de Dios!

Entra dentro de ti y mira si eres de aquellas personas que buscando una santidad ficticia, ó imaginaria, olvidan la real y positiva, que está á su disposición. De las que creen que sólo se puede ser santos en el claustro ó en el desierto y, con ese pretexto, se olvidan de santificarse en el estado en que el Señor las ha colocado, y procura desde hoy imitar á Nuestro Señor, que todo lo hacía bien, porque en todo veía la voluntad de su Eterno Padre.

PUNTO II

Cómo debemos hacer las obras ordinarias para que nos santifiquen.

Nuestra perfección no consiste sólo en hacer las obras ordinarias, hay que añadir á la obra puramente exterior ciertas circunstancias que las elevan y engrandecen: esto es, no basta hacer las cosas que son de nuestro estado, de nuestra vocación ó de nuestro empleo: es necesario, como dijimos en el primer punto, hacerlas bien, de manera que se pueda decir de nosotros con proporción, lo que se decía del Hijo de Dios: *Hizo bien todas las cosas.*

Hacer todas las cosas bien, es hacerlas con exactitud, con fervor y con perseverancia. Con exactitud; de suerte, que no se omita alguna voluntariamente y con descuido ó culpa, ni se quite la menor parte del tiempo señalado. Esta exactitud mira también á la hora, al lugar y al modo; porque no hacerlas en la hora señalada, en el lugar conveniente, con el modo que se prescribe, son otras tantas imperfecciones que disminuyen el valor de la obra; pues son otras tantas trasgresiones de la voluntad de Dios, que en todo es ordenada y se extiende á todo, sin olvidar las más menudas circunstancias.

Con fervor: no quiere decir con gusto sensible, porque aunque el fervor esté comunmente acompañado de este gusto, no siempre le es inseparable. Al contrario, puede alguno ser muy fervoroso y tener á veces, porque Dios así lo permite ó para mayor mérito ó para probar nuestra fe y constancia, natural disgusto en lo que hace, sentir repugnancia y no hallar en la oración más que sequedad y frialdad; antes entonces suele ser cuando el fervor es mucho más sólido y meritorio, cuando nos hace obrar resuelta y deliberadamente á pesar de las repugnancias, y de las sequedades.

Con perseverancia; y esto es lo que cuesta más que todas las cosas, y lo que hacía decir á san Bernardo, hablando de la vida religiosa, que si se mira en ella cada ejercicio en particular, no es ni con mucho tan cruel como el martirio; pero que si se miran todos los ejercicios juntos y se considera su duración, no hay martirio más insufrible. Así se ven muchos religiosos y muchos cristianos en el mundo fieles á sus prácticas y á sus obligaciones en ciertos tiempos y en ciertos días en que están más movidos de Dios; pero hallar quien camine siempre con igual paso, quien no tenga vicisitudes y mudanzas; quien practique con la misma atención y la misma continuación al día siguiente lo que hizo en el día precedente; y sobre todo, quien no decaiga ni se canse jamás hasta el último instante de su vida, es una especie de milagro, porque no hay virtud más difícil para el hombre que la constancia.

Estas son las tres reglas que debo observar para continuar sin desfallecer en el camino de la perfección: exactitud, fervor y perseverancia; pero al mismo tiempo, ¿no hallo aquí suficientes motivos para humillarme y llorar mis infidelidades? No me pedía Dios N. S. más que el hacer bien, lo que hago cáda día, para darse por satisfecho de mi fervor y buen deseo; pero, ¿de cuántas omisiones no soy culpable, de cuánta flojedad y tibieza? ¡Qué mal lo hago todo, aun aquello que es en sí tan sencillo y tan ordinario! ¡Cuánto más cuidado pongo en cualquier cosa que se roza con el mundo, con mis deberes sociales, y aun con la moda y los caprichos mundanos, que con lo que debo á Dios y á mi alma! ¡Qué confusión y qué vergüenza! ¡Qué diré á Dios cuando me arguya de que para todo lo terreno tengo exactitud, fervor y perseverancia y sólo para con El y para mi perfección soy torpe, frío é inconstante!

Entra dentro de ti, pide á Dios perdón, proponiéndote cambiar en lo porvenir.

PUNTO III

Con qué espíritu debemos hacer nuestras obras ordinarias.

Considera que para que nuestras acciones ordinarias nos santifiquen, nos falta alcanzar un grado último de perfección que debemos darles, y es como el alma y la vida de ellas; esto es, hacerlas con espíritu interior y purísimo deseo de agradar á Dios, porque todo lo demás es sólo el barniz exterior y como el cuerpo de la santidad. Lo que las vivifica, anima y consagra es el motivo por que las hacemos y la intención que nos proponemos al hacerlas. Hacer las cosas por carácter, por capricho, por inclinación, por costumbre, por respetos humanos, por ostentación, por interés, esto no es hacerlas para Dios ni por Dios; y no teniendo Dios en ellas parte, ¿qué caso puede hacer de ellas, y cómo pueden serle agradables? *Todo el mérito de la hija del Rey, viene,* con la gracia de Dios, *de lo más interior y de lo íntimo del corazón* (1). De aquí se deduce que, aunque hiciese yo las acciones más heroicas, si Dios no es el fin de ellas y no las hago para agradarle, como no son de alguna gloria para su divina Majestad, las mira Dios con ojos por lo menos indiferentes, y no puede darme por ellas recompensa alguna.

¡Verdad terrible si la medito bien! porque si traigo á la memoria muchísimas de mis acciones, y las examino con el peso de esta balanza, ¿cuántas hallaré que no tendrán mérito alguno? Verdad es que en lo exterior mis obras aparecen buenas, y aun á veces loables ante los ojos de los hombres; pero en el fondo, cuántas veces las hago con una ligereza de espíritu y una distracción interior que me quita todo buen pensamiento y todo buen afecto; cuántas veces por cierto hábito que he adquirido con el tiempo y que sigo como por rutina y maquinalmente, y á lo más

(1) Ps. XLIV.

por cierto decoro y por razones puramente naturales, y algunas veces por necesidad y por fuerza en otras, y acaso, en muchas ocasiones, por una vana complacencia y deseo secreto de singularizarme entre los demás. Todo esto, ¿qué vale delante de Dios? Y mi vida, ¿no está compuesta en gran parte de acciones semejantes, y no es verdad que paso el tiempo haciendo las cosas, como si no las hiciese, y no sirviéndome de nada, todo cuanto hago para mi perfección?

Tanto más infeliz soy, y más digno de castigo en esto, cuanto que no hay acción alguna, por pequeña que sea, que no pudiera referirla á Dios, y que, referida á El, no me fuera de gran mérito; porque Dios, en las obras, no tanto considera la acción exterior, cuanto el interior espíritu, y en esto debemos reconocer la sabiduría y bondad de su providencia. No nos dió su Majestad á todos los mismos talentos; no nos ha puesto en estado de ejercer los mismos empleos; mas porque á todos nos llama á la perfección, quiso que entre todas nuestras acciones no hubiese ninguna tan obscura y tan vil que no pueda ser ennoblecida por la rectitud y pureza de intención, y que de esta suerte no contribuya á elevarnos á nosotros mismos á la santidad. De aquí es que debo llorar mucho al verme tan pobre y tan desnudo de los dones espirituales, habiéndome sido tan fácil enriquecerme y crecer sin cesar de virtud en virtud. Cada acción de mi vida podía aprovecharme, ¡mas qué sé yo, si ha habido alguna sola que Dios haya juzgado digna de El, y me haya sido de alguna utilidad para el aprovechamiento de mi alma! ¡Oh qué pérdida! ¡Cuánto debo llorarla y cuánto me obliga á doblar mi cuidado y á aumentar todo mi celo para recuperar lo perdido!

Coloquio.—¡Oh divino Jesús! que para facilitarme la santidad quisiste llevar esa vida oculta y sencillísima á los ojos de los hombres. Haz que siempre tenga delante de mí tus divinos ejemplos, que tus acciones

sean mi principal estudio, tus máximas la regla de mi vida; que en cada obra me acuerde de ti para ver cómo lo hacías tú, hasta que llegue á copiarte en mí, ya que eres el divino original de todos los predestinados.

Propósitos.—Sea Jesucristo N. S. el principio y fin de todas nuestras acciones, aun las más pequeñas é insignificantes, por la rectitud de intención y deseo de agradarle en todas ellas.

8 DE FEBRERO

La casa de Nazaret escuela de humildad.

Preludios.—(Los mismos.)

PUNTO I

De la humildad del Verbo de Dios hecho hombre por nosotros.

El misterio de la Encarnación es un misterio incomprensible al entendimiento humano, y Dios sólo puede formarse una justa idea de El. San Pablo nos lo declaró en esta sola palabra: *El Verbo de Dios se anonadó á sí mismo.* Este es el gran misterio escondido en Dios por toda la eternidad, y revelado en el tiempo. ¿Qué cosa es la Encarnación del Verbo? Es *el anonadamiento* de Dios. Esto lo dice todo. Se anonadó el Dios de la Majestad. ¿De qué manera? Porque siendo Dios, se hizo hombre, y del hombre á Dios, hay una distancia infinita. Después de este misterio no hay cosa que espante en la vida de Jesucristo; porque el que un Dios hecho hombre abrace la pobreza, la obscuridad, los menosprecios, los tormentos, la cruz, son consecuencias de la humanidad de que se revistió por nosotros. Mas que un Dios, no obstante ser Dios, haya querido hacerse hombre, eso es á lo que no pudo llevarle sino un exceso de amor, y en que no pudo empeñarle otra cosa

más que una caridad sin límites. Si un hombre se redujese al estado de un vil insecto, se diría que se había destruído á sí mismo, ¿pero qué es esto en comparación de un Dios, de un Dios obscurecido, de un Dios oculto é ignorado en una pobre casita, de una pobrísima aldea?

No se contenta la Sagrada Escritura con enseñarnos que el Hijo único de Dios se hizo hombre, sino que se vale de un término que nos da á conocer que escogió lo más grosero y más despreciable del hombre, que es la carne: *El Verbo se hizo carne*. Esta carne sujeta á tantas miserias, la juntó Dios consigo. Pero ya que Dios se hizo hombre, ¿no debía á lo menos hacerse desde el principio hombre perfecto; esto es, libre de las flaquezas de la infancia, y entrar en el mundo de la manera que fué formado el primer hombre? No: quiso Dios ser concebido en las entrañas de una Virgen; quiso morar nueve meses en el seno de su Madre como los otros niños; quiso nacer niño como ellos, y sujetarse á todas las flaquezas de esta edad; quiso pasar oculto y obscurecido la mayor parte de su vida, obedeciendo á María y á José, poniendo en Nazaret cátedra de humildad para enseñarnos el camino del cielo.

Pero no sólo hizo esto; aunque se hiciese niño, podía haber nacido Monarca y Soberano. Pudo hacerlo, más no quiso: quiso hacerse *esclavo:* Es verdad, según el testimonio y expresión del Apóstol, que *Tomó sólo la forma de esclavo* y que bajo esta apariencia de esclavo, era en la realidad Rey, y Rey del universo; pero esto mismo es lo que debe asombrarnos; que el que era Señor y Rey de todo el mundo se haya abatido hasta tomar la forma de esclavo, para humillarse más y anonadarse y pasar treinta años de su vida en la más completa obscuridad, desconocido del mundo que venía á salvar, despreciado por él y ejercitándose en oficios pobrísimos.

Mas ¿no debo añadir para mi confusión una cosa

que es casi más difícil de entender y creer: esto es, que á vista del abatimiento de un Dios alimente yo dentro de mi corazón tan gran orgullo que desconozco la humildad? ¿Sufro acaso la menor humillación? ¿Puedo sobrellevar la menor palabra que me hiera? ¿Recibo con docilidad y sin enfado el menor aviso que se me dé? ¿En qué me parezco á mi divino maestro? ¿Yo que sólo vivo para nutrir mi amor propio con todo linaje de vanidades y mentiras? ¿Yo que estoy tan lejos de querer bajar como mi Salvador, que quisiera ir subiendo siempre, y de grado en grado llegar á alturas que ni merezco ni debo ambicionar? *Tierra y ceniza, ¿por qué te ensoberbeces?* Esta reprensión del Espíritu Santo conviene á todos los hombres, pues todos de su naturaleza son materia de desprecio; pero te conviene sobre todo á ti por tu desmedido orgullo y vanidad. Entra dentro de ti, compárate con Jesús al que llamas tu maestro, confúndete, avergüénzate y proponte ser más humilde en adelante.

PUNTO II

La gloria que sacó Dios N. S. de la humildad del Verbo, encarnado por nosotros.

Considera que al mismo tiempo que el Verbo divino se humilló tan profundamente hasta anonadarse, de esta misma divina humillación sacó Dios su mayor gloria, y por ella el Hijo de Dios, reparó la gloria de su Padre y obró la salvación de los hombres. ¡Cuántos méritos, cuántos efectos maravillosos de gracia y santidad produjo la humillación y la obscuridad de Jesucristo? Sobre ella se fundó toda nuestra justificación, y ella nos enriqueció de todos los tesoros de la misericordia del Señor. De suerte que esta humillación ha sido más gloriosa para Dios, más provechosa para los hombres, más fecunda en sagrados frutos y admirables obras, que todas las manifesta-

ciones de esplendor y majestad en que se dejó ver el Salvador. ¡Oh poder infinito del Altísimo! ¡Oh abismo de sabiduría! ¡Qué incomprensible sois, Señor, y qué adorable en vuestros consejos! Sobre la más espantosa humillación sabéis establecer vuestra más sublime grandeza, y en el más prodigioso abatimiento halláis con qué engrandeceros, y con qué salvarnos y santificarnos.

Esta misma es, con justa proporción respecto de mí, la virtud y el poder de la humildad. Sean los que fueren los designios que tuviere Dios sobre mí, he de estar persuadido que jamás hará cosa grande en mí sin que la humildad sea el principio y fundamento de todo lo bueno. Desde el instante que quisiere ser algo, he de procurar ser nada; y desde el momento en que yo consintiere en ser nada, vendré á ser delante de Dios capaz de todo. Por este camino llegaron los Santos á tan alta perfección, y por el mismo puedo yo llegar adonde llegaron ellos. Sin humildad no hay verdadera virtud, porque así como la soberbia es el origen de todos los males, así la humildad lo es de todas las virtudes y de todos los bienes. Ella atribuye á Dios todo lo bueno y al hombre todo lo malo, que es lo que le toca. Ella engendra la verdad en nuestro entendimiento y nos hace conocer la infinidad de nuestra nada en todos los órdenes de la vida, y que á sólo Dios se debe toda honra y toda alabanza. Virtud dichosa que hace hallar gracia delante de Dios y de los hombres, que nos vuelve magnánimos, enseñándonos á confiar sólo en Dios, fuertes con la fortaleza de Dios y terribles á los mismos demonios. En todas nuestras obras y en todas nuestras virtudes es necesario distinguir el cuerpo y el espíritu; el cuerpo, que es la substancia de las cosas que hacemos; y el espíritu, que es el fin que nos proponemos al hacerlas; este espíritu es el que vivifica nuestras obras; desde que falta el espíritu, las obras que parecen más vivas son obras muertas, y las vir-

tudes más hermosas al parecer, no tienen más que un esplendor vano, que resplandece en nuestros ojos, pero se eclipsa á los ojos de Dios.

Y en realidad, ¿de qué valor puede ser delante de Dios lo que hago por vanidad ó por atraerme la estimación de los hombres? Aun cuando no me buscase tan expresamente á mí mismo, ¿no sería destruir el valor de las obras partir con Dios la gloria, contentándome con elogios que me lisonjean y con ciertas complacencias tanto más peligrosas cuanto más sutiles y más cubiertas frecuentemente con el velo de la humildad? Dios rasga este velo, ve el fondo de nuestro corazón, y es tan celoso de su gloria, que no permite le robemos la menor parte. Quiere gloria pura, y es corromperla, mezclar nuestra gloria con la de Dios, de cualquier manera que sea.

Así vemos que Dios ha escogido siempre las almas más humildes para emplearlas en sus mayores obras; levantó á la más humilde de las vírgenes hasta la divina Maternidad; unos pobres pescadores fueron los instrumentos con que Dios convirtió al mundo. Aun la gloria de su Verbo, la vimos cuando se humilló haciéndose carne (1). Por el contrario, ¿qué castigos no ha ejecutado con los soberbios? Tenemos muchos ejemplos aun en hombres que eran tenidos por santos, pero cuyas infelices caídas permitió Dios para castigar su orgullo. Aunque Dios no me haya castigado á mí con tanto ruido ni con tanta severidad, ¿no es castigo bastante que todo cuanto haya hecho hasta ahora, por santo que haya parecido á los ojos humanos, lo haya perdido por mi necia vanidad y mi secreta soberbia? ¿Qué será al fin de mi vida, si colmado de años y consumido de trabajos, me hallo, con las manos vacías, porque una falsa y vana gloria me haya robado todo el mérito de mis obras?

¡Oh dulcísimo Jesús, Dios escondido en Nazaret y

(1) Verbum caro factum est.. et vidimus gloriam ejus.—Joann. I.

anonadado por la humildad! Todo cuanto te rodea, la obscuridad en que te ocultas, el silencio en que reposas, todo publica la humildad de tu corazón. ¡Oh Maestro de la humildad! Aquí me tienes postrado en tu presencia, para aprender de Ti la virtud de la humildad. Conózcate á Ti y conózcame á mí, para que, iluminado y abrasado con las llamas de tu amor, siempre y en todas partes te atribuya lo que es tuyo, y me atribuya lo que es mío. Confieso no haber entendido la verdadera humildad. Ahora conozco, ahora veo que la virtud de la humildad no rebaja ni envilece; antes me sublima y ennoblece, pues me hace semejante á Ti, que eres por esencia noble. ¡Oh benignísimo Jesús! En lo sucesivo estaré yo siempre á tu lado. Aquellos que desean sobresalir, aspiren á situación más elevada; yo ambicionaré, hasta donde pueda, lo más humilde, seguro de que allí estaré contigo. Nada deseo sino estar en tu compañía; contento estaré en cualquiera sitio, si estoy al lado de tu cruz.

PUNTO III

De cómo debemos imitar la humildad de Cristo N. S. en los misterios de la Encarnación y de la vida oculta.

Considera que en este misterio de un Dios encarnado hemos contraído con su Majestad una particularísima alianza: alianza en virtud de la cual somos hermanos de Jesucristo, y Jesucristo es nuestro hermano. No solamente somos por esta alianza sus hermanos, sino también sus miembros, y componemos con este Dios-Hombre un mismo cuerpo místico. El lazo que forma entre Jesús y nosotros esta unión tan perfecta, es el estado de humillación á que quiso abatirse por nosotros. Si no hubiera salido de su gloria, ni hubiera tomado carne semejante á la nuestra, sería, siempre nuestro Dios y nosotros siempre sus criaturas; no le pertenecemos, pues, tan estrechamente, sino porque Jesús bajó hasta el abismo de nuestra nada y se hizo pequeño como nosotros.

Según esto, ¿cuánto no debemos amar los abatimientos, pues nos han levantado tanto y nos han sido tan provechosos? Pero ¿no es cosa extraña que seamos tan opuestos á las humillaciones, y que no queramos tener parte alguna en ellas? Cuando no se trata más que de adorarlas en la persona de Jesucristo y de discurrir acerca de ellas, usamos las más vivas y más eficaces expresiones: es más, cuando se trata sólo de meditarlas en la oración, á veces se enternece uno hasta derramar lágrimas; pero cuando se ofrece alguna ocasión de imitarlas y tomar alguna parte en ellas, entonces toda la suavidad que se hallaba en las humillaciones de Jesús se desvanece, y todo el amor á la cruz se apaga. Un desprecio, aunque no sea más que imaginario, basta para oprimirme el corazón y para llenarme de amargura: ó me quejo sentidísimamente, ó si disimulo mi tristeza, me ocupo continuamente en pensar en mi desprecio, y lo tengo presente en todas ocasiones.

¿Es este el honor y agradecimiento que debo á un Dios tan humillado por mí? Para igualarme de alguna suerte consigo, no se desdeñó Jesucristo de hacerse semejante á mí en todas mis miserias; y no hay cosa á que yo tenga más horror que á hacerme semejante á El en esto mismo que tanto le acercó á mí, y que me ha dado con Jesús una semejanza para mí tan gloriosa. Pues considere yo que es necesario que haya proporción entre la cabeza y los miembros; y ¿qué proporción, qué alianza puede haber entre su humildad y mi soberbia? ¡Qué indignidad, decía san Bernardo, y qué confusión, que debajo de una cabeza coronada de espinas vivan los miembros en placeres y delicias! Bien puedo decirme á mí mismo: ¡Qué monstruosidad y qué contradicción, que debajo de una cabeza que tan voluntariamente se abajó por mí, yo que me tengo por uno de sus miembros, que debo mirar como insigne felicidad el serlo, muchas veces tenga por escándalo sus abatimientos, y los aparte tan lejos de

mí! ¿No es esto renunciar al mismo Dios, y separarme de Jesucristo? Desde el instante en que los miembros no comunican con su cabeza, no reciben de ellos virtud alguna, y corren peligro de caer en mortal desfallecimiento. Así debo explicarme mi tibieza, mi poco aprovechamiento en la virtud. El espíritu de Cristo, que es espíritu de humildad, no mora en mí, sino á lo más en las palabras, pero no en el corazón, y Jesucristo dijo que era humilde de corazón, no de palabra sólo ó de rostro como soy yo tal vez, sino de corazón, porque la humildad vive en el alma y es el corazón de toda la vida espiritual y de las virtudes.

¡Oh cristiano! Teme, pues, que Dios castigue tu secreta soberbia con pecados manifiestos y vergonzosos; camina á la humildad por las humillaciones, estudia en la humildad de Belén, de Nazaret, y sobre todo, de la cruz, esa ciencia divina; ten delante de ti el crucifijo como modelo de humillación y perpetua reprensión de tu orgullo; medita sobre tu nada y la de todas las cosas del mundo y empezarás alguna vez á ser humilde de corazón.

Coloquio.—Vos, Señor, sois el que en la humildad de Belén, de Nazaret, y, sobre todo, en la infinita humillación de la cruz me enseñáis este medio tan necesario para curar los males que la soberbia ha causado en mí hasta ahora; de todos los pecados, y de esta fuente emponzoñada se originaron todos ellos. Sólo vuestras humillaciones, Señor, podían repararlos, y por esta causa, por tantos años, me predicasteis por la humillación. Vuestro ejemplo es para mí una lección preciosísima. ¡Ah Señor! ese mismo ejemplo me confunde. Ahora que lo tengo presente me siento movido, y me parece que estoy dispuesto á sufrir todos los desprecios; pero ¡qué presto pasan de mi memoria estas ideas, y qué poco me basta para borrarlas! Entre todas las virtudes no hay alguna que se adquiera con más dificultad que una humildad sincera. Pero, Señor, ayudadme, fortificadme en el propósito que me habéis inspirado de traba-

jar hasta desarraigar de mi corazón la raíz de toda soberbia.

Propósitos.— Aprovechar cuantas ocasiones se presenten de ejercitarnos en actos de humildad, abrazándonos con la humillación exterior é interior.

9 DE FEBRERO

La casa de Nazaret, escuela de espíritu de pobreza.

Preludios.—Echa una ojeada con el espíritu á aquella modestísima casa, en donde todo escasea, menos la santidad, y pide á Dios espíritu verdadero de pobreza dentro de tu vocación.

PUNTO I

Pobreza de Cristo nuestro Señor.

Desde su nacimiento empieza Jesucristo á poner por obra el designio que había formado de vivir y morir pobre. El soberano Autor de todas las cosas, y á quien, por consiguiente, todas las cosas pertenecían, podía nacer en medio de las riquezas y de la abundancia; parecía que este estado convenía más, no solamente á la divinidad de su persona, sino al fin á que era enviado: porque viniendo á la tierra para atraer á sí todos los hombres y para sujetarlos á su ley, ¿podía obligarlos mejor á seguirle que con el esplendor de las riquezas? A lo menos los judíos habían concebido esta idea del Mesías que esperaban, y creían que se dejaría ver con esplendor y los colmaría de bienes temporales. ¡Pero qué diferentes son los juicios del Señor, y cuán superiores á los nuestros! El Mesías deseado de las naciones nace, en fin, pero en tal pobreza, que Belén es una cueva, y Nazaret una pobrísima casa de un modesto carpintero; ¿y por qué? Porque quería persuadir desde luego con su ejemplo al mundo esta verdad, que después había de enseñar en su Evangelio: *Bienaventurados los pobres.*

Por esta causa, pues, se hizo pobre toda su vida, y como la primera lección que nos había de dar era la bienaventuranza de los pobres, este es el primer estado en que se deja ver á nuestros ojos, y en que nos representa su adorable Humanidad. Ejemplo más poderoso que todos los discursos; ejemplo que nos descubre manifiestamente el mérito y valor de la pobreza, pues fué digna de que Dios la escogiese, y la prefiriese á todas las riquezas del siglo; ejemplo el más propio para inspirarnos, no sólo estimación de la pobreza, sino también amor á ella, pues la vemos consagrada en la persona de este Dios Salvador, que se redujo á ella y la abrazó para nuestro ejemplo.

Porque una de las más funestas enfermedades que contrajo el hombre en el paraíso, es la codicia de los bienes terrenos, que san Pablo llama raíz de todos los males. Para convencerse, basta mirar lo que pasa en el mundo, donde no se encuentra quien no adolezca de ese mal. Lo mismo el pobre que el rico, el viejo que el joven, todos, aun los mismos niños, sienten ese desordenado apetito. ¿De dónde viene esa inquietud, esa agitación que padecen todas las clases de la sociedad? De la sed de oro, de la ambición de riquezas. Ciegos los hombres por la codicia, van en pos de bienes perecederos, que no son sino humo y vapor que desaparece por el aire.

Para curar este mal consagra Jesús y diviniza la pobreza, escogiéndola para sí como una preciosa herencia y una especie de segunda naturaleza, se desposa con ella como esposa queridísima que le seguía á todas partes. Entremos en la cueva de Belén, pasemos de allí á Egipto, visitémosle en Nazaret, acompañémosle en sus viajes apostólicos, en una palabra, sigámosle desde el establo hasta la cruz, y siempre le veremos pobre. En el nacimiento yace en un pesebre, envuelto en pobres pañales. En Egipto pasa muchas hambres. En Nazaret gana el pan con

su sudor. En la vida pública no tiene donde reclinar la cabeza. En la cruz está desnudo. De suerte que, si predica la pobreza, la practica mejor que la enseña. Goza en tratar con los pobres, los llama bienaventurados, y dice que á evangelizarlos ha venido, y que de ellos es el reino de los cielos. Condena á los ricos, poniendo muy en duda su salvación. ¿Qué más pudo hacer para curar la llaga cancerosa que corroía la humanidad?

Pues todavía no le bastó lo que hizo en su vida mortal, y quiso hacer más después de glorioso, perpetuando y practicando con creces la pobreza de Belén y de Nazaret. La Eucaristía es como un monumento levantado en honra de la pobreza. Veamos nuestros templos y altares, morada perpetua de Jesús sacramentado. Al lado del palacio de un grande, se ve una miserable capilla donde se hospeda el Dios del cielo. ¿Quién no se avergonzaría de cubrir su mesa con los paños que á menudo cubren los altares?

¡Oh Dios mío, qué distintos son mis pensamientos de los vuestros! Lejos de amar vuestra pobreza, huyo de ella. Muy lejos estoy de decir: Dios es mi todo; Dios es la parte que me ha caído en herencia, y otras expresiones que usaban los santos enamorados de ti. Me gusta lo cómodo y regalado, y en nada, Señor me parezco á ti.

PUNTO II

Riqueza divina de la casa de Nazaret.

Lo que en aquella morada falta de bienes de la tierra, sobra de riquezas del cielo; y como esas son las que valen, podemos decir que Nazaret no es pobre sino en apariencia. La palabra pobreza parece dura, aunque tan alabada por Cristo, y es porque no entendemos que despojándonos del afecto á los bienes terrenos, echamos de encima una carga insoportable. La codicia es un tormento, el apego á lo que uno tiene le hace avaro é injusto, le quita la caridad

con los pobres, le inutiliza para hacer obras pías ó ayudar á ellas. Si tiene fe, debe temer el cargo que le ha de hacer el justo Juez del uso de sus bienes, y su fe será su torcedor que no le dejará sosegar. Bien podemos entender por qué llama el Señor espinas á las riquezas.

El alma desprendida goza paz y santa libertad, ya conserve sus bienes, ya sea que el Señor la prive de ellos con un revés de fortuna, en el que dirá como Job: Dios me lo dió, Dios me lo quitó, sea su nombre bendito.

No hay duda sino que la falta de los bienes temporales, lleva consigo multitud de privaciones y molestias. Consideremos, sin embargo, aquellas palabras de san Agustín: *el que no tiene á Dios, nada tiene; el que tiene á Dios, lo tiene todo.* En efecto, el que tiene á Dios y está unido á su divina voluntad, halla en Dios todos los bienes. Mira á un san Francisco, descalzo, vestido con un saco, falto de todo, que con decir: *Dios mío y todas las cosas,* se halla más rico que todos los monarcas de la tierra. Pobre se llama aquel que desea bienes que no tiene, pero el que nada desea, y se contenta con su pobreza, es completamente rico. Nada tienen y nada les falta á los amadores de Dios; porque cuando carecen de los bienes de la tierra, vueltos á Jesús exclaman: *¡Jesús mío, tú sólo me bastas!;* y con esto quedan resignados y contentos.

Los santos, no sólo tuvieron paciencia en la pobreza, sino que procuraron despojarse de todo, para vivir desembarazados y desnudos del afecto á las criaturas y unidos totalmente al Criador. Si no tenemos ánimo para renunciar todos los bienes de la tierra, vivamos, por lo menos, contentos en el estado en que plugo al Señor colocarnos; no busquemos las riquezas temporales sino las eternas, infinitamente más preciosas; convenzámonos de lo que decía santa Teresa, á saber: que *cuando menos tengamos de los bienes de la tierra, más tendremos de los del cielo.*

La abundancia de los bienes temporales es el visco ó liga del alma, que la impide volar hacia Dios, y al contrario, la pobreza es el medio para llegar á El sin obstáculo. Jesucristo dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* En las otras bienaventuranzas, á los mansos, á los limpios de corazón prométeseles el cielo para lo futuro; pero á los pobres se promete el cielo aun en esta vida; porque aun aquí gozan los pobres de un paraíso anticipado. Pero han de ser pobres *de espíritu,* es decir, que no sólo no tengan bienes temporales, mas ni aun los deseen, contentos, como exhorta el Apóstol, *teniendo que comer y con qué vestirnos.* ¡Oh bienaventurada pobreza! exclamaba san Lorenzo Justiniano, que nada posée y que nada teme! Siempre está alegre el pobre, más que si nadase en la abundancia; porque las molestias temporales que experimenta le sirven para el aprovechamiento del alma. Mas el avaro, dice san Bernardo, anda siempre hambriento, como un mendigo, porque cuantas más riquezas tiene, más desea, y no llega jamás á saciarse de los bienes de la tierra; pero el pobre, al contrario, como señor de todo, lo desprecia porque nada desea.

¿Y qué diremos de la corona prometida á los pobres de espíritu en el cielo? Se os da el cielo por la tierra, Dios por las criaturas, ¿no es bastante ganar?

Anímate, pues, á desprender tu corazón de todo. Mira á Jesús que todo le dejó por ti. Codicia sus riquezas de gracia, virtudes y méritos. No es rico sólo para sí, sino para todos, y de un modo semejante, los que poseen sus riquezas tienen la virtud de enriquecer á otros.

Di como el Apóstol: «A todo renuncié, mirándolo como detrimento y daño de mi alma; y así como se desprecia el estiércol y la basura, lo desprecié todo con el fin de ganar los tesoros de Jesucristo» (1).

(1) Filip., III.

PUNTO III

Los ricos y los pobres del mundo.

Considera que hay dos géneros de pobres en el mundo: los unos no son pobres más que en el efecto y por la necesidad de su estado, sin serlo de corazón ni de afecto; y los otros lo son de corazón, sin serlo realmente y en efecto. La pobreza de los primeros es una pobreza forzada que ellos mismos lloran, y de que se quejan; de donde se sigue que no es esta la pobreza de Jesucristo, la cual fué una pobreza voluntaria. La pobreza de los segundos es una pobreza cristiana y agradable á Dios; su corazón está desasido de las riquezas que tienen, y, según las máximas del Apóstol, las poseen como si no las poseyeran. Esta pobreza de espíritu, el no estar apegado á los bienes terrenos es indispensable para salvarse, porque, ó Jesucristo se engañó en la elección que hizo del estado de pobreza, ó el mundo se engaña en la adhesión que tiene á las riquezas de la tierra. Jesucristo, siendo la sabiduría increada, es incapaz de engañarse en cosa alguna; luego es forzoso concluir que el mundo yerra y se engaña.

Considera, por último, que para no ser de los ricos del mundo, anatematizados por Cristo es indispensable, á lo menos, ser pobres de espíritu y arrancar del corazón las espinas, que son los deseos de ganar sin medida.

Un pobre de espíritu no se afana por cosa alguna de este mundo. Se contenta con lo necesario. Poco falta á un pobre que está contento. Todo falta al rico que es avaro. Poco basta á la necesidad, nada basta á la codicia. ¡Qué rico es el hombre que posee á Dios! ¡Y cuán pobre el que le ha perdido! Ciertamente es feliz el que no desea sino á Dios, y miserable quien no se contenta con Dios. Dios no puede llenar un corazón si no está enteramente vacío. Todo lo ten-

drás, cuando nada deseas; todo lo poseerás, cuando nada tengas.

¿Tú dices que eres rico, y que de nada necesitas, y no te acuerdas que te dice el Señor que eres ciego, pobre y miserable? ¿Qué es lo que se dice cuando se llama á un hombre avaro? Se dice ordinariamente un hombre á quien todo falta; sin fe, sin esperanza, sin caridad, sin mansedumbre, sin paciencia, sin misericordia, sin paz, sin reposo, sin consuelo, y sin humildad. Sólo el pobre de espíritu es quien puede decir: yo soy rico, no necesito de nada, no deseo cosa alguna, porque Dios me basta.

Coloquio.—¡Salvador mío! ¡qué herencia tan rica es ciertamente la pobreza! ¡Se conceden realmente con abundancia los bienes á aquellos que todo lo dejan por vuestro amor! Este es aquel tesoro evangélico que hace al hombre feliz, y que vende cuanto tiene para comprarle. ¿Quién temerá perderse caminando sobre las huellas de vuestros pasos? ¿Se puede nacer más pobre que Vos nacísteis? ¿Se puede tener una vida más pobre que la vuestra en Nazaret, y se puede morir más pobremente que Vos? Vos erais rico, y acá en la tierra os hicisteis pobre; yo soy pobre, y quiero llegar á ser rico. Vos lo tenéis todo y habéis querido que todo os falte. Yo nada tengo, y no quiero que me falte cosa alguna. ¿Por ventura soy yo el que me engaño, ó sois Vos? Yo soy el que no tengo fe, porque tengo por bienaventurados aquellos á quienes Vos declaráis miserables, y juzgo que son miserables aquellos á quienes Vos llamáis bienaventurados.

Propósitos.—Procura, según tu estado y condición, desasirte de todo lo que te ata al mundo y sus riquezas, y ama la limosna, creyendo firmemente que lo que das al pobre lo das á Cristo.

nas, las que por su naturaleza son indiferentes. ¡Qué pérdida, qué desdicha, si me privo del fruto de esas obras por una negligencia culpable en proponerme en ellas un buen fin! ¿Qué es en sí la ofrenda de un vaso de agua ó de dos denarios? Y sin embargo, si yo las hago mirando á Dios y por agradarle, aceptará esas ofrendas, las alabará y recompensará además magníficamente. La intención, dice san Agustín, es el ojo del alma y la buena intención es la que hace la buena acción. El barco va hacia donde le dirige el timón, y la obra al fin á que la intención la encamina.

He aquí por qué san Pablo, nos invita á levantarlo y á santificarlo todo y cada cosa con la intención, sin exceptuar ni un movimiento, ni una palabra. Y todavía desciende hasta las cosas más viles y que nos son comunes con los animales. Luego si la intención puede espiritualizar las cosas más materiales, si puede hacernos adquirir títulos á la gloria de Dios, ¿qué poder de santificación no tendrá en esa multitud de acciones piadosas propias del cristiano?

Procura, pues, hacerlo todo *á mayor gloria de Dios*, base y pedestal en que se funden tus obras; huye de la vanagloria, ladrón sútil que te saltea y roba sin que te des cuenta de ello y se introduce en el corazón de tus mejores obras, vicio tenaz y tan feo como que quiere quitar á Dios lo que á El solo le toca, que es la gloria, única cosa que El á nadie puede dar, y que te quita ó por lo menos te merma el mérito de cuanto haces. En todo busca á Dios y su santísima voluntad, sin parar mientes ni en tu interés, ni aun siquiera en el fruto espiritual que pudiere seguirse, sino sólo en hacer el beneplácito del Señor. Así cultivando esta purísima intención, te verás libre de la envidia, cuando veas que otros hacen ó tienen lo que ni haces ni tienes tú, te hallarás indiferente para todo, puesto que en nada te buscarás á ti sino á Dios; no buscarás ni agradar á los hombres, ni que ellos te agradezcan lo que haces ó trabajas

PUNTO III

Cualidades que debe tener la buena intención.

La intención debe ser recta y lo es, cuando el alma mira á Dios, que siendo el principio es también el fin de todo cuanto hacemos. Cuando un cristiano en las obligaciones de su estado y en los pormenores de su conducta busca á Dios y su gloria, por medio del cumplimiento de su santa voluntad, marcha por el camino derecho y puede estar seguro de que aun en las cosas y negocios terrenos indispensables á su estado cumple la voluntad divina.

También debe ser la intención pura: no buscándonos á nosotros mismos, porque á veces, ciertamente que se busca á Dios, en las obras de celo y de caridad y en los ejercicios de piedad y devoción, pero ¿qué raro es también no buscarse uno á sí propio? ¿Dónde está la persona tan espiritual que elevándose hacia Dios se olvida del todo de sí, de sus propios gustos é intereses, de su vanidad y propia satisfacción?

El ojo *simple* de que nos habla Jesucristo es la pura intención, y como el ojo no puede mirar nunca fijamente más que á un solo objeto, del mismo modo nuestra alma sólo debe fijarse en Dios. La intención sería pura si el corazón lo fuese también, pues el corazón dirige la intención, como ésta dirige la obra externa. De mi corazón es, pues, de quien debo desconfiar en mis designios y en los principios que me impulsan á obrar. No se puede servir á dos señores, ni amar dos cosas opuestas á la vez, y como nuestro corazón ha sido hecho para amar á Dios, todo vínculo que no se refiera á Dios empaña la pureza de intención en nuestras almas. La intención recta, por consiguiente, ha de tener esta divisa: *Todo por Dios;* y la intención pura esta otra: *Todo para Dios sólo.*

Examinemos detenidamente si la intención que preside á nuestros actos tiene las condiciones de rec-

titud y de pureza que son necesarias para la santificación de nuestras obras, y como en éstas sólo se corona el fin, debemos considerar que de nada nos servirá comenzar por el espíritu si concluimos por la carne ó el amor propio. Recojámonos, pues, antes de comenzar cualquiera obra, y hagámosla preceder de la antorcha de la fe, á fin de referirlo todo á Dios. Pero velemos igualmente cuando la estemos haciendo, para no perder de vista el fin que desde luego nos hemos propuesto. A veces solemos tener briosos arranques, pero con frecuencia nos falta la constancia. En más de una ocasión podría el Señor decirnos, como san Pablo á los Gálatas: «Habéis comenzado bien lo que Yo os había inspirado para mi gloria: ¿por qué no lo habéis continuado del mismo modo?» Acción santa, motivo más santo aún: he aquí los comienzos de algunas de vuestras obras; pero en su continuación, nada, ó casi nada, hay en ellas digno de alabanza.

Si se despojase á nuestras pretendidas buenas obras de todo lo que no tiene por principio más que la actividad natural, la costumbre, la condición de nuestros caracteres, y si además se las limpiase de lo malo que con lo bueno hay mezclado en ellas, ¿qué quedaría en ellas digno de la alabanza de Dios?

Coloquio.—¡Oh Jesús mío! Purificad mis intenciones y renovadlas con frecuencia para que, imitándoos, no busque en mis acciones lo que sea de mi agrado, sino aquello con que cumpla mejor la voluntad santísima de vuestro Padre.

Propósitos.—Forma diariamente por la mañana una intención general de hacer y padecer todo lo del presente día, con el propósito de agradar y buscar en todo solamente á Dios. Pero aunque esta recta intención vale en realidad para todas las obras del día, procura, para mayor aprovechamiento y mérito, renovar esa misma pureza de intención, al menos al principio de las obras más principales.

11 DE FEBRERO

La casa de Nazaret modelo y origen de la paz interior de nuestra alma.

Preludios.—Oye voces de ángeles que cantan sobre la casa de Nazaret, como un día sobre la gruta de Belén: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*, y pídele te dé á gustar la paz del alma que El vino á traer desde el cielo á los suyos.

PUNTO I

Jesucristo es nuestra paz.

Considera que ya la sagrada Escritura había llamado á Cristo N. S. *Príncipe de la paz*, y al mirar la paz divina que reina en la casa de Nazaret, reflejo por la unión de entendimientos y voluntades de la del cielo, verás con qué razón lo llamó así: pues El es no sólo Príncipe, sino Rey, origen, principio y modelo de la paz de nuestras almas. Como Verbo divino, Jesús es la paz eterna, porque es en todo, el orden, la armonía y el principio de toda la hermosura, el que une á todas las criaturas con Dios y á las criaturas entre sí y El que por medio de su sangre lo pacificó todo en el cielo y en la tierra (1).

Para conocer la paz infinita del alma santísima de Jesús que se refleja en todas sus palabras y acciones, y de la que fué como tabernáculo y sagrario durante treinta años la casita de Nazaret, era preciso poder penetrar en aquel divino Corazón y ver la divina armonía de la humanidad y la divinidad, de todos sus afectos y deseos, maravillosamente sometidos á la suprema voluntad de Dios. Si yo quiero que esta paz reine también en mi corazón, necesito establecer en él el orden y la subordinación de mis afectos, al principio de toda armonía, que es Dios, ya que la paz no

(1) Colos., I, 20.

es otra cosa más que la tranquilidad que produce el orden. Pero mientras sea yo juguete de pasiones no dominadas, ni tendré paz conmigo, ni con los demás, ni me podré llamar hijo de Dios, pues sólo los pacíficos merecen nombre tan excelso.

Vuelve tus ojos á la casa de Nazaret y allí verás el divino templo de la paz y por consiguiente, en medio de la estrechez y la pobreza, verás la dicha inseparable de la paz del alma. Allí nunca, ni turbación en los corazones, ni agitación en las palabras, ni desunión en los afectos; porque allí está Jesús, el que vino á traernos la paz, que no es seguramente la paz del mundo, falsa y pasajera, sino la que aleja del alma toda turbación (1) y toda tristeza. Allí en silencio y dulce tranquilidad se desliza la vida de aquella sagrada Familia en una paz inalterable, reflejando la tranquilidad del cielo, hermosa paz como la hermosura increada que llena y penetra aquella casa de Dios. ¿Por qué en tu corazón no vive esa paz que Jesucristo vino á traer á la tierra? Porque para que tengas paz, es preciso antes que obtengas victorias sobre ti mismo, pues la paz supone la victoria. Lucha, pues, generosamente con tus afectos, con tus vicios y pecados y tendrás la dicha de oir de boca del divino pacificador de las almas aquellas palabras que dijo á los Apóstoles: *Yo os dejo mi paz, no se turben más vuestros corazones.*

Sé humilde y caritativo con todos, pues sólo la humildad y la caridad te harán ser querido de Dios y de los hombres: con esas virtudes, no hijas de la humana política, sino de la gracia de Dios, dominarás todos los vicios que siembran la cizaña en los corazones, y tendrás paz contigo y con los demás, y será tu corazón y tu casa lo que debe ser, fiel trasunto del corazón del Rey de la paz y de la santa casa de Nazaret.

PUNTO II

Que es imposible la paz del corazón sin la sumisión completa á la voluntad é inspiraciones de Dios.

Considera que siendo Dios, según dice san Agustín, el soberano bien y el fin del hombre, el corazón de éste no puede estar en paz sino en tanto que está unido á Dios, y no está unido á Dios en esta vida sino por medio de una sumisión completa á su voluntad y á su ley. El pecador quiere vivir en la independencia, y se precipita en un abismo de desdichas en el que su corazón se convierte en su mayor enemigo; la fe le condena y le espanta, y su misma conciencia le despedaza. Por eso dice Dios que no es posible que haya paz para los impíos. Porque este sólo pensamiento: Soy el objeto de la cólera de Dios; estoy expuesto en cada momento á condenarme, ¿no es más que suficiente para formar en el alma del pecador una especie de infierno? Con razón, pues, decía el Sabio hablando á Dios: No tenéis, Señor, para castigar á los pecadores, sino abandonarlos á ellos mismos, sin armar á las criaturas para que de ellos os venguen.

Consulta á la experiencia para acabar de convencerte de esta verdad. ¿Has visto á ningún pecador gozar de la verdadera paz? Quizá lo aparenten; pero ¿qué es lo que pasa en el fondo de sus corazones? ¿Cuál es su vida? Una esclavitud en que gimen bajo la tiranía de las pasiones y de los vicios que les dominan; una dependencia perpetua del mundo y de sus leyes; una sumisión servil á las criaturas, es decir, al capricho, á la vanidad, á la ligereza, y quizá á la infelicidad misma; un compromiso para sufrir mucho, para condenarse y perderse, pues no creas que al sacudir el yugo de Dios, son por eso más libres. En lugar de la servidumbre honrosa á que renuncian, se reducen á la esclavitud más vergonzosa, y en vez de

las cruces saludables de que huyen, cargan con otras que ninguna utilidad les reportan, y, en cambio, son tan duras y tan pesadas, que les agobian. ¿Cuál es su vida? Una serie de desórdenes que les hace al mismo tiempo criminales y desdichados; una ambición, por ejemplo, que no pueden satisfacer, ó una avaricia que no dice jamás «basta», ó un amor propio que les hace sentir las más insignificantes desatenciones, ó una envidia que les devora, ó un odio que les envenena, ó una cólera que les enloquece; porque desean siempre lo que no tienen, y no se contentan nunca con lo que poseen, y que tengan celos del uno, ó fragüen intrigas contra otro, ó que rompan sus relaciones con éste, ó que estén llenos de animosidad contra aquel, apenas pueden soportarse á sí mismos; de tal modo el pecado les proporciona pesares, disgustos, mortificaciones y reveses.

Saca de todo esto que no es posible la paz estando mal con Dios. Perpetuo banquete es la buena conciencia y no la tendrás nunca si, ó vives en pecado, ó no cumples tus deberes con generosidad para con Dios. Pide á Nuestro Señor gracia para luchar contigo, date mucho al propio vencimiento y la paz nacerá en tu corazón.

PUNTO III

Es imposible carecer de paz interior estando sometidos á Dios.

Si el alejamiento de Dios es incompatible con la paz del espíritu, has de deducir de ahí que la paz del corazón debe ir unida á la sumisión, á la voluntad y á las inspiraciones de Dios. Así lo comprendía el real profeta David cuando exclamaba: Sí, Dios mío; para los que aman vuestra ley hay una paz interior, que no es justo, ni aun posible, que la haya para los mundanos, porque siendo vuestra ley como es, el principio del orden, es esencialmente el principio de la paz.

Esta paz has de considerar que es inquebrantable con Dios, con el prójimo y contigo mismo. Es

inquebrantable con Dios, porque ¿qué es lo que puede turbar tu paz con Dios si vives sometido á su voluntad divina? Si te envía aflicciones, las recibes como pruebas que quiere hacer de tu fidelidad; si permite contra ti persecuciones, y aun calumnias, le bendices, y en lugar de quejarte las recibes como motivos de alegría y pruebas del Señor para tu mérito; si te quita la salud, no pudiendo trabajar para El, te consuelas pensando que padeces por su amor; si tienes pérdidas de fortuna, le das gracias, porque, ya que no puedas honrarle con tus bienes, puedes glorificarle con tu pobreza; si tu fama es atacada, te regocijas, porque esto te proporciona ocasión de hacer un sacrificio por El; si nada de cuanto emprendes te sale bien, le adoras agradecido, porque lo que El dispone te ha de convenir mejor que todo cuanto consideres como más beneficioso para ti. En una palabra, sólo quieras lo que Dios quiere, y goces renunciando á lo que El no quiere, y de este modo gozas de la paz de Dios; ó más bien, Dios mismo, según la expresión de san Pablo, es tu paz.

Paz inquebrantable con tu prójimo; porque estando sometido y obediente á la ley de Dios, nada habrá en ti de todo aquello que altera la paz entre los hombres. Esto es: no habrá en ti ni resentimientos, ni envidias, ni arrebatos del mal humor, ni soberbia, ni esas acrimonias, que son como la semilla de la desunión y de la discordia. Tu situación será entonces la que declara el salmista: «Con los que aborrecían la paz era pacífico.» Sabrás pagar bien por mal; no tendrás enemigos, pues no los debe tener un cristiano; sabrás sufrir las flaquezas ajenas, y no sólo tendrás paz, sino que la paz te acompañará adonde quiera que vayas. ¡Qué felicidad la de un cristiano así, y cuánto bien puede hacer en las almas! ¿Eres tú de ese modo? ¿Y por qué no lo has de ser? Mira lo que te falta y procura conseguirlo.

Paz inquebrantable contigo mismo. ¿De qué modo?

A causa de esa sumisión á la ley de Dios, que tiene todas tus pasiones en calma, ó cuando menos sujetas á tu razón; y como están así sometidas, no turban tu corazón, y ni te dejas llevar de la cólera, ni la tristeza te domina, ni eres juguete de ninguna pasión. Obedeces á Dios, y al obedecerle, todas tus pasiones te obedecen. Dios reina en ti, y por una consecuencia natural, hace que tú reines sobre ti mismo.

Mira, pues, á cuán poca costa puedes conquistar esa paz tan preciosa, por la que no se te pide más que la sumisión á la ley de Dios; sumisión obligatoria y á la que, sin embargo, va unido, aun en esta vida, un don tan inestimable como es la paz del espíritu. Aplícate á conquistarla uniéndote á Dios, pues en ninguna parte, sino en Dios, se encuentra. Búscala en una perfecta sumisión á la fe y á su santa ley, y á los deberes todos de tu estado, y si observas esta doble regla, tendrás á la vez la paz del espíritu y la paz del corazón; esto es, la verdadera paz cristriana.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío, verdadero pacificador de las almas! Enséñame esa ciencia difícil de la paz, para que nada me turbe y nada me espante de cuanto me pueda ocurrir. Que ni la prosperidad, ni la humillación, ni nada, me robe la paz del corazón; que en todo vea á Dios y su voluntad santísima; que la gracia me fortifique y aliente para que siempre vivas tú en mi corazón, y yo en el tuyo como mansión de paz y bienandanza.

Propósitos.—Ver en todo la voluntad de Dios; dominar tus pasiones; no hacer caso alguno de las máximas del mundo. Esos tres medios te bastan para nunca perder la paz del corazón.

12 DE FEBRERO

La casa de Nazaret escuela de toda perfección.

Preludios.—**Visita por última vez aquella morada de toda santidad, examina una por una las virtudes celestiales que allí resplandecen, y pídele al Niño aquella que más necesites para parecerte á tu divino Maestro y Capitán.**

PUNTO I

Jesucristo modelo de perfección en todas sus obras.

Recuerda que al crear al hombre dijo un día Dios Nuestro Señor: Hagamos al hombre á nuestra imagen. ¿Y dónde está el hombre por excelencia, tipo y dechado de los hombres? En Jesucristo, que es el primero y último de los nacidos de Adán, según dijo el mismo Señor en el Apocalipsis, el primogénito de toda criatura, y aquel por quien todas fueron criadas. De Jesucristo, pues, debemos entender á la letra las citadas palabras: *Hagamos al hombre á nuestra imagen.* Y en efecto, en El hallamos á la imagen de Dios en toda su perfección, porque el Verbo es la imagen de la bondad del Padre, y esta imagen sustancial y divina se refleja en su humanidad. Todas las perfecciones de la divinidad se reproducen por una misteriosa comunicación en Jesús, que por eso es la perfecta imagen de Dios.

En Jesús, pues, todo es santo, santos sus pensamientos, santas sus obras. Tal debía ser el Pontífice de la naturaleza humana, santo, inocente, inmaculado, muy distinto de los pecadores y más alto que todos los cielos, como dice san Pablo á los hebreos. Siendo como es, el tabernáculo de la divinidad, ¿cuánta será la santidad de Jesús?

Acércate ahora á la morada oculta en donde está el Dios escondido y contempla los resplandores de toda virtud en el divino Infante, lee en este libro de oro, mira este espejo sin mancilla, y entrando dentro

de ti mismo, avergüenzate de la corrupción de tu corazón carnal.

Repara una por una todas las virtudes, las interiores como las exteriores, las que se relacionan con Dios, como las que santifican el trato con los hombres y en todo, en lo grande y en lo pequeño, á través de aquel exterior humilde de un Dios que se esconde tras la nube de su humanidad, verás la perfección infinita en todas las obras y el modelo acabado de todos los santos. Lo mismo cuando trabaja, que cuando ora, cuando habla que cuando calla, todo lo hace con una santidad infinita, interior y exterior; jamás la sombra de un defecto, ó de una imperfección, se deslizó en uno solo de sus actos, considerados en su substancia y en su modo; en cada momento, cualquiera que fuese su ocupación, era digno en la tierra, como en el cielo, del cántico de los ángeles: *Sanctus, Sanctus, Sanctus.*

Todo lo hizo, además, con una sabiduría infinita, con un orden admirable, conformándose siempre con los designios de su Eterno Padre y con las obligaciones de su edad y estado. Siempre se acomodó á las circunstancias, haciendo cada cosa dónde, cuándo y como era necesario hacerla.

Todo lo hizo con una bondad infinita, refiriéndolo todo á la gloria de Dios y á nuestra salvación. Sabía que multiplicando los actos de adoración, de obediencia, de anonadamiento de sí mismo, y las demás virtudes, hasta en los al parecer, mínimos pormenores de su conducta, desagraviaba más ampliamente á la divina Justicia, ultrajada por el pecado, aumentaba el tesoro de méritos y de gracias, que preparaba á los hombres y les hacía más fácil la salvación.

Considera, por último, en qué te pareces á tu divino modelo, y la conciencia te dirá que en nada. El todo lo hizo *bien*, y tú todo lo haces mal. El no buscaba sino la gloria de Dios, y tú no buscas sino la

tuya propia. Anímate á estudiar en el divino ejemplar de toda perfección, y á copiar en tu alma los rasgos de las virtudes que más necesites.

PUNTO II

Debemos aspirar, á imitación de Jesucristo en Nazaret, á hacerlo todo con la mayor perfección posible.

Considera que á obrar de ese modo nos debe mover, ante todo, la voluntad de Dios, que para eso nos puso por ejemplar visible á su divino Hijo. No podíamos imitar á Dios invisible, pero para eso *se hizo carne y habitó entre nosotros*, para que no tuviésemos excusa en no seguir sus divinos ejemplos. Ahora bien, la manera de obrar de Jesús, como lo has meditado, es hacer todas las cosas con suma perfección, y de aquí la obligación que tenemos de hacer todas nuestras obras de la mejor manera que podamos. Así lo exige también de nosotros Jesús por su oficio de modelo y de maestro de los hombres Un maestro resulta deshonrado por el poco anhelo con que le escuchan sus discípulos, y por esto Dios ha declarado que sólo tendrá gracias y bendiciones para los que no hagan su obra con negligencia. Añadamos que por el dominio que tiene Jesucristo Redentor sobre nosotros, todas nuestras acciones le pertenecen, pues, por la gracia de su sangre, son suyas, lo mismo las más comunes que las más importantes en el orden sobrenatural, además de que todas ellas son homenaje de nuestra obediencia, y, según el lenguaje de la Iglesia, ofrendas de nuestra servidumbre. Deben ser, por lo tanto, dignas de El y darle toda la gloria que le es debida.

También exige esa perfección nuestro amor á Jesucristo. Nada le es, en efecto, más agradable que vernos ocupados en hacer santamente y con toda la perfección que podamos nuestras obras. De este modo nos parecemos á El, vivimos su vida y compartimos su deseo más ardiente, que no es otro que el que

glorifiquemos á su Eterno Padre por medio de nuestros actos, como El le glorificó con los suyos. Si, por el contrario, en nuestras obras se mezcla algún defecto, Jesucristo no ha sacado de su gracia todo el fruto que deseaba, ni de mi cooperación toda la gloria que se prometía.

Coteja, alma mía, la santidad de Jesús con tus imperfecciones. Jesús, dechado de virtud; yo, abismo de miserias y pecados. Y, sin embargo, Dios quiere que me santifique. *La voluntad de Dios es vuestra santificación*, dice san Pablo (1). Para esto me ha criado y me ha hecho hijo suyo, y esto he prometido en el bautismo. Me preguntaré frecuentemente con san Bernardo: ¿A qué has venido al mundo, á la religión, á la vida espiritual? En honor de Jesús emprenderé una nueva vida. No sólo no dilataré más mi conversión, sino que á imitación de los santos, y del Santo de los santos, procuraré hacer todas mis obras de modo que den á Dios toda la gloria posible.

PUNTO III

Recompensas que debemos esperar si hacemos las cosas con toda la perfección posible.

Primeramente, la satisfacción interior y espiritual que produce el cumplir con lo que debemos á Dios y á nuestras obligaciones. En segundo lugar, el caudal de merecimientos que con esto granjeamos. El mérito de las cosas sobrenaturales sobrepuja incomparablemente al de las cosas naturales del cielo y de la tierra. En tercer lugar, la gloria que, obrando con perfección, damos á Dios. El menor acto de virtud cristiana realizado por un alma justa; el nombre sólo de Jesús pronunciado con sólida piedad; la señal de la cruz hecha con devoción... menos todavía: un paso, una palabra vivificada por el espíritu de Dios

y la pureza de intención, agradan más á Dios y le procuran más gloria que todas las acciones puramente naturales de las criaturas, pasadas, presentes y venideras. Y si miramos, no ya al tiempo de esta vida presente, sino á la vida interminable que nos espera, cuántas ventajas recogeremos en la eternidad de esa acción, al parecer insignificante, que no ha durado más que un momento! San Bernardo dice que las buenas obras son la simiente de la eternidad. Y así como el árbol y el fruto están encerrados en la simiente, del mismo modo en cada obra buena está encerrada la gloria eterna, ó un aumento de ella.

Saca, pues, de todo esto gran deseo de la perfección. Los deseos santos son como las alas que nos levantan de la tierra. El que verdaderamente desea la perfección, no deja nunca de caminar hacia adelante, y el que no deja nunca de caminar, al fin llega.

Después una resolución firme de entregarte del todo á Dios. Muchos son llamados á la perfección; siéntense movidos á ella por la gracia; la desean; mas, porque les falta esta resolución, viven y mueren en una vida tibia é imperfecta. No basta desear la perfección, es menester también una firme resolución de obtenerla. ¡Cuántas almas se alimentan solamente de deseos, y no dan un paso en el camino de Dios! Tales son los deseos, de que habla el Sabio, que consumen al perezoso. Al perezoso todo se le va en deseos, pero nunca se resuelve á emplear los medios propios de su estado para hacerse santo. Resuélvete, además, á escoger lo mejor, es decir, no sólo lo que es del gusto de Dios sino lo que ha de dar más gusto á Dios. Muchos santos han hecho voto de adelantar cada día en la perfección. Sin embargo, para ser santo no es necesario hacer este voto; mas es preciso que todos los días procures dar algún paso en la perfección. Y conviene obrar pronto, y no aguardar á mañana; ¿quién sabe si después tendremos tiempo? En la otra vida se acabaron ya el tiempo

y los medios de obrar bien y de merecer; después de la muerte, lo que está hecho, hecho está.

Coloquio.—Yo os bendigo, ¡oh Señor! por haber colocado tan cerca de mí la santificación y la salud de mi alma. Por esto mismo mi flojedad no tendrá excusa, si me atrevo á buscar alguna en la dificultad de llegar á la perfección que Vos esperáis de mí; pues para llegar á ella, no tengo ni aun que mudar de ocupación, porque me basta hacer bien lo que hago. Y puesto que es preciso que yo ejecute esas acciones, haced, Señor, que no sea tanta mi ceguedad que las haga mal, cuando en cada una de ellas, bien ejecutada, hay un germen de inmortalidad y de bienaventuranza.

Propósitos.—En todas las obras purifica tu intención y encamínala á la gloria y servicio de Dios Nuestro Señor.

13 DE FEBRERO

Sobre la vida pública de Cristo nuestro Señor.

Preludios.—Contempla á Jesús despidiéndose de su santísima Madre para ir á bautizarse y dar principio á su vida pública, y pide perfecto desprendimiento de todos los vínculos de la carne y sangre para ir solo adonde te llame la voz de Dios.

PUNTO I

Conducta de Jesucristo en su vida pública con su Eterno Padre.

Considera que á la vida oculta y contemplativa de Jesús debía suceder la vida pública y activa. El momento determinado en los eternos decretos de Dios había llegado. Va, pues, á concluir para Jesús aquella existencia tan apacible de cuyas dulzuras gozaba, hacía más de veinte años, en la feliz casa de Nazaret. Es necesario que renuncie á ella para entrar en la vida pública, en la carrera tan agitada y penosa del celo evangélico. Es necesario que renuncie á la

compañía de su amantísima Madre, de todos sus parientes y amigos, para ir á vivir en medio de hombres enemigos, groseros y envidiosos. Ha llegado el tiempo en que el Dios oculto se manifieste en público y empiece una vida de terribles humillaciones, pero al mismo tiempo de apostolado y de gloria. Jesús va á presentarse, ya como guerrero que reune á su pueblo, y por el sacrificio de su vida le asegura la victoria; ya como doctor infalible y de infinita sabiduría, que da testimonio de la verdad y por la verdad muere: ya como pontífice que se inmola por su pueblo, y siempre y en todo caso, su vida pública aparece como vida de infinita actividad, en la que todo un Dios por su palabra, sus milagros, su paciencia y virtudes infinitas, se entrega cuanto es á la salvación del mundo.

Para compendiar en esta meditación la vida maravillosa y pública del Salvador del mundo, y la que luego hemos de seguir paso á paso, mira en El el divino ejemplar de los varones apostólicos, estudiando en primer lugar su modo de proceder para con su Eterno Padre. Vida de oración constante, de obediencia absoluta á la voluntad de Dios, de trabajos y sudores por la divina gloria, son los tres caracteres de la vida apostólica. Considera cómo los refleja en sí el divino Salvador de los hombres.

Contempla, en primer lugar, á Jesucristo orando. Aunque no tiene más que tres años para la predicación, dedica días enteros de este tiempo tan corto, á la oración, porque sabe que para convertir almas, lo primero es orar. Después de las fatigas del día, en lugar de entregarse al necesario sueño, se retira á los montes y lugares desiertos para orar en el silencio de la noche. Medita las circunstancias de esta oración divina. Es una oración que se hace en la soledad, es una oración acompañada de los testimonios exteriores del más profundo respeto: ora de rodillas ó postrado, con el rostro en tierra. Es una oración que consiste

en los más puros y heroicos sentimientos de caridad; se ofrece á su Padre como una víctima pronta á inmolarse para reparar su gloria y salvar á los hombres. Echa una mirada sobre ti. ¿Oras? ¿Cumples los preceptos de la ley del Señor? ¿Trabajas por la gloria de Dios? Aprende, con el ejemplo de Jesucristo, á cumplir cristianamente tus deberes para con Dios, y no seas de los cristianos, que para todo tienen tiempo menos para mirar por su santificación y salvación.

Mira á Jesucristo obedeciendo. No está sometido á la ley, El es su primer autor, y viene á sustituirla con otra mucho más perfecta. No obstante, como en ella ve la expresión de la voluntad divina, observa todas sus preceptos con una divina exactitud. Recuerda lo que nos dice el Evangelio de su fidelidad en venir á orar al templo, en santificar el día de sábado, en celebrar la Pascua. Lleva el respeto de la ley hasta honrar á sus ministros en los escribas y fariseos.

Míralo trabajando por la gloria de Dios. Los tres años de su vida pública se consagran á la predicación del Evangelio. Admira con qué celo aprovecha todas las ocasiones de hablar á los hombres de la salvación y de la obligación de servir á Dios. Represéntate á este Dios Apóstol en medio de sus discípulos, y rodeado de un gentío innumerable; con qué fuerza y con qué dulzura al mismo tiempo reprende á los pecadores; con qué paciencia repite bajo diversas formas las mismas verdades á los espíritus sencillos y groseros que tienen trabajo en comprenderlo; con qué abnegación de sí mismo trabaja día y noche por la salvación de las almas. ¡Oh divino Jesús! Apenas apareces en tu vida pública, se ve que eres el Rey y modelo de los Apóstoles y el divino Salvador del mundo. Envíame un rayo de tu divina luz para que comprenda y siga tu celestial doctrina, y merezca contarme entre tus discípulos y seguidores.

PUNTO II

Conducta de Jesucristo para consigo mismo.

Considera y admira la divina humildad de Cristo nuestro Señor, cómo oculta en la obscuridad su sabiduría y su poder; cómo prohibe muchas veces á los que ha curado que publiquen sus milagros; cómo huye del entusiasmo del pueblo, que quiere proclamarle rey. Contempla su desnudez y su pobreza; que es tan excesiva que muchas veces no tiene ni aun un poco de pan para sostener sus fuerzas, ni una piedra donde reclinar su cabeza, y ¡cosa admirable! El, que prodiga los milagros cuando se trata de las necesidades del prójimo, los rehusa cuando se trata de sus propias necesidades. Su mortificación continua. Se renuncia, se crucifica en todas las cosas, su vida no es más que una cadena de fatigas, de ayunos, de sudores y de vigilias.

En lo exterior: contempla la sencillez de sus vestidos; la gravedad de sus pasos; la modestia divina de su rostro; la reserva de sus palabras y miradas; la serenidad y dulzura retratadas en sus facciones, que atraen á todos los hombres: en una palabra, reconoce en El lo que habían anunciado los profetas: «Ved á mi siervo, á mi elegido, en el cual ha puesto mi alma todas sus complacencias. Derramaré mi espíritu sobre El.»

Penetra luego en el alma sagrada de Jesucristo; estudia sus admirables virtudes; su pureza de intención, por la que dirije á su Padre todas sus obras; su caridad, que no permite á su Corazón más que dos afectos, el celo de la gloria de Dios y el celo de la salvación de los hombres; su desasimiento de sí y su divina humildad, cuando el pueblo, oyéndole, arrebatado exclamaba á su alrededor: «Jamás habló ningún hombre así.» Su resignación y paz profunda cuando sus enemigos querían apedrearlo; su tranqui-

lidad interior cuando echaba á los mercaderes del templo ó confundía á los fariseos; su valor invencible cuando decía la verdad á los grandes y poderosos, en una palabra, admira y adora postrado en tierra á la santidad increada que se ha hecho carne para que puedas estudiar é imitar sus divinos ejemplos en todas las virtudes. Compárate con tan soberano modelo y propón imitarlo mejor en adelante.

PUNTO III

Conducta de Jesucristo con respecto al prójimo.

Considera la reserva y prudencia divina de Jesucristo en sus relaciones con el prójimo. Sus conversaciones eran raras y cortas. Jamás usa palabras no llenas de sabiduría celestial. Temía en algun modo estar en medio de los hombres, y no obstante, ¿qué tenía que temer de su trato? Y los hombres, por el contrario, ¿cuántas gracias no podían recoger de aquel que tenía palabras de vida eterna? No obstante, Jesucristo evita las conversaciones cuanto su ministerio le permite, y prefiere, al trato con los hombres, el silencio, la oración y la soledad. Tolera con una dulzura enteramente divina el odio y las persecuciones de los fariseos; la grosería de sus discípulos; los malos é indignos tratamientos de los que quieren escarnecerlo como á un insensato.

Acoge con bondad y con cierta predilección á los pequeños y á los ignorantes, al pueblo humilde, á los pobres, á los niños y á los pecadores. Testigos Zaqueo, la Samaritana, la mujer adúltera, la Magdalena. No escaseaba los milagros cuando llevaban á su presencia un poseído, un paralítico, un afligido; así está escrito de él, *que ha pasado haciendo bien*. Su único fin, en todo, era instruir, convertir y salvar á los hombres. No hablaba sino del reino de Dios; del valor del alma; de la obligación de creer y amar á Dios; de la necesidad de renunciarse y vencerse; de

la felicidad de los sufrimientos, y de la pobreza. Mansísimo cordero, sólo se convertía en león de Judá cuando anatematizaba al mundo y sus máximas, á los hipócritas y endurecidos, á los que voluntariamente cerraban los ojos á la luz de la verdad, que era el mismo Jesús. Jamás se vió tanta majestad unida con tanta modestia, ni tanta sabiduría hablando parábolas tan sencillas. Su vida toda, su doctrina, aun prescindiendo de sus milagros, prueban que es Hombre-Dios, porque sólo un Dios encarnado por el hombre puede hablar y obrar como hablaba y obraba nuestro divino Salvador.

Coloquio.—Divino Jesús, jardín hasta ahora cerrado en Belén y Nazaret, abre tus puertas para que los hombres admiren tu hermosura; mística y sellada fuente, derrama tus aguas de vida y lleva al mundo la fecundidad de la gracia; que un nuevo diluvio inunde la tierra, no para perderla, sino para salvarla; que la vida de la gracia, brotando, Señor, de tus labios, que tienen palabras de vida eterna, y de tu corazón divino, corra á torrentes por el mundo. Que ya que eres tan bueno, que por ti mismo has venido á predicar la buena nueva á los hombres, que te oigan, Señor, y que no se pierdan las almas. Que yo sea dócil á tus llamamientos, que oiga tus palabras como tus discípulos y no como los Escribas y Fariseos y saque de tu vida y predicación el fruto que deseas.

Propósitos.—Oir la voz de Cristo con humildad y sencillez de corazón, dispuesto á practicarla y á obedecer en todo á nuestro divino Maestro.

14 DE FEBRERO

Del bautismo de Cristo N. S.

Preludios.—**Imagínate á Jesús pidiendo el bautismo á su santo Precursor, y pasando por pecador siendo la misma inocencia, y pide gracia para conocer esta humildad, y dominar tu orgullo, y castigarlo, á fin de que seas digno discípulo del humildísimo Jesús.**

PUNTO I

De la humildad de Jesús al pedir á san Juan que le bautizase.

Considera cómo Cristo N. S , apenas se despidió de su Madre santísima, se dirigió al río Jordán, donde el Bautista predicaba y bautizaba á los pecadores que querían recibir su bautismo. Púsose el divino Jesús con maravillosa modestia y atención entre el humilde pueblo; allí estuvo oyendo el sermón del que sólo era su voz y luego le pidió que le bautizase. Considera las causas de este hecho maravilloso de Cristo nuestro Señor. La primera, fué para comenzar su oficio de predicador y Maestro, dándonos ejemplo de humildad, bajándose el Maestro á su discípulo; el Redentor, á su redimido; el Hijo de Dios á su Precursor y criado, y el Autor de la santidad tomando figura de pecador; porque siendo Cristo sabiduría infinita y Maestro de todos, y purísimo y sin mancilla, quiso pedir el bautismo como si fuera pecador; y esto sin haber ley que le obligase, así como cuando niño quiso ser circuncidado como los demás niños, que fueron concebidos en pecado.

De aquí sacaré que el principio de las cosas grandes ha de ser la humildad, disponiéndonos con ella, para que Dios nos tome por instrumentos para obrar cosas de mucha gloria suya. Y por esta causa, dice Isaías, que los que se han de salvar echarán raíces hacia abajo y producirán frutos hacia arriba; que es decir: primero, por la humildad se han de esconder debajo de la tierra, como las raíces del árbol y después se manifestarán por obras muy gloriosas como el árbol se manifiesta por los frutos. Por tanto, si deseas que la torre de perfección que pretendes edificar suba hasta el cielo, procura humillarte hasta el abismo, porque cuanto más alto ha de ser el edificio, tanto ha de ser más hondo su cimiento.

También sacaré de aquí, que la humildad es gran disposición para el bautismo y la penitencia, y para alcanzar la limpieza del alma que en estos Sacramentos se comunica, reconociéndome por pecador, y necesitado de lavarme y purificarme de mis culpas. Abraza, pues, esta soberana virtud, la cual recoge el agua viva de la gracia y la virtud de la sangre del Salvador, sacrificada en el ara de la cruz con muchos tormentos, para limpiarnos con ella de la lepra de los pecados.

La segunda causa de este hecho fué, para hacer primero lo que había de enseñar, porque el ejemplo es la mejor predicación y en vano predicas á los demás ni los aconsejas, si luego tú haces lo contrario. Por eso la palabra de Dios, ó el buen consejo, muchas veces no produce fruto, porque lo que se edifica con la palabra, se destruye con el ejemplo, como hacían los Escribas y Fariseos y por eso los llamó el Señor sepulcros blanqueados.

¡Oh Cordero inocentísimo, que quitas los pecados del mundo!, ¿qué á Ti con este bautismo? ¿Qué á Ti con gente sucia y manchada con pecados? Tú, Señor, quieres ser tenido por pecador sin serlo, y yo suspiro por ser tenido en opinión de justo, siendo pecador. ¡Oh, si quedase consumida mi soberbia con tan raro ejemplo de humildad!

PUNTO II

Bautiza san Juan á Cristo nuestro Señor.

Considera cómo luego que Cristo N. S. pidió á san Juan el bautismo, estando ya para bautizarle, el Espíritu Santo le reveló cómo aquel hombre era Cristo, el Mesías; y rehusando bautizarle, le dijo: «Yo, Señor, debo ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes á ser bautizado de mí?» Cristo nuestro Señor le respondió: «Así nos conviene cumplir toda justicia».

Aquí ponderaré lo primero, de parte de san Juan, el grande gozo que sintió su alma cuando conoció á

Cristo, renovándose el júbilo que tuvo cuando le conoció en el vientre de su madre. Con este gozo juntó grande reverencia y humildad, confesando de sí mismo que era pecador, necesitado de que Cristo nuestro Señor le lavase con su bautismo; y lleno de admiración por verle tan humillado, dijo aquellas palabras: ¿Tú vienes á mí para que te bautice? ¿Tú, Dios infinito? ¿Tú, Salvador del mundo y perdonador de los pecados? ¿Tú, que me santificaste en el vientre de mi madre, vienes á mí? ¿A mí, tu criatura? ¿A mí, tu esclavo? ¿Y para que yo te bautice con mi bautismo de agua sola, siendo Tú autor del bautismo de gracia? ¡Oh humildad profundísima de mi Señor! Semejantes afectos tengo yo de procurar, especialmente cuando fuere á comulgar, ejercitándome juntamente en los dos conocimientos de Dios N. S. y de mí mismo, y en los afectos que de ellos proceden.

Lo segundo, ponderaré mucho la maravillosa respuesta de Cristo N. S. *Así nos conviene á Mí y á ti cumplir toda justicia;* esto es, todo lo que es obra de santidad, á Mí humillándome á ser bautizado, y á ti obedeciéndome en bautizarme. Con la cual nos dió á entender que toda nuestra santidad está basada en humildad y obediencia, abrazando los tres grados que tienen ambas virtudes. El primero, es sujetarse á los mayores, que tengan por cualquier título alguna autoridad sobre mí. El segundo, más perfecto, es sujetarse también á los iguales, gustando de darles la mayor honra y el mejor lugar, y de obedecerles en lo que desean, siendo bueno, como si fueran superiores, que me lo mandaran. El tercero, perfectísimo, es sujetarse también á los menores, con tanto rendimiento y prontitud como si fueran mayores, y en este grado las ejercitó Cristo N. S. este día, y son la suma de toda la justicia y santidad. Demás de esto, con estas dos virtudes cumplimos toda justicia para con Dios, para con nosotros y para con nuestros prójimos, porque nos mueven á respetar y obedecer á

Dios, á mortificarnos y despreciarnos á nosotros mismos y á dar buen ejemplo á nuestros prójimos, ganándoles la voluntad y teniendo paz con ellos. Todo esto comprendió Cristo N. S. en esta respuesta; y así, con este espíritu tengo de alentarme al ejercicio de estas dos virtudes, diciéndome á mí mismo: así te conviene cumplir toda justicia, no parte, sino toda; no con corazón desmedrado, sino entero y perfecto; y aunque seas grande en el mundo y tengas cualquier dignidad, te importa cumplir toda esta justicia humillándote y obedeciendo, como Cristo lo hizo con su Precursor.

Lo tercero, ponderaré cómo san Juan obedeció luego con los tres grados que tiene la perfecta obediencia, de puntual ejecución, pronta voluntad y rendimiento de juicio. Y así, por obedecer á Cristo nuestro Señor, le bautizó, porque gusta Dios que sus siervos rindan su juicio al divino, y no sean porfiados, como lo fué san Pedro no queriendo dejarse lavar los pies; y perdiera la amistad de Cristo si durara en su rebeldía.

Mira cómo obedeces tú, y si á veces ocultas una interior soberbia y amor propio con capa de humildad. Examina, además, si llenas toda justicia, esto es, si cumples bien y como Dios quiere las obligaciones todas de tu estado y profesión.

PUNTO III

El Padre Eterno ensalza y premia la humildad de su divino Hijo.

Viendo el Padre Eterno tan humillado á su Hijo unigénito, se tuvo por obligado á honrarle, porque siempre quiso cumplir la verdad de aquella sentencia que dice: *El que se humillare, será ensalzado* (1); y en lo mismo que se humilla el hombre, en eso suele ensalzarle Dios. Los medios que el Padre Eterno

(1) Luc., XIV, 11.

tomó para honrar á su Hijo en esta ocasión, fueron tres, excelentísimos, los cuales meditarás para tu enseñanza y ejemplo.

El primer medio fué abrirse los cielos con un resplandor maravilloso; y dice san Mateo, que se abrieron para El, por su respeto y para su honra, para significar que Cristo N. S. era hombre celestial y venido del cielo, y, por consiguiente, que su vida y doctrina, su ley y todas sus obras eran celestiales. Item, para significar que se abrirían las puertas del cielo á todos los que le imitasen, porque á su imitación se harían también los hombres celestiales.

El segundo medio que tomó el Padre para honrar á su Hijo, fué enviar sobre El al Espíritu Santo en figura de paloma. Se puso ésta sobre su cabeza para declarar con aquella figura exterior la plenitud del divino Espíritu que tenía dentro de sí desde el primer instante de su concepción; y vino en forma de paloma para significar la pureza y mansedumbre de Cristo, para que todos entendiesen que, aunque se bautizaba con bautismo de penitencia, no era pecador ni tenía que ver con pecadores, sino justo y purísimo, como paloma sin hiel de pecado, ni doblez, ni engaño alguno. Para significar que no solamente estaba limpio de pecados, sino que era el Cordero de Dios que quitaba los pecados del mundo; porque como la paloma en tiempo de Noé trajo la señal de haber cesado las aguas del diluvio, así ahora es señal de que con la presencia de Cristo, y por sus merecimientos, se acabaría el diluvio de pecados que anegaba el mundo.

El tercer medio que tomó el Padre para honrar á su Hijo, fué decir con voz formada en el aire, no terrible y espantosa, sino suave y amorosa; *Este es mi Hijo amado, en quien me he agradado.* Cada palabra tiene particular misterio. Dice *Este,* como si dijera: Este que parece puro hombre mortal y pasible; Este que se humilla hasta parecer pecador, siendo

bautizado con bautismo de pecadores; Este sobre quien bajó esta paloma, Este es mi Hijo. Y no es mi Hijo adoptivo, como los demás justos que le han precedido, sino natural y unigénito mío; no es engendrado ahora en este bautismo, sino engendrado desde mi eternidad, tan antiguo es como yo, tan sabio y tan bueno, porque es Dios como yo; y así por excelencia es mi amado, á quien yo amé y amo sobre todas las cosas criadas y por criar, y con amor infinito, como me amo á mí mismo; y en El me agrado y me alegro, y me precio de tenerle por Hijo, porque El siempre me agrada y hace todas las cosas que me dan gusto; y así, no tenía necesidad de este bautismo, para que Yo me agradase de El; porque antes me agradaba de tal manera, que sin El ninguno me puede agradar, y por El me agradarán todos los que le imitaren.

Ultimamente, ponderaré cómo por los merecimientos de Cristo N. S. se comenzó en este día á manifestar el misterio de la Santísima Trinidad en la voz del Padre Eterno, y en la paloma, que representaba al Espíritu Santo. Y, por último, cómo Cristo Nuestro Señor, instituyó entonces su bautismo, muy diferente del bautismo de san Juan, concediéndole la virtud y eficacia que por estas tres señales milagrosas se representaban. Abrirnos las puertas del cielo, darnos la gracia y dones del Espíritu Santo, y hacernos hijos adoptivos de Dios, agradables á sus ojos, con fe y conocimiento de la Santísima Trinidad, en cuya virtud y nombre se da. Todo esto lo hace el bautismo con tanta plenitud, que ahora quien muere luego que es bautizado, entra en el cielo sin detenimiento, y recibe la herencia de hijo de Dios, viendo claramente á la Santísima Trinidad, con cuya vista es bienaventurado.

Coloquio.—¡Oh Padre Eterno!, gracias os doy por la honra que hicisteis á vuestro Hijo, cuando se humillaba por vuestro amor; gózome del amor y de las

complacencias que tenéis en El, por quien os suplico me ayudéis, para que á su imitación haga siempre lo que os agrada, de modo que os agradéis en mí. ¡Oh Salvador mío, sea para bien la honra que vuestro Padre y el Espíritu Santo os hacen en este día, aprobándoos con tales testimonios, para que seáis nuestro Maestro y Redentor: hacedme, Señor, agradable á vuestro Padre celestial, y digno de que quiera tomarme por su hijo.

Propósitos. —Empieza á amar la humillación, que ella lavará y purificará tu alma y por ella merecerás que Dios te alabe y ensalce y que se te abran las puertas del cielo.

15 DE FEBRERO

Jesús en el desierto.

Preludios.—**Mira á Jesús en el desierto, haciendo penitencia por pecados que no Él, sino tú, has cometido, y pídele amor á la soledad y al retiro.**

PUNTO I

Retírase nuestro divino Maestro al desierto.

Medita cómo Cristo N. S., en siendo bautizado, lleno del Espíritu Santo se partió del río Jordán, dejando la compañía de san Juan y de la gente que allí estaba; considera la causa por qué hizo esto, que fué para ejercitar algunas virtudes propias de los que están llenos del Espíritu de Dios.

La primera fué su querida humildad, huyendo las alabanzas y las honras mundanas; porque la muchedumbre del pueblo que había visto y oído las maravillas que pasaron en su bautismo, no cesaran de alabarle y honrarle; y así, quiso huir y esconderse, no porque El tuviese peligro de vanidad, sino para enseñar con este ejemplo á los que le tenemos, que huyamos los lugares y ocasiones de nuestras alabanzas, especialmente á los principios, cuando la virtud

está tierna y corre peligro de perderse en flor con el viento de la vanidad.

Lo segundo, se fué del Jordán, para significar que los varones llenos de Espíritu Santo, aunque no desprecian las ceremonias exteriores, cual era el bautismo de sola agua, en cumpliendo con sus obligaciones luego se retiran á la soledad, y á ejercicios de virtud más levantados y espirituales, porque no se diga de ellos lo que el mismo Señor dijo de los fariseos, que hacían grande caso de ceremonias exteriores: Este pueblo solamente me honra con los labios, y su corazón está lejos de Mí, y ¡ay de vosotros, hipócritas, que limpiáis por defuera el vaso y el plato, y de dentro estáis llenos de inmundicias!

Lo tercero, se retiró del Jordán, para significar que quien está lleno del divino Espíritu y ha visto los secretos del cielo y gustado en la oración la suavidad de Dios, luego desea huir el ruido y tráfago de la gente, para rumiar á sus solas lo que ha visto y entregarse más de veras á la contemplación de lo que se le ha mostrado. ¡Oh dulcísimo Jesús!, lléname del Espíritu Santo, de que estabas lleno, para que comience á imitar el ejemplo que me diste, retirándome á orar á sus tiempos del modo que te retiraste.

Saca del ejemplo de Cristo N. S. al huir siempre que puedas del ruido y tráfago del mundo y refugiarte en la soledad. Allí estarás más libre de peligros, hablarás más y mejor con Dios y alcanzarás el espíritu de oración que no tienes, porque vives mucho en la disipación y en medio del mundo.

PUNTO II

Por qué causas se retiró Jesús al desierto.

Considera que dice el Evangelio que el Espíritu impelió y guió á Cristo N. S. al desierto, donde estuvo cuarenta días.

Aquí se ha de ponderar, qué espíritu movió á Cris-

del mundo, porque en la misma materia que los hombres pecaron, quiso Cristo N. S. padecer trabajos en satisfacción de sus culpas, para que yo aprenda á castigar mi gula con ayunos, pues así ayuna Cristo N. S. por ellas. La otra causa fué, para enseñarnos cómo los bautizados que desean servir á Dios N. S., han de procurar domar con ayunos los bríos de la carne para sujetarla al espíritu, y su primera batalla ha de ser para vencer al enemigo doméstico, que es la carne, de la cual se aprovecha el demonio para sus tentaciones. Y también los que han de ser ministros del Evangelio han de pelear de la misma manera, castigando, como dice el Apóstol san Pablo, su cuerpo, y poniéndole en justa servidumbre, porque no les suceda que predicando á otros queden reprobados ellos. Por tanto, si quieres que no se te cierren los cielos que te abrió el bautismo, enfrénate con el ayuno, porque la gula echó á nuestros primeros padres del paraíso, y la abstinencia te ayudará para que seas en él admitido.

Lo segundo, este ayuno fué rigurosísimo, sin comer ni beber cosa alguna por espacio de cuarenta días, para enseñarnos que nuestro ayuno ha de ser con el mayor rigor que pudiéremos, sin pedir milagro, con tal que no destruyamos la naturaleza, ni perdamos las fuerzas necesarias para el divino servicio, contentándonos, como dice el Apóstol san Pablo, con tener el sustento necesario, y ofreciendo nuestros cuerpos á Dios N. S. en hostia viva.

Lo tercero, este ayuno fué largo y prolijo, para significar la constancia que hemos de tener en las obras de penitencia, perseverando hasta alcanzar la perfección, porque aunque Cristo N. S. no prolongó su ayuno más de cuarenta días, pero dispuesto estaba para dilatarle más tiempo, si fuera necesario. Y con esto confirmó el ayuno de cuaresma, que la Iglesia guarda con rigor, con cuyo ejemplo me animaré á guardarle con perfección, ordenando este ayuno á

cuatro fines. El primero, en satisfacción de mis pecados. El segundo, en agradecimiento de los beneficios recibidos. El tercero, para impetración de las virtudes que me faltan. El cuarto, para disponerme á la gloria de la resurrección, que espero como premio de mis trabajos.

Lo cuarto, este ayuno, aunque riguroso por una parte, por otra fué suave; porque como se saca de los Evangelistas, en todo ese tiempo no tuvo hambre, porque la virtud de la divinidad, y la dulzura de la divina contemplación, hacían que la carne no sintiese trabajo en su ayuno; como ni le sintieron Moisés y Elías, el uno por estar en el monte conversando con Dios, y el otro porque iba al monte á conversar con El y había sido confortado con el pan que le dió el ángel; en lo cual se nos avisa que la oración y devoción hacen suave el ayuno, premiando la ayuda que de él reciben con el gusto que le añaden.

Coloquio —¡Oh dulcísimo Jesús! gracias te doy por el ayuno tan riguroso que hiciste en satisfacción de mis pecados, por El te suplico los perdones y me ayudes, para que de hoy más mi cuerpo se mortifique y ayune, absteniéndose de manjares, y el espíritu ayune apartándose de vicios y de todo aquello que me separa de ti. Dame gusto en la abnegación y mortificación, para que empiece alguna vez á ser verdadero discípulo tuyo.

Propósitos.—Mortificarnos, no sólo cuando nos lo manda la Iglesia, sino siempre que podamos, para dominar la carne y someterla al espíritu, así como mi espíritu lo someteré á Dios.

16 DE FEBRERO

Sobre las tentaciones de Cristo en el desierto.

Preludios.—Mira á Jesús en el desierto, luchando generosamente con Satanás, y pide luz y gracia para conocer y vencer en tus luchas con el mundo, el demonio y la carne.

PUNTO 1

De las tentaciones de Cristo N. S. en general.

Considera que Cristo N. S. fué guiado al desierto, entre otros fines, para que *fuese tentado del demonio*, en lo que se ha de ver que es propio del Espíritu Santo poner á los hombres perfectos en lugares y ocasiones donde sean tentados, para descubrir en ellos la eficacia de su gracia, dándoles gloriosas victorias y medios de conseguir grandes merecimientos. Así, pues, aunque yo no tengo de ponerme temerariamente en tales ocasiones, pero si me hallare en ellas, porque Dios me envía, puedo presumir que vienen por providencia y permisión del divino Espíritu, para que con su ayuda adelante en virtud y merecimientos.

Asimismo has de considerar que Cristo Nuestro Señor quiso ser tentado inmediatamente después del bautismo y del ayuno, porque, aunque no era principiante en la virtud, quiso pasar por la ley ordinaria de los que comienzan la carrera de la virtud; los cuales son tentados apenas se dedican á servir á Dios. Item, para hacerse semejante á los demás hombres en todas las miserias, que no son culpa ó frisan con ella, y para que sabiendo por experiencia qué es ser tentado, se compadeciese, como dice san Pablo, de los que lo son y con la victoria de sus tentaciones nos enseñase á vencer las nuestras y nos diese ánimo y esfuerzo para vencerlas. De aquí es que, aunque por el discurso de los cuarenta días fué tentado con varias tentaciones, como dan á entender san Lucas y san Marcos; pero al fin de ellas fué tentado con tres tentaciones visibles, en las cuales como en semilla están todas las demás, para que por ellas sacásemos el modo de pelear contra las otras.

De aquí sacaré tres avisos muy importantes para cuando fuere tentado. El primero es no afligirme ni desconsolarme, teniéndome por desfavorecido de

Dios; porque pues mi Salvador fué tentado siendo Hijo de Dios, no es mucho que yo lo sea. El segundo, acudir con grande confianza á este Señor por remedio y ayuda en mis tentaciones, diciéndole: Rey mío, pues sabéis qué es ser tentado, compadeceos de mí y quitadme la tentación ó dadme fuerzas para vencerla. El tercero, es prevenirme para las tentaciones con oración y ayuno como este Señor se previno. También debo sacar de la meditación de las tentaciones de Cristo: Primero, gran confianza en la divina Providencia, pues tan gran cuidado tiene de sus hijos y de los que por El pelean en el desierto de esta vida. Y segundo, que los ángeles asisten invisiblemente á los que pelean para ayudarlos; y cuando vencen, se alegran con ellos y solemnizan nuestras victorias. Y lo tercero, tener paciencia y sufrimiento, aunque las tentaciones se multipliquen y prolonguen, porque á su tiempo hará Dios que cesen, apartando de mí al demonio; pero no tengo de asegurarme en esta vida, porque no sin causa dice el Evangelista san Lucas, que Satanás huyó de Cristo hasta otro tiempo, para significar que si ahora se va, volverá después á probarme de nuevo con nuevas tentaciones, quizá más fuertes; pero quien me ayudó á vencer las unas, me ayudará á vencer las otras.

¡Bendita sea, oh Padre celestial, tu divina Providencia! Gracias te doy por el cuidado que tuviste de tu Hijo unigénito, y por la honra que le hiciste en esta victoria. Por El te suplico tengas cuidado de mí y me ayudes para que me fíe de Ti.

PUNTO II

De las dos primeras tentaciones de Cristo N. S.

Pasados los cuarenta días de ayuno tuvo el Señor hambre y el demonio, que le andaba mirando cuanto hacía, no perdió esta ocasión de verle necesitado y hambriento, y con especie de piedad le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en

pan. Como quien dice: Usa de la potestad que tienes de hacer milagros para remediar tu necesidad y hambre, provocándole con esto á tener afecto desordenado á la comida.

En lo cual se han de considerar los varios modos que tiene el demonio para tentar de gula. A los regalados tienta poniéndoles delante el deleite de la comida, haciéndoles atropellar la ley de Dios. A los necesitados tienta, provocándoles á remediar su necesidad por medios ilícitos. A los presuntuosos tienta con capa de piedad falsa y mentida, y de este modo tentó á Cristo N. S., y por una vía ó por otra, desea mucho vencer á los que tratan de espíritu en este vicio de gula; porque siendo vencidos de vicio tan bajo, quedan acobardados para otras peleas más graves.

Cristo N. S., con humildad le respondió con un lugar de la divina Escritura: No vive el hombre de solo pan, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios: que fué decirle: no quiero hacer milagros por tu persuasión, ni para mi regalo, pues Dios puede sustentarme por otros caminos, y yo creo á lo que está escrito en la Escritura cerca de esto, y confío en su providencia que no me faltará. Con lo cual nos enseña el modo de vencer las tentaciones que se fundan en necesidades temporales, y en falta de sustento ó regalo, que es por la humildad y fe en la palabra de Dios, y confianza en su providencia; porque si no niega Dios la comida á los hijos de los cuervos ¿cómo la negará el Padre celestial á sus propios hijos, si confiadamente la piden?

La segunda tentación fué de vanidad. Considera cómo el demonio tentó á Cristo N. S. de vanidad y presunción y demasiada confianza. Llevóle al pináculo del templo de Jerusalén, y díjole: Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo; porque escrito está que ha dado Dios cuidado de Ti á sus ángeles, y en sus palmas te llevarán para que no recibas daño.

Como quien dice: si haces esto, los que lo vieren creerán en Ti, y alabarán á tu Padre celestial.

Aquí se ha de ponderar: lo primero, las propiedades del demonio en sus tentaciones para no dejarnos engañar de sus astucias, porque en la primera tentación procura conocer las inclinaciones y estudios de cada uno, y de ellas toma ocasión para armarle nuevos lazos y tentaciones más fuertes y sutiles. De suerte que, no solamente toma ocasión para tentarnos de las necesidades que padecemos y de las malas inclinaciones que tenemos, sino de las buenas, instigándonos á usar de ellas con indiscreción, ó con intención torcida, ó con otras circunstancias malas, traspasando los límites de la razón. A los confiados en Dios, instiga que confíen con demasía, para que den en presuntuosos. A los celosos de la gloria de Dios, atiza para que den en iracundos é insufribles; y si ve que son letrados, y que fundan su virtud en los dichos de la Sagrada Escritura, de ella se aprovecha para encubrir su tentación, procurando engañarles.

Lo segundo, ponderaré la contradicción del mal espíritu y del bueno, que se descubre en este hecho: porque el buen espíritu llevó á Cristo N. S. á la soledad, para huir de las vanas alabanzas de los hombres y de la vanagloria que suele nacer de ellas; pero el mal espíritu le sacó de la soledad, y le puso en el pináculo del templo delante de mucha gente, provocándole á buscar estas alabanzas con título fingido de la gloria de Dios.

Lo tercero consideraré la mansedumbre admirable de Cristo N. S. en dejarse tomar del demonio y llevar desde el desierto hasta el pináculo del Templo; y por último, el modo cómo venció esta tentación, respondiendo al demonio: Escrito está: no tentarás á tu Señor Dios. Que fué decirle: no se han de hacer milagros por vanidad y sin necesidad, y la confianza en Dios no ha de ser tan temeraria y presuntuosa.

lo cual se echa de ver, cómo la humildad y dis-
ción con el reposo y mansedumbre, vale mucho
a vencer las tentaciones de vanidad, coloreadas
apariencia de virtud. La humildad dispone para
anzar esta luz y discreción.
e humilde, no presumas de ti, huye las ocasiones,
ues mucho adelantado para vencer las tentacio-
Si tantas veces has caído, ha sido por tu teme-
al en arrojarte en el peligro.

PUNTO III

De la tercera tentación de Cristo N. S.

onsidera cómo llevando el demonio otra vez a
to N. S. a un monte muy alto, desde allí le mos-
todos los reinos del mundo y sus grandezas, y le
todas estas cosas y la gloria de ellas es mía, y
doy a quien quiero: yo te las daré a ti, si postra-
en tierra me adorare.
aquí ponderaré la sed rabiosa que el demonio tie-
le mi condenación, pues todo el mundo, si fuera
o me lo diera, porque yo haga un solo pecado
tal. De donde sacaré una grande estima de mi
ación, un propósito muy firme y eficaz de no
er por todo lo que tiene el mundo cosa contra
aprendiendo de mi enemigo a estimar el bien
no con desprecio de todo lo temporal y perece-
o. Porque derechamente contra esta tentación di-
cristo N. S. ¿De qué le sirve al hombre ganar to-
l mundo y ser señor de él, si su alma se condena?
o segundo, consideraré cuán propio es del demo-
padre de las mentiras, engañar a los hombres
falsas promesas de lo que ni es suyo, ni lo puede
a su voluntad, y esto hace algunas veces por me-
de nuestra imaginación, formando torres de vien-
y esperanzas de grandes bienes, si hacemos algo
es pecado mortal. Otras veces lo hace por medio
hombres mundanos y de lisonjeros y amigos fal-

ojos, y humildad contra la codicia del corazón. ¡Oh Cordero mansísimo, no me dejes en manos del lobo furioso! Líbrame de él por tu misericordia, para que no me derribe de tu gracia en el abismo de la culpa.

Propósitos.—Huir todas las ocasiones, que es el modo de obtener la victoria en las tentaciones, y sobre todo en las de la carne.

17 DE FEBRERO

De la necesidad y conveniencia de las tentaciones, y del modo de vencerlas.

Preludios.—**Mira al mundo como lo vió san Antonio, lleno de infinitas redes que tienden los demonios con infernal astucia por todos los lugares y estados, y pide luz al Señor para conocer los ardides de Satanás y gracia para vencerlos y no caer en la tentación.**

PUNTO I

Necesidad y conveniencia de las tentaciones.

Considera que luego que se tiene la resolución de servir á Dios, es menester prepararse para la tentación. El Espíritu Santo nos advierte que nada se debe temer más algunas veces que no padecer tentaciones, porque suele ser señal, ó de que Dios nos abandona, ó que el demonio nos menosprecia y nos mira como gente suya, de quien está seguro. No combate contra nosotros, porque nosotros no resistimos. Los mayores Santos, para serlo, fueron tentados. El Santo de los Santos, Cristo nuestro Redentor, fué tentado; porque, siendo nuestra Cabeza, quiso participar de nuestras miserias para comunicarnos su fuerza; fué nuestro modelo, y quiso enseñarnos con su ejemplo el modo de pelear con las tentaciones, y como vino á redimirnos, quiso, sujetándose á la humildad de la tentación, alcanzarnos la gracia necesaria para resistir. La tentación es la mayor parte de las veces efecto de los celos del demonio, y de lo que nos abo-

rrece; otras, consecuencia de nuestra depravación. Mientras dure la oposición de la carne con el espíritu, siempre tendremos combates. ¡Ay Señor! que llevo conmigo á mi mayor enemigo; si Vos no peleáis en mí, y conmigo contra mí, estoy perdido.

Considera además, que la tentación, ordinariamente, es prueba que Dios permite por conveniencia nuestra. Lo primero, la permite para probar y hacer brillar nuestra virtud. Porque eres agradable á Dios, dijo el ángel á Tobías, quiso que fueses probado por la tentación. Lo segundo, para hacernos conocer nuestra flaqueza y lo mucho que el hombre debe desconfiar de sí mismo, y lo poco que se puede contar sobre nuestra virtud. Lo tercero, para obligarnos á recurrir á su divina Majestad, porque la experiencia de nuestra debilidad para resistir á tan poderosos enemigos, nos pone en la dichosa precisión de recurrir á aquel, que es nuestra única fortaleza. Lo cuarto, la permite el Señor para purificarnos, porque así como el fuego purifica el oro, así la tentación prueba y purifica al hombre justo. Lo quinto, permite Dios las tentaciones para darnos ocasión de ejercitar y adquirir las virtudes; porque no se pueden adquirir sin ejercitarlas, y en las tentaciones es donde mejor se ejercitan. Lo sexto, también las permite Dios para darnos medios de conseguir la corona, que no se merece sino peleando, y no se pelea donde no hay enemigos; y, en fin, permite las tentaciones para apartarnos de cierto ocio que nos tiene en una peligrosa seguridad, adonde nos suele llevar la paz, y para animar nuestra vigilancia y nuestro fervor. Señor, yo no os pido, que me libréis totalmente de las tentaciones, pues me pueden ser ventajosas; lo que os suplico es que no me dejéis caer en ellas y que me enseñéis á pelear valerosamente como peleasteis Vos en el desierto con Satanás y como pelearon vuestros santos.

PUNTO II

De las tentaciones voluntarias y de las que no lo son.

Considera que jamás nos es permitido exponer nuestra salvación, y que es exponerla el arrojarnos voluntariamente en la tentación. No huir del peligro cuando se puede hacer, es exponerse voluntariamente á la tentación y en este caso ningún cristiano puede esperar los auxilios de la gracia. ¿Con qué título puedes tú, esperarlos en ese caso? ¿A título de fidelidad? A ese título Dios no te los ha prometido. ¿A título de misericordia? Te has hecho indigno de toda misericordia. En esta situación no sólo no puedes presumir de obtener esa gracia, sino que debes temer que Dios no te la ha de dar; porque Dios ha dicho claramente: Quien ama el peligro, en él perecerá.

¿Puedes en estas circunstancias contar con el auxilio del cielo y pedirlo? Si fuese para mi gloria, puede responderte Dios, si la caridad ó la necesidad te hubiera puesto en el peligro, mi providencia no te faltaría, como no faltó á los santos; pero habiéndote entregado, sin motivo, á todo lo que en el mundo hay de más peligroso, reuniones, casinos, amistades, libros perversos, conversaciones, teatros, etc., ¿qué otra cosa puedes esperar sino que la mano de Dios te abandone y te deje caer en el abismo de la culpa? Si te arrojas al fuego, ¿cómo no te has de abrasar?

Considera que si Dios estuviera siempre dispuesto á combatir por nosotros cuantas veces nos agrade, se habrían engañado miserablemente los santos al huir del mundo, al lanzar tantas invectivas contra los escándalos de los mundanos. Pero Dios niega su auxilio eficaz al pecador que se expone voluntariamente á la tentación, por el honor de su gracia y para que ésta no sirva de pretexto á nuestra temeridad, y también para castigar nuestra presunción, pues exponerse voluntariamente á la tentación, es

tentar á Dios mismo, y este pecado no puede quedar mejor castigado que con el abandono de Dios.

Y no ya de una, sino de tres maneras, tientas á Dios al exponerte voluntariamente á la tentación. Porque le tientas en su omnipotencia, pidiéndole un milagro sin necesidad. Tientas á Dios en su misericordia queriendo extenderla más allá de los límites en que á Dios plugo encerrarla; le tientas en su veracidad con tu hipocresía, queriendo usar de disimulo con Dios, rogándole que te libre de la tentación, á la que tú mismo te expones.

Dirás, que el mundo es un semillero de tentaciones. ¿Pero por qué vives en el bullicio del mundo? Si vives por disposición divina, las tentaciones que en él te asedian, no son tentaciones invencibles para ti, pues Dios te defiende; mas si vives por tu gusto y sin obligación necesaria que á ello te fuerce, entonces vas contra la ordenación de Dios y te expones al peligro voluntariamente y en él no puedes esperar otra cosa más que perecer.

Es más, aun en las tentaciones involuntarias debemos luchar sin tregua ni descanso. En efecto, considera que Dios quiere que uses de sus gracias conforme á tu calidad de cristiano, que es lo mismo que hombre de guerra y de una guerra continua del espíritu contra la carne; del hombre interior contra el hombre exterior. Y esta es la razón por la que san Pablo, hablando de las virtudes cristianas parece no reconocer otras más que las virtudes militares, por lo que hace de la fe escudo, coraza de la justicia, casco de la esperanza, y nos recomienda en mil pasajes de sus epístolas que nos revistamos de estas armas espirituales. Dios por su parte, te prepara gracias proporcionadas á tu estado, y como tienes que sostener una guerra peligrosa y difícil, no te da gracias de paz como las que dió al primer hombre, porque esas no son las que te convienen, sino gracias de guerra; de defensa, de ataque y de resistencia, porque éstas son

las que has de necesitar. Y es porque las tentaciones son asaltos que da el enemigo de las almas y las gracias que Dios te concede en este caso han de servir para rechazar esos ataques de Satanás.

Deduce, pues, de todo esto, que en vano quieres vencer la tentación si no dejas la ocasión voluntaria de pecar: la reunión peligrosa, la amistad culpable, la lectura disipada. ¿Cómo va á permitir Dios que así te rías de El y abuses de su gracia? Caerás, y mil veces caerás, y no te levantarás más del pecado.

¡Dios mío!, dame luz para ver los peligros mil á que me expongo, y fortaléceme para huir de ellos, porque si no, me pierdo irremisiblemente, como tantos se han perdido.

PUNTO III

Para vencer las tentaciones es necesaria la mortificación de la carne.

Considera que la primera de las máximas en materia de guerra es debilitar al enemigo, y tu enemigo, según san Pablo, es la carne, esa carne esclava de la concupiscencia. Preciso es, pues, domarla por medio de la mortificación, si queremos que la gracia triunfe de la tentación. Así, el primer efecto de la gracia debe ser extinguir la concupiscencia mortificando la carne. No querer mortificar tus pasiones y querer, no obstante, que la gracia te sostenga, es querer que la concupiscencia y la gracia te dominen al mismo tiempo.

Piensa que los santos todos combatieron á la tentación por medio de la mortificación de la carne. ¿Crees, acaso, que la gracia es en tus manos de otro temple que en las de tan grandes santos? Jamás me persuadiré, decía Tertuliano, de que una carne nutrida en el placer pueda entrar en liza con los tormentos y con la muerte. Y esto que dijo á propósito de las persecuciones, que fueron como las primeras

tentaciones exteriores del cristianismo, has de aplicarlo á tus tentaciones interiores y exteriores.

Pero al llegar aquí dirás: ¿De qué manera he de mortificar mi carne? Como principio general, has de entender, que esta mortificación de la carne es necesaria en todas las condiciones y estados, y más necesaria aún para los grandes y ricos y para todos aquellos que están más expuestos á la tentación. Mortifica tu carne con el ayuno, no creyendo como muchos epulones que estás en el mundo sólo para gozar y comer y regalarte, gastando en un banquete lo que sería la hartura de muchas familias por largos días. Una carne regalada es materia dispuesta para todo linaje de pecados. Cualquier penitencia que te impone la Iglesia te parece difícil; el cilicio te horroriza, la disciplina te crispa los nervios, el ayuno no te lo permite la salud; y luego el mundo, el demonio y aun la carne, te imponen tales leyes en la moda, en el vestido, en el trasnochar, que te serían insufribles, si no te las mandara el demonio. Mortifícate en los ojos no mirando lo que no puedes desear; en los oídos, no oyendo lo ilícito y peligroso; en la lengua, no ofendiendo con ella á Dios ni al prójimo y con esa mortificación que es la cruz diaria del cristiano, podrás seguir á Cristo al desierto y al Calvario. No te creas dispensado de mortificarte siempre y en todo, porque Jesucristo á nadie exceptuó y menos á los ricos, cuando dijo: El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.

Acuérdate de que Dios, en su ley, no hace acepción de calidades ni de estados; piensa que eres cristiano, como los demás, y que estás más en peligro de pecar que otros. Añade al ayuno y á la penitencia la palabra de Dios y las buenas obras. La palabra de Dios, que debe iluminarte y fortificarte contra toda clase de tentaciones. La palabra de Dios, que te dice que si cedes te quedará un eterno remordimiento; pero que, si resistes, gozarás para siempre de una dulce

satisfaccion. Rindiéndote á la tentacion, quedas esclavo; resistiéndola, te haces rey. Se padece en el combate, pero qué consolacion en el vencer! Porfiada es la pelea, pero es necesaria, en esta vida, que es una milicia. ¿Qué temes? Dios está contigo; con Él eres más fuerte que tu enemigo, el cual no puede vencerte si tú no quieres. No daña el sentir, si no hay consentimiento, ni eres culpado en tener inclinaciones malas; y cuanto más te cueste el combatirlas, más gloria y recompensa te resultará de su vencimiento, porque la resistencia es la que te corona. Cuando seas tentado, sube con el pensamiento al paraíso, y mira allí lo que te expones á perder; baja al infierno, y mira lo que vas á ganar. Considera bien lo que se te prepara en el cielo, y con esas ideas vencerás.

Coloquio. ¡Oh Dios mio! cuán grato me es el que me hayais humillado. Probadme, Señor, probadme con la tentacion, si esa es vuestra voluntad. Mas no, que conozco mi pobreza y mi debilidad; son tan grandes, que no hallo á qué compararlas. Si es necesario que yo sea tentado, dadme fuerza para vencer la tentacion, y no permitáis que me sorprenda ni logre ventaja mi enemigo. Ayudadme, Señor, y no os fiéis de mí. Tenedme junto á Vos, y no temeré á los demonios del infierno que vengan á asaltarme. Señor Dios de los ejércitos, defendedme contra mis enemigos; disipad á los que os aborrecen, sostenedme, fortificadme, y no permitáis que el demonio se lisonjee de haberme vencido, hallándome yo al abrigo de vuestro patrocinio.

Propósitos. Huir todos los peligros, y acudir á Dios apenas asome la tentacion interior ó exterior.

18 DE FEBRERO

Del reino de Cristo. (1)

Preludios.—Represéntate las sinagogas, pueblos y ciudades que Jesucristo recorrió predicando el Evangelio, y pídele la gracia de ser obediente á su voz para someterte prontamente al cumplimiento de su voluntad.

PUNTO I

Jesús, nuestro Rey inmortal, nos invita á seguirle.

Supongamos que el cielo lleno de bondad da á la tierra un monarca superior en cualidades y perfección á todo lo que el entendimiento humano puede imaginar. A los títulos de legitimidad, une todas las dotes que inspiran la admiración, la confianza y el amor. Este Príncipe perfectísimo y amabilísimo, invita á sus vasallos para que le sigan en una expedición que emprende. Jamás existió guerra, ni más justa, ni más santa, ni ventajosa, aun para los pueblos de cuya conquista se trata. Véanse las condiciones que dicho monarca propone á los que quieran seguirle: verle constantemente á la cabeza de sus soldados, participando de todas sus fatigas y peligros, alimentado, alojado y vestido como el último de sus soldados, ninguno de ellos tendrá que hacer, ni sufrir nada que no haya hecho antes su Príncipe. El éxito de la empresa está asegurado, ninguna acción meritoria quedará sin recompensa y de los frutos de la victoria, que serán inmensos, participarán todos los combatientes, según el valor de que cada uno haya dado

(1) Pone san Ignacio de Loyola esta meditación al principio de la segunda semana de los santos ejercicios, ó antes de la Encarnación y vida oculta de Cristo N. S. El método que seguimos no nos permite ponerla en su propio lugar; pero no pudiendo omitir meditación tan importante y maravillosa, nos ha parecido que este era lugar á propósito para ella. Análoga advertencia hacemos respecto de otras meditaciones del Santo Padre, pues, como se ve, en el orden de mi libro hemos dejado un tanto aparte del todo el plan de los ejercicios

muestras en el combate. A este llamamiento ¿qué responderán los fieles súbditos? ¡Qué generosa emulación animará todos los corazones! ¿Qué responderán los vasallos á tan justa invitación y propuesta, manifestada por rey tan venerado y excelente? Todos, sin duda, se ofrecerán á seguirle con gran prontitud, y si alguno hay que se niegue á expedición tan gloriosa, será en todo el mundo vituperado y tenido por vil, y si es caballero, por malo y cobarde.

Pues ese grande, ese amable Príncipe es Jesucristo, Hijo de Dios, Creador y Redentor del género humano. Viene á la tierra á combatir contra el pecado, la primera de todas las rebeldías que turbó el imperio de su Padre y del suyo; viene á restablecer el reinado de la gracia sobre la naturaleza; mas para subyugar á sus enemigos no empleará otras armas que las de sus beneficios. Lleno de gracia y de verdad, posee en un grado infinito todas las perfecciones de la divinidad y de la humanidad. Legislador, que si da preceptos, va delante con el ejemplo, y consuela y comunica gracia interior para cumplirlos; y si da consejos, son posibles, útiles, honoríficos y dirigidos á nuestra mayor dicha, seguridad y gloria.

Finalmente, Rey tan bueno, desinteresado y generoso, que si nos convida á luchar contra los enemigos de nuestras almas á ejemplo suyo, es porque nos ama, es por honrarnos y enriquecernos, es porque desea que le seamos semejantes, es porque pretende coronarnos de su mano, es por hacernos, con ventaja, participantes eternamente de su misma felicidad.

Este Rey soberano y Señor de cuanto existe, dirigiéndose á todos aquellos que por el Bautismo han llegado á ser sus súbditos, les habla de esta manera: «Mi voluntad, es atraer á mí á todos los hombres para hacerlos vivir de mi vida y hacerlos felices con mi felicidad. Mi Padre me puso por Rey en la santa montaña y me dió á todas las naciones por herencia; quiero entrar en posesión de mis dominios, reinar sólo

sobre los entendimientos y los corazones, someter los hombres á mi ley para salvarlos y vencedor pacífico quiero conducir á la gloria eterna á aquellos cuyas cadenas rompa. En esta lucha yo iré delante; sufriré el primero cansancio, hambre, sed y toda suerte de privaciones. Seré el primero en pelear. Animo, pues estáis seguros de la victoria, que para cada uno de mis soldados fieles, tengo preparado un reino. Quienquiera participar de mis trabajos y de mis penas en esta guerra, será también partícipe de mi triunfo, y la recompensa será proporcionada á la generosidad del esfuerzo.»

¡Oh cristianos! ¿Qué responderemos á Jesucristo, nuestro amable rey? ¿Que le seguiremos? ¿Que pelearemos á su lado? Eso es demasiado poco. Lo menos que merece su invitación es que caminemos sobre sus huellas como los primeros soldados de su milicia. Más aún: debemos proponernos distinguirnos en su servicio extraordinariamente como El nos distingue por sus gracias de elección y de su predilección, entregándonos á los más rudos combates contra el orgullo, la sensualidad y la estimación del mundo, haciendo al Salvador la ofrenda más generosa y completa de nosotros mismos.

PUNTO II

Todo nos induce á seguir á Jesús.

Penetrémonos, primeramente, de la dignidad y derechos de Aquel que hace un llamamiento á nuestra adhesión y de la empresa á que se trata de concurrir.

¿Quién nos llama? Jesucristo, el rey inmortal de todos los siglos. Aquel que ha podido llamarse, y es igual á Dios. El esplendor de su gloria; la figura de su substancia. El Rey de todos los reyes. Aquel en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, que con todos estos y otros muchos títulos es designado en los sagrados libros.

Jesús que tiene además sobre nosotros los derechos más sagrados. Primeramente tiene el de sus perfecciones infinitas. Como Dios que es, tiene sobre nosotros un dominio eterno, absoluto é imprescriptible. Nosotros no podemos pertenecernos á nosotros mismos. Si no somos de Dios por amor, seremos de las pasiones, del orgullo, de la codicia y luego seremos de Dios por justicia en el infierno. Unicamente nos queda la elección. ¿Y qué es más honroso y más dulce?

Por el derecho de la creación, todo cuanto tenemos y lo que somos, pertenece á Dios. El nos lo ha dado y El nos lo conserva; pertenecemos á El más que el hijo á su padre. También somos de Jesucristo por derecho de conquista, pues nos ha hecho pasar de la esclavitud de Satanás á la feliz libertad de los hijos de Dios. Una cosa es nuestra cuando la hemos pagado con nuestro dinero; más todavía, cuando nos ha costado grandes trabajos, y mucho más si la hemos comprado con nuestra sangre. Y desde este punto de vista, ¿no somos el precio de los trabajos, de los sufrimientos y de la muerte de Jesucristo?

Por derecho de donación y herencia somos de Jesucristo, porque su Eterno Padre le dió la dominación de todas las cosas. Y, por último, lo somos también por derecho de elección, porque le hemos escogido por nuestro rey en el Bautismo, y hemos ratificado luego nuestra elección en la Confirmación y demás sacramentos.

Veamos ahora para qué nos llama. Nos llama para la empresa más noble y más santa que se pueda imaginar. Todo en ella es grande. Los enemigos á quienes hay que combatir: mundo, demonio y carne. Las armas del combate, que son la fe, la oración, la humildad, la paciencia, en suma, todas las virtudes cristianas. Los compañeros de armas, esto es, todas las almas generosas que la gracia de Dios ha formado, engrandecido y, en cierto modo, divinizado. El caudillo es el Hijo de Dios en persona, que combate

por nosotros con su gracia y que, vencedor ya en las personas de tantos elegidos, quiere todavía vencer en las de cada uno de nosotros, y de nosotros servirse para conquistar el corazón de nuestros hermanos. ¿Y qué decir del fin de la empresa? Ese fin es glorificar á Dios y salvar á los hombres, destruyendo el error y el vicio, para afirmar la verdad y la virtud. ¿Puede concebirse otro fin más excelente?

PUNTO III

Resoluciones enérgicas y generosas.

Deduce de todo lo dicho, que puesto que Jesucristo nos llama á la más noble y más heroica empresa que se nos puede proponer, en la que todo es grande y nobilísimo; que los enemigos con quienes hemos de combatir son el demonio, el mundo y nuestro mismo corazón; que nuestras armas son la fe, la humildad, la paciencia, la mortificación, la caridad, el celo y todas las virtudes.

Deduce, además, que los compañeros de combate son los héroes más ilustres que se han visto en el mundo: los Apóstoles, los mártires, los penitentes, todos los santos, en una palabra; que el Jefe es el mismo Jesucristo, que combate en nosotros por su gracia, y que ya vencedor en tantos santos, quiere ser también vencedor en cada uno de nosotros y en el corazón de todos los hombres; que el motivo y fin del combate, es volver á todos los hombres la libertad, la gloria y la felicidad eternas.

Que si Jesucristo nos pide sacrificios, El los hizo primero; si humildad, El fué el primero en humillarse; si nos pide mortificación, El se mortificó primero, y se abatió hasta el anonadamiento y se renunció hasta la cruz: que la misma cruz, sólo para El dejó de tener algún consuelo, pero para sus siervos, está llena de divinas dulzuras.

A la vista de estas razones y, sobre todo, de estos ejemplos, no se concibe que haya quien no se anime

á pelear al lado de Cristo N. S., y prefiera vivir una vida sin gloria ni provecho, precursora de eterna desdicha, á luchar en una guerra tan gloriosísima y provechosa. Pero los que más se quieran distinguir en servicio de su Rey eterno; los que aspiren á seguirle con mayor afecto y amor, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, sino que desnudándose del amor del mundo y rindiendo su propia carne y sensualidad, le harán oblaciones de mayor estima y momento, y, determinados á ir en pos cerca de su persona, le dirán así en un fervoroso

Coloquio.—¡Eterno Señor de todas las cosas! aquí en presencia de vuestra infinita Majestad, de vuestra gloriosa Madre y de todos los santos de la corte celestial, hago en este día mi oblación y digo que, si ha de ser para vuestro mayor servicio y alabanza, quiero, deseo y es mi determinación deliberada imitaros, con vuestro favor y ayuda, en pasar todo género de injurias, vituperios y pobreza de espíritu, y también efectiva y real, si fuere de vuestro agrado elegirme y admitirme en tal estado y profesión de vida. Y pues que de Vos procede todo buen deseo, confirmad hoy los míos con vuestro auxilio poderoso, y dadme firmeza y perseverancia.

Propósitos.—Seguir de cerca á Jesucristo, mi Rey, con la imitación de sus virtudes, ya que El y no otro es el camino, la verdad y la vida; ya que para esto nos ha dado ejemplo, para que sigamos sus pisadas.

19 DE FEBRERO

De la necesidad, ventajas y práctica de la imitación de Jesucristo.

Preludios.—**Imagínate oir á Jesucristo que te dice: «Sígueme». Pídele gracia para poder contestarle: «Te seguiré, ¡Señor! adonde quiera que vayas».**

PUNTO I

De la necesidad de la imitación de Cristo.

Considera que el Padre Eterno ha puesto á su di-

vino Hijo en el mundo como modelo, al que necesariamente se han de parecer todos los predestinados, y que sólo reconoce El por hijos adoptivos de su gracia á los que llevan en su alma la imagen de su Hijo unigénito. Recuerda que este divino Redentor dijo de sí que El era único maestro, camino, verdad y vida, puerta del cielo y mil otras preciosísimas figuras, que todas vienen á enseñarnos una sola cosa: que para salvarnos y santificarnos es de absoluta necesidad que vayamos tras las huellas de Cristo, tomando cada día nuestra cruz y siguiendo sus pasos. Los Santos todos no han hecho otra cosa que, por el ejercicio de las virtudes, transmutarse en Cristo, y todos han pasado su vida copiando en sus almas la imagen viva del ejemplar divino, que Dios nos propone á todos en el Calvario.

Esta necesidad de imitar á Cristo N. S. se deduce también del lamentable estado en que se halla el entendimiento humano, el cual obscurecido por el pecado para todo lo bueno, necesita luz de verdad y de buen ejemplo, y Jesucristo es la luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo, y el que no va tras de Cristo vive en tinieblas.

Piensa, pues, que tu ignorancia es grande, y que estás continuamente expuesto á tomar lo falso por verdadero, y pronto á inclinarte á lo que halaga á tus pasiones, y que sólo puedes librarte de los escollos del error, que por todas partes te cercan, siguiendo á Jesucristo, que va delante de ti, iluminándote con la celestial antorcha de sus divinas virtudes.

Considera, además, que si para evitar el mal y practicar el bien te falta la suficiente luz, la energía y el vigor para resistir al primero y abrazar el segundo, te faltan aún con más frecuencia. Para adquirirlos no hay otro medio que la imitación de Cristo, tanto por los ejemplos que te da, como por la gracia con que los acompaña. ¿Por qué? Porque un soldado es siempre más valeroso cuando combate al lado

de un esforzado capitán, como lo demuestra, entre otros, el caso de Simón Macabeo, que viendo vacilar á sus tropas al ir á atravesar un torrente, lo pasó el primero, logrando de este modo que todos sus soldados le siguiesen. Pues Jesús, con sus divinos ejemplos, hace más, pues es un modelo vivo y vivificante, que al mismo tiempo que hace brillar á tus ojos la luz de sus divinas obras, y que te impulsa á imitarle por la hermosura de sus ejemplos, te da para seguirlos la fuerza de su gracia. Marcha, pues, valerosamente por los senderos que te ha trazado, y no temas desfallecer, porque El es el sostén de los que le siguen.

Yendo san Wenceslao con los pies desnudos durante una noche de crudo invierno para visitar al Santísimo Sacramento en las iglesias, el criado que le acompañaba, se iba quejando del frío excesivo que sentía. Pon, le dijo el Santo, tus pies sobre las huellas de los míos. El acompañante así lo hizo, y apenas dió algunos pasos comenzó á sentir que del hielo pisado por el santo rey salía un suave calor, que maravillosamente le confortaba. ¡Imagen conmovedora de lo que sucede todos los días á las almas generosas y fieles que se deciden á seguir al Señor, que quiso beber hasta las heces el cáliz de todos los sufrimientos para no dejarte más que algunas gotas de amargura! Las espinas del camino desgarraron sus pies, y ya casi no tienen púas para traspasar los tuyos.

Necesitas, además, de la imitación de Jesús para endulzar tus penas. Todo lo que tú sufres, puede decirte Jesús, lo he sufrido antes que tú, más que tú y lo he sufrido por ti. ¿Eres pobre? Esa condición la escogí con preferencia á las demás. ¿Ves atacado tu honor? ¿Acaso respetaron el mío? Recuerda mi silencio en medio de la calumnia y de los oprobios. ¡Mira á tu Dios vestido con la túnica blanca, símbolo de locura, en la corte de Herodes! ¡Contémplame clavado en la cruz! Te abandonan tus amigos y el mismo cielo

parece desampararte? Yo experimenté todos eso martirios. Mezcla, pues, tus lágrimas con las mías y no serán las tuyas tan amargas. Una cruz llevada entre dos es menos pesada, y, sobre todo, ten en cuenta que el discípulo no es más que su maestro.

PUNTO II

Ventajas de la imitación de Cristo.

Considera que la imitación de Jesucristo es el gran medio de santificar tus obras, porque nada puedes proponerte que no sea perfecto, desde el momento en que te aplicas á imitar al modelo infinitamente acabado de toda bondad y perfección. Si te asocias á las intenciones de Jesucristo y las tomas como tuyas, no puedes tener otras mejores, porque Jesucristo sólo buscaba en todos sus actos la gloria de su Eterno Padre y la santificación y salvación de las almas.

Considera, después, que la perfección de la vida cristiana, que no es otra cosa que la vida de Dios en el hombre, consiste en imitar al Salvador, cuyo espíritu tuvo que vivificar dos cuerpos; el suyo natural y su cuerpo místico que es la Iglesia. Y ser como principio de dos vidas; la que terminó en la cruz y la que continúa en las almas justas, y no pudiendo ya sufrir ni merecer en su propia persona, quiere glorificar á su Padre hasta la consumación de los siglos por medio de las acciones santas y los sufrimientos de sus miembros, que son los cristianos.

De aquí has de deducir que la vida del cristiano no es, por decirlo así, sino una prolongación de la vida de Jesucristo. Cuando oras, continúas su oración; cuando trabajas, su vida laboriosa; cuando sufres, prolongas sus sufrimientos; en una palabra, es Jesucristo quien obra, piensa y sufre en ti, si sigues el movimiento y las inspiraciones de su espíritu. Jesucristo está en ti, como su Padre está en El, y, en

cierto modo obra en ti, como su divinidad obra en su humanidad sacratísima.

Lo mismo puedes pensar respecto de tus virtudes. Si están moldeadas en las virtudes del Hijo de Dios, nada dejarán que desear, y á este grado de perfección puedes llegar, si aplicándote á imitar á Jesucristo, asimilándote sus virtudes, consigues llegar á ser su fiel imagen. Piensa que el instrumento más imperfecto sólo produciría obras maestras, si fuese siempre dócil á los impulsos que recibe del artista divino; porque todo aquello en que Dios pone su mano, recibe, por este solo hecho, un valor infinito.

Considera, por último, que la imitación de Jesucristo cumple todos los designios que Dios tiene sobre ti, porque Dios quiere que tengas con El una triple semejanza; de naturaleza, de virtudes y de gloria. De estas tres semejanzas Dios te da la primera y la última, y tú concurres con su gracia á conseguir la segunda.

Piensa que el Verbo hecho carne vino á mostrarte en persona, como Dios obra y vive, para que todos tus actos se conformen con esta acción y esta vida divina. La imitación de Jesucristo es, por lo tanto, la deificación del hombre, y á producir en ti la más completa semejanza que sea posible con Jesucristo, es á lo que se encaminan todas las gracias que recibes de Dios.

Mira cómo las aprovechas, cuánto te falta para lo que Dios pide de ti, y anímate á seguir más de cerca á Cristo Jesús.

PUNTO III

De la práctica de la imitación de Cristo.

Considera que conocer á Jesucristo es el primer paso para llegar á imitarle, y por eso san Pablo exhortaba con insistencia á los cristianos de su tiempo á considerar y estudiar al Hombre-Dios, dado á los hombres, no solamente para pagar su rescate, sino

como libro vivo y divino donde se instruyeran en su celestial vocación.

Sobre este estudio y como plan divino debe estar construído el verdadero tabernáculo del Señor, esto es, el alma cristiana. No debes, pues, concretarte á echar una ojeada superficial sobre ese modelo, sino estudiarlo exterior é interiormente en sus obras, afectos, deseos y aspiraciones, hasta adquirir de El un conocimiento exacto. Tal es, la única ciencia de que se gloriaba san Pablo, y que pedía á Dios para sus discípulos, ciencia tan rara entre los cristianos de hoy que Jesucristo tendría que hacernos la reconvención que hizo á sus Apóstoles la víspera de su Pasión: ¡Hace tanto tiempo que estoy entre vosotros y no me conocéis!

El segundo medio para llegar á la imitación práctica de Jesús, es amarlo y amarlo mucho. Todo agrada en aquel á quien se ama; se imitan sus obras, sus pensamientos y su lenguaje, casi sin advertirlo, y de tal modo llega uno á asimilarse á su amigo, que en cierto modo se convierte en otro él.

De tres especies puede ser el amor que tengas á Jesucristo; de estimación, de afecto ó de interés. ¿Buscas tu bien en el amor que tienes á Jesucristo? Pues ya has visto las ventajas que te proporciona el imitarle. ¿Tiene tu amor por origen la excelencia infinita de Jesucristo? Pues la propensión que, como todo hombre, tienes á elevarte, te excitará á imitar á quien es la misma grandeza. ¿Es, por último, el afecto el que te inclina á unirte con el divino Redentor? Pues como no hay verdadera unión sin semejanza de costumbres, la necesidad de imitar á Jesucristo se impondrá á tu corazón con una fuerza irresistible.

Para llegar á esta imitación, has de procurar también comparar tu vida con la del Salvador, porque ningún pintor puede copiar un cuadro, si no mira alternativamente al modelo y á la copia para ver si resulta la necesaria conformidad entre uno y otra y

para añadir, quitar ó modificar lo que sea necesario para llegar á un parecido perfecto.

¿Se halla en ti ese parecido tan excelente, como indispensable? Como sobre este punto has de ser juzgado, preciso es que tú mismo te juzgues de antemano. ¿Has llegado á esa perfección? ¿Podrá decirse que tu modestia, tu silencio y tu obediencia recuerdan la del Salvador, y que su vida se manifiesta en la tuya? ¿Piensas lo que Jesús pensaba de las riquezas, de los placeres, de los honores y de todo lo que el mundo estima ó te pareces en esto y en todo al Salvador, como las tinieblas á la luz?

Si por tu desgracia es esto último, no te desanimes; antes bien esa consideración debe redoblar tu valor para esforzarte desde este momento en imitarle.

Coloquio,—¡Oh Jesús, qué de ilusiones me he forjado en este punto capital! Confieso y reconozco con vergüenza que estoy muy lejos de parecerme á Vos. Tomándome á mí mismo por guía, he seguido muy de lejos á Aquel que es la *verdad,* el *camino* y la *vida.* Reconozco mi falta y propongo de hoy en adelante ser la fiel reproducción de vuestros ejemplos para transformarme en Vos y entregarme enteramente á vuestro espíritu. Conoceros es amaros, y principalmente en la Sagrada Comunión es donde abrís los ojos á vuestros escogidos. ¡Venid, pues, á mí; revelaos á mi corazón y haced que obre en él el poder de vuestras perfecciones!

Propósitos.—Unirme en todo cuanto haga á las intenciones y deseos del sagrado Corazón de Jesús.

20 DE FEBRERO

Que la grandeza del cristiano consiste en imitar á Jesucristo.

Preludios.—Imagínate oir la voz del Padre Eterno, que dice: «Mira y haz según el modelo que se te ha mostrado en el monte Calvario,» y pide conocer cada día más á Cristo Jesús para imitarle.

PUNTO I

La grandeza del cristiano que imita á Jesucristo.

Considera que cuando Dios crió al hombre á su imagen, imprimió en el fondo de su alma una inclinación natural á imitarle y á perfeccionar, con las acciones de su vida, la semejanza que tenía con Dios, y que había sido sólo bosquejada en la creación. Y en efecto, la perfección, gloria y dicha de la criatura consiste en llevar la imagen de su Dios; pero en cambio toda la desgracia y culpa del hombre vinieron de haber querido imitar á Dios, mas no en lo que debía imitarle. El ángel, en lugar de imitar su bondad, quiso imitar su grandeza igualándose con El; y Dios, para castigar su orgullo, lo precipitó al fondo del infierno. El hombre aspiró á la ciencia universal del bien y del mal, que no pertenece sino á Dios, y Dios, para castigarle, lo condenó á la ignorancia y al error. ¿Qué hizo entonces el Verbo Eterno? Se hizo pequeñito, humilde y pobre; se puso en estado tal, que, no solamente el hombre puede imitar á Dios sin pecado y sin peligro, sino que toda su perfección y dicha consiste, no en imitar como hacen los mundanos á los reyes y poderosos de la tierra, poniendo en esto su gloria, sino en imitar y parecerse á su divina Majestad. Esta fué la obra divina de la encarnación.

Dios se hizo hombre, dice san Juan Crisóstomo, para que el hombre sea de alguna manera Dios por la semejanza; se ha hecho semejante á nosotros para obligarnos á imitarle y hacernos semejantes á El. El Verbo Eterno se encarnó, no solamente para ser nuestro Salvador, sino también para ser nuestro modelo, ó, por mejor decir: para ser nuestro Salvador ha debido ser nuestro modelo, pues para ser nuestro Salvador, no solamente nos había de librar de la tiranía y poder del demonio y de las penas eternas,

sino también de la esclavitud del pecado y de la tiranía de nuestras pasiones, y nos libró de ellas llevándonos á la práctica de las virtudes contrarias á estas pasiones, y nos lleva á la práctica de estas virtudes, tan contrarias á nuestras inclinaciones naturales, dándonos su divino ejemplo. Sólo Jesucristo ha podido decir: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Ignorábase aun el nombre de estas virtudes, antes de que Jesucristo se hubiese encarnado; pero ahora El nos ha hecho conocer la perfección de ellas, ha facilitado con su ejemplo y su gracia la práctica de ellas, y nos hace inexcusables si no le imitamos.

Ésta es la razón, porque Jesucristo nos dice: Que El es la puerta, por donde necesariamente se ha de entrar para llegar á la vida; que es el camino, que es menester seguir; que es la luz, que es la guía que nos conduce por él; que no nos podemos perder, cuando le seguimos; que no podemos dejar de perdernos, cuando no vamos en pos de él; que cualquiera, que hiciere profesión de seguirle, debe necesariamente hacer resolución de imitarle. De todas las acciones de su vida nos dice lo mismo que dijo Jesús cuando lavó los pies á sus discípulos: "Os he dado ejemplo, para que hagáis lo mismo que yo„; y en todas y cada una de sus obras, el Eterno Padre nos dice á cada uno de nosotros: Mira á mi Hijo como tu ejemplar, y procura imitarle; no será tu Salvador, si no es tu modelo; ni le seguirás en su gloria, si no le imitas en su vida.

¡Oh Señor y Dios mío, soberano Criador de cielo y tierra! ya que me ponéis este precepto, dadme esfuerzo para ejecutarle, pues también Jesús nos dijo, que nadie iría á El, si vuestra divina Majestad no le traía. Traedme á vos con vínculos de amor y de gracia, para que toda mi gloria y grandeza la ponga en conoceros y amaros, Dios verdadero, y al que enviásteis nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO II

La imitación de Jesucristo prenda segura de predestinación.

Considera que es dogma de fe, que no nos salvaremos, si no somos predestinados, pero que no seremos predestinados, si no nos parecemos á Jesucristo. Así lo dice san Pablo: "Todos aquellos que Dios previó con su ciencia infinita, debían ser del número de sus escogidos, los predestinó para ser conformes á la imagen de su Hijo„ (1). Y así de la misma manera que no podemos salvarnos, sin creer en Jesucristo, así no podemos salvarnos, sin ser semejantes á El. Las dos cosas son igualmente necesarias. San Pablo da la razón, llamando á Jesucristo el primogénito de los predestinados: luego no lo seremos, si no somos sus hermanos, y si para esto, no tenemos relación y conformidad con El. Cristo N. S. es, según el mismo Apóstol, el Jefe y cabeza de todos los predestinados, luego no lo seremos, si no somos sus miembros, ni somos miembros de Cristo, si no nos unimos con El, si no nos animamos de su mismo espíritu y vivimos de su misma vida. ¿Vives acaso de la vida de Jesucristo, tú, que estás tan lleno del espíritu del mundo?

La predestinación, además, es efecto de la bondad de Dios, de su gracia, y del buen uso de ella, por lo cual elige los buenos y desecha los malos. Dios no tiene esta bondad, y esta particular predilección, sino con aquellos que tienen semejanza con su Hijo. Porque así como ama á su Hijo en la Trinidad Santísima, con un amor necesario é infinito, porque es su imagen substancial, así, sólo ama á las demás criaturas por la relación que tienen con su Hijo unigénito y por la semejanza que tienen con El. Si le son muy parecidas, las ama mucho; si no se le parecen, mas antes tienen con El contrariedad ú oposición, Dios

(1) Rom. 8.

las menosprecia, las aborrece y las reprueba. Todo lo que el Padre hace en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, se dirige á reproducir en nosotros esta semejanza. Si crió al mundo, si envió á su Hijo á la tierra, si nos dió su Espíritu Santo, si nos previene con su gracia, si nos colma de beneficios, si nos hace promesas, si nos amenaza, si nos premia, si nos castiga, todo es con relación á Jesucristo su Hijo N. S., y para formar en nosotros su imagen y semejanza. Dichosos, si no pusiésemos obstáculos; mas si los ponemos, lo serán también para nuestra salvación.

Por eso el Padre Eterno habló tres veces solas en el Nuevo Testamento: una en la ribera del Jordán, otra en el monte Tabor y otra en Jerusalén, y siempre fué para encomendar el amor y la imitación de su Hijo. Este es mi Hijo querido, dijo, objeto de mi eterna complacencia; á El debéis escuchar y El debe ser objeto de vuestra imitación. El Hijo pide con el mayor encarecimiento á su Padre, que así como El le es igual en todo, así sus escogidos se le parezcan, en cuanto sea dado á su naturaleza. Esta es toda la gloria que pretende, y su Padre se la promete cuando dice: Yo te glorifiqué y te volveré á glorificar, porque el Padre glorifica al Hijo en todos y cada uno de los predestinados: "*Et clarificavi, et iterum clarificabo*„ (1).

¡Cuántas inquietudes nos cuesta la idea de nuestra predestinación! ¿Si seré predestinado, ó si me he de condenar? ¡Qué gran motivo de zozobra y de temor! ¡Pero qué gran dicha cuando se halla un fundamento sólido en que asegurarse en medio de tantas razones de temer! Muchas hay, aunque no todas, ni necesarias, ni infalibles. Mas la conformidad ó semejanza con Jesucristo, esa, sí, es señal infalible y necesaria. Yo no seré predestinado, si no me parezco á Jesu-

(1) Joann., XII, 28.

cristo: es cierto y artículo de fe. Pero si me parezco á Jesucristo, si obro, pienso, amo, oro, perdono y todo lo hago como El, soy ciertamente predestinado.

¡Qué dichoso seré, oh Dios mío, si pongo toda mi confianza en un fundamento tan sólido! Nada será capaz de turbarme. Dadme luz y fortaleza para que en adelante sea Jesús mi único modelo, así como es mi única esperanza.

PUNTO III

Aplicaciones prácticas de los dos puntos anteriores.

Entra dentro de ti, y postrado á los pies de Cristo crucificado, que es tu modelo y tu juez, pregúntate á ti mismo: ¿Eres cristiano, es decir, llevas en ti la imagen de Jesucristo? La pregunta no es inútil, porque la duda tiene fundamento. Apenas tenías uso de razón cuando se te hizo esta misma pregunta. La inocencia de la edad te hizo responder entonces afirmativamente y con verdad; pero ¿lo podrás hacer ahora? Es cierto que tienes el nombre de cristiano; pero ¿cumples con las obligaciones de tal? Es cierto que tienes este carácter; pero ¿corresponde á él tu modo de vivir? ¿Crees que un poco de agua que te echaron en el bautismo te haya hecho perfecto cristiano? Eso fué necesario, pero no basta. ¿Qué es un cristiano? Es un hombre que hace profesión de seguir é imitar á Jesucristo; ¿le sigues tú? ¿Le imitas tú? Si lo haces eres verdadero cristiano; pero ¿y si no lo haces así?

¿Qué es un cristiano? Es un hombre que toma á Jesucristo por modelo á quien imitar; su Evangelio y vida por regla de su modo de vivir, y que procura hacerse viviente copia de este divino original. De manera que los que le vean juzguen ver á Jesucristo; porque tiene toda su semejanza, y puede decir con san Pablo, que vive de la vida de Jesucristo, ó bien, que Jesucristo vive en él. Este es, según el Evangelio, el retrato de un cristiano. ¿Es este el tuyo? Si le eres parecido, eres cristiano; pero si no, falsamente

te atribuyes esta calidad. Serás cristiano de nombre, pero infiel en la realidad. Cristiano solàmente en la apariencia, y gentil y enemigo de Cristo en la verdad. ¡Qué contradicción tan espantosa! Pues es menester ser copia de Jesucristo, para ser verdadero cristiano. Cuando se quiere juzgar si una copia es parecida á su original, se compara la una con la otra y se examinan todas las facciones. Si haces esta comparación, ¡qué confusión para ti! Si no, examina la copia manchadísima y borrosa y verás lo poco que te pareces á este divino modelo.

Jesucristo es humilde, tú eres vano y soberbio; El huyó las honras con horror, tú las buscas con ansia; El es dulce y paciente, tú nada quieres sufrir; El perdonó las injurias más atroces, tú no quieres perdonar las más ligeras faltas contra ti; El amó hasta á sus verdugos, tú no quieres amar ni á tus prójimos; El fué pobre hasta morir desnudo, tú tienes excesivo apego á los bienes de la tierra; El vivió continuamente una vida austera y retirada, tú sólo buscas la vida muelle y mundana; El se privó de los gustos más inocentes, tú te permites los más peligrosos y puede ser que los más desarreglados; El obedeció hasta morir, y morir en cruz, tú no quieres obedecer aun en las cosas más fáciles; El no se buscó á sí mismo en nada, tú te buscas en todo, y no tienes otro fin que santificar tu amor propio. ¿Puede darse mayor oposición y desemejanza, y, por consiguiente, prueba más visible de reprobación? El Crucifijo que tienes delante y que te presentarán á la hora de la muerte para alentar tu confianza, te servirá de temor de condenación; porque la muerte de Jesucristo te será inútil si su vida no ha sido tu regla; no te aprovecharán sus méritos, si no te has aprovechado de su ejemplo, y no será tu Salvador, si no ha sido tu modelo.

Coloquio.—¡Señor mío Jesucristo! Este parangón me hace temblar. ¿En qué me parezco á Ti? En nada.

Pero, Señor, acuérdate de que soy tuyo y de que estoy lavado con tu sangre; dame gracia para que desde ahora empiece á restaurar en mi alma tu divina imagen, borrada por tanta mancha de pecado.

Propósitos.—En todas las obras, pensar cómo haría aquello Cristo N. S.

21 DE FEBRERO

Jesucristo, maestro, modelo y Juez de los cristianos.

Preludios.—**Oye en el fondo de tu alma y con fe viva la voz del Padre: «Este es mi Hijo amado, escuchadle»; y pide fervientemente que se grabe en tu alma la imagen de Jesús crucificado.**

PUNTO I

Jesucristo maestro y legislador de los hombres.

Considera cómo Jesucristo es el único que reune en sí todo cuanto es necesario para ser un maestro soberano y perfecto; no ignora cosa alguna; su ciencia no se funda en opiniones, sino que la bebe en las mismas fuentes de la verdad. ¿Quién es capaz de conocer los pensamientos de Dios, ni ha asistido jamás á sus consejos? Pero Jesucristo, su Hijo único, aquél que descansa y vive en el seno del Padre, nos ha revelado todos los misterios de la vida divina, y da inteligencia, conocimiento y espíritu de humildad á cuantos quieren ser sus discípulos. "Todos, dice san Juan refiriéndose á lo anunciado por los profetas, serán capaces de recibir sus enseñanzas„, porque cuando se tiene á Dios por maestro, se aprende pronto cuanto El nos enseña. "Yo soy, dice el Salvador en el libro de la *Imitación*, el que habla al corazón antes que al entendimiento; yo soy el que en un solo instante elevo al alma humilde, y en ese instante la hago aprender más en el orden de las verdades eternas, que si ella hubiese pasado cien años estudiando en las academias de los hombres.„ Las enseñanzas de Je-

donado Dios? ¿Estoy en gracia? Y si estoy en gracia ¿perseveraré hasta el fin? ¿Se puede pensar seriamente en esto, no contar con seguridad alguna de que así sea, sino por el contrario tener muchas razones para temer por el recuerdo de la vida pasada, y vivir tranquilo? Preguntémonos con santo temor en el fondo de nuestra alma, ¿soy yo del número de los elegidos? Sintamos bien todo el peso de esta dificultad, dejémonos llevar de una humilde desconfianza, que puede sernos muy útil.

Pero después de haber considerado vivamente toda la extensión del peligro, ¿no habrá nada que pueda librarnos de esta incertidumbre? Solamente una revelación especial de vuestra predestinación, dice el santo Concilio de Trento, podrá sacaros de esta duda. ¡Una revelación especial! Y ¿puedo yo, debo yo desear, esperar ó pedir esa revelación? No, pero tenemos una revelación general y común á todos tan capaz, y más capaz todavía en cierto sentido, de calmar las ansias de nuestro espíritu que una revelación particular, porque yo podría dejarme llevar de una ilusión en una revelación particular, ó tomar por revelación lo que no lo fuese en realidad, mientras que las revelaciones generales son seguras é infalibles en todos los sentidos, tan seguras é infalibles como lo es la religión misma, que nosotros profesamos. Ahora bien, esa revelación general se encuentra en aquellas palabras de san Pablo: "Los que Dios ha previsto que sean semejantes á Jesucristo su Hijo, esos son los que ha predestinado á la gloria„. Yo no soy semejante á Jesucristo ni pongo los medios para llegar á serlo, pues tengo razón de temblar por mi salvación.

¡Bienaventurados los que sufren! ¡Bienaventurados los que lloran! ¿Por qué son bienaventurados? Porque en todas estas cosas ellos se asemejan á Jesucristo y Dios los trata como trató á su propio Hijo, ó porque si Dios compadecido de ellos les evita algunos sufri-

mientos, ellos se tratan á sí mismos como saben que Jesucristo fué tratado. Entrar en religión es una prueba de predestinación; ¿por qué? porque se supone que es entrar en un género de vida muy parecido al que el Salvadór llevó mientras estuvo en la tierra.

Imitemos la dulzura, la obediencia, la sencillez, la pobreza de Jesucristo y todas sus virtudes; seamos, á su imitación, humildes, pacientes, llenos de caridad, laboriosos, castos, celosos de la gloria de Dios, porque, mientras lo hagamos así, El no puede desecharnos.

Esta semejanza perfecta, dirá alguno, es solamente de consejo. Es verdad; pero para distinguirla de la que es de precepto, encontramos muchas veces grandes dificultades; y sucede con frecuencia que, por no aspirar á la que es de consejo, faltamos á la que es de precepto; ¿por qué violamos en tantas ocasiones los preceptos del Evangelio, sino porque tomamos maestros y modelos diferentes de Jesucristo? Pero, sea de precepto ó de consejo esta semejanza á que se nos llama, debemos pensar que, aun cuando no fuésemos condenados por dejar de imitar á nuestro divino Maestro en las cosas que son de consejo, es evidente que nos salvaremos si procuramos imitarle en todo con todas nuestras fuerzas. ¿Qué más se necesita para mover á un hombre prudente y que conoce sus verdaderos intereses? El que todavía dude y no se sienta movido eficazmente por esta consideración, no comprende bien lo que es salvarse para siempre ó condenarse por toda una eternidad.

PUNTO III

Jesucristo, Juez soberano de vivos y muertos.

Considera que este es uno de los artículos del símbolo de nuestra fe. Desde el instante de la Encarnación, Dios depositó en Jesucristo su derecho de absolver y condenar; ¿y á quién podría convenir mejor este derecho que á aquel que ha pasado por todas las mise

rias de nuestra naturaleza, excepto el pecado, y por lo mismo sabe por experiencia lo que es el hombre, y lo que al hombre cuesta el guardar la ley? ¿A quién podía corresponder mejor este derecho de juzgar al mundo que á aquel que fué juzgado por los hombres y consintió que éstos le juzgasen de un modo tan indigno y tan injusto cuando vivía en medio de ellos? Esta debía ser necesariamente su recompensa gloriosa y la reparación de sus injurias. Un poco más pronto ó un poco más tarde, nosotros tenemos que caer necesariamente en sus manos; de El, por consiguiente, es de quien tenemos que temerlo ó esperarlo todo.

Cuando nos acerquemos á ese tribunal tremendo, delante del cual hasta el hombre más justo tiene motivos para estremecerse, ¿habrá quien pueda darnos alguna tranquilidad, si no es una grande semejanza con nuestro mismo juez? Yo estaré tranquilo delante de Jesucristo si me presento como una copia perfecta de Jesucristo. ¿Podrá El descargar su ira sobre quien se presenta con sus mismos caracteres? Cuando en el lecho de la muerte se presenta al cristiano el crucifijo, sus ojos ven siempre en él la esperanza única; pero ¿cómo podrá consolarle esta idea si se encuentra en abierta oposición con aquel que debió servirle de modelo? ¡Allí una frente coronada de espinas, y aquí una cabeza que abrigó solamente pensamientos de ambición, de envidia ó de vanidad! ¡Allí unos pies y unas manos sujetos fuertemente á los clavos, y aquí una libertad desenfrenada, y un empeño constante de correr por los caminos de sus antojos, y de no hacer otra cosa más que realizar sus caprichos! ¡Allí un cuerpo destrozado por los golpes, y aquí un afán continuo de comodidades y placeres! Finalmente, en Cristo, una vida preciosísima sacrificada por la obediencia y la salvación de los hombres, y en éstos una vida que se procura conservar largo tiempo huyendo de la sujeción, del trabajo y de las buenas obras!

Santa Teresa de Jesús no temía el juicio. "¡Ah! decía, yo tengo por juez al que he amado sobre todas las cosas, procurando hacer de mi vida una copia exacta de su vida.„ San Pablo no abriga tampoco temor alguno: "Yo llevo sobre mí, las señales de mi Maestro, y estoy unido inseparablemente á su cruz; vivo yo, pero no soy yo, sino que es Cristo el que vive en mí„ y así los santos no temen á su Juez, porque en El encuentran á su amigo, á su esposo y al modelo acabadísimo que han procurado imitar durante su vida.

Coloquio.—¡Oh soberano Maestro de toda verdad! ilústrame y enséñame para que merezca ser contado entre tus discípulos; pero haz que la ciencia mía sea estudiarte y conocerte más y más, y trasladar á mi alma tu divina imagen, para que me cuente entre los predestinados por tu Eterno Padre y seas para mí Juez misericordioso y benigno en el día de la cuenta.

Propósitos.—Regular todas tus ideas y tus obras por los principios del Evangelio y por las acciones de Cristo N. S.

22 DE FEBRERO

De la vocación de los Apóstoles.

Preludios.—Represéntate los distintos lugares de Galilea donde el Señor llama á muchos discípulos á que le sigan: vé principalmente la montaña donde pasa orando toda la noche anterior al llamamiento de los Apóstoles, y pide interno conocimiento del Señor que dispone con suavidad y eficacia los corazones de los hombres, á fin de que le ames más, y más de cerca le sigas.

PUNTO I

Qué eran los Apóstoles al ser llamados por Cristo.

Considera la calidad de los Apóstoles que escogió Cristo N. S., comparándola con la grandeza del fin para que los escogía, y ponderando las causas de esto. Porque primeramente, queriendo escoger doce

varones que fuesen doce fundamentos de su Iglesia, El por sola su misericordia los escogió y llamó poniendo los ojos, no en los nobles, ricos y poderosos, sino en unos hombres pobres, humildes, ignorantes y ejercitados en oficios muy viles y á éstos escogió dejando á los otros.

Las causas que á esto le movieron son: La primera, porque como se humilló á ser hombre, y se hizo por nosotros pobre, humilde y despreciado, y vino á ser Maestro de humildad, quiso ejercitarla en todas las cosas, y escoger discípulos pobres y humildes, y acompañarse con ellos, porque siempre gustó Dios de tener su conversación con los sencillos y humildes de corazón.

La segunda causa fué, porque deseaba Cristo N. S. que sus discípulos fuesen muy humildes en el espíritu, y que no se atribuyesen á sí mismos los grandes dones que pensaba darles, ni las gloriosas obras que pretendía hacer por medio de ellos. Y por esto, como dice el Apóstol san Pablo, no escogió letrados, ni nobles ó poderosos, que suelen ser muy soberbios, sino idiotas, plebeyos y bien fundados en el conocimiento de su flaqueza. Por aquí echaré de ver cuánto me importa fundarme en profunda humildad, si quiero que Dios me escoja para cosas grandes de su servicio, acordándome de lo que Cristo N. S. dijo á su Eterno Padre, alabándole porque había escondido los misterios de nuestra redención á los sabios y prudentes del mundo y reveládolos á los pequeñuelos.

De aquí procede la tercera causa, que fué para que la conversión del mundo tan milagrosa, no se atribuyese á fuerza humana, sino á virtud divina; porque no fuera posible que hombres tan pobres y despreciados persuadieran á un mundo tan soberbio y codicioso, una fe tan nueva, una doctrina tan levantada, una ley tan pura y una vida tan rigurosa como la evangélica, si la omnipotencia de Dios no hiciera

esta obra, y si la diestra del muy alto no hiciera esta mudanza. Por la cual he de darle muchas gracias, reconociendo que esto mismo pasa en la conversión del mundo abreviado de mi alma; porque ninguna fuerza humana bastara á convertirme, si la virtud de Dios no me ayudara.

PUNTO II

Del modo maravilloso con que Cristo llamó á los Apóstoles.

Considera el modo maravilloso con que Cristo nuestro Señor llamó á estos Apóstoles, ponderando la suavidad, eficacia y palabras de este llamamiento; el cual fué muy diverso, porque á unos llamó disponiéndolos poco á poco, á otros á la primera vista, á unos con palabras acomodadas á su oficio, á otros con una sencilla palabra y con un imperio divino.

Primeramente, á san Andrés y á san Pedro fué disponiendo poco á poco, llamándolos, como dice san Agustín y otros Doctores, tres veces. La primera, para que le conociesen, admitiéndolos en su posada dos ó tres horas de la tarde, conversando con ellos como con otros muchos. La segunda, fué para que oyesen su doctrina y tuviesen con El mayor familiaridad. La tercera vez los llamó para que, dejadas todas las cosas, le siguiesen perpetuamente. Esto trazó así Cristo N. S., para enseñarnos que los hombres de ley ordinaria suben por sus grados á la perfección, pasando por los tres estados de principiantes, y de los que aprovechan, y de los perfectos; porque la semilla de la divina inspiración, primero nos mueve á obras menores, y si la obedecemos, luego nos mueve á crecer y subir á otras mayores, y perseverando en obedecerla, nos llena de obras perfectas. De donde sacaré cuánto me importa obedecer á cualquier inspiración y llamamiento interior, aunque sea á obras pequeñas, y á la oración ordinaria, porque con esta obediencia me dispongo para que su Majestad se

digne de llamarme á cosas mayores y á otra oración más levantada.

Lo segundo, á otros llamó Cristo N. S. de repente, y á la primera vista, para mostrar la omnipotencia de su voluntad en llamar á los que quiere, y arrancarlos en un momento de donde están atollados, trocando de repente sus corazones. De este modo llamó á los hijos del Zebedeo cuando estaban pescando y remendando sus redes; y á san Mateo cuando estaba sentado en su banco cambiando y negociando con otros; y con estar tan atado, con una sencilla palabra le desató, y diciéndole *Sígueme*, le arrancó de golpe la mala inclinación habitual que tenía, y le hizo dejar las riquezas y el oficio y compañía, mostrando en esto la eficacia de su gracia y el poderío que tiene sobre la naturaleza.

En persona de estos varones he de considerarme á mí mismo, enredado en los lazos de mis pasiones desordenadas, tan flaco, que no puedo por mis fuerzas desenredarme, y tan rendido, que ni lo quiero ni lo deseo; antes gusto de estar así enredado y adorando como á ídolos las cosas terrenas y deleitables que me enredan con ellas; pero la misericordia de Jesucristo N. S. es tan grande, que con sola una palabra puede darme fuerza para desenredarme de ellas. ¡Oh Dios omnipotente! rompe con presteza mis ataduras para que nunca más sacrifique sino á Ti, sacrificio de alabanza, é invoque tu santo nombre. ¡Oh alma mía! no desconfíes de verte suelta y trocada, porque fácil es en los ojos del Señor de repente enriquecer al pobre, deshaciendo con una vista toda su miseria.

Lo tercero, ponderaré cómo Cristo N. S. llamó con imperio á Mateo y á otros, diciendo que le siguiesen, sin darles otra razón, aunque interiormente les descubría lo mucho que les importaba seguirle; pero á los cuatro pescadores con suavidad dijo: Venid en pos de Mi y hareos pescadores de hombres; aficionándolos con esta promesa á que le siguiesen.

Como si dijera: No os quitaré vuestra inclinación, ni vuestro oficio, sino que mejorarlo he, trocándole en otro más perfecto, porque os haré pescadores, no de peces, sino de almas que pescaréis para el cielo, con la red de vuestra predicación. Por donde se ve que Nuestro Señor gusta de acomodar su gracia á lo bueno que tiene la naturaleza, perfeccionándola en ello, para que caminando los dos en conformidad, alcancen su fin con más suavidad. Y así, la gracia de la vocación propia del cristiano ayuda á quitar de la naturaleza las malas inclinaciones, como las de Mateo, y perfeccionar las buenas, como las de estos pescadores, cuyo llamamiento aplicaré á mí mismo, imaginando que Cristo N. S. me dice al corazón: Deja las redes con que pescas los deleites y bienes de esta vida, y vente tras Mí siguiendo mis consejos, y Yo te haré pescador de otros deleites y bienes celestiales; y también te haré pescador de hombres, que ganarás para el cielo con tu palabra y ejemplo.

De lo dicho concluye que el fin de la vocación apostólica abraza dos partes; es á saber; ir tras Cristo imitando perfectamente sus virtudes, y sacar del mar de este mundo almas que le sigan. Y esto segundo se ha de fundar en lo primero, porque sería gran locura sacar yo á otros del mar y anegarme dentro de él por no seguir á Cristo, siendo causa de que otros le sigan.

PUNTO III

De la correspondencia de los Apóstoles á la vocación divina.

Lo cuarto se ha de considerar la excelente obediencia que tuvieron los Apóstoles á su llamamiento; porque, como dicen los Evangelistas, estando Pedro y Andrés tendiendo las redes en el mar y los hijos del Zebedeo en el navío con su padre remendándolas, y Mateo actualmente ocupado en su oficio de alcabalero, en llamándolos Cristo, al punto lo dejaron todo por seguirle.

En esta obediencia descubrieron las tres excelentes perfecciones que tiene esta virtud. La primera perfección fué del entendimiento y juicio, cautivándole en servicio de Cristo, sin replicar ni alegar las razones que tenían para dejar ó dilatar el cumplimiento de ella. San Pedro pudiera decir que tenía obligación de sustentar su hija y familia y disponer sus cosas. San Juan y Santiago, que tenían padre y madre ancianos y necesitados de su ayuda. San Mateo, que tenía trabadas cuentas con muchos, y expuesto mucho dinero á negociación. Nada de esto alegaron, sino rindieron su juicio al mandamiento de Cristo, y arrojándose confiadamente en la divina Providencia, le obedecieron con obediencia ciega.

La segunda perfección fué de la voluntad, la cual sujetaron prontísimamente á la de Cristo, descarnándose del amor que tenían á mujer, hijos, padres y deudos, y á su hacienda; y aunque era poca, pero, como dice san Gregorio, dejaron muchísima, en cuanto dejaron la voluntad y deseo de tener otra cosa que á Cristo: y si todo el mundo fuera suyo, con la misma voluntad lo dejaran todo por seguirle. Y á esta causa dijo san Pedro á Nuestro Señor: He aquí que hemos dejado todas las cosas.

La tercera perfección fué de la ejecución, la cual fué presta, puntual y alegre; y con tener presentes las cosas que amaban, luego lo dejaron todo. Los que tenían las redes tendidas en el mar, al punto las soltaron. Los que las estaban remendando, no dieron más puntada; y el que tenía los libros abiertos, y el dinero sobre las mesas, lo dejó como se estaba, con tanto gusto, que hizo un convite á Cristo y á sus discípulos, y á otros publicanos, en señal de alegría. ¡Oh milagros de la omnipotencia de Dios! ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto!

Consideraré cuán grandes favores hizo Cristo Nuestro Señor á los Apóstoles por esta obediencia.

Lo primero, levantólos á la mayor dignidad de

cuantas instituyó en su Iglesia, que es la del apostolado, haciéndolos sus legados y embajadores, para que con sus veces y autoridad fuesen á predicar por el mundo su ley evangélica.

Lo segundo escogiólos, como dice san Marcos, para que anduviesen siempre con El, teniendo con ellos muy estrecha familiaridad, y dándoles parte de todos sus secretos; y así les dijo: No os llamaré siervos, sino amigos; porque todas las cosas que oí á mi Padre las he manifestado á vosotros.

Lo tercero, comunicóles mayores gracias y dones que á todos los santos del Testamento Viejo y Nuevo que después de ellos sucedieron, así en género de santidad como de sabiduría, con la potestad de hacer milagros y las demás gracias que llaman *gratis datas;* por lo cual, dice san Pablo, que tuvieron las primicias del espíritu, y que son la gloria de Cristo.

Lo cuarto, prometióles que el día del juicio se sentarían con El en doce tronos, para juzgar las doce tribus de Israel, por haberle obedecido en dejar por El todas las cosas, y en esta vida les dió cien veces más de lo que dejaron. Y si es verdad, como dijimos, que con la voluntad eficaz dejaron todas las riquezas, honras y regalos que podían desear, lo que les dió valía cien mil veces más que todo esto, porque les dió tales gracias, dones y consuelos espirituales, que excedían incomparablemente á todo cuanto dejaron; y para que nos animásemos á hacer otro tanto como los Apóstoles, nos prometió lo mismo que á ellos.

Coloquio.—¡Oh Redentor mío!, pues con tanta liberalidad premiáis la obediencia á vuestro llamamiento, justo es que yo os siga en esta vida, para que llegue donde Vos estáis gozando de vuestra gloria.

Propósitos.—No hacernos jamás sordos al llamamiento de Dios.

23 DE FEBRERO

De cómo Cristo llama á todos á que se nieguen á sí mismos, tomen su cruz y le sigan.

(Dos Banderas.)

Preludios.—Mira cómo Cristo S. N. nos llama y quiere á todos bajo su bandera, y Lucifer, al contrario, debajo de la suya. Contempla luego un campo espacioso en toda aquella región de Jerusalén, donde el capitán general de los buenos es Cristo N. S., y otro campo en la región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer, y pide conocimiento de los engaños del maldito caudillo, ayuda para guardarte de ellos, y conocimiento asimismo de la recta y santa vida que con su doctrina y ejemplo nos enseña nuestro sumo y verdadero Capitán.

PUNTO I

Lucifer, caudillo de los malos.

Considera á Lucifer sentado en un trono de fuego y humo, con una figura horrible y un rostro espantable, rodeado de innumerables demonios, los cuales se conciertan de hacer guerra á Cristo N. S. y levantar bandera contra la bandera de su Cruz.

Para esto arman lazos de tentaciones á los hombres, induciéndolos á los tres vicios que llama san Juan concupiscencia de la carne, codicia de los ojos y soberbia de la vida. Primero los convidan á los regalos de los sentidos, de donde nacen los vicios de gula y sensualidad; luego á la codicia de hacienda y honra, de donde proceden la avaricia y ambición. Después á la soberbia de la vida, que es apetito de su propia excelencia, con presunción de sí mismos y de su propio parecer. Llámase soberbia de la vida, porque es soberbia grande, viva y bulliciosa, que siempre vive y crece, y de ella brotan los demás vicios y pecados del mundo.

Pondera luego la rabia con que los demonios andan rodeando todo el mundo, sin dejar rincón alguno, buscando á quien devorar, ya como leones con fuer-

za y violencia, ya como dragones con astucia de razones aparentes, para engañar á los hombres y traerlos á su servicio.

El estrago que hacen es grandísimo, porque ganan, ó mejor, pierden á innumerables hombres: unos se rinden á la codicia de regalos, otros á la codicia de riquezas y honras mundanas, y otros á la soberbia y altivez de la vida, y, finalmente, acogen debajo de su bandera á todos los que son enemigos de la cruz de Cristo, los cuales, todos siguen las ideas y máximas del mundo y á la gloria mundana, para confusión suya, porque su fin es la muerte eterna.

Con esta consideración, imitando al mismo Apóstol, me compadeceré con lágrimas de que haya tantos que sigan el bando del demonio, admirándome de que muchos sean tan locos que quieren seguirle, sabiendo y creyendo que el premio de sus servicios ha de ser el infierno. Y haciendo reflexión sobre mi vida pasada ó presente, lloraré haber estado algún tiempo en este engaño, suplicando á nuestro Señor me libre de él para siempre.

PUNTO II

De Cristo N. S. sumo capitán de los buenos.

Considera á Cristo N. S. sentado en un lugar humilde, con un rostro apacible y amoroso, rodeado de sus discípulos y de otra mucha gente, diciéndoles á todos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.

En las cuales palabras, al contrario del príncipe de este mundo, llama y convida á los hombres á tres cosas: Lo primero, á negarse á sí mismos, mortificando las tres codicias del mundo, y los vicios que de ellas proceden; esto es, á que nieguen y mortifiquen el amor de regalos sensuales, y la codicia de la hacienda y honra vana, y la soberbia interior, mortificando su propio juicio y propia voluntad, toda presunción y apetito de excelencia.

Lo segundo, los llama para que lleven su cruz, ofreciéndose á lo contrario de las tres codicias del mundo, conviene á saber: á sufrir trabajos y dolores, pobrezas y desprecios, y toda suerte de humillación y sujeción; porque la cruz especial de Cristo está compuesta de estas tres piezas: pobreza, desprecio y dolor, aunque en cada una se encierran muchas diferencias de trabajos que la acompañan; y esta cruz quiere que todos la lleven *cada día*, tomando la parte que cada día les cupiere, con perseverançia hasta la muerte.

Lo tercero, los llama para que le sigan, imitando sus virtudes, y los ejemplos que les da en la abnegación y en llevar su propia cruz, porque está resuelto de no admitir en su escuela ni en su compañía á los que no se resolvieren de abrazarla y sentar plaza debajo de esta bandera; y así dice, que quien no toma su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo, ni es digno de estar conmigo.

Luego ponderaré cuán puesta está en razón esta vocación; porque si yo soy malo, y desde mi nacimiento inclinado á vicios y pecados, justo es que me niegue á mí mismo, y que mortifique todas mis malas inclinaciones para librarme de los males que nacen de ellas. Y si los regalos, riquezas, honras y excelencias mundanas son cebo de todas las maldades, razón es quitar el amor desordenado de ellas para preservarme de tantas miserias. Y si es fuerza que en esta vida mortal me sucedan muchos trabajos, fatigas, dolores y tribulaciones, ¿qué cosa puede ser más cuerda que hacer de necesidad virtud, y abrazar mi cruz de buena gana, mereciendo la vida eterna con ella? Y si Jesucristo N. S. vino del cielo á llevar su cruz y abrazarse con dolores, pobrezas y desprecios, ¿qué mucho le siga yo, haciendo lo que hace mi Capitán, mi Rey y mi Dios? ¡Oh Capitán soberano, pues me llamas para que me niegue, ven tú á pelear conmigo contra mí, porque más fuerte ha de ser que

yo quien ha de vencerme á mí! Y pues quieres que lleve cada día mi cruz, dame cada día tu gracia para que no caiga ni desfallezca oprimido de ella.

PUNTO III

Razones que da el divino Capitán para que abracemos su bandera.

Considera las tres eficacísimas razones que trae Cristo N. S. para persuadirnos esta vocación.

La primera es: Quien quisiere salvar su alma, la perderá; y quien la perdiere por mí, la hallará. Que fué decir: vuestra salvación y vuestra vida eterna está en negaros, y llevar la cruz y seguirme, hasta perder la vida temporal por esta causa, si fuera menester, como yo la perdí; y quien la perdiere de esta manera, no la perderá del todo, porque yo se la volveré mejorada y eterna. Y al mismo modo puedo imaginar que me dice Cristo N. S.: quien por mí perdiere su hacienda, honra, regalo, amigos ó cualquier bien temporal, después lo hallará; y al contrario, quien lo quisiere ganar ó conservar contra mi voluntad, él lo perderá y con ello su alma para siempre.

La segunda razón es: ¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿De qué os aprovechará haber alcanzado todos los regalos, riquezas, honras y excelencias del mundo, si al fin os condenáis? Preguntadlo á los que están ardiendo en el infierno, y os dirán: ¿De qué nos aprovechó la soberbia? Y la abundancia de riquezas, ¿qué bien nos hizo? Los regalos, las honras, las dignidades y todos los bienes de la tierra, ¿qué provecho nos han traído? Todo pasó como sombra, y ahora por nuestra maldad estamos en perpetuo tormento.

La tercera razón es: Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y dará á cada uno según sus obras; que es decir: Yo tengo de venir á juzgar el mundo con el estandarte y bandera de mi cruz; y á los que no quisieron lle-

varla conmigo, condenaré al fuego eterno con los demonios cuyo bando siguieron; pero á los que oyeron mi vocación y abrazaron mi cruz, llevaré conmigo á la gloria de mi Padre.

Ponderando estas tres razones, haré comparación de estos dos llamamientos, del que hace Lucifer, al que hace Cristo N. S., del fin tan desastrado de los que siguen el uno, al fin tan dichoso de los que siguen el otro; y pues no es posible, como dijo el Redentor, servir juntamente á dos señores, y no podemos servir á Dios y á las riquezas, á Cristo y á las honras vanas, ni es posible asentar debajo de las banderas de dos capitanes tan contrarios, procuraré cerrar mis oídos á la sugestión de Lucifer y abrirlos á la vocación de Cristo, negándome á mí mismo, abrazando mi cruz y siguiendo á mi soberano Capitán debajo de su bandera. Para lo cual me ayudará á considerar, cuando llegue la hora de mi muerte, y cuando me vea presentado á juicio ante el tribunal de Cristo, á quién querría haber seguido, qué querría haber escogido. ¿Riquezas ó pobreza, honras ó desprecios, regalos ó aflicciones, cumplimiento de mi propia voluntad, ó abnegación de ella y de mí mismo? Y escogeré ahora lo que entonces querría haber escogido.

Y por no remitir solamente á la muerte y juicio el acierto de esta buena elección, añado que el llamamiento del demonio, aunque á primera vista promete deleites, honras, riquezas, libertad y descanso, todo esto viene mezclado con tantas amarguras, que verdaderamente es trabajosísimo; y hasta los mismos condenados confiesan que vivieron cansados en el camino de la maldad, y que anduvieron por caminos muy ásperos y dificultosos. Pero al contrario, el llamamiento de Cristo, aunque es de abnegación y cruz, pero viene trazada por la divina Providencia, y ajustada á las fuerzas de cada uno, y mezclada con tantas dulzuras y gracias celestiales, que verdadera-

mente es suavísima en esta vida; de modo que los que han seguido el bando del demonio hallan grande alivio en seguir el de Cristo, y así les dice el mismo Señor: Venid á Mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé; tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera; que es decir: Aunque mi yugo es de abnegación, es suave; y aunque mi carga es cruz, es ligera, con tal que seáis mansos y humildes como Yo; porque Yo doy á los humildes mi gracia, con la cual es ligero todo lo que de suyo es pesado y amargo.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Maestro, sobre cuyos hombros carga mi cruz y la de todos los mortales! concédeme que oiga tu llamamiento, abrazando los trabajos de la cruz, dejando á tu providencia los alivios para llevarla, para que, escogiendo en la vida lo que querría haber escogido en la muerte, reciba en tu juicio la corona de la gloria.

Propósitos.—Romper con todos los lazos que te pudieran embarazar el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios, y el firme deseo de seguir de cerca á tu divino Capitán. Ofrécete para ir muy cerca de El en pobreza, al menos de espíritu, si no te pide la actual, y en sufrir por su amor toda suerte de trabajos.

24 DE FEBRERO

De la disposición necesaria para oir la vocación de Cristo N. S.

(Tres binarios.)

Preludios.—Imagínate que te hallas delante de Dios y de sus santos con deseo de conocer lo más grato á su divina Majestad, y pídele acierto para elegir lo que sea de más gloria suya y más conducente á la salvación de tu alma.

PUNTO I

Del primer binario ó primera clase de hombres que desean su salvación.

Considera cuál es la disposición más conveniente para que la voz de Cristo N. S. halle entrada en nosotros y por ella alcancemos la vida eterna. Esta disposición declaró el mismo Señor en aquella memorable sentencia que dijo por san Lucas: "Cualquiera de vosotros que no renuncia las cosas que posee, no puede ser mi discípulo„. En las cuales palabras no manda á todos que renuncien todas las cosas, dejándolas con efecto, pero sí con el corazón, quitando las aficiones desordenadas de ellas, y estando preparados á dejarlas, cuando fueren impedimento de su salvación, ó cuando el mismo Señor con especial vocación les inspirare que las dejen, por serles medio muy más conveniente y seguro para que se salven. Y debajo de todas las cosas se comprende hacienda, honra, dignidad y oficio; y más aún: padres, hermanos, hijos, amigos y conocidos, y cualesquiera persona ó cosa de la tierra, cuyo amor desordenado puede impedirnos seguir á Cristo y salvarnos. Supuesto esto, figúrate tres suertes de hombres que desean su salvación y querrían disponerse para alcanzarla siguiendo á Cristo, para que veamos cuál de ellos acierta y de qué manera la podemos alcanzar.

La primera suerte, es de aquellos que desean alcanzar el fin de su salvación pero sin aplicar medios para ello, por la grande dificultad que sienten en ellos; querrían seguir á Cristo, pero no renunciar todas las cosas, y si desean renunciarlas y quitar sus aficiones desordenadas, no toman medios eficaces para quitarlas, como el enfermo que desea sanar; mas no querría las otras medicinas dolorosas necesarias para su salud, por el dolor y amargura que siente en tomarlas. Estos tienen disposición totalmente contra-

ria á la divina vocación y al mandato de renunciar todas las cosas, y nunca alcanzarán salud espiritual, ni la vida eterna, porque ésta no se alcanza con solos deseos si faltan obras, y aunque parece que quieren salvarse y sanar, pero de verdad no quieren. Son de los que dijo el Espíritu Santo: El perezoso quiere y no quiere; quiere el fin, pero no quiere los medios; quiere ir donde está Cristo, pero no quiere ir tras Cristo; quiere la virtud, en cuanto buena, y no la quiere en cuanto dificultosa.

Haré reflexión sobre mí mismo para ver si tengo este mismo engaño en la pretensión de algunas virtudes, porque algunas veces digo que deseo alcanzar la humildad y vencer la soberbia, pero no quiero humillarme ni que me humillen; y digo que deseo tener paciencia y vencer la ira, pero no querría sufrir, y así me quedo siempre soberbio é impaciente; porque la mortificación de las pasiones es medio necesario para vencer los vicios, y los ejercicios de las virtudes son necesarios para ganarlas.

PUNTO II

Del segundo binario ó segunda clase de hombres que desean su salvación.

La segunda suerte es de otros hombres, que desean el fin de su salvación. y aplicar medios para alcanzarle, pero medios trazados por su propio juicio y voluntad y no por la de Dios. Quieren seguir á Cristo y renunciar la afición desordenada de sus cosas, pero se aferran en que ha de ser con condición de quedarse con ellas; y aunque les sean ocasión de pecar, y aunque Dios los llame interiormente para que las dejen, no quieren y se entristecen, como el otro mancebo rico, á quien dijo Cristo N. S.: Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes. Estos son como los enfermos que quieren sanar y aplicar medicinas; pero no las que el médico escogiere, sino las que ellos señalaren conformes á su gusto, queriendo tor-

cer la voluntad del médico para que las apruebe. Así, éstos quieren traer la voluntad de Dios á la suya, y no llevar la suya á la de Dios, y, por consiguiente, tienen disposición repugnante á la divina vocación de renunciar todas las cosas, y con riesgo de condenarse; porque quizá nuestro Señor sabe que su cura está en dejar las cosas que poseen, para quitar las aficiones desordenadas y muchos pecados que proceden de ellas. Y generalmente debo creer que el remedio de mis enfermedades espirituales no está en los medios que yo escojo con mi juicio ciego, sino con los que ordenare Dios, que es médico de mi alma; al modo que Naamán, leproso, aunque deseaba mucho sanar de su lepra, no quería aplicar el medio que le señaló el profeta Eliseo, que era bañarse siete veces en el río Jordán, sino el medio fácil que inventó su propio juicio, que era tocándole el Profeta con su mano. Pero con efecto, nunca sanara si no mudara de parecer, y se resignara en la voluntad del Profeta, porque Dios había determinado sanarle, no por el medio que él escogía, sino por otro que más le convenía.

También haré reflexión sobre mí mismo en otras cosas particulares de mi vida, para ver si tengo este engaño; porque si me confieso, es yerro no querer seguir los medios de mi cura que el confesor prudente señala, sino los que á mí se me antojan. Y si soy religioso, es gran engaño pretender la perfección de mi estado por los medios que yo escojo por mi juicio propio, queriendo traer la voluntad de los Prelados á que quieran lo que yo quiero, y no inclinar la mía á que quiera lo que ellos quieren; y así, me dirá Cristo nuestro Señor lo que dijo á san Pedro en otro caso semejante: "*Adversario, vente tras mí*,„ porque no tengo de hacer yo lo que tú quieres, sino tú lo que yo quiero; no ha de seguir el maestro al discípulo, sino el discípulo al maestro, ni el súbdito ha de gobernar al superior, sino el superior al súbdito.

¡Oh Maestro soberano! pues eres *camino*, *verdad* y *vida*, no permitas que yo vaya por otro camino que el tuyo, ni siga otra verdad que la tuya, ni viva otra vida que la que Tú vivías, caminando trás ti, que bajaste del cielo, no á cumplir tu voluntad, sino la de tu Padre, por el camino que El te señaló.

PUNTO III

Del tercer binario ó tercera clase de hombres que desean su salvación.

Considera que la tercera suerte de hombres más dichosa es de aquellos que desean alcanzar su salvación, la victoria de sus aficiones desordenadas y la perfección de las virtudes por los medios que Dios quisiere, resignándose totalmente en su voluntad, estando dispuestos para retener ó dejar todas las cosas que poseen con igualdad de ánimo, según que fuere más conveniente para honra y gloria de Dios nuestro Señor y salvación de sus almas; como los enfermos que desean sanar y se arrojan en las manos del médico con determinación de tomar los remedios que él juzgare ser más conveniente para su salud, sin inclinarse de su parte más á uno que á otro.

Estos tienen admirable disposición para oir la divina vocación y recibir sus ilustraciones é inspiraciones, confiando siempre en la providencia de nuestro gran Dios y Señor, el cual, como dice el profeta Isaías, nos enseña las cosas provechosas y convenientes, y nos gobierna en este camino del cielo por sí mismo y por medio de sus ministros; y los que se dejan gobernar de El, aceptando todos los medios que inspira y manda, alcanzarán un río de paz y un mar de santidad, y llegarán con seguridad al puerto de su salvación y perfección; porque la divina Providencia llama á cada uno para el estado y modo de vida que más le conviene.

Conforme á esto, comparando entre sí estas tres suertes de hombres, y viendo los daños y engaños de

los primeros y segundos, debo escoger la suerte de estos terceros; y puesto en la presencia de Dios nuestro Señor, le diré muy de corazón como otro Saulo recién convertido: ¿Señor, qué queréis que haga? He aquí á tu siervo deseoso de servirte y seguirte; pero estoy muy enfermo con mis desordenadas aficiones: en tus manos me pongo, haz de mí lo que quisieres; dispuesto estoy á cumplir tu voluntad; inspírame y enséñame los medios más convenientes para la salud de mi alma, que yo me ofrezco con tu divina gracia á ejecutarlos, ora sea reteniendo las cosas que poseo, ora dejándolas todas por tu amor.

Algunos hay que quieren pasar más adelante, y, por imitar más perfectamente á Cristo N. S., desean y proponen cuanto es de su parte, ser pobres, despreciados y afligidos como El lo fué, antes que ser ricos, honrados y consolados, como otros justos lo han sido, aunque conservan siempre la indiferencia para tomar ó dejar todo esto según que Dios lo quisiere; porque no á todos quiere su Majestad hacer esta gracia de llamarlos, para que le sigan con actual pobreza voluntaria en vida religiosa, ó para que padezcan injurias y trabajos por su amor. Esta disposición debería procurar con todas mis fuerzas, á imitación del Apóstol, que decía: Guárdeme Dios de gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo; porque yo aborrezco y desprecio al mundo, y el mundo también, con efecto, me aborrece y desprecia, tratándome como á un crucificado, que de todos es tenido por infame y desdichado.

Coloquio.—¡Oh Dios eterno! concédeme tal disposición por tu misericordia, para que sea digno de que me llames á hacer y padecer cosas grandes de tu gloria. Inspírame deseo y aliento para seguirte muy de cerca, imitándote en sufrir y padecer por tu amor cuanto sea tu voluntad santísima, y no conservar, ni

aun con el afecto, nada que pueda ser obstáculo á mi santificación.

Propósitos.—Escoger ahora en todo lo que á mi perfección atañe, lo que hubiere deseado escoger en la hora de mi muerte.

25 DE FEBRERO

Que el reino de Jesucristo está en la Cruz.

Preludios.—**Mira á Jesucristo en la cruz como en un tribunal en que te juzga, un altar en que te redime y un trono en que te salva, y pídele amor á la santa cruz, en la que está tu esperanza, tu vida y tu salvación.**

PUNTO 1

El reino de Jesucristo está fundado en la Cruz.

Considera que Jesucristo N. S. es rey de dolores, porque ha sufrido más que todos los hombres, y todo cuanto podamos sufrir es nada en comparación de lo que ha sufrido por nosotros; Jesucristo ha sufrido por todos y en todos los hombres y con más paciencia que todos ellos. Ha pagado por nosotros las penas que debíamos por nuestros pecados; en Abel, fué muerto por su hermano; en Noé, despreciado por su hijo; ha sido peregrino en Abraham; inmolado en Isaac; vendido en José; expuesto y fugitivo en Moisés; apedreado en los profetas; atormentado y perseguido en los Apóstoles; muerto con innumerables suplicios en los Mártires, y aún lleva sobre sí nuestras flaquezas y enfermedades, porque El es el varón de dolores, el que está siempre cubierto de llagas por amor á los hombres.

Ha restablecido su reino y recuperado el imperio de los corazones por la Cruz. Este imperio le pertenecía por derecho de nacimiento, por donación de su Padre y por sus propios méritos; pero no tomó posesión de él sino en la Cruz, ni aceptó la calidad de rey

hasta que se asentó en la cruz como en un trono y ciñó á sus sacratísimas sienes la corona de espinas.

Gobierna, además, su reino y mantiene en obediencia á sus súbditos por medio de la Cruz. Todas las leyes de su reino se encaminan á la renuncia de las alegrías, riquezas y alabanzas del mundo y á recomendar la pobreza, los sufrimientos y las lágrimas, el hambre y la sed; las persecuciones, los desprecios y las ignominias. Tal es la conducta que el Hijo de Dios sigue con sus súbditos para elevarlos á la perfección y prepararles á recibir el sello divino y el carácter de su semejanza. En la primitiva Iglesia produjo estos excelentes efectos por medio de la persecución de los tiranos, y en los tiempos presentes se sirve de las enfermedades, de las tentaciones y de los sufrimientos del espíritu y del cuerpo para imprimir en nuestras almas la imagen de la hermosura divina y darle los últimos toques de su semejanza.

Por esto, habiendo pedido santa Gertrudis á nuestro Señor que le revelase á qué debía dedicarse, le fué respondido: "Quiero que aprendas de mí á sufrir en la cruz„. Imaginémonos que nos ha dicho lo mismo y que para conseguirlo nos ha dictado, como á ella, las reglas siguientes:

1.ª Pensad cuánto amaría un rey á aquel de sus favoritos que se le asemejara perfectamente; y juzgad de mi amor cuando sufrís en la Cruz por mí.

2.ª Considerad, en segundo lugar, el respeto que toda la corte profesaría á dicho favorito, y juzgad por esto de la gloria que recibiréis en el cielo y de la estimación en que allí os tendrán.

3.ª Considerad, por último, cuánto consuelo recibe una persona afligida al verse consolado por un tierno amigo que de este modo comparte su dolor, y por esto vendréis en conocimiento de la ternura de mi corazón y de las caricias que os haré en el cielo por las menores penas que por mí hayáis sufrido en vida por seguirme é imitarme.

PUNTO II

La gloria de Jesucristo está en la Cruz.

Considera que san Pablo nos enseña esta verdad, cuando nos dice que Jesucristo se anonadó á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, y que por esto Dios lo ha elevado á una soberana grandeza y le ha dado un nombre que sobrepuja á todo nombre, es decir, una grandeza que está por encima de toda grandeza. ¿Pero cuándo fué elevado á la gloria de un nombre que sobrepuja á todo nombre? Después de su muerte en la Cruz, porque entonces fué reconocido por verdadero Dios y no hay nombre que esté por encima del nombre de Dios.

De aquí se sigue que la mayor gloria de Jesucristo está en la Cruz, pues en la Cruz es donde se manifiesta con más esplendor la gloria de su divinidad y sus atributos infinitos, especialmente los de su sabiduría, poder y bondad. Esta bondad se manifiesta en el hecho de haber querido morir por los hombres y por las manos de los hombres, y sube de punto al considerar que si es una muestra de grande amor morir por sus amigos, ¿qué será el morir por sus enemigos? Y si es difícil encontrar quien dé la vida por un hombre justo, ¿qué exceso de amor no será el darla por los pecadores? Sólo Jesucristo es capaz de semejante amor.

En la Cruz aparece su poder de una manera incomparable, tanto por haber vencido en ella á todas las potestades del mundo y del infierno, como por habernos, por la Cruz, abierto el cielo donde nos hace entrar como en triunfo, y ya también porque de este modo ha conquistado un poder absoluto en el universo.

La Cruz glorifica también de una manera extraordinaria su sabiduría, porque con la Cruz ha logrado al mismo tiempo satisfacer á la misericordia y á

la justicia, destruyendo el pecado y justificando á los pecadores, y también porque ha confundido á la falsa sabiduría del siglo por la sabia locura de la Cruz, haciendo de ésta la escuela de la verdadara sabiduría, donde tan divino y excelente Maestro nos enseña la ciencia de los santos y nos traza en su cuerpo, señalado por las llagas, á modo de sangrientos caracteres, el libro divino de todas las virtudes.

Tengamos siempre sentimientos de amor, de veneración y de respeto hacia la Cruz, pues Jesús puso en ella toda su gloria y la nuestra, librándonos de la vergonzosa servidumbre del demonio y haciéndonos hijos de Dios y herederos de su gloria.

No dejemos pasar ningún día sin tributarle nuestros homenajes padeciendo en ella como Jesucristo, pues somos esclavos de la Cruz: en ella hemos sido rescatados con la preciosa sangre del Cordero, que por haber sido nuestro fiador, es hoy nuestro acreedor y nosotros deudores suyos.

Frecuentemos, sobre todo, esta escuela para aprender en ella la sabiduría del cielo y conocer cuán horrible es el pecado y con cuánto cuidado debemos evitarlo, viendo el rigor con que Jesucristo lo castigó en sí mismo, siendo la propia inocencia, por salvarnos.

Aprendamos también, viendo á un Dios que permanece en la Cruz para redimirnos, sin hacer caso de las burlas de los judíos, ni de la promesa de creer en El, si bajaba de la Cruz, á conformarnos con la divina voluntad en nuestras aflicciones, sometiéndonos gustosos á los designios de la Providencia.

PUNTO III

Quien quiera procurar la gloria de Cristo y hacerle reinar en los corazones, debe amar la Cruz.

San Crisóstomo dice que la paciencia es la virtud característica de los Apóstoles, y en esto no hace más que seguir á san Pablo, su querido maestro, que

dió dos señales de su apostolado, la paciencia y los milagros, colocando en primer lugar á la paciencia, porque es más necesaria y aun más eficaz que los milagros, para procurar la gloria de Dios y la conversión de los pecadores. Recibe Dios de ella más honor, porque su justicia queda satisfecha y glorificada por nuestros sufrimientos, y en los pecadores produce mayores efectos para su conversión. Así lo demostró el mismo Hijo de Dios, que conquistó á pocos de sus discípulos por los efectos de su poder milagroso, mientras que atrajo á todo el mundo por la virtud de su Cruz. Los sufrimientos y las ignominias de su muerte tuvieron más fuerza para trocar los corazones, abriéndoles las puertas del cielo y cerrando las del infierno, que todas las predicaciones y todos los milagros de su vida. Deben, por lo tanto, cuantos quieran extender la palabra de Dios y tratar los asuntos que tocan á los intereses de su gloria y á la salvación de las almas, ser sumamente pacientes y mortificados y estar firmemente resueltos á llevar su cruz y á sufrirlo todo por un motivo tan importante. Predicando desde la Cruz como san Andrés, es decir, predicado el Evangelio por hombres crucificados á sí mismos, es como se convierten las almas. Así, y solo así, los santos ganaron el mundo para Cristo. Ningún espectáculo hay más admirable ni más digno de Dios que ver á un cristiano gozoso, como los Apóstoles, en la tribulación por parecerse é imitar á Jesucristo.

Si quieres, pues, dar gloria á Cristo, no te quejes nunca de tu cruz, llévala hasta con alegría; mírala como á tu gloria y pon ésta sólo en padecer, que ese, y sólo ese, es el gran atajo para la perfección y la rica mina de tus merecimientos.

Coloquio. — ¡Oh Salvador del mundo! Vuestra Cruz contiene toda la ciencia que necesito aprender para glorificaros y salvarme; nuestra salvación va unida á la Cruz que lleváis sobre los hombros; lle-

váis, Señor, con ella, la enseña de la vida eterna. En los brazos de la Cruz ocultáis vuestra fuerza que levanta y sostiene todas las cosas. La vida de los hombres no tiene un apoyo mejor. Necesario es que suframos con Vos, si queremos reinar como Vos.

Propósito.—Sufrir con Cristo y por Cristo si queremos reinar con Cristo.

26 DE FEBRERO

Del camino real de la santa Cruz.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La Cruz es el camino real de los cristianos para ir á Dios.

Considera que Jesucristo nos ha trazado con su sangre el camino del cielo y le ha señalado con sus llagas. Este es el pensamiento del Apóstol, cuando nos dice que Jesús nos ha abierto un camino nuevo de vida por el velo del santuario, esto es, por su cuerpo sacratísimo y ensangrentado. Jesucristo es quien nos ha trazado este camino en su propio cuerpo, traspasado por los clavos y las espinas, para que estuviese abierto por todas partes y pudiésemos entrar en la vida eterna por tantas sendas, como heridas se abrieron en la carne inocente del Cordero. El día de su muerte se rasgó el velo del templo para mostrarnos que el cielo estaba ya abierto y que su santa humanidad desgarrada en el Calvario era el verdadero camino para llegar á Dios.

Todos los santos miran las llagas de Jesucristo como el camino del cielo, y por eso no hay uno que no viva en las llagas del Salvador y que no more en ellas como en un lecho de delicias celestiales. Por esta misma razón ningún cristiano puede ir al reino de los cielos por otro camino, como lo reconocía san Francisco de Asís cuando decía á sus religiosos:

"Hermanos míos, tened siempre ante los ojos el camino de la santa Cruz, por el que Nuestro Señor nos ha conducido. Los que son carnales y sensuales no le aman, y si entran en él alguna vez, salen muy pronto, buscando otras vías que su propio espíritu les representa como más agradables, aunque en realidad no son más que precipicios.„

El camino de la santa Cruz es, pues, el único camino de la vida; sufrir con Jesucristo y por Jesucristo y como Jesucristo, es el camino de la gloria, el camino de la celestial Jerusalén, el camino del reino de Dios. Por este camino llegó á él el buen Ladrón, que en un mismo día estuvo en la cruz y en el paraíso con su Maestro. ¿Puede darse camino más corto, ni atajo más abreviado?

¿Por qué hemos de temer abrazar la Cruz, cuando por ella únicamente podemos llegar al cielo? La salvación está en la Cruz, la vida está en la Cruz; en la Cruz encontraremos un asilo contra nuestros enemigos, la dulzura de la gracia, la fuerza del alma, la alegría del espíritu, la perfección de las virtudes y la cima más alta de la santidad. Todos los santos han andado por ese camino; el Hijo de Dios pasó por él el primero. ¿Cómo nos atreveremos á buscar otro camino, que este camino real que es el de la santa Cruz?

PUNTO II

Jesucristo nos invita á tomar la Cruz y seguirle....

Considera que Jesucristo lo ha dicho: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz todos los días y sígame.„ Esta sentencia encierra todo el espíritu de la perfección cristiana y puede decirse que todos los medios de nuestra santificación dependen de ella. Por esta razón debemos oirla con respeto y meditar exactamente todas las circunstancias que son otros tantos poderosos motivos que nos obligan á seguirla fielmente.

La primera de esas circunstancias es la dulzura de

los términos con que nos llama nuestro divino Capitán. No nos dice: por voluntad ó por fuerza me seguiréis y llevaréis vuestra cruz; sino: "si alguno quiere venir en pos de mí„, esto es: si queréis, seguidme, pero si no queréis, no os llevaré á la fuerza. ¿Puede darse un consejo ni más divino, ni más lleno de dulzura y ni más á propósito para ganar los corazones?

La segunda circunstancia es su extensión; á nadie se excluye, como no quiera ser excluído. Si nuestro Señor dispensase á algunos de llevar su cruz, podrían los demás tener motivos de queja; por eso dice á todos, según hace notar san Agustín: Venid en pos de mí quien quiera que seáis; hombres y mujeres, señores y siervos; si queréis salvaros, tenéis que ir por este camino. Nadie, ni rey ni pontífice, está libre de la Cruz.

Pero es preciso también, y esta es otra de las circunstancias que hemos de tener en cuenta, negarse á sí mismo. El Hijo de Dios había dicho antes: "Quien no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo;„ pero no contento con eso, añade ahora: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo„, con lo cual da á entender bien á las claras que es más difícil renunciarse á sí mismo, que renunciar á sus bienes, aunque ambas cosas son necesarias para la perfección cristiana.

Además, quien quiera ir en pos de Jesucristo, ha de tomar su cruz y no una vez ó dos solamente, sino todos los días, ya mortificando su carne y sus vicios y pasiones, ya humillándose, ya, como dice san Agustín, abandonándose á la justicia divina como un criminal que va al suplicio, según la expresión de san Juan Crisóstomo; ó, en una palabra, sufriendo todas las contradicciones y todas sus penas, sin turbaciones, ni inquietud, como, guardada la proporción debida, sufre Dios todos los ultrajes y ofensas de los pecadores, sin perder un momento su reposo.

Nos dice, además, que le sigamos, no que vayamos delante de El, porque por mucho que suframos, nunca sufriremos como El. ¡Quién no se alienta á padecer con alegría al ver á un Dios ir delante de nosotros, trazándonos con su ejemplo el camino de la Cruz! Si El no hubiera tenido la bondad de enseñarnos el camino, ¿quién hubiera tenido valor para entrar en él? ¿Quién se hubiera atrevido? ¿Quién habría podido hacerlo?

PUNTO III

Los ejemplos de Jesucristo nos alientan á abrazarnos con la cruz.

El ejemplo de Jesucristo debe causar en nuestros corazones prodigiosos efectos para animarnos á los sufrimientos y desear la Cruz. Nos da vigor, alegría y constancia, contra la flaqueza, la tristeza y el cansancio; vigor, porque el deseo de la gloria que es en nosotros natural, anima nuestro valor y lo hace más generoso, sobre todo, cuando está fortificado y sostenido por la gracia; alegría porque el pensamiento, auxiliado por la divina gracia, de que por muy pesada que sea nuestra cruz es sumamente ligera comparada con la del Salvador, basta para hacerla agradable, si amamos á Jesucristo. Este ha sido el mayor motivo de alegría para todos los santos. "Los demás se mofarán, dice san Juan Crisóstomo, de que funde la mayor alegría en sufrir afrentas; pero los que saben que éste es el deseo de Jesucristo y que en ello cifra sus delicias, estiman que es la más grande felicidad de la tierra.„

Pero Jesucristo no se contenta con darnos fuerza y alegría en nuestros sufrimientos: además nos da la perseverancia hasta el fin. Y no se satisface con consolarnos una vez para abandonarnos otra, sino que siempre hace con nosotros lo mismo. Por esto el Apóstol no dice que Jesús nos ha consolado, sino que nos consuela, porque su auxilio está siempre presente,

y añade que nos consuela en todo tiempo, esto es: no en una ni en dos ocasiones, sino en todas.

Repite, pues, con frecuencia estas palabras: Maestro, yo os seguiré dondequiera que vayáis; y haz este ofrecimiento sin ningún interés, ni esperanza, ni fingimiento, no sea que el Señor nos diga, reprendiéndonos con su ejemplo, que "las bestias del campo tienen sus madrigueras y los pájaros del cielo sus nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.„

Debemos, pues, en vista de estas divinas enseñanzas, ofrecernos á Dios sin tardanza y sin decir por ejemplo: Señor, estoy resuelto á seguiros, pero permitidme antes hacer los funerales á mi padre. Porque Jesús puede contestarnos: "Dejad á los muertos el cuidado de enterrar á sus muertos.„

Ofrecernos sin presunción, no diciendo como Pedro: ¿Por qué no he de poder seguiros desde ahora? Porque sin Dios no podemos nada, y caeremos si presumimos de nuestras propias fuerzas.

Cuando estemos en la aflicción no temamos que Dios nos abandone. Digámosle, por el contrario, con confianza: "No temeré los males que me cercan porque Vos estáis conmigo.„

Cuando sintamos desfallecer nuestro valor, pensemos que Jesucristo ha sufrido por nosotros, y animados con su ejemplo, tengamos la seguridad de que tan pronto imploremos su asistencia, nos hará sentir los efectos de su misericordia.

Deduce, pues, de toda esta meditación, que, como dice admirablemente el Kempis (1): "En la cruz está la salud, en la cruz está la defensa contra los enemigos, la cruz nos infunde suavidad celestial, la cruz da fortaleza al alma, en la cruz está el gozo del espíritu. En la cruz se halla la suma virtud y la perfección de la santidad. No hay salud para el alma, ni

(1) Lib. II. cap. 12.

esperanza de la vida eterna, sino en la cruz. Toma, pues, tu cruz, sigue á Jesucristo é irás á la vida eterna.„

Coloquio.—¡Ojalá, Dios mío, que fuese yo digno de padecer algo por el nombre de Jesús! ¡Cuán grande sería mi gloria, cuánta alegría causaría á todos los Santos y cuánta edificación sería para el prójimo! ¡Con cuánta razón debía padecer algo por ti, cuando tanto sufren muchos por el mundo! Que yo aprenda, Señor, á morir á mí mismo, para empezar á vivir para ti.

Propósitos.—Prepárate, como bueno y fiel siervo de Cristo, á llevar con fortaleza la cruz de tu Señor, sacrificado por tu amor.

27 DE FEBRERO

De las bodas de Caná y primer milagro de Cristo N. S.

Preludios.—Mira con la imaginación la sala en que se celebra el convite, contempla á los convidados, á la Santísima Virgen y á su Divino Hijo, y pide conocimiento interno del Verbo divino hecho hombre para más amarle y seguirle.

PUNTO I

Jesucristo y la Virgen santísima en las bodas de Caná.

Considera la benignidad de Cristo N. S. en aceptar este convite por tener ocasión de hacer bien y confirmar en la fe á sus discípulos. Admira la pureza, modestia y gravedad con que estaba en la mesa en medio de aquellos regocijos, que aceptó para santificar el matrimonio y dar muestras de bondadosa amistad, enseñándonos que el varón espiritual en todo lugar ha de serlo, sin derramarse á cosa profana, ni hacer cosa indigna de la santidad del Señor, en cuya presencia está.

Pondera luego la compasión de la Virgen, pues en viendo la falta del vino, sin que nadie se lo pidiese,

se movió á procurar el remedio de ésta necesidad por medio de su Hijo, mostrando en esto el agradecimiento y amor que tenía á los que la convidaron. Y lo mismo hace ahora por sus devotos, compadeciéndose de sus necesidades, aun cuando se olvidan ó descuidan de pedirle remedio de ellas, porque, como dice san Agustín, cuanto la Virgen es mejor que todos los santos, tanto es más solícita de nuestro bien que todos ellos.

Pondera la confianza con que hizo la Virgen aquella brevísima petición: No tienen vino, como quien estaba cierta de las entrañas de piedad de su Hijo, que bastaba ponerle delante la necesidad presente, para que quisiese remediarla, si convenía, pues no le faltaba amor ni poder para ello. ¡Oh Virgen gloriosa!, mirad la falta que tengo de la fervorosa caridad y devoción; y pues pedisteis remedio para una necesidad material, pedidle también para estotra mía, diciendo por mí á vuestro Hijo benditísimo: Este mi siervo no tiene amor divino; dádsele con abundancia para que os sirva con fervor. A imitación de la Virgen, he de ejercitar este modo de orar, que con su ejemplo me enseña, representando á nuestro Señor mis necesidades y faltas, con grande amor, confianza y resignación, fiándome de su liberalidad y misericordia, que me dará el remedio cuando más me convenga. Y así, puedo orar, diciendo á nuestro Señor: Padre mío, no tengo fervor, Dios mío, no tengo humildad, no tengo paciencia ni obediencia; mirad mi miseria, y compadeceos de ella.

Considera luego la respuesta de Cristo N. S.: ¿Qué tienes que ver conmigo, mujer? No ha llegado mi hora. Cerca de esta respuesta, al parecer tan desabrida y seca, ponderaré las causas misteriosas de ella. La primera, fué para descubrir que era más que hombre, y que también era Dios, cuyo es propio hacer la obra que se le pedía, en la cual había de seguir su traza, y el tiempo que Dios tenía señalado,

sin anticiparlo por respetos de carne y sangre; enseñándonos en esto que no hemos de afligirnos demasiadamente con nuestras necesidades queriendo anticipar la hora que Dios N. S. tiene para su remedio, sino que me he de arrojar en su divina providencia para que El me remedie en su hora, que será la mejor y más conveniente.

La segunda causa fué para enseñarnos cuán apartado estaba de todo carnal amor de parientes. Por lo cual no se halla escrito que haya llamado á la santísima Virgen con esta tierna palabra de madre, sino de mujer, como se ve en este lugar, y en la cruz, cuando la encomendó al amado discípulo. De donde aprenderé á desasirme de las criaturas si el amor carnal me ha de llevar tras sí el corazón, procurando estimar sobre todas las cosas el cumplimiento de la divina voluntad.

La tercera causa fué para ejercitar á la Virgen santísima y darla ocasión de mostrar sus excelentes y maravillosas virtudes, porque con esta respuesta, ni se turbó, ni quejó, ni respondió palabra alguna; y lo que más admira, no perdió la esperanza de ser oída, con cuyo ejemplo he de animarme á tener paciencia y no perder la confianza cuando Dios no oyere mis peticiones ó dilatare el oirme, porque, con la constancia, alcanzamos de Dios lo que pretendemos.

PUNTO II

Milagro de las bodas de Caná.

Considera cómo la Virgen dijo á los que servían á la mesa: Cuanto os dijere mi Hijo, hacedlo. En las cuales palabras mostró la santísima Virgen heroica confianza, porque cuando su Hijo la dijera expresamente: Yo haré lo que me pedís, no pudiera Ella decir otra cosa de lo que dijo. También demostró tener grande luz para conocer el corazón de Cristo N. S. y su inagotable bondad, aconsejando á los servidores que obedeciesen á su Hijo, indicándonos que para al-

canzar de Dios lo que pedimos, no hay remedio más eficaz que con la confianza juntar la obediencia á cuanto Dios nos manda; porque cuanto fuéramos más obedientes, tanto Dios acudirá más á nuestras oraciones.

Finalmente, pondera el amor que la Virgen tenía al silencio y brevedad de palabras; pues todas las que dijo fueron breves, muy medidas y ponderadas. Y en particular éstas he de estampar en mi corazón, como dichas por tal Madre y maestra, procurando cumplir cuanto me dijere Cristo N. S., ora me lo diga por sí mismo con secretas inspiraciones, ora por medio de mis superiores. ¡Oh Virgen soberana, maestra de todas las virtudes!, enseñadme á practicar las que aquí ejercitasteis, para que por ellas agrade á vuestro Hijo y sea digno de alcanzar lo que pretendo.

Considera luego, cómo Cristo N. S. mandó á los ministros llenar de agua seis tinajas, que allí estaban, y luego las convirtió en vino excelentísimo. Pondera la obediencia de los servidores, porque sin réplica ni dilación, rindieron su juicio, é hicieron lo que Cristo N. S. les mandaba; y por este medio, sin pensar, alcanzaron lo que deseaban. De donde sacaré, cuán seguro es obedecer á Dios y á sus vicarios, sin escudriñar con vana curiosidad la causa de lo que me mandan, así por no ser engañado de la serpiente astuta, que por este camino engañó á Eva, como también, porque muchas veces Nuestro Señor, para darnos lo que pedimos, suele mandarnos algo, que parece contrario, porque aprendamos á rendir nuestro juicio á su obediencia; y si obedezco en las cosas que me humillan ó desconsuelan, por este camino me ensalzará y consolará.

Luego ponderaré la omnipotencia de Cristo N. S., el cual con sólo querer, mudó el agua en vino, gozándome de tener un Salvador tan poderoso, y suplicándole trueque mi corazón y le mude de malo en bueno, de frío en fervoroso y de imperfecto en per-

fecto. Pondera también la gran liberalidad de este Señor en pagar los servicios, que se le hacen, pues por un vaso de vino que le dieron en el convite, y ese de ruín vino, volvió seis hidrias llenas de excelentísimo vino. Y lo mismo hace ahora, premiando un cáliz de agua fría con una medida llena y colmada, y al religioso da cien veces más de lo que deja por su amor. Y finalmente, á las almas que tratan de oración, las da á gustar de los seis afectos celestiales, esto es, de los actos heroicos de seis excelentes virtudes: caridad para con Dios, misericordia para con los prójimos, celo de la divina gloria y de la salvación de las almas; devoción ferviente, con gran prontitud á todas las cosas del divino servicio, gratitud con alabanza y acción de gracias por los beneficios recibidos, y obediencia con resignación para hacer y padecer por Dios cuanto le fuere agradable. ¡Oh Salvador omnipotente y dadivoso!, á Ti sólo quiero por Señor y por Dios y todas mis cosas; embriágame con el vino de estos seis afectos, llenándome con ellos hasta lo sumo de la perfección propia de mi estado, para que encendido como serafín con estas seis alas, vuele á unirme contigo y nunca cese de amarte y alabarte por todos los siglos.

PUNTO III

Efectos prodigiosos del milagro de las bodas de Caná.

Considera los efectos de este milagro; pondera el gozo de la Virgen cuando vió que su esperanza había salido cierta. ¡Oh, cuán confirmada quedaría en la confianza! ¡Y qué gracias daría á su Hijo por este favor! También pondera cuán poderosa es la intercesión de esta Señora; pues habiendo dicho Cristo que no era llegada su hora, por la oración de su Madre la apresuró, de modo que esta oración fué causa de que llegase la hora de aparecer y manifestarse Jesús como Mesías y Dios omnipotente, la cual sin Ella no llegara entonces. Y es de gran ponderación que

Cristo N. S. tomó á su Madre por instrumento de la primera santificación, que fué la del Bautista, y del primer milagro, que fué éste; y apresuró ambas obras, por medio de Ella, para enseñarnos que Ella había de ser nuestra medianera para alcanzar con gran presteza los bienes espirituales y temporales, las obras de santidad y de milagro que Dios hace en sus escogidos; y así, he de gozarme grandemente de tener tal Madre, por una parte tan solícita de mi bien, y por otra tan poderosa para negociarle. ¡Oh Madre mía!, muéstrate conmigo Madre en abreviar con tus oraciones la hora de mi remedio, para que libre de tibieza comience á servir á tu Hijo con fervor.

Pondera luego cuán confirmados quedaron en la fe los discípulos de Cristo con la vista de este milagro, pues dice san Juan que por esto creyeron en El con nuevo fervor de fe, y con grande gozo viendo la omnipotencia de su Maestro, alegrándose de estar en su compañía, fiados de que no les faltaría nada teniéndole consigo; y no sin causa quiso Nuestro Señor que el primer milagro fuese en cosa temporal, tan casera y necesaria, para confirmar la fe de los que estaban rudos y principiantes en las cosas de Dios, disponiéndolos poco á poco para otras mayores.

Mira la gran admiración del que presidía el banquete cuando gustó la suavidad de aquel excelente vino, pues sin poderse reprimir hizo llamar al esposo y le reprendió, porque no guardaba la costumbre de los hebreos, que primero daban el vino bueno y después el ruín; y El había guardado el mejor vino para la postre. Pero no alcanzó las trazas de Dios en este caso, el cual no quiso dar el vino escogido, hecho por su mano, hasta que se acabó el otro y se comenzó á sentir su falta, por dos causas altísimas. La primera, para que tengamos mayor estima de lo que Dios nos da, habiendo primero experimentado nuestra propia miseria, y viendo la buena coyuntura en

que acude á remediarnos. La segunda, para significar que no da Dios los contentos del espíritu hasta que se mortifican los de la carne, ni llueve el maná del cielo hasta que se acaba la harina que se sacó de Egipto; y como dice san Bernardo, no se mezclan bien estos dos géneros de vinos y consuelos celestiales y terrenos. Y así, es menester que se acabe en mí el manjar terreno para que guste del celestial, aunque algunas veces da Nuestro Señor á gustar el celestial para que desechemos con facilidad el terreno. ¡Anímate, alma mía, á mortificar los regalos sensuales, para que seas digna de alcanzar los eternos para todos los siglos.

Coloquio.—Oh bondadosísimo Jesús, todo amor y misericordia para los que en ti creen con fe viva y te aman. Admiro, Señor, tu inagotable caridad con los hombres. Apenas apareces en tu vida pública, empiezas á hacernos bien. Dispuesto estoy á hacer cuanto me mandares. Creo en ti, espero en ti, te amo sobre todas las cosas, confiando en que un día me llevarás al eterno convite de la gloria.

Propósitos.—Acudir en todas mis necesidades á Jesús por medio de María.

28 DE FEBRERO

Del valimiento de la Santísima Virgen con su divino Hijo y del amor y devoción á tan gran Señora.

Preludios. – **Oye á la Virgen, que te dice, como en las bodas de Caná: Haz lo que te mandare mi Hijo. Mira á este divino Jesús haciendo lo que su Madre le pide, y suplica al Hijo te enseñe á amar á su santísima Madre.**

PUNTO I

Del valimiento y poder de la Santísima Virgen para con su divino Hijo.

Considera que en el milagro de las bodas de Caná se puso de manifiesto, no sólo la bondad de María, que intercede sin ser rogada, sino su poderoso vali-

miento. Su divino Hijo responde, al parecer, secamente á su petición; pero inmediatamente, y aun apresurando la hora de su divina manifestación en el mundo, cumple con creces los deseos de su Madre, empezando á darnos á entender que no puede negar nada á Aquella á quien ha concedido la omnipotencia de la misericordia, y confesándose como deudor á la Madre, á la que debió la vida y el ser en el mundo.

En Caná se vió palpablemente, para consuelo de todos los necesitados, que para obtener algo de Dios es preciso dirigirse á María. Que Ella es la Madre de todos los justos, la Abogada de todos los pecadores y necesitados, la Reina de todos los escogidos. Jesucristo la había de hacer Madre de todos los hombres en el Calvario en la persona de san Juan, porque desde que Ella dió la vida á un Dios se la dió á todos los hombres, y desde que cooperó con su divino Hijo á la salvación del mundo, se hizo por sus dolores la madre de todos los que sufren y lloran.

Por eso, así como nadie llega al Padre sino por medio de su divino Hijo, así nadie llega al Hijo divino sino por medio de la Madre. El Padre nada niega á su Hijo, ni el Hijo niega nada á su Madre. Nadie puede salvarse sino por los méritos del Hijo, y nadie puede salvarse sino por la intercesión de la Madre. El Hijo es nuestro medianero con el Padre, y la Madre es nuestra medianera y abogada con el Hijo. Así los santos llaman á Jesús la cabeza de la Iglesia y á María el cuello. Jesús es la fuente de la gracia, María es la concha donde se deposita. Jesús es el sol del mundo, María es la luna. Nada se produce en el orden de la naturaleza sin la influencia del sol y de la luna; y nada se produce en el orden de la gracia sin la influencia de Jesús y de María, y aunque la luna recibe toda su virtud del sol, concurre también á la generación de todo lo que existe. Así, aunque María lo recibe todo de su Hijo, concurre á la santificación de todos los hombres.

¡Oh Madre de Dios y Madre mía! ¡Oh refugio de todos los pecadores y de todos los miserables! Cuánto me gozo con saber que depende de Vos mi salvación. Vuestro Hijo es mi Salvador; es verdad, pero también es mi Juez; me anima su bondad, pero me intimida su justicia. Como me reconozco pecador, no me atrevo á ponerme en su presencia. Pero en Vos, amada Madre mía, no hallo nada que me atemorice. Vos sois Madre de gracia, no de justicia: no habéis querido ser Madre, sino para darnos un Salvador. ¿Seríais Madre de Dios si no hubiese pecadores? Les estáis como obligada por la sublime dignidad á que habéis sido elevada, y por lo mismo los amáis, y los miráis con benignidad, y los favorecéis con tanta clemencia.

Por pecador que yo sea, no puedo desesperar de mi salvación. ¿Qué tengo que temer si quiero convertirme, teniendo un Abogado todopoderoso con el Padre, y una Abogada tan poderosa con el Hijo? Quiero ser hijo vuestro para ser hijo de Dios: quiero ser del número de vuestros siervos para entrar en el número de los predestinados.

PUNTO II

Por qué debemos amar á la Virgen nuestra Señora.

Considera algunas de las infinitas razones que tenemos para amar y servir á la Virgen nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar y después de su divino Hijo.

La primera es, porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y amando más á la que por su mayor santidad merece ser más amada.

La segunda razón es, por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador, el cual por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y

sirvan, como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se le hace. Luego si amo de veras á Cristo, tengo también de amar á su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor.

La tercera razón es, porque es Madre nuestra y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor: pues es propio de hijos amar á sus madres y más tales madres que con tal amor les aman.

La cuarta razón es, por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan á amarla, como á suprema bienhechora mía después de Dios, orando continuamente por nosotros como abogada y medianera para con su Hijo, estando solícita de nuestro bien, de modo que, no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos la pidan algo, representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de Caná de Galilea pidió vino para los convidados, movida de sola compasión, y, como dijo san Agustín: Como es mejor que todos los santos, así es más solícita de nuestro bien que todos ellos. Considera, además, que María es grandemente poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza, por lo cual dice san Anselmo, que algunas veces somos oídos más presto invocando el nombre de la Virgen que invocando el nombre de su Hijo; no porque el Hijo no sea incomparablemente más poderoso y misericordioso que su Madre, sino porque, como también es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene á su misericordia, dilatando el oirnos por nuestros pecados; mas la Virgen, como no es juez, sino abogada, acógese á sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca á la divina Justicia y hace que, con presteza, nos socorra.

De lo dicho anteriormente se saca lo que dice también san Agustín, que la devoción cordial á la Virgen es señal de la predestinación, porque con gran

solicitud procura esta señora para sus devotos todos los medios, hasta que alcanzan su fin y los lleva consigo á la gloria. ¡Oh Madre amantísima! con todo mi corazón deseo amaros y serviros como á madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme entre vuestros hijos; echad raíces de sólida devoción en mi corazón para que cumpla el deseo de vuestro Hijo, ocupándome con gran solicitud en vuestro servicio.

PUNTO III

En qué se muestra la devoción á María santísima.

Considera la devoción que el Espíritu Santo ha inspirado á toda la Iglesia universal con la Virgen nuestra Señora, señalando algunas cosas excelentes en que la muestra, las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo á la inspiración y deseo del Espíritu Santo.

Lo primero lo muestra en venerarla con una adoración menor que la que se da á Dios, pero mayor que se da á todos los demás santos, y por excelencia se llama hiperdulía; y en razón de esto, la atribuye algunos nombres propios de sólo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en Ella. Y así, vemos que la llama Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; llámala puerta del cielo, y pídela lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas á los culpados, dar lumbre á los ciegos, y quitar de nosotros todos los males y mostrarnos á Jesús, fruto bendito de su vientre. Todo lo cual hace la Virgen, alcanzándolo de Nuestro Señor con sus oraciones; y con este afecto tengo de honrar á esta Señora, y usar las palabras de la Iglesia, con el espíritu y ternura que Ella las dice.

Lo segundo, muestra esta devoción en que por divina inspiración dedica templos, muchos y muy suntuosos á honra de la Virgen, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlas, confirmando Nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace

por su respeto; y para este fin también instituye congregaciones y religiones consagradas al servicio de la Virgen, la cual las toma bajo su amparo, haciéndoles extraordinarios favores, así en general como en especial á los que con especialidad se dedican á servirla, sin distinción de personas, porque cualquiera que la sirve halla gracia y favor en sus ojos, y yo le hallaré si de veras me ofreciere á su servicio.

Lo tercero, muestra esta devoción en la frecuente memoria y recurso que tiene á Ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y casi cada mes una, y en algunos dos y tres, y cada semana dedica el sábado á su honra con particular oficio y misa; y para cada día ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y con sonido de campana nos avisa tres veces cada día que la saludemos con el *Ave, María,* y finalmente aprueba y exhorta el uso del rosario en honra suya, para glorificar con esta música á la que siempre subió por los grados de todas las virtudes. Y, por último, también aprueba infinidad de devociones concediendo grandes indulgencias á los que las rezaren, para provocarnos al ejercicio de ellas, acudiendo nuestro Señor á confirmarlas con grandes milagros, por el amor que tiene á su Madre y por el que desea que todos le tengamos.

Ve cual es tu devoción á María. Si consiste en la imitación de sus virtudes y en ser buen hijo suyo, no ofendiendo nunca á su divino Hijo y viviendo en estado de gracia, ó si tu devoción es como la de tantos que se contentan con rezar mal algunas plegarias y luego llevan el corazón lleno de toda clase de culpas y de vicios. No es devoto de la madre el que ofende al Hijo. No seas tú de esos falsos devotos, y si lo has sido promete á la Virgen cambiar en adelante.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tanto de-

seáis que honremos á vuestra Madre santísima, inspiradme con eficacia esta devoción, ayudándome á ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita. ¡Oh Virgen santísima, que os halláis triunfante y gozosa en el cielo á la diestra de Jesús! Acordaos de los pobres pecadores que á Vos claman en este valle de lágrimas, y pues sois vida y dulzura y esperanza nuestra, amparadnos durante toda nuestra vida, y muy especialmente en la hora de nuestra muerte, para que por vuestra mediación y amparo alcancemos de Jesús, vuestro Hijo, el perdón de nuestras culpas y la eterna bienaventuranza.

Propósitos.—Esmérate en llamarte hijo de la Virgen, y en vivir como corresponde á tal hijo.

MEDITACIONES

PARA EL TIEMPO DE LA

SANTA CUARESMA

DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA (1)

(Triduo de carnaval.)

El espíritu cristiano y los escándalos del mundo en los días de carnaval.

Preludios.—Mira una verdadera imagen del infierno en el mundo loco y desatentado, durante estos días de desenfreno y toda suerte de pecados, y pide al Señor odio del mundo, de sus torpes placeres y vicios, y espíritu de fervor y sacrificio para desagraviarle por tanto como se le ofende en estos días.

PUNTO I

Horrible contradicción entre el espíritu cristiano y el espíritu del mundo en los días de carnaval.

Considera que nada hay más opuesto al espíritu cristiano, que lo que se llaman diversiones del carnaval, no sólo porque son un resto del paganismo,

(1) Hemos puesto meditaciones completas para todo el mes de Febrero, á pesar de que casi siempre la Dominica de Quincuagésima cae antes del fin de dicho mes. En lo sucesivo, y hasta terminar el tiempo pascual seguiremos, no el orden de meses y días, cosa imposible, dado lo variable del día santo de Pascua, al que se sujetan todas las fiestas movibles del año, sino el orden de los diversos tiempos, misterios y festividades que celebra la Iglesia, nuestra Madre, desde Quincuagésima hasta terminar el tiempo pascual, ó sea hasta la fiesta de la Santísima Trinidad.

sino también porque nada hay más contrario al espíritu de Jesucristo, á las máximas del Evangelio, á la moral cristiana y á la misma razón natural. Ya se considere su origen, y el fin de esta escandalosa licencia de costumbres; ya se reflexione sobre sus perniciosas consecuencias, nada se encontrará que no deba contristar á un buen cristiano y llenar su corazón de desconsuelo al ver tan ofendida y arrastrada por el lodo la honra y la majestad de Dios. El mes de Enero era profanado por los paganos con regocijos infames y disolutos en honor de Baco y de otras falsas divinidades. He aquí el origen de estas fiestas escandalosísimas. No habiendo podido el demonio impedir la destrucción del paganismo, ha tratado de hacerle sobrevivir en las abominables costumbres de los paganos, y muchos cristianos, condenando y aborreciendo la idolatría, se han familiarizado poco á poco con las costumbres gentiles más sucias y abominables. He aquí el principio de esa licencia de costumbres, de esas comidas propias de epulones, de esos bailes que son el oprobio de la Religión, de esas diversiones de carnaval, origen funesto de la pérdida de tantas almas.

¿Te atreverás, después de esto, á preguntar qué mal hay en tomar parte en estas fiestas escandalosas? ¿No debería más bien preguntarse si es posible ni siquiera presenciarlas tales como hoy se practican, sin encender la cólera de Dios sobre nosotros? ¡Qué monstruosa contradicción entre nuestra fe y nuestra conducta! Creer todo lo que nuestra Religión nos propone sobre las terribles verdades que han formado tantos penitentes y tantos mártires; sobre los peligros de perder la inocencia en el mundo, principalmente en estos días; sobre la necesidad indispensable y universal de mortificarse continuamente, de macerar la carne, de hacer penitencia para salvarse, en fin, sobre el alejamiento de las ocasiones de pecar y carácter de la vida cristiana; ¿creer todo esto y gustar

de las diversiones del carnaval, y tomar parte en estas diversiones, en que no se sabe que es peor, si el escándalo ó la desvergüenza; en que parece que el frenesí de la pasión vuelve, más que gentiles, locos á la mayor parte de los que creen divertirse, profanándolo todo, la fe, la moral cristiana y hasta la simple razón del hombre, ¿no es la mayor de las contradicciones?

Considera luego la indignidad estravagante de los motivos que sirven de pretexto para los excesos escandalosos de las diversiones del carnaval. Se ácerca el ayuno y la penitencia de cuaresma, luego es preciso prepararse á él con la crápula y la orgía; hay que hacer penitencia de los pecados durante el santo tiempo de cuaresma, luego hay que prevenirse cometiendo toda suerte de crímenes y de excesos; hay que exponer la inocencia á todos los peligros, manchar el alma con mil pecados, conceder á los sentidos todo género de libertades, abrazar todos los placeres criminales antes de hacer verdadera penitencia. Se debe hacer una vida cristiana durante la cuaresma, luego preciso es prevenir este tiempo de salvación con una vida toda pagana; será necesario guardar los mandamientos de Dios por todo este santo tiempo, luego también lo será el violarlos en los días que le preceden; habrán de humillarse nuestras cabezas bajo de la ceniza el primer día de cuaresma, hágase, pues, ostentación de un lujo fastuoso durante el carnaval; se deberá, en fin, asistir al sermón en este tiempo de penitencia; saciémonos, pues, con los bailes y con espectáculos antes de los días del arrepentimiento. Dios pide un culto particular durante la cuaresma, preciso es darle al demonio, durante el carnaval, el que él exigía en otro tiempo de los paganos. Y he aquí las razones en que se pretende apoyar la licencia que se toma en estos días de disolución; he aquí con lo que se trata de autorizar un uso que el Evangelio proscribe, reprueba y condena. ¡Qué error, qué ex-

traña ceguera la de los cristianos de nuestros días, el no ver la indignidad, la irreligión, la impiedad de una conducta tan escandalosa! ¿Y nos quejamos, después de esto, de los azotes continuos con que Dios nos castiga? ¿Extrañamos ver que la fe se entibia todos los días? ¿Que crezca la inmoralidad y la relajación de costumbres?

¡Ah Señor! ¡Cuán grande es la ceguera del mundo, siempre enemigo vuestro! ¿Pudo darse jamás una locura más grande, ni más criminal? Ilustrad, Señor, los entendimientos, entenebrecidos por las pasiones; trocad los corazones para hacerlos volver de su extravío; dadme vuestra gracia, Dios de misericordia, porque estoy resuelto á reparar con mi conducta y con mis desagravios cuanto pueda de las infinitas ofensas que os hacen hoy los pecadores locos y endurecidos.

PUNTO II

Jesucristo N. S. gravísimamente ultrajado por los escándalos del carnaval.

Considera que si es verdad que el pecador crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios, y le hace un objeto de irrisión, cuantas veces peca mortalmente, este crimen, sobre todo, lo comete en las disoluciones del carnaval. La licencia, que reina singularmente en este tiempo de escándalos; la desenfrenada libertad con que se entregan, sin vergüenza, muchos que se dicen cristianos, á infames excesos; el frenesí con que se cree todo permitido en estos días de disolución, puede reputarse como una locura de relajación, de impiedad y de libertinaje, de que se escandalizarían los gentiles. ¿Qué agravio no hacen estos indignos cristianos á una religión tan santa como la nuestra? ¿Con qué impudencia no hacen de la religión, del evangelio, de Jesucristo mismo y de las santas ceremonias de la Iglesia un objeto de irrisión y de burla? ¿No es esto renovar públicamente todas las ignomi-

nias, todas las befas, todos los oprobios de la pasión del Salvador? ¿No es convertir en burla las verdades más terribles de nuestra Religión, los preceptos de Jesucristo y las máximas más santas del Evangelio? El mundo, enemigo declarado del Hijo de Dios, quiere triunfar en estos días de Jesús mismo. ¿Y no podría decirse que hay en ellos una especie de apostasía pública? A lo menos hay un desprecio, al parecer, formal de cuanto hay de más puro, de más severo, de más santo en la moral del Hijo de Dios. ¿No se crucifica despiadadamente á Jesucristo en los bailes impúdicos de estos días por los crímenes que se cometen en ellos? ¿No se ultraja á Jesucristo en los espectáculos profanos, por las públicas lecciones que en ellos se dan de la liviandad y de la licencia más opuesta al espíritu del Evangelio? ¿No es mil veces preferido Barrabás al Salvador en esas reuniones mundanas, en esas juntas de viciosos, en esas academias de toda suerte de pecados? En fin, ¿no puede decirse con el Apóstol que el Hijo de Dios es crucificado en esos banquetes, de donde está desterrada la decencia, en esas diversiones tan poco cristianas, escollo necesario de la inocencia, en esas mascaradas escandalosas, en esos hombres que hasta en el exterior dejan de parecerlo, que no parecen tener ojos ni lengua más que para la obscenidad y la blasfemia? ¿Y esto pasa en pueblos católicos, y más aún y con más escándalo que en aquellos que no conocen á Jesucristo?

¡Ah Señor! ¿Y cómo no llueve fuego del cielo sobre pueblos y ciudades que recuerdan los pecados y los crímenes de la Pentápolis? ¿Y qué extraño es que la mano de tu justicia se deje sentir con tan tremendos castigos sobre las naciones que, llamándose católicas, permiten semejante abominación y desenfreno? ¡Perdón, Señor y Dios mío! Perdona á tu pueblo; no lo castigues según se merece, sino ten misericordia de él; ábrele los ojos, para que vea el horrible precipicio adonde camina.

PUNTO III

Conducta del buen católico en los días de Carnaval.

¿Qué son esos días para los hijos del siglo? Días de disipación, de alegría loca y de rebelión contra el cielo. Se diría que todas las potencias del abismo se han desencadenado, y que toda carne, como en los tiempos del diluvio, ha corrompido sus caminos. La razón, el buen sentido, el pundonor y la vergüenza parecen haber desaparecido juntamente con la fe. ¡Qué fascinación! ¡Qué ceguera universal! Jesús nos habla en el Evangelio de estos días, de los oprobios y sufrimientos de que va á ser blanco en Jerusalén. Allí ha de ser entregado á los gentiles, escarnecido, flagelado, escupido, ultrajado y condenado á muerte. He aquí lo que el divino Maestro anuncia á sus discípulos, y ahora para estos días nos anuncia á nosotros. ¿Le responden los cristianos en general con gemidos y con lágrimas? Nada de eso. Le contestan con cantos libidinosos, con carcajadas insolentes, con toda clase de invitaciones á la disolución y á la orgía. El amor á los placeres corrompe muchas almas y exalta muchas imaginaciones. Muchos que son cristianos el resto del año, dan ocasión á que se crea que no lo son en estos días de escándalo y de vicio. ¿Es así como se demuestra la fidelidad á Jesús? ¿Es crucificándole de nuevo en su propio corazón como se preparan las criaturas á honrar el misterio de su muerte?

El buen cristiano debe evitar con cuidado en estos días todo lo que indique relación con los usos mundanos. ¡Qué escándalo si autorizase con su ejemplo algo de lo que el Evangelio condena! Por el contrario, ¡cuánto bien puede hacer con su buen ejemplo si se retira del bullicio del mundo en la medida que le sea posible, para hacer más asiduamente la corte al divino Rey, á quien tantos abandonan, para no ser testigo de los desórdenes, que no puede evitar!

Somos los amigos de Jesús, que se complace en darnos este nombre tan dulce. Pero ¿seremos dignos de llevarlo, si no demostramos celo por su honor? ¿Tendremos ese celo si no sentimos vivamente los ultrajes que se le hacen? La amistad todo lo hace común entre los corazones que une. Acudamos con la mayor frecuencia que podamos á los pies del altar, y consolemos á nuestro adorable amigo Jesús. Estemos á su lado, á sernos dable, constantemente, participando de sus amarguras y de sus dolores, si queremos que nos diga algún día: Estuvisteis conmigo en la hora de la tentación; por eso quiero que lo estéis ahora y por toda una eternidad en el reino de los cielos.

No nos contentemos con eso. La Iglesia, el templo, se convierten hoy en una imagen del Calvario. Al pie de la cruz, las almas fieles que aman á Jesús y le desagravian ¡qué pocas son! á veces tan pocas como las que estuvieron al pie de la cruz. Lejos, la muchedumbre que pasa por el templo y blasfema y escarnece á Nuestro Señor, los fariseos y los escribas que se burlan de El, los Pilatos y Herodes que entregan el Santo al poder y á la befa del pueblo. Las dos ciudades, la de Dios y la de Satanás siempre confundidas, hoy parecen separarse. Los buenos á orar al templo y pedir perdón por los pecadores, los malos á reproducir en pueblos bautizados y redimidos por Cristo, los escándalos de los gentiles. El mayor consuelo que Jesús espera de sus fieles amigos, es que vuelen en socorro de esos ciegos, que al ofenderle corren á su perdición eterna. Mientras más abunde el pecado, más debe animarse el buen católico á combatirlo; jamás su inercia es tan criminal, como en estos días en que tantas almas están, más que nunca, expuestas á perderse. ¿Acaso estos días no caen á millones en el infierno como las hojas en medio de las tempestades del otoño? Redoblemos nuestra caridad, ya que el demonio redobla su fervor. Consejos, exhortaciones,

fiestas de desagravios, no omitamos nada para excitar el fervor de nuestros hermanos y para detener el devastador torrente del vicio ó disminuir sus estragos.

Coloquio.— ¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús! Aquí me presento ante el acatamiento de vuestra soberana Majestad, traspasado de dolor al considerar los horribles pecados, las infames injurias con que hoy muchos cristianos responden á vuestro amor. Quisiera poder lavar con mis lágrimas y mi sangre tantas afrentas y tantos crímenes; amaros por tantos como os ofenden, llorar por tantos como ríen, orar por tantos como blasfeman. Perdonadlos, Dios mío, que no saben lo que hacen; iluminad sus entendimientos para que os conozcan y amen y no vuelvan jamás á ofender á un Señor tan amable y tan bueno como Vos.

Propósitos.—Pide perdón á Jesús de todas las abominaciones que desde lo alto del trono que ha elevado su amor, presencia en estos desdichados días. Unete á las almas piadosas que le visitan con frecuencia, durante las Cuarenta horas, y ofrécele todos los sentimientos de adoración, de gratitud y de amor tierno y generoso que su presencia eucarística inspiró á los santos.

LUNES DE CARNAVAL

De los placeres del mundo en oposición con los goces de la virtud.

Preludios.—Oye á Cristo N. S., que dice: «¡Ay de vosotros los que gozáis y reís, porque llegará un tiempo en que os afligiréis y lloraréis» (1); y pide al Señor odio entrañable á todo lo que sea mundo, con sus placeres, pompas y vanidades.

PUNTO I

De la falsedad y peligros de los placeres mundanos.

Considera que si todo es falso en un mundo engañador, nada lo es tanto como sus placeres. Ni llenan

(1) Luc., VI, 25.

ni pueden llenar el corazón del hombre nacido para Dios y para una felicidad eterna, de la cual sólo puede ser como preparación y anuncio la felicidad de la virtud. La verdadera felicidad del alma trae consigo la paz, la satisfacción, la caridad con el prójimo, un conjunto de toda suerte de bienes. Mira si son esos los efectos que producen en el corazón de los mundanos los torpes y locos placeres á que se entregan con frenesí todo el año, pero sobre todo en estos tristísimos días de carnaval. Los placeres mundanales, en vez de paz, producen en el alma una agitación constante, un vértigo interior que no le deja un momento de reposo. Por eso dice la Sagrada Escritura que no puede haber paz para el impío. Arrebatados los pobres mundanos por una especie de torbellino que los arrastra del sarao al teatro, de la reunión al juego, de la fiesta al banquete; más que vivir, aquello es una fiebre constante que no les deja un momento de sosiego, pues todo es poco para pensar en la fiesta que pasó y en los preparativos de la que se acerca ya.

¿Y qué satisfacción puede traer al corazón lo que es tan contrario á cuanto lo llena de tranquilidad y de paz? Mira, si no, y juzga, mas no por el exterior que miente dichas que no se experimentan, sino por el interior, lo que ocurre en el corazón de los hijos de este mundo, de sus pompas y vanidades. ¿Sabes lo que sacan, en general, de sus placeres? Envidias que los devoran porque no han sido los primeros en lucir y brillar; porque ha habido quien con mayor lujo ha atraído más los ojos y la atención de los adoradores é idólatras de la moda y del capricho; derroches de fortunas que se van al abismo devoradas por un lujo escandaloso é insostenible; remordimientos, si queda algún resto de conciencia, de mil faltas y pecados que allí se cometen en críticas sangrientas, en vengativas murmuraciones, en escandalosas calumnias, en pláticas libidinosas y todo linaje de desarreglos, y á veces hasta de crímenes. Eso sin

contar con el hastío que deja todo lo prohibido, y que es la hiel que en el fondo de su dorada copa encuentran siempre, con lo amargo del remordimiento, los que abusan de los goces del mundo. Por eso no encontrarás nunca un libertino satisfecho, y todos, después de pisar, como los del Libro de la Sabiduría, todos los jardines del placer, y saborear todas las copas de la iniquidad, tienen que exclamar que sólo han hallado desengaños y amarguras. ¡Qué dichoso eres si no has experimentado semejante desengaño! ¡Qué feliz si siempre has vivido lejos del mundo! Pero si alguna vez has bebido en la copa de sus placeres, ¡bien sabes qué dejos tan amargos tiene! Da gracias al Señor por haberte hecho aborrecer sus vanidades y locuras, y pídele que haga que todos los hombres, desengañados de lo falso y engañador que es el mundo, solamente amen y sirvan á Cristo N. S., única paz, dicha y satisfacción del corazón humano.

PUNTO II

De los peligros de los placeres mundanos.

Primeramente considera las palabras de nuestro divino Salvador, que se leen en el capítulo XVI del Evangelio de san Juan: *En verdad os digo, que vosotros lloraréis y estaréis en la aflicción, y el mundo se regocijará.* Jesucristo es quien lo dice, El es quien pronuncia en dos palabras dos juicios completamente distintos; el uno en favor de los elegidos, cuya aflicción presente se convertirá en júbilo eterno; el otro contra el mundo, cuyos vanos y locos regocijos se tornarán en lágrimas y tristezas sin fin. Porque también el Señor lo ha dicho: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados;* y suyas son igualmente estas terribles sentencias que se leen en el capítulo VI de san Lucas: *¡Ay de vosotros los que buscáis los placeres de este mundo! ¡Ay de vosotros los que buscáis vuestro consuelo en la tierra!*

No quiere decir esto, que todas las diversiones del

mundo sean pecaminosas; las hay seguramente inocentes y honestas, ¡pero cuán pocas son las que reunen estas condiciones! Para convencernos de esta verdad, contentémonos con examinar algunas de las más generalizadas, y fácilmente veremos que son ó malas en sí mismas ó peligrosísimas por su naturaleza. Fijémonos primero en los teatros, tales y como hoy existen, no como deberían ser.

Muchos consideran el teatro, y otros espectáculos parecidos, como diversiones puramente inocentes. Pues siguiendo la doctrina de los santos y de la moral cristiana, se debe asegurar que son diversiones contrarias al espíritu del cristianismo, peligrosas para todo el mundo, principalmente para la juventud, y para muchos ciertamente pecaminosas. ¿El cristiano no renunció en el bautismo las pompas y vanidades del siglo? ¿Pues adónde reinan éstas en mayor grado, que en este género de espectáculos? ¿Qué tienes que ver con las pompas de el demonio, decía Tertuliano, á las cuales tan solemnemente renunciaste en el sacramento de tu fe? ¿Cómo puedes divertirte en ver representar acciones y argumentos que escandalizan la inocencia y que tu religión condena? ¿Dramas y comedias, donde, casi sin excepción, se aprueban y defienden pecados de todo linaje, libertades y máximas que debes mirar con horror? ¿Cómo puede ser lícito presenciar y aplaudir casi siempre ó dichos inverecundos, ó chistes inmorales, ó bailes desvergonzados, ó músicas que sólo excitan el ardor de las pasiones, y el que entre por los ojos y por todos los sentidos, el mundo con todos sus escándalos, el demonio con todas sus tentaciones y la carne con todas sus concupiscencias? El espíritu del cristianismo es espíritu de pureza, de humildad, de penitencia y mortificación. ¿Qué puede haber más opuesto á este espíritu que lo que se representa en los teatros de hoy, levantados, al parecer, para destruir toda doctrina seria, toda idea sensata y toda

virtud austera? Renuncia la calidad de cristiano, si no tienes su espíritu, y es cierto que no lo tienes, si asistes á esos espectáculos en que se te enseñan opiniones contrarias á la moral, á la ley y á la doctrina de Cristo.

¿Cómo no han de ser peligrosos los teatros de hoy cuando en ellos, de ordinario, se ve la honradez, la pureza y la modestia y en general las virtudes todas ridiculizadas y, al contrario, los mayores delitos defendidos y ensalzados? ¿Quién verá al placer sensual adornado de todos sus atractivos y desnudo de todo lo que podía causar horror, que no caiga en los lazos que allí se tienden á la virtud? Las virtudes más sólidas no se juzgaron seguras en el retiro; pues ¿qué será en medio de tantos peligros, tanto más dignos, de temerse, cuanto más buscados?

A los peligros del teatro, tentación de las ciudades sobre todo, hay que juntar los bailes, tentación general y peligrosísima para todo el mundo. Los bailes se presentan en la sociedad cristiana con dos caracteres que los distinguen de otras diversiones. Ceguedad sobre sus peligros. Ciegan, porque es increíble la ilusión que muchos se forjan acerca de sus mismos peligros. No ven, no quieren ver peligro en los bailes mundanos, mezcla de impúdica libertad de verlo todo, de tocarlo todo, de estrechar entre tus brazos objetos que no pueden menos de encender las pasiones, y mezcla además de todo género de livianidades en las conversaciones, en los vestidos, en el lujo y en cuanto puede acabar con la paz del alma y del hogar cristiano. Dominan el corazón porque todo se acaba por sacrificarlo á un placer que tiene la propiedad de robar la paz, el tiempo, la salud, el respeto al propio decoro, al decoro de la inocencia, de la juventud y aun de la niñez.

Y luego las perversas lecturas, tentación común á todas las edades, y que es otro de los placeres que el mundo brinda á los suyos. Novelas infames que ex-

plotan lo más bajo de nuestra naturaleza, que acaban con todo candor y toda virtud, que no tienen otro objeto que ensalzar el crimen y perseguir la inocencia y la honradez. Y aunque no sean de esas inmundas producciones que manchan cuanto tocan, son siempre frívolas y vanas, destruyen toda idea seria, fomentan la imaginación y la exagerada y falsa sensibilidad que acaban por dominar la razón y el juicio, roban el tiempo y el gusto para todo libro formal y piadoso, para todo lo que es mortificación y cruz de Cristo y devoción sólida, y acaban por causar hastío de todo ejercicio verdaderamente cristiano.

Así son todos los placeres mundanos, que, como ves, no hay uno que no sea enemigo de Dios y de la paz y tranquilidad del corazón.

PUNTO III

De los goces de la virtud.

En contraposición á la falsedad de los placeres del mundo, considera que no hay goces verdaderos y sólidos, más que los de la virtud y los que se buscan en Dios. Dios, en efecto, como única verdad que nunca pasa ni muere, es el único que puede saciar nuestro entendimiento, y como único bien infinito, el único que puede llenar nuestros corazones. Todo en el mundo es falso, sus riquezas, títulos, honores, todo es sombra, humo, vanidad y nada. En Dios y en la virtud, aun aquello que más nos duela y cueste, la humildad, la mortificación, el dolor, todo es verdad, todo nos lleva á algo que satisface plenamente el corazón y los afectos más nobles del alma, todo trae y produce en el corazón la paz verdadera, que es la que engendra la tranquilidad y dicha inefable que ignoran los pecadores y los mundanos. Sino mira ¡qué felices son los que sirven á Dios! Tienen siempre el corazón contento y gozan de una paz inefable. Tratan con un Señor, que no les pide cosa alguna que no sea justa y razonable, y cuanto les manda, redunda en

provecho de ellos, para que vivan en paz y seguridad. Conténtanse con su buena voluntad, cuando otra cosa no pueden; los mira como á hijos suyos, les hace comer á su mesa; no deja que les falte nada; los conserva con una vigilancia paternal; los defiende en sus combates; los instruye en sus dudas; los consuela en sus aflicciones; los asiste en sus necesidades, y los ama tan tiernamente, que dando la vida por ellos, los admite por compañeros en su bienaventuranza.

Además, los goces de la virtud son los únicos duraderos; todo pasa, menos Dios y la eternidad. Los placeres mundanos y pecaminosos, mientras más intensos menos duran; pasan como un relámpago, no dejando en pos de sí sino hiel y amargura. En cambio, los dulces y tranquilos goces de la santidad son para el alma perpetuo banquete y un como prenuncio de la gloria de la eternidad. Compara con el corazón de un santo, de un hombre verdaderamente virtuoso, el de un mundano: el primero, aun en la cruz encuentra dulzuras; el segundo, hasta en los más violentos placeres hallará agitación, hastío ó remordimiento.

Por último, considera que los placeres del mundo son, en general, tan bajos y sucios que rebajan, manchan y envilecen el corazón, y á veces tan insensatos é irracionales, que aun á los ojos del buen sentido son indignos de hombres, y más propios ó de bestias, ó de demonios, ó de locos. Los goces de la virtud, al contrario, elevan, engrandecen y purifican el alma, la hacen pensar en lo que la fortalece y alienta para todo lo noble, la asemejan y unen á su Dios y Creador, y la hacen, por el trato con su Dios, por el desprecio de lo deleznable y pasajero, igual á los ángeles. Si es triste ó no esa vida, pregúntalo, no á los enloquecidos por los placeres de la carne, sino á las almas endiosadas por los dulces goces del espíritu.

Coloquio.—¡Oh Jesús y Señor mío! Jamás reconoceré á otro Señor más que á Vos; Vos seréis siempre

el rey de mi corazón y el objeto de todos mis afectos. Clamen los ambiciosos, no tenemos rey, sino al César; los avaros, que no tienen otro dios sino al dinero; los voluptuosos, que no tienen otra divinidad sino la carne, que yo diré constantemente que Jesús es mi Rey, mi Dios y mi Dueño; que es y será mi único Señor, y que quiero ser siempre suyo.

Propósitos. — Resuélvete, si quieres ser feliz, á romper con cuantos lazos te aten al mundo y sus placeres, y date más y más á Dios y á la virtud.

MARTES DE CARNAVAL

De los escándalos del mundo, sobre todo en los días de carnaval.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. rodeado de niños y que dice á las turbas: «Al que escandalizare á uno de estos pequeñuelos, le sería mejor que le atasen una piedra de molino al cuello y le arrojasen al fondo del mar,» y pide al Señor no ser nunca piedra de escándalo con tus malos ejemplos.

PUNTO I

¡Ay del mundo por sus escándalos!

Considera que esta exclamación de Cristo N. S. nunca tiene tanto lugar como en estos días, en que el infierno se aprovecha de toda suerte de medios y de hombres escandalosos para hacer el mal, perder las almas, escarnecer á Cristo y su Iglesia y acabar con la inocencia y con la virtud. Antes había dicho Jesucristo. ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! ¿Por qué? Porque el escandaloso es homicida, á los ojos de Dios, de todas las almas de los que hace pecar con su mal ejemplo. Por eso el mundo en estos días de escándalos y profanaciones comete un pecado monstruoso, pecado diabólico, pecado contra el Espíritu Santo, pecado esencialmente opuesto á la redención de Jesucristo, cuya sangre profana y pisotea, como lo harían los demonios del infierno.

El escándalo es un pecado monstruoso, pues nada hay más horrible que causar la muerte de un alma, regada con la sangre de Cristo, infinitamente preciosa á los ojos de Dios y á la que el escándalo quita una vida sobrenatural y divina. Es pecado diabólico, porque, el carácter particular del demonio, consiste en haber sido homicida de las almas y quererlas perder desde los principios del mundo. Es pecado contra el Espíritu Santo, porque ataca directamente á la caridad. Piensa, pues, que si es pecado contra la caridad quitar á un hombre sus bienes y su crédito, es mayor pecado quitarle la gracia de Dios. Es pecado esencialmente opuesto á la redención de Jesucristo, porque hace perecer lo que Jesucristo ha venido á salvar. Es pecado que puedes cometer todos los días sin tener intención directa y formal de cometerle, porque no es necesario para hacerte criminal en este punto, tener propósito deliberado de escandalizar á tu hermano; basta con que hagas lo que le escandaliza y que lo adviertas. Considera, además, que el autor del escándalo carga delante de Dios con todos los pecados de los que ha escandalizado. Contempla la profundidad de ese abismo y tiembla al pensar cuán grande puede ser el número de pecados de que el mundo se hace reo en estos días de escándalos y sacrilegios.

A la vista de estas verdades, cobra profundo odio á un mundo que siempre, pero sobre todo en estos días, sólo vive de los pecados más horribles, de la muerte y de la perdición de las almas. Llora sobre tantos infelices como se pierden miserablemente, sobre tantos desgraciados como se olvidan de que han nacido para salvarse y de que están regados con la sangre de Jesucristo, y pide al Señor los ilumine para que retrocedan en el camino del pecado y de la maldad.

PUNTO II

De la obligación del buen ejemplo.

Considera que todos nos debemos buenos ejemplos los unos á los otros. Estamos en una sociedad espiritual, que es la Iglesia, para santificarnos y ayudarnos con la mutua edificación, para que cada uno sea espejo en que puedan mirarse los demás; por eso no hay cosa que más sirva para moverse á la virtud, que el buen ejemplo y santidad de los que la practican. Pero, además de esta obligación general, hay otras que nacen del estado ó de la posición de cada uno en particular. Si eres padre de familia piensa en la obligación que tienes de dar buen ejemplo, pero en todo absolutamente, á tus hijos, y cuán enorme es el pecado que cometes dando mal ejemplo á los que debiendo educar para Dios y para el bien, los educas, tal vez, para el mal. Qué terrible cuenta darán á Dios N. S. algunas desdichadas madres mundanas que infiltran en sus hijas el espíritu mundano con sus consejos y su conducta, llevándolas á teatros y reuniones peligrosas, permitiéndoles lecturas profanas y envenenadas, sin perjuicio de hacer gala luego de amor á la virtud, de llevarlas también al templo y al ejercicio piadoso.

Si eres amo, considera que comete un pecado horrendo todo aquel que hace cómplices á sus criados de sus propios pecados, ó no dándoles buenos consejos y ejemplos, ó, lo que es más horrible, haciéndoles servir de instrumentos para su iniquidad. San Pablo calificaba de apóstata al amo pecho vigilante que no se cuida de la salvación de los suyos; ¿qué no hubiera dicho de un amo escandaloso? Piensa tú, ¡oh mujer mundana! que tu casa debe ser para tu familia una escuela de honestidad, y no un lugar donde se aprenda á perder el pudor. Y aun sin ir tan lejos, considera el influjo que ejerces sobre cuantos te rodean con

tus acciones y palabras, y que de las almas de todos pediráte Dios cuenta estrechísima.

Piensa también, si haces profesión de piedad y de virtud, el pecado de escándalo en que incurres dejando ver en ti pecados, pasiones inmortificadas, egoísmo, vanidad y tantas miserias de las que desacreditan la piedad y la devoción. El mundo es el primero en escandalizarse de ti, y, aunque comunmente lo hace con injusticia, porque hay que convenir en que cuando se trata de las personas piadosas es un censor severo, tan severo con los demás como ancho consigo, mientras más severo sea, debes tú ser más exacto en el cumplimiento de tus deberes, para que no se diga, con razón, que tu piedad es sólo exterior y de apariencia.

Considera, por último, que el mal ejemplo es un maestro muy pernicioso; que enseña el mal á los que no lo conocen; lo persuade á los que lo miraban con horror; lo hace amar á los que antes lo aborrecían; lo presenta como honroso cuando viene de arriba; necesario á los pequeños; lícito, por decirlo así, á los buenos, y agradable á todos. El mal ejemplo envía al infierno más almas, que han enviado al paraíso los más celosos predicadpres. El ignorar el vicio es una parte de la inocencia, y uno de los mejores preservativos para conservar la virtud. Apenas se haría el mal si no se viera hacer á otros, y nos causaría horror si no lo viésemos cometer; por eso se tiene vergüenza de ser bueno entre los malos y bueno entre los culpados y por eso contraen espantosa responsabilidad ante Dios y su conciencia los que con palabras ó acciones enseñan el mal á los que lo ignoraban.

Examínate, pues, y mira despacio si das mal ejemplo en algo á tu prójimo; si es tu vida escandalosa; si haces guerra á la inocencia; si te burlas de las personas de piedad; si las apartas de la devoción. ¿Cuántas almas habrás quizá perdido? ¿Cuántos pecados hecho cometer? ¿Cuántas personas pervertido y pre-

cipitado, tal vez, en el infierno con tus consejos y malos ejemplos? ¿Y qué bien has hecho para reparar tanto mal? ¿Qué bien puedes hacer que llegue á igualar á la pérdida de un alma? ¿Qué satisfacción darás á nuestro divino Salvador, á quien le has robado, tal vez, muchas almas, haciendo inútil su sangre, su muerte, y su dolorosa pasión? Llora todo esto en la amargura de tu alma, procurando con tu buen ejemplo reparar el mal que hayas hecho.

PUNTO III

Debemos preservarnos del escándalo propio, y evitar darlo nosotros.

Considera que Jesucristo te ha dado la regla para precaverte del escándalo propio. Si tu ojo ó tu mano te escandalizan, ha dicho el Señor, debes arrancarte la lengua y cortarte la mano antes que el escándalo que te dan esos miembros produzca en ti sus perniciosos efectos. De aquí se sigue la obligación en que estás de hacerte violencia, cueste lo que cueste, separándote de lo que más amas, antes que perder tu alma á causa del escándalo, exponiéndote á pecar. Así es que todas tus amistades peligrosas, todos tus afectos, y hasta los seres más queridos para ti, habrás de dejarlos forzosamente á la hora de la muerte, y vale más que los dejes ahora, si han de ser causa de tu condenación, teniendo en cuenta que, según el Evangelio, más vale entrar manco ó tuerto en el reino de los cielos que ir á parar á las profundidades del infierno con todos los miembros completos.

Guárdate también de empujar á otros en el camino de la perdición, porque su pérdida acarreará la tuya y serás tantas veces condenado, cuantas hayas hecho con tus escándalos que otros se condenen. Tu condición de cristiano te impone un deber estrechísimo de edificar con tu conducta al mundo y mientras más elevada sea tu posición, más estrecha será todavía esa obligación, porque el ejemplo de los grandes ejerce

mayor influencia que el de los pequeños en el ánimo de las gentes.

Acuérdate de estas palabras de Jesucristo: "Así ha de brillar vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras.„ No olvides que mientras más grande seas, más obligación tienes de librar al mundo de los escándalos que en él reinan y que Dios no te ha concedido autoridad sobre tus hijos, sobre tus criados, ó sobre tus inferiores, sino para que les des buen ejemplo y los guíes en el camino de la salvación.

Acuérdate, por último, de que lo que primeramente han de hacer los ángeles el día del Juicio, es juntar y arrojar del reino de Dios á los hombres escandalosos.

No lo seas tú y piensa que en ello te va el más grande de tus intereses, el que debes tener por tu salvación y gloria eterna.

Coloquio.—¡Oh Dios mío y Señor mío! perdonadme mis pecados y no me imputéis los ajenos. Si tengo que dar cuenta del mal que he cometido, y del que he hecho cometer: ¡en cuánto peligro está mi salvación! Bien sé, Señor, que no he nacido tan sólo para mí, sino también para mi prójimo y que á todos debo edificar con mis buenos ejemplos. Perdonadme, Jesús mío, que en adelante os prometo con mis buenas palabras y acciones ganar muchas almas, para que os conozcan y alaben.

Propósitos.—No hacer ni decir nada que pueda servir de escándalo á mi prójimo.

MIÉRCOLES DE CENIZA

De la memoria de la muerte y del polvo en que nos hemos de convertir.

Preludios.—Haz con la imaginación una visita al cementerio y ve allí la verdad de las palabras que dice hoy el sacerdote al imponer la ceniza en la frente de ricos y pobres, reyes y mendigos, y pide al Señor verdadero desprecio de la vanidad humana.

PUNTO I

«*Memento homo*».—*Acuérdate, hombre.*

Considera el espíritu que está encerrado en las palabras de que usa la Iglesia el día de hoy. La Iglesia no dice: Acuérdate que fuiste polvo, sino acuérdate que lo eres de presente. Esa sentencia significa que de mi naturaleza corrompida soy tierra y polvo, porque soy inclinado á todo lo bajo y deleznable, á riquezas, honras y regalos de la carne, y como polvo, soy instable y movedizo, dejándome mover de los vientos de cualquier tentación, especialmente de vanidad; y si no me refreno, me convertiré en tierra y polvo, siguiendo mis inclinaciones y convirtiéndome en hombre terreno, ambicioso, sensual y vano. Por lo cual me tengo de humillar grandemente, y temblar de mi flaqueza y del peligro en que vivo. Porque soy polvo; polvo que á lo mejor se levanta con el viento de la soberbia; pero siempre, levantado ó abatido, polvo y nada más, aunque otra cosa me digan mis pasiones y los que me adulen.

Luego ponderaré cómo de estos daños me podré librar con la divina gracia acordándome, que así yo, como las cosas terrenas que amo, se han de acabar y convertir en polvo. Y con este espíritu, cuando viere un hombre rico y poderoso, cuyas riquezas y grandeza me llevan los ojos tras sí, para que no me derribe la avaricia y ambición, me acordaré que también él es polvo, y su oro y plata es tierra, y todo se convertirá en ella. Y si veo alguna persona hermosa, para que no me tiente y venza la pasión, también me acordaré que ella y su hermosura es polvo, porque en esto ha de parar. Y con este espíritu aplicaré estas palabras á todas las cosas de la tierra, diciéndome á mí mismo: Acuérdate que esto que ves y codicias es polvo, y se ha de convertir en polvo y ceniza; y si lo amas desordenadamente, serás polvo y tierra como

ello es. Por tanto, ama sólo á Dios y los bienes celestiales, para que en virtud de su gracia pueda decirse de ti: Cielo eres y en cielo te convertirás, transformándote con el amor en el cielo que amas.

Considera también, cómo Dios N. S. me dice cada día por medio de la muerte que por todas partes me cerca estas mismas palabras: Acuérdate que eres polvo y que te has de convertir en polvo; y que polvo es toda carne y toda humana grandeza. Y así en viendo algún difunto ó calaveras y huesos de muertos, he de imaginar que me dicen: Acuérdate que donde tú te ves, me vi; y donde me veo te has de ver. Ayer se acabó mi vida, hoy quizá se acabará la tuya. Ayer me convertí en polvo, hoy comenzará para ti lo mismo. Acuérdate hombre y no lo olvides, porque de esta memoria pende tu salvación; oye las voces que te da la muerte, atiende á la lección que te leen esos huesos secos. Mira bien el juicio que pasó por ellos, pues tal ha de ser el tuyo. Vive, como ellos quisieran haber vivido; prepárate para morir, como quisieran ellos haberse preparado; pasea en vida muchas veces esta carrera; visita esa biblioteca del cementerio, la más sabia que existe, y lee en el libro de la calavera la ciencia única que te importa; pasa por donde pasaron, para que cuando llegue tu hora la corras de tal manera, que alcances la vida eterna.

PUNTO II

«Pulvis es». —Polvo eres.

Considera en primer lugar, que aunque Dios pudiera criar el cuerpo de Adán de la nada, como crió su alma, no quiso sino hacerle de una materia, por una parte vilísima y grosera, y por otra parte visible y palpable, que es el polvo y lodo de la tierra, para que viendo cada día con sus ojos esta tierra y este lodo, se acordase continuamente de su origen y principio. Pretendió el Señor con esto que el hombre se humillase profundamente y entendiese que de suyo

merece ser despreciado, pisado y hollado como lodo que es, y que no tiene por qué envanecerse, aunque tenga grandes bienes, pues todos se fundan en el polvo y en la nada. Además, pretendió Dios que se moviese á amar y servir á un Criador tan amoroso y bueno, que de tan vil polvo le levantó á tanta alteza, como es ser hombre, con la imagen y semejanza del mismo Dios.

De suerte que el polvo y lodo han de servir de despertadores que me traigan á la memoria mi origen y la materia de que fuí formado, imaginando, cuando los viere, que me dan voces y me dicen: Acuérdate que eres polvo, humíllate como polvo; ama, sirve y obedece al Criador, que te sacó del polvo. Y cuando me envanezco con los dones que tengo, he de imaginar que me dan voces reprimiendo mi vanidad, diciéndome: ¿De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? ¿Por qué te engríes, vaso de barro? Escarmienta en el olvidadizo Adán, que, olvidado de que era polvo, presumió ser como Dios y se rebeló contra su Hacedor. De todo esto se sigue que la humildad es la única verdad, y que cuanto yo más me abata y rebaje más estoy en mi lugar, que es el polvo; y que la soberbia, que me grita *¡sube!* es la mentira, pues me saca de mi sitio. Polvo y ceniza soy, y todo lo que no sea Dios y mi alma, todo es polvo y nada más.

¡Oh Hacedor omnipotente! No permitas que yo me olvide de lo que soy, porque no caiga en la mentira. Esclarece mis ojos para que mire con espíritu de fe y humildad el lodo de que fuí formado, y abre mis oídos para que oiga sus clamores, imprimiéndolos en mi corazón para que nunca me olvide de ellos.

PUNTO III

«In pulverem reverteris».—Y en polvo te has de convertir.

Considera después, cómo Dios, viendo el olvido de Adán, y su desobediencia y soberbia, le condenó á muerte y á que se convirtiese en el polvo de que fué

formado. En esto principalmente pretendió tres fines, para bien suyo y bien nuestro. El primero, castigar con esto su pecado, y que todos echásemos de ver cuán grave mal es la culpa, pues basta para destruir y convertir en polvo una fábrica tan hermosa y rica como es el hombre; y por el pecado el cuerpo se desmorona y convierte en menudo polvo y en algo todavía más asqueroso y despreciable que el polvo.

El segundo fin fué, para que la memoria de la muerte, y de que nos hemos de convertir en polvo, fuese medicina más eficaz de nuestra soberbia, pues no bastó para humillarnos habernos hecho de polvo. De modo que el polvo y lodo de la tierra, que veo y palpo, no solamente es despertador que me trae á la memoria el origen de donde comencé, sino el fin en que tengo de parar; y cuando le miro, he de imaginar que me está dando voces, diciéndome: Acuérdate que te has de convertir en tierra y polvo, y que has de ser pisado y hollado como yo. Pues, ¿de qué te ensoberbeces? Hoy eres carne, presto serás polvo; ¿de qué te engríes?

El tercer fin fué, para que el temor de este castigo y de este polvo, en que ha de parar la carne, sea aguijón de nuestra tibieza, para hacer penitencia por los pecados cometidos, y freno de nuestros bríos sensuales para enfrenar nuestras pasiones. De modo que si no bastare para enfrenarnos la memoria del soberano beneficio que Dios nos hizo en sacarnos del polvo de la tierra, baste siquiera la memoria de que, cuando menos pensáremos, hemos de convertirnos en polvo, y así recabe el temor lo que no recaba el amor. Por tanto, toma el consejo del Profeta, que dice: En la casa del polvo, cúbrete de polvo; y pues vives en carne, que es de polvo, y has de morar presto en la casa del polvo, que es la sepultura, cúbrete de ceniza y polvo, haciendo penitencia de tus pecados, y con la memoria de este polvo, polvorea las

cosas de esta vida para que no te lleven tras sí á la muerte eterna.

Coloquio.—¡Oh Padre de misericordias! Gracias te doy, porque del castigo de mi culpa hiciste medicina de mi soberbia. Concédeme que no sea sordo á estas voces que me da el polvo, para que el castigo de Padre piadoso no se convierta en castigo de Juez severo. Que no me olvide, Señor, de mi origen y de mi fin, que aprenda con la memoria de la muerte que está ya muy cerca de mí, á despreciar todo lo terreno que es como yo polvo y ceniza, y á no amar más que á ti que nunca pasas ni mueres.

Propósitos.—Acordarse con frecuencia del pensamiento y hora de la muerte.

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA

De los engaños y males gravísimos que trae el olvido de la muerte.

Preludios.—**Mira á aquel hombre rico, del que nos habla el Evangelio, el cual, hablando con su alma, le decía: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y date á los placeres. Y luego le dijo Dios: Necio, esta noche te pedirán el alma; las cosas que allegaste, ¿de quién serán?, y pide no olvidar nunca el pensamiento de la muerte.**

PUNTO I

De tres grandes engaños que trae el olvido de la muerte.

Consideraré que el primero es prometerme muchos años de vida, y echar trazas de lo que tengo de hacer en ellos, como si esto dependiera solamente de mi voluntad, y no de la de Dios, el cual quizá tiene trazado de quitarme la vida en la misma noche ó día en que pensaba yo que sería muy larga, y con esto deshace mis trazas. Por lo cual me reprenderé con las palabras de Santiago Apóstol, diciéndome: "¿Cómo te atreves á decir, mañana iré á tal ciudad, y estaré allí un año, negociaré y saldré con ganancia, y no

sabes lo que será de ti mañana? Porque tu vida es un vapor que presto se deshace.„

El segundo engaño es prometerme, no solamente larga vida, sino asegurarme que tendré salud, fuerzas y contento con los bienes que poseo, y que ellos también durarán tanto como yo. De donde procede, que con la obra exhorto á mi alma y la digo: Descansa, come, bebe, date á banquetes y placeres, que nada te faltará. Lo cual es gravísimo engaño, porque todo esto depende de Dios, el cual me puede quitar los bienes, antes que se me acabe la vida; y cuando no los quite, me puede quitar la salud y fuerzas, de modo que no goce de ellos.

El tercer engaño, es olvidarme de proveer lo necesario para la otra vida, como si no hubiera más que esta presente; y esta fué la más calificada necedad de este rico, porque habiendo proveído á su alma de tantos bienes para pasar esta vida temporal, totalmente se olvidó de proveerla de los bienes necesarios para la vida eterna; por lo cual es forzoso que la desventurada alma, que en esta miserable vida comía, bebía y banqueteaba, después padeciese perpetua hambre y sed y eterna miseria.

Ponderando estos tres engaños, examinaré si está mi alma engañada con ellos, y la exhortaré á lo contrario de este rico, diciéndole: Alma mía, no te prometas largos años, porque quizá no acabarás el presente: no te gloríes del día de mañana, porque no sabes lo que te traerá el día que está por venir. No te des al descanso, sino al trabajo; no á comidas y banquetes, sino á ayunos y lágrimas. Ten cuidado de la vida eterna que te espera, porque después de la muerte no hay lugar de merecer el descanso y hartura que ha de durar. ¡Oh Dios eterno!, líbrame, por tu infinita bondad de estos miserables engaños antes que la muerte me coja en ellos. Exhorta Tú á mi alma á las obras que te agradan, para que de hoy más se aparte de todas las cosas que te ofenden.

PUNTO II

De los graves males que padecen en la muerte los que han tenido esos tres engaños.

Considera que el primer daño es morir en la misma necedad del rico del Evangelio, sin caer en la cuenta de ella, hasta que no tiene remedio; porque tarde ó temprano, buenos y malos, vendrán á desengañarse, pero en diferente manera; porque los malos duran en su engaño hasta la muerte, y entonces con la experiencia de sus tormentos y miserias caen en la cuenta de que vivieron engañados, y se llaman á sí mismos en la Sagrada Escritura, hombres sin seso y sin juicio. Mas los buenos desengáñanse en vida con la lumbre de la fe, y apercíbense para la muerte antes de verse en ella. Por tanto, alma mía, toma por maestra de tus desengaños esta lumbre divina, si no quieres que lo sea la experiencia de la miseria eterna; y escarmienta en cabeza ajena antes que venga este daño por la tuya.

El segundo daño es morir de noche, esto es, con muerte repentina y apresurada; porque muchas veces, cuando están sanos y contentos, como este miserable rico, les intima Dios la sentencia de muerte, y juntamente la ejecuta, pasando de la noche temporal á la eterna, y de las tinieblas interiores del corazón á las exteriores del infierno. Con este temor pediré muy de veras á Nuestro Señor, me avise de tal manera el peligro de mi muerte, que me dé lugar para disponerme á ella, como avisó al rey Ezequías por medio del profeta Isaías, diciéndole: "Ordena tu casa, porque morirás.„ Mas para esto no he de esperar revelaciones del cielo, sino la inspiración de Dios, la experiencia de las muertes de otros, la enfermedad que me saltea, y el aviso del médico cuando me dice que tengo peligro. Y generalmente, pues no tengo un día cierto de vida, y cada día puedo esperar la

muerte, cordura es imaginar que hoy me dice Dios: Ordena hoy tu alma, porque quizá morirás mañana, y hacerlo luego así.

El tercer daño es morir por fuerza y con violencia pidiéndoles y arrancándoles el alma á su pesar. En lo cual ponderaré la diferencia que hay entre los justos desengañados y entre los pecadores engañados; porque los justos ofrécense de su voluntad á la muerte, cuando Dios quiere que mueran. Y aunque la naturaleza la rehusa, prevalece contra ella la gracia, y en pidiéndoles Dios el alma, se la dan con gran resignación; pero los malos aborrecen la muerte y llévanla con impaciencia.

Mira si tú padeces alguno de esos tres engaños, y procura salir de ellos para que la muerte jamás te coja desprevenido.

PUNTO III

De la terrible pregunta que hace Dios N. S. al rico del Evangelio.

Considera en tercer lugar, la pregunta que hizo Dios al rico del Evangelio: Las cosas que allegaste, ¿cúyas serán? En la cual se representa el último daño de los que viven olvidados de la muerte al modo dicho, que es dejar de repente con gran pena los bienes que tenían, sin gozarlos ni disponer de ellos, ni saber á quién vendrán; esto es, decirles: Los bienes que allegaste, ¿cúyos serán? ¿Cúya será la casa en que vives y la cama en que duermes? ¿Los ricos vestidos con que te atavías? ¿Y los tesoros de oro y plata que tienes en tus arcas? ¿Cúyos serán los criados que ahora te sirven, y los amigos que ahora te entretienen, y el oficio y dignidad por la cual todos te honran? ¡Oh miserable de ti, que atesorabas sin saber para quién allegabas tus tesoros; porque tu desventurada alma, para quien los recogías, ya no podrá más gozar de ellos!

Pero si son bienes espirituales de virtudes y buenas

obras, tuyos serán, porque éstos acompañan á los que mueren en el Señor, y no los desamparan hasta ponerlos en el trono de su gloria. Por tanto, alma mía, trabaja por atesorar bienes que en vida y en muerte siempre sean tuyos, sin que nadie pueda privarte de ellos.

A semejanza de esta pregunta haré también otra á mí mismo, diciéndome: Esta alma que tienes ahora en tu cuerpo, ¿cúya será? ¿Por ventura será de Dios, ó del demonio? ¿Será de Cristo, que la redimió, ó de Satanás, á quien ella se sujetó? Si estoy en pecado mortal y muero en él, sin duda será del demonio; él vendrá á pedírmela, y la arrebatará porque es suya por la culpa; pero si estoy en gracia de Dios, y en ella persevero, será de Dios, y El vendrá por ella para llevarla consigo. Por tanto, haz luego penitencia de tus pecados; porque si viniere hoy el príncipe de las tinieblas, no halle en tu alma cosa suya y así la deje. ¡Oh Rey del cielo y de la tierra! Tuyo soy, sálvame; tuya es mi alma, porque la criaste, y tuya porque la redimiste; sea también tuya, santificándola con tu gracia, para que sea perpetuamente tuya, coronándola con el premio de la gloria.

Por conclusión de lo que se ha dicho, considerarás un terrible ejemplo de ello en el rey Baltasar, el cual, estando en un festín, vió de repente los dedos de una mano que escribían en una pared estas palabras: *Contó, pesó, dividió.* Las cuales declaró Daniel en esta forma: Contó Dios tu reino, y llegó su fin. Te pesó en su peso, y te halló falto. Dividió tu reino, y entrególe á los medos y persas. Y así sucedió aquella misma noche, siendo muerto miserablemente.

Aplicando esto á mí mismo, si vivo en semejante olvido, he de imaginar que de repente llegará un día ó una noche en la cual Dios N. S., y con los dedos de su justicia, escribirá en la pared de mi conciencia estas tres palabras.

La primera, Dios ha contado los días de tu vida

y ya están cumplidos, y este día de hoy será el postrero.

La segunda, te ha pesado en su peso, examinando tus obras, y halló que estaban faltas, y que no eran obras llenas, porque no habías cumplido con todas tus obligaciones.

La tercera, Dios ha dividido y apartado de ti tu reino, tu hacienda y dignidad y los bienes que tenías, y los ha entregado á tus enemigos, ó á los extraños, y á otros que gocen de ellos. También ha dividido tu cuerpo y alma, y el cuerpo ha entregado á los gusanos para que le coman, y el alma será juzgada para recibir pena ó castigo según sus obras.

Coloquio.— ¡Dios mío! Acuérdate de mí por tu misericordia, y estampa en mi alma la memoria de estas tres sentencias, de modo que me acuerde siempre de la cuenta que has hecho de mis días y del postrero, que ha de ser fin de ellos, para que viva con tanto cuidado que el día del juicio, cuando me pusieres en tu peso, no me halles defectuoso, sino entero y lleno en todas mis obras; y aunque dividas de mí el reino de la tierra, no me excluyas del reino de tu cielo.

Propósitos.—Obrar siempre como si aquel fuese el último día de mi vida.

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA

Sobre la huida y abominación del mundo.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. que dice á sus discípulos «Vosotros no sois del mundo», y pídele separarte cada día más, por las máximas y las obras, de un mundo mil veces anatematizado por el Señor.

PUNTO I

Es necesario, para salvarse, el separarse del mundo á lo menos con el corazón y con el espíritu.

Considera que es imposible salvarse sin desasirse del mundo, y que es muy difícil desasirse sin separarse de él. Salid de en medio del mundo corrompido,

dice san Pablo, y separaos si queréis ser hijos de Dios, esto es, verdaderos cristianos (1). La gracia, pues, que nos hace cristianos, es una gracia de separación del mundo, y así, cuando recibimos el carácter de cristianos en el bautismo, nos obligamos al mismo tiempo á renunciar y separarnos del mundo. Por eso san Pablo llama su vocación á la ley de Cristo, *separación*. La predestinación es una separación que Dios hace de la masa de perdición. Lo que distingue los verdaderos cristianos, según san Agustín, es el apartarse del mundo corrompido, y esto mismo es lo que constituye á los verdaderos penitentes. El primer movimiento que la gracia inspira al pecador penitente, es el deseo de separarse del mundo lleno de peligros, el cual ha sido ocasión de sus tropiezos y caídas. Si la gracia de ser cristiano es una gracia de separación de todo lo malo, no podemos corresponder á ella sino apartándonos del mundo. Hay, para luchar, gracias á las cuales se corresponde luchando; gracias de precaución, á las que se corresponde temiendo; pero á la gracia de separación no se puede corresponder sino huyendo.

Esta separación, al menos con el espíritu, es, además, necesaria por los mil peligros que el mundo encierra. Si el aire del mundo es contagioso, ¿cómo se puede estar mucho tiempo en él sin inficionarse? Es también muy difícil estar en el mundo sin apegarse á él. Todos los objetos que vemos, todos los discursos que oímos, todos los ejemplos que presenciamos, conspiran á amarrarnos más á él. Porque todos los bienes que el mundo nos propone son sensibles, y por eso hacen vivísima impresión en nuestros sentidos, fomentan nuestras pasiones y ganan nuestro corazón.

La separación del mundo, según esto, es necesaria á todo cristiano, pero difícil, y más á una persona colocada en el gran mundo por su nacimiento ó

(1) II. Cor., 6.

por su posición, porque ésta no puede evitar del todo el trato con el mundo; pero es necesario absolutamente apartarse, lo primero, del mundo corrompido; lo segundo, del mundo peligroso, y lo tercero, del mundo vano y frívolo, ya que esta separación tiene sus grados. Es menester romper enteramente con el mundo corrompido, esto es, con las personas de vida desarreglada cuyas conversaciones deshonestas, máximas impías é ideas criminales, son ocasión de envenenar los corazones y perder las almas. El escándalo de este siglo no es que todas las personas sean malas y corrompidas; es que se transige con ellas, se las atiende y agasaja, y el que se llama fervoroso cristiano y persona devota no tiene valor para negar su trato, su casa y su conversación al libertino, al adúltero, al impío, á aquel á quien no debía ni saludar, si realmente tuviese fe viva y celo por la gloria de un Dios ofendido. Es menester evitar todo lo posible el mundo peligroso, esto es, todo género de espectáculos adonde se ven reinar las pompas del siglo, que se renunciaron en el bautismo; las fiestas peligrosas y los teatros del día, las diversiones y los concursos y conversaciones que sólo se fundan en murmuraciones y galanterías. Es menester moderar y esquivar el trato con el mundo vano y frívolo, evitando tantas visitas inútiles para emplear el tiempo, que se pierde, en cumplir las obligaciones piadosas y de nuestro estado, y para retirarse al pie de los altares á pensar en la salvación. ¿Es este el modo como vives? ¿No te remuerde nada la conciencia en esta materia?

PUNTO II

Motivos de aborrecimiento del mundo.

Considera que debemos despreciar el mundo, porque el mundo siempre nos engaña; promete mucho y no cumple su promesa. Sus deleites no son verdaderos, ni puros, ni pueden contentar el corazón; se nos

escapan cuando queremos disfrutarlos. ¡Qué hastío dejan en el alma! ¡Qué aflicción en el espíritu! ¡Qué remordimientos en la conciencia! ¿Has tenido sosiego mientras has seguido al mundo? ¿En qué vendrán á parar esas diversiones, esos excesos de carnaval? En la ceniza de la muerte, y en una eterna penitencia que habrá de hacer el pecador en el infierno.

Debemos, además, aborrecer el mundo, porque es enemigo de Jesucristo, esclavo y partidario del demonio, tirano de la virtud, señor, padre y protector de todos los vicios. El que ama el mundo, cree en las máximas del mundo; y no lo amaría, si creyese en las del Evangelio que le es contrario; y así, aunque cristiano de nombre, es infiel de corazón. Los demonios creen en Dios, y esta creencia los hace extremecer; pero no creen en Dios, debidamente, porque no hacen su voluntad, y esto los hace miserables. El mundano cree en Dios lo mismo que cree el demonio, pero no cree en Dios de modo que obedezca sus divinos mandamientos; y en esto es peor que el demonio; porque Satanás cree y tiembla, como dice Santiago; mas el mundano cree en Dios y se burla de El; en una palabra, el que es amigo del mundo se declara enemigo de Dios. ¿Qué partido tomas? ¿Quieres ser enemigo de Jesucristo ó del demonio?

Es necesario, pues, huir del mundo con el espíritu, con el corazón, y si es posible con el cuerpo. Su compañía es peligrosa; sus máximas detestables; sus costumbres corrompidísimas; sus ejemplos escandalosos; su comunicación contagiosa; y sus partidarios soberbios, avaros, sensuales, llenos de vicios y enemigos de Dios. El mundo está ya juzgado, condenado, maldecido y excomulgado por Jesucristo; preciso es, pues, apartarse de su compañía, y no amarla bajo ningún pretexto. Más vale ser aborrecido que amado por el mundo, porque dice Nuestro Señor, si eres del mundo, morirás en tu pecado.

¿Por qué quieres amar al mundo? ¿Es el mundo

quien te ha criado, quien te ha redimido, y quien te ha de salvar? Jesús dice que no es de este mundo; y tú dices que eres de este mundo; luego no eres discípulo de Jesucristo: ¿no has renunciado ya al mundo en el bautismo? ¿Le renunciaste antes del uso de la razón, y ahora le amas? ¿Le renunciaste cuando no tenías todavía el uso del libre albedrío, y ahora que le posees de lleno le amas con tanta afición? Por cierto que das á entender con eso que, si hubieras tenido entonces la luz de la razón y el libre albedrío, no hubieras querido recibir el bautismo.

Así, pues, saca de todo esto que la primera virtud del cristiano, es despreciar al mundo, y que el mundo le desprecie. Di, pues, con los Santos, pero más con las obras que con las palabras: yo no soy del mundo; he aprendido á despreciarle, y no á adorarle; más quiero ser humilde con Jesús, que grande á los ojos del mundo: más bien quiero llorar con Jesús, que alegrarme con el mundo; y estimo más ser pobre y que todo me falte estando con Jesús, que poseerlo todo en compañía del mundo.

PUNTO III

Sobre la condenación del mundo por Jesucristo.

"Cuando viniere el divino Espíritu argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio„. Mucho hay que reprender en el mundo; cométense pecados sin número, y se vive bajo el dominio del demonio, que es su príncipe y su tirano, y que ya está juzgado y condenado.

¡Cuántos pecados se cometen en el mundo! Vive sólo en el mal y por el mal; le compone la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Todas sus opiniones son falsas; todas sus máximas contrarias á las del Evangelio; impiedad todas sus costumbres; injusticias sus leyes; crímenes sus deseos, y escándalos sus acciones. ¿Y tú amas á este mundo? ¿Y quieres ser de este mundo?

No se hace ningún bien espiritual en el mundo; no se adora á Dios en espíritu y en verdad; sólo se habla de Dios para blasfemarle; se desprecia su palabra; profánanse sus templos; se oprime á los pobres en lugar de aliviarlos; sólo se mira con respeto y consideración á los ricos, aunque sean como el epulón del Evangelio; no se mortifica la carne, ni se combaten las pasiones; no se hace penitencia, y sólo se piensa en el placer, aunque esté prohibido por Dios y por su Iglesia. La Religión pasa por una superstición; la piedad por una insensatez; el Evangelio por una locura; se tiene por necedad la inocencia, y por cobardía la humildad y mansedumbre. Están desacreditadas todas las virtudes y canonizados todos los vicios. ¿Y tú amas á este mundo? ¿Y tú quieres ser de este mundo?

El mundo está ya juzgado y condenado porque lo está Lucifer, que es su príncipe. Jesús por su misma boca ha maldecido al mundo, y le ha separado de su Iglesia, no dándole lugar en sus oraciones; se ha declarado su enemigo, y amenaza á los que siguen al mundo con una muerte de reprobación y una pena eterna. ¿Y con todo, aun amas al mundo, y quieres ser suyo?

No es posible que así sea, si te glorías de ser cristiano y no enemigo de Jesucristo. Sino entra dentro de ti y piensa en el retiro de tu corazón. ¿Para qué fin estoy en el mundo? ¿Qué quietud se puede tener sirviendo al mundo? ¿Qué querré yo haber hecho en la hora de mi muerte? ¿Me tiene cuenta condenarme por los bienes y deleites mundanales? Si pierdo mi alma, ¿de qué me servirá haber ganado todo el mundo? Sin embargo, sólo pienso y me afano por las cosas de este mundo, anhelo y busco desalentado sus vanidades y placeres, y hago todo lo contrario de lo que me ha mandado Dios que haga en este mundo.

Coloquio.—¡Jesús y Señor mío! ¡Cuántos adoradores tiene el mundo, y Vos cuán pocos siervos te-

néis! El mundo engaña á los que le sirven, y todos se afanan por servirle; Vos sois fiel, y no podéis engañar á nadie, ¡y hay tan pocos que se consagren á vuestro servicio! ¿Qué ganaré yo sirviendo al mundo? ¿Qué recompensa puedo yo esperar? ¿Me consolará en la muerte? ¡Ah! Me abandonará en mi más grande necesidad y me dejará en poder de mis enemigos. Solo Vos, Señor, sois amigo fiel y digno de ser amado y servido, y por eso os prometo empezar á ser vuestro de veras y no abandonaros jamás.

Propósitos. — Resuelve desasirte absolutamente del mundo, y separarte de él todo lo que te fuere posible.

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA

Sobre no dilatar nuestra conversión.

Preludios.—Mira al hijo pródigo que en un arranque de amor y de contrición dice aquellas palabras que tú debes de decir para entrar con verdadero espíritu cristiano en el santo tiempo de cuaresma: «Me levantaré é iré á mi Padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti», y pide decir esas palabras con el fervor y el fruto con que las dijo el pródigo del Evangelio.

PUNTO I

Temeridad del pecador que difiere su conversión pensando que tendrá tiempo de hacer penitencia.

Considera que nada está menos en la mano del hombre que el tiempo futuro, y que contar con lo que no está en tu poder, es una insigne locura. Para más penetrarte de esta verdad, piensa que de las tres divisiones del tiempo, lo pasado, lo presente y lo por venir sólo puedes disponer de lo presente, pues lo pasado ya no te pertenece y lo futuro no lo tienes todavía, ni sabes si lo tendrás. Por esta razón el Apóstol decía á los hebreos que se exhortaran los unos á los otros, mientras durase ese tiempo que la Sagrada Escritura llama *hoy*, á fin de que te persuadas que ese hoy es el tiempo de las misericordias del Señor.

Considera, por lo tanto, que el pecador que difiere su conversión, además de la injuria que hace á Dios, trabaja contra su propio interés y se contradice á sí mismo, porque no quiere convertirse en el tiempo en que puede hacerlo, y quiere hacerlo en un tiempo en que no sabe si podrá llevar á cabo su propósito. ¡Ay hermano mío!, decía san Jerónimo, ¡qué mal tomas tus medidas al querer hacer en un tiempo muerto una penitencia incierta! ¿Me respondéis, exclama á su vez san Agustín, que Dios ha prometido al pecador penitente la remisión de su pecado? Convengo en ello. ¿Pero se la ha prometido al pecador que aguarde al día de mañana, para hacer penitencia? ¿En qué profeta habéis leído que porque Dios es Dios de las misericordias debe prolongar vuestra vida? El ha considerado en el mundo dos clases de pecadores; los unos débiles y pusilánimes, los otros vanos y temerarios. A los primeros les dice: No temáis, porque por grandes que sean vuestros pecados, desde el momento en que los lloréis, os los perdonaré. Pero dice también á los segundos: ¡Temblad!, pues por auténtica que sea mi promesa, no se extiende hasta responderos de lo futuro.

Piensa que nada hay de cierto en lo que está por venir, porque lo futuro es la incertidumbre misma, y sólo sabemos que seremos sorprendidos por la muerte. El Salvador del mundo nos lo ha dicho en términos formales: "No sabéis la hora.„ ¿Puedes, después de una palabra tan positiva, añadir al desorden del pecado, el desorden de la más criminal é insensata temeridad?

Cuando eres atacado por una enfermedad, no aguardas al día de mañana para curarte; ¿cómo, pues, cuando se trata de las enfermedades de tu alma, te atreves á decir: tengo tiempo, ya arreglaré mi conciencia el día de mañana? Acuérdate de lo que el Salvador de los hombres dijo llorando sobre Jerusalén: Porque no has conocido la visita del Señor, porque no te has

aprovechado de este día señalado para ti, yo te abandonaré. Piensa que el tiempo de la visita del Señor es este momento en que vives, esta inspiración que sientes, esta voz interior que oyes, y aprovéchalas, no sea la última vez que el Señor te llame á sí, y pídele perdón de tantas gracias desaprovechadas é inútiles para tu salvación.

PUNTO II

Temeridad del pecador que difiere su conversión contando con la gracia.

Considera que Dios es fiel, y porque es fiel podemos confiar en El y en su gracia; pero no se sigue de aquí que podamos confiar en El y en su gracia en perjuicio suyo; y contar con El y con su gracia para continuar viviendo en el pecado, es: 1.° Querer que Dios sea fiel á quien le desprecia. 2.° Querer que sea fiel á costa de todos sus intereses, y combatirle con el más amable de sus atributos, que es su misericordia. 3.° Querer que su fidelidad le convierta, á pesar de ser Dios, en prevaricador y fautor de nuestra iniquidad.

Considera, en efecto, que esto es querer que Dios sea fiel á quien le desprecia, porque no otra cosa es sino despreciarle, resistir actualmente á su gracia. Pero ¡ay de vosotros los que me despreciáis, dice el Señor, porque vosotros seréis despreciados! Piensa que al diferir tu salvación, lo que realmente quieres es no convertirte hasta que el mundo te deseche, ó hasta que tú quieras desechar al mundo; mas ¿crees acaso que es tratar á Dios, como Dios se merece, darle los desechos del mundo y un corazón corrompido por los vicios y las pasiones? No debes creerlo; sino pensar, por el contrario, que por el honor de su gracia, de la que es tan celoso, castigará el desprecio con que ahora le tratas y te rechazará, diciéndote lo que el Señor dijo á los judíos, de quienes se

habla en el cap. 1 de Isaías: Retiraos; no os conozco ya, y estoy harto de vuestros sacrificios.

Considera después, que es combatir á Dios con sus mismas armas servirse del más amable de sus atributos, que es su misericordia, para seguir ofendiéndole; pues si el pecador no contara con la misericordia de Dios; si supiera que Dios era un Señor tan pronto como terrible en sus venganzas, no tardaría en convertirse. ¿De qué proviene que no se convierta? De que el pecador cuenta con la misericordia de Dios y con su paciencia, y con que siempre estará dispuesto á concederle su gracia. Increible abuso de la bondad de Dios, y que El no puede dejar sin castigo, porque equivale á que nosotros seamos más malos, prevaliéndonos de que Dios es sumamente bueno y misericordioso.

Diferir la conversión es también querer convertir á Dios en prevaricador y fautor de nuestra iniquidad, porque lo sería evidente si soportase á los pecadores con esa paciencia que toca en la insensibilidad, y si, á pesar de la rebeldía del pecador, su gracia le fuera siempre concedida. Saca de esas terribles verdades el no jugar más tiempo con la gracia de Dios, y considera que el infierno está lleno de esos propósitos de futuras conversiones que tú alimentas en tu corazón. No digas, *mañana, mañana,* como san Agustín, sino ahora mismo me levantaré, como el hijo pródigo, é iré á arrojarme á los pies de mi Padre celestial.

PUNTO III

Temeridad del pecador que difiere su conversión contando con su voluntad.

Considera que de las cosas de este mundo de que menos puedes responder, es de tu propia voluntad; porque si bien por ser tuya puedes disponer de ella, eso mismo debe hacerte temer, pues si Dios te hubiera quitado ese poder, haciéndose dueño de tu vo-

luntad, estarías seguro; pero como ha querido que dependa de ti, que eres la fragilidad y la inconstancia misma, nada más insensato que fundar en esa tu voluntad movediza las únicas esperanzas de tu salvación. En vano, pues, te prometes que dentro de algunos años tendrá tu voluntad el suficiente imperio sobre tu corazón para arrancarlo de la esclavitud del pecado, desde el punto y hora en que tú mismo reconoces que tu voluntad es ahora impotente para sacarte del miserable estado en que te encuentras, incurres, pues confiesas, en una contradicción evidente, por una parte, que eres demasiado débil para romper las ligaduras que te aprisionan, y te prometes, por otra, que las romperás andando el tiempo.

Desconfía de que puedas llevar á buen término esa penitencia futura, teniendo en cuenta que los pecadores que difieren su conversión lo hacen así hasta el fin de su vida, y muchas veces la aplazan hasta el mismo día de su muerte. ¿Crees tú, acaso, que entonces te hallarás en estado de hacer una buena confesión? ¿Tendrás, siquiera, suficiente voluntad de espíritu para pensar en ello? ¿Serás bastante dueño de ti para mudar de repente de sentimientos, y llegar á ser en un momento lo que no has podido ser en toda tu vida?

No lo pienses siquiera y sigue, por el contrario, el saludable consejo del Apóstol, y la recomendación que nos hace de no recibir en vano el don de Dios, que hoy se nos ofrece. El tiempo es favorable, la gracia abundante, la misma disposición de nuestros entendimientos y de nuestros corazones, ventajosa. Porque el tiempo santo de cuaresma es un tiempo de renovación para todos los cristianos; un tiempo que despierta á los más soñolientos; que enciende á los más fríos; un tiempo en que hasta los más endurecidos, tienen vergüenza de no dar siquiera una muestra de su religión; un tiempo en que la piedad pública triunfa del respeto humano; en que el libertinaje se

hace detestable y odioso; un tiempo en que las almas tímidas pueden declarar sus sentimientos, pues ni aun el mundo se admira de las conversiones, tan naturales las encuentra en estos días. Tiempo de bendiciones y gracias, en que la fe casi extinguida se reanima y revive, y obra las mayores maravillas.

Piensa, por último, que quizá sea la próxima cuaresma, la última para ti, ¡porque quién sabe si Dios querrá hacerte en otra los mismos llamamientos! Aprovéchate, pues, de estos momentos tan preciosos y di á Dios con David: Señor, estoy resuelto; desde hoy comanzaré de veras á convertirme. O di con san Agustín: ¡Ah Señor! yo empiezo muy tarde á amaros, ¿pero qué sería si lo difiriese más todavía? ¿Es acaso demasiado el daros los pocos días que quizá me quedan de vida, para merecer vivir con Vos una eternidad en la gloria?

Coloquio.—Vuestras son, Dios mío, las inspiraciones que siento dentro del corazón. Quiero corresponder á ellas saliendo, ó del pecado ó de mi tibieza, y empezando á serviros como Vos, Señor, merecéis. Que este santo tiempo sea para mí de satisfacción y de salud y deje en mi alma verdaderos frutos de salvación.

Propósitos.—Abstenerse en el tiempo de cuaresma de todas las diversiones impropias de este tiempo de penitencia y de santificación.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

(Sobre el evangelio de este día.)

Las tentaciones de Cristo N. S. en el desierto.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. venciendo á Satanás, y pide á tu divino Capitán, Jesús, no ser nunca engañado ni vencido por el enemigo de tu alma.

PUNTO I

Tentaciones y victorias de Cristo.

Considera cómo se atrevió el demonio á tentar al Salvador del mundo, para que no te desconsueles si

te hallares tentado, y para animarte con su ejemplo á sufrir y guerrear hasta vencer al enemigo, que no cesa de combatirnos mientras estamos en esta vida. Mira las prevenciones que hizo Cristo para entrar en la batalla con el tentador, retirándose al desierto, ayunando con tan grande rigor, dándose al silencio, mortificación y oración, para enseñarte que esas son las armas con que se alcanza la victoria de este enemigo. Ve si en los peligros las usas tú, y pídelas al Señor, porque sin ellas no podrás salir triunfante de las tentaciones.

La primera tentación de Cristo fué de hambre. Considera que en mostrando Cristo hambre, le acometió Satanás con la tentación de gula, como el capitán que bate la fortaleza por la parte que ve flaquear el muro; y así, mostrando tú hambre de los bienes temporales ó hambre por satisfacer cualquier pasión desordenada, en seguida por ahí te acometerá Satanás. Mete la mano en tu pecho y mira si flaquea tu corazón por alguna parte, y pídele al Señor que te fortalezca para que no seas vencido. Advierte cómo guerrea el demonio con Cristo, tentándole, como al primer Adán, con la gula; porque esas tentaciones de cosas bajas y groseras son las que primeramente tienen que vencer los que empiezan el camino de la virtud, y mira cómo Cristo las vence con la confianza en Dios, que empeñó su palabra de no desamparar á los suyos en las necesidades; confía en su bondad que no te dejará en las tuyas; pero tú con el ayuno y la mortificación refrena la gula y todos tus groseros apetitos, si quieres vencer al enemigo de tu salvación.

La segunda tentación, fué de presunción. Considera cómo llevó el demonio á Cristo al pináculo del templo y allí le persuadió que se arrojase desde él, confiando en la providencia divina con vana temeridad de que enviaría á sus ángeles para que le llevasen en palmas y no se hiciese mal. Aprende las astucias del

demonio y no te dejes engañar de sus lazos, huye como Cristo la vanagloria y presunción con verdadera humildad, si quieres salir vencedor de las tentaciones, que se vencen con la humildad y la confianza en Dios, y nunca lo serás, si presumes de ti con temeridad ó te pones en los peligros de alma y cuerpo contra la voluntad de Dios.

La tercera tentación, fué de soberbia. Considera cómo desde el templo llevó el demonio á Cristo á un monte levantado y le ofreció, si le adoraba, todas las honras y riquezas del mundo, las cuales despreció el Salvador, y venciendo al demonio llegaron los ángeles á coronarle como á vencedor. Contempla aquí la importunidad del demonio en tentar á Cristo, pues vencido dos veces no desistió de su intento, y le acometió la tercera con mayor furia, para enseñarte que siempre estés sobre aviso, pues el demonio nunca se da por vencido, y que siempre debes estar pronto para resistirle. Considera, además, cuán fuerte arma es la codicia de los bienes temporales y el afán de los honores, pues confía en ellos el demonio de poderle vencer, no habiendo podido con las otras tentaciones, y guarda tu corazón libre de su afición, porque no caigas en sus lazos. Mira cómo las despreció Cristo con tan grande valor, y llora tu flaqueza y tu malicia, que tantas veces has hincado la rodilla delante del demonio por intereses humanos de ninguna estimación. Contempla cómo con la humildad de Cristo huyó el demonio corrido, porque Satanás huye de quien le vence; resístele tú con valor y huirá de ti y vendrán los ángeles enviados de Dios y te coronarán con la victoria; gózate de ver á tu capitán coronado de este modo, y alégrate de su dicha y aprende á vencer, si quieres alcanzar la corona que el Salvador alcanzó. Pídele gracia y fortaleza para jamás doblar la rodilla ante ningún ídolo, y ser sólo esclavo de Dios y nunca del demonio, del mundo, ni de la carne.

PUNTO II

Sobre la causa de las tentaciones.

Considera que Cristo N. S. quiso ser tentado, en primer lugar, para vencer á nuestro enemigo y enseñarnos á combatirle; en segundo lugar, para merecernos la fuerza de vencerle y animarnos al combate con su ejemplo, y últimamente para humillar al demonio que había triunfado del primer hombre, reparando así el pecado de nuestros primeros padres, y para levantarlos de su caída, haciendo á sus descendientes vencedores del demonio.

No son esas muchas veces las causas de tus tentaciones. Tú eres tentado ó porque eres un soberbio, y Dios quiere que te humilles, ó porque no tienes vigilancia sobre tus sentidos y tu corazón, y principalmente sobre tus ojos y tus oídos, ó porque tienes hábitos viciosos, que están en inteligencia con el demonio, y tal vez porque tienes el corazón aficionado á alguna criatura y no te atreves á romper con lazos, que ponen en peligro tu salvación, ó á lo menos tu perfección. Eres tentado, finalmente, porque eres hombre, y un hombre, siendo libre, no está fijo en el bien; y siendo, como eres, cristiano tienes que ser soldado, esto es, debes pelear siempre para recibir la corona de la pelea.

Además, el demonio te tienta sin cansarse jamás, porque aborrece en ti la imagen de Dios; envidia al hombre que ha de ocupar su puesto en el paraíso, y quiere hacerle su esclavo y compañero en sus penas. Trabaja Satanás por entrar en tu corazón, que es el trono de Dios, para allí ser adorado; quiere profanar su templo y santuario; quiere sacar á Jesucristo de su reino, que está en ti, y crucificarle en tu corazón, renovando las ignominias de su Pasión dolorosa. ¿Contribuirás tú, dejándote vencer como soldado cobarde, á que logre sus designios? ¿Contentarás su ambición?

Pues eso haces cuando consientes en la tentación, cuando te rindes á sus sugestiones.

Considera, por último, por qué permite Dios que seas tentado, y verás que en eso, como en todo, busca su gloria y tu provecho. Quiere conocer si le amas; ó más bien quiere que tú lo conozcas y que sientas tu debilidad, obligándote á que recurras á El; quiere probar y acrisolar tu virtud, despertarte y animarte al combate, sacudiendo tu pereza y desprendiéndote de las criaturas; quiere, por último, hacerte merecer el paraíso, que es premio y corona de los que se hacen fuerza á sí mismos. Anímate á luchar con estas consideraciones, á imitación de Cristo N. S., y á ser buen soldado suyo.

PUNTO III

Remedios contra las tentaciones.

Cuando te sientas tentado, no pierdas el ánimo; Dios quiere probar tu virtud, ejercitarla y coronarla. El Santo de los santos quiso ser tentado en el desierto; ¿de qué nos debemos admirar, si nosotros, que somos pecadores, padecemos tentaciones en una vida que es una batalla? Su ejemplo debe servirte de consolación y de auxilio. Dios N. S. pone en tus manos tres remedios, entre otros, para que puedas siempre salir vencedor de la lucha; y la tentación que Dios permite, nunca es mayor que la gracia que te da para vencerla. El primer remedio, sobre todo en las tentaciones contra la pureza, es la huída de la ocasión. ¿Eres tentado? Huye, que no es indecoroso el huir en este caso; porque no es cobardía, sino prudencia y valor. Mucho debemos á Dios, pues hizo consistir esta victoria, no tanto en el combate y en la resistencia, como en la precaución y en la huida. No pueden todos pelear; pero, ¿quién es el que no puede huir? Como somos débiles y flacos, si fuera menester salir al encuentro siempre para vencer, ¿qué haríamos? Las más veces seríamos vencidos, porque son

muchos y muy poderosos los enemigos que nos hacen la guerra; pero, por poderosos que sean, nada podrán contra un hombre que sabe huir. Si no huyes, es señal de que no quieres ni luchar ni vencer.

Segundo remedio. Lo dió Cristo N. S. á los Apóstoles: Velad y orad, para que no entréis en la tentación. Los Apóstoles experimentaron este daño, por no haber practicado el precepto de Cristo cuando estaban con su Maestro en el monte de las Olivas; en lugar de velar y orar, se durmieron, y porque fueron negligentes en robustecerse con la oración, como flacos y cobardes, abandonaron á su Maestro. Todo nuestro esfuerzo en la tentación no puede venir sino del socorro de Dios, y éste no le podemos alcanzar sin la oración. ¿Qué es lo que nos hace tan flacos en las tentaciones? ¿Cuál es el motivo de que caigamos en ellas tantas veces? El que no tenemos oración, ni acudimos á Dios en los peligros. De la gracia depende toda nuestra fuerza para resistir al mundo, al demonio y á la carne, y sólo la oración nos puede alcanzar y asegurar esta gracia del Señor.

Tercer remedio. Si á pesar de la oración la tentación continúa, es menester seguir luchando sin descansar. San Pablo oró y pidió hasta tres veces á Dios que le librase de la tentación, y no fué oído; quería la paz de su alma, pero Dios no quería que llegase á conseguirla sino por la guerra y los combates. Por flaco que seas, por poderosos que sean tus enemigos, no pierdas nunca el ánimo; Dios está presente á tu combate, te ofrece su socorro para sostenerte y te presenta la corona para animarte. Considera por último, que Jesús, por medio de su gracia, combate en ti, por ti y contigo; y si Jesús está de tu parte, ¿qué puedes temer? Si el Señor está por mí, dice san Pablo, ¿qué podrán contra mí todos mis enemigos? Tú está seguro de la victoria, si cumples con todas tus obligaciónes; en este combate, nadie es vencido si no quiere; mientras se lucha se puede triunfar, y el pre-

cio de esta victoria es una corona inmortal. ¿Quién dejará de pelear á este precio?

Coloquio.—¡Oh Jesús Salvador de mi alma! no me admiro que sea yo tan tentado, cuando Vos lo habéis sido también. Bueno es que yo os conozca, y que me conozca á mí mismo; la tentación me es útil y aun necesaria, porque me hace humilde y me preserva de la presunción. Probadme pues, Dios mío, y purificadme, como el oro, en el crisol de la tentación. Con vuestro ejemplo y vuestra gracia me creo fuerte, á pesar de mi flaqueza, para resistir á los asaltos del demonio. Luchad Vos en mí y á favor mío, y nada temeré de los enemigos de mi salvación.

Propósitos.—Pide muchas veces á Dios, como Jesucristo nos lo ha enseñado, no el no ser tentado, sino el no caer en la tentación y huir siempre de las ocasiones.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA (1)

Meditación sobre las disposiciones con que el alma ha de meditar en la Pasión de Cristo N. S.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. enclavado en la cruz, póstrate de hinojos á los pies de ella con gran reverencia, amor y fe, y pide gracia para meditar con fruto los misterios de la Pasión y muerte de Cristo N. S.

PUNTO I

El deseo de participar de los dolores y de la cruz, primera disposición para meditar con fruto la Pasión de Cristo.

Considera que para entender y gustar los misterios de la cruz de Cristo, hacen falta almas crucificadas, amantes del padecer y que sepan penetrar en el interior de Cristo N. S. en los momentos supremos de su pasión y muerte. Los santos más abnegados y muertos á sí mismos, los más semejantes al divino modelo crucificado por amor nuestro, han sido, en

(1) Dedicamos esta semana á seis meditaciones, como preparatorias á las de los misterios de Cristo N. S.

general, los más devotos de la Pasión y los que han pasado su vida entera al pie de la cruz, estudiando aquellos sublimes y divinos misterios y trasladándolos á su corazón hasta transformarse, como el seráfico Francisco de Asís, en una imagen viviente de Cristo crucificado. Otros no han sabido leer en otro libro más que en el divino de la cruz, y allí lo han aprendido todo; pero para poder penetrar en esa altísima sabiduría han empezado por morir ellos á todo lo humano, y por vivir, como Cristo, enclavados en la cruz; porque ese libro, que es el de los siete sellos para las almas regaladas y sensuales, enemigas de la mortificación, sólo se abre para los amadores y participantes de la Pasión del Salvador.

Así, pues, para meditar con fruto en la Pasión de Nuestro Señor, debes, ante todo, excitar en tu corazón un ardiente deseo de unirte á El y á su cruz divina lo más estrechamente que puedas; primeramente para purificar tu alma y hacerla digna de la presencia de su divino Esposo, y luego para merecer que Dios te descubra los misterios de la cruz, que sólo se descubren, no á los sabios y prudentes del mundo, sino á los que saben y estudian, como el Apóstol, á Cristo, y éste crucificado.

En segundo lugar, te debes llegar á la cruz con deseo vivísimo de participar de los dolores de Cristo para aliviarle á El de los suyos y hacer que encuentre el consolador que busca y no halla en parte alguna, según que El se queja cuando dice: *Busqué quien me consolara y no lo encontré*. Participar, pues, de las penas de Cristo, amar su cruz, es amar á Cristo N. S. como El desea ser amado, con amor de desprendimiento y de sacrificio y de sincera amistad hacia El.

En tercer lugar, participando de la cruz de Cristo, en ella lo hallarás todo, no sólo la ciencia de la perfección, sino el remedio de todas tus necesidades espirituales. Pero para eso hace falta que te llegues á la cruz á meditar sus misterios con gran deseo de ver

en Cristo crucificado, no sólo á tu Salvador, sino al modelo de todas las virtudes y á la fuente inagotable de todas las gracias.

Ese deseo lo colmará el Señor haciéndote ver las riquezas infinitas, no sólo de dolor, sino de purísimos consuelos que se encierran en la cruz de Cristo y de los que participan los que en la cruz de Cristo lo buscan todo. Jesucristo en su cruz es generosísimo, pues aquélla es el trono de sus gracias, y á los que allí se acercan distribuye esas gracias con soberana largueza. Mas considera que Jesucristo distribuye esas riquezas espirituales según el mayor ó menor deseo de participarlas, de la misma manera que el maná, que de los tesoros de su bondad paternal sacaba en otros tiempos para mantener á su pueblo, cambiaba de sabor según el deseo de quien lo comía.

¿Deseas, por ejemplo, adquirir la humildad? Pues la vista de su anonadamiento te inspirará el desprecio del mundo y hará morir en ti el orgullo. ¿Quieres obtener la pureza? Lo acerbo de sus dolores te quitará el gusto de los placeres terrenos, y su sangre, cayendo poco á poco sobre ti, extinguirá el fuego de la concupiscencia que amenaza abrasarte. Y lo mismo puede decirse de las demás virtudes que desees adquirir, pues todas ellas se encuentran en los dolores y en la cruz de Cristo.

Pero has de ir á ella, según enseñan los maestros de la vida espiritual, como el hambriento á la mesa, como el siervo sediento á la fuente, como el avariento á su tesoro, y suspirar, como suspiraban los santos, por la presencia de Jesucristo, diciendo con toda tu alma: "Venid, amado mío, no tardéis en venir á mí; venid cuanto antes, mi Señor Jesús„. "¿Hasta cuándo haré resonar mis gritos sin ser escuchado?„ Pues esos ardientes deseos son otros tantos dardos que traspasan el corazón del Hijo de Dios, las cadenas que le sujetan y los encantos que le atraen á morar en las almas sin que pueda resistirse.

PUNTO II

La fe vivísima en los misterios de la cruz, segunda disposición para meditar con fruto los misterios de la Pasión de Cristo N. S.

Considera que para meditar con fruto en la Pasión de N. S. Jesucristo, debes reanimar dentro de ti una llama vivísima que es la llave de este misterio, pues sin ella tu entendimiento permanecerá obscurecido y como cerrado y no podrá recibir la luz que brota de las llagas de Cristo crucificado.

Es preciso, pues, que con los ojos de la fe contemples, como si la tuvieras presente, la divina escena del Calvario, que asistas á ella, que te pongas al pie de la cruz recogiendo la sangre divina que de ella gotea y cae sobre el mundo, que te representes á ese amable y lastimoso Cordero sufriendo actualmente todos los dolores y todos los oprobios de la cruz. Y esto has de considerarlo, no como cosa pasada, sino como presente á tu fe y á tu amor, y excitándote al dolor de tus culpas, como si realmente vieras á Cristo padecer y morir por ti y ante ti.

No de otro modo procedieron los Profetas y los Patriarcas, que aun cuando vivieron muchos años antes de la Pasión, la consideraron como un acontecimiento que ellos mismos presenciaban. "Abraham—dice Nuestro Señor en el Evangelio—tuvo un deseo extremo de ver el día de mi venida. Y le vió y se extremeció de alegría„ á causa de la gloria que debía dar á Dios y del bien que debía reportar de ella el género humano.

Y esto mismo es lo que la Iglesia practica en la celebración de los divinos misterios, cuando habla de ellos como de un hecho que pasase ante su vista. Hoy—dice—ha subido el Salvador; hoy se ha aparecido la estrella á los Magos; hoy ha subido Jesucristo á los cielos; hoy ha sido entregado por nuestros

pecados. ¿Y cómo puede decir, con verdad, que hoy se realizan esos Misterios, cuando hace tantos siglos que se cumplieron, sino porque los hace presentes con la fe, por la memoria que de ellos hace y por la utilidad que de ellos reporta?

Esta es la razón por la que puedes decir con san Bernardo, cuando celebraba el Viernes Santo: hoy muere el amado de mi corazón, hoy es el mundo redimido, hoy se eclipsa el sol, hoy los corazones y las piedras más duras se parten, hoy los sepulcros de las conciencias se abren, y los que han muerto por el pecado, resucitan por la penitencia.

En segundo lugar, has de mirar la Pasión de Jesucristo con los ojos de una vivísima fe, como si Jesucristo no sufriera más que por ti. Y la razón de esto es que, siendo la naturaleza de suyo grosera, nos parece que aquel que hace un favor á todo el mundo, no obliga particularmente á ninguno con los vínculos de la gratitud; al paso que cuando nuestro interés particular entra en juego, estimamos más á aquellos que mejor nos pueden servir. "Jesucristo—decía san Pablo—me amó á mí y se entregó á la muerte por mí,„ ¿Acaso se imaginaba este Apóstol que sólo por él había muerto el Hijo de Dios? De ningún modo; pero lo sentía como si sólo por él hubiera muerto, porque gozaba de los beneficios de la cruz tan abundantemente como si Jesucristo se hubiera abrazado á ella para salvarle á él solo, y porque si yo sólo existiera en el mundo, por mí se hubiera entregado el Salvador.

Entra también con los ojos de la fe dentro del Corazón de Jesús, para descubrir en él el exceso del amor con que ha sufrido por ti, para que sientas los tormentos de su Pasión, como si tú los hubieras experimentado. Allí verás cómo se abrasaba en un celo tan ardiente por la salud de tu alma que, si hubiera sido necesario, habría permanecido gustoso en la cruz hasta el fin del mundo. ¿Qué más podría haber

hecho por ti y no lo ha hecho? ¿Qué más sufrir, que no lo haya sufrido? ¿Y cuánto más no ha deseado sufrir? ¿Y tú qué haces por servirle? Toma con la fe, pero fe vivísima y amorosa, su corona de espinas; húndela en tu cabeza como santa Catalina de Sena, y mira los dolores que le ha causado; gusta la hiel que le dieron para apagar su sed y siente en los tuyos la punta de los clavos que taladraron sus pies y sus manos. Compara después sus sentimientos con los tuyos, su paciencia con tu cobardía, su amor con tu frialdad, su liberalidad con tu ingratitud. ¡Oh prodigio! El Maestro sufre por el esclavo y el esclavo no piensa más que en sus placeres. ¡Jesucristo sufre por ti los desprecios, las afrentas y la muerte, y tú, no contento con huir de sus penas, que son las que tú debes, redoblas las injurias, los desprecios y las afrentas, sobre esa víctima inocente, sin que te enternezca siquiera la dulzura con que se inmola por ti!

PUNTO III

La profunda humildad de corazón, tercera disposición para meditar con fruto los misterios de la Pasión de Cristo.

Considera que para meditar en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, necesitas profundísima humildad. El Hijo de Dios te dió de ello ejemplo, pues jamás rogó á su Padre, con tantas muestras de sumisión, de humildad y de reverencia, como en el monte de las Olivas, donde empezó por su oración, agonía y sudor de sangre, el sangriento sacrificio de la Cruz que consumó en el monte Calvario. ¿Qué necesidad tenía de rogar á su Padre, cosida la faz á la tierra, con tan profundo anonadamiento de su grandeza? El deseo de perdonar un día como juez es lo que le hace tomar la apariencia de pecador y el de olvidar la gloria que le es natural, para cubrirse con la confusión de nuestros crímenes. Pero si el Santo de los santos se humilla de esta manera para pedir á Dios

el perdón de tus culpas, ¿tú que eres el criminal, qué debes hacer cuando te presentas á El, para ser regado y lavado con la sangre de su amado Hijo?

Debes humillarte además, porque no hay nada que haga resaltar más el esplendor de la majestad infinita de Dios, como la satisfacción que exige de su Hijo para la expiación de nuestros pecados. Reconoce que ese acto de justicia excede á toda humana comprensión. Jesús, el Unigénito de Dios, igual en todas las cosas al Padre ¡dando su vida en un patíbulo y muriendo como un malhechor! ¿No es ésto bastante para hacerte enmudecer de asombro, extremecerte de temor y caer en el más completo anonadamiento y en la humillación más profunda, por lo que merecías por tus culpas?

Pero aun hay más: nada es tan á propósito para que conozcas tu indignidad y tu miseria delante de Dios, como la Pasión de Cristo, porque el solo pensamiento de que tú eres la causa de los tormentos y de la muerte del Hijo de Dios, de tu Salvador, debe confundirte y humillarte profundamente en su presencia.

¡Dios, esa majestad infinita, ante la que tiemblan las virtudes del cielo, desciende de su trono hasta el polvo de la tierra; toma carne mortal y pasible y se deja clavar de pies y manos en un patíbulo! ¿Y por qué un Señor de tan infinita grandeza consiente en ser así maltratado? Por las culpas de un vil esclavo, que es la causa de su muerte.

¿Puede haber algo que te haga conocer más la enormidad de tus pecados? Fija la vista en las llagas de tu Salvador, considera sus manos atravesadas, sus pies desgarrados, su rostro moribundo. ¡Mírate en ese espejo, y juzga cómo serán las llagas de tu alma, por las que ves en ese cuerpo inocente, que las sufre para servirte de remedio!

Coloquio.—¡Oh mi amabilísimo Redentor! ¿Es posible que me atreva á presentarme ante Vos después

de haberos causado la muerte y teniendo todavía las manos como ensangrentadas por las culpas que os han llevado á la cruz? ¡Oh, cuánta es la confusión que experimento por haberos puesto en ese estado! ¿Qué reverencia, qué honor puedo tributaros en testimonio de la gratitud que os debo, por la bondad con que habéis cargado con la infamia de mis culpas? Confieso, Señor, que soy indigno de tan gran misericordia, y más incapaz todavía de bendeciros y alabaros como á ello estoy obligado. Aun cuando tuviera todas las lenguas y todos los corazones de los bienaventurados y los empleara por toda una eternidad, á fin de satisfacer lo que os debo, no bastaría para pagar mi deuda. Permitidme, pues, que me abisme en mi nada, que mi silencio sirva de sacrificio y que adore vuestras santísimas llagas por los siglos de los siglos.

Propósitos.—Excitar en nosotros el amor á la cruz, la fe viva y la humildad de corazón para sacar fruto de la meditación de la Pasión de Cristo N. S.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA

De los afectos que debe excitar en nosotros la meditación de la Pasión de Cristo N. S.

Preludios.— (Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Primer afecto: amor tiernísimo, á quien tanto sufre por mí.

Considera, en primer lugar, quién es el que ha querido ser entregado á la muerte para rescatarte y, si no eres más duro que las peñas, difícil te será no quedar prisionero de su amor. La sola idea de que es un Dios el que muere por ti, hará nacer en tu alma sentimientos de gratitud, de estimación y de amor tiernísimo hacia Jesús, á menos que no seas completamente insensible á todo sentimiento noble y delicado. Con solo que se hubiera contentado Jesús para salvarte, con valerse del ministerio de un ángel,

aun deberías estarle muy agradecido, pero tu salvación le ha sido tan cara, que no quiso confiarla á otro, sino que se ha encargado de ella El mismo y por temor de que tu corazón no se dividiera entre tu Criador y tu Salvador, ha reunido maravillosamente ambas cualidades en su persona; ¡mira, pues, á cuanto amor te obliga el agradecimiento!

Considera también, quién eres tú, que tan amado eres por Dios, y no podrás menos de reconocer que eres una vilísima criatura, un esclavo, un hombre lleno de pecados, un enemigo de tu Criador. Apenas, dice san Pablo, se hallará alguno que quiera morir por un amigo inocente; pero Jesucristo prodiga su vida y la pierde gustoso por sus enemigos, por los pecadores y muere á mano de pecadores, á fin de convertirnos de enemigos en amigos suyos; de pecadores en justos; de siervos en amigos; de cautivos en sus herederos, y de desterrados en reyes. ¿Quién no amará á tan gran bienhechor? ¿Qué debes hacer con Jesucristo, que no solamente se ha ofrecido á morir para salvar tu alma, sino que ha muerto por ti, miserable pecador? ¿Cómo puedes dejarle de amar sobre todas las cosas un solo momento? ¿Cómo puedes dedicar tu corazón á las criaturas, apartándolas de tu Criador y Salvador? Si tu alma es cosa suya, porque la creó, la redimió y la lavó con su sangre, ¿cómo puedes olvidar á este divino Redentor que la ha sacado de la más profunda bajeza, para elevarla hasta su trono? Si es su esclava, ¿cómo puede olvidarse de tan buen Señor?

Considera igualmente, de qué abismo de males te ha sacado Jesús, á saber: del pecado, de la muerte eterna y del infierno. Si hubieras estado en un cadalso, á punto de recibir la muerte, y un amigo te hubiera libertado con peligro de su propia vida, arrancándote del poder de tus enemigos, ¿qué no serías capaz de hacer por tu libertador? ¿A qué extremos de amor hacia él no te entregarías?

Piensa, pues, que mucho mayor que el que á ese amigo profesaras, debe ser el amor que has de tener á Jesucristo, al que debes estar infinitamente más agradecido. Porque estabas al borde del abismo, cargado con la maldición del Eterno Padre y con el peso de tus culpas, y á punto de caer en las llamas eternas, sin que ninguna criatura pudiera auxiliarte, y Jesús para librarte de ese peligro ocupó tu lugar y te rescató, no con dinero, sino con su sangre preciosísima. ¿No merece esto que le ames? Si el último de los hombres te hubiera hecho la mínima parte del bien que de El has recibido, ¿cómo no amarías á tal bienhechor? ¿Por qué, pues, no has de amar á Jesucristo, cuyos títulos á tu amor son infinitos?

Considera, por último, cuánto ha costado tu salvación al Hijo de Dios, que no solamente ha empleado para lograrla sus oraciones y sus lágrimas, sino sus trabajos, su sangre y su vida. Para salvarte desciende del cielo hasta hacerse carne, desterrándose de la gloria, padeciendo innumerables dolores, combatiendo generosamente contra tus enemigos, hasta morir sobre el campo de batalla, cubierto de heridas y de sangre y sufriendo las afrentas más ignominiosas. Después de esto, ¿puedes dudar de su amor? ¿Puedes tampoco negarle el tuyo? Exclama, pues, con el profeta: ¡Sí, Señor mío, yo quiero amaros porque sois mi fuerza, mi refugio y mi libertador! Mi amor más puro, todo mi corazón será para Ti, de aquí en adelante.

PUNTO II

Segundo afecto; admiración por tan altísimos misterios.

Considera que entre todos cuantos objetos sorprenden al hombre, sumiéndole en el más profundo arrobamiento, no hay ninguno tan admirable como la Pasión del Hijo de Dios, ya se considere la grandeza, ó la novedad del espectáculo. Porque ¿qué hay más grande que un Dios? ¿Y qué espectáculo puede

haber más extraordinario que un Dios muriendo en una cruz? Nada hay en El que no sorprenda á los mismos entendimientos angélicos. Porque, ¿á quién no admirará el exceso de su amor, que le obliga á morir por los mismos que le dan la muerte y que tan indignos eran de todo bien? ¿Quién no se asombrará de su paciencia para sufrir tan crueles tormentos, que jamás hombre mortal sufrió otros semejantes? ¿Quién no quedará extático al considerar la indignidad con que es tratado por viles criaturas el Dios de la gloria? ¿Y quién, por último, podrá sin asombro concebir la alianza prodigiosa de estos dos términos: un Hombre-Dios, y un Varón de dolores, un Dios en las alturas adorado por todos los espíritus celestiales y aquí abajo escupido, azotado, ultrajado y crucificado por esclavos? En el cielo elevado sobre el trono de su infinita grandeza ¿y en la tierra sobre un infame patíbulo? Allá arriba abismado en un mar infinito de delicias ¿y aquí abajo en un diluvio de sangre y de lágrimas? ¡Oh Pasión! ¡oh Muerte admirable!, exclama tú con san Buenaventura.

No; no es la creación del mundo, ni la obra de los milagros, ni la resurrección de los muertos, lo que debe causar mi admiración. Todo esto conviene á la grandeza del Creador. Lo que me sorprende y me pasma, lo que debe llenarme de espanto y sacarme fuera de mí mismo, es la Pasión de un Dios.

En este profundo asombro debes quedar sumido al meditar en los sufrimientos de Jesucristo. Así es como la Bienaventurada Virgen contemplaba á su Hijo en el Calvario. "Estaba—dice san Cayetano—como abismada„ en el asombro que le producía una muerte tan extraordinaria y un anonadamiento tan prodigioso de la majestad de Dios. Así es como los santos consideran en la oración la Pasión de Cristo, con una fe tan viva y tan penetrante que llega hasta el arrobamiento, pues mientras más santos son, más quedan fuera de sí á la vista de este misterio.

Ejercítate, imitando su ejemplo, en esta manera de orar que es de mucha excelencia, y procura que tu espíritu no se acostumbre á la larga, por una especie de insensibilidad, á considerar la Pasión, como cosa ya sabida y meditada, sino que sea para ti nueva, como si en realidad estuvieras presente hoy mismo á la muerte de tu divino Salvador. Para esto, procura despertar tu fe y tu amor y elevar tu espíritu por vía de oposición, exclamando dentro de ti: ¡Oh maravilla! ¡Lo inmortal convertido en mortal y lo impasible en pasible! ¡El poder mudado en debilidad y la eternidad teniendo fin!

Otras veces procederás por vía de comparación, diciendo por ejemplo: ¡Oh, Señor! ¿Quién sois vos y quién soy yo? ¿Es posible que mi Criador muera por la criatura, el señor por el esclavo, el todo por la nada? ¡Oh cielos, asombraos de la hermosura de mi Dios! ¡Oh grandeza incomprensible, á qué extremo ha llegado vuestro anonadamiento! ¡Oh Jesús! ¿qué amor es el vuestro que os ha conducido á tal extremo de dolores? ¡Señor! ¡grandes é impenetrables son vuestros designios! ¡Ningún entendimiento puede comprenderlos; no hay lengua que pueda alabarlos ni explicarlos, sólo me queda el silencio de la oración y la admiración profundísima para adorarlos! ¡Tu cruz será siempre para mí mucho más admirable y adorable que todas las demás manifestaciones de tu grandeza y de tu amor!

PUNTO III

El tercer afecto que debe excitar en nosotros la meditación de la Pasión, debe ser tierna compasión por lo que sufre por nosotros.

Considera, en primer lugar, el número y condiciones de los instrumentos que sirvieron para la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; la lanza que le atravesó el corazón; los cordeles con que le azotaron, hasta

desgarrarle las carnes; la corona de espinas; los clavos con que taladraron sus manos y sus pies, y, en suma, todas las demás circunstancias del cruento sacrificio que ofreció á su Eterno Padre para tu rescate. Que si atentamente las consideras sacarás de ello grandes motivos de compasión, á los que te obliga el agradecimiento, porque habiendo sufrido todo eso por ti, lo menos que puedes hacer es compadecerte de sus dolores.

Fija después tu vista en la multitud de sus llagas; contempla los arroyos de sangre que de ellas brotan; el lodo y las salivas que desfiguran su hermosísimo rostro; prueba la hiel y vinagre que le dieron á beber para apagar su sed, y escucha, por último, esta amorosa queja que eleva al cielo: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me habéis abandonado?„ Acuérdate, además, de que quien sufre tan horribles tormentos es inocente; es el Hijo de Dios; el Dios de la gloria, y juzga luego si, á menos de haber perdido toda sensibilidad, puedes permanecer indiferente ante tamaña desdicha.

A estos motivos de dolor, capaces por sí solos de ablandar á las más duras piedras, has de unir la consideración de que todos los suplicios que padeció Cristo N. S., no sólo los sufrió por ti, sino que tú mismo, como si realmente hubieras esgrimido los instrumentos de su Pasión, se los hiciste padecer, porque además de ser el motivo de su Pasión, fuiste también la causa, pues tus pecados, como los de los demás hombres, crucificaron á Cristo; y es artículo de fe que nuestras iniquidades, según el dicho del Profeta, son las que le cubrieron de llagas, y nuestros pecados los que armaron contra El la rabia de sus enemigos y la justicia de su Padre.

Para convencerte más de esto has de pensar que Jesucristo, infinitamente hermoso, era el objeto de la eterna complacencia de su Eterno Padre; infinitamente santo, era también inaccesible al pecado; infi-

nitamente dichoso, era incapaz de padecer; pero como fué el fiador de todos los hombres, se encargó de pagar la pena que todos los hombres habíamos merecido, y llevó todo el peso de la culpa, siendo el Jacob disfrazado con los vestidos de Esaú, no conocido de su Padre, no para usurparle su bendición, sino para ser objeto del castigo del pecado. ¿Podrás, después de esto, dejar de compadecer á un Dios que, á pesar del horror infinito que tiene á tus pecados, cargó con ellos para librarte de la pena que por ellos habías merecido? ¿Podrás, en adelante, amar al pecado, que ha reducido á tu Salvador á un estado tan lastimoso y digno de toda tu compasión?

Coloquio.—Lleno de amor, de admiración y de compasión por tan incomprensibles misterios, me postro, Señor, á los pies de tu cruz para bañarme y purificarme con tu sangre preciosísima. Aquí me quiero estar, dulce Jesús mío, que según es tu amor, deseas que tu sangre caiga sobre mí, pues la derramas para lavar y sanar pecadores. Caiga sobre mí ese riego divino que me haga cada día amarte más, Jesús amantísimo, pues mueres por mí, admirar más tu Pasión y acompañarte y compadecerte en tus dolores.

Propósitos.—Toma la resolución de no quedarte sólo en sentimientos de una tierna compasión, sino pasar á un sincero y eficaz horror de tus pecados.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA

Del fruto que hemos de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de las meditaciones anteriores.)

PUNTO I

El primer fruto, la contrición de nuestros pecados.

Considera que nada te dice tanto de la gravedad infinita de tus pecados, ni del odio que Dios les tiene,

ni de las penas eternas que por ellos merecías, ni por consiguiente, que nada te debe mover á llorarlos con lágrimas del corazón y de sangre tan amargas, como la contemplación de Cristo crucificado.

Estando un día santa Matilde ante una imagen de nuestro adorable Redentor, vió con los ojos del espíritu á la caridad, bajo la figura de una virgen, humedeciendo repetidas veces un diamante en el Corazón de Jesús, como para demostrar que no hay corazón, por duro é impenitente que sea, que no se ablande por la frecuente meditación de las llagas de nuestro Salvador. Abísmate con frecuencia en ese amoroso Corazón, y aun cuando el tuyo sea tan duro como un diamante, á fuerza de humedecerle en la sangre de ese celestial Cordero, es imposible que no se ablande y que no conciba un invencible horror á todo pecado.

Para mejor excitar en ti esos afectos, has de considerar, desde luego, que tú eres la causa de la muerte de tu Dios; más aún: tú eres el que has dado muerte á tu Padre, á tu Rey, á tu Dios, á tu Redentor y á tu mejor amigo. ¿Qué más necesitas para que tu dolor sea tan intenso que mueras de él? Mira al dulce Jesús en el huerto de las Olivas, temblando de pavor, sufriendo infinitos dolores en el alma, en espantosa agonía; míralo sudando sangre por todo su cuerpo; contémplale luego, en la más completa desnudez, atado á la columna y azotado por los crueles verdugos que desgarran sin piedad aquellas virginales y delicadas carnes; contémplale, por fin, en el Calvario, pendiente de una cruz, entre dos ladrones, y dando su espíritu en medio de los más atroces tormentos, que la mente puede imaginar. Y después que le hayas así contemplado, pregunta al profeta Isaías quién ha puesto á tu Dios en ese tan lastimoso estado, y él te responderá que han sido tus pecados. Preguntáselo también á su Eterno Padre, y El te responderá que por tu culpa le ha herido tan cruelmen-

te. Pregúntaselo á El mismo: "¡Oh Señor mío! ¿Quién os ha hecho esas llagas, que traspasan vuestras manos?„ Jesús te responderá que tú eres la causa de sus dolores, y mostrándote todas sus heridas, te dirá también: Tú eres quien así me ha maltratado; tú, á quien tanto he amado; tú, que tanta obligación tenías de amarme.

Has de considerar también, que sin motivo y sólo por un extremo de ingratitud, has hecho sufrir á tu Salvador todos esos ultrajes. Porque ¿qué es lo que te ha hecho para que le trates de esa manera? ¿Qué quejas tienes que darle ni qué reconvenciones que hacerle? ¿Acaso porque te ha sacado de la nada y porque además de haber creado todo el mundo para que de él te aproveches, te ha hecho heredero de su gloria? ¿Son éstos favores los que han armado tu brazo para herirle? ¡Oh hijo mío!, te dice Jesús, desde lo alto de la cruz, ¿qué te he hecho para que me trates de una manera tan cruel é inhumana? Te he amado con un amor eterno é infinito, he abierto los ojos para mirarte con piedad, tengo abierto el corazón y los brazos para estrecharte amorosamente en ellos; todas las delicias del cielo y de la tierra son para ti; te he dado todos los dones de la naturaleza y de la gracia y te preparo los de la gloria; ¿y para vengarte de estos favores me azotas, me coronas de espinas y me clavas en una cruz? ¿Qué puedes responder á estas justas y amorosas quejas? ¿Qué otra defensa te queda sino los suspiros y las lágrimas y un dolor profundo de tus pecados que han abismado á tu Redentor en este mar de dolores?

Considera, por último, que la muerte dolorosa de tu Salvador, que debía poner fin á tus pecados, si hubieras conservado en tu corazón un átomo de gratitud, lejos de detener el curso de tus culpas, ha hecho que las multipliques hasta lo infinito, crucificando á Jesucristo tantas veces cuantas has pecado. Tú sabes bien que un solo pecado le aflije más y es para El

una cruz más pesada, que la que llevó al Calvario, pues ésta la sufrió por inclinación y por amor, y la que tú pecando le haces sufrir, la soporta con repugnancia y disgusto. Piensa, pues, cuán grande es tu malicia, al renovar la Pasión de Cristo cuantas veces te entregas á tus pasiones pecaminosas. Imita á santa Catalina de Sena, que habiéndosele aparecido Nuestro Señor, llevando la cruz acuestas y anegado en sangre, al ver á su Dios en estado tan lamentable y considerando que era la culpa, prorrumpió en sollozos y fuera de sí cesaba de exclamar: ¡Oh amor! ¡Nunca más pecar, nunca más pecar!

¡Dejadme llorar, criaturas enemigas de mi bien!, debes decir con san Agustín, ¡no me importunéis, vanos objetos de la tierra! Porque ¿cómo queréis que ponga fin á mis lágrimas, siendo mis miserias infinitas?

PUNTO II

El segundo fruto de la meditación de la Pasión, debe ser suma confianza en la sangre de Cristo N. S.

Aquí has de considerar que tú, lo mismo que los demás hombres, eras deudor á la justicia de Dios de diez mil talentos, esto es, de deudas inmensas contraídas por tus pecados, y que de ningún modo podías satisfacer, porque el pecado es, en cierto modo, infinito, pues va contra Dios, cuya Majestad es infinita; y como una ofensa infinita no puede ser satisfecha sino por una persona infinita, fué necesario que un Hombre-Dios, como Jesucristo, se prestase á ello saliendo por tu fiador y derramando toda su sangre.

De aquí has de deducir que, siendo la satisfacción de Jesucristo infinita, no sólo iguala, sino que excede á todos tus pecados, y á los de todos los hombres, por graves que esos pecados sean, y que es mayor la gloria que recibe Dios por el más mínimo de los dolores que sufrió Jesucristo, que no la ofensa que se le ha inferido y se le infiere por todos los pecados

del mundo; lo que debe ser para ti y para todos los hombres un gran motivo de confianza. Por esto has de considerar, que aunque estuvieras cargado con todos los pecados de los hombres, y aun los de los mismos demonios, tiene sobrada virtud una sola gota de la sangre de Jesucristo para borrarlos, y que aun en el caso de que hubieras merecido mil veces el infierno, una sola de las lágrimas de Jesucristo sobraba para librarte de sus tormentos. ¡Qué mayor motivo de confianza para ti!

Tal vez acudirá á tu mente el pensamiento de que si el amor que Cristo te ha demostrado, muriendo por ti, debe ser para ti motivo de gran confianza, tus infidelidades y frecuentes recaídas, unidas á la tibieza que te hace insensible, pueden haber sido causa de que, olvidándose de ti, te haya abandonado á la cólera de su Padre. Desecha, si lo tienes, ese temor, porque ¿cómo puede olvidarse de ti, cuando te ha grabado en sus manos y en su corazón para no perder jamás el recuerdo de una cosa que le ha costado tan cara? ¿Ni cómo puede el Eterno Padre mirarte con cólera, cuando te ve por las llagas de su Hijo, todo cubierto de sangre?

Pídele, pues, que no deje de mirarte por entre las llagas de tu Salvador, en las que debes refugiarte; porque la sangre de esas llagas es más elocuente y clama más alto á tu favor, que la voz de tus culpas en contra tuya, y tiene más fuerza, para ganarte, la gracia de Dios, que la que tienen tus pecados para hacer que caiga sobre ti la cólera divina.

Debes, por último, para fortalecerte en esta confianza, considerar que por mucho que debas, y debes realmente penas enormes por tus culpas, á la justicia de Dios, pagas más de lo que debes, cuando le ofreces la sangre derramada y la satisfacción dada por el Salvador de los hombres. Tus delitos, por muchos y grandes que sean, no son absolutamente infinitos y la satisfacción de Jesucristo es de infinito valor. Re-

una cruz más pesada, que la que llevó al Calvario, pues ésta la sufrió por inclinación y por amor, y la que tú pecando le haces sufrir, la soporta con repugnancia y disgusto. Piensa, pues, cuán grande es tu malicia, al renovar la Pasión de Cristo cuantas veces te entregas á tus pasiones pecaminosas. Imita á santa Catalina de Sena, que habiéndosele aparecido Nuestro Señor, llevando la cruz acuestas y anegado en sangre, al ver á su Dios en un estado tan lamentable y considerando que ella tenía la culpa, prorrumpió en sollozos y fuera de sí no cesaba de exclamar: ¡Oh amor! ¡Nunca más pecar, nunca más pecar!

¡Dejadme llorar, criaturas enemigas de mi bien!, debes decir con san Agustín, ¡no me importunéis, vanos objetos de la tierra! Porque ¿cómo queréis que ponga fin á mis lágrimas, siendo mis miserias infinitas?

PUNTO II

El segundo fruto de la meditación de la Pasión, debe ser suma confianza en la sangre de Cristo N. S.

Aquí has de considerar que tú, lo mismo que los demás hombres, eras deudor á la justicia de Dios de diez mil talentos, esto es, de deudas inmensas contraídas por tus pecados, y que de ningún modo podías satisfacer, porque el pecado es, en cierto modo, infinito, pues va contra Dios, cuya Majestad es infinita; y como una ofensa infinita no puede ser satisfecha sino por una persona infinita, fué necesario que un Hombre-Dios, como Jesucristo, se prestase á ello saliendo por tu fiador y derramando toda su sangre.

De aquí has de deducir que, siendo la satisfacción de Jesucristo infinita, no sólo iguala, sino que excede á todos tus pecados, y á los de todos los hombres, por graves que esos pecados sean, y que es mayor la gloria que recibe Dios por el más mínimo de los dolores que sufrió Jesucristo, que no la ofensa que se le ha inferido y se le infiere por todos los pecados

del mundo; lo que debe ser para ti y para todos los hombres un gran motivo de confianza. Por esto has de considerar, que aunque estuvieras cargado con todos los pecados de los hombres, y aun los de los mismos demonios, tiene sobrada virtud una sola gota de la sangre de Jesucristo para borrarlos, y que aun en el caso de que hubieras merecido mil veces el infierno, una sola de las lágrimas de Jesucristo sobraba para librarte de sus tormentos. ¡Qué mayor motivo de confianza para ti!

Tal vez acudirá á tu mente el pensamiento de que si el amor que Cristo te ha demostrado, muriendo por ti, debe ser para ti motivo de gran confianza, tus infidelidades y frecuentes recaídas, unidas á la tibieza que te hace insensible, pueden haber sido causa de que, olvidándose de ti, te haya abandonado á la cólera de su Padre. Desecha, si lo tienes, ese temor, porque ¿cómo puede olvidarse de ti, cuando te ha grabado en sus manos y en su corazón para no perder jamás el recuerdo de una cosa que le ha costado tan cara? ¿Ni cómo puede el Eterno Padre mirarte con cólera, cuando te ve por las llagas de su Hijo, todo cubierto de sangre?

Pídele, pues, que no deje de mirarte por entre las llagas de tu Salvador, en las que debes refugiarte; porque la sangre de esas llagas es más elocuente y clama más alto á tu favor, que la voz de tus culpas en contra tuya, y tiene más fuerza, para ganarte, la gracia de Dios, que la que tienen tus pecados para hacer que caiga sobre ti la cólera divina.

Debes, por último, para fortalecerte en esta confianza, considerar que por mucho que debas, y debes realmente penas enormes por tus culpas, á la justicia de Dios, pagas más de lo que debes, cuando le ofreces la sangre derramada y la satisfacción dada por el Salvador de los hombres. Tus delitos, por muchos y grandes que sean, no son absolutamente infinitos y la satisfacción de Jesucristo es de infinito valor. Re-

fúgiate, pues, en el Corazón adorable de Jesús, como en un asilo inaccesible á la indignación divina, y tendrás más motivos para confiar en la misericordia infinita de Dios, á la vista de la satisfacción dada por su preciosísimo Hijo, que para temer á su justicia á la vista de tus pecados.

PUNTO III

El tercer fruto debe ser la imitación de Cristo N. S.

Considera que si Jesucristo padeció por nosotros, fué, según las palabras del Apóstol, para darnos ejemplo. Con éste de su Pasión te ha dado un gran motivo para animarte á padecer, pues padeciendo te conquistó Jesucristo la gracia para que con ella te ayudases. El Padre Eterno, dice á cada cristiano, mostrándole á su Hijo en el monte Calvario, lo que dijo á Moisés: Mira el modelo que te propongo sobre esta montaña y procura imitarle. No puedes ser predestinado, si no eres copia de este divino original; si no eres parecido á Jesucristo, y sobre todo, á Jesucristo crucificado, porque principalmente en la cruz fué donde mereció tu predestinación. Alguna cosa falta, dice san Pablo, á la Pasión de Cristo, y es menester que tú la completes; porque lo que te falta es su aplicación, pues su Pasión no te puede servir, si no se te aplica, y no se te aplicará, si no te unes á Jesucristo que padece por ti: si no te clavas con Él en la cruz. Mira cómo lo estás en medio de los regalos, delicadezas y sensualidades.

Piensa, también, que lo que más debes imitar en la Pasión de Jesucristo, es el espíritu de sacrificio, con el que dedicó todas las cosas á la mayor gloria de su Padre. Los hombres simples, ciegos y encantados con su amor propio, no conciben lo que es Dios, lo que su divina Majestad merece y lo que se debe hacer por su gloria. Ha sido necesario que un Hombre-Dios se lo enseñase, sacrificándose Él mismo á la gloria de su Padre con un sacrificio continuo, que

empezó con su vida para no acabar sino con su muerte; con un sacrificio universal, pues sacrificó sus bienes, honra, gloria y vida; con un sacrificio perfecto, pues sacrificó sus bienes hasta morir desnudo en una cruz; sacrificó sus goces, para sujetarse á los más vivos dolores y á los tormentos más crueles; sacrificó su gloria, para exponerse á los oprobios y ultrajes más sangrientos; sacrificó su vida para morir en un suplicio. ¿Podía hacer sacrificio mayor? Un Hombre-Dios sacrificado hasta ese extremo por la gloria de Dios, ¿no es verdad que te hace concebir cuán grande es Dios, lo que su divina Majestad merece y lo que le débes sacrificar por su gloria?

Debes considerar, por último, que estás obligado á imitar á Cristo crucificado, si quieres llegar á Cristo. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame." Esto ha dicho el mismo Salvador de los hombres, mostrando que no hay otro camino para seguirle que el camino real de la santa Cruz. ¿Por cuánto tiempo? Todos los días de tu vida. ¿Por qué camino? Ya lo has oído, por el de la cruz, esto es, por el de los sufrimientos. Así es como quiere Jesús que le sigas. San Jerónimo lo ha dicho: "Si quieres tener parte en la gloria de Jesucristo, es necesario que vivas según el ejemplo de Jesucristo. ¿Quiéres imitarle? Pues deja esas bajas complacencias contigo mismo, que te hacen huir de la cruz; porque has de tener en cuenta que no puedes agradarte á ti mismo sin desagradar al Hijo de Dios que es tu Señor. Piensa que estás obligado á hacer por Él lo que Él ha hecho por ti, que si quieres gozar con Él y no sufrir con Él, no eres digno de tenerle por Maestro. Debes morir con Cristo si quieres reinar con Cristo, y esta es la resolución que debes tomar á los pies de Cristo crucificado, acordándote de que si vas en pos de Él bajo la bandera de la cruz y de que estando aún en la mitad de la batalla, no debes aún buscar el placer de la victoria.

Espera, pues, hasta el fin, sufre con paciencia, mientras peleas con tus enemigos y el júbilo sucederá al trabajo, pues teniendo parte en la cruz de Cristo, puedes estar seguro de tenerla también en su corona.

Coloquio.—¡Oh Salvador mío, cuán grande es mi dolor al veros tan afligido, y por culpa mía! ¡Vos estáis en la Cruz satisfaciendo á la divina justicia, y yo he sido el que he pecado! Yo, quien debía estar atado, azotado, coronado de espinas y cubierto de toda clase de oprobios. ¡Tomad venganza de mí, oh Dios mío, y perdonad á mi Salvador, porque yo soy el criminal y El es el Santo de los santos! Pero para desagraviaros también por mi parte, desde hoy formo la firme resolución de sólo amar é imitar á Jesucristo, puesto en la cruz por mi amor.

Propósitos.—Toma la santa resolución de jamás volver á crucificar por el pecado á Cristo N. S. en tu corazón, y piensa que la crucifixión del Hijo de Dios es el efecto de tus pecados, y llóralos sin cesar, sin poner límites á tu dolor, pues el motivo que te obliga á ello, no los tiene tampoco.

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA

Primera meditación general sobre la Pasión de Cristo N. S. (1).

Preludios.—Represéntate á Jesucristo N. S., ó clavado en la cruz, ó padeciendo en aquel paso que más devoción te inspirare, y pide conocimiento interno de Cristo N. S., y dolor y sentimiento y confusión porque por tus pecados padece el Señor tantas afrentas y dolores.

(1) Ponemos aquí, extractándolas del V. P. Lapuente, dos meditaciones fundamentales acerca de la sagrada Pasión de Cristo N. S. Los puntos de ellas, verdaderos é inagotables tesoros de pensamientos y de afectos tiernísimos, se pueden luego aplicar particularmente á cada uno de los misterios de toda la Pasión, y así en todos hallaremos materia sobradísima que meditar. Añadimos otra meditación preparatória sobre la grandeza de los misterios de la Pasión, antes de empezar las de cada una de los pasos en particular,

PUNTO I

De la persona que padece.

Considera primeramente la inocencia y santidad infinitas de Cristo N. S., el cual estaba lleno de todas las gracias y virtudes; como que en El se encerraban las riquezas todas de la sabiduría de Dios. De aquí se deduce que cuanto padecía era sin culpa suya, y sólo por pecados ajenos. Y ¿cómo no me compadeceré de ver padecer á un Señor tan inocente, y de verlo padecer por mí? Si el centurión y otros muchos que se hallaron en el monte Calvario herían sus pechos de dolor viendo padecer al que tenían por justo, ¿cómo no hiero yo el mío considerando que padece, no cualquier justo, sino el Justo de los justos, sin haber dado ocasión culpable para tantos trabajos? ¡Oh corazón mío, más duro que las piedras! ¿cómo no te partes de dolor, pues ellas se partieron y desmenuzaron cuando padeció esta Piedra viva, fuente de la gracia y dechado de toda santidad?

Luego consideraré la omnipotencia y liberalidad de este Señor en hacer bien á todos, porque toda la vida se ocupó en hacer bien y curar á todos los oprimidos del demonio; daba vista á los ciegos, limpiaba los leprosos, sanaba los enfermos y resucitaba los muertos. Y además de esto hacía bien á las mismas almas perdonando los pecados, librándolas del infierno, comunicándolas luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad con el resplandor de todas las virtudes. Pues ¿cómo, alma mía, no te deshaces de pena viendo padecer á este Bienhechor tuyo y de todo el mundo, el cual, haciendo bien y provecho á todos, recibe mal y daño de todos?

Además, consideraré la infinita caridad de este Señor en darse á todos, ponderando cómo es mi Padre, mi Maestro, mi Médico, mi Redentor, mi Pastor, mi Criador, mi Bienaventuranza, Esposo de mi alma,

Dios mío, y todas mis cosas. Y poco antes de su Pasión se hizo mi manjar y bebida para entrar dentro de mí y hacerse una cosa conmigo; por lo cual he de tomar sus trabajos como míos, y compadecerme de ellos y sentirlos como si fueran míos, pues tan mío es el que los padece y tanto amor me tiene. Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa la muerte de su esposo, y el amigo la de su amigo muy querido, ¿cómo no lloraré yo la Pasión y muerte de tal Padre, de tal Esposo, de tal Amigo?

PUNTO II

De la muchedumbre y gravedad de los tormentos que Cristo N. S. padeció en su Pasión.

Discurre por todos los géneros de cosas que son materia de trabajos corporales, en las cuales padeció Cristo N. S. Llegó á padecer tanta pobreza, que murió desnudo en la cruz, tomándole los soldados sus vestiduras y repartiéndolas entre sí. En la honra padeció innumerables irrisiones y escarnios. En la fama muchos falsos testimonios; de suerte que en materia de virtud y santidad, fué despreciado y tenido por pecador, endemoniado y por hombre reprobado de Dios. Fué, además, despreciado y tenido por idiota, por imprudente y necio, por embustero y encantador, y por hombre que tenía pacto con Belcebú y Satanás. En su propio cuerpo padeció gravísimos dolores, ya porque eran penosísimos, como porque su complexión era delicadísima. Finalmente, padeció en sus amigos y allegados: parte, porque los más le desampararon; parte, porque teniéndolos presentes, sentía el dolor y afrenta que ellos padecían, especialmente su Madre santísima. ¡Oh liberalísimo Redentor, cuán bien pagáis nuestras deudas con vuestras penas! Porque todas las cosas del mundo fueron cebo de nuestra codicia, sensualidad y soberbia, queréis padecer en todas pobreza, tormento y humillación. ¡Oh alma mía, compara las excelencias

de esta divina Persona, con las ignominias y dolores que padece, para que te confundas de tu soberbia y sensualidad, y te alientes á padecer por imitarle!

Lo segundo, se puede discurrir por los cinco sentidos de Cristo N. S., ponderando lo mucho que padeció en cada uno de ellos. Porque primeramente sus ojos fueron afligidos viendo los escarnios y mofas de sus enemigos, y las lágrimas y sollozos de sus amigos; y fueron también enturbiados con las salivas y gotas de sangre que corrían de su cabeza, y con el ardor de las encendidas lágrimas que por ellos se vertían. Sus oídos padecieron oyendo contra sí muchas y muy grandes blasfemias, injurias y falsos testimonios y terribles acusaciones de sus enemigos. El olfato padeció sufriendo el mal olor del monte Calvario donde fué crucificado. El gusto padeció terrible sed, y en ella fué no aliviado, sino atormentado con hiel y vinagre. El tacto padeció gravísimos dolores de azotes, espinas y clavos que traspasaron su cuerpo. ¡Oh sentidos de mi dulce y amado Jesús, dignos de ser recreados con todas las cosas apacibles de la tierra, cómo estáis afligidos con todas las cosas amargas y penosas de esta vida! ¡Oh, si mis sentidos se conformasen con los de mi Señor, padeciendo las mismas penas, pues de ellos salieron las culpas!

Lo tercero, considera los dolores exteriores de todo su cuerpo sacratísimo; como la cabeza fué punzada con espinas; los cabellos y barbas arrancados; los brazos desconyuntados, de modo que se podían contar los huesos; las muñecas atadas fuertemente con sogas; las manos y pies agujereados con clavos; las espaldas y todo el cuerpo, acribillado con azotes muy crueles; y como las heridas eran en partes tan sensibles, causaban dolores excesivos. ¡Oh cuerpo delicadísimo, con cuánta razón se puede decir de Ti que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no tenías parte sana! ¡Oh, cuánta mayor razón había para que mi cuerpo fuera atormentado en todas par-

tes y sentidos, pues con todas y de todas han manado innumerables pecados! Sana, oh buen Jesús, con las llagas de tu cuerpo las llagas de mi alma, y por tus dolores corporales me libra de mis males espirituales.

Lo cuarto, se han de considerar los dolores interiores de Cristo N. S., los cuales fueron también muchos y muy graves, como fueron desamparos de la divinidad, suspensión de los consuelos sensibles del corazón, tristezas vehementes de la voluntad, por las injurias que se hacían á Dios y por la perdición de los hombres, temores, tedios y agonías terribles, de las cuales fué testimonio el sudor de sangre. Finalmente, aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena cuanta quería; y como amaba mucho, quería que fuese mucha, para mayor bien de los que tanto amaba. ¡Oh dulce Redentor, ahora veo con cuánta razón te llama Isaías, varón de dolores, pues por todas partes estás rodeado de dolores y cercado de aflicciones. Las tempestades del mar amargo bañaron y atormentaron tu cuerpo, y sus olas entraron dentro de tu alma. Por de fuera te afligió el bautismo de sangre muy penoso y por dentro el cáliz de la tristeza muy amargo. Concédeme, Señor, que sea semejante á Ti en todas estas penas, para que mi cuerpo y espíritu te agraden, y queden limpios de todas sus manchas.

PUNTO III

De los perseguidores y enemigos que atormentaron á Cristo N. S. en su Pasión.

Considera la muchedumbre de las personas que se conjuraron contra Cristo N. S. para atormentarle en su pasión, ponderando cómo concurrieron reyes, jueces, gobernadores, sumos pontífices, sacerdotes, letrados y religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados gentiles, y judíos; en una palabra, todos los

hombres ponen en El las manos ó la lengua. El rey Herodes con su corte le escarnece; el juez Pilatos le condena; Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban; los escribas y fariseos le acusan; los soldados le prenden y mofan; los verdugos le azotan, coronan y crucifican; la canalla del pueblo da voces contra El, pidiendo que muera; un discípulo le vende, otro le niega y todos le desamparan, y eso que todos le estaban obligados con innumerables beneficios para que le amasen, honrasen y sirviesen.

Mira cómo se trocaron contra su Redentor, atormentando y matando á quien tanto bien les había hecho. ¡Oh dulce Jesús, Rey de los reyes, Juez de los vivos y muertos, sumo Pontífice y supremo sacerdote! ¿cómo eres perseguido de los reyes y jueces terrenos, de los sacerdotes y sabios de la tierra, y de todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que te persigan los que no te conocen; pero ¿qué diré viéndote perseguido de los que te conocían y por mil títulos estaban obligados á servirte? ¡Oh, quién nunca te hubiera perseguido con mis pecados! No permitas, Señor, que te persiga más con ellos, sino que fielmente con mis servicios corresponda á tus innumerables beneficios.

Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad y fiereza de estos enemigos y perseguidores, porque, como eran soberbios, eran también enemigos de la verdad, y del maestro que la enseñaba, y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Y demás de esto, estaban poseídos de la pasión del odio, porque Cristo les reprendía sus vicios, y así deseaban matarle, unos por malicia, para vengar sus injurias; otros por pasión de temor, por no perder la gracia del César ó del pueblo; otros por ignorancia, por no conocer bien quién era; otros por falso celo de la religión y del bien público, el cual celo, cuando se junta con envidia, atiza la crueldad y la hace más terrible que de fieras.

Lo tercero, pondera cómo los principales perseguidores de Cristo N. S. fueron los demonios, los cuales sumamente le aborrecían, y así, por vengarse de El, atizaban la fiereza de los hombres para que le persiguiesen. A Judas, instigó Satanás que le vendiese; á los soldados, que inventasen los escarnios que le hicieron; en los judíos encendía el fuego de ira con que ardían, y no se contentó sino con quitarle la vida con terribles tormentos.

Coloquio.—¡Oh amor insaciable, que no contento con ser atormentado de los hombres, quieres que sus atizadores sean los demonios, para librarme con estos tormentos de los que ellos me habían de dar por mis pecados! ¡Oh sapientísimo Jesús! Vuestra misma ciencia aumenta vuestro dolor, sin entibiarse por esto vuestro amor; porque más lleno está vuestro corazón de amor con vuestros enemigos para padecer por su provecho, que el suyo de aborrecimiento para buscar vuestro daño. Llenadme, Señor, de vuestra encendida caridad, para que imite vuestra invencible paciencia.

Propósitos.—Ofrece al Señor alguna mortificación ó penitencia exterior para tomar alguna parte en los dolores de su Pasión.

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA

Segunda meditación general sobre la Pasión de Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De las personas por cuyo bien padece Cristo N. S., y de la causas por qué padece.

Considera primeramente, cómo Cristo nuestro Salvador padeció por los pecados de todos los hombres pagando las deudas de todos con el precio de su sangre. Saca de ahí algunas causas particulares de est

soberana Pasión: Volver por la honra de su Padre, injuriado con tantas ofensas, aplacar la justa indignación que tenía contra los hombres, reconciliándolos con El, y merecerles y alcanzarles la gracia con los medios necesarios y convenientes para su justificación. Y, finalmente, abrirles la puerta del cielo para que entren en la gloria y vida eterna.

De aquí es que, como los pecados de los hombres eran infinitos en el número y en la gravedad, era necesario que fuese de infinita excelencia la persona que padeciera estos dolores; y aunque cualquier dolor de Cristo N. S. bastara para esto, por ser de persona infinita, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos para que su redención fuese más copiosa y los hombres conociésemos la infinita gravedad de nuestros pecados. ¡Oh, cuán graves son las llagas por las cuales fué necesario que Cristo fuese llagado! Miraba nuestro Redentor todo el cuerpo místico del linaje humano llagado de pies á cabeza, y para curarlo quiere que su cuerpo sea llagado con innumerables heridas, y su espíritu afligido con muy graves ignominias. Por nuestras codicias desordenadas de hacienda estáis, Señor, desnudo en una cruz; por la soberbia de los letrados sois tenido por loco; por la vanidad de los que presumen de santos sois escarnecido como pecador; por la hinchazón de los poderosos sois tratado como miserable y flaco; por los regalos de los sensuales sois cargado de tormentos. Los dolores de vuestros cinco sentidos pagan las demasías de los nuestros; vuestra cabeza es coronada de espinas en castigo de nuestras ambiciones; vuestra lengua es aheleada con hiel y vinagre por nuestras glotonerías; vuestras manos y pies son agujereados con clavos en pena de nuestras malas obras y peores pasos; vuestros hombros fueron oprimidos con la carga de la cruz, porque los nuestros desecharon la carga de vuestra ley. ¡Oh Redentor liberalísimo, cuya redención es tan copiosa que bas-

tara para redimir infinitos mundos si los hubiera! Aplicad esta redención á mi alma para que goce de ella y me salve.

Lo segundo, pondera cómo Cristo N. S. padecía todos estos tormentos por sus mismos enemigos, y derramaba su sangre para pagar los pecados de sus perseguidores. Es tan inmensa su caridad, que ofrece su Pasión por los que le aborrecen, por dar honra á los que le deshonran, por dar libertad á los que le prenden, por dar descanso á los que le afligen, y por dar eterna vida á los que le dan cruel muerte. ¡Bendita sea, Salvador mío, vuestra inmensa caridad, y glorificada sea vuestra infinita misericordia!

Lo tercero, considera cómo Cristo N. S. padecía todos estos desprecios y dolores y los ofrecía por cada uno de los hombres, como si él sólo estuviera en el mundo, teniéndole presente en su memoria y en su corazón, y ponderando sus pecados, miserias y necesidades, como si no tuviera otras que mirar y remediar. De modo que yo puedo decir por mí lo que san Pablo dijo de sí hablando de Cristo N. S.: *El cual me amó, y se entregó á la muerte por mí.* ¡Oh alma mía, si te vieras en el corazón de tu dulce Jesús y entendieras el amor con que los ofrecía por tus pecados, sin duda te deshicieras de dolor por ser causa de sus dolores, y te abrasaras en amor por verte tan amada en medio de ellos! Llora, pues, ahora tus pecados, por los cuales padece tanto el que tanto te amó, y ama con todas tus fuerzas al que por ti tanto padeció y como si por ti sola los padeciera.

PUNTO II

Del amor y afecto con que Cristo N. S. padecía.

Pondera la grandeza é inmensidad del amor con que este Señor padecía todos sus tormentos, porque no los padecía por necesidad y fuerza sino por su voluntad y por dar gusto á su Padre Eterno y hacer bien á todos los hombres, y para descubrir las rique-

zas y tesoros infinitos de caridad, misericordia y liberalidad de Dios para con sus criaturas. De aquí procedía, que, como amaba tanto á su Eterno Padre, y por su respeto amaba tanto á los hombres, con ese mismo amor inmenso padecía todo lo que padeció por ellos, aceptándolo todo con grande gusto y consuelo. ¡Oh, quién pudiera rastrear la longitud y anchura, la alteza y profundidad de la caridad de Jesús! ¡Oh, quién entrara en su encendido corazón y viera el horno de fuego infinito que en él ardía, y se derritiera con aquel fuego, saliendo todo lleno de amor, para amar como soy amado y para padecer con amor, por quien padece con tanto amor! De este amor interior nacían tales señales y muestras exteriores, que bastan para derretir el corazón más helado que el mismo hielo y más duro que el peñasco.

Porque señal de amor á los trabajos es desear que vengan presto, hablar con gusto de ellos y refrescar á menudo su memoria. Todo esto hacía nuestro dulce Jesús, como verdadero enamorado del padecer. Por razón de lo cual dijo á sus discípulos: "Con un bautismo tengo de ser bautizado. ¡Oh, cómo me aflijo hasta que esté acabado!„

Esta hambre de padecer y buscar dolores descubrió Cristo N. S. en su Pasión, porque El voluntariamente se fué al huerto donde le habían de prender; dió licencia á sus enemigos, que estaban postrados en tierra, para que se levantasen y le prendiesen; entregó su rostro á las bofetadas y su cuerpo á los azotes; no quiso hacer milagros para que Herodes le amparase, ni hablar en su defensa para que Pilatos lo soltase. Y finalmente, aceptó su injusta sentencia y abrazó dulcemente la cruz y se tendió en ella, dejándose enclavar con duros clavos de hierro, porque estaba ya muy más enclavado con los clavos del amor. ¡Oh amor infinito y fuego inmenso, á quien no pudieron apagar las aguas de trabajos tan inmensos, antes con ellas se encendía mucho más! Abrasadme,

Salvador mío, con este fuego, y encendedme con este amor.

Pero más adelante pasó el amor de Jesús, pues no se hartó con padecer lo que padeció, sino que deseó padecer infinitamente más. Miraba las ansias con que sus enemigos deseaban inventar nuevos tormentos para afligirle; y dilatando más su amor, no solamente deseaba padecer los tormentos que le dieron, sino estaba dispuesto á sufrir todos los que deseaban darle. Y aun no contento con esto, estaba deseoso de sufrir otros incomparablemente mayores si fuera necesario para nuestro bien. ¡Oh fuego infinito, que siempre ardes y nunca dices basta! ¿con qué te pagaré tal deseo de padecer? Mucho te debo, por lo mucho que por mí padeciste; pero mucho más te debo, por lo mucho más que deseaste padecer si fuera necesario para nuestra redención. Si recibiste cinco mil azotes, amor tenías para recibir otros cinco mil millares más crueles. Si tu cabeza fué traspasada con sesenta y dos espinas, tu amor estaba rendido para dejarse traspasar de setenta mil de ellas. Si estuviste colgado tres horas en la cruz con excesivos dolores, aparejado estabas para estar millares de horas con tormentos mucho mayores. Más deseaste ser atormentado, que tus enemigos atormentarte, y más amaste el padecer, que todos los hombres mundanos aman el descansar. ¡Oh, quién me diese un amor tan insaciable, que no se viese harto de padecer por quien tanto padeció por mí con tan insaciable amor!

PUNTO III

De las heroicas virtudes que Cristo N. S. ejercitó en su Pasión.

Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo N. S. ejercitó en su Pasión todas las virtudes de la vida cristiana y perfecta, y cada una de ellas en grado heroico, cuanto á los actos exteriores, y mucho más

cuanto á los interiores que los acompañan. Las causas de esto fueron: La primera, porque había venido á ser Maestro de las virtudes; y entonces quiso hacer un epílogo de todas, y dar de ellas singular ejemplo. La segunda, porque con su Pasión nos había de merecer y ganar todas las virtudes; y así quiso que los merecimientos se fundasen en el ejercicio de ellas. La tercera, para volver por la honra de las virtudes que estaban muy caídas y desacreditadas en el mundo, especialmente las que tienen por oficio hollar las cosas mundanas. La cuarta, para dejarnos por testamento las obras excelentes de todas las virtudes; porque así como dijo en el último sermón: "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos á otros como yo os amé„, así pudo decir, y dijo con la obra: Un mandamiento nuevo os doy; que os humilléis, como yo me humillé, y que obedezcáis y sufráis como yo obedecí y sufrí. ¡Oh dulce Maestro, enseñadme á ejercitar estas virtudes, imitando el ejemplo que me disteis, para que yo también os imite en practicarlas.

Lo segundo, pondera la muchedumbre de estas virtudes, discurriendo por los ocho actos que Cristo Nuestro Señor en el sermón del monte llamó bienaventuranzas, las cuales ejercitó en su Pasión con eminencia. Lo primero, ejercitó la pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas hasta quedar desnudo en la cruz. Y con la pobreza ejercitó la humildad, hollando las vanas honras del mundo, y abrazando todo género de desprecios. Ejercitó la mansedumbre heroicamente en medio de tantas fieras que le despedazaban, como cordero sin hablar, ni defenderse.

Lloró amargamente por nuestros pecados, hasta derramar, no solamente lágrimas por sus ojos, sino sangre por todos los poros de su cuerpo. Tuvo hambre y sed insaciable de la justicia, no viéndose harto de hacer bienes, y de padecer males por justificarnos y darnos ejemplos de santidad. Señalóse en tener mi-

sericordia de los miserables, dándoles cuanto tenía, y su mismo cuerpo en manjar para hartar su hambre, y su sangre en bebida para satisfacer su sed. Tuvo limpieza de corazón eminentísima, conservándose en medio de tan terribles ocasiones sin pecado; antes tomando de ellas motivo para ejercitar admirables actos de virtud. Fué excelentísimamente pacífico, pacificándonos con su Eterno Padre y ganándonos la verdadera paz. Finalmente, fué por extremo paciente, padeciendo por la justicia las mayores persecuciones que jamás se han padecido y con la mayor paciencia que jamás se ha tenido.

Coloquio.—¡Oh Maestro soberano! quién te oyera hablar en el primer monte, cuando predicabas estas virtudes, y quién te viera padecer en el monte Calvario cuando las ejercitabas; el mismo eras y el mismo fin tenías en ambos montes, hablando y obrando, enseñando á padecer y padeciendo. Dame gracia, Señor, para que oiga lo que me enseñaste y ejercite lo que ejercitaste, conformándome contigo en todo lo que hiciste y padeciste, y para que el fruto de tu redención y de tu sangre preciosa no sea perdido para mí.

Propósitos.—En todas las tribulaciones y trabajos, acudir por ayuda y consuelo á la Pasión del Señor.

SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA

La Pasión de Cristo manifestación suprema de los atributos de Dios.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La Pasión de Cristo manifestación suprema de la omnipotencia de Dios.

Considera en primer lugar, que si nada tiene de extraño que Dios poderosísimo haga prodigios y toda

suerte de maravillas, el que padezca y muera en una cruz es cosa que causa espanto á los ángeles y á los hombres. Pero esta muerte y Pasión de un Dios por el hombre, lejos de hacer que flaquee tu fe, ha de servirte para confirmarte más en ella. Medita, en efecto, que si Cristo N. S. murió, murió como convenía á un Dios, que se entregaba voluntariamente á la cruz por la salvación de todo el mundo y que en un santo madero vence al mundo y al demonio y hace ostentación de su poder infinito sobre la muerte y el pecado.

Jesucristo, en efecto, murió después de haber pronosticado todas las circunstancias de su muerte, de modo que, al oirle hablar de su sagrada Pasión mucho antes de suceder, no parecía sino que hablaba de una cosa que ya había acaecido: tan exactamente declaraba los pasos todos de ella.

Jesucristo, en segundo lugar, murió haciendo milagros y manifestando su omnipotencia en la cruz. En su muerte hace temblar la tierra, se abren de par en par los sepulcros, resucitan los muertos, se rasga el velo del templo y se obscurece el sol. Todos estos milagros prueban que moría el soberano Criador y Hacedor de la naturaleza. ¿Y qué cosa puede demostrar mejor la omnipotencia de un Dios que muere, que morir salvando á unos y reprobando á otros, convirtiendo á unos por su misericordia, y dejando que otros se pierdan por su endurecimiento, en lo cual se ostentan los atributos más esenciales de Dios hasta en la muerte? Un milagro sólo no quiso hacer Jesucristo en su Pasión, y fué librarse de la cruz á sí mismo; pero fué porque este milagro habría destruido todos los demás con detrimento de nuestra salvación eterna, que era lo que su amantísimo corazón ansiaba.

Además, la muerte de Jesucristo fué el mayor de todos sus milagros, porque así como los demás hombres mueren por su natural flaqueza, El murió por un efecto de su poder absoluto. Para convencerte de ello basta que consideres, que estando exento de toda

culpa y siendo impecable, era, naturalmente, inmortal; y siendo además sumo Pontífice de la ley nueva, ninguno más que El podía ofrecer al Eterno Padre el sacrificio de la redención del mundo y consagrarle la víctima que para ello estaba destinada. Murió, por último, dando una gran voz hacia el cielo, lo que prueba que no murió por desfallecimiento de la naturaleza; milagro estupendo, y que obligó al Centurión á confesar que era Dios. Es más, si en la muerte tuvo sus flaquezas, fueron otros tantos milagros. Así, si sudó en el huerto, fué con sudor de sangre, y si después de su muerte le abren el costado, sale de él un raudal de sangre y agua, y todas las circunstancias de su muerte fueron otras tantas manifestaciones de su omnipotencia infinita.

Jesucristo, por último, por la infamia de su muerte, llegó á la gloria más alta, y expirando en la cruz triunfó, por la misma cruz, del demonio y del mundo; pues al nombre de Jesucristo todas las criaturas doblan la rodilla, y su cruz, de instrumento infamante de suplicio, pasó á ser la redención del mundo y el más preciado ornamento de las coronas de los reyes. Con ella venció á la idolatría y destruyó el culto de los dioses falsos; todo ello según lo había profetizado antes el Salvador del mundo. ¿Acaso puede haber señales más claras de la omnipotencia de un Dios, que escoge siempre las cosas débiles para confundir las fuertes?

Adora, pecho por tierra, misterios tan altos; estudia y profundiza cada día más en el misterio de Cristo crucificado, y di con el Apóstol, que no quieres tener otra ciencia más que la ciencia divina de la cruz.

PUNTO II

La Pasión de Cristo manifestación suprema de la sabiduría de Dios.

Considera que distando tanto como el cielo y la tierra los pensamientos de Dios y los del hombre, no

hay que admirarse de que el hombre ingrato é ignorante se haya atrevido á censurar las obras de su Criador. Pero lo que asombra es, que haya tomado ocasión para escandalizarse de Dios, precisamente por los beneficios que de El ha recibido. La Pasión de Cristo es, en efecto, á los ojos de los mundanos una necedad; pero es porque ignoran que es, por excelencia, según el dicho del Apóstol, el misterio, la suma y compendio de toda la sabiduría de Dios.

En efecto, considera que dos cosas eran necesarias para nuestra salvación: la primera, satisfacer á Dios infinitamente ofendido; la segunda, corregir al hombre pervertido por el pecado; y ambos fines quedaron completamente realizados con la Pasión y muerte de Cristo N. S.

Un Dios ofendido infinitamente por el pecado, no podía quedar satisfecho sino por los méritos infinitos de un Hombre-Dios. ¿Y de qué modo? El hombre había ofendido á Dios queriendo ser como El, y para borrar esta ofensa, el Hombre-Dios quiso humillarse infinitamente y ponerse debajo de todos los hombres. El hombre se había rebelado contra Dios, y Jesucristo quiso ser obediente á Dios hasta la muerte, y muerte de cruz. El hombre, movido por una pasión insensata, había satisfecho su loco apetito, y el Hombre-Dios llevó la mortificación de su cuerpo sacratísimo hasta convertirse en varón de dolores y oprobio de las gentes. Pero hay todavía más. El Salvador de los hombres nos enseñó por medio de su Pasión las tres cosas en que consiste la salvación del hombre, y cuyo conocimiento era inseparable de su Pasión y muerte, á saber: lo que es el pecado, lo que es Dios y lo que vale la salvación del alma. Para conocer la infinita malicia del pecado, considera que fué necesario, para borrarlo, el que Jesucristo muriera la muerte más afrentosa é ignominiosa, cual es la muerte de cruz; para comprender lo que es Dios y su justicia, considera que sólo podía ésta quedar satisfecha

convirtiéndose Jesucristo, Hombre-Dios, en blanco de las iras del Eterno Padre, y satisfaciendo, por el derramamiento de su sangre, su honra ofendida; y para que entendiese el hombre, qué es la salvación y lo que vale el alma, basta meditar que es un bien que costó la vida á todo un Dios. El libro, pues, que contiene todos los secretos de la ciencia de Dios es su divino Hijo crucificado. *Escrito por dentro y por fuera*, nos dice cuánto amó Dios al mundo y cuánto odia al pecado, lo infinito de nuestra ingratitud, lo que es el cielo, lo que vale la eternidad y la gracia de Dios, de que son fuentes inagotables sus llagas sacratísimas, en una palabra, ese libro divino abierto á todos los siglos, es el compendio de lo que es Dios, y el hombre, el tiempo y la eternidad, el cielo y la tierra, el infierno y el paraíso.

Considerad, además, que la misma sabiduría divina no pudo excogitar medio, ni más infalible, ni más eficaz que la Pasión de Cristo para reformar al hombre, porque, según el evangelista san Juan, tres son las raíces de la culpa: la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida. Piensa, pues, qué remedios te trajo del cielo el Hijo de Dios para curar tan graves males, y verás qué dignos fueron de la infinita sabiduría de Dios. Al amor de las riquezas, en que consiste la concupiscencia de los ojos, opone la falta de todas las cosas y la desnudez de su cruz; á la sensualidad, que es lo que constituye la concupiscencia de la carne, opone los indecibles tormentos que padece hasta morir en un patíbulo afrentoso, y á la soberbia de la vida, las humillaciones de todo género que soporta, hasta ser crucificado entre dos ladrones.

Bendita sea tu sabiduría infinita, Dios mío, que con ella y con tu cruz curas así las llagas de nuestra sensualidad y soberbia. Te reconozco como á mi Dios en ese santo madero, pues sólo un Dios, con su sabiduría, podía convertir un patíbulo en altar en

que te sacrificas, y en un trono desde el que reinas sobre el mundo.

PUNTO III

La Pasión de Cristo manifestación suprema del amor de Dios.

Considera aquí que Jesucristo, Dios y hombre, padece y muere por el hombre, y piensa ante todo, para aquilatar los grados de un amor infinito é incomprensible, lo qué es Dios y lo que es el hombre. Dios es la grandeza, el poder y la soberanía misma; el hombre es la bajeza, la debilidad y la dependencia; y Dios, al morir por el hombre, sacrifica su soberanía, su omnipotencia y su grandeza por la bajeza, debilidad y dependencia humanas. ¿Puede darse mayor prueba de amor?

El mismo Dios no ha podido dar al hombre otra, ni más afectuosa ni más sublime muestra de amor, que morir por él. Las llagas de su cuerpo sacratísimo son, dice san Bernardo, otras tantas bocas abiertas que nos gritan sin cesar: Mira la grandeza de mi amor hacia ti, léelo en lo más íntimo de mi Corazón abierto para manifestarte mi amor. Mira, ¡oh hombre! el estado á que tu amor me ha reducido y lee en mi cuerpo, si es verdad que te amo más que á mi vida.

Un Dios, en efecto, que padece y muere por el hombre, es el objeto de la admiración y éxtasis de los ángeles en el cielo; un Dios que padece y muere por sus mismos enemigos, es lo que causa la confusión y desesperación de los condenados en el infierno, pues cada uno de ellos dirá: Dios murió por mí, por mí derramó su sangre, y, no obstante, me encuentro en este lugar. No puedo dudar de la misericordia con que me miraba, ni de la voluntad eficaz que tuvo de salvarme, pues murió por mí, y, ante esa prueba de inmenso amor, sólo puedo quejarme de mí mismo. Pensando en este misterio de amor, aunque tengas dificultad en concebir la eternidad de las penas del infierno, si bien lo meditas, comprenderás que nada

menos ha podido hacer la Justicia divina, que encender las llamas eternas del infierno, para aquellos que no han querido encenderse en las llamas de su infinito amor.

Pero si Dios-Hombre, muerto por los hombres, es el mayor motivo para la admiración y el amor, un Dios que muere por los mismos que lo crucifican excede los límites de nuestra comprensión, porque Jesucristo mismo nos asegura que la mayor prueba que puede dar el hombre de su amor, es morir por su amigo; pero su amor y misericordia hacia los hombres es mayor aún, pues muere por sus enemigos. ¡Y qué enemigos! Los más viles é insolentes, los más ingratos y crueles que ha habido en el mundo.

Y todavía da una prueba mayor de su amor á los hombres, y es, que pudiendo redimirlos con sólo derramar una gota de sangre, ó con verter una sola lágrima, no se contentó sino con padecer la más ignominiosa y cruel de las muertes.

Abísmate en la profundidad de tal exceso de amor, que llegó á los límites del verdadero amor, que es el sacrificio de la cruz, á la sublime locura del amor de un Dios enamorado del hombre, de un amor que es el mayor de todos los misterios de la fe, pues todos se fundan en el amor y sólo por el amor se explican. Si no tienes el pecho de diamante, y más duro que las peñas que se hendían en la muerte de tu amantísimo Redentor, considera que á lo que menos puede obligarte tu divino Salvador, es á corresponder á ese inmenso amor que llevó á Cristo á sufrir tan grandes dolores, para que si la facilidad con que crió al hombre pudo servir de pretexto á tu ingratitud, la dificultad que ha tenido para redimirte, te obligue indispensablemente á entregarle por completo tu corazón.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! Hasta que he meditado en tu Pasión y en tu muerte, no he conocido cuánto me amas. Esas llagas me dicen cuánto me has amado, que en cierto modo me has amado más

que á ti, pues has muerto por darme vida. ¡Qué locura de amor! ¡Qué amor tan digno de un Dios! ¿Y no te amaré yo, Dios mío? ¿No sabré vivir y morir por ti? Sí, Dios amantísimo de mi alma. En adelante sólo viviré para amarte y para padecer contigo, viviendo siempre al pie de tu cruz.

Propósitos.—Llevar con paciencia, y aun con alegría, las tribulaciones.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

(Sobre el evangelio de este día.)

De la Transfiguración del Señor.

Preludios.—Representate á Cristo N. S. en toda la majestad de su gloria, transfigurado en el monte Tabor, y pídele humildemente que te conceda la gracia suprema de verlo y gozarlo así por los siglos de los siglos.

PUNTO I

Motivos de este soberano misterio.

Considera los motivos que tuvo Cristo N. S. para transfigurarse y mostrarse glorioso á sus Apóstoles; es á saber: para darles algún testimonio de la gloria que tenía encubierta bajo su humanidad, y de la que tendrían los que le sirviesen cuando con El reinasen: para animarlos á llevar la cruz, y para que entendiesen que también en esta vida da Dios á gustar los gozos de la gloria á sus almas escogidas. Con lo cual confirma que la vida del que le sigue, de tal manera es cruz, que es cruz endulzada con los regalos del espíritu, que hacen suave su yugo y su carga ligera. De todo lo cual tengo de sacar grandes deseos de servir á este Señor tan glorioso, con esperanza de que le gozaré en su gloria, y quizá me dará en esta vida á gustar algo de ella, si le soy fiel como debo.

Medita también el tiempo y lugar que escogió para este misterio. El tiempo fué en medio de su predicación, y seis días después que predicó á todos que lle-

vasen su cruz, haciendo la promesa de que algunos le verían en su reino, la cual cumplió en el octavo día, para enseñarnos que no dilata Dios sus promesas mucho y el premiar nuestras buenas obras. El lugar fué un monte alto y apartado, muy acomodado para oración, en señal de que estos favores no los hace Dios á las almas en público, y en el bullicio y tráfago del mundo, sino en la soledad y secreto del recogimiento, y cuando están muy apartadas de los afectos y cuidados terrenos y levantadas á vida de gran perfección; con lo cual me animaré á buscar esta soledad y el retiro, y á huir cuanto pueda del mundo.

Los compañeros de Cristo en este divino misterio fueron tres Apóstoles, los más fervorosos y más queridos, los mismos que le acompañaron luego al huerto de Getsemaní; porque aunque Dios N. S. quiere y ama á todos los justos, á los más fervorosos les hace mayores regalos; por donde echaré de ver cuánto importa ser fervoroso en el amor de Cristo.

Pondera que estos tres Apóstoles representan tres virtudes principales que acompañan á la oración levantada, donde se hace la transfiguración del alma: fe viva y fervorosa, figurada por Pedro; esperanza fuerte, peleando con valor contra los enemigos de la oración, figurada por Santiago, y caridad muy encendida y afectuosa, figurada por Juan.

El ejercicio en que Cristo se ocupaba en el monte, era, como dice san Lucas, orar, para enseñarnos cómo en la oración se dan los regalos y favores del cielo; y en la oración se alcanza la transfiguración del alma, trocando y mudando la vida, de terrestre en celestial y de humana en divina; en la oración el alma se levanta sobre sí misma, el rostro se pone resplandeciente por la luz de las verdades y por el resplandor de las virtudes, que allí se le comunica, echando rayos de amorosos afectos y blanqueando las vestiduras, que son las obras, con purísimas in-

tenciones. Finalmente, allí queda el alma transformada en Dios y endiosada, conforme á lo que de ella dice san Pablo. .

¡Oh dulcísimo Jesús! Concédeme que de tal manera medite y contemple la gloria de tus virtudes, que quede transformado en ellas. Enséñame á orar con tanto espíritu, que sea transfigurado en la imagen de tu gloria.

PUNTO II

Cómo se transfiguró el Señor en el Tabor.

Considera el modo cómo se transfiguró Cristo N. S. que fué dando licencia para que la gloria del alma, que estaba represada sin derivarse al cuerpo, saliese á fuera y se le comunicase, y así quedó resplandeciente como el sol, y aun mucho más, pues que no hubo cosa más resplandeciente á que compararle. Y de allí resultó que sus vestiduras quedaron blancas como la nieve, y su divino rostro lleno de inefable hermosura, la mayor que jamás hubo ni habrá entre los hijos de los hombres. ¡Qué hermosísimo quedaría aquel rostro divino, y cómo arrobaría la vista de los ángeles y de los apóstoles! ¡Cómo quedarían éstos arrobados en la contemplación de aquella hermosura soberana, y cómo, en un momento, el Tabor se transformó en un cielo! ¿Qué es toda la gloria y toda la grandeza humana en comparación de aquella gloria y de aquella grandeza? Pues eso no fué más que una chispa y una gotita de aquel sol y de aquel mar de felicidad que alumbra y que invade á los santos en el cielo por toda una eternidad.

Sacaré grandes afectos de alabanza y agradecimiento á Cristo N. S. por los muchos años que privó á su cuerpo de tanta gloria por nuestra causa, y también porque se la dió ahora á gustar, aunque por poco tiempo, con propósito de quitársela para proseguir el negocio de nuestra redención. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy cuantas puedo, por el alivio que dais

en este día á vuestro afligido y maltratado cuerpo, haciéndole que pruebe la dulzura de la gloria que ha de gozar en la milagrosa resurrección, antes que pase por los dolores y afrentas de la pasión. Por aquí veo, Señor, lo mucho que os debo, pues privasteis á vuestro santísimo cuerpo tantos años de tan grande gloria, para que pudiese ser sacrificado en la cruz con tan grande ignominia. ¡Oh, quién pudiese renunciar todos los deleites y gozos perecederos de esta miserable vida, para padecer algo por vuestro infinito amor! Más querría, Salvador mío, hallarme ahora con Vos en el monte Calvario padeciendo, que en el monte Tabor gozando; ahora escojo el padecer, y cuando Vos fuéreis servido vendrá el gozar.

PUNTO III

Lo que ocurrió en el monte Tabor después de la transfiguración de Cristo S. N.

Considera cómo estando así Cristo transfigurado, se aparecieron Moisés y Elías, y hablaban con El, del *exceso* que había de cumplir en Jerusalén. Escogió Cristo N. S. á estos dos profetas, entre otros muchos, porque éstos eran los más señalados y conocidos por la grandeza de su santidad.

Pondera cómo vinieron estos santos con grande resplandor y majestad. Oye lo que hablaban con Cristo N. S., diciéndole *el exceso* que había de cumplir en Jerusalén; esto es, de su Pasión y muerte, la cual fué exceso de dolores y de ignominias, y exceso de satisfacción por nuestros pecados, pues todo fué excesivo y mucho más de lo que nosotros merecíamos, y más de lo que era necesario para nuestro remedio.

De aquí sacaré, cómo Cristo N. S., mientras vivió, no quiso tener un rato de puro descanso, sino mezclado siempre con trabajos, para enseñarnos que el gozar en esta vida es para padecer, y también para

que entendamos que quien ama con exceso, gusta platicar de lo que ama; y como El amaba la Pasión, gustaba oir pláticas de ella.

Oye también á Pedro que dice: Señor, bueno es estarnos aquí; hagamos aquí tres tabernáculos, uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías.

Pondera la inmensidad del gozo que habrá en la gloria, pues una sola gota que gustó san Pedro viendo el cuerpo de Cristo glorificado, le hartó tanto, que quisiera quedarse allí para siempre, y le pesaba de ver que Moisés y Elías se querían ir, ofreciéndose á edificar tres tabernáculos en que morasen, olvidándose de sí y de sus compañeros, como si no estuvieran en el mundo ni tuvieran necesidad de semejantes tabernáculos en que morar; porque la hermosura y suavidad de las cosas del cielo hace olvidar todas las cosas de la tierra.

También ha de ponderar cómo san Pedro no sabía lo que se decía, parte por estar embriagado con la dulzura que sentía en su alma, y parte por el horror que tenía á la Pasión y muerte de Cristo. Por lo cual Cristo N. S. le dijo *que no sabía las cosas que son de Dios, sino de los hombres*. Y como ahora oyese que Moisés y Elías confirmaban lo que Cristo había dicho de su muerte, quisiera estorbarlo, y así con aquel su fervor dijo que se quedasen allí para siempre. Pero también ahora no sabía lo que se decía, porque esta vida no es para gozar, sino para padecer, y los consuelos de la oración no son para quedarse en ellos, sino para alentarse para los trabajos de la Pasión. Y porque es grande ignorancia no gustar de las pláticas de que gusta Cristo, y con título de estar en su compañía, huir de cumplir su voluntad. ¡Oh dulce Jesús!, concédeme que ame lo que Tú amas y guste de lo que Tú gustas, y que mi gusto sea con las dulzuras que me dieres en el monte Tabor, animarme á estar contigo en el monte Calvario.

Estando Pedro diciendo las palabras referidas, una

nube muy resplandeciente les cercó, y de la nube salió una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado, en el cual me he agradado, oidle. Con las cuales palabras ratificó lo que había dicho en el bautismo; y juntamente nos avisa que el estado de los hijos de Dios comienza en esta vida por el bautismo y se perfecciona en la gloria, donde reciben la herencia. Los Apóstoles, atónitos con la majestad de esta voz, cayeron en tierra y temieron grandemente. Pero luego acudió Cristo N. S., y tocándoles con su mano, les dijo: *Levantaos y no queráis temer*. Levantáronse los Apóstoles y no vieron sino sólo á Jesús, para que entendiesen que por El solo se había dicho aquella voz, y que El solo les bastaba, sin tener necesidad de Moisés ni de Elías. Finalmente, les dijo Cristo N. S: *No digáis esto que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos,* deseando que se encubriese esta gloria, porque no fuese ocasión de estorbar su Pasión y muerte.

Coloquio.—¡Oh humildad profunda! ¡Oh caridad ardiente del Redentor! Para manifestar tu gloria escoges un monte y lugar secreto, y pocos testigos, y á esos pones perpetuo silencio mientras vives, y para morir con ignominia escoges un monte y lugar público, queriendo confundir mi soberbia con tan raros ejemplos de humildad y alentarme á padecer con tan insignes obras de caridad; concédeme, Señor, que te imite en estas virtudes, pues por este fin me diste ejemplo de ellas, y dame á gustar los deleites de la gloria, para que me empiecen á amargar los goces del mundo.

Propósitos.—Piensa con frecuencia en las eternas delicias del cielo y así aprenderás á despreciar, como basura, los placeres y riquezas de la tierra.

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA

Sobre la oración del Huerto.

(Primera parte.)

Preludios.— **Contempla á Jesús postrado en tierra, bañado su sacratísimo rostro en sudor de sangre divina y diciendo en su agonía, con voz que penetra el alma: *Padre, si posible es, pase de mí este cáliz,* y pide conocimiento interno de aquel angustiado corazón y fuerzas para acompañarle en los misterios de su Pasión y muerte.**

PUNTO I

Agonía de Jesús en Getsemaní.

Considera cómo Cristo N. S. quiso dar principio á los trabajos de su Pasión privándose voluntariamente de toda alegría sensible; de suerte, que cerró la puerta á todo consuelo y dió licencia para que brotasen estos afectos penosísimos de temor y tristeza. Como estaba en su mano tomarlos ó dejarlos, tomólos con grandísima fuerza, para que su Pasión fuese más amarga; porque los trabajos, cuando hay alegría sensible, siéntense poco, como lo experimentaron muchos mártires, mas cuando hay tristeza, siéntense mucho; y así la paciencia entonces es muy más gloriosa, porque padece sin ayuda de costa sensible, y se come sin salsa el manjar desabrido y amargo de la tribulación, puramente por amor de Dios.

Considera luego la muchedumbre de estas aflicciones interiores que los Evangelistas llaman temor ó pavor, tedio, tristeza y agonía. El temor fué de los tormentos y muerte tan terrible que tenía cercana, el cual suele á veces atormentar más que la misma muerte, y causa un modo de temblor ó espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía, de que después diremos. El tedio fué un hastío mortal no hallando en la tierra cosa que le diese

gusto y consuelo; con lo cual pagaba los tedios que yo tengo de las obras de virtud y perfección.

La tristeza fué un pesar y aflicción interior de los males que miraba como presentes, y como los trabajos eran muchos y muy terribles, y la aprehensión de todos ellos muy viva, y los aprehendía como inevitables, supuesta la divina ordenación, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, escupido, desamparado y perseguido. ¡Oh alegría de los ángeles!, ¿por qué te sujetas á tantas tristezas? ¿Quieres convertir tus gozos en penas, para convertir mis penas en gozos? Alábente los ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogiste para Ti la tristeza, por llenarme á mí de alegría. Concédeme, Señor, tal esfuerzo en tu servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tedio me oprima, ni la tristeza me consuma.

Considera, después, las causas de esta tristeza y aflicción interior.

La primera, fué la memoria de los pecados de todos los hombres, los cuales tenía presentísimos, y pesaba tres cosas que hay en ellos: su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos al infierno.

Considerando esto, tengo de imaginarme á mí mismo dentro de la memoria y corazón de Cristo N. S. y ver cómo está mirando todos mis pecados y tibiezas, y cómo con ellos le causo tristeza y desconsuelo terrible; por lo cual me tengo de entristecer, ponderando las tres cosas dichas, es á saber: su muchedumbre y gravedad, y la pena eterna que por ellos merecía, y procurando aborrecer el pecado, pues tan grande mal es, que basta su consideración á causar en Cristo tal tristeza.

La segunda causa de esta tristeza fué la consideración del poco provecho que había de hacer en muchos hombres su Pasión y muerte, y en todo esto

ponderaba su terrible ingratitud, su ceguedad, dureza y rebeldía. Y también le daba pena la tibieza y pereza que otros muchos tendrían en aprovecharse de estos medios tan eficaces para su salvación y perfección. Y tengo de imaginar que yo soy uno de los que afligían á mi Salvador con mis tibiezas, por no hacer el caso que debía de su Pasión y muerte, por lo cual me tengo de entristecer con El, suplicándole que me perdone todo lo que tal tristeza le causaba.

La tercera causa de esta tristeza fué la consideración de todos los trabajos que habían de padecer sus escogidos por su causa, las cuales sentía como si El mismo las padeciera, porque los tenía unidos consigo, con entrañable amor y caridad. Allí sentía las aflicciones de los Apóstoles y mártires, las persecuciones de los doctores y ministros del Evangelio, las tentaciones que padecieron los confesores y vírgenes, las tristezas y desconsuelos de los justos atribulados; y allí tenía también presentes mis tribulaciones y tentaciones, mis temores y tristezas, y compadeciéndose de mí, se entristecía por ellas, queriendo por este afecto de compasión padecer lo mismo que yo padezco, obligándome á que yo, con el mismo afecto de compasión, padezca lo que El padeció.

PUNTO II

Oración divina de Cristo en Getsemaní.

Considera cómo Cristo N. S., con palabras y ejemplo, nos enseña que el remedio de nuestras tristezas no es enternecerse con los hombres, sino hablar con Dios en la oración. De este ejemplo he de aprender, en mis tristezas, á no esperar consuelo de hombres, sino en acudir á Dios y esperarle de El únicamente.

Lo segundo, también nos avisa que la oración es único remedio para no caer en las tentaciones y no perecer en los peligros. Y no dice Cristo, orad para que no seáis tentados, sino, orad, para que no entréis en

la tentación y os aneguéis en ella, porque muchas veces nos conviene ser tentados y afligidos; pero la oración sirve para que no caigamos, ó si cayéremos, para que no perezcamos del todo, sino que nos levantemos con el favor que Dios nos dará para ello.

Lo tercero, tengo de ponderar aquella palabra: *Velad conmigo*, esto es, en mi compañía y como yo velo, imitándome á Mí; en lo cual nos da á entender que El mismo vela con los que velan y ora con los que oran, y los que velan y oran hacen esto con El, teniéndole por maestro, por compañero y ayudador. Pues con tal compañía, ¿cómo no gustaré yo de velar y orar? Ayudadme, dulcísimo Jesús, para que siempre vele con Vos, gastando los días en trabajar y las noches en orar, y días y noches en obedecer á quien siempre veló, oró y trabajó por mi amor.

Llegado Cristo N. S. al lugar de su oración, hincó ambas rodillas, y postróse, pegando el rostro con la tierra, y puesto así, dijo: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que quiero, sino lo que Vos queréis.*

Cuatro cosas señaladas hubo en esta oración, las cuales tengo de ponderar para mi provecho. Lo primero, fué oración retirada para hablar á solas con Dios.

Lo segundo, fué con profunda reverencia, nacida de la grandísima estima que Cristo N. S. tenía de la divina Majestad, y del conocimiento de la bajeza de su humanidad, en cuanto criatura, y de la necesidad en que estaba; y así oró humildísimamente de rodillas, postrado y cosido con la tierra.

Lo tercero, fué acompañada de grande confianza y amor; lo cual declara aquella palabra, Padre mío. Otras veces llámale solamente Padre; pero esta vez añadió, Padre mío, dando muestras de aumentar la confianza y amor con quien era particularmente Padre suyo, no por adopción, sino por naturaleza.

Lo cuarto, fué con grande abnegación de la propia

voluntad, y con grande resignación en la divina; porque los trabajos eran terribles, la inclinación natural de huir de ellos era grande, y la congoja interior muy crecida; y así, resignarse entonces á lo que Dios quisiese contra su inclinación, fué acto de heroica virtud. Considerando todo esto, he de confundirme por la falta que tengo de estas virtudes, suplicando á Cristo N. S. me las comunique; y cuando me viere en algún trabajo, cualquiera que sea, tengo de usar de esta misma oración, procurando decirla con el espíritu que la dijo el mismo Señor. ¡Oh Padre celestial, si es posible pase de mí este cáliz de amargura que me aflige; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres!

PUNTO III

Los Apóstoles en Getsemaní.

Acabada esta primera oración, Cristo N. S. volvió á sus Apóstoles, para ver si velaban como les había mandado, y hallólos durmiendo. Despertólos y, con blandura, les dijo, especialmente á Pedro, que se preciaba de más fervoroso: *¿Así no pudisteis velar una hora conmigo? Velad y orad, porque no entréis en tentación; porque aunque el espíritu está pronto, la carne está flaca.*

Pondera la gran caridad, solicitud y cuidado que Cristo tenía de sus discípulos, pues en medio de tantas aflicciones interrumpe su oración por visitarlos y alentarlos; y aunque los halló durmiendo, no se indignó contra ellos, sino con blandura los corrigió y avisó del peligro en que estaban, repitiéndoles lo que les había dicho: que orasen para no caer en la tentación; pues aunque el espíritu esté pronto, como la carne es flaca, si no es ayudada con oración, será vencida.

Lo segundo, pondera en los discípulos el descuido del hombre en los negocios de su salvación, tomándolos Cristo N. S. tan de veras y con tanto cuidado.

Y en persona de estos que duermen me consideraré á mí mismo, que duermo y aflojo en mi aprovechamiento, imaginando que Cristo N. S. me reprende dulcemente como á los Apóstoles.

Volvióse Cristo N. S. segunda vez á la oración, repitiendo las mismas palabras, aunque con mayor instancia, porque es de creer diría las que pone san Marcos: "Padre, Padre, todas las cosas te son posibles; traspasa de Mí este cáliz, mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres.„

Acabada la segunda oración, volvió Cristo N. S. segunda vez á sus Apóstoles con la misma caridad que la primera, y hallándolos también durmiendo, compadeciéndose de su flaqueza, dejólos y volvióse la tercera vez á la oración repitiendo las mismas palabras: *Padre, si quieres, pase de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.* Y esta oración también fué larga y prolija; porque, como dice el mismo evangelista: "Puesto en agonía y congoja grande, oraba más prolijamente, prolongando más su oración.„

Pondera cómo Cristo N. S., aunque sabía que sus discípulos dormían, quiso venir á visitarlos para descubrir el cuidado que de ellos tenía; pero, en especial, pondera la grande soledad que sintió el Salvador en este punto, viéndose privado de todo consuelo. El lugar era solo y el tiempo obscuro, los discípulos estaban oprimidos del sueño, su Madre estaba ausente, su Padre celestial parece que se hacía el sordo y no le respondía; su divinidad y la parte superior de su alma dejaban padecer á la inferior, cumpliéndose lo que dijo David: Busqué quien me consolase y no le hallé.

De aquí procedió la perseverancia de Cristo en su oración, sin quejarse de no ser oído, ni dejar por eso de orar y repetir lo mismo una, dos y tres veces, creciendo en el fervor, para enseñarme que tengo de orar con perseverancia, sin quejarme de Dios, por-

que dilata el oirme, porque si á Cristo, mi Señor, que merecía ser oído á la primera palabra, no le dan la respuesta hasta que ora tercera vez, ¿qué mucho que me la dilaten, no mereciendo yo ser oído? Y si esta dilación no fué para su daño, tampoco será para el mío; y si persevero, sin duda seré oído á su tiempo en lo que me conviniere, ya que no por merecerlo como amigo, siquiera por importuno.

Finalmente, ponderaré cómo el Padre Eterno dilató tanto el oir la oración de Cristo N. S., para darnos á entender la grande necesidad que nosotros teníamos de la Pasión y muerte de su Hijo, pues se detenía en responderle cuando le pedía, que si era posible se impidiese; lo cual me obliga mucho á amarle, pues tanto estima mi bien.

Coloquio.—¡Oh Padre soberano!, ¿por qué amáis tanto á los esclavos, que queréis por su causa afligir á vuestro Hijo? ¿Por qué os hacéis el sordo á su demanda, dejando de cumplir su deseo, por respeto de los que nunca cumplen el vuestro? Si hacéis la voluntad de los que os temen, y oís su ruego con presteza, ¿cómo no hacéis la voluntad de quien tanto os ama, y en clamando le decís: *Aquí estoy*, ¿qué me quieres? Vuestra caridad, Dios mío, y la de vuestro Hijo, es causa de esto; porque en el modo que Vos queréis no oirle, El también quiere no ser oído, estimando en más nuestra salvación que su vida. Concededme, Señor, esta conformidad con vuestra voluntad en cualquier cosa que ordenáredes, pues aunque sea por mi culpa, no será para mi daño, por el grande amor que tenéis á vuestro Hijo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Propósitos.—Consolar á Cristo N. S. en su agonía. Esto lo puedes hacer siendo muy fervoroso y velando y orando para no caer en la tentación.

MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA

Sobre la oración del Huerto.

(Segunda parte.)

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Un ángel se aparece á Cristo N. S., y le conforta en su agonía.

Considera cómo el Padre Eterno, viendo á su Hijo en tanta aflicción y desamparo, y que todavía perseveraba en su oración, para que se echase de ver que tenía providencia y cuidado de El, y que no despreciaba su oración, envió del cielo un mensajero que, en su nombre, le consolase; así como en el desierto, cuando venció al demonio, envió ángeles que le diesen de comer; con lo cual juntamente nos enseña el cuidado paternal que tiene de los que oran, enviándoles á su tiempo el consuelo con algún ángel invisible, que es su santa inspiración; y si dilata esto, no es sino para enviárselo al tiempo que más les conviene. ¡Oh Padre celestial! gracias te doy por el cuidado que tuviste de enviar quien confortase á tu desconsolado Hijo; por El te suplico no me desampares en mis trabajos, sino que á su tiempo me des el consuelo y esfuerzo conveniente para poder llevarlos.

El ángel que vino es de creer que fué san Gabriel, á quien estaba encargado el servicio del Verbo encarnado, no como ángel de guarda, sino como ministro y ejecutor de lo que tocaba y pertenecía al misterio de la redención; y aunque no vino sino un ángel sólo, porque éste bastaba para el fin que se pretendía de confortar á Cristo, si fueran menester diez legiones de ellos, poderosa era su oración para alcanzarlos de su Padre, como El mismo lo dijo poco después. En lo cual se nos representa cómo el oficio

de los ángeles es asistir á los que oran para consolarlos y animarlos, y para presentar á Dios sus oraciones y traer el despacho de ellas; y con la oración les provocamos á que vengan en nuestra ayuda todos los que fueren menester para ella.

Llegado, pues, el ángel en forma visible, habló á Cristo N. S. con gran reverencia y con semblante muy compasivo, poniéndole delante algunas razones que podían consolarle y confortarle en su aflicción, es á saber: que era voluntad y decreto del Padre Eterno que muriese y bebiese aquel cáliz, que era necesario para remedio del mundo, para rescatar los justos que estaban en el limbo, para poblar el cielo y para cumplimiento de las profecías; y que los trabajos pasarían presto, y luego se seguiría la gloria de la resurrección y el descanso perpetuo de su carne. Estas y otras razones le diría el ángel, y Cristo nuestro Señor con humildad las oía, mostrándose en cuanto hombre necesitado del consuelo de sus criaturas; y aunque sabía muy bien todo lo que el ángel podía decirle, gustaba de oírselo y se confortaba con ello. ¡Oh Salvador mío! ¿Cómo siendo Tú el consuelo y esfuerzo de los ángeles te has puesto en necesidad de ser confortado por uno de ellos? Tu caridad ha hecho esto, por la cual te doy innumerables gracias y te suplico me ayudes, para que me aproveche de los consuelos y avisos que me diere, así el ángel de mi guarda, como Tú, que eres ángel del gran consejo.

También de este ejemplo sacaré aviso para sujetarme con humildad á recibir consuelo de cualquier persona, aunque sea menos sabia y discreta que yo, y aunque yo sepa todo lo que me pueda decir; porque muchas veces, por medio del menor, consuela Dios al mayor y le da nuevo sentimiento de las verdades que antes sabía, y tomaré aviso para sacar razones más divinas que humanas con que consolarme en mis trabajos y oir también las que el Espíritu Santo consolador suele inspirar al corazón para su consuelo.

PUNTO II

Sudor de sangre en Getsemaní.

Considera sobre este paso tan lastimoso las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso, en el cual se manifestó la terribilidad de la aflicción interior, que padecía el alma santísima de este Señor, ponderando cómo dentro de ella se levantó una lucha terribilísima entre el temor y la tristeza de la muerte, y de los tormentos por una parte, y el celo de la gloria de Dios y del bien de los hombres por otra. La imaginación, con la viva aprensión de los dolores, avivaba los afectos del temor, tristeza y congoja interior; pero la razón superior, con las conveniencias de la muerte por las causas dichas, avivaba los afectos del celo y del amor, resistiendo á los otros que le detenían, y con esta lucha creció tanto la congoja, que vino á reventar la sangre por sudor de todo el cuerpo en tanta abundancia, que corrió hasta la tierra. ¡Oh luchador fortísimo! ¿Qué necesidad tenéis de pelear contra los temores y tristezas con tanto celo, pues en todo están sujetas á vuestra voluntad? ¿Por ventura es ensayaros para la lucha que os espera con los verdugos y sayones? ¿O es pasear la carrera de vuestra Pasión antes de veros en ella? ¿O es darme ejemplo de luchar contra mis pasiones, resistiendo valerosamente hasta derramar la sangre por vencerlas? Por todo os doy inmensas gracias, y os suplico me prevengáis con vuestra gracia para que luche con grande fortaleza.

El modo de luchar contra mis pasiones, á imitación de lo que aquí hizo Cristo N. S., ha de ser poniendo delante de los ojos distintamente todas las cosas que me causan temor y espanto en el camino de la virtud y en el cumplimiento de la divina voluntad, ora sea temor de pobreza ó desprecio, ó de algún dolor ó enfermedad, ó cualquier otra dificultad, y contra todas

luchar con gran valor, procurando con el celo fervoroso de la gloria de Dios y de mi salvación, vencerlas y rendir mis apetitos á la divina voluntad, resistiendo á mis inclinaciones.

Considera luego la inmensidad del amor de Cristo N. S. y la liberalidad grande que muestra en derramar su sangre por nosotros de su voluntad, porque Cristo N. S. no quiso esperar á que los verdugos sacasen su sangre con los azotes, espinas y clavos, sino antes de esto quiere que su imaginación y su santo celo sean sus verdugos, sus azotes y clavos, aprendiendo tan al vivo todos los tormentos que había de padecer en cada parte de su cuerpo, que bastase á sudar sangre por la cabeza, rostro, espaldas, pecho y las demás. De modo, que en aquella hora padeció espiritualmente de tropel y por junto lo que después había de padecer en diferentes horas, como si en su espíritu fuera preso, azotado y coronado de espinas, crucificado, aheleado y atormentado con dolores de muerte, para que entendiese que más ganas tenía El de derramar su sangre por nuestro bien, que los verdugos de sacársela para hacerle mal.

La tercera causa de este sudor fué para mostrar el vivo y tierno sentimiento que tenia de nuestros pecados, y de las llagas mortales que padece todo el cuerpo místico de su Iglesia, para cuyo remedio quiso, como cabeza nuestra, tomar la medicina del dolor interior con tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural; y como los pecados se purgan y perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fué tan excesivo, que no sólo derramó lágrimas por los ojos, como gotas de agua, sino derramólas por todos los poros del cuerpo, como gotas de sangre, que bañaron la tierra.

La cuarta causa fué, para mostrar el sentimiento grande que tenía de las aflicciones y tormentos que había de padecer el cuerpo místico de sus escogidos, cuyos trabajos sintió tanto, que por la compasión de

ellos derramó sangre; y, como dice san Lorenzo Justiniano, allí fué espiritualmente apedreado con san Esteban, crucificado con san Pedro, aspado con san Andrés, desollado con san Bartolomé, asado en parrillas con san Lorenzo, despedazado de bestias con san Ignacio, y en resolución, padeció con el espíritu lo que sus mártires padecieron en el cuerpo, y en testimonio de esto suda sangre por el suyo. Dignísimo eres, oh Salvador de los hombres, de que todos te alaben, sirvan y amen por este amor que les mostraste. ¡Oh, quién me diese que sintiese yo tanto tus dolores, que sólo el pensamiento de ellos me hiciese sudar sangre; porque si la cabeza siente tanto el dolor de los miembros, razón es también que los miembros sientan el dolor de su cabeza!

Finalmente, pondera cuán debilitado quedaría nuestro dulce Jesús de este sudor, y cuán solo estaba, sin tener con qué enjugarse, ni quien le aliviase. Solamente el ángel, pasmado de esta extrañeza, le confortaría de nuevo, hasta que fué tiempo de partirse. ¡Oh afligido Jesús, quién se hallara en ese huerto para haceros compañía en este trabajo! ¡Oh quién pudiera daros su alma y corazón, para enjugar vuestro sudor con algún alivio! Dadme, Señor, licencia para que con el espíritu me halle presente á vuestro tormento, y haga con verdadera compasión lo que entonces quisiera hacer para vuestro consuelo.

PUNTO III

Frutos de la oración de Cristo N. S. en el Huerto.

Considera cómo acabada esta lucha y sudor de sangre, Cristo N. S. se levantó de la oración, y volvió tercera vez á sus discípulos; y hallándolos durmiendo, los despertó, diciéndoles: *Basta ya; levantaos y vamos de aquí, porque se acerca el que me ha de entregar.*

Pondera, lo primero, el ánimo y esfuerzo que la carne de Cristo N. S. sacó de la oración para acome-

ter los trabajos de la Pasión, enseñándonos con este ejemplo la eficacia de la oración, para fortalecer á la carne flaca, y darla vigor para acometer lo que antes aborrecía y huía.

Pondera, lo segundo, la mansedumbre de este Señor, que con haberse visto tan congojado, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no se indignó, sino compadeciéndose de ellos, les dijo: *Dormid y descansad.* ¡Oh buen Jesús, cuánta mayor necesidad teníades Vos de dormir y descansar! Pero como buen Padre, queréis para vuestros hijos el descanso, y tomáis para Vos el trabajo.

De ahí á un rato, los despertó y dijo: *Levantaos, que ya viene el traidor.* Como quien los reprendía amorosamente, diciendo: Vosotros, mis amigos, dormís, y mi enemigo no duerme. Con lo cual me tengo de confundir, viendo que los malos son más diligentes en perseguir y ofender á Cristo y á su Iglesia que yo en servirlos y defenderlos; pero confiado en la virtud de este Señor, tengo de levantarme como los discípulos, y acompañarle en sus trabajos, ofreciéndome con prontitud á sufrirlos por su amor.

Coloquio.—¡Oh sangre preciosísima, derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! ¡Oh, quién fuera la tierra en que caiste, para quedar limpio y santificado con tu baño! Lávame ¡oh buen Jesús! con esa sangre, y aplícame una gota de ella, pues una basta para mi salud. Y ¿qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola. Pues, ¿por qué, Salvador mío, derramas tantas? ¡Oh amor sin medida, quién te amase sin medida! ¡Oh si todos los miembros de mi cuerpo se convirtiesen en lenguas para alabar tus misericordias, y en ojos para llorar lágrimas de sangre por mis pecados!

Propositos.—No dormirte nunca en la defensa de Cristo, sino luchar denodadamente por defenderlo á El y á la Iglesia en contra de sus enemigos y tantos pérfidos Judas como les hacen traición y los venden.

MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA

Aplicación de los sentidos interiores del alma cerca de la oración del huerto, y sangre que Cristo N. S. derramó en él (1).

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, con la vista interior del alma miraré la sangre que vierte Cristo N. S., ponderando quién es el que la derrama, por qué causa, con qué modo y con qué afecto; es á saber: cómo la derrama Dios por mis pecados con infinito amor, excesivo dolor y desprecio, y cómo sale matizada con los vivos colores de sus virtudes, humildad, paciencia y caridad, sacando de aquí afectos de admiración, amor, agradecimiento y de imitación, en esta forma. Qué, ¿es posible que un Dios de tan infinita majestad derrame sangre tan preciosa por una criatura tan vil como yo? ¡Y que tan á costa suya busque mi remedio, haciendo de su sangre medicina para mí, pecador! ¡Oh bendita sea bondad tan sin medida! ¿Qué alabanzas te daré, Señor, por tanta merced? ¿Cómo te amaré de todo mi corazón? ¿Y cómo imitaré tus gloriosas virtudes? Yo propongo con tu gracia de imitarlas, aunque sea derramando mi sangre por seguirte en ellas.

PUNTO SEGUNDO.—Lo segundo, oiré con los oídos del alma las palabras, voces y clamores que suenan con el derramamiento de esta sangre y con el ejercicio de tantas virtudes. *a)* Lo primero, oiré cómo esta sangre clama y da voces al Padre Eterno, no pidiendo venganza como la sangre de Abel, sino pidiendo misericordia y perdón para los hombres, al-

(1) Ponemos esta meditación, que puede servir como modelo para el método de meditar que llama san Ignacio *aplicación de sentidos*, y de que tanto uso hace el Santo y quiere que haga el ejercitante en los santos ejercicios.

canzando lo que pide, porque no puede el Padre Eterno dejar de oir este clamor. De donde sacaré grandes afectos de confianza para pedir por esta sangre perdón de mis culpas. *b)* Lo segundo, oiré las voces que me da Cristo con esta sangre, diciéndome: Pues yo doy mi sangre preciosa por tu provecho, dame tu sangre vil por mi servicio, resistiendo al pecado, y derramándola, si fuere menester, por no hacerle. *c)* Lo tercero, también oiré las palabras que el Salvador diría á su Eterno Padre, ofreciéndole su sangre por nosotros. ¡Oh, cuán bien las recibiría su Padre aceptando la oferta y prometiendo darle cuanto le pidiese por ella! *d)* Lo cuarto, oiré los gemidos del Salvador y el ruido de la sangre que vertía, compadeciéndome de sus dolores, y sintiéndolos como si fueran míos, y llorando mis culpas, que fueron causa de ellos.

PUNTO TERCERO.— Lo tercero, se ha de percibir espiritualmente: *a)* La fragancia y olor suavísimo de esta sangre, que sube al Eterno Padre, aplacando con esta suavidad su ira é indignación mucho mejor que con el sacrificio sangriento de animales, que Noé le ofreció. ¡Oh, cuán bien le huele verla derramar con tanto fuego de amor, ofreciéndosela su Hijo en sacrificio y ofrenda por nuestras culpas, entregándose, como dice san Pablo, á sí mismo por oblación y sacrificio en olor de suavidad! *b)* También ponderaré su dulce fragancia, cuando nosotros se la ofrecemos en el sacrificio de la Misa, sacando grandes afectos de amor y confianza por todo esto. *c)* También he de oler la fragancia de las virtudes olorosísimas que acompañan este derramamiento de sangre de Cristo, y con este olor confortaré mi corazón para imitarlas corriendo tras Cristo para darle un alcance en ellas; ponderando que humildad, paciencia y obediencia, teñidas con mi sangre, mezclada con la de Cristo, son muy olorosas y agradables al Padre

Eterno, por la semejanza que tienen con las de su Hijo, y así me animaré con gran fervor á procurarlas.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de gustar con el gusto interior del alma: *a)* La suavidad y dulzura de esta sangre, y de las virtudes que en su derramamiento resplandecen, viendo el gusto de la parte superior del espíritu con que este Señor la derrama, y cuán sabroso le es derramarla por obedecer al Eterno Padre, y para nuestro remedio. *b)* Item, gustar la suavidad de esta sangre cuando se bebe en el Sacramento del altar, recreando mi alma con esta dulzura, y deseando siempre tener parte en ella. *c)* Gustar también la dulzura inmensa que tiene para endulzar todas las cosas amargas de esta vida, mojándolas en ella, haciendo propósitos de tomarla por salsa de la obediencia y humillación, y de los trabajos y desprecios que se me ofrecieren. *d)* También he de gustar las amarguras y dolores que este Señor padece en su carne, y sentirlas dentro de mí, conforme á lo que dijo san Pablo: "Sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús." ¡Oh dulcísimo Jesús, quién pudiera sentir lo que sentías y gustar lo que gustabas, cuando derramabas por mí tu preciosa sangre! Dámelo á sentir, aunque sea muy amargo; porque habiendo pasado por Ti, para mí será muy dulce.

Punto quinto. Lo quinto, con el tacto interior del alma se ha de tocar esta sangre, besarla y bañarme con ella, para quedar limpio, blanco y puro con la sangre de este Cordero sin mancilla. ¡Oh, quién fuera la tierra en que cayó esta preciosa sangre! ¡Oh si mi corazón fuera relicario en que estuviera depositada! ¡Oh sangre de Jesús, derramada con infinito amor, abrásame en amor del que por mí te derramó! ¡Oh sangre vertida con excesivo dolor y desprecio, enciéndeme en deseo de padecer dolores y desprecios por quien te vertió! ¡Oh sangre de mi Señor, que en el Sacramento del altar entras dentro de mi pecho!;

yo te toco y te palpo, te gusto y te abrazo, y me incorporo y junto contigo, y deseo estar siempre abrazado y unido con quien te me dió, por todos los siglos.

Coloquio.—¡Oh Jesús, verdadero varón de dolores del cuerpo y del alma! Tu sangre, que es prenda de salvación, arras de gloria, precio de la redención, no caiga más sobre la tierra fría, sino sobre mi alma. Esa sangre que tú sudas, y de que está cubierto todo tu cuerpo, y que rompe por todos los poros; esa sangre divina que te arranca parte el temor de la muerte, parte el amor de nuestra salvación, caiga sobre mi corazón para que te ame, y sobre mis ojos para que vea y te conozca, y sobre mi alma para que la redimas y la salves.

Propósitos.—Odio implacable al pecado que puso á tu divino y amantísimo Salvador en tan espantoso trance y agonía.

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA

Sobre el prendimiento, en el huerto, de Cristo N. S.

Preludios.—Mira á Cristo que sale al encuentro de Judas y de los sayones y los derriba en tierra con sola una palabra de su omnipotencia, y luego se deja maniatar y prender como mansísimo cordero, y pídele saber temer su justicia y amar su misericordia.

PUNTO I

Antes del prendimiento.

Considera, lo primero, las trazas que inventó Satanás por medio del infame Judas para prender á Cristo N. S. Pondera la maldad de este traidor, que de Apóstol se hizo capitán y guía de traidores y enemigos capitales de Cristo, y les da consejo de lo que han de hacer para salir con su intento, y vende por treinta dineros al Criador del mundo. De todo lo cual has de sacar temor de los juicios de Dios, suplicándole no te desampare, porque no llegue tu maldad á tanto, que por dejarte arrastrar de alguna pasión,

como Judas, te conviertas, de bueno, en pésimo, y de amigo de Cristo en verdugo suyo y de su Iglesia.

Pondera después la gran caridad y mansedumbre que mostró en este caso Cristo N. S. admitiendo el beso de aquel traidor, sabiendo que le tomaba por señal de su traición y no teniendo asco de que boca tan maldita llegase á su divino rostro. Mostró su mansedumbre en llamarle amigo y hacerse el disimulado al admitir su beso, como si no supiera á qué fin iba enderezado, diciéndole: Amigo, ¿á qué viniste? Como quien dice: Acuérdate que has sido mi amigo y siempre te traté como tal, y ahora deseo convertirte de enemigo en amigo, y de amigo fingido en amigo verdadero. Si vienes á eso, yo te recibiré y te perdonaré. Dime, ¿á qué viniste? ¡Oh, bendita sea tal caridad, que con tanta blandura convida al que usa contra El de tanta crueldad!

Además, quiso Cristo N. S., después de esto, corregir blandamente á Judas, manifestándole que sabía sus intentos, y por eso le dijo: ¡Oh Judas, con beso entregas al Hijo del hombre! Como si dijera, con grande admiración: ¡Oh Judas, con señal de amistad usas conmigo de tanta enemistad! ¡Y con beso de paz me haces cruel guerra! Pero la dureza de aquel vendedor de sangre divina fué tan grande, que nada le aprovechó, sino dada la señal del beso, como se había adelantado un poco de los soldados, volvióse de pronto á ellos para cometer su traición.

Luego Cristo N. S. salió al encuentro á los soldados, y preguntóles: ¿Á quién buscáis? Ellos respondieron: A Jesús Nazareno. Díjoles Jesús: Yo soy; y al punto volvieron hacia atrás y cayeron en tierra.

Considera cómo Cristo N. S. quiso dar muestras de su divinidad, descubriendo el poder de su justicia y manifestando la grandeza de su misericordia. Pondera su magnanimidad en salir sin temor alguno á recibir á sus enemigos, y con una sola palabra, como heridos por un rayo, dar con todos y con Judas en

tierra, de donde nunca se pudieran levantar, si El no les diera licencia para ello. Lo cual hizo para que entendiesen, así Judas como aquella gente, que no le podrían prender si El no quisiese, y que si moría era porque de su voluntad se entregaba á la muerte.

Considera también la fuerza de aquella palabra, *Yo soy*, la cual para los buenos es dulce y de grande consuelo, mas para los malos, es terrible y espantosa, porque quiere decir: Yo soy vuestro juez; Yo soy el Todopoderoso, que os puedo condenar; soy el Dios de las venganzas, que os tengo que castigar. Y si esta palabra, dicha por la boca de Cristo cuando estaba en tanta aflicción, es tan poderosa que derriba en tierra á sus enemigos, ¡cuánto más poderosa será la que dirá cuando venga como rey á juzgar y diga á los malos: ¡Apartaos de mí, malditos! Será, sin duda, como un viento impetuosísimo que dará con ellos, no sólo en tierra, sino en lo profundo del infierno.

Dando entonces Cristo N. S. licencia á los soldados para que se levantasen, les preguntó segunda vez: ¿A quién buscáis? Y diciendo ellos: á Jesús Nazareno, les respondió Jesús con gran imperio: "Ya os he dicho que Yo soy; si me buscáis á Mi, dejad ir á mis discípulos."

Pondera la ceguedad y dureza de Judas, y de estos hombres miserables, que con haber visto un milagro tan manifiesto de la divinidad de Cristo, no se le rindieron, ni reconocieron por Dios, sino como endemoniados perseveraron en su obstinación. ¡Abismo espantoso del endurecimiento del corazón humano!

Mira la inmensa caridad de Cristo N. S. para con los suyos, y el cuidado que tiene en mirar por ellos y defenderlos con su omnipotencia; porque aquella palabra dejad ir á estos, fué un mandato tan poderoso y eficaz, que no pudieron sus enemigos ir contra El, ni hacer daño alguno á los Apóstoles.

Viendo los Apóstoles que los soldados acometían

á Cristo N. S., le dijeron: "Señor, ¿acometemos con nuestras espadas?„ Y sin aguardar respuesta, Pedro cortó con su cuchillo la oreja derecha de un siervo del pontífice llamado Malco. Entonces Cristo N. S. les dijo: Dejadles hacer lo que quieran. Y dirigiéndose á Pedro, reprendió y reprimió su fervor indiscreto con breves y admirables sentencias, mezcladas de rigor y blandura.

La primera fué: "Torna la espada á su vaina, porque quien mata con cuchillo, á cuchillo morirá.„ Que es decir: Quien con espíritu de venganza mata, digno es de muerte. Descubre aquí la mansedumbre de este Señor, el cual no se cansa de darnos lecciones de sufrimiento en mediode tantos enemigos que le injuriaban.

La segunda fué: "El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que lo beba?„ Por las cuales palabras se ve que Cristo N. S. no miraba el cáliz de su pasión como dado por mano de sus enemigos, sino como ordenado por la voluntad de su Eterno Padre, la cual deseaba cumplir, y aunque el cáliz fuese amargo, bastaba ser dado por su Padre, para beberle como si fuera dulce. Con estos ojos tengo yo de mirar todos los trabajos que me sucedieren; y si sintiere tentación interior, ó pensamiento que me aparte de beber con gana este cáliz, tengo de responder á mi tentación: Y ¿cómo no quieres que beba el cáliz que mi Padre me da? ¡Oh Padre amantísimo, yo me ofrezco á beber cualquier cáliz que me dieres y á recibir cualquier purga que ordenares, por amarga y desabrida que sea, pues siendo ordenada por tu sabiduría y providencia, sin duda será para mí muy justa y provechosa!

Considera cómo Cristo N. S., tocando la oreja de aquel siervo Malco, le sanó, y este es el segundo milagro que hizo en su Pasión, cuyos motivos fueron por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo y al que tanto mal le quería hacer. Además, por las entrañas de misericordia que tenía, doliéndose de que alguno por su ocasión reci-

biese daño. ¡Oh dulcísimo Jesús, que pudiendo hacer milagro para defenderos, no queréis usar de vuestro poder y usáis de él para hacer bien al que os ofende! comunicadme este espíritu de amor, con el cual sea conmigo riguroso y con mis enemigos blando.

PUNTO II

Prendimiento de Cristo N. S.

Considera cómo este Señor inocentísimo fué tenido y tratado como ladrón, y como á tal vinieron á prenderle de noche, con armas y linternas. ¡Oh buen Jesús, cuán lejos estáis de ser ladrón, robador de lo ajeno, pues dais por nuestro bien todo lo que tenéis por propio! Si es serlo robar los corazones y sacar las almas del poder de Satanás, es verdad que sois ladrón, mas esto no es injuria, sino honra; no es culpa digna de prisión, sino hazaña digna de eterna loa. Robad, Señor, mi corazón, y tomadle para Vos, porque ni tomaréis lo ajeno, pues también es vuestro, ni será contra la voluntad de su dueño, porque yo gusto de ser robado.

Pondera luego aquellas sentidísimas palabras: "Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.„ Por las cuales Cristo N. S. dió licencia y poderío sobre su cuerpo á todos sus enemigos y á los demonios, cuyos ministros eran, para que le prendiesen y atormentasen á su voluntad; y habida esta licencia, todo aquel escuadrón de soldados arremetió furiosamente á Cristo N. S. para prenderle; y con aquel ímpetu darían con El en tierra y le pisarían boca, rostro y todo el cuerpo sacratísimo, hollándole con rabia increíble. Luego le levantarían del suelo con grande violencia, dándole recios golpes con los palos que traían; y, como dice el Evangelista, le ataron. Y puédese creer, que le ataron cruelmente las manos por las muñecas con duras sogas, y después le echarían una soga á la garganta, haciendo todo esto con gran regocijo y alegría.

En este hecho pondera las heroicas virtudes del Salvador, para imitarlas, compadeciéndote de los trabajos que padece.

La primera, es extremada humildad, considerando cómo está debajo de los pies de los hombres y de los hombres pecadores, el que tiene su silla sobre todos los querubines y serafines. ¡Oh, qué sentimiento tan tierno tendría este Señor, viéndose así pisado de todos. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la humildad tan profunda que aquí mostraste; grande humildad fué arrojarte á los pies de tus Apóstoles y de Judas, para lavárselos; pero ¿qué tiene que ver con permitir que Judas, con su maldito escuadrón, ponga sobre Ti sus pies? Concédeme, humildísimo Redentor, que guste ser pisado y estar debajo de los pies de todos los hombres, pues merecía estar á los pies de Lucifer, hollado de los demonios.

Lo segundo, pondera la invencible paciencia de este cordero mansísimo, sufriendo tantas injurias y golpes, sin responder palabra, ni quejarse, ni tener movimiento de ira ó indignación alguna, aunque estaba viendo los corazones rabiosos de sus enemigos, y los regocijos que hacían por haberle prendido. ¡Oh pacientísimo Cordero! ¿qué haces rodeado de tantos lobos y leones tan feroces? ¿Cómo no balas, ni abres tu boca contra ellos, pues con sólo decir: Yo soy, puedes derribarlos á todos? Mas ya, Señor, pasó la hora de hablar; y callando con sufrimiento, quieres dejarte pisar para darme ejemplo de paciencia. Ayúdame para que le tome, sufriendo con silencio cualquier agravio y desprecio que me viniere.

Pero sobre todas las virtudes campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador, en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien á los mismos que se las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras, con más facilidad que Sansón rompió las suyas, no quiso hacerlo, porque El mismo se las

quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras, y para librarnos de la cárcel, adonde merecíamos estar atados de pies y manos. ¡Oh amabilísimo y amorosísimo Jesús!, ¿quién pudiera atar tus manos, si tu amor primero no las atara? ¡Oh manos liberalísimas y poderosísimas, que poco ha repartisteis á los vuestros el pan del cielo, y nunca estuvisteis atadas para hacer bien á los hombres!, ¿por qué os dejáis atar con tanta crueldad? ¡Oh atrevimiento endemoniado de los hombres, que con tanta ignominia maniatáis á Dios! No permitas, Señor, que con mis pecados y desagradecimientos ate tus manos para que no me hagas bien, antes te suplico ates las mías para todo lo que es culpa, y las sueltes para todo lo que es virtud.

PUNTO III

Los Apóstoles huyen, dejando solo á su Maestro.

Pondera, de parte de los discípulos, la cobardía y miedo que se apoderó de ellos, mirando cómo los que poco antes habían recibido de Cristo tantos favores, y oído tan saludables consejos, y visto tantos milagros, y blasonaban que estaban dispuestos para morir con El, olvidados de todo esto se escandalizan en viéndole preso y le desamparan y huyen, no solamente con el cuerpo, sino también con el espíritu, ó perdiendo la fe ó titubeando en ella. Los pies, que poco antes habían sido lavados por las manos de Cristo, fueron enlodados y manchados con la culpa de esta huida tan cobarde. El corazón, que había sido fortificado con el cuerpo y sangre de Cristo, perdió la fortaleza por el miedo de perder la vida. La fe, arraigada con la vista de tantos milagros, se obscureció con la niebla que levantó el temor de las persecuciones. Para que yo eche de ver lo poco que se puede fiar de hombres, cuya condición es acompañar al amigo en la vida y dejarle en la muerte, se-

guirle en tiempo de prosperidad y huir de él en tiempo de adversidad. Y en persona de estos discípulos me miraré á mí mismo, que en tiempo de paz blasono y presumo, y en viniendo la guerra y contradicción, huyo; sigo á Cristo al tiempo de partir el pan y cuando me regala, y huyo de El cuando se ha de beber el cáliz de la Pasión y cuando me aflige, y así me olvido de los beneficios que me ha hecho, como si nunca los hubiera recibido.

Pondera, de parte de Cristo N. S., el gran sentimiento que tuvo cuando vió derramado su rebaño, y el escándalo que padecía; y cuando se vió solo y desamparado de sus amigos, entonces diría aquello de David: "Mis conocidos se alejaron de mí; tuviéronme por abominación, como hombre aborrecible; fuí entregado á mis enemigos, y no me defendí, y mis ojos se enflaquecieron viendo su miseria."

Coloquio. — ¡Oh Amado mío, quién te pudiera acompañar en esa hora, siendo preso contigo, de modo que unas mismas sogas ataran tus manos y las mías! Esta será mi honra, y guárdeme Dios de dar en tal locura que tenga por abominación al que es todo mi consuelo y santificación. Yo te acompañaré, Señor, con tal que yo no fíe en mí como Pedro, sino sólo en Ti que eres mi fortaleza y mi alegría.

Propósitos. — Tener el valor de la fe y saber dar la cara por Dios y por la Iglesia cuando sea preciso, no abandonando á Cristo en medio de sus enemigos como muchos católicos cobardes.

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA

Jesucristo en casa de Anás.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Desde el Huerto á casa de Anás.

Considera que Cristo N. S., para padecer mayores ignominias en su Pasión, quiso ser presentado á cua-

tro tribunales ó concilios y juntas de las personas más calificadas que había en Jerusalén, dos eclesiásticos y dos seculares. El primero fué de Anás, príncipe y cabeza de los escribas y letrados de la ley. El segundo fué de Caifás, supremo pontífice y supremo sacerdote. El tercero fué de Pilatos, juez y presidente de Judea, á cuyo tribunal concurría muchedumbre de ministros de justicia. El cuarto fué de Herodes, rey de Galilea, con quien estaba gran número de cortesanos y un ejército de gente de guarda.

En estos cuatro tribunales y concilios fué Cristo N. S. presentado y despreciado ignominiosamente; de suerte que, á sus desprecios, concurrieron todas las personas de Jerusalén más calificadas en letras, en religión, en justicia y en grandeza, y el que era sapientísimo Maestro de todas las ciencias, quiso ser despreciado de los sabios. El que era sumo sacerdote y dechado de toda religión, fué despreciado de todos los sacerdotes y de los que profesaban santidad. El que era justísimo Juez de vivos y muertos, fué escarnecido de los jueces y ministros de justicia. Y el que era Rey de reyes y Señor de señores, fué despreciado de los reyes y cortesanos y de sus ejércitos. Mira además la otra muchedumbre del pueblo que concurrió á estos desprecios, queriéndolo así su divina Majestad para darnos ejemplo de humildad y paciencia, y para consuelo de los que fueren despreciados en este mundo, por cualquier suerte de personas que fuesen.

Medita, en primer lugar, los trabajos que Cristo nuestro Señor padeció desde el huerto á casa de Anás, y lo que tuvo que sufrir en aquel largo camino. Padeció, pues, Cristo N. S. graves dolores, porque era llevado con grande crueldad de sus enemigos, tirando de El por las sogas, dándole de golpes y empellones, haciéndole ir á prisa, medio corriendo y tropezando y arrodillando, como en semejantes casos suele acontecer á los que van presos y maniatados.

Pondera luego la fatiga que sentía el cuerpo tierno de Cristo N. S., por razón del sudor de sangre que poco antes había tenido, y puédese creer que, con la demasiada furia con que le llevaban, se tornarían á abrir los poros y á sudar de nuevo, si no sangre, á lo menos sudor de congoja y fatiga. También al pasar el arroyo de Cedrón tropezaría en aquellas piedras y caería, bebiendo, no del agua del arroyo, sino del arroyo de las fatigas y amarguras que traspasaban su corazón.

Padeció además Nuestro Señor en este camino grande ignominia; siendo llevado como ladrón con gran vocinglería, y especialmente al tiempo que entraban por la puerta de la ciudad, levantarían el grito aquellos fieros ministros del demonio, pregonando la presa que llevaban con gran orgullo. ¡Oh Redentor mío, cuán diferente entrada es esta en Jerusalén de la que hiciste el domingo pasado! En aquélla iban muchos con palmas en las manos, en señal de vuestra victoria; en ésta van con espadas y lanzas en señal de la suya; en aquélla levantaban todos la voz para alabaros, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; en ésta levantan la voz para vituperaros, diciendo mil injurias y blasfemias contra Vos; en aquélla tendían sus ropas por el suelo para que pasase por ellas el jumento en que ibais sentado; en ésta tiran de vuestra ropa y os la rasgan, y os llevan á pie y medio arrastrando. ¡Oh mudanza de hombres contra Dios! ¡Oh paciencia de Dios en sufrir tales hombres! Líbrame, Señor, de mudanza tan perversa, y dame paciencia tan admirable que me haga superior á cualquier mudanza.

PUNTO II

En casa de Anás.

Considera, primeramente, los desprecios que Cristo N. S. padeció en aquella entrada en casa de Anás, adonde se habían juntado los ancianos, letrados y

maestros de la ley; y como todos eran soberbios y malvados, en viendo á Cristo comenzaron á escarnecer y mofar de El, mostrando grande regocijo en verle preso y humillado y vengándose así de su santidad y sus divinas palabras.

Pondera, después, la soberbia con que el pontífice y sus letrados comenzaron á examinar á Cristo N. S. con ánimo de calumniarle. Todo lo cual oía Cristo N. S. con grande humildad y mansedumbre, sin embargo, de que conocía su dañada intención. De donde sacaré grandes afectos de confusión propia y de compasión de Cristo, mirándole en medio de aquellos sayones, ellos sentados como jueces, y El en pie como reo, ellos con insignias de doctores, y El maniatado con insignias de malhechor. ¡Oh doctor excelentísimo, doctor de los doctores y de todas las gentes! ¡Cuando eras de doce años estabas sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles con admiración de todos; y ahora estás en pie en medio de los mismos, oyendo y respondiendo con escarnio de ellos! Pero si fué admirable la sabiduría que mostraste en las respuestas, que entonces diste, no es menos admirable la que muestras en las que ahora das, sufriendo las ignominias que de ellas te resultan.

Preguntóle Anás por su doctrina y discípulos. Respondióle Jesús: "Públicamente he hablado al mundo, siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde concurrían todos los judíos, y nada he dicho en secreto; ¿para qué me preguntas á mí eso? Pregúntalo á los que me oyeron, pues ellos saben lo que les he dicho."

Pondera, lo primero, cómo Cristo N. S., aunque preso y humillado, estaba en este concilio, con gran libertad de espíritu, que procedía de la santidad de su vida y de la verdad de su doctrina; porque la conciencia que se funda en santidad y verdad, es libre y animosa para todo lo bueno, sin temor ni encogimiento alguno, aunque esté delante de los sabios y

grandes del mundo; y así, tengo de procurar para mí tal modo de conciencia y santa libertad para decir y defender siempre la verdad de mi fe delante de los grandes y los pequeños.

Lo segundo, admira la gran prudencia de Cristo N. S. en no querer decir en particular de su doctrina, qué tal era, porque sabía cuán mal recibida había de ser la verdadera respuesta, sino remitióse á los que le habían oído, porque estaba tan seguro de su verdad, que á sus mismos enemigos, que estaban presentes y la habían oído, hacía testigos de ella. Y bien se vió ser así, porque todos enmudecieron y no hubo quien le notase de alguna cosa mal dicha.

Lo tercero, pondera la causa porque Cristo N. S. no dijo nada de sus discípulos; porque como habían dado mala cuenta de sí, ni los quiso acusar publicando su flaqueza, ni se pudo preciar de ellos alabando su lealtad. Y además de esto, como algunos contemplan, estaba allí Judas esperando á que le diesen el dinero de la venta, porque estaba remitido á Anás; y como este desventurado era conocido por discípulo de Cristo, con su presencia desacreditaba á su maestro. Todo lo cual afligía no poco á nuestro Salvador. ¡Oh Maestro amantísimo!, no permitas que yo desdiga de la lealtad que te debo como fiel discípulo, para que no te avergüences de confesarme por tuyo delante de tu Padre y de sus ángeles.

PUNTO III

De la bofetada que recibió en casa de Anás nuestro adorable Salvador.

Considera cómo uno de los ministros dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontífice?

Esta bofetada fué la primera injuria de las que recibió Cristo N. S. en casa del pontífice por mano de sus ministros, y tan señalada, que san Juan quiso hacer mención especial de ella. Porque tuvo circunstancias dignísimas de meditación. Lo primero, fué

cruel, dada por un sayón encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacía placer á todos los circunstantes. Lo segundo fué afrentosa, porque se dió en presencia de muchos nobles y principales, y á una persona que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salía tal resplandor, que movía á reverencia á los que le miraban sin pasión. Lo tercero fué injusta, porque se dió por venganza y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedida contra la autoridad del pontífice. Lo cuarto, fué con aprobación y aplauso de todos los presentes, sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se descomediesen á hacer con El otro tanto. ¡Mira, pues, oh alma mía, el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe de este sayón, y compadécete de ver abofeteado el soberano rostro en quien desean mirarse los ángeles del cielo. ¡Oh Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia, ¿quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? ¡Oh Padre Eterno, mirad el rostro de vuestro Hijo señalado con los dedos de un infame pecador; y pues El sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que El sufrió por ellos!

Respondióle Jesús: "Si hablé mal, da testimonio de ello; y si bien, ¿por qué me hieres?„ Pondera, lo primero, la gran mansedumbre que Cristo N. S. conservó recibiendo tal injuria; y aunque este malvado merecía que bajara fuego del cielo y le abrasara, ó se abriera la tierra y le tragara, ó la mano se le secara para siempre, y aunque fuera fácil á Cristo N. S. castigarle con estas y otras penas semejantes, pero no quiso vengar su injuria, sino llevóla con tanta serenidad, que mostró con la obra estar dispuesto á recibir otra bofetada y otras muchas sin cuento.

Pondera lo segundo, cómo Cristo N. S., que sabía callar y disimular sus afrentas, esta vez con grande mansedumbre quiso dar razón de sí, porque no entendiesen que había pretendido injuriar al pontífice, y de camino tácitamente corrige á su injuriador para que reconozca su pecado, diciéndole: Si hablé mal en lo que dije, da testimonio de ello, primero que me castigues, pues no eres juez, sino testigo. Y si hablé bien, ¿por qué me hieres contra razón y justicia? Y con ser esta razón tan concluyente, no fué admitida, ni le valió, ni se hizo caso de ella, para que aprenda yo á tener paciencia, cuando no fueren oídas ni admitidas las mías ni se hiciere caso de ellas. ¡Oh amantísimo Jesús!, gracias te doy por la injuria y dolor que padeces hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal. Concédeme, Señor, que siempre hable lo que te agrade, aunque desagrade á los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

Pondera, por último, la resolución que tomó Anás, y todos aquellos letrados, de que fuese llevado Cristo N. S. á casa de Caifás, que era el pontífice y juez legítimo de estas causas, donde estaban juntos los sacerdotes y fariseos y otros ancianos para que todos juntamente tratasen de esta causa tan importante. Y dice el Evangelista, que Anás le envió atado, para significar que le tenía por culpado. Y quizá le ataron de nuevo y le doblaron las ataduras, porque no se les fuese ni alguno se le quitase, como habían de pasar por medio de la ciudad.

Coloquio ¡Oh Cordero mansísimo; aunque de este primer concilio salís más atado y apretado para entrar en el segundo; pero no se menoscaba por esto vuestra caridad, antes os ata y aprieta con nuevos deseos de padecer, por desatar de sus graves culpas á los que os atan con tan crueles sogas! Aumentad, Señor, en mí los trabajos, con tal que aumentéis el amor de padecerlos. Enseñadme á sufrir toda clase

de injurias y de afrentas con vuestra paciencia y man sedumbre, para que vuestra Pasión sea siempre m luz y fortaleza.

Propósitos.—Aprende á sufrir desprecios, y, s Dios lo permite, injurias y afrentas sin venganza n turbación.

SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA

De las tres negaciones de san Pedro

Preludios.— Represéntate al príncipe de los Apóstoles atraído por su sencillo afecto á Cristo, siguiéndole á lo lejos entre las sombras de la noche; obsérvale después, desconcertado y miedoso, renegar de su Maestro en el corro de soldados y criados, y mírale, por fin, apartándose de aquella plebe encanallada, llorar á solas su pecado. Pide á Cristo N. S. no serle jamás infiel y morir antes mil veces.

PUNTO I

De los malos pasos que anduvo Pedro hasta llegar al abismo de su caída.

Considera los escalones por donde llegó Pedro á negar á Cristo N. S., para que escarmientes en cabeza ajena, y huyas de ellos.

El primero, fué tibieza en el amor, nacida del temor humano, porque el amor de Cristo le movió á seguirle, pero el temor humano le entibió, de modo que le siguiese de lejos, como antes siempre le seguía de cerca. El segundo, presunción en sus propias fuerzas, hasta desmentir á Cristo, asegurando que no le negaría, á pesar de que el divino Maestro le había dicho que le negaría tres veces aquella noche; y es propiedad de los que confían mucho de sí olvidarse de las palabras de Dios y de los avisos que les da para reprimir su orgullo, como si no hablaran con ellos. El tercero, fué con título de amar á Cristo, ponerse en la ocasión y peligro de negarle, juntándose con malas compañías que le provocasen á ello, llegándose al fuego donde había gente ruin

y ruines pláticas. Y no carece de misterio decir que hacía entonces frío, para significar la frialdad del corazón de Pedro, y la obscuridad y tinieblas de su alma. Todo esto nació originalmente de la secreta presunción y confianza que tenía de sí mismo, la cual no se curó con el aviso que le dió Cristo N. S., y como quedó viva, brotó estos malos frutos. De donde tengo de sacar tres grandes propósitos. El primero, de no presumir de mí, ni fiarme de mí mismo, acordándome de lo que dice san Pablo: Si estás firme en la fe, no presumas, sino teme; y el que piensa que está en pie, mire bien no caiga. El segundo propósito, es de seguir á Cristo N. S., no desde lejos, sino desde cerca y con fervor; porque quien le sigue de lejos, no pone los pies donde los puso Cristo, ni advierte sus pisadas, ni es amparado de El en sus peligros. El tercer propósito es, de huir las ocasiones de tropezar y las malas compañías, que me provocaren á caer, acordándome de lo que dice el Sabio: Quien ama el peligro perecerá en él. ¿Qué hace Pedro entre los enemigos de Cristo? ¿Calentarse con ellos? Pues caerá y pronto se hará uno de tantos, como te pasará á ti, si no huyes ciertas ocasiones.

También puedo ponderar, que si es así, como dicen algunos doctores, que este discípulo conocido del pontífice era san Juan Evangelista, aunque estuvo en las mismas ocasiones que san Pedro, no negó á Cristo N. S., ni tuvo ese peligro, principalmente porque era fervoroso y porque no tenía la secreta soberbia y presunción de Pedro. ¡Oh Dios omnipotente, líbrame de las ocasiones de caer; y si en ellas me viere por mi gran miseria, ampárame con tu divina misericordia! Ponme siempre cerca de Ti, y pelee cualquier mano contra mí, porque si me tienes de tu mano, ninguno me derribará ni sacará de ella. Yo á mi vez te prometo, Dios mío, seguirte muy de cerca y no enfriarme nunca en tu amor, y no acercarme jamás á tus enemigos.

PUNTO II

Caída de san Pedro.

Considera cómo á esta sazón llegó una mujercilla, criada del pontífice y portera de la casa; la cual, mirando á Pedro y reconociéndole por discípulo de Cristo, dijo á los que estaban allí: Este, con Jesús andaba. Y volviéndose á Pedro, le dijo: ¿Por ventura tú no eres discípulo de este hombre? Sin duda tú con Jesús Nazareno estabas. Respondió Pedro: No soy su discípulo, ni le conozco, ni sé lo que dices.

Pondera, en primer lugar, la astucia del demonio en acometer á san Pedro la primera vez por medio de una mujer, como acometió á Adán por medio de otra para derribarle; porque las mujeres son muchas veces la piedra de escándalo que suele derribar las rocas y cedros de la Iglesia, si no hay cuidado en huir de ellas; y por algo permitió Dios esto, para que abran los ojos los que tienen ciertos oficios y huyan de los peligros.

Pondera, después en Pedro la grande flaqueza del hombre; pues el que era piedra fundamental de la Iglesia, y había tenido revelación de la divinidad de Cristo, y le confesó por Hijo de Dios vivo, y se ofreció á morir por El, ahora solamente con la voz de una mujercilla teme tanto, que le niega y dice que no le conoce, ni es su discípulo, ni se precia de ello. Y con este ejemplo aprenderé á no presumir de mí, pues no soy Pedro ni piedra, sino polvo y lodo, fundándome en el conocimiento propio y en el temor de mi mutabilidad y flaqueza; porque todo el oro y plata de mis virtudes está fundado sobre base de barro, y una chinita basta á derribarlos y dar con toda la máquina en el suelo. ¡Oh Dios eterno, dame conocimiento profundo de este barro que soy de mi cosecha, para que no presuma de mí, sino de Ti, en cuya virtud resista al golpe de la tentación y conserve los dones que me has dado!

Finalmente, pondera la grave injuria que hizo Pedro á su Maestro en este caso, y lo mucho que Cristo N. S. sintió ver que su querido Pedro se desdeñase de ser su discípulo, condenando con esto la vida del que negaba por Maestro. Mira la traición que hace Pedro al amor y á la amistad de Jesús, cómo olvida sus milagros y favores, y ve en Pedro traidor tu imagen y semejanza. ¡Oh Maestro soberano! ya no me espanto de que Judas el tibio te niegue por codicia, pues Pedro el fervoroso te niega por pusilanimidad; mas tu sabiduría permite esta ignominia, para que se descubra más tu paciencia en el sufrir y nuestra flaqueza en el pecar, y tu gracia en convertir al que pecó.

Mas no paró aquí la deslealtad y traición de Pedro, porque aunque viendo lo que había sucedido, y el peligro en que estaba, salióse del patio hacia el portal, y entonces cantó el gallo la primera vez, pero de ahí á poco tornó á entrar donde estaban los demás, calentándose al fuego, y dijéronle: ¿Por ventura, tú no eres de los discípulos de ese hombre? Y uno de ellos afirmó que verdaderamente lo era. Y Pedro, con juramento, lo negó, diciendo que no conocía tal hombre. De ahí á una hora tornaron por tercera vez á hacer le instancia en que era su discípulo, dándole señas de ello. Uno dijo que le había visto con Cristo en el huerto; otro que era galileo, como se conocía por el habla; y Pedro tornó á negar, echándose maldiciones sobre que no lo conocía

Sobre estos sucesos tan tristes, pondera las astucias de Satanás en tentarle, haciendo lo que Cristo nuestro Señor dijo, que había deseado cribarle como á trigo, ya con unas tentaciones, ya con otras, hasta que le derribó una, dos y tres veces, porque á los mejores combate con mayor furia; y si no están arraigados en humildad, derríbalos desde la cumbre de la santidad al abismo de todos los pecados.

Mira cuán malo es durar en la ocasión, no escarmentando en la primera caída, porque un pecado lla-

ma á otro, y el menor trae luego á otro mayor, yendo de mal en peor, como Pedro, que primero negó á Cristo sencillamente, y la segunda vez con juramento, y la tercera vez con juramento y maldición; y así, es muy importante atajar á los principios el temor humano y huir del peligro cuando asoma.

Advierte que como Pedro tres veces aquella noche había presumido de sí mismo diciendo que estaba preparado á morir por Cristo, y que no se escandalizaría aunque todos se escandalizasen, y que no le negaría aunque hubiese de morir por El, así en castigo de estas tres presunciones, permitió Dios las tres negaciones en esta misma noche; porque la soberbia luego trae consigo la humillación en la materia misma en que se ceba, y por esto es muy importante llorar luego la culpa de la soberbia, antes que se apresure la pena de la humillación.

PUNTO III

Conversión y arrepentimiento de san Pedro.

Considera como luego cantó el gallo la segunda vez, y al mismo tiempo, volviendo el Señor sus ojos á Pedro, miróle; y acordándose Pedro de lo que Cristo le había dicho, salióse fuera y lloró amargamente.

Pondera la infinita misericordia y caridad de Cristo N. S., el cual aunque estaba rodeado de enemigos y metido en un fuego de terribles persecuciones y calumnias, como olvidado de sus trabajos, se acuerda del discípulo que se los aumentaba con aquella injuria; y aunque estaba lejos de Pedro, conoció los pecados en que había caído, y en lugar de castigarle, se compadeció de él, con deseo de provocarle á penitencia para perdonarle; y todo con suma presteza, por sacar pronto aquella oveja de la garganta del lobo infernal, que se la había tragado, y para esto hace que luego cante el gallo. Pero no bastara el segundo canto, como no bastó el primero, si el mismo Cristo no convirtiera sus ojos misericordiosos á Pedro, alumbrándole los

suyos con luz del cielo, para que conociese sus yerros, y ablandándole el corazón para que los llorase.

Pondera después las lágrimas amargas de san Pedro, las cuales no procedían de temor de algún castigo, sino de amor de su Maestro; porque acordándose de los favores y beneficios que de El había recibido, y de la ingratitud que mostró negándole en tan recia coyuntura, sus ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas, con grande amargura de su corazón, como quien sentía lo que dice Jeremías, ser cosa muy amarga haber dejado á su Dios y negado á su Señor. ¡Ay de mí!, diría, ¿cómo vivo, habiendo negado al Autor de la vida? ¿Cómo no se abre la tierra y me traga, habiendo injuriado al Criador de ella? ¡Oh boca abominable!, ¿cómo te abriste para jurar que no conocías al que tanto bien te ha hecho? ¡Oh lengua maldita!, ¿cómo te soltaste para maldecirte, si conocías al que tanto amor te ha mostrado? ¡Oh, cuán justo fuera que viniera sobre mí la maldición, pues la escogí, y que penetrara todos mis huesos, pues la abracé. ¡Oh, quién diese amargura de mar á mi corazón, y fuentes de lágrimas á mis ojos, para llorar amargamente de día y de noche la muerte de mi alma y la traición que ha cometido contra su Criador! Mas, pues ya conozco su misericordia, y que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, miraré al que me miró, convertiréme al que se convirtió á mí, y con el corazón me llegaré á El, y postrado á sus pies le diré como el hijo pródigo: ¡Oh Padre y Maestro mío, pecado he contra el cielo y contra Ti, no soy digno de ser llamado tu hijo, ni tu discípulo; admíteme siquiera como á uno de los jornaleros de tu casa, porque no hay para mí más duro infierno que ser echado de ella! De esta manera lloraba san Pedro y se movía á confianza del perdón, acordándose de lo que Cristo N. S. le dijo: que había rogado por él para que no desfalleciese su fe, y que cuando se convirtiese, confirmase á sus her-

manos. Y de esta misma manera lloró toda la vida cuando oía el canto del gallo; y así se dice de él, que tenía surcados y cavados los lagrimales de los ojos por la muchedumbre de las encendidas lágrimas que por ellos vertía.

Finalmente, admira los tres escalones ó gradas por medio de los cuales la gracia de Dios y la divina inspiración ilustró y tocó á Pedro, y le convirtió, porque primero le hizo que se acordase de las palabras de Cristo, luego que saliese del lugar y ocasión donde estaba, y después que á sus solas llorase amargamente; y lo mismo hace con nosotros cuando nos toca con eficacia. Con lo primero, nos mueve á temor, confianza y amor. Con lo segundo, quita los estorbos de la verdadera penitencia. Y con lo tercero, alcanza el fruto de ella, que es el perdón de los pecados, como haya propósito de confesarlos á su tiempo

Admira, también, cómo con el ejemplo de Pedro anima Jesús á todos los pecadores, pues sobre Pedro arrepentido edifica su gloria, dándonos á entender cuánto ama su Corazón á los que de veras, como Pedro, se convierten á El por las lágrimas y el dolor.

Coloquio.—¡Oh amorosísimo Jesus! ¿Cómo no te amaré con todo mi corazón, pues cuando trato de ofenderte pones medios para perdonarme? ¿Y cuando habías de mostrar tu ira en el castigo, muestras tu misericordia en el perdón? Compadécete, Señor, de todos los pecadores; míralos con ojos de misericordia; abre sus oídos para que oigan la voz de la gracia, tocándoles su corazón para que lloren sus pecados, y, cuando yo pecare por flaqueza, no te olvides de mirarme con ojos de misericordia. ¡Oh alma mía, como viste en Pedro tu flaqueza para pecar, así mira en él la eficacia de la divina gracia para convertirte; y como él lloró, así llora tus pecados, para que alcances cumplido perdón de ellos!

Propósitos.— Huir las ocasiones de negar á Cristo N. S. Para ello no te juntes jamás con sus enemigos, ni le sigas nunca de lejos y con tibieza.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

(Sobre el evangelio de este día.)

Del sordo y mudo que sanó Cristo N. S.

Preludios.—Contempla á Cristo N. S. tocando con sus dedos divinos los oídos del sordo, y pídele no serlo nunca á sus divinas inspiraciones, sino más atento y diligente.

PUNTO I

Presentan á Jesús el sordo y mudo.

Considera cómo ciertos hombres trajeron á Jesús un sordo y mudo, suplicándole que pusiese las manos sobre él.

Pondera, en la persona de este hombre miserable la sordera y mudez espiritual, las causas de ella y el remedio que tienen. Porque la sordera espiritual es falta de fe y de obediencia á la voz de Dios. Es la imagen del hombre que no quiere oir ni entender las verdades de la fe, ni las palabras divinas, ni los preceptos de la ley, ni las inspiraciones de la gracia, haciéndose sordo para todo esto. La mudez espiritual es la falta de oración y de la buena confesión, cuando el hombre no sabe ni quiere abrir su boca para llamar á Dios y pedirle misericordia, ó alabarle y darle gracias por los beneficios que Dios N. S. le ha hecho.

Considera además en este desgraciado, los efectos que hace el pecado en el alma; pues como dice Beda, este endemoniado, que sanó Cristo, fué símbolo del pecador, del cual dicen otros Evangelistas que no sólo estaba mudo, sino sordo y ciego y poseído del demonio, que son efectos que hace el pecado en el alma: ensordecerla para que no oiga la palabra de Dios; cegarla para que no la conozca, ni vea su daño; y enmudecerla para que no confiese su culpa, ni alabe á Dios, y hacerla esclava de Satanás. Estas calamida-

des te vendrán con el pecado, si le das lugar en tu alma; por tanto cóbrale sumo aborrecimiento y haz un propósito firme delante de Dios de morir mil muertes antes que pecar; y si te remuerde la conciencia de alguna culpa grave, pídele á Cristo que tenga misericordia de ti, como la tuvo de este endemoniado, y que te libre de su tiranía y te dé oídos para oirle, ojos para conocerle, lengua para bendecirle, y gracia para servirle.

Considera, también, que la sordera suele ser causa de que el sordo sea también mudo, y ambas cosas procura el demonio, que por san Lucas se llama demonio mudo, porque cerrando las puertas de estos dos sentidos interiores del alma, queda cerrada la puerta al remedio, el cual entra por el oído de la fe y obediencia, y se alcanza orando á Dios y confesando sus pecados á su ministro, el sacerdote. Todo esto me aplicaré á mí mismo, considerándome sordo y mudo, no como David, para no oir ni hablar lo malo, sino al contrario, para todo lo bueno; y la causa es, porque siempre tengo abierto el oído del cuerpo y del alma para oir todas las curiosidades y vanidades del mundo, y para dar crédito á sus mentiras y engaños, y obedecer á sus fueros y leyes perversas; y de aquí me nace tenerle cerrado para oir lo que Dios y sus ministros me dicen y mandan. También proviene de que tengo la lengua muy suelta para hablar y parlar con los hombres de cuanto me da gusto, y para mis alabanzas y para las murmuraciones y lisonjas; de donde nace que la tengo atada para hablar con Dios y para confesar mis pecados, porque la pereza y la vergüenza me la atan fuertemente. ¡Oh Salvador mío, echa de mi alma al demonio, sordo y mudo, que la tiene poseída, y remédiame por tu infinita misericordia, pues yo no tengo fuerzas para remediar tan gran miseria!

Considera, por último, que así como este sordo y mudo nunca fuera por remedio á Cristo, si otros no

le llevaran y rogaran por él, supliendo con sus lenguas la falta de la lengua del mudo, así hay muchos pecadores tan sordos y mudos, y olvidados de su miseria, que nunca se convertirían á Dios, si algunos justos no intercediesen por ellos. Y esto me ha de mover á orar á menudo por la conversión de los pecadores, y procurar del modo que pudiere llevarlos á Cristo y á sus ministros, acordándome de que perdonó los pecados del paralítico viendo la fe de los que se lo pusieron delante. ¡Oh Dios infinito, ten misericordia de tantos sordos y mudos como hay en este mundo! Echa, Señor, de sus almas al demonio, que los ensordece y enmudece, para que libremente te oigan, alaben y glorifiquen por todos los siglos.

PUNTO II

Cura Cristo N. S. al sordo-mudo.

Considera cómo tomando Jesús al mudo por la mano y apartándole de la gente, entró sus dedos en los oídos, y escupiendo, tocó su lengua, y mirando al cielo, gimió y díjole: "*Efeta*, que quiere decir, ábrete."

Pondera, cómo Cristo N. S. hizo todo esto, bastando cualquier parte de ello, para significar la dificultad que hay en sanar las almas sordas y mudas, no de parte de Dios, sino de parte de la ruin disposición que hay en ellas, por lo cual se ha de tomar su cura muy despacio. Mira lo que hizo con él Cristo N. S. Lo primero, tomándole por la mano, le apartó de la gente, para significar que estas personas, para ser curadas, han de apartarse de los que pueden estorbar su cura, y de los bullicios y tráfagos de los negocios temporales, atendiendo á solas á su remedio. Lo segundo, gimió, para denotar la grande miseria de estas almas y cuán grande pena le dan. ¡Oh cuán grave mal es el que hace gemir al mismo Dios! ¡Oh alma, cómo no lloras y gimes tu miseria, por la cual gime y llora tu Señor! Llora también las

miserias de tus prójimos, pues tan dignas son de ser lloradas, que llora Cristo por ellas. Lo tercero, gimió y miró al cielo, para significar que estos males se han de curar con oración ferviente y llorosa, levantando los ojos al cielo, de donde ha de venir el remedio, porque no le hay en la tierra.

Además de esto, Jesucristo, según refiere san Marcos contando este milagro, entró los dedos en los oídos del sordo, un dedo en un oído y otro en otro, para denotar los dones del Espíritu Santo, figurados por los dedos de Cristo; porque como el dedo procede de la mano, así el Espíritu Santo procede del Verbo divino, que es como mano y brazo del Padre Eterno, por quien obra todas las cosas. Estos dones, abren nuestros oídos para que perciban y entiendan las verdades de la fe, y los hace dóciles y obedientes á las divinas inspiraciones y á todo lo que es cumplimiento de la divina voluntad. ¡Oh Hijo de Dios unigénito, que con tu Padre produces el Espíritu Santo y con ambos comunicas tus dones á los hombres!, éntralos dentro de nuestras almas, para que todos oigamos y obedezcamos tus palabras y se cumpla lo que dijiste: "El pueblo que antes no conocí me sirvió, y con su oído me oyó y obedeció.„

Luego escupió y tocó la lengua del mudo; así como en otra ocasión puso saliva en los ojos de otro ciego á quien dió vista, para significar que la sabiduría celestial, es la que suelta nuestra lengua para que sepa hablar con Dios y consigo y con sus prójimos como conviene. Esa divina sabiduría es la que enseña la oración, las alabanzas de Dios, la confesión de nuestros pecados y la debida reprensión de los ajenos para curarlos.

Por último, con gran imperio dijo Jesús: "Abrete„, para significar la virtud de su palabra omnipotente, porque dado que los hombres no hablen con los sordomudos, porque sería en vano; pero Dios puede hablar con ellos y abrir sus oídos, porque su palabra es vi-

va, eficaz y penetrativa, y poderosa para abrir el oído y entrar dentro del alma, y hacer en ella lo que quiere, trocándola para que consienta con lo que Dios le manda. ¡Oh Dios omnipotente!, abre mi oído que yo no te contradiré, porque preparado estoy para creer lo que me enseñares y para obedecer á cuanto me mandares.

De todo esto sacaré lo que tengo de hacer de mi parte para ayudar á las almas, apartándolas de las ocasiones de pecar, llorando sus pecados, orando por ellas, llevándolas á los ministros de Cristo para que las apliquen los Santos Sacramentos y las palabras de Dios, con las cuales vengan á sanar en virtud de Cristo, que es el principal médico de estas enfermedades. Y finalmente, me compadeceré de los que, como áspides sordas, cierran los oídos al que les quiere quitar la ponzoña, suplicando á este sapientísimo médico use de su omnipotencia para librarlos de ella y á mí no me abandone, para que no resulte sordo á sus divinos llamamientos.

PUNTO III

Efectos del milagro de Cristo N. S.

Considera cómo luego se abrieron los oídos del sordo, y su lengua se soltó, y empezó á hablar correctamente; y aunque Cristo mandó á los circunstantes que no dijesen nada, mucho más predicaban el milagro, diciendo: "Bien ha hecho todas las cosas: ha hecho oir á los sordos y hablar á los mudos."

Pondera la omnipotencia del Salvador en hacer lo que quiere, y en quitar los impedimentos de nuestra salvación; de modo, que quien antes era sordo y mudo, ya oía muy bien y hablaba correctamente. De aquí tomaré aviso para hablar bien, sin faltar á Dios ni al prójimo, y buenas cosas y de modo agradable á Dios. ¡Oh buen Jesús, pon guarda á mi boca y toma en tu mano las llaves de mis oídos y lengua, cerrán-

dolos y abriéndolos cuando conviene para que mi callar y hablar, mi oir y no oir, siempre te agraden!

Pondera también el efecto de este milagro en aquella gente devota y agradecida, que decía de Cristo: Bien ha hecho todas las cosas. ¡Oh sabiduría infinita, que por boca de los niños y sencillos predicas tus grandezas; cuán grande verdad es la que hablaste por boca de éstos pobres agradecidos! Bien has hecho, Dios mío, todas las cosas que criaste al principio del mundo, porque en habiéndolas criado y visto, dijiste que eran muy buenas! ¡Bien has hecho todas las cosas que con tu providencia ordenas en este mundo, porque todas tus obras son perfectas! ¡Bien has hecho las obras de nuestra redención, porque todas están llenas de suma bondad! ¡Oh, cuán bien hiciste tus milagros, tus sermones, tus sacramentos, tus humillaciones y ejercicios virtuosos! ¡Todas las cosas hiciste bien para bien de los hombres, y con todo eso te dieron tan mala paga, que te volvieron innumerables males por innumerables bienes; pero Tú eres tan bueno, que como hiciste bien todos los bienes, así padeciste bien todos los males. Concédeme, Señor, que á imitación tuya haga bien todas las cosas, para que ninguna haya en mí que parezca mal á Ti.

Finalmente, pondera cómo esta gente glorificando á Cristo N. S., aunque no sanó más que á un mudo y sordo, dicen que hizo oir á los sordos y hablar á los mudos, confesando que quien hizo este bien á uno, le podía hacer á muchos, y estaba dispuesto para hacerle con todos los que están sordos y mudos en el alma, si quieren aprovecharse de su misericordia, porque este es su oficio y á esto vino al mundo.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús!, haz este oficio con todos los infieles, para que te crean, y con todos los pecadores para que te obedezcan, y con todos los tibios para que te sirvan con fervor, de modo, que todos te glorifiquen y alaben por todos los siglos. Y hazlo, sobre todo conmigo, para que no cierre nunca

los oídos del alma á tu voz, ni hable sino para alabarte y servirte. Arranca de mi lengua las mil faltas que la manchan y afean para que sea digna de recibirte y hablar contigo.

Propósitos.—Examinar el uso que hacemos de los oídos y la lengua, proponiendo refrenarla para no caer en tantas faltas ofensivas á Dios y á nuestros prójimos.

LUNES DE LA TERCERA SEMANA

Jesucristo en casa de Caifás.

Preludios.—Mira al mansísimo Jesús delante de estos jueces perversos, soberbios y corrompidos, adora la humildad y el silencio y las palabras del cordero sin mancilla y pídele algo de su infinita paciencia para sufrir y callar á imitación suya.

PUNTO I

Jesucristo delante de Caifás.

Considera cómo los sumos sacerdotes, con todo su concilio, buscaban algún falso testimonio contra Cristo para condenarle á muerte; y no hallándolo, hicieron venir muchos testigos falsos, y á pesar de las mil calumnias que contra El decían, Jesús no les respondió palabra,

Medita lo primero, la forma de este juicio que intentó Caifás contra Cristo N. S., ponderando quiénes son los jueces, sus dañados corazones y la soberbia y ambición con que están sentados en el perverso tribunal; quiénes son los acusadores y testigos, su muchedumbre y perversas entrañas; quién el preso y acusado, su divinidad y soberanía, junta con la modestia y humildad de Jesucristo, admirándote de que el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, esté como reo en pie y atadas las manos, oyendo contra sí tantas calumnias delante de tan malditos jueces, los cuales, más que jueces, eran sus crueles perseguidores.

Pondera luego la infinita inocencia y pureza que resplandeció en Cristo N. S., pues andando sus enemigos á buscar con tantas ansias algo de que acusarle, no hallaron contra El cosa que no fuese santa. Pero sobre todo has de ponderar el maravilloso silencio de Cristo en todas estas calumnias, sin querer volver por sí, ni por su honra. Todo esto hacía nuestro Redentor para darnos ejemplo de silencio y sufrimiento en tales casos, remitiendo nuestra defensa á Dios. Y también es un modo secreto y muy glorioso de triunfar de nuestros enemigos, los cuales desean que respondamos para tener algo de que asir en nuestra respuesta ó indiscreción, y así Caifás, irritado de ver tanto silencio, se levantó y le dijo: ¿No respondes algo á tantas cosas como testifican contra Ti? Pero Jesús callaba, y no respondió nada. ¡Oh Verbo divino, palabra eterna del Padre!, ¿por qué no habláis alguna palabra en defensa vuestra? Pero vuestra misericordia quiere con silencio satisfacer por mis parlerías y enfrenar mi lengua, para que no excuse mis culpas. Enfrenadla, Señor, con vuestra gracia, para que sufra callando, como Vos sufristeis, y triunfe de mis enemigos como Vos triunfasteis de los vuestros.

Considera cómo viendo Caifás que Cristo callaba, le dijo: "Conjúrote por Dios vivo, que nos digas si Tú eres Cristo, Hijo de Dios bendito„. Respondióle Jesús: "Tú lo dices, que yo soy: y dígoos de verdad que de aquí á poco veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo.„

Pondera la reverencia grande que Cristo N. S. tenía al santo nombre de Dios; pues habiendo callado con tanto tesón, en medio de toda clase de injurias y calumnias, en oyéndose conjurar por el nombre de Dios, luego obedeció al pontífice, aunque sabía que su respuesta le había de costar la vida.

Pondera lo segundo, la respuesta que dió confesando que era Cristo, y desengañándoles del error

que tenían, por verle tan oprimido y despreciado. "Yo soy Cristo, les dice, y aunque me desconocéis, por verme tan humillado, día vendrá en que veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios, y venir en las nubes del cielo á juzgar al mundo, como está profetizado de mí.„ ¡Oh Hijo de Dios vivo é Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, humillado y ensalzado, que estás en pie como reo para ser juzgado de Caifás, y que estarás sentado como juez en las nubes del cielo para ser juez de todo el mundo! Mi alma se abrasa con el fuego de tu amor, cuando te miro humillado para redimirme; y tiembla con gran temor, cuando te considero entronizado para juzgarme. Séame, Señor, tu amor espuela para servirte, y tu temor freno para no ofenderte.

Medita cómo oída esta respuesta por el pontífice, rasgó sus vestiduras, diciendo: "Blasfemado ha, ¿para qué deseamos más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia? ¿Qué os parece?„ Y luego todos le condenaron y dijeron: "Digno es de muerte.„

Sobre este punto considera la hipocresía endemoniada de este mal pontífice, para indignar á todos contra Cristo N. S. Por una parte, rasga sus vestiduras en señal de tristeza, como quien había oído una grande blasfemia contra Dios, y por otra parte, se goza de haber hallado ocasión para condenar á un inocente. Y atropellando el orden del juicio, se hace acusador y á los circunstantes hace jueces, pidiéndoles que juzguen y digan su parecer y provocándoles á que le condenen como á blasfemo. Así lo hicieron aquellos hombres apasionados y perversos. Para que yo vea cuán errados son los juicios de los hombres, especialmente cuando están apasionados, pues llegan á condenar por digno de muerte al que es autor de la vida, y á juzgar por blasfemo contra Dios al que es el mismo Dios.

Con esto pondera la humillación de Cristo N. S. en este caso, compadeciéndote de verle calumniado y

oprimido, por haber respondido la verdad, y admirándote que el Hijo de Dios llegue á tal extremo de desprecio, que sea juzgado por blasfemo, y sus palabras, que son de vida eterna, sean tenidas por blasfemias dignas de muerte eterna, sacando de este ejemplo motivos también para consolarme cuando me viere despreciado y condenado sin culpa. ¡Oh dulce Jesús! ¡Con cuánta más razón pudieras rasgar tu vestidura cuando oiste las palabras de Caifás tan llenas de blasfemias contra Dios, como las tuyas estaban llenas de verdad y gloria del mismo Dios! ¡Oh, si mi corazón se rasgase de dolor y pena, oyendo las blasfemias que aquí dicen contra Ti! No eres Tú, Señor, el blasfemo, sino el blasfemado, y por las blasfemias que los hombres dicen contra Dios, permites ser Tú blasfemado de ellos, pagando sus culpas con tus penas.

PUNTO II

De las injurias y dolores que padeció Cristo N. S. en casa de Caifás.

Considera cómo oída esta sentencia, los que tenían asido á Cristo N. S., tomaron atrevimiento y ocasión para injuriarle y atormentarle, instigándolos Satanás á ello, mezclando con las cosas ignominiosas otras dolorosas, para que la pena fuese mayor. Estas penas se reducen á varias afrentas ignominiosísimas.

La primera fué escupirle en el rostro, que era un tormento asquerosísimo, y como los soldados eran muchos, quedó el rostro de Cristo afeado y obscurecido grandemente. Pondera, pues, ¡oh alma mía! quién es el escupido y quiénes son los que le escupen, y hallarás que el escupido es el Dios de la majestad, es el rostro que enamora á los serafines, á quien no se hartan de ver los ángeles. Este es escupido de abominabilísimos pecadores. Pues ¿cómo no te compadeces de ver escupido á tal Señor por tales esclavos?

¿A tan excelente Criador por tan viles criaturas? ¡Oh rostro venerable de Jesús, más resplandeciente que el sol, más hermoso que la luna y más gracioso que las estrellas del cielo! ¿Cómo te han obscurecido y afeado las salivas de los pecadores de la tierra? Sus pecados son los que te afrentan, y por lavarles de ellos quieres Tú ser afeado.

La segunda fué vendarle sus divinos ojos, para más á su salvo herirle y escarnecerle, pensando que no los veía; porque la serenidad y gravedad del rostro de Cristo les impondría respeto para no burlar de El á su gusto. Y es de creer que el velo ó venda con que le cubrieron y vendaron sería vil y despreciado, para que el escarnio fuese mayor.

Pondera aquí cuán propio es de los grandes pecadores desear que Dios no los vea, ó imaginar que no los ve, para pecar más libremente, al modo que estos miserables vendaron los ojos corporales de Cristo N. S. para que no los viese; mas no por eso dejaba de verlos con los ojos de su alma y de su divinidad, y así, más fué cegarse y quitarse la vista á sí mismos, que quitarla á Cristo. Y de esta manera he de pensar, que cuando peco, olvidado de que Dios me mira, este olvido es como un velo con que pienso estar cubiertos los ojos de Dios; pero no lo están sino los míos, porque los de Dios lo ven todo y no hay noche ni tinieblas que se oculten á su vista divina.

La tercera afrenta fué herirle unos con los puños, dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro sacratísimo, y otros le herían dándole de bofetadas, lo cual, entre los hombres, es muy ignominioso. Aquí cumplió nuestro Señor á la letra el consejo que había dado: *Si alguno te hiere en un carrillo, ofrece el otro;* porque las bofetadas no fueron una, como en casa de Anás, sino muchas y á porfía, por muchos ministros del demonio, pareciéndoles que hacían méritos en herirle, y todas las recibía este mansísimo Salvador sin decir ni replicar una palabra.

La última afrenta fué de toda suerte de injurias que le decían cuando le daban bofetadas y puñadas, preguntándole: "Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió? Pues dices de Ti que eres Cristo y profeta, adivina quién te dió esta bofetada;„ en lo cual daban á entender que le tenían por Cristo fingido y por profeta falso. Y añade san Lucas, que decían de El muchas blasfemias, las cuales deja á nuestra consideración. Mas para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores eran muchos y muy atrevidos y descomedidos, llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movía sus lenguas serpentinas para que vomitasen injurias y blasfemias nunca oídas, á fin de provocarle á impaciencia y tomar de él cruel venganza. De suerte que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenían de injuriarle, y el mismo Cristo, como dijo Jeremías, quedó también harto y lleno de desprecios; pero siempre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el transcurso de esta noche.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por haber sufrido con invencible paciencia y humildad que fuese tu rostro escupido, tus ojos vendados, tus carrillos abofeteados, tu barba mesada, tus cabellos arrancados, tu cuerpo golpeado y tus oídos con innumerables blasfemias ofendidos. Suplícote, Señor, por estas tus sacratísimas penas, me perdones las culpas que fueron causa de ellas, y me hagas tan dichoso, que padezca con paciencia y caridad por Ti las penas que Tú padeciste por mí.

PUNTO III

La Virgen santísima en la noche de la Pasión de su divino Hijo.

Considera cómo alguno de los discípulos, que quizá fué san Juan, llevó la nueva de la prisión de Cristo N. S. á la Virgen sacratísima que estaba en compañía de la Magdalena y de otras santas muje-

res, donde habían comido su cordero pascual, y en oyendo la triste nueva, fué su alma traspasada con el cuchillo de dolor y tristeza tan crecida, que bien pudo decir con verdad las palabras de su Hijo: *Triste está mi alma hasta la muerte*. Esto es, está llena de tristeza mortal, con ansias y congojas como de muerte. Como era encendidísimo el amor que le tenía y muy viva la fe y aprensión de las injurias y dolores que había de padecer su divino Hijo, cuando le consideró ya metido dentro de ellas, fué su alma llena de amargura, y penetrada de un mar de compasión, de suerte, que podríamos decir de ella lo que dijo Jeremías: *Grande es como el mar tu dolor y contrición, ¿quién podrá darte remedio en ella?*

Pero como esta Virgen estaba llena de Dios, hizo luego lo que su Hijo, acudiendo al remedio de la oración, y puesta de rodillas delante del Eterno Padre, pegando su rostro con la tierra, diría: Padre soberano, si es posible, pase este cáliz de mi Hijo sin que le beba, ó templa en algo su terrible amargura; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú. Padre Eterno, todas las cosas te son posibles, traspasa este cáliz de mi Hijo en Mí: yo le beberé, porque El no le beba; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y en esta oración velaría grande rato, haciendo actos de confianza y resignación, conformando su querer con el divino: y es de creer que con la congoja oraba más prolijamente, hasta que el Padre Eterno, por algún ángel, ó por sí mismo, interiormente la confortó.

Luego se levantaría de su oración, y á imitación de su Hijo, como buena Madre procuraría confortar á las que estaban en su compañía, para que no desfalleciesen en la fe, y lo restante de la noche gastaría en revolver por su memoria las aflicciones que su Hijo estaba padeciendo, como las había leído en los profetas, haciéndose sus ojos fuentes de lágrimas con estas consideraciones.

Coloquio.—¡Oh Virgen sacratísima, que como otra Sión llorando, lloráis toda la noche, derramando lágrimas por vuestras mejillas, sin que alguno de vuestros conocidos os consuele en esta aflicción; razón tenéis de llorar porque el espíritu de vuestra vida, Cristo, ha sido preso por nuestros pecados. ¡Oh pecados nuestros, que tanto dolor causáis á Cristo y á su Madre! Llorad, ojos míos, toda la noche; llorad, llorando con gran dolor, derramando copiosas lágrimas por vuestras mejillas, pues ningún otro consuelo les podéis dar más que llorar las culpas que son causa de sus llantos.

Propósitos.—Aprende de Cristo N. S. á no contestar á las injurias y desprecios sino con el silencio, la humildad y la mansedumbre.

MARTES DE LA TERCERA SEMANA

Jesucristo en casa de Pilatos.

Preludios.—**Mira á Cristo N. S. delante de Pilatos, ya hablando palabras divinas, ya callando con silencio maravilloso, y pide al Señor saber como El decir y defender la verdad, aun á costa de tu vida, delante de los grandes y poderosos de la tierra.**

PUNTO I

Jesucristo es llevado al tribunal de Pilatos.

Considera cómo, en siendo de día, se tornaron á juntar en casa de Caifás los príncipes de los sacerdotes y los escribas y ancianos, y llamando á su concilio á Cristo N. S., le preguntaron segunda vez si realmente era Cristo. Respondió el Señor: "Si os dijere quien soy, no me creeréis; y si os preguntare algo, no me responderéis ni me soltaréis; pero de verdad os digo, que el Hijo del hombre, que está aquí, después estará sentado á la diestra de Dios„. Replicaron ellos: "¿Luego Tú eres Hijo de Dios?„ Respondióles Jesús: "Vosotros lo decís, que Yo soy.„ Contentos con esta respuesta, dijeron: "No hay necesidad

de testigos, pues de su boca hemos oído lo que queremos. Reo es de muerte.„

Pondera, lo primero, cuán deseada tenían la mañana, así Cristo N. S. como sus enemigos, pero con fines contrarios. Cristo, porque en aquel día pensaba concluir la redención del mundo, y había treinta y tres años que, con ansias vivísimas, estaba esperando este día. Sus enemigos deseaban que amaneciese para concluir su dañada pretensión de matarle cruelmente; y así madrugaron mucho para juntarse otra vez de nuevo en su concilio. De donde tengo de sacar cuán diligentes son los malos para el mal, y para perseguir á Cristo y á su Iglesia, y yo cuán perezoso y descuidado soy para hacer lo bueno y defender la verdad.

Pondera luego la malicia y astucia de estos escribas en la pregunta que hicieron á Cristo N. S., para cogerle de cualquier modo que respondiese. Porque si negaba que era Cristo, dijeran que era contrario á sí mismo, y que El se condenaba en haberse tenido por Cristo; y si confesaba que lo era, ratificándose en lo dicho, alcanzarían lo que deseaban para condenarle.

Pero mucho más se ha de admirar, en la respuesta de Cristo N. S., su prudencia, su modestia y mansedumbre, junta con grande libertad para defender la verdad; añadiendo segunda vez aquella palabra, que estaría sentado á la diestra de Dios, para amenazarles con el castigo de sus horribles pecados, y para que nosotros entendamos que sus humillaciones habían de parar en exaltación; y que lo mismo será de las nuestras, si siguiésemos sus pasos.

Y, finalmente, con otro ánimo diferente del que tenían estos traidores, mirando á Cristo N. S. tan desfigurado, con los muchos trabajos de aquella penosa noche, le preguntaré lleno de amor y reverencia: ¿Por ventura, Jesús mío, sois Vos el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios vivo, el resplandor de la gloria

del Eterno Padre, el que es figura de su substancia é imagen invisible de Dios? Pues si lo sois, ¿cómo está vuestro rostro tan desfigurado? ¿Cómo tan afeado con salivas? ¿Cómo tan acardenalado con bofetadas? ¿Quién os ha tratado de esta manera, sin tener respeto á vuestra sacratísima persona? Mis pecados son la causa de esto, y vuestra caridad ha tomado estas insignias, por las cuales da testimonio de que es Cristo, Hijo de Dios vivo, que vino al mundo para redimirle; porque otro hombre, que no fuera Cristo, no pudiera sufrir tantos tormentos con tanto amor, por los pecados que no hizo; y pues Vos los sufrís, Vos sois mi Cristo, mi Dios y mi Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Considera cómo, oída esta respuesta, levantóse toda aquella muchedumbre de gente, y con furia de demonios, atando de nuevo á Jesús, le llevaron á Poncio Pilatos.

En esta tercera estación que anduvo Cristo N. S., mira lo primero cómo el tribunal eclesiástico de los judíos, enemigo declarado de Jesucristo, por su sentencia lo relajó al brazo seglar de Pilatos, presidente por los romanos, para que le ajusticiase más cruelmente, pareciéndoles que era muy pequeña la pena que ellos podían darle, porque deseaban muriese con muerte muy cruel, ordenándolo así la divina Providencia, para que judíos y gentiles concurriesen á la muerte del que moría por la salvación de todos.

Pondera, lo segundo, la crueldad con que lo llevaron por las calles de Jerusalén, con grandes voces y alaridos, concurriendo á esto mucha gente por ser innumerable la que había en la ciudad, á causa de la fiesta del cordero. Iba nuestro buen Jesús maniatado, con paso muy apresurado, pero con un rostro modesto, grave y manso, dejándose llevar de aquellos tigres sin resistencia alguna, sufriendo los desprecios y baldones que le decían con mucha mayor afrenta que la noche pasada, porque con el día claro todos

le podían ver y conocer; y como sabían que esto se hacía por orden de sus sacerdotes, y que ellos iban allí cerca, ninguno se atrevía á contradecir, antes clamaban contra el preso.

¡Gracias te doy, oh buen Jesús, por todos los pasos que diste desde casa de Caifás hasta la de Poncio Pilatos, y por las afrentas que en este camino padeciste! Por ellas te suplico perdones los malos pasos que he dado para ofenderte, y los endereces de aquí en adelante para que todos sean por servirte.

PUNTO II

Jesucristo delante de Pilatos.

Considera cómo presentado Cristo ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á los judíos y preguntóles: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?„ Ellos respondieron: "Si no fuera malhechor, no te lo entregáramos„.

Pondera, lo primero, la mala acogida y el mal tratamiento que haría Pilatos á Cristo cuando le vió traer tan atado, y con tanto estruendo y en día tan solemne, y luego la gran soberbia y presunción de estos acusadores de Cristo, la cual mostraron en decir: Si éste no fuera malhechor, no le trajéramos á tu tribunal. Como quien dice: Basta que nosotros, siendo sacerdotes y letrados de la ley, le traigamos preso, para que estés cierto que es malhechor. De esta humildad de Cristo N. S., que siendo bienhechor de todos, quiso ser tenido por público malhechor de los mismos á quien hizo bien, tengo de sacar grande afecto á la humildad, teniendo por dicha hacer bien á todos, y que todos me tengan por malo, á imitación de mi Salvador.

Y como Pilatos les arguyese que si era malhechor, ellos podían castigarlo, comenzaron á acusarle de tres delitos. El primero, que alborotaba la gente con la mala doctrina. El segundo, que prohibía dar los tributos debidos á César. El tercero, que decía de

sí ser Cristo rey, esto es, que era el Mesías que estaba prometido por rey de los judíos.

Aquí se ha de ponderar la maldad de estos acusadores, y las calumnias que inventaron contra Cristo N. S., con ánimos emponzoñados; porque llana cosa era que no alborotaba la gente, antes la movía á penitencia y á todo género de virtud. También era llano que no prohibía pagar los tributos á César el que dijo: "Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios." Además, nunca dijo de sí que era rey temporal, antes queriéndole hacer rey, huyó. Y si decía que era Mesías, sus obras daban testimonio de ello. Pues, ¿adónde más pudo llegar la maldad de estos falsos acusadores, que á inventar tales calumnias? ¿Y qué mayor crueldad pudo ser, que no hartar su rabia con la muerte que ellos pudieran darle, sino fingir delitos para condenarle á otra más cruel, que era la muerte de cruz?

Considera cómo oyendo Pilatos estas acusaciones, entróse en la sala del tribunal, para examinar á Cristo de los delitos que le oponían; y comenzó por el postrero, que él, como amigo del César, tenía por más grave, diciéndole: "¿Eres Tú, acaso, rey de los judíos?" Cristo N. S., como vió que esta pregunta era hecha con sencillez, respondió: "Mi reino no es de este mundo, porque si lo fuera, tuviera vasallos y criados que me defendieran para que no fuera entregado á los judíos, y así mi reino no es como los del mundo." Replicó Pilatos: "¿Luego Tú eres Rey?" Respondió Cristo: "Tú lo dices, que soy Rey y así lo confieso, porque nací y vine al mundo á dar testimonio de la verdad; y los que andan en verdad, oyen mi voz."

Acerca de este examen que Pilatos hizo de Cristo N. S., se han de ponderar las notables sentencias que Jesús dijo en sus respuestas.

La primera, que su reino no era reino terreno y mundano, como los de acá, y por esto no tenía aparato de soldados ni de gente de guarda, ni los demás

ministros que suelen tener los reyes de la tierra, y no solamente quiso decir que no lo era, sino que no lo pretendía, ni jamás lo había pretendido, como sus acusadores decían.

La segunda fué, que verdaderamente era Rey pero Rey celestial, y tenía reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo y el reino espiritual de su Iglesia, y, por consiguiente, tenía vasallos, pero celestiales y espirituales, que son los justos y fieles que le creen; porque cual es el Rey tales son los vasallos, y cual es el reino, tales son sus moradores. ¡Oh Rey soberano, instituído por el Padre Eterno sobre el santo monte de Sión! muy debido era á vuestra grandeza ser también rey de este mundo y tener por vasallos y esclavos á todos los reyes de la tierra. Pero vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para darme ejemplo de humildad y levantar mi corazón á la pretensión del reino celestial, con desprecio del terreno. ¡Humíllome, Rey mío, vasallo digno de vuestro reino, con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo!

La tercera sentencia fué, que había nacido en el mundo para dar testimonio de la verdad, esto es, para enseñarla y predicarla, como mándola con milagros y obras maravillosas, en lo cual tuvo tres excelencias. La primera, que nunca testificó cosa que fuese falsedad ó mentira, sino verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa, para alcanzar el reino cuyo Rey era. La segunda, que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla. La tercera, que cuando era de esas gloriosa para Él, la decía, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. A imitación de este Señor, he de persuadirme que yo también nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad con mis obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento ni amenguarla en lo

más mínimo, aunque me cueste la vida el testificarla.

La cuarta sentencia fué, que todos los que son del bando de la verdad, y la aman, oyen su voz, dando crédito á lo que dice, y obedeciendo á lo que manda; y por aquí echaré yo de ver si soy del bando de Cristo, que es la misma verdad, ó del bando del demonio, que es padre de la mentira. En todo esto se ha de ponderar la autoridad de Cristo N. S., y la divinidad que en él resplandecía en medio de tantos desprecios, sin dejar por ellos de hacer su oficio de Maestro. Y si este miserable juez le quisiera oir, preparado estaba para enseñarle con mayor luz esta verdad. Pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseo de ello, preguntando á Cristo: "¿Qué es la verdad?" no esperó la respuesta, porque no mereció oirla. Como hacen tantos el día de hoy, que se pasan la vida preguntando, dónde está la verdad, pero sin ánimo ni deseo de saberla y volviendo la espalda á la Iglesia y á sus miembros, cuando les enseñan la verdad.

¡Oh Maestro del cielo! Respondedme dentro de mi corazón qué es la verdad, y dádmelo á sentir con esa luz. Vos, Dios mío, sois la misma verdad, y cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros y vuestros sacramentos. ¡Oh, si mi vida se conformase con esta verdad y anduviese siempre en verdad hasta veros luego en vuestra gloria!

PUNTO III

Maravilloso silencio de Cristo N. S. delante de Pilatos.

Considera cómo oída esta respuesta de Cristo nuestro Señor, coligió de ella Pilatos su inocencia, y sacándole consigo fuera del pretorio, á vista del pueblo, dijo: "Yo no hallo en este hombre causa para condenarle." Oyendo esto los príncipes de los sacer-

dotes y ancianos, temiendo no le soltase Pilatos, acusábanle de nuevo en muchas cosas; pero Cristo no respondía. Entonces el juez le dijo: "¿No ves en cuántas cosas te acusan, y cuántos testimonios dicen contra ti? ¿Cómo no respondes algo?„ Con todo eso, Jesús no respondía palabra, sino callaba, de modo que el presidente se admiró vehementemente.

En este punto se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo N. S., el cual, con razón, causó vehemente admiración en Pilatos, como cosa nueva y no vista en el mundo, porque concurrieron muchas cosas que al juicio humano le provocaban á hablar y responder por sí. Las acusaciones eran muchas y falsas, y en materias gravísimas y de gravísima deshonra, opuestas por personas muy calificadas, á fin de que por ellas fuese condenado á muerte cruel y muy infame; y el mismo juez le provocaba á que respondiese por sí, con deseo de darle por libre, porque conocía su inocencia. Cualquier cosa de éstas bastaba para provocar á cualquier hombre á su defensa; pero Cristo N. S., rompiendo por todas, quiso callar y no responder palabra, descubriendo en esto su grave mansedumbre y paciencia, no sólo en no vengarse de sus calumniadores, pero ni quererlos convencer de su calumnia, pudiendo hacerlo con facilidad.

Descubrió, además, gran fortaleza, mostrando por la obra cuán poco temía la deshonra, los tormentos y la muerte, pues ni aun hablar quería para defenderse de ella.

De aquí sacaré también, que un silencio tan raro como éste no se puede hallar sino en gente que tiene muy mortificado el amor de la honra y de la vida, y ha llegado á no temer con demasía la deshonra y la muerte, arrojando todas sus cosas en la divina Providencia, como arriba se dijo. Esto pretendió el Espíritu Santo, cuando dijo: "Funde el oro y plata que tuvieres, y haz de ello un peso para tus palabras,

y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua;„ que es decir: Recoge todas las virtudes morales con la caridad, figuradas por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia, figuradas por la plata, porque todas son menester para saber bien hablar y bien callar, por cuanto todos los vicios se aúnan para desconcertar la lengua; y así, es menester que también se aúnen las virtudes para concertarlas; y por esto, quien no ofende á Dios con la lengua, señal es que es perfecto varón.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús, con cuánta razón os pusieron por nombre el *Admirable*, pues no sólo sois admirable en las grandezas y milagros, sino en las bajezas y trabajos! Admirable es vuestra mansedumbre, admirable vuestro sufrimiento y admirable vuestro silencio. Admirable fué, por cierto, vuestro callar delante de Caifás; pero más admirable fué delante de Pilatos, porque las acusaciones eran más graves, el peligro mayor y el juez más propicio para oíros. Menester era tal silencio para castigar mi parlería, y para darme eficaz ejemplo de callar, sufriendo con paciencia las injurias. Poned, Señor, guardia á mi boca y puerta muy justa á mis labios; no permitáis que mi corazón se incline á palabras de malicia para dar vanas excusas de mis pecados.

Propósitos.—Guardar mi boca, cuando la calumnia ó la afrenta se levantaren contra mí, enmudeciendo, humillándome y callando lo bueno que pudiera decir para mi defensa, como Cristo calló lo que pudo servir para la suya.

MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA

Jesucristo en casa de Herodes.

Preludios.—Mira á nuestro Señor escarnecido como necio y vestido de blanco en señal de locura por el más vil de los hombres, el rey Herodes, y pide al Señor saberle imitar en su humildad y silencio cuando el mundo te injurie y afrente por su amor.

PUNTO I

Jesucristo delante de Herodes.

Considera que dice el sagrado Evangelio que perseverando los sacerdotes y la multitud en acusar á Cristo N. S., dijeron á Pilatos que alborotaba al pueblo, enseñando su doctrina por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta Jerusalén. De eso coligió Pilatos, que Cristo era galileo y de la jurisdicción de Herodes, y como éste estaba entonces en Jerusalén, remitióle á Jesús, para que él conociese de su causa.

Pondera, cómo Cristo N. S., de quien dice san Pedro que pasó desde Galilea por toda Judea, haciendo bien á todos, y sanando los oprimidos del demonio, es ahora calumniado de que alborotaba el pueblo con mala doctrina desde Galilea por toda Judea, para que se vea cuánto quiso ser humillado el que permitió que todas sus peregrinaciones y sermones, que se ordenaban para bien de aquella gente, fuesen calumniadas, diciendo que eran para su destrucción.

Mira luego el trabajo y la ignominia que Cristo N. S. padeció en esta cuarta estación, desde casa de Pilatos al palacio del rey Herodes, por medio de las calles y plazas de Jerusalén, con grande estruendo de gente, porque era ya más entrado el día, admirándome de la caridad y humildad del Hijo de Dios, que quiso ser traído por tantos tribunales, uno peor que otro, y venir al tribunal de un rey cruelísimo é injustísimo, incestuoso y corrompido, que tomó para sí la mujer de su propio hermano, y degolló al gran Bautista porque se lo reprendía. Lo cual trazó su providencia para que, padeciendo más por nosotros, nos obligase más á su servicio y nos diese más eficaces ejemplos de paciencia.

Considera cómo Herodes, en viendo á Jesús en su palacio, holgóse mucho, porque había gran tiem-

po que deseaba verle, y esperaba que haría en su presencia algún milagro. Hízole el rey Herodes muchas preguntas, pero á ninguna respondió Jesús.

Sobre este punto pondera el gozo que Herodes tuvo con la vista de Cristo, y la buena acogida que le hizo, no por caridad, sino por curiosidad de ver á un hombre de tanta fama, y esperar verle hacer algún prodigio; pero todo redundó después en mayor afrenta de Cristo N. S., el cual, sin embargo de esta acogida, no le quiso hablar, ni responder palabra, ni hacer milagros en su presencia. Hizo esto Cristo N. S. en detestación de su maldad y sus pecados, tratándole como á indigno de ver sus maravillas, y en detestación de la vana curiosidad, porque no habla Dios sus divinas palabras, ni hace sus obras maravillosas por satisfacer la curiosidad; y quien con este vano espíritu se llega á tratar con Dios en la oración, hallarále mudo y sordo para consigo, ni sentirá sus inspiraciones y hablas interiores, ni su moción para cosas grandes.

Además, descubrió el Señor las ganas que tenía de morir y padecer; porque quien hizo milagros para poder morir por los hombres, privándose milagrosamente de la gloria del cuerpo, que se le debía por ser bienaventurado en el alma, no había de hacer milagro para huir el padecer y la muerte; con lo cual confunde nuestra tibieza, que pedimos á Dios milagros, para que nos libre de los trabajos, por no padecer con ellos.

PUNTO II

Es Cristo preguntado por Herodes acerca de muchas cosas, y nada responde.

Considera á Jesucristo delante de Herodes. Estaba allí el Rey de los reyes, delante del sacrílego rey, que no era digno de desatar la correa de su calzado, ni aún de poner la boca en el polvo hollado de sus divinos pies. Herodes, á quien daba elocuencia la cu-

riosidad, le hizo muchas preguntas. Le instaba el rey oportuna é importunamente; le estrechaba para que hablase, le exhortaba, le suplicaba, le halagaba; nada omitía ni de atractivos, ni de amenazas, ni de promesas, á fin de arrancar de su boca alguna palabra.

¿Y Cristo, entre tanto, qué hace á tantas palabras, á tantas preguntas, á tantas súplicas y á tantos ruegos? Oye al Evangelista: "Mas él nada le respondía." Grande misterio es que el Verbo del Padre guarde tanto silencio. ¿Cómo no pronuncias siquiera una palabra, tú que tienes palabras de vida eterna? ¿Cómo no dices algo, y abres para ello tu boca, tú que tienes boca y sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir todos tus adversarios? El que te pregunta es rey, y escrito está "que el corazón del Rey en mano del Señor, adonde quisiere le inclinará." Muévate la dignidad de la persona que te pregunta; muévate la multitud y calidad de los oyentes. Estos son en gran número, de noble sangre, de copiosas riquezas, de excelentes dignidades, de sobresaliente poder, de prudente consejo, grandes, magnates, y los más distinguidos próceres de toda Galilea. Nunca tuviste tan noble concurso para hablar; nunca tan distinguido auditorio. Todos están pendientes de tu boca, todos con atentos oídos, todos tienen puestos en ti sus ojos para verte y sus oídos para escucharte. Como hables, clamarán todos unánimes á una voz: "Nunca ha hablado ningún hombre así como este."

Pero todo es en vano: Jesucristo nada respondía. Y fué porque "hay tiempo de hablar y tiempo de callar." No era entonces el tiempo, ni el lugar, de hablar, ni las personas tales que juzgase Cristo conveniente ó útil hacerlo. Cumplía exactamente el consejo que El mismo en otro tiempo había dado: "No queráis dar lo santo á los perros, ni echéis las margaritas ante los puercos."

Estaba en medio de unos viles pescadores y abriendo su boca los enseñaba la doctrina celestial. Con la

mujer samaritana, ¿cuántas cosas no habló? Cuando le rodean los ciegos, los cojos, los mudos, los paralíticos, los hidrópicos, la hez del pueblo, el desprecio de toda Jerusalén, los hijos más abatidos de la tierra, entonces abre su boca y declara los arcanos escondidos desde la constitución del mundo; entonces enseña. En el palacio, delante del rey, en la presencia de tantos próceres, guarda silencio, porque en los palacios no se escucha la verdad.

Considera cómo Cristo, no sólo examinado por Herodes acerca de muchas cosas, sino acusado por los judíos de muchas más, revestido de toda su paciencia, no alega argumento alguno para rebatir tantas acriminaciones, no profiere una palabra en su defensa.

También aquí el único argumento á que apela Cristo para defender su causa, es el constante silencio. Este silencio de la eterna sabiduría, admirable é inaudito en todos los siglos, debidamente ponderado con todas sus circunstancias, basta para cerrar la boca á todos los que de un modo ó de otro abusan de su lengua. En primer lugar, los que le acusaban eran unos varones de la mayor autoridad, los escribas y los príncipes de los sacerdotes, cuyas palabras eran oráculos, cuyos hechos la norma de las acciones, cuya vida la censura de los malos. Por lo cual la autoridad de ellos inducía fácilmente á Herodes á creer que todo cuanto decían era verdad. Los sacerdotes, pues, bajo cuya lengua estaba el veneno de los áspides, vomitan contra El toda su ponzoña, Jesús la sufre; ellos hablan, Jesús enmudece; ellos le acusan, Jesús nada contesta á sus acusaciones; le echan en cara crímenes, Jesús los oye; le cargan de baldones, Jesús nada responde.

¡Oh silencio, más fecundo que toda la elocuencia humana! ¡Oh silencio, digno de ser preconizado por las lenguas de todos los hombres! ¡Oh, cuán discretamente acusa este silencio de Cristo la locuacidad de

mi lengua! ¡Cuán veloz es ésta para hablar, cuán tarda para el silencio! ¿Está presente un enemigo? Calumnio su fama. ¿Está ausente? Ofendo su honor, menoscabo su estimación. ¿Me habla? Hablo contra él. Si pregunto, es para echarle en cara sus faltas. Si respondo, es casi siempre á costa de la caridad. Y hasta con mi mismo cavilar é imaginar injurias, le provoco á ira. Cuantas palabras pronuncio son otras tantas heridas que hago, ó á otros obscureciendo la gloria ajena, ó á mí dando la muerte á mi propia alma.

PUNTO III

Jesucristo es vestido con una túnica blanca, y remitido á Pilatos.

Considera cómo viendo Herodes que Cristo N. S. no le hablaba, despreció le con su ejército; y burlándose de El, vestido con una vestidura blanca, le remitió á Pilatos.

Pondera primeramente la sentencia de este infame rey contra Cristo, porque le tuvo por hombre sin juicio, rústico y mal criado, juzgando que por simplicidad ó bobería callaba el que había deseado ser rey; y así, no quiso condenarle á muerte, sino afrentarle, y que por escarnio y mofa le vistiesen una ropa blanca, como la solían traer los Césares, aunque sería muy rota y vieja para mayor escarnio. Y de este modo le remitió á Pilatos; como quien dice: Ahí te vuelvo ese loco y simple, que por necedad quería ser rey. Y todo el ejército, queriendo vengar la injuria de su señor y lisonjearle, escarneció á Cristo N. S. con mil géneros de injurias, llamándole simple, descomedido, tonto y loco, rey de burlas y otros nombres infames; y es de creer que también jugarían con El, instigándolos á ello Satanás. Todo lo cual sufría este Señor con admirable paciencia, enseñándonos á despreciar las vanas honras del mundo, y á no hacer caso de los errados juicios de los hombres, que así

trataron al mismo Dios. ¡Oh Verbo divino, sabiduría del Eterno Padre, gracias te doy por haberte humillado tanto, que quieras ser tenido de los hombres por simple y loco! Menester era tan grande humillación para curar mi grande soberbia y presunción. ¡Oh, quién se viese vestido de esta tu librea y fuese tenido por loco, sin dar causa culpable para ello, porque no hay mayor cordura que gustar de ser despreciado en el mundo por Ti, ni mayor locura que buscar ser honrado sin Ti!

Pondera luego la grande afrenta que Cristo N. S. padeció por aquellas calles de Jerusalén, continuando todos los que iban con El los escarnios que comenzó el ejército de Herodes, llamándole con grandes voces loco y rey fingido. Mira cuán corrido parecería Cristo N. S. delante de Pilatos, con aquel nuevo traje y librea, y cómo allí de nuevo fué también escarnecido de sus oficiales y criados, aumentándose siempre las injurias del humildísimo Jesús, para que no me canse yo de las que me vinieren por mis culpas, y avergonzándome de las ansias que tengo de ser tenido por sabio y cuerdo, y de lo mucho que siento si alguno me moteja de menos avisado

También ponderaré cómo aquella vestidura blanca que se dió á Cristo por escarnio, era figura de la blancura y pureza de su alma, y de la inocencia de su vida, la cual suele andar junta con desprecios y humillaciones, porque es gran cosa ser puro y blanco en lo interior, y despreciado en lo exterior; y así, pediré á Nuestro Señor que me vista la vestidura blanca de su inocencia en el alma, y la vestidura de sus desprecios en el cuerpo, para que en todo le sea semejante.

Ultimamente, puedes ponderar cómo Herodes y Pilatos, que antes eran enemigos, desde entonces quedaron amigos, para significar que los príncipes de la tierra se aúnan y conjuran contra Cristo para perseguirle, como hoy lo hacen muchos reyes y grandes

del mundo, que sólo se unen para perseguir á Cristo. También se ve aquí cuán poderoso es cualquier modo de humildad para concordar los corazones desavenidos, pues estando estos dos hombres enemistados por el orgullo, cuando Pilatos se humilló quedaron amigos. Y todo fué á costa de la humillación de Cristo, el cual, con sus humillaciones, compró la unión de caridad que tienen, ó deben tener, todos los hombres.

Finalmente, pondera el desastroso fin que tuvieron estos dos jueces infames, que así despreciaron á Cristo N. S., porque aunque con su paciencia sufre y disimula sus injurias, como es justo juez, á su tiempo las castiga como merecen.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío, eterno Verbo por mí hecho carne! Dime sólo una palabra á mí, que estoy ciego: dime *¡mira!* y veré tu rostro, en quien desean mirarse los ángeles. Dime sólo una palabra á mí, que estoy sordo: dime *¡oye!* y oiré tus palabras dulcísimas, más que la miel y el panal. Dime sólo una palabra á mí, que estoy mudo: *¡habla!* y hablaré tus grandezas. Dime sólo una palabra á mí, que estoy paralítico: *¡anda!* y correré por el camino de tus mandamientos. Tan sólo dime una palabra á mí, que estoy leproso: *¡purifícate!* y al instante será purificada mi lepra. Tan sólo dime una palabra á mí, que estoy muerto: *¡levántate!* y al punto me levantaré y volveré á vivir yo, que estaba muerto. No dejes de hablarme á mí, ya que tus palabras son palabras de verdad y de vida eterna.

Propósitos.—Llevar con gusto y alegría la librea de Jesucristo, y no avergonzarme nunca de ser discípulo suyo.

JUEVES DE LA TERCERA SEMANA

De cómo los judíos escogieron á Barrabás y condenaron á Cristo.

Preludios.—**Represéntate á nuestro Señor esperando con humildad divina la decisión del infame populacho que prefiere á Barrabás, y pide tú ser siempre de Cristo en la vida y en la muerte.**

PUNTO I

Presenta Pilatos á Jesús en competencia con Barrabás.

Considera cómo deseando Pilatos librar á Cristo de la muerte, viendo que Herodes tampoco le había condenado, tomó un medio á su parecer conveniente, y puédese creer que fué por inspiración de Dios.

Había costumbre, que el presidente en aquella pascua presentase dos presos ó más al pueblo, dándole facultad de escoger uno de los nombrados y que éste quedase libre. Pilatos, aprovechándose de esta ocasión, nombró con Cristo N. S. un solo preso, y ese el más insigne malhechor que había en la cárcel, llamado Barrabás; hombre revoltoso, ladrón, homicida, y por esto aborrecido de todos, pareciéndole que el pueblo, por no dar libertad á tan mal hombre, escogería á Cristo; y así les dijo: "¿A quién queréis que suelte conforme á vuestra costumbre, á Cristo ó á Barrabás?„ En lo cual se ha de ponderar la humillación de Cristo N. S.; el cual con ser tan puro, tan santo, tan sabio y tan bienhechor de todos, entra en votos y en competencia con un hombre infame, ladrón, revoltoso, homicida y público malhechor, siendo la competencia sobre cosa tan importante, como era la libertad, honra y vida. Acá se tiene por afrenta entrar en competencia, ó hacer oposición con un hombre vil y de partes muy desiguales, y Cristo N. S. compite con el más vil hombre del pueblo, para darnos ejemplo de humildad en todas las cosas. ¡Oh buen

Jesús, con cuánta razón podíais quejaros, y decir lo que dijisteis por vuestro profeta: ¿A quién me asemejasteis é igualasteis? ¿A quién me comparasteis é hicisteis semejante? Pero según veo, Señor, mayor injuria os espera, porque nuestra soberbia con mayor humillación ha de ser curada.

En efecto, estando el pueblo dudando á quién escogería, los sacerdotes y ancianos comenzaron á sobornarle y persuadirle que pidiese á Barrabás. Considera la solicitud de estos malos sacerdotes en sobornar al pueblo; porque es de creer que andarían repartidos por varias partes, hablando ya á unos, ya á otros, diciéndoles mil males de Cristo, que era más revoltoso y homicida que Barrabás, pues revolvía, no sólo una ciudad, sino toda la provincia y reino, con peligro de que muriesen, no uno ó dos hombres, sino toda la gente, si El no moría. Y que merecía la muerte más que Barrabás, porque era muy mayor pecador, blasfemo, encantador y enemigo de la ley de Moisés. Todo esto entendía bien Cristo N. S., y le causaba grande sentimiento, viendo cómo aquellos falsos predicadores engañaban al pueblo simple, como siempre le engañan los tribunos y los políticos.

También ponderaré con gran dolor de corazón, cómo Barrabás tiene tantos patronos y solicitadores, y agentes de su negocio; los cuales le abonan, favorecen y sobornan al pueblo con ser su causa tan injusta, y no le faltaron amigos y deudos, que juntamente con los sacerdotes, hablaban por él. Pero Cristo N. S. está tan solo y desamparado, que no tiene solicitador, ni agente, ni persona que se atreva á enseñar al pueblo y hablar en su favor, con ser su causa tan justa y estar el juez inclinado á favorecerle; no tiene amigo, ni discípulo, ni pariente, ni persona de las muchas á quien hizo grandes bienes, que ose hablar en su defensa. ¡Oh amparador y abogado de los pobres!, ¿cómo no hay quién os ampare y abogue en vuestra causa? Quejaos, Señor, á vuestro

Eterno Padre y decidle: ¡Oh Padre mío! Tú solo eres amparador de este pobre desamparado y ayudador de este triste huérfano. Envía de tu alto cielo alguno que abogue por mí, y sea mi agente en causa tan grave. Mas vuestra infinita caridad, Salvador mío, quiere pasar por este desamparo para librarme del que yo por mis pecados había merecido.

PUNTO II

El pueblo escoge á Barrabás.

Considera cómo apretando Pilatos al pueblo para que escogiese uno de los dos nombrados, díjoles: "¿A quién queréis que suelte, á Barrabás, ó á Jesús, que se llama Cristo?„ Y luego todos con gran clamor dijeron: "No queremos á Cristo, sino á Barrabás.„

Pondera, lo primero, la extremada humildad y afrenta de Cristo N. S., pues en competencia de un hombre tan vil y abominable fué reprobado y tenido por más indigno de la libertad y de la vida que Barrabás. ¡Oh dulcísimo Jesús, ahora veo con cuánta verdad dijisteis: Gusano soy, y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo, porque todos os desechan posponiéndoos al más vil y desechado del pueblo! ¡Oh soberbia mía, que presumes subir sobre todos los hombres!, ¿por qué no te humillas con este ejemplo, y te abajas y pospones á todos? Confundid, Señor, y hundid mi orgullo, pues no es razón que desde hoy más se atreva á levantar cabeza en presencia de tanta humildad.

Pondera después cuán errados son los juicios de los hombres, pues en causa tan clara dan sus votos contra la justicia y verdad, en agravio manifiesto de Cristo. ¡Y cuán poderosa es la pasión de la envidia y odio, para cegar el entendimiento y despeñarle en intolerables errores, y cuán mudables son los hombres y cuán fáciles en dejarse engañar; pues los que pocos días ha, con grandes voces, clamaban que

Cristo era Salvador y Rey de Israel, ahora con gran alarido dicen que es peor que Barrabás! De todo lo cual sacarás aviso para no hacer caso de los juicios de los hombres, ni guiarte por ellos, ora te alaben, ora te vituperen. Y consolarte con este ejemplo de Cristo N. S. cuando te vieres desechado en las pretensiones que tuvieres, aunque sean justas, acordándote que la pretensión de la vida eterna solamente se negocia por voto del supremo Juez, que está libre de toda pasión y engaño.

Considera luego cómo todas las veces que ofendes á Dios, pasa dentro de tu corazón un juicio perverso, semejante á éste de los judíos, porque la tentación que instiga á pecar no es otra cosa sino una pregunta que te hace, diciéndote: ¿A cuál quieres más, á Cristo ó á Barrabás? ¿A Dios, ó á la criatura? ¿Al cielo, ó á la tierra? ¿A la honra de Dios, ó á la tuya? Y cuando andes vacilando y dudando sobre lo que escogerás, llegan el demonio y la carne á persuadirte, con sugestiones y razones, que dejes á Cristo. Y finalmente, cuando consientes, es como abalanzarte y escoger á Satanás, á la criatura y al delito sensual, ó á la honra vana, con grande injuria de Dios, con gran desprecio de Cristo y de su grandeza, y con grave desagradecimiento de las mercedes que te ha hecho; por lo cual te tienes que avergonzar, teniéndote por peor que los judíos, pues teniendo fe verdadera de quién es Dios y quién es Cristo, le desprecias y dejas por otra cosa más vil que Barrabás, porque más vil que Barrabás es el pecado, sobre todo el de la carne.

PUNTO III

Piden los judíos á Cristo para crucificarle.

Considera cómo atónito Pilatos de que el pueblo hubiese escogido á Barrabás, les dijo: "Pues ¿qué queréis que haga de Jesús, que se llama Cristo?„ Respondieron todos á grandes voces: "Crucifícale, crucifícale.„

Replicó Pilatos tercera vez, diciendo: "¿Qué mal os ha hecho este hombre? Yo no hallo causa en El por la cual merezca la muerte; yo le castigaré, y, castigado, le soltaré.„ Pero el pueblo, levantando más el grito, clamaba: "Crucifícale, crucifícale.„

Pondera, lo primero, la pusilanimidad de este juez indigno y cobarde, amigo del César y de su destino antes que de Dios y de su conciencia, que, reconociendo la inocencia de Cristo N. S., no tuvo ánimo para librarle; antes pregunta al pueblo furioso qué quiere que haga de El, haciéndoles jueces del que aborrecían y le habían traído allí por envidia, todo lo cual resultó en afrenta del Salvador.

También has de ponderar, lo segundo, lo mucho que Cristo N. S. sentiría aquellas voces tan rabiosas y tan repetidas: "Crucifícale, crucifícale,„ viendo que, no sólo pedían que fuese muerto, sino muerto con tan cruel muerte como era la de cruz, y pagándole así sus divinos beneficios. ¡Oh Salvador del mundo, en cuán grande aprieto te han puesto mis pecados! Ellos son los que dan voces y dicen: Crucifícale, crucifícale; porque siendo Tú crucificado, quedarán ellos contigo crucificados y muertos en la cruz.

Coloquio.—¡Oh Hijo unigénito del Padre celestial, que fuiste comparado á Barrabás, y en su competencia fuiste reprobado por los que eran hijos del demonio y estaban llenos de él y cumplían los deseos de su padre! No permitas que yo haga tal traición como ésta dentro de mi alma, sino que siempre viva como siervo tuyo, hijo de tu Eterno Padre, reprobando lo que tú repruebas, y aprobando lo que apruebas, estimándote á Ti sobre todo lo criado, pues eres infinitamente más amable que todo ello, y que nunca, por nada ni por nadie, te desprecie y te ofenda.

Propósitos.— Acuérdate, cuando el mundo, el demonio ó la carne te inciten á pecar, que oyes voces que te dicen: ¡Crucifica á Cristo! ¡Escoge á Barrabás, y no á Cristo! y tú jura hoy ser siempre amigo de Jesús, y jamás de sus enemigos.

VIERNES DE LA TERCERA SEMANA

De los azotes de Cristo N. S. en la columna.

Preludios.— Represéntate el horrible espectáculo de ver á nuestro Señor desnudo, amarrado á la columna, inhumanamente azotado, cubierto de sangre, y luego caído en tierra, y ante esa escena que haría llorar á los ángeles del cielo, pide al Señor odio al regalo y á la sensualidad, que así han puesto á tu divino Salvador.

PUNTO I

Condena Pilatos á Jesús á ser azotado.

Considera cómo viendo Pilatos la pertinacia del pueblo en pedir que Cristo fuese crucificado, dió contra El la bárbara sentencia, de que fuese azotado, entregándole á los soldados para que luego la ejecutasen.

Sobre este punto se han de ponderar los motivos que tuvo Pilatos para dar esta sentencia. Quiso el juez débil y cobarde, ver si con esta pena de azotes se ablandaba el pueblo endurecido de modo que quedase satisfecho, y así pudiese librar á Cristo de la muerte. Déduce de ahí que mandaría á los soldados le azotasen cruelmente, y le pusiesen tal, que moviese á compasión á los que le mirasen, aunque estuviesen tan apasionados como los pérfidos judíos.

La sentencia del juez, como de falso político y contemporizador, fué injustísima, cruelísima y atrocísima, porque conocía bien él que Cristo era inocente, y sin embargo de esto lo condenó á castigo de azotes, que era castigo infame, propio de ladrones y de esclavos. Fué castigo cruel, derramando la sangre inocente con terribles dolores y confirmando con la obra lo que el pueblo había hecho en escoger á Barrabás y condenar á Cristo, pues lo trataba como merecía ser tratado Barrabás, por sus hurtos y latro-

Pero con ser tal la sentencia, Cristo N. S. en su corazón la aceptó sin apelar, ni suplicar, ni decir palabra de queja, ni dar muestra de sentimiento contra ella; antes de muy buena gana ofreció su cuerpo á los azotes en satisfacción de nuestros pecados, para que con las llagas de todo su cuerpo, sanase las llagas de nuestra alma, y nos provocase á servirle y amarle; pues descubriéndonos sus entrañas rasgadas con azotes, nos obligaba á que le diésemos las nuestras con todos nuestros afectos. Es de creer que entonces Cristo N. S. levantaría los ojos al cielo y diría á su Eterno Padre aquellas palabras de David: "Padre mío, dispuesto estoy para los azotes, porque Tú así lo has ordenado; mi cuerpo había de ser inmortal é impasible, de modo que no pudiese tocar á mí mal de pena, ni el azote pudiese acercarse al tabernáculo en que mora mi alma; pero tu providencia ordenó que yo tuviese un cuerpo apto para padecer y ser azotado, y desde entonces estoy preparado para ello, con deseo de pagar lo que Yo no pequé, por librar de la pena á los que robaron tu honra.„ Gracias te doy, ¡oh dulcísimo Redentor!, por haber aceptado sentencia tan cruel, tan infame y tan injusta. Vesme aquí, Señor, dispuesto por tu amor para los azotes, con ánimo de aceptar la sentencia que dieres contra mí, porque ni será injusta, pues mis pecados la merecen, ni será infame ni cruel, pues es sentencia de padre que azota al hijo que ama, para que se enmiende.

PUNTO II

Despojan los soldados de sus vestiduras á Jesús.

Considera cómo oída esta sentencia de Pilatos, tomaron los soldados á Cristo con grande algazara, y entráronle dentro de una sala; y allí le despojaron de sus vestiduras, hasta de la túnica inconsútil.

Pondera la vergüenza grande que padecería aquel hermosísimo mancebo, viéndose así desnudo delante de tanta muchedumbre de soldados, y los escarnios

que harían de El, y esta afrenta quiso sufrir con gran paciencia, en castigo de la desvergüenza, con que yo me desnudé la vestidura de su gracia, y como precio para comprar esta sagrada vestidura con que se cubra mi miserable desnudez. ¡Oh amantísimo Señor, que me persuades compre de ti oro puro y encendido de caridad, y vestiduras blancas de inocencia, con las cuales me libre de la eterna confusión que merecía por estar desnudo de toda clase de virtudes!; yo te ofrezco por precio la desnudez y vergüenza que padeces, con un corazon determinado á desnudarme de todo lo terreno. Por ella te suplico me vistas con tu divina gracia, para que no caiga en la eterna confusión.

También se puede considerar que, como algunos dicen, los soldados ataron fuertemente á Cristo N. S. á una columna, los brazos levantados en alto para poderle herir más á su placer, lo cual no sería pequeño tormento, porque le ataron por los pies y por las muñecas con grande crueldad; pero aun cuando no le atasen con sogas, estaba El más atado con las cuerdas del amor, y preparado para dejarse desollar con azotes por nuestro remedio. ¡Oh Cordero sin mancilla, que con admirable mansedumbre te dejas atar de estos crueles sayones, no sólo para quitarte tus sagradas vestiduras, sino para martirizar tu delicado cuerpo, sufriendo este dolor sin abrir tu boca!; suplícote me ates contigo con cuerdas de caridad tan fuertes, que no basten á desatarme los azotes y trabajos temporales.

PUNTO III

Los azotes á la columna.

Considera cómo estando ya Cristo N. S. desnudo, comenzaron los sayones á azotarle con extraordinaria crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron tres diferentes, de que usaron distintos verdugos, hiriéndole unos después de otros:

varas verdes, llenas de espinas, y unos ramales tejidos de nervios de bueyes, con abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro que herían y penetraban cruelísimamente hasta los huesos. Con estos objetos comenzaron á descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales, con la furia del castigo, primero se acardenalaron, luego se desollaron y después, penetrando los azotes la misma carne, vertieron arroyos de sangre que corrían por el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros, y todo el pecho, hasta descubrir los huesos. De suerte, que como todo el cuerpo místico de su pueblo, como dice Isaías, estaba llagado de pies á cabeza, y del menor hasta el mayor, y con llagas de pecados, así el cuerpo de Cristo N. S., desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no tuvo parte sana.

¡Oh, quién tuviera luz del cielo para contemplar, Redentor mío, la figura tan desfigurada que tenías en esa columna! ¡Oh, quién tuviera caridad tan encendida que bastara para transfigurarme en esta figura por la fuerza de la compasión! ¡Oh el más hermoso de los hijos de los hombres! ¿Quién te ha quitado la figura tan hermosa que tenías? ¡Oh resplandor de la gloria del Padre! ¿Quién ha obscurecido el resplandor de tu divino rostro? ¡Oh Padre Eterno! ¿por qué consientes que sea tu Hijo tratado como ladrón, y tenido por hombre herido y castigado del mismo Dios? Si mis pecados son la causa, más justo es que yo sea castigado por ellos. Yo soy el que pequé; este Cordero mansísimo ningún mal ha hecho; convierte tu mano contra mí, descarguen los azotes sobre mis espaldas, para que pague la pena, quien cometió la culpa. ¡Oh inmensa caridad del Padre, que así quiere castigar al Hijo por reconciliar consigo al esclavo! ¡Oh infinita caridad del Hijo, que así quiere ser castigado por reconciliar al esclavo con su Padre! Gracias te doy,

Padre Eterno, por esta tu inmensa caridad, y gracias te doy, Hijo unigénito encarnado por los hombres, por este tu infinito amor.

Para ponderar más la crueldad de este castigo, puedes poner los ojos en cuatro cosas que concurrieron en él. La primera, que el cuerpo de Cristo N. S., era tierno y delicado y muy sensible, y por otra parte, estaba muy quebrantado por el sudor de sangre que precedió, y con el trabajo de la noche y de aquel día; y como las heridas entraban muy adentro, penetrando las entrañas, causaban excesivo dolor. La segunda, que los sayones eran cruelísimos y el presidente les había mandado que le azotasen para mover á lastima á los endurecidos judíos y por otro lado el demonio los atizaba á ello; y los príncipes de los sacerdotes y los judíos les pondrían fuego; y como se remudaban á menudo, los que de nuevo comenzaban, heríanle con nueva crueldad. La tercera, porque hay quien dice que los azotes fueron más de cinco mil, y de la crueldad de sus enemigos se puede presumir eso y más todavía. La cuarta causa es que Cristo era azotado por nuestros pecados, que eran innumerables y gravísimos; y así, los azotes con que se pagaban habían de ser como ellos, innumerables y cruelísimos también.

Con estas consideraciones tengo de ponderar la invencible paciencia de Cristo N. S., el cual estaba como mudo sin dar muestras exteriores de queja, ó de turbación, sufriendo como un yunque los golpes, ofreciéndolos al Padre Eterno en satisfacción de nuestros pecados con un amor tan grande, que por muchos que fueron los azotes, tenía deseo y voluntad de recibir muchos más y más crueles, si fuera necesario para nuestro remedio; y así nunca dijo basta, hasta que la rabia de sus enemigos quedó harta y la justicia de Dios satisfecha. De donde sacaré grande aborrecimiento de mis pecados, que fueron la causa de este castigo, y un gran deseo de casti-

garlos yo mismo con penitencias y disciplinas. Y finalmente, poniéndome á los pies de este Señor junto á la columna mirando su soledad; y cómo no hay hombre que de El se duela y compadezca, y cómo por todas partes se va desangrando y enflaqueciendo, unas veces con el espíritu besaré la tierra bañada con la sangre de mi Señor y Criador, otras veces tomaré aquellos azotes teñidos con su preciosa sangre y ponerlos he sobre mi corazón, suplicándole que sane las llagas de mis aficiones desordenadas y me llague con su divino amor. Otras veces abrazaré aquella santa columna, y la saludaré con gran reverencia, diciendo: ¡Oh dichosa columna, en la cual fué atado y azotado el que es columna del mundo y fortaleza de todo lo criado! ¡Oh columna soberana, labrada y esmaltada con la sangre del Hijo de Dios, derramada para hacer á los hombres fuertes columnas en el templo de Dios vivo! ¡Oh, quién estuviera atado contigo para ser bañado con esta sangre, y quedar hecho columna en el servicio del que tanto padeció por mi remedio! ¡Oh columnas del cielo!, ¿qué hacéis? ¿cómo no tembláis de espanto viendo azotado á vuestro Dios en esa columna? ¡Oh columna firmísima, en quien estriba todo el mundo!; compadécete de Ti mismo, vístete de tu fortaleza, ¡oh brazo del Señor, porque te has desangrado y enflaquecido y estás á punto de desfallecer! Y pues todo esto padeces por mis culpas, fortaléceme con tu gracia para que yo las castigue y me enmiende de ellas.

Ultimamente, ponderaré cómo acabada esta justicia tan injusta y despiadada, los soldados desataron á Cristo N. S., el cual, como quedó tan molido con los golpes y enflaquecido por la mucha sangre que había vertido por las llagas, es de creer que caería en tierra; y como se vió desnudo, y las vestiduras estarían algo apartadas, iría por ellas medio arrastrando, bañándose en su propia sangre, que estaba alrededor de la columna; y como mejor pudo se las vistió, por-

que los verdugos, parte por crueldad, parte por desdén, no le querían ayudar á vestir. Todo esto puedo piamente contemplar, compadeciéndome del desamparo y flaqueza de este Señor.

Coloquio.—¡Oh Rey del cielo que ayudáis á todas las criaturas en sus obras, porque sin Vos no pueden hacer cosa alguna! ¿cómo no tenéis quien os ayude en esta necesidad? ¡Oh vestiduras sagradas, que sanasteis el flujo de sangre de la mujer que tocó en vuestro ruedo, y dabais salud á cuantos enfermos os tocaban! Sanad las llagas de mi Salvador y detened la corriente de su sangre, para que pueda padecer hasta dar fin á nuestra redención. ¡Oh, quién se hallara presente para servirle, aunque fuera menester dar mi sangre por aliviarle! Recibid, Dios mío, esta buena voluntad que me habéis dado, y confortadla para que os sirva en todo lo que pudiere, con deseo de hacer mucho más de lo que puede.

Propósitos.—Amar mucho la penitencia exterior para satisfacer por tus pecados, ya que por ellos tan fieramente es azotado el Rey de la gloria.

SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA

De la coronación de espinas.

Preludios.—Represéntate á nuestro Señor primeramente desnudado hasta de su túnica inconsútil, luego revestido por escarnio con clámide de púrpura y al fin taladrada su sagrada cabeza por las espinas de la corona, y pídele que te haga digno de participar de sus afrentas y dolores.

PUNTO I

Es nuevamente el Salvador burlado de los soldados gentiles.

Considera cómo los soldados que habían azotado á Cristo N. S., instigados del demonio, inventaron para afligirle nuevos géneros de tormentos, por una parte dolorosísimos, y por otra afrentosísimos; y para que fuese la afrenta mayor, convocaron á toda la cohorte, que eran los soldados de la guarda, para

que asistiesen á este espectáculo, y á la burla ó farsa que pretendían hacer de Cristo á costa de su honra y descanso.

Sobre lo cual he de ponderar, primeramente, la insaciable gana que Cristo N. S. tenía de padecer por nuestro amor, porque de ésta nació permitir que se inventasen contra El nuevos modos de injurias y tormentos, no contentándose con los ordinarios, para descubrir el amor que nos tenía y la gravedad de nuestros pecados. Como los hombres arrastrados del amor propio, inventan nuevos modos de ofender á Dios para su regalo y honra, así Cristo N. S., llevado de su amor divino, quiso que se inventasen nuevos modos de derramar sangre para satisfacer por ellos. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la excelencia de esta caridad con que nos amaste. ¡Oh, cuán bien te cuadra el nombre de justo, pues tantos modos inventas para ganar la justicia con que nos ha de justificar! Doyte el parabién de estas invenciones de amor, y con el profeta quiero decirte á Ti que eres justo por excelencia, que está bien, y que comerás el fruto de tus invenciones, ganando innumerables almas por medio de ellas.

Pondera, después, la maldad de estos sayones, instigados de Satanás en convocar gente para que se junten á burlar de Cristo y se hallen á sus desprecios, compadeciéndome de la humillación de este Señor, que llegó á ser risa de los hombres, abominando de los que solicitan á otros para ofender á Cristo y hacer escarnio de sus cosas. Pero yo, Salvador mío, deseo hallarme con el espíritu de este tu espectáculo, no como los soldados para escarnecerte, sino para meditar tus obras y ejercitarme en la consideración de tus invenciones, para compadecerme de tus trabajos y sacar esfuerzo para llevar los míos. Con este espíritu tengo de considerar algunos de los trabajos que nuestro Señor padeció después de los azotes en la misma sala.

La primera injuria de Cristo N. S. fué desnudarle sus sagradas vestiduras; y créese que, como el fin de esto era, que todo el pueblo después viese llagado su cuerpo, le desnudarían hasta la misma túnica inconsútil, dejándole desnudo del todo, con lo cual padeció gran dolor y afrenta: dolor, porque las vestiduras ya se habrían pegado á la carne con la sangre fresca que tenía cuando se las vistió; y es de creer se las desnudarían con crueldad y sin tiento alguno. La afrenta fué grande en verse desnudo delante de todo aquel ejército de soldados sucios y lujuriosos.

Tras esta injuria sucedió otra, que fué vestirle una vestidura que llaman clámide, que era una ropa larga de grana ó púrpura, que solía ser vestidura de los reyes; pero á Cristo N. S. se la pusieron por escarnio, para motejarle de rey falso y fingido. De suerte, que lo que tenía el mundo por honra convirtió en deshonra de Cristo para hacer de El una farsa y representación de rey. ¡Oh esposo de las almas, escogido entre millares, muy amigo sois del desprecio, pues en casa de Herodes fuisteis vestido de blanco y en casa de Pilatos de colorado, mereciéndonos con estos desprecios lo blanco de la inocencia, y lo colorado de la caridad! Ayudadme, Señor, para que me precie de esta vuestra librea y de esta púrpura ignominiosa, teniendo por afrenta lo que el mundo tiene por vana honra, y tomando por verdadera honra lo que El tiene por afrenta.

También pondera cómo esta vestidura larga de púrpura significaba nuestros sangrientos pecados, los cuales cargaron sobre Cristo N. S., y le pesaban y afrentaban más que la ignominia de la púrpura, y en particular representaba las obras que tienen apariencia de buenas y generosas, pero en los ojos de Dios son malas y abominables, por la intención mundana y terrena con que se hacen; y así, en lugar de honrar á Cristo con ellas, le despreciamos y escarnecemos. ¡Oh Dios de mi alma! no permitas que yo te

ponga tal vestidura, ni que la escoja para mí. Si púrpura tengo de escoger, sea la púrpura encendida de la caridad, con la cual cubra la fealdad y muchedumbre de mis pecados, y sea agradable á tus divinos ojos.

PUNTO II

La coronación de espinas.

Considera cómo los soldados pusieron sobre sus sienes una corona, no de oro ni de plata, ni de rosas ó flores, sino tejida de agudas espinas, la cual cubría toda su cabeza; y como se la pusieron encima con grande furia, las espinas traspasaron su sagrado cerebro y sienes, vertiendo abundancia de sangre por las heridas.

Pondera, primeramente, la ignominia y el dolor de esta coronación, porque de ambas cosas fué instrumento esta corona. Pusiéronsela, por escarnio, en lugar de las coronas que se ponen á los reyes y á los que triunfan de sus enemigos, y á los que tenían por dioses, para denotar que en estas tres cosas merecía ser escarnecido, porque era rey de burlas y dios fingido, y su triunfo del domingo pasado había sido vano. Pero inventaron que fuese tal la corona, que le atormentase cruelmente; porque como las espinas eran muchas y muy agudas, rompían la cabeza y sacaban la sangre que los azotes habían dejado en aquella más noble parte del cuerpo, y corriendo hilo á hilo por el rostro y por los ojos, los afeaba y enturbiaba, atormentando el sagrado cerebro y la frente con gravísimo dolor. Levántate, pues, ¡oh alma mía! en espíritu, y, como una de las hijas de Sión, sal á contemplar á este verdadero rey Salomón, con esta cruel corona que le ha puesto su madre ó madrastra la sinagoga, ataviándole con ella para los desposorios que en este día ha de celebrar en el tálamo de la cruz. ¡Oh Rey eterno, que coronasteis al hombre con corona de gloria y honra, poniendo debajo de sus

pies todas las cosas, como Rey y Señor de ellas! ¿cómo estáis coronado por mano de los hombres con corona de ignominia y de tormento? ¡Oh ingratitud y crueldad inhumana de los hombres contra Dios! ¡Oh bondad y mansedumbre inefable de Dios para con los hombres! El los corona de gloria, y ellos á El de ignominia; El con la grandeza de sus misericordias, y ellos con la fiereza de sus crueldades. Pues, ¿cómo, alma mía, no punzan tu corazón estas espinas? ¿Cómo no sacan agua copiosa de tu cabeza, y fuentes de lágrimas de tus ojos, viendo espinado al Rey del cielo por ganarte la corona de su reino eterno? ¡Oh verdadero Salomón, que os coronáis de espinas para celebrar vuestro desposorio con las almas; coronad la mía con ellas, para que merezca tener parte en vuestras bodas! ¡Oh sagrada corona de Jesús, aunque eres espantable al mundo, yo te adoro y reverencio como á corona de mi Dios! ¡Oh sagradas espinas, quién fuera punzado con vuestras puntas, para que vuestras llagas fueran medicina de las mías!

Luego ponderaré la gravedad de mis pecados, especialmente los de la soberbia y sensualidad, que fueron causa de esta terrible coronación, y ellos fueron las espinas que punzaron y atormentaron á este Señor mucho más que las otras. Porque yo me coroné de rosas y flores, buscando mis regalos, es coronado mi Salvador con corona de espinas. Porque yo busco corona de soberbia, pretendiendo vanas honras, quiere mi Señor tomar para sí corona de humillación con grandes afrentas. Toma, pues, alma mía, todos tus pecados, que son las espinas que punzan á tu Redentor, y punza tu corazón con espinas de penitencia y aflicciones por haberlos cometido. Y pues tu cabeza, que es Cristo, está coronada de espinas, avergüénzate de que tú, que eres miembro de su cuerpo, vivas coronado de flores, gastando la vida en deleites y vanidades.

Ponderaré, además, el misterio de esta corona de Cristo N. S. fija en su cabeza, la cual, aunque se puso por desprecio y tormento, significaba que Cristo era Rey eterno, y que su reino era durable, y su corona firme, no como la de los reyes de la tierra, que se quita y se pone fácilmente. Que era también vencedor y triunfador perpetuo contra los demonios y el infierno, y contra el mundo y la carne, aunque á costa de su sangre, derramada con aquella corona, con la cual ganaba para los escogidos innumerables coronas de las victorias que habían de alcanzar en esta vida, y después las coronas de la gloria.

Por consiguiente, nos enseña que con corona de espinas se gana la corona del cielo; y que vale más en esta vida abrazar la corona de trabajos, que punzan, que la corona de regalos y deleites, que recrean, porque si en esta vida, como los mundanos, me corono de rosas, buscando las vanidades y deleites, después seré rodeado y enclavado con las espinas de mis pecados y remordimientos, sin que sea posible arrancarlas. Gracias te doy, Rey soberano, vencedor glorioso y triunfador perpetuo, por el modo que escogiste para ganar la corona y triunfo de tu gloria. Desde aquí me ofrezco á seguirte, y escojo para mí ser coronado de espinas en esta vida, con esperanza de que me has de coronar de gloria en la otra.

PUNTO III

Jesucristo rey de burlas para los soldados de Pilatos.

Considera cómo después pusiéronle también en su mano derecha, en lugar de cetro, una caña por escarnio, significando por esto que su reino era reino hueco y sin substancia, y que El era rey de comedia y movedizo, falto de juicio al llamarse rey, y en desprecio de las palmas y ramas de árbol que llevaba la gente que solemnizó su triunfo en Jerusalén pocos días hacía.

Ponderaré la injuria grave de Cristo N. S., y la

estima que hace, hoy como entonces, el mundo de su reino y de su doctrina, y de la perfección que predicaba, teniéndolo todo por cosa vana y hueca, y con cuán grande humildad aceptó el Señor esta injuria. No se resistió á tomar la caña, antes la tomó con su benditísima mano y la apretó muy bien, como á insignia de su desprecio; porque amaba los desprecios, enseñándome á mí que también los acepte y abrace con amor.

Deduce también de aquí cuán errados son los juicios de los hombres, los cuales, para sí, toman cetro de oro macizo en señal de la excelencia y estabilidad de su reino, siendo de verdad como caña mudable y que pronto pasa; y al contrario, tienen por cosa vana, como dijo el Profeta Malaquías, servir á Dios y guardar sus preceptos. De donde aprenderé á estimar en poco juicios tan errados, procurando no seguirlos.

Luego añadían otra injuria, hincando la rodilla delante de Cristo N. S., adorándole por escarnio y diciéndole: "Dios te salve, Rey de los judíos". Y aunque la salutación era honorífica, como se decía por escarnio, atormentaba los oídos de este excelentísimo Señor, que en el cielo estaba oyendo alabanzas de ángeles y siempre se recrea en oir nuestras oraciones. ¡Oh Rey soberano, cuán diferentemente eres adorado de los ángeles en el cielo y de los hombres en la tierra! Los ángeles te adoran como á su Dios y Rey verdadero; pero los hombres, con adoración fingida, te escarnecen como á Dios falso y á Rey fingido. Yo, Señor, te adoro y te saludo con las veras que puedo de todo mi corazón, diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos y de los gentiles. Dios te salve, Rey de los ángeles y de los hombres. Dios te salve, Rey del cielo y de la tierra. Sálvame, Señor, y admíteme en tu reino, para que siempre goce de Ti.

También puedo ponderar, cómo dos veces fué Cristo N. S. saludado en su Pasión, una con fingi-

miento secreto de hipocresía, cuando le dijo Judas: Dios te salve, Maestro. Otra con fingimiento público, por vía de escarnio, cuando le dijeron estos soldados: Dios te salve, Rey de los judíos. En que se denotan dos suertes de pecadores, que ofenden á Dios: unos hipócritas, que fingen amarle y reverenciarle, pero no le aman, ni reverencian: otros públicos y escandalosos, que hacen burla de las cosas sagradas y divinas, y por todos padece Cristo para dar salud á todos. Y también tuvo misterio decir el Evangelista que le adoraban, hincada la rodilla, y no ambas rodillas, para significar que los mundanos no se dan todos á Dios, sino parte dan á Dios y parte al mundo; y con una rodilla adoran su honra, regalo y hacienda, y con otra adoran á Dios. Pero esta adoración provéchales poco, porque Dios no quiere ser servido con corazón partido, sino entero.

Con la injuria de palabra juntaba cada soldado alguna injuria de obra dolorosa y afrentosa. Unos le tomaban la caña y con ella herían la cabeza de este señor, atormentándola y enclavando más las espinas en ella. Otros le daban bofetadas en el rostro y otros le escupían en la cara, afeándosela con sus asquerosas salivas. Estas tres cosas refieren los Evangelistas, y puédese creer, que otros le darían golpes y puñadas por el cuerpo, y otros le darían repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilatos lo que había padecido por los judíos en casa de Caifás. Solamente los gentiles le vendaron el rostro porque le trataban como á rey, aunque de farsa; y porque como estaba tan desfigurado no representaba ya aquella majestad, que ponía respeto y empacho de herirle al descubierto.

Coloquio.—¡Oh Salvador del mundo, cuán repetidas son vuestras injurias, y cuán repetidos vuestros crueles tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos

los veces por mano de judíos y de gentiles, para que padeciendo de todos pague por todos. Todos, Señor, os bendigan y glorifiquen por esta vuestra caridad; y pues por todos padecéis, alcancen todos el fruto de vuestra Pasión, haciéndome á mí también participante de ella.

Propósitos.—Despreciar todas las coronas del mundo: la de oro, símbolo de poder y grandeza; la de laurel, símbolo de las glorias efímeras de la tierra; las de flores, símbolo de las vanidades y hermosuras, y no desear más corona que la eterna en el cielo y en la tierra, la de Cristo N. S.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

(Sobre el evangelio de este día.)

De la multiplicación de los panes y los peces.

Preludios.— Contempla el maravilloso banquete que la bondad de Jesús da á la infinita muchedumbre, que come hasta saciarse sentada en el humilde césped, y pide al Señor fe y confianza en su infinito amor y providencia.

PUNTO I

Las circunstancias del milagro.

Considera la devoción y confianza de esta muchedumbre de gente, que sigue á Jesucristo tres días de camino en el desierto, sin pensar ni en lo que puede suceder, ni de qué se ha de alimentar, ni adónde ha de hospedarse. Se abandona totalmente á la providencia de Jesús, más bien pronta á morir en su seguimiento, que á dejarle. No se queja de las fatigas del viaje; no murmura, como hicieron los judíos conducidos por Moisés en el desierto; se siente como enajenada escuchando las palabras de vida eterna de Jesús y encontrándose en su compañía. Le sigue como un rebaño de ovejas á su pastor. ¡Mira qué pocos son los que hoy siguen á Jesús en el desierto! ¡Qué pocos los que de El se fían y se abandonan á su providen-

cia. Se oyen sólo lamentos por lo pasado, murmuraciones por lo presente é inquietudes por lo por venir. Se sigue al mundo, sus pompas y placeres; se sigue á cualquiera que prometa oro y dichas humanas; pero no á Jesús, que sólo ofrece cruz y abnegación; mas, á pesar de todo, el divino Maestro sigue diciendo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame„.

Considera cómo Jesús tiene compasión de aquella pobre gente, que estaba en ayunas y que le seguía hacía ya tres días. "Si los mando, decía El, ayunos á sus casas, desfallecerán en el camino„. ¡Qué tierno, manso y dulce es el Corazón de Jesús! No puede ver un miserable sin tener compasión de su miseria. Cuenta los días, y aun los momentos, de nuestros sufrimientos, y no deja de socorrernos cuando nos conviene. Cuando todo parece desesperado, entonces mas bien debemos esperar de El, porque en tales ocasiones es cuando Jesús suele obrar hasta milagros en favor nuestro. Era necesario que aquel pueblo se hubiese internado tres días de camino en el desierto para que resplandeciese su providencia, como fué necesario que se consumiese la harina de Egipto antes de que el Señor hiciera llover el maná del cielo. Si no tienes consuelo alguno de Dios, es, sin duda, porque buscas demasiado los consuelos de la tierra. Si Jesús no hace por ti ningún milagro, es señal de que no esperas en él. "Tengo compasión, dice, de esta pobre gente, porque hace tres días que esperan de mí alguna cosa„. Es decir, que se ponen en manos de mi providencia y descansan sobre mi vigilancia. Descansa tú en la providencia de Dios, y ésta jamás te faltará.

Quien confía y descansa en Dios, defiende su providencia; prueba que cree en un Dios bueno, sabio y poderoso, que vela sobre nuestras necesidades corporales y espirituales. ¡Qué pocos son los cristianos que tienen fe viva y práctica en la providencia de Dios! Muchos, ó no creen en ella, ó viven como

si no existiera. Toda la confianza la ponen en sus bienes, en su talento, en su prudencia y en su industria; pero jamás en la bondad de Dios. Cuentan con el favor de los amigos, de su crédito y de sus facultades; pero no con el de Jesucristo, como si no conociera sus miserias, y no pudiera, ó no quisiera, librarnos de ellas. ¿Eres, pues, pobre? ¿Por qué no sigues á Jesucristo en el desierto? ¿Por qué no te abandonas á la providencia divina? ¿Por qué desconfías de su sabiduría, de su poder y de su bondad?

PUNTO II

El milagro de Jesús.

Considera cómo movido Jesús á compasión por la fe y el hambre de aquella infinita muchedumbre de gentes, preguntó á sus discípulos cuántos panes tenían. Quiere que conozcamos nuestra miseria antes de librarnos de ella. Bendice luego aquellos panes, los multiplica con su poder infinito, como multiplica la simiente que se arroja á la tierra, y los da á sus discípulos para que los distribuyan entre aquellas gentes. Tenían los Apóstoles la misma necesidad que los otros; sin embargo, hacen lo que se les manda y reparten todo el pan, sin reservarse nada. Dios distribuye los bienes temporales á los pobres por mano de los ricos, que no son más que ministros de su providencia. Les permite que reserven para sí lo necesario; mas quiere que lo superfluo lo distribuyan á los pobres, y ¡ay de ellos si gastan en el lujo, en el derroche y el escándalo lo que por ley de Dios corresponde á los pobres! Los Apóstoles sólo tenían siete panes de cebada para su provisión; si hubieran querido conservarlos para sí, ¿qué hubiera hecho el Hijo de Dios? Hubiera puesto á aquel pueblo una mesa en la que los Apóstoles no hubieran comido. Dad, ¡oh ricos! de lo que Dios os ha dado; no disipéis las riquezas que su providencia os ha concedido; daréis de ellas cuenta muy estrecha, y, si negáis

á los pobres lo superfluo, Dios os privará de lo necesario.

Considera, después, cómo Jesús no multiplica los panes sino en el desierto. Este milagro es figura del que todos los días hace en su Iglesia, multiplicando el pan eucarístico, que es su sagrado cuerpo. Para sustentarme y vivir de él, es necesario retirarme del mundo y sus placeres; es necesario entrar tres días de camino en el desierto, es decir, darse á Dios y á la vida de oración; vivir con Jesús y abstenerse de todas las consolaciones humanas. Dios se deja ver en la soledad; allí hace que el alma sienta y guste la dulzura del maná divino: allí sacia á los que le siguen y descansan en su providencia. El ambicioso se muere de hambre; el avaro del deseo insaciable de riquezas; el impúdico arde en un fuego abrasador que le consume, come con las bestias, y no queda satisfecho. Felices son sólo los pobres de espíritu, porque comen el pan de los ángeles, y quedan saciados. Después de la comunión ya no tienen hambre, porque están satisfechos: ya no desean cosa alguna del mundo. Si después de tus devociones no estás contento, ten por cierto que has buscado alguna cosa fuera de Dios: que eres como los judíos en el desierto que les causaba bascas el maná, y suspiraban por las cebollas de Egipto.

Después de saciada el hambre de la muchedumbre se recogieron siete canastos del pan que había sobrado. Así multiplica Dios los bienes de las personas caritativas. Dando de tus bienes generosamente á los pobres, recogerás siempre más de lo que dieres. La limosna es semilla, que arrojada en tierra, fructifica el ciento por uno. Poco después que los Apóstoles habían subido á su barca, se acordaron que no habían hecho provisión de pan y se inquietaron de esto. ¿Y qué, les dijo el Señor, no os acordáis del milagro que acabo de hacer y del que hice poco antes? ¡Oh extraña ceguedad de los hombres! ¡Qué pronto se ol-

vidan de los beneficios de Dios y recaen en su ordinaria desconfianza! ¿No lo haces tú así? ¿No incurres también en este defecto? ¿No desconfías, como Judas, de la providencia divina, y no te reservas alguna parte de lo que debías de dar á Dios ó á los pobres?

Ultimamente, pondera la alegría y admiración de aquella gente viendo tan gran milagro. Fué tan grande, que se determinaron en sus corazones de alzar á Cristo por Rey, teniéndose por dichosos en servir á tan poderoso y liberal Señor; pero como nuestro Redentor conociese estos pensamientos, huyó á lo más escondido del desierto, atajando la determinación de estos hombres, porque no quería honras, ni dignidades temporales, enseñándome con su ejemplo, que no busque por mis buenas obras premio temporal de los hombres, ni apetezca dignidades, antes cuanto es de mi parte las huya, y huya las ocasiones de ellas. ¡Oh Rey eterno, que así aborreciste el reinado temporal, porque tu reino no era de este miserable mundo!, dame gracia para que yo también pise las grandezas temporales, contentándome con las eternas.

PUNTO III

Sobre la esperanza y confianza en Dios, que debemos sacar de la consideración de este milagro.

Considera que si Dios no dejó morir de hambre á aquella muchedumbre, porque le seguía, también te socorrerá á ti, si le sigues con la misma fe y confianza. Jesús es nuestro Padre, es nuestro Pastor, es nuestro Rey, y no nos puede dejar perecer ni de hambre ni de necesidad. Además es, como Dios, la suma bondad y el sumo amor. Puede probarnos más ó menos tiempo para acrisolar nuestra fe y hacer que en la tribulación encontremos minas de méritos para el cielo; pero jamás abandonará á los que le siguen, sobre todo hasta el desierto y hasta la cruz. La con-

fianza en El es la gran riqueza del cristiano. Pídele siempre como El quiere que le pidas, y hará milagros, si te convienen, en tu favor.

Considera además que á Dios N. S. le es muy grato que confiemos en El, porque eso enaltece mucho su bondad y su poder. Por eso jamás debemos esperar más que cuando todo parece que nos lleva á la desconfianza. Ni debemos temer menos que cuando todo parece nos inspira temor; entonces conviene abandonarnos más en Dios, cuando parece que Dios nos ha abandonado. Dios nos da su fortaleza, si nos despojamos de la nuestra. Nos comunica su poder, si reconocemos nuestra propia flaqueza, y nos da sus tesoros, si confesamos nuestra pobreza.

Además, el pobre, como lo eres tú, gustosamente se une al rico, el débil al fuerte, el enfermo busca con ansia al médico, y á la nodriza el hijo pequeñito. Si no te apoyas en las criaturas, Dios te sostendrá; si no tienes esperanza alguna humana, tendrás la divina; renuncia tus propias luces, y te gobernará la sabiduría divina; despójate de todas tus fuerzas, y el poder de Dios te asistirá; váciate de ti mismo, y Dios te llenará de sus gracias y bendiciones.

Conocer á Dios sin conocer la propia miseria, es presunción. Conocer la propia miseria sin conocer á Dios, es ir á la desesperación. Conocer el abismo de la propia miseria y el abismo de la misericordia de Dios, forma la esperanza y la alegría de los santos. Jesús no es solamente Dios, más Dios mediador y Dios salvador. Jesús no es Jesús, si le quitas su misericordia. Jesús no es Salvador, si no tiene la ternura para con los pecadores.

Coloquio.—¡Oh Dios omnipotente! ¿Quién soy yo, y quién sois Vos? Vos sois el Ser por esencia, y yo soy la nada; Vos sois la misma fortaleza, y yo la debilidad; Vos sois la verdad misma, y yo la mentira; Vos la luz, y yo todo tinieblas. Vos, finalmente, sois la misma santidad, y yo la malicia. Dios mío, espe-

ranza mía, yo me abandono enteramente en vuestras manos, y en Vos solo confío.

Propósitos.—Alabar y bendecir constantemente la providencia de Dios, que multiplica con su poder el trigo para alimentar, como en el desierto, á sus criaturas, y antes y después de comer darle gracias por el beneficio recibido.

LUNES DE LA CUARTA SEMANA

Del «Ecce-Homo», y del último examen que hizo Pilatos de Cristo N. S.

Preludios.—Contempla á Jesús vestido con la púrpura andrajosa, la caña en la mano y coronado de espinas, mostrado desde un lugar alto por Pilatos al pueblo judío para que se apiade de El y le perdone, y á éste clamando con voces infernales por la sangre del Justo. Pide dolor íntimo de tus pecados, y no querer ni tener nunca más rey de tu alma que á Cristo Jesús.

PUNTO I

"*Ecce-Homo.*"

Considera cómo entrando Pilatos en el lugar donde estaba Cristo N. S., y viéndole tan horriblemente desfigurado, parecióle que con sólo mostrarle al pueblo aplacaría su furor. Mandó, pues, á los soldados que le llevasen á un lugar alto desde donde podía ser visto de todos, y, adelantándose un poco, dijo á todo el pueblo: "¿Veis? Aquí os lo saco á fuera, para que entendáis que no hallo en El culpa merecedora de muerte". Y á esta sazón salió el Señor siguiendo al presidente que se lo mandaba, desnudo de sus vestidos, cruelmente azotado, desollado el cuerpo y llagado en muchas partes; y donde no, señalado de los látigos y cardenales, sin tener otra cosa sobre sus carnes más que aquel andrajo viejo, que le habían puesto los soldados. Llevaba también la corona de espinas; y á lo que se cree (aunque no lo dice el Evangelista), sacó las manos atadas como reo, y el cetro

de caña en ellas, que también como la corona, servía para su afrenta y para burlarse de El, como de rey fingido. Llevaría los ojos llenos de lágrimas que de ellos salían, y de la sangre que destilaba de la cabeza; las mejillas amarillas, sin color, llenas de sangre, y afeadas con las salivas que le habían escupido en su faz; las piernas temblando, no menos del frío que de la flaqueza, y todo el cuerpo humillado y encorvado con el peso de la afrenta y el dolor.

Pondera la vergüenza que padecería el Señor, viéndose delante de tanta gente en aquel traje tan abatido, y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. ¡Oh Redentor mío, cuán diferente figura es esta de la del monte Tabor, llena de resplandor y majestad! Aquélla descubristeis no más que á tres de vuestros discípulos en un monte alto, pero ésta descubrís en otro lugar alto á todo el pueblo, para que todos vean vuestras ignominias y crezcan con ser vistas. Dadme, Señor, ojos de viva fe con que yo las mire, porque para mí no será menos amable esta figura lastimosa que la otra muy gloriosa.

Estando, pues, Cristo N. S. á vista de todo el pueblo, díjoles Pilatos: "Veis aquí al hombre„. Como si dijera el juez pérfido y cruel: "Mirad á este hombre que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y veriésle tan castigado y desfigurado que apenas parece hombre; mas pues es hombre como vosotros, compadeceos de él y contentaos con los castigos que ha recibido„. Pero tú, alma mía, mira á este hombre, según todo lo exterior que se puede ver en El, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes, afeado con salivas, acardenalado con bofetadas; mira á este hombre vestido con vestidura de escarnio y coronado con corona de dolor y desprecio. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí: "Gusano soy, y no hombre; oprobio de los hombres y desecho del pueblo„. El, el más hermoso

que todos los hijos de los hombres. ¡Oh Hijo de Dios vivo, harta humillación fué descender á tomar forma de hombre! Pues, ¿por qué te humillas tanto en esa forma, que vienes á ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretendí ser más que hombre, igualándome con Dios, es causa de que Tú, Dios mío, te hayas humillado á parecer menos que hombre, porque tan abominable soberbia pedía medicina de tan admirable humildad.

Pondera, después, estas palabras como si te las dijera el Espíritu Santo: "Mira á este hombre, que es Hijo de Dios vivo; el Mesías prometido en la ley, cabeza de los hombres y de los ángeles, Redentor del linaje humano, y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fué tan grande, que ha tomado esta figura tan dolorosa sólo por amor de los hombres, para pagar las deudas de sus pecados y librarlos de las penas eternas que merecían por ellos; por lo cual merece que todos le den millones de gracias y le confiesen por Hombre y Dios verdadero, alabándole, adorándole y sirviéndole por todos los siglos."

Miremos, pues, todos á este Hombre-Dios, al cual desearon ver tantos reyes, tantos patriarcas y profetas. Miremos á este Hombre para oir sus palabras, porque El es el Maestro que el Padre Eterno nos ha dado. Miremos á este Hombre para imitar su vida y seguir sus pisadas, porque no hay otro camino para ser salvos sino El. Miremos á este Hombre para compadecernos de El, pues estaba tal que bastara á mover á compasión á los que le querían mal. Miremos á este Hombre para llorar y hacer penitencia, pues nosotros con nuestros pecados le paramos tal como está. Miremos á este Hombre, porque no puede escapar de la muerte eterna quien así no le mirare; porque El es la serpiente de metal levantada en el desierto para que, los que le miraren, no perezcan. Miremos en la faz de aqueste Hombre, meditando siem-

pre en El y arreglando nuestra vida por El, para que en El, como en un espejo, veamos nuestras faltas, y, conociendo lo que nos afean, tomemos de las lágrimas y de la sangre que por su hermoso rostro va corriendo, y limpiemos con dolor nuestras manchas, y quedaremos limpios y hermosos en su divino acatamiento.

Pondera, también, estas palabras, como dichas por el Padre Eterno: "Mirad este hombre que Yo envié al mundo, para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfección. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores: su humildad en tantos desprecios, su pobreza de espíritu en tanta desnudez, su mansedumbre en tan graves injurias, su paciencia en tan terribles dolores, su modestia entre tantos blasfemadores, y su caridad en medio de tantos que le aborrecen; y pues por vuestro ejemplo ha tomado esta figura, miradla y estampadla en vuestras almas„. ¡Oh Padre Eterno!, ¿es por ventura este hombre aquel de quien dijísteis en su bautismo y transfiguración: "Este es mi Hijo muy amado, en quien me he agradado; á El oid?„ Si éste es el mismo que entonces, ¿dónde está la figura de paloma que declare su inocencia? ¿Dónde la nube resplandeciente que manifieste su divinidad? ¿Dónde Moisés y Elías que le abonen y autoricen con su presencia? De todo lo veo desamparado, pero sus virtudes le acompañan; éstas predican su inocencia, descubren su divinidad y autorizan su persona; y pues me mandáis que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza para que pueda conformarme con la imagen de este hombre celestial, borrando de mí la imagen del hombre terreno.

PUNTO II

"*Crucifícale, crucifícale.*„

Considera cómo á la vista de Jesús y á las palabras de Pilatos, respondieron con grandes voces, el

pueblo, los pontífices y los ministros: "Crucifícale, crucifícale."

Admira la crueldad endemoniada de estos pontífices y sacerdotes, y de este pueblo inducido por ellos, los cuales no sólo no se compadecieron de este Señor tan llagado y afligido, cuya sola vista enternecería á las fieras y á los corazones de pedernal, sino que con increíble odio, con la vista de sus trabajos creció la sed de sangre que tenían, y empezaron á gritar con voces infernales. Crucifícale, crucifícale; como quien dice: Buen principio ha sido azotarle; acaba lo que has comenzado en crucificarle, pues los azotes preceden á la crucifixión. ¡Oh, qué sentimiento tan grande causarían estos clamores en los oídos del Salvador, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con más crueldad que los gentiles, pues éstos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos! ¡Acordábase de los bienes que había hecho á esta nación, y viendo el mal pago que le daban, lastimábase por el castigo y desamparo que merecían! ¡Oh alma mía, cómo no revientas de dolor viendo tan aborrecido al que merecía ser sumamente amado! ¿Cómo tu rostro no se baña en lágrimas, viendo el rostro de tu Señor bañado en sangre y á sus enemigos sedientos por derramarla toda? Ama con entrañable amor al que tanto te ama, en recompensa del odio tan injusto con que es aborrecido, y procura ser más ferviente en amarle, que sus enemigos fueron en aborrecerle.

Medita, después, cómo irritado Pilatos de la protervia de los pontífices y ministros, les dijo: "Tomad vosotros y crucificadle, porque yo no hallo en El causa bastante para esto." Respondieron ellos: "Nosotros ley tenemos, y según nuestra ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios."

En estas palabras acusaron á Cristo N. S. de blasfemo, teniendo por blasfemia que dijese de sí ser Hijo de Dios, no por adopción sino por naturaleza; y así,

que según la ley, debía ser castigado con pena de muerte. En lo cual se ve la ceguedad abominable de esta gente, que tenía por blasfemia á la misma verdad de Dios, probada por la Escritura, que decía que el Mesías era Hijo de Dios, y confirmada con tantos milagros como Cristo hizo, para dar testimonio de ella. Por donde consta, que ellos eran blasfemos en decir que esta era blasfemia, y, por consiguiente, dignísimos del castigo de la ley. ¡Oh Rey soberano, verdad es que según la ley habéis de morir, no porque os habéis hecho Hijo de Dios, sino porque siendo Hijo de Dios os habéis hecho hombre, y con vuestra muerte habéis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios! Por ella os suplico me hagáis hijo vuestro, y como tal muera al pecado, al mundo y á la carne, y deje de vivir para mí por vivir para Vos.

PUNTO III

Del último examen que hizo Pilatos de Cristo.

Considera cómo oyendo Pilatos que Jesús era Hijo de Dios, temió mucho; y entrando en el pretorio, le dijo: "¿De dónde eres?„ Mas Jesús no le respondió palabra alguna. Díjole Pilatos: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte y para soltarte?„ Respondióle Jesús: "No tuvieras potestad alguna contra Mí, si no te fuera dada de arriba.„

Considera la causa del temor de Pilatos, cuando oyó que Cristo N. S. se hacía Hijo de Dios; porque las grandes virtudes que resplandecían en El, hacían muy creíble que era así como El decía, y temía mucho condenarle é incurrir en la divina indignación. ¡Qué admirable era la mansedumbre y paciencia, que bastó sin otros singulares milagros, para que un juez gentil, siendo tan malo, tuviese por creíble que un hombre tan afligido y maltratado podía ser Hijo de Dios vivo!

Considera, además, la prudencia admirable de Cristo nuestro Redentor en callar y en hablar. Calló

en este caso, cuando el hablar no era más que para su defensa, pero habló cuando era necesario, para volver por la honra de Dios y corregir al soberbio que presumía de su potestad; y entonces hablaba con tanta libertad, como si no estuviera en tanta miseria; y lo que le dice es: "No te jactes del poder que tienes, que no es tuyo, sino del cielo, dado por mi Padre celestial, sin cuya licencia y permisión nada pudieras contra mí.„ En lo cual resplandece grandemente la bondad del Eterno Padre, que dió potestad sobre su Hijo á un tan mal juez para bien nuestro.

Medita cómo por esta respuesta de Cristo N. S. deseó más Pilatos librarle; mas los pontífices apretáronle con amenazas, diciendo: "Si sueltas á Este no eres amigo del César;„ como quien dice: Si le sueltas, acusarémoste delante del César, porque soltaste á su enemigo y al que se hacía rey en perjuicio de su imperio. Y amedrentado con esto Pilatos, sacó segunda vez á Cristo N. S. á fuera, y díjoles: "Mirad á vuestro Rey.„ Estas palabras se pueden considerar como dichas de Pilatos por su propio espíritu, y como dichas por el Espíritu divino que le movió á decirlas.

Pilatos dijo estas palabras por vía de escarnio, como si dijera: Veis aquí á este miserable, de quien decís que se hace rey vuestro, miradle que ni es rey, ni puede pretenderlo; no es sino rey de farsa y de representación, como lo declara esta corona, cetro y púrpura que trae; compadeceos de El, y no creáis que éste puede contradecir á César en hacerse rey. ¡Oh Rey del cielo, cuán abatido estáis entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillación la soberbia y ambición con que ellos desean reinar!

Pero puedes considerar que estas mismas palabras dijo el Espíritu divino por boca de Pilatos á los judíos, para avisarles de lo que tenían presente y tanto habían deseado: "Ved aquí al Rey que habéis estado

esperando tantos años; al Rey y Mesías prometido por los profetas para vuestro remedio; al Rey que sucede en la casa de David con vara de equidad, cuyo reino ha de ser eterno; al Rey ungido por Dios para librarnos de la servidumbre del demonio; aquí os le presento: mirad si le conocéis y le queréis recibir por vuestro rey.„

Con el mismo espíritu tengo de imaginar que estas palabras se me dicen á mí y á todos los fieles: "Ved aquí á vuestro Rey santo y sabio, manso y humilde, tan liberal y amoroso, que por vuestro amor está con figura tan lastimosa, maltratado y atormentado. Ved aquí al Rey constituído por el Eterno Padre sobre la Iglesia militante y triunfante, Rey del cielo y de la tierra, Rey de la gloria y Rey eterno, cuyo reino no tendrá fin.„ Mira, ¡oh alma mía! si le quieres recibir por Rey y darle el debido vasallaje. Mira si te desdeñas de tener Rey tan ultrajado en lo exterior. Mira si quieres vestirte su librea y andar siempre en su compañía, pues para ti vino este Rey. De muy buena gana, Rey mío, os recibo y adoro por mi Rey; y cuanto os miro más abatido, tanto de mí sois más estimado. Vestidme vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo andar vestido como su rey.

Medita cómo los pontífices respondieron á gritos: "Quítale, quítale de ahí; crucifícale„. Dijo Pilatos: "¿A vuestro Rey tengo de crucificar?„ Respondieron ellos: "No tenemos otro Rey sino á César„.

Considera, lo primero, la rabia increíble de esta gente, que ni aun ver á Cristo querían, y por eso dijeron: quítale de ahí; que fué decir: No le vean más nuestros ojos; crucifícale, para que de una vez acabe.

Considera, además, la maldad y ceguedad de esta gente en dejar al Rey verdadero que Dios les había dado para su bien, y aceptar por rey al tirano que les quitaba las haciendas y la libertad que ellos tanto estimaban; y al que antes aborrecían, ahora le reciben en odio de Cristo y por no recibir á Cristo; y en

castigo de esta maldad permitió Cristo N. S. que perdiesen al verdadero Rey y Mesías, y que el rey terreno que ellos escogieron se volviese contra ellos y los asolase y destruyese.

Todo esto me he de aplicar á mí mismo, considerando cuántas veces dejo al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra vana y perecedera, viviendo como si no hubiese ni tuviese otro rey más que á César, ó sea al mundo, al demonio, á la carne ó á cualquier ídolo ó señor de la tierra. Con lo cual hago grande injuria á Dios N. S., á semejanza de este pertinaz y perverso pueblo hebreo.

Coloquio —¡Oh Rey soberano, oh mi único Rey, oh Rey de mi alma, de mi vida y de todo cuanto soy, de todo corazón me pesa por las veces que os he dejado y ofendido! Cuando era del mundo, decía con los mundanos: no tengo á otro rey que á César; pero de hoy más, Señor, digo cuanto es de mi parte, que no quiero otro rey sino á Cristo. Vos á pesar de vuestras humillaciones y vuestra cruz sois mi César y mi Rey, á quien deseo obedecer y servir de todo corazón. Y si obedeciere á los reyes de la tierra, será porque así lo queréis, y en las cosas solas que mandáis: porque en lo demás que fuere contra vuestra santa ley, no reconozco otro rey que á Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos.

Propósitos.—Probar con las obras que tu Rey y soberano Señor á quien solo amas y obedeces es Cristo, no el mundo, el demonio y el pecado, enemigos de Cristo.

MARTES DE LA CUARTA SEMANA

De la condenación á muerte de Cristo N. S., y del camino del Calvario.

Preludios.—Mira á Pilatos lavándose hipócritamente las manos, y oye al pueblo que grita: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos», y pide al divino Redentor que caiga su sangre sobre ti para purificarte y lavarte.

PUNTO 1

Entrega Pilatos á Jesús para ser crucificado.

Considera cómo sentado Pilatos en su tribunal, pidió agua, y delante de todo el pueblo lavó sus manos, diciendo: "Soy inocente de la sangre de este Justo, vosotros mirad lo que hacéis.. Ellos respondieron: "Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos„.

Pondera cómo los Evangelistas, muy á menudo, nos traen á la memoria la inocencia de Cristo N. S. y los testimonios que de ella daba Pilatos, para que nos acordemos en cada uno de los tormentos, que padece por nuestros pecados, convidándonos con esto á compadecernos más de este Señor y á llorar nuestras culpas, por las cuales padece tan graves penas.

Pondera luego la maldad furiosa de este pueblo deicida y furioso, que á trueque de quitar la vida á Cristo y derramar su sangre, ofrecieron la suya y la de sus hijos, cargándose con los castigos que merecía la muerte de su Dios; y así les sucedió, porque la sangre de Cristo, que era poderosa para dar la vida á sus mismos derramadores, fué para ellos ocasión de muerte, durando en su rebeldía. Pero yo, con otro espíritu, diré al Padre Eterno: Venga, Señor, la sangre de este Justo, Hijo vuestro, sobre mí y sobre todas mis obras para limpiarlas y santificarlas con ella. Yo, Señor, os ofrezco la mía con deseo de derramarla por quien derramó por mí la suya. ¡Oh sangre preciosísima de mi Salvador, no vengas sobre mí, como sobre esos rebeldes sayones, para confundirme; sino ven con misericordia para lavarme y justificarme! ¡Oh Redentor mío, no permitas que, á imitación de Pilatos, lave yo hipócritamente las manos con agua y deje mi corazón manchado con la culpa; y que haciendo obras malas por temor humano, las quiera excusar y lavar en la apariencia, ni te entregue yo jamás á la muer-

te por miedo al César, ni á las iras de las pasiones amotinadas.

Considera cómo al oir aquellos gritos furiosos de la muchedumbre, Pilatos, como juez traidor á la justicia y á su conciencia, juzgó que se debía cumplir la petición del pueblo, y entrególe á su voluntad para que hiciesen de Jesús lo que querían.

Esta fué la sentencia que dió el mal juez contra Cristo N. S., condenándole á muerte de cruz, en la cual se ha de considerar, lo primero, su injusticia y crueldad. El mismo juez conocía que era inocente, y lo testificaba, no solamente con palabras, sino con aquella ceremonia exterior de lavarse las manos; y con todo eso, pronunció sentencia de muerte movido de temor humano, porque el pueblo no le acusase delante del César, atropellando, por eso, la justicia. También fué cruel la sentencia, porque sabiendo que los pontífices, por envidia, acusaban á Cristo N. S., y por odio deseaban que muriese, le entregó á su voluntad, siguiendo, no la razón ni leyes de justicia, ni de misericordia, sino la voluntad de un pueblo furioso que no se contentaba con menos que con la muerte de cruz.

Escucha la infernal gritería que la plebe levantó cuando vió pronunciada esta sentencia, y el parabién que se darían unos á otros de haber salido con su pretensión, siendo tan cruel y bárbara. Pero, sobre todo, pondera con más devoción cómo notificaron esta sentencia á Cristo N. S., el cual, aunque vió que era injustísima de parte del juez, mirando cómo venía por orden del Eterno Padre para remedio del mundo, luego la aceptó de muy buena gana; no apeló, ni suplicó, ni se quejó del agravio que le hacían, ni habló palabra contra el juez, ni contra sus ministros, sino con gran voluntad se ofreció a la ejecución de ella, por nuestro bien, entregándose con su voluntad amorosa á la voluntad rabiosa de sus enemigos, para que hiciesen de El lo que Pilatos había sentenciado.

Gracias, te doy, dulcísimo Redentor, por esta voluntad con que aceptaste sentencia tan injusta y tan cruel por librarme de la justa sentencia de condenación eterna que contra mí estaba dada. ¿Con qué te pagaré yo esta voluntad? Ves, aquí te entrego la mía para cumplir en todo la tuya. Dispuesto estoy para aceptar cualquier sentencia de trabajos que por tu ordenación ó permisión contra mí se diere; y ayúdame con tu gracia para que nunca, por temor ni cobardía, me aparte de cumplir lo que me mandas, ni falte en el oficio que me encargas.

Después de esto, píamente se puede contemplar que alguno de los discípulos que allí se halló encubiertamente, iría á dar la nueva á la Virgen nuestra Señora, y la diría la figura lastimosa en que había visto á su Hijo, y cómo quedaba ya condenado á muerte de cruz; con la cual nueva su corazón quedó traspasado, espinado y atormentado más de lo que se puede sentir y decir; pero, con grande resignación en la divina voluntad, pasaría por la sentencia, entendiendo que su Hijo pasaba por ella por conformarse con la voluntad del Padre. ¡Oh Virgen soberana!, esforzad vuestro corazón, porque habéis de hallaros presente al sacrificio para ofrecer al Padre Eterno lo que recibisteis de su mano; si os da mucha pena la triste nueva que oís con vuestros oídos, mayor os la dará el triste espectáculo que veréis con vuestros ojos.

PUNTO II

Los preparativos para el Calvario.

Considera cómo oída y aceptada la sentencia por Jesús, los soldados hicieron tres cosas notables por orden del juez. La primera, fué desnudar á Jesús de la vil púrpura y vestirle sus propias vestiduras para que fuese conocido por ellas; pero no leemos que le quitasen la corona de espinas, antes se la dejaron puesta por no darle aquel alivio. ¡Oh dulce Jesús,

Rey eterno y verdadero, cuya cabeza ciñe esa corona, que representa la perpetuidad de vuestro reino! Tiempo es ya de que por mis pecados os presentéis ante el mundo con las insignias de los condenados á muerte. En lugar de la caña hueca que os quitan de las manos, habéis de abrazar con ellas el madero de la cruz, y en compañía de ladrones saldréis á morir en ella.

También se pueden ponderar las palabras afrentosas que le dirían, como á hombre condenado por facineroso; y la crueldad con que le llevaron á la sala donde le habían azotado para desnudarle, dándole sus vestiduras sangrientas para que se las vistiese. Lo cual tuvo misterio, porque como Cristo N. S. para llevar su cruz, se desnudó de las vestiduras ajenas que le habían puesto en casa de Herodes y Pilatos y se vistió las suyas propias, así yo, para llevar mi cruz é imitarle, tengo de desnudarme de todas las costumbres viciosas del mundo y carne, y vestirme las que son propias de Cristo, por las cuales tengo de ser conocido y tenido por discípulo suyo, especialmente la mansedumbre, paciencia, misericordia y entrañas de caridad.

La segunda cosa, fué traer allí el madero de la cruz. Pondera lo que Cristo N. S. sentiría y diría dentro de su Corazón cuando lo vió, cómo interiormente se regalaría con ella y diría mucho mejor que después dijo san Andrés: "Dios te salve, cruz preciosa, que tantos años ha sido por mí deseada con gran deseo, amada con gran solicitud, buscada con grande continuación, y estás ya aparejada para el que desea verse junto contigo; ven, y te abrazaré con mis brazos, porque me has de recibir en los tuyos: ven, y daréte beso de paz con mi boca, porque tengo de reclinar en ti mi cabeza y dormir en paz el último sueño de la muerte." ¡Oh con qué ternura abrazaría nuestro Salvador su cruz, santificándola con aquel primer abrazo! ¡Con qué ganas la tomaría en sus manos y la

pondría sobre sus afligidos hombros! ¡Oh dulce Jesús, dame gracia para que mire tu cruz con tales ojos, y la abrace con este amor y la busque con este deseo, gloriándome de la cruz y no descansando hasta morir en ella!

La tercera cosa fué, sacar de la cárcel otros dos ladrones para que fuesen con El por el camino, lo cual resultaba en grande ignominia del Salvador, para que fuese tenido por ladrón y malhechor. ¡Oh, con cuán diferentes ojos miraron estos ladrones la cruz, estremeciéndose con su vista y cerrando los ojos por no verla! Estos amaron la culpa y aborrecieron la pena, pero nuestro amado Jesús amó la pena y aborreció la culpa. Estos huían de la pena que merecía su culpa propia, pero Cristo aceptó la pena que merecía la culpa ajena. ¡Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por la dulcedumbre con que abrazaste la pena de la cruz sin la culpa, por librarme de ella!; trueca mi corazón á semejanza del tuyo, porque ya que como los ladrones cometí las culpas, acepte de buena gana como Tú las penas que merezco por ellas, y me ofrezca con caridad á llevar también las ajenas, padeciendo por la salud de mis prójimos algo de lo mucho que padeciste por ellos.

PUNTO III

Camino del Calvario.

Considera cómo cargándose Jesús con la cruz, salió caminando hacia el monte Calvario. Sobre este punto tan lastimoso tengo de considerar la grande afrenta de Cristo N. S. en aquella primera salida de casa de Pilatos, cargado de su cruz y en medio de ladrones, con voz de pregoneros que publicaban sus delitos y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo. ¡Oh ángeles que estáis mirando esta salida de vuestro Señor tan afrentosa!, ¿cómo no salís de vuestro cielo á pregonar la causa de ella, para volver por su hon-

ra? ¡Oh Padre Eterno!, ¿qué hacéis viendo salir á vuestro Hijo cargado con la leña de la cruz en que ha de ser sacrificado? ¿Salís, por ventura, como otro Abraham con su hijo Isaac, llevando en vuestras manos el fuego y el cuchillo con que se ha de hacer el sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes tanto en el corazón del Padre, que le haces desenvainar el cuchillo de su justicia sobre el Hijo para que sea sacrificado, y muerto por dar vida al pecador! Abrasadme, Señor, con este fuego, para que ame á quien tanto me ama. Heridme con ese cuchillo, de modo que muera en mí todo lo que os desagrada. Pero, ¿qué será la causa, Dios mío, porque no salís con vuestro Hijo, como Abraham, de noche y con sólo dos criados, sino á mediodía, con grande estruendo de gente que se halle al sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes y luces, y quieres que tus obras resplandezcan y abrasen como el sol de mediodía! Descúbreme la grandeza de esta caridad del Padre, y la profundidad de la humildad y obediencia del Hijo, para que me precie de sus desprecios y los abrace con amor á vista de todo el mundo.

Considera la grande aflicción y dolor que sentiría el cuerpo debilitado y flaco de Cristo N. S. con carga tan pesada. ¿Qué de veces tropezaría y se arrodillaría con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado con los tormentos pasados? ¿Cómo sudaría de congoja, oprimido con la carga de aquel madero? ¿Cómo iría regando las calles con la sangre que corría de las llagas oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caía encima de ella? ¡Oh sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor, mezclada con el lodo de las calles y hollada de viles hombres! ¡Oh ángeles del cielo, cómo no venís á recoger esta preciosa sangre! Y ¿cómo no ayudáis á este Señor tan desangrado, para que pueda llevar tan pesada carga? ¡Oh dulce Jesús, quién pudiera llevarla sobre sus hombros, para que recibieran algún alivio los tuyos! Mas

ya veo, Señor, que son menester hombros de Dios para llevarla: sobre ellos ha de cargar tu principado, que comienza por la cruz y la llave de la casa de David, para con ella abrirnos la puerta del cielo que hasta aquí ha estado cerrada.

Pondera cuánto más sentía Cristo N. S. la carga de nuestros pecados, que la carga de la cruz; porque si David decía que los suyos eran para él carga pesada, ¿cuánto más pesada sería la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir, la cual cargó toda sobre este Señor, de quien dice Isaías: "Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre El la maldad de todos nosotros?„

Coloquio.—Mis pecados, ¡oh dulce Jesús!, son los que cargan sobre tus hombros. Yo soy la oveja que erré, y tu eres llevado como oveja al matadero del monte Calvario para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh, quién nunca los hubiera cometido por no darte tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mía, razón es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla como Tú llevaste la tuya.

Propósitos.—Aceptar como Jesucristo la cruz que el Señor te envíe y seguir en pos de El hasta la cumbre del Calvario.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA

De lo que ocurrió á Cristo N. S. en el camino del Calvario.

Preludios.—Mira con la imaginación á Simón Cireneo ayudando á Cristo á llevar la cruz, y pídele á Jesús te ayude El siempre con su gracia á seguirle hasta el Calvario.

PUNTO I

Simón Cireneo.

Considera cómo caminando Jesús con la cruz á cuestas sintió tan gran cansancio y fatiga que los ju-

ra? ¡Oh Padre Eterno!, ¿qué hacéis viendo salir á vuestro Hijo cargado con la leña de la cruz en que ha de ser sacrificado? ¿Salís, por ventura, como otro Abraham con su hijo Isaac, llevando en vuestras manos el fuego y el cuchillo con que se ha de hacer el sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes tanto en el corazón del Padre, que le haces desenvainar el cuchillo de su justicia sobre el Hijo para que sea sacrificado, y muerto por dar vida al pecador! Abrasadme, Señor, con este fuego, para que ame á quien tanto me ama. Heridme con ese cuchillo, de modo que muera en mí todo lo que os desagrada. Pero, ¿qué será la causa, Dios mío, porque no salís con vuestro Hijo, como Abraham, de noche y con sólo dos criados, sino á mediodía, con grande estruendo de gente que se halle al sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes y luces, y quieres que tus obras resplandezcan y abrasen como el sol de mediodía! Descúbreme la grandeza de esta caridad del Padre, y la profundidad de la humildad y obediencia del Hijo, para que me precie de sus desprecios y los abrace con amor á vista de todo el mundo.

Considera la grande aflicción y dolor que sentiría el cuerpo debilitado y flaco de Cristo N. S. con carga tan pesada. ¿Qué de veces tropezaría y se arrodillaría con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado con los tormentos pasados? ¿Cómo sudaría de congoja, oprimido con la carga de aquel madero? ¿Cómo iría regando las calles con la sangre que corría de las llagas oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caía encima de ella? ¡Oh sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor, mezclada con el lodo de las calles y hollada de viles hombres! ¡Oh ángeles del cielo, cómo no venís á recoger esta preciosa sangre! Y ¿cómo no ayudáis á este Señor tan desangrado, para que pueda llevar tan pesada carga? ¡Oh dulce Jesús, quién pudiera llevarla sobre sus hombros, para que recibieran algún alivio los tuyos! Mas

ya veo, Señor, que son menester hombros de Dios para llevarla: sobre ellos ha de cargar tu principado, que comienza por la cruz y la llave de la casa de David, para con ella abrirnos la puerta del cielo que hasta aquí ha estado cerrada.

Pondera cuánto más sentía Cristo N. S. la carga de nuestros pecados, que la carga de la cruz; porque si David decía que los suyos eran para él carga pesada, ¿cuánto más pesada sería la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir, la cual cargó toda sobre este Señor, de quien dice Isaías: "Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre El la maldad de todos nosotros?„

Coloquio.—Mis pecados, ¡oh dulce Jesús!, son los que cargan sobre tus hombros. Yo soy la oveja que erré, y tu eres llevado como oveja al matadero del monte Calvario para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh, quién nunca los hubiera cometido por no darte tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mía, razón es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla como Tú llevaste la tuya.

Propósitos.—Aceptar como Jesucristo la cruz que el Señor te envíe y seguir en pos de El hasta la cumbre del Calvario.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA

De lo que ocurrió á Cristo N. S. en el camino del Calvario.

Preludios.—Mira con la imaginación á Simón Cireneo ayudando á Cristo á llevar la cruz, y pídele á Jesús te ayude El siempre con su gracia á seguirle hasta el Calvario.

PUNTO I

Simón Cireneo.

Considera cómo caminando Jesús con la cruz á cuestas sintió tan gran cansancio y fatiga que los ju-

díos, no por compasión, sino para que no muriera, se vieron obligados á alquilar á un hombre, llamado Simón Cirinense, para que llevase la cruz detrás de Jesús.

Contempla la gran fatiga de Cristo N. S. en este camino, de lo cual tomarían sus enemigos ocasión para baldonarle, por la flaqueza que mostraba, diciendo por otra parte que era Hijo de Dios, y que en tres días podía levantar la máquina del templo. Todo lo cual sufría el Señor con admirable paciencia, hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarle, sino por la gana que tenían de crucificarle en ella. De donde sacaré consuelo en mis trabajos, y en la cruz que me cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo N. S., que proveerá quien me ayude á llevarla, y si no El mismo será nuestro Cireneo.

Pondera también cómo Cristo N. S. aunque pudiera llevar su cruz sólo hasta el Calvario, no quiso usar de este poder, sino que la cruz se diese á otro que le ayudase á llevarla, para significar que la cruz se había de comunicar con sus fieles, que á imitación suya habían de llevarla, cumpliendo lo que había dicho: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz cada día y sígame." ¡Oh buen Jesús! Si Vos vais delante y lleváis primero la cruz tan pesada que os hace vacilar y caer, ¿qué mucho os siga yo, llevando la mía con las fuerzas que me dais para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo, vuestra y mía; vuestra, porque Vos la llevasteis primero, y por vuestra orden viene y por vuestra causa se lleva; pero es mía, porque está cortada á la medida de mis fuerzas y es para mi provecho; porque nunca me dierais vuestra cruz, si no fuera por darme juntamente los gloriosos frutos que proceden de ella.

Mira cómo no se halló ninguno que quisiese llevar

la cruz de Cristo, ni ayudarle en este trabajo, porque los judíos tenían por maldito á quien moría en ella y los soldados gentiles teníanlo por afrenta; y entre los discípulos y amigos de Cristo, ninguno se atrevió á ello, porque el miedo los tenía acobardados; y así, hubieron de forzar á un pasajero y extraño á que la llevase. En lo cual se representan varias suertes de personas que huyen de la cruz de Cristo; unos, porque no creen la virtud que Dios ha puesto en ella como los infieles; otros, porque la tienen por afrenta y contraria á su honra, como los soberbios y ambiciosos; otros, por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales. ¡Oh Rey de gloria, no permitas que yo sea enemigo de tu cruz, porque no sea enemigo tuyo! No quiero tener por Dios á la carne, ni á la gloria mundana, sino á Cristo crucificado; su cruz será mi regalo y mi gloria, y siendo amigo de la cruz, lo seré también del que murió en ella.

De todo esto sacarás cómo todos tenemos horror natural á la cruz, y no hay quien la lleve sino es en alguna manera forzado, como Simón Cireneo, pero en diferente manera, porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito, otros con paciencia y mérito, haciendo de necesidad virtud, como el Cireneo; pero á otros más suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiración y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinación de la carne, y con voluntad pronta del espíritu aceptan llevar la cruz, y como san Pablo, se glorían y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar.

Anímate á tomar la cruz acordándote cómo el trabajo del Cireneo duró poco, y hasta hoy dura su gloria. Así los que llevan la cruz de Cristo N. S., aunque comienzan su camino por fuerza, prosiguiéndolo con paciencia y de grado, el trabajo durará poco, y su gloria será mucha; porque quien lleva la cruz con Cristo N. S., reinará con El para siempre en su gloria.

PUNTO II

Lamentan las piadosas mujeres al divino Salvador.

Considera cómo en este camino seguía á Jesús gran muchedumbre del pueblo y de mujeres llorando y lamentándose. Volviéndose á ellas Jesús, les dijo: "Hijas de Jerusalén; no queráis llorar sobre Mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos.„ Considera los diversos fines de los que seguían á Cristo N. S., porque unos le seguían para crucificarle, como los soldados y verdugos; otros para escarnecer de El y regocijarse con verle morir, como los sacerdotes y escribas; otros, por curiosidad de ver este espectáculo tan nuevo, y otros, por algún conocimiento y amistad que tenían con Cristo, llorando de compasión natural los trabajos que padecía; pero ninguno de éstos le seguía para ayudarle á llevar la cruz, ni con deseo de morir con El, al modo que había dicho: "Si alguno quisiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame.„ ¡Oh buen Jesús! dame gracia que te siga, no como esta turba del pueblo, sino como Tú quieres ser seguido, abrazando tu cruz para morir contigo en ella.

Medita luego cómo Cristo N. S., en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad, y, volviéndose á las mujeres que le seguían y lloraban, les enseñó el modo cómo habían de llorar con más perfección, diciéndolas: "No queráis llorar sobre Mí, sino llorad sobre vosotras„. En las cuales palabras no prohibe llorar su Pasión, pues es justo que la lloren todos, sino el modo, llorándola solamente como miseria humana, y con olvido de la causa porque padece, que son nuestros pecados. Por eso les viene á decir: No lloréis tanto por Mí y por lo que padezco, cuanto por vosotros y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi Pasión. ¡Oh Maestro soberano, que en medio de tantos trabajos no te olvidas de tu oficio!

Enséñame á llorar sobre Ti, y sobre mí, y sobre mis prójimos; sobre Ti, llorando lo mucho que padeces por mi causa; sobre mí, llorando lo mucho que pequé contra Ti; sobre mis prójimos, llorando sus pecados, al modo que Tú muchas veces lloraste por ellos.

Pondera, además, la infinita caridad de este Señor, que, como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos, que no se aprovechan de su Pasión y muerte para alcanzar perdón de sus pecados. Y para eso nos dice aquella terrible sentencia: "Si en el madero verde se hace esto, ¿qué será en el seco?„ Que fué decir: Si á Mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina Justicia, por los pecados ajenos, ¿cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados, por sus pecados propios? Si yo, inocente, he sido azotado, abofeteado, espinado y escarnecido, y ahora voy con esta cruz á ser enclavado y aheleado, ¿qué será de los culpados? ¿Qué azotes, qué espinas, qué bofetadas, qué desprecios, qué hiel y tormentos vendrán sobre ellos cuando sean juzgados? ¡Oh alma mía! ¿Cómo no tiemblas del espantoso castigo que te espera, si eres árbol seco? Si no te mueve á llorar tus pecados ver lo mucho que tu Dios padece por ellos, muévate siquiera ver lo mucho que tú padecerás, si no te aprovechas de lo que Él padeció. Si no despiertas con las voces amorosas de misericordia que da la sangre de Cristo, vertida con tanto amor, despierta con los clamores de justicia que da contra los rebeldes esa misma sangre, derramada con tanto dolor. ¡Oh Padre Eterno, apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente! Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida; y aunque yo, como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno, mas por sus merecimientos os suplico me ingiráis en él de nuevo, para que lleve frutos dignos de vida eterna.

PUNTO III

La Virgen santísima en la calle de la Amargura.

Considera cómo, según píamente se cree, la Virgen santísima, oída la nueva triste de la condenación de su Hijo á muerte, salió con san Juan y con la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre. Y al tiempo que Cristo N. S. volvió el rostro á las hijas de Jerusalén, levantó sus ojos para ver á su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo; y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. ¡Oh, qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Virgen, cuando vió á su amado Hijo con aquella corona de espinas, que su madrastra la sinagoga le había puesto! ¡Y cuando vió su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan encorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones, y rodeado de innumerables sayones que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalén así lloraban y sentían las penas de Cristo N. S. no teniéndole más que por santo, ¿cómo las lloraría y sentiría la que le tenía por Hijo y por su Dios?

Alzó luego María los ojos de su alma al Eterno Padre, y vióle en espíritu, que estaba allí con el cuchillo y con el fuego para el sacrificio de su Hijo, y con grandes gemidos de corazón diría: "¡Oh fuego del amor divino, que nunca dices basta; di esta vez basta, pues harto ha padecido mi Hijo para que el mundo quede remediado! ¡Oh cuchillo de la divina Justicia, entra en tu vaina, pues basta la sangre que has derramado por paga de las injurias que te han hecho! ¡Oh Padre Eterno! Cese el rigor de vuestra justicia contra vuestro Hijo y mío, pues basta y sobra lo que ha pagado para que quede satisfecha, ó convertid

también el cuchillo contra mí, para que yo muera juntamente con El por los pecadores, porque vivir sin El, es para mí muerte, y morir con El, será vida; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra.„

¡Oh Padre de misericordias! Pues por vuestra ordenación Abraham fué á ofrecer el sacrificio de su hijo Isaac sin que su madre lo supiese, ¿por qué queréis que vuestro Hijo sea sacrificado, sabiéndolo su Madre y asistiendo Ella al sacrificio? Nuevo tormento es este del Hijo y de la Madre; pues ¿por qué queréis que crezcan los tormentos del uno con la presencia del otro? Mas ya sé, Señor, vuestra costumbre en atormentar mucho á los que mucho amáis, para que crezcan mucho en vuestro amor, ó descubran el que os tienen, estimando en más vuestra voluntad que la suya, y ofreciéndose á morir por dar vida á los que le aman.

Coloquio.—¡Oh Virgen sacratísima! Pues tanto amáis á los pecadores, que os ofrecéis con vuestro Hijo á morir por ellos, mostrad conmigo el amor que me tenéis en darme á sentir los dolores que sentisteis viendo á vuestro Hijo tan lastimado, para que me ofrezca á morir con El á todo lo terreno, crucificando mi carne por su amor.

Propósitos.—Ofréceteá Jesús para ayudarle como el Cireneo á llevar la cruz, lo cual harás abrazándote con la abnegación y mortificación interior y exterior, y ofrécete á la santísima Virgen para acompañarla, como buen hijo, en los dolores acerbísimos que sufre en la Pasión de Cristo N. S.

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA

Sobre la crucifixión de Cristo N. S.

Preludios.—Considera á nuestro divino Salvador extendido sobre la cruz, en el acto en que sus manos y pies eran taladrados por los clavos; oye los golpes de aquel martillo cruel; renueva en tu corazón y en tu memoria aquella escena, la más extraordinaria que han visto los siglos, y pide al divino crucificado que su sangre sirva para tu salvación eterna.

PUNTO I

Las circunstancias de la crucifixión de Cristo N. S.

Considera primeramente que Cristo N. S. quiso ser crucificado en el monte Calvario, al mediodía y en tiempo de grandísima solemnidad, para que su crucifixión fuese para El más penosa y para nosotros más provechosa. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen más públicas y pudiesen ser vistas de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran ajusticiados los malhechores, para que su muerte fuese más afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moría, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por sentencia de la divina Justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores para pagar sus penas y librarnos de las culpas. Quiso ser crucificado al mediodía, para que todos con claridad pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecía por todos con exceso de amor. Por esta misma causa escogió morir en día solemne de Pascua, cuando concurría á Jerusalén innumerable gente, porque llegando su Pasión á noticia de muchos, fuese más afrentosa, y todos pudiesen aprender de la heroica humildad, paciencia y caridad con que padecía tales cosas, y de tales perseguidores, y con tales circunstancias cuales nunca en el mundo fueron vistas.

Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por haber escogido para tu muerte lo peor y más desechado de la tierra; para entrar en el mundo escogiste un vil establo, y para salir de él un infame Calvario; para nacer escogiste un lugar inmundo, morada de animales, y para morir tomas otro lleno de calaveras de malhechores. Cuando naciste concurrió mucha gente á Belén, para que te fuese ocasión de no hallar posada

y cuando mueres concurre mucha gente á Jerusalén, para que te sea ocasión de mayor infamia. Naciste á media noche y en ciudad pequeña, para que fuese oculto tu nacimiento glorioso, y padeces á mediodía, en ciudad muy grande, para que sea manifiesta tu muerte afrentosa. Concédeme, Salvador mío, que á imitación tuya escoja para mí lo peor del mundo, huyendo lo que es honra y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillación hasta la muerte.

Considera después cómo llegando al monte Calvario, diéronle vino mirrado mezclado con hiel. Mira la grande crueldad de estos sayones, porque estando Cristo N. S. afligidísimo y apretado de sed, al tiempo que le hubieron de dar el vino, se lo mezclaron con hiel y mirra amarga, para atormentar la lengua, boca y estómago, donde no habían llegado los azotes ni las espinas. Pero Cristo N. S., aunque sabía el vino que le daban, gustólo, pero no lo tragó, queriendo gustar aquella amargura y padecer aquel tormento en su seca lengua y afligida boca, y pagar de esta manera los deleites sensuales de la gula y embriaguez nuestra, dándonos ejemplo de paciencia cuando en nuestros trabajos no hallaremos alivio de los hombres, sino aumento de ellos; y también ejemplo de sufrimiento, cuando en nuestra hambre y sed nos faltare lo necesario, ó nos dieren comida desabrida, pues en la suya le dieron hiel.

Considera los muchos hombres que dan á beber á Cristo N. S. vino mezclado con hiel, ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables. Vino con hiel es la doctrina mezclada con errores, la fe con malas obras, el celo con venganza, la limosna por vanagloria, la oración con distracciones voluntarias y todas las obras de hipocresía. ¡Oh Rey soberano, cuán diferente comida y bebida me das de la que yo te doy! Tú me das el pan de tu cuerpo santísimo, y el vino saludable de tu preciosísima sangre, mezclado con

miel de consolaciones suavísimas; y yo en retorno te vuelvo pan y vino, mezclado con hieles amarguísimas. Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame con tu divina gracia, para que te ofrezca de hoy más, vino de buenas obras, tan puro y oloroso, que te alegre el gustarlo, beberlo y admitirlo en tu corazón, juntándome con El con unión de perfecto amor.

La tercera cosa que se ha de considerar es cómo para crucificar á Cristo N. S., primero le desnudaron de todas sus vestiduras, hasta de la túnica interior, con gran dolor y afrenta.

Cuatro veces desnudaron á Cristo N. S. en su Pasión, en castigo de las muchas que yo me desnudé la vestidura de la gracia, ofendiéndole con mis pecados. La primera, cuando le azotaron: La segunda, cuando le coronaron de espinas para vestirle de púrpura. La tercera, cuando después le desnudaron la púrpura y le tornaron á poner sus vestiduras. La cuarta fué para crucificarle, y ésta fué la más dolorosa y afrentosa, porque es de creer que la túnica estaría pegada á las carnes llagadas, y quitáronsela con grande crueldad. La afrenta que padeció era gravísima, viéndose desnudo del todo en medio de un campo lleno de innumerable gente, burlando y escarneciendo de El los que le miraban. Todo lo cual sufría este pacientísimo Cordero con incomprensible paciencia y humildad, ofreciéndolo al Eterno Padre por la confusión que nuestros pecados merecían; y dándonos ejemplo de sufrimiento, cuando nos faltare lo necesario para el cuerpo, y exhortándonos á la desnudez y pobreza evangélica que había predicado, y siempre, desde que nació, había ejercido.

¡Oh Salvador mío, desnudo nacisteis en el mundo cubriéndoos luego vuestra Madre con unos viles y pobres pañales, y al tiempo de salir del mundo estuvisteis también desnudo de las vestiduras que Ella os había dado, sin que le fuese permitido cubriros con

otras. ¡Oh segundo Adán celestial, cuán cara os ha costado la desnudez del primer Adán terreno, nacida de su desobediencia, pues para cubrirla con la vestidura de vuestra gracia, fué menester que Vos estuviereis desnudo con tanta ignominia! Desnudo salí yo también, Salvador mío, del vientre de mi madre, desnudo como Vos quiero volver á él; vuestra desnudez será mi vestidura, vuestra deshonra mi librea, vuestra pobreza será mi riqueza, vuestra confusión mi gloria y vuestra muerte será mi vida.

PUNTO II

La crucifixión de Cristo N. S.

Considera cómo después que Cristo N. S. estuvo desnudo, habiendo puesto la cruz tendida en la tierra, mandaronle los soldados que se tendiese sobre ella, y El al punto se tendió, extendiendo sus brazos y pies para que fuesen enclavados. Pondera la obediencia excelentísima del Salvador, la cual resplandeció en oir y obedecer puntualmente á la voz de aquellos crueles sayones en cosa tan áspera y terrible, como era tenderse sobre aquella durísima cama de la cruz para ser crucificado en ella, dándome ejemplo de obediencia perfectísima.

Luego pondera lo que haría Cristo N. S. cuando se vió de espaldas sobre aquella dura cama. Sin duda levantaría los ojos al cielo y daría gracias al Eterno Padre, porque á tal tiempo le había traído, y con grande voluntad se ofrecería á ser sacrificado sobre aquel altar, con sacrificio sangriento por nuestros pecados; y así como el obediente Isaac se dejó atar de su propio padre, y por su mano fué puesto encima del altar y de la leña, y allí estaba esperando el golpe de la espada, así nuestro dulce Jesús estaba sobre el madero de la cruz, atado con los cordeles del amor, esperando el golpe del martillo y clavo.

Tendido Cristo N. S. en la cruz tomaron los soldados la una mano, y con un clavo grande y grueso la

enclavaron con muy grandes golpes, y luego al otro lado enclavaron la otra; y de la misma manera le enclavaron el uno y otro pie con uno ó dos clavos, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas.

Considera, primeramente, el terrible dolor que sintió Cristo N. S. con estas crueles heridas, por ser en las partes más nerviosas y en cuerpo tan delicado. Si tanto siento yo la picadura de una aguja, ¿cuánto sentiría este delicadísimo Señor ser traspasado con tan agudos clavos, rompiéndole venas, atravesándole nervios y rasgándole sus delicadas carnes? ¡Oh manos sacratísimas, en las cuales está escondida la fortaleza de Dios!, ¿quién os ha enclavado en los brazos de la cruz y esmaltado con las cabezas de sus clavos? ¡Oh pies sacratísimos, de cuya presencia sale el demonio huyendo como vencido!, ¿quién os ha cosido con ese duro madero? ¡Oh dulce Jesús!, ¿qué llagas son esas que tenéis en medio de vuestras manos y de vuestros pies? Mis pecados, sin duda, son la causa de todo esto, los que yo cometí con las manos por mis malas obras, y con los pies por mis malos pasos, llagando ellos á mi alma, y afligiéndoos más con estas llagas que con las que recibís en vuestro cuerpo. ¡Oh Padre Eterno!, mirad estas llagas y dolores de vuestro Hijo, las cuales os está ofreciendo para remedio de las mías. Aceptad su ofrenda, y curadme de ellas, pues ordenasteis las llagas del Hijo inocente, para dar salud á todos los que estaban por sus culpas llagados.

Considera después otro terrible dolor que padeció Cristo N. S. en esta crucifixión, porque enclavada la una mano, se encogieron los nervios; y cuando quisieron enclavarle la otra, no llegaba al lugar donde estaba hecho el taladro; y para que llegase, estirándole tan fuertemente, que casi le desencajaron los huesos. Este dolor fué de los más terribles que padeció Cristo N. S. en su Pasión, porque aquella extensión y descoyuntamiento fué dolorosísimo y terrible,

No dejes de pensar en el dolor grande que sentiría la Virgen nuestra Señora cuando oyese los golpes del martillo, al tiempo que enclavaban á su Hijo, porque un mismo golpe penetraba con el clavo la mano ó el pie del Hijo, y traspasaba también con agudo dolor el corazón de la Madre. ¡Oh Virgen soberana, si á vuestro Hijo cuadra bien el nombre de Varón de dolores, á Vos también os cuadra otro semejante, llamándoos Mujer de dolores. ¡Oh, si estas martilladas traspasasen también mi corazón como el vuestro! ¡Oh, si los oídos de mi alma estuviesen siempre abiertos para oir los golpes del martillo de Dios, que es su santa inspiración, quebrantando con dolor mi duro corazón por haber ofendido al que con tan cruel martillo por mi causa es golpeado!

PUNTO III

Es levantada la cruz en alto.

Considera cómo después de clavado Cristo N. S., levantaron los soldados la cruz en alto. Es de creer que la dejaron caer de golpe en el hoyo, que para esto estaba hecho, estremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor.

Levántate, ¡oh alma mía! en alto con tu Señor, y levanta los sentidos y afectos de tu corazón para enclavarlos con El en la cruz. Mira lo primero el dolor, la vergüenza y aflicción que sintió tu dulce Jesús cuando se vió en alto á la vergüenza, á vista de tanta gente, desnudo, afrentado y hecho señal de oprobio, cargado de inmensos dolores por todas las partes de su cuerpo; mira cómo la cabeza no tiene donde reclinarse, porque si se reclina en la cruz, se le hincan más las espinas; las manos se le están rasgando con los clavos, por el peso del cuerpo que tira de ellas; las heridas de los pies se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo que estriba en ellos. Y viendo á tu Señor tan rasgado con tormentos por tus pe-

cados, rasga tu corazón de dolor por haberlos cometido.

Mira luego aquellos cuatro arroyos de sangre que salen de las cuatro llagas, como cuatro ríos, que salen del paraíso, para regar y fertilizar la tierra del corazón humano; llégate cerca de estos arroyos con el espíritu, gusta la dulzura de esta sangre, derramada con tanto amor y dolor, y lávate con ella para que quedes limpio de tus culpas, como los que lavaron y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero. ¡Oh sangre preciosísima, lávame, purifícame, enciéndeme y embriágame, con el exceso de amor con que fuiste derramada, y penétrame con el exceso de dolor con que fuiste sacada de las venas de mi Señor!

También abre tu oído para oir los clamores y alaridos que los enemigos de Cristo levantaron cuando le vieron levantado en la cruz, gozándose de verle tan desfigurado y afligido y sin esperanza alguna de vivir. Oye también los clamores y llantos dolorosísimos que levantarían las hijas de Jerusalén cuando viesen aquel doloroso espectáculo, y especialmente los suspiros y gemidos vehementes de las mujeres devotas que allí estaban. ¡Oh, cuán atormentados estaban vuestros oídos, dulcísimo Jesús, con los alaridos de vuestros enemigos y con los llantos de vuestros amigos! Llora, pues, ¡oh alma mía! los dolores de tu Señor; rasga tu corazón de pena; cubre tu cabeza con polvo y ceniza, haciendo penitencia de tus pecados, y aunque la lengua no sepa, ó no pueda hablar, tu corazón medite y rumie sus vehementísimos dolores y desprecios, haciendo tu morada á los pies de la cruz.

Hincada ya la cruz en un profundo hoyo, y levantada en alto, imagínate que te dice desde el cielo el Eterno Padre, como antiguamente á Moisés: "Mira y haz según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte". No dice sólo: ve á saber la exterior forma corporal, pues aquí nada verás que no sea humano;

sino "mira„ los íntimos secretos, los ocultos senos del alma; aquí nada hallarás que no sea divino. Mira el cuerpo, y verás que, "desde la planta del pie hasta lo alto de la cabeza, no hay en él parte sana„. Mira el pecho y hallarás que en todo su corazón no hay sino caridad. Mira su cabeza, y no hallarás sino espinas penetrantes y heridas inhumanas; y dirás: verdaderamente "el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza„. Vuelve á mirarla, y exclamarás: "Su cabeza oro preciosísimo„. Mira su rostro, y le verás cárdeno, desfigurado, y dirás: "No le ha quedado figura ni belleza, y está como escondido su rostro„. Vuelve á mirarlo, y verás que allí se oculta "el candor de la luz eterna, el resplandor de la gloria y la figura de su substancia„. Y dirás lo que Ester de Asuero: "Te vi, señor, como un ángel de Dios„. Muy "admirable eres, Señor, y tu rostro está lleno de gracias„. Finalmente mira á Cristo, y le verás "como un leproso, despreciado, y el último de los hombres„, y dirás: "Gusano es, y no hombre„. Míralo mejor, y exclamarás con Tomás: "Señor mío y Dios mio„.

Finalmente, considera el dolor que la Virgen santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque en encontrándose los ojos de Cristo y de su Madre, ambos quedarían eclipsados con suma tristeza; la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo, y el Hijo nuevamente afligido con la vista de su Madre; y callando ambos, por la vehemencia del dolor, el corazón de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecía el otro, doliéndose más por ellos que por los propios. Ponte, pues, ¡oh alma mía! entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos á ver á la Madre crucificada con clavos de dolor y compasión, y suplícales que repartan contigo de sus dolores, de modo que tú también estés crucificada con ellos por verdadera imitación.

[illegible]

su pieza de la vestidura, echando suertes sobre la túnica para saber á quién tocaría. La segunda causa misteriosa fué de parte de Cristo N. S., el cual, para dar ejemplo de perfectísima pobreza evangélica, no se contentó con morir desnudo en la cruz, sino quiso también enajenarse de sus vestidos, que era toda la hacienda que tenía; de modo que ni le quedase el uso ni el dominio ó propiedad de ellos, traspasándole en aquellos pobres soldados y crueles enemigos.

La tercera causa fué para mostrar su inmensa caridad y liberalidad en dar cuanto tenía á los hombres, cuerpo y sangre y hacienda. Además quiso significar que todos los hombres de cualquiera de las cuatro partes del mundo que viniesen á El podrían tener parte en las vestiduras de su gracia, caridad y virtudes, para que se vistiesen y adornasen con ellas; y que como estos cuatro soldados que le crucificaron tuvieron derecho á estas vestiduras, que estaban teñidas en sangre, así los pecadores, que con sus pecados le crucifican dentro de sí mismos, tienen derecho á pedir estas vestiduras de las virtudes, no por sus merecimientos, sino por la sangre del mismo Jesucristo que anda junta con ellas.

Pero dice el sagrado evangelio que como la túnica interior de Jesús era inconsútil, tejida toda desde arriba abajo, dijeron los soldados: "No la dividamos, sino echemos suertes sobre ella.„ Considera las causas misteriosas de este hecho, pues tan en particular quiso Dios que fuese profetizado. De parte de los verdugos, la causa fué que si la túnica se partiera, no fuera de provecho para ninguno, por ser toda de una pieza, tejida según se dice, por la Virgen sacratísima nuestra Señora, la cual sintió tiernamente ver aquella preciosa túnica bañada con la sangre de su Hijo en las manos de tan vil gente. La segunda causa de este hecho, fué porque esta túnica representaba la humanidad de Cristo N. S., que desde el cielo se tejió sin obra de varón en las entrañas de la Virgen

por obra del Espíritu Santo. También esta túnica de Cristo representa la Iglesia, esposa suya amadísima, en la cual quiere que no haya división, sino que se conserve siempre una en unidad de fe y caridad; y quien intentare dividirla, intenta dividir á Cristo y su preciosa túnica de una pieza. Mira que quien por la herejía ó el cisma pretende romper esa unidad de la Iglesia nuestra madre una y santa, es más cruel que los que crucificaron á Jesús, porque divide y rasga lo que ellos no se atrevieron á dividir, ni el mismo Señor les quiso dar licencia para ello. ¡Oh Dios de la paz y del amor, no permitas que haya cisma en tu Iglesia ni discordia en tu religión y división alguna en los pueblos cristianos! Consérvalos á todos en unión de caridad para que sean una cosa en Ti y Tú puedas vestirte de ellos, como de túnica preciosa, para colocarlos en el reino de tu gloria.

PUNTO III

De los escarnios que Cristo N. S. padeció en la cruz.

Pondera, cómo los enemigos de Cristo N. S., después que le pusieron en la cruz, no solamente no se movieron á compasión de verle padecer tan graves ignominias y tormentos, sino con una crueldad endemoniada procuraban añadir otros de nuevo con palabras y gestos, diciéndole grandes injurias y blasfemias por instigación del demonio. Pero todas estas injurias sufría este inocentísimo Cordero con admirable paciencia y humildad, y con grande constancia y fortaleza, sin dar muestras de algún sentimiento ó queja contra sus blasfemadores, ni de alguna flaqueza ó arrepentimiento de haber subido á la cruz, dándonos un heroico ejemplo de sufrir y vencer las tentaciones que á este modo nos acometieren.

Discurre por cuatro suertes de personas que injuriaron á Cristo en la cruz, como consta de los sagrados Evangelistas. Primero, los que pasaban por allí blasfemando de El y meneando sus cabezas y dicién-

su Madre. ¿Por qué, ¡oh Madre piadosísima! no habláis alguna palabra en defensa de vuestro Hijo, pues conocéis su inocencia y santidad? Mas ya veo que no es tiempo este de hablar, sino de callar, y que la grandeza del dolor os tiene muda para con los hombres, aunque nunca cesáis de hablar con Dios.

Finalmente, pondera lo que dice san Lucas, que el pueblo estaba allí mirando á Cristo, y esperando en qué había de parar su crucifixión; y este mirar no era con devoción, sino con irrisión, y así Cristo N. S. le cuenta entre sus injurias en el salmo 21, diciendo: "Consideráronmé y miráronme„. ¡Oh si estos miserables le miraran como habían de mirarle, cuán grandes bienes sacaran de esta vista! Si mirar á la serpiente de metal bastaba para sanar las mordeduras mortales de las serpientes venenosas, ¿cuánto más bastara mirar al Salvador, figurado por esta serpiente, puesto sobre el madero de la cruz, con figura de pecador, para librarles de las mordeduras venenosas de sus pecados?

Coloquio.—¡Oh Jesús que por mi amor, siendo el Rey de la gloria, mueres con la mayor infamia en la más noble ciudad de todo el orbe de la tierra: en el día más célebre de todo el año; en el lugar más excelso; en medio del día; en presencia de la más numerosa muchedumbre; en un patíbulo y entre dos ladrones! Verdaderamente puedes decir aquí, ¡oh Jesús!: "Humillado estoy excesivamente.„ Mas por cuanto te humillaste, ¡oh Jesús!, hasta aquel ignominioso leño de la cruz, Dios te exaltó sobre todo lo que es grande. Porque con tanto oprobio estuviste pendiente entre el cielo y la tierra, se te ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Porque has sido crucificado en medio de dos ladrones, dominas en medio de los ángeles. Porque tan injustamente has sido juzgado y condenado á muerte por un inicuo juez, eres constituido juez de vivos y muertos. Tú que por mí causa estás ahora pendiente entre dos ladrones, cuando estés en tu solio de juez entre los réprobos y los san-

tos, que oiga yo de tus divinos labios: "Ven, bendito de mi Padre, á poseer el reino que te está preparado."

Propósitos.—Si te glorías del título de cristiano, examina si tus obras corresponden á tal título, y corresponderán si Jesús es rey de tus pensamientos, de tus afectos y de tus obras.

SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA

De la primera palabra que Cristo N. S. habló en la cruz.

Preludios.—Represéntate al divino Jesús, que con paciencia infinita, rodeado de enemigos, encarnecido, desangrado y doloridísimo, dirige al cielo su dulce mirada para pedir el perdón de los que le han crucificado, y ruégale te dé entrañas de amor y de caridad para con tus enemigos.

PUNTO I

De la ocasión en que Cristo N. S. da su primera lección en el santo árbol de la cruz.

Considera cómo estando Cristo N. S. en su cruz, como en una altísima y divina cátedra, sufriendo los desprecios que has meditado, habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su boca sacratísima para decir la primera palabra de las siete que allí habló, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* Abre ¡oh alma mía! tus oídos para oir, pues tu celestial Maestro abre su boca en la cátedra de la cruz para hablar. Hablad, Señor, que vuestro siervo os oye; y pues sois palabra del Eterno Padre, abreviada por el misterio de vuestra encarnación y Pasión, leedme alguna breve lección, la cual pueda retener en mi memoria y rumiar con mi entendimiento, y abrazar con todo mi corazón y voluntad.

La primera lección que este Señor lee, y la primera palabra que habla en la cruz, toda es amor, orando por los que le crucificaban, y excusándolos del

modo que podía, mostrando en esto su infinita caridad. Para lo cual tengo de ponderar primero, la ocasión en que habla, y luego cada una de las palabras que dice, y los afectos que de esta oración maravillosa se deducen.

Cuanto á lo primero, considera á Cristo N. S. lleno de dolores cruelísimos, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Míralo, además de esto, rodeado de sus enemigos, que se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios y meneando sus cabezas por escarnio. Pues á este tiempo levanta Cristo N. S. sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abrase, como pidió Elías, sino para rogar á su Eterno Padre que les perdonase el pecado que hacían en crucificarle y escarnecerle, doliéndose más del daño que les venía por esta culpa, que de los tormentos é injurias que de ellos recibía, cumpliendo por la obra lo que había dicho: *Amad á vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen;* y lo que de El estaba profetizado, que rogaría por los transgresores, esto es, por aquellos que quebrantaron contra El todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y desagradecimiento que jamás se había visto en el mundo. ¡Oh amantísimo Jesús, cuán bien habéis mostrado que sois Dios de amor y la misma caridad! pues las inmensas aguas de tantas tribulaciones, y los ríos impetuosísimos de tantas persecuciones no han sido poderosas para matar ni apagar vuestro fuego, antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial que no castigue á los que en tantos trabajos os han puesto. ¡Concededme, Señor, tal caridad como esta, para que yo también ame á mis enemigos, y ore por los que me persiguen y os persiguen, pues vuestros enemigos también son míos!

Perdonad á todos, ¡oh Padre de las misericordias! para que todos gocen de ellas.

PUNTO II

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

Considera cada palabra de las que tiene esta divina oración, bastante por sí sola por las virtudes infinitas que encierra, para probar que quien así ora y muere, tenía que ser más que hombre.

La primera es *Padre*, al cual endereza su petición; porque aunque á El mismo, en cuanto Dios, pertenecía perdonarlos, quiso más, como hombre, pedir esto á su Padre; porque, pidiéndole que los perdonase, claramente daba á entender que El de su parte los perdonaba y cumplía con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de sí mismo por los pecados é ignorancias del pueblo, y rogando con mucho fervor á Dios por ellos. Y no dice, Dios mío, perdónalos, sino *Padre*, para que se entendiese que no había perdido la confianza que en él tenía, y para obligarle con este título tan amoroso á que le oyese y perdonase á sus enemigos. ¡Oh Padre soberano y misericordioso, cuya caridad fué tan grande que quisiste que el sol de justicia, tu Hijo unigénito, naciese en el mundo para dar luz, calor y vida de gracia á los mortales, y que la lluvia de su doctrina regase la tierra de los pecadores! Mira á este divino Sol, que está en la cruz cerca del occidente para ponerse y ocultarse, y con todo eso echa de sí rayos de divino amor, rogando por sus enemigos; oye su encendida oración, y por ella envía desde el cielo la lluvia de tu gracia sobre todos, para que todos te conozcan y le conozcan é imiten el raro ejemplo de su excelentísima caridad.

La otra palabra es, "*perdónalos*". No dice, perdónales esta injuria ó agravio que me hacen, sino absolutamente, perdónalos; porque su deseo era que fuesen perdonados todos sus pecados, sin dejarles ninguno,

y porque se entendiese que no reparaba tanto en su propia injuria, cuanto en las injurias y ofensas de su Padre, á quien suplicaba que las perdonase todas; y no dice, perdona á estos que me crucifican ó me injurian, sino perdónalos; porque no quiere poner en su oración palabra que les acuse ó irrite la ira del Padre; y porque pedía perdón, no sólo para los que le crucificaban con la obra, sino para los que con sus pecados fueron causa de su crucifixión, los cuales tenía presentes en su memoria, y por los unos y por los otros, dijo: "Perdona á éstos„. ¡Oh caridad liberalísima y anchurosísima de Jesús, que te dilatas y extiendes á todos los pecadores, sin excluir á ninguno de cuantos quisieren recibir perdón! Penetra sus corazones para que todos se dispongan á recibir el perdón que les ofreces y participen el fruto de la oración que por ellos haces.

La otra palabra es, "*porque no saben lo que se hacen*„; en la cual excusa del modo que puede á sus enemigos, porque aunque la ignorancia de muchos de ellos fué muy culpable, pero la caridad de este piadosísimo Redentor con cualquier cosa de que pudo echar mano, quiso encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y esta excusa también se extiende á todos los pecadores en su modo, porque todos tienen algún modo de ignorancia en no conocer como deben, quién es Dios, á quien ofenden y cuán grave cosa es ofenderle, cuán grandes bienes pierden y cuán terribles males se acarrean; porque si todo esto lo conociesen, no le ofenderían. Y así, también les cuadra lo que dice san Pablo: "Nunca crucificaran en sí mismos al Señor de la gloria, si perfectamente, como es razón, le conocieran.„

Esta excusa añadió Cristo N. S., no sólo para mostrar su infinita caridad y la gana que tenía de que su Padre perdonase á los pecadores, sino también para otros dos fines. El uno, para movernos á grande confianza en su misericordia, y el otro, para darnos

ejemplo de cómo hemos de excusar las faltas de nuestros prójimos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas á ignorancia ó inadvertencia ó celo, ó á otra intención menos mala. De suerte, que no sólo no los acusemos, ni exageremos el agravio que nos hacen, ni de él hagamos título para que Dios los castigue, sino del mejor modo que pudiéremos le aligeremos, haciendo de la excusa, título para que Dios les perdone.

¡Oh Salvador dulcísimo, cuán bien habéis subido hoy al monte de la mirra y al collado del incienso, juntando en este monte Calvario mirra de mortificación muy amarga, é incienso de oración muy encendida! Confortad, Señor, mi corazón con esta mirra, para que la abrace, y con este incienso para que os lo ofrezca, buscando siempre vuestra gloria.

PUNTO III

De los efectos que produjo la oración de Cristo N. S.

Considera, últimamente, los efectos de esta oración de Cristo N. S., ponderando, lo primero, cómo el Padre Eterno la oyó; porque si la oración de los humildes y mansos siempre le agrada, como dice la Escritura, ¿cuánto más le agradaría la oración del humildísimo y amantísimo Hijo suyo? El cual, como dice san Pablo, cuando oró en la cruz con lágrimas, fué oído por su reverencia, esto es, por el respeto que se debía á la infinita dignidad de su Persona, y por la reverencia con que se humilló y honró á su Padre; así, pues, por esta oración alcanzaron perdón muchos de los judíos que allí estaban, á los cuales convirtió san Pedro el día de Pentecostés, no tanto por su predicación, cuanto por la virtud de esta oración de Cristo, por el cual también se da el perdón á todos los pecadores que le piden y reciben. También á esta oración de Cristo se puede atribuir la conversión del buen ladrón y del centurión, y otros efectos admirables muy propios de la oración de un Dios que

muere pidiendo á su Padre, que nada puede negar á tal Hijo, y en tales circunstancias.

Pondera también el efecto que obró esta oración èn la Virgen santísima y en san Juan y otras personas devotas que allí estaban, cuán admiradas quedarían de ver tanta caridad y mansedumbre en Cristo N. S., y cuán llorosas por ver crucificado con tanto dolor al que oraba por sus perseguidores con tanto amor; especialmente la Virgen santísima, tomando ejemplo de su Hijo, ejercitaría luego la misma caridad y amor de sus enemigos, y repitiendo la oración que había oído, diría: "Padre, perdonad á éstos, porque no saben lo que hacen.„ ¡Oh, cuán agradable fué al Padre Eterno la oración de esta Virgen humilde y mansa, más que todas las puras criaturas, cuán bien recibida fué en el cielo, y juntándola con la del Hijo, ayudaría á recabar el perdón que deseaba!

Coloquio.—¡Oh Padre Eterno, oid la oración de vuestro Hijo, perdonando los pecados que contra Vos he cometido! Perdonadme, Padre de las misericordias, porque no supe lo que hice cuando os ofendí; y aunque yo no merezco ser oído, merécelo vuestro Hijo, por quien es, y por la reverencia que siempre os ha tenido. ¡Oh Abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Dios, pidiéndole que me perdone, pues no supe lo que hice! La pasión, la curiosidad, la ocasión de tal modo me cegaron, que me olvidé de todo y ofendí mil veces á vuestro divino Hijo. Mas, pues El ora por mí, que lo crucifiqué en mi corazón, confío en la misericordia del Padre, que por su divino Hijo me perdonará mis pecados.

Propósitos.—Cuando alguien te ofenda ó te hiera, levanta tu corazón á la cruz y perdónalo, no conservando el menor rencor contra nadie, pues eres hijo y te profesas discípulo del que murió perdonando á los que le crucificaban.

DOMINGO DE PASIÓN

De la segunda palabra que dijo Cristo N. S. en la cruz.

Preludios.— **Represéntate á Jesucristo crucificado entre** dos ladrones, el bueno á la derecha, imagen de los escogidos, el malo á la izquierda, imagen de los réprobos, y pide al Señor, en la cruz, y en el día del juicio, ser de los que estarán á la diestra del juez de vivos y muertos.

PUNTO I

De los dos ladrones que fueron crucificados con Cristo N. S.

En el mal ladrón que estaba al lado izquierdo de Cristo, porque representaba á los reprobados, considera cómo blasfemaba de N. S., zahiriéndole de haberse hecho Cristo y Mesías. Pondera cómo esto fué de grande ignominia para el Salvador, pues llegó á tanto su desprecio, que un hombre vilísimo, condenado á muerte de cruz por sus maldades, le escarnecía, pareciéndole que aún él tenía derecho para blasfemarle. Por donde se ve cuán propio es de los malos olvidarse de sus delitos y agravar los ajenos, teniéndose á sí por inocentes en su comparación: como sucedió á este mal ladrón, el cual, con este pecado, llenó la medida de su condenación y dió ocasión al Salvador para mostrar su admirable paciencia callando, sin responder palabra al vil injuriador que tenía junto á la divina cruz.

Al contrario, mira el otro ladrón que estaba á la mano derecha, cómo tocado con la inspiración del Espíritu Santo, y ayudado de la gracia del Señor que tenía junto á sí, volvió por Jesús, trazándolo así la divina providencia, para que pues Cristo N. S. sufría su injuria callando, no faltase quien respondiese por El. Considera cómo el buen ladrón, en la respuesta, ejercitó algunos actos heroicos de virtud, especialmente de caridad y humildad. El primero fué corre-

gir al blasfemo, diciéndole: "¿Ni tú temes á Dios estando á punto de muerte como Este?„ Como quien dice: Que no teman á Dios los que están en la felicidad, menos malo es; pero que tú no le temas estando próximo á morir, no es tolerable. El segundo fué confesar públicamente sus culpas, y que justamente merecía la pena que padecía en aquella cruz. El tercero fué confesar públicamente la inocencia de Cristo N. S., diciendo: "Este ningún mal ha hecho„. De suerte que tuvo ánimo para confesar delante de todo el pueblo que los príncipes de los sacerdotes y los escribas se engañaban en acusar á Cristo, y que Pilatos erró en condenarle, y que todos hacían mal en blasfemar de El, porque aquel varón justísimo ningún mal ni pecado había hecho. ¡Oh varón admirable, que no tuvo vergüenza de confesar la inocencia de Cristo cuando todo el mundo le condenaba! Huyen los Apóstoles, encúbrense los discípulos, callan todos sus conocidos, temiendo la ira de los judíos, y sólo este ladrón, desde lo alto de la cruz, predica á voces que Cristo es inocente.

De este ejemplo he de sacar, que así como en el monte Calvario estuvieron tres en la cruz, pero con diferente modo, uno con culpa y con impaciencia, otro con culpa y con paciencia, otro sin culpa alguna y con admirable paciencia, así también suele suceder en esta vida á los hombres: unos, por sus pecados, son castigados de Dios, llevando con impaciencia el castigo, y éstos serán condenados como el mal ladrón, bajando de la cruz al infierno; otros son castigados por sus pecados, pero llevan la pena con humildad y paciencia, y éstos, como el buen ladrón, alcanzarán perdón de sus pecados, y de la cruz irán al paraíso. Otros son afligidos sin culpa para su ejercicio y eterna corona, y llevan su aflicción con grande paciencia, á imitación de Cristo N. S. Estos son dichosísimos, porque lo más precioso de la cruz y del tormento es padecerle sin culpa; pero yo, miserable, si no pudiere

alcanzar esta dicha, procuraré ser siquiera de los segundos, para alcanzar de Dios misericordia, siguiendo el ejemplo del buen ladrón.

PUNTO II

"*Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino*".

Considera la maravillosa oración y petición de este santo ladrón y penitente, llenas de fe y confianza en Cristo N. S. Lo primero, confiésale por Dios, pues le llama Señor con grande reverencia, respetando al que de todos era vituperado y tenido por vil gusano y desecho del pueblo. Lo segundo, confiesa que es Rey y que tiene verdadero reino, al modo que El mismo lo había dicho, no en este mundo, sino en el otro, y que por la cruz y muerte iba á tomar posesión de este reino eterno y celestial. Lo tercero, pídele que se acuerde de él cuando entrare en su reino. No te pido ¡oh Señor y Rey mío! que me salves aquí, librándome de la cruz, como pide mi compañero, sino que me salves después que muriere en la cruz, dándome la salud y salvación eterna. Tampoco te pido que me lleves contigo á tu reino, y me des trono y asiento en él, porque un ladrón como yo no se ha de atrever á pedir cosa tan grande; sólo te pido que te acuerdes de mí, y esto me basta, porque si te acuerdas de mí, tú me darás buena muerte y me pondrás en el lugar que quisieres de tu gloria. ¡Oh ladrón prudentísimo y humildísimo, cuán bien has acertado á pedir y robar el reino de los cielos, que los valientes han de arrebatar! No te sucederá lo que á José con el copero de Faraón, á quien pidió que cuando saliese de la prisión y se viese en su prosperidad, se acordase de él; pero luego se olvidó. No es esta la condición del Señor, con quien estás crucificado; porque, pasado el tormento de la cruz, porque has padecido al lado de la de Jesús, Este tendrá memoria de ti, dándote parte en su gloria y reino celestial.

Pondera luego las causas de donde procedieron la

conversión de este ladrón y su confesión maravillosa, y los medios que la diestra de Dios tomó para alumbrarle. Estos, ciertamente, no fueron milagros, porque quizá no había visto ninguno. Tampoco fueron sermones, porque ningún sermón de Cristo había oído, pero en lugar de milagros, le movió la heroica paciencia y mansedumbre de Jesús. El buen ladrón, con ojos alumbrados por Dios, contemplando aquel espectáculo divino de sufrimiento y paciencia, dedujo la divinidad de quien tan inocentemente y tanto padecía, y conservaba maravillosa paz en la cruz y en medio de tantas injurias, y en lugar de sermones se enterneció con el ejemplo de aquella rara caridad, cuando le oyó rogar por sus enemigos. De todo ello sacó, con la ilustración del cielo, que aquel Señor era santísimo; y pues El decía que era Rey y Mesías é Hijo de Dios, deducía con firmísima fe que así sería sin duda. De aquí sacaré yo cuánto importa ser paciente, manso y caritativo, y dar buen ejemplo, pues todo esto tiene fuerza de milagros y de sermones para convertir á los pecadores más duros que peñascos. ¡Oh dulce Jesús, que puesto en la cátedra de la cruz, con tu milagrosa paciencia y con tu maravilloso ejemplo de caridad convertiste al buen ladrón, ayúdame para que á imitación tuya haga yo semejantes ejemplos, con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos y encienda en mayor perfección á los buenos!

Finalmente, á imitación del buen ladrón, puesto á los pies de Cristo crucificado, repetiré yo una y muchas veces con grande afecto la misma dulcísima oración: "Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino.„ ¡Oh Rey eterno!, confieso que por mis pecados justamente estoy puesto en la cruz de muchos trabajos y tentaciones; no te olvides de mí ni permitas que me pierda. Ten memoria de este miserable pecador, mirándome con ojos de misericordia.

PUNTO III

"*Hoy serás conmigo en el paraíso.*„

Considera en esta segunda palabra que Cristo N. S. dijo en la cruz, las inestimables riquezas y tesoros de la liberalidad y misericordia, y de la bondad y caridad de este Rey, que hace trono de clemencia y asiento de misericordia de un patíbulo afrentoso.

Descubre aquí la eficacia de la divina oración, en que Jesús rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador. Dicen algunos, que al principio el buen ladrón blasfemaba de Cristo juntamente con su compañero, por escribir san Mateo y san Marcos, que los ladrones escarnecían de El; y si esto fué así, mucho más campea la virtud de Cristo en trocar á este blasfemo, como después se mostró en trocar á Saulo por la oración de san Esteban.

Mira cómo resplandece aquí la eficacia de la sangre de Jesucristo, derramada en la cruz, cuyas primicias fueron este buen ladrón, trocándole con modo maravilloso, perdonándole sus pecados á culpa y á pena, prometiéndole la entrada en el paraíso sin dilación, y asegurándole de ella.

Considera, además, la liberalidad de esta promesa. No pide el ladrón á Cristo sino que se acuerde de él cuando estuviere en su reino, y Cristo le asegura que en aquel mismo día estará con El en el paraíso. ¡Oh Rey soberano!, bien bastara prometerle que de allí á algunos años entraría en vuestro reino; pero vuestra caridad quiere apresurar los plazos, y en lugar de purgatorio, le admite por paga los tormentos que padece, y le dice: "*Hoy serás conmigo en el paraiso.*„ Hoy se trocará tu suerte, y de esta cruz de tormentos, pasarás al paraíso de deleites, y allí estarás conmigo; porque Yo he dicho, "*que quien me siguiere, estará donde Yo estoy;*„ y pues tú me has seguido en la cruz, también me seguirás en la gloria, entrando

hoy á estar conmigo en ella. ¡Oh Rey de la gloria!, si con tanta liberalidad premiáis al que solamente os siguió tres ó cuatro horas del día, ¿cómo premiaréis al que os siguiere con perfección todas las horas y edades de su vida? Si tan agradecido os mostráis al pecador que os ha injuriado innumerables veces, por una sola vez que os honra, ¿qué agradecimiento mostraréis al que toda la vida gasta en honraros?

Ultimamente, considera las dos suertes de hombres que se representan en estos dos ladrones, de los cuales uno fué reprobado y otro escogido, acordándome de lo que dice Cristo N. S., que en el día del juicio, "*de dos que estarán en el campo, uno será tomado y otro dejado;*„ que fué decir: De todos estados y modos de vida, unos serán tomados para el cielo por las buenas obras que hicieron, prevenidos y ayudados de la divina gracia, y otros serán dejados para el infierno por las culpas, que hicieron con su libre albedrío.

Pondera también, cómo la sangre de Jesucristo, aunque era poderosa para justificar á los dos ladrones, solamente obró en el uno, para darnos motivos juntamente de temor contra la presunción, y de confianza contra la pusilanimidad. De suerte, que los grandes pecadores, cuando se vean cercanos á la muerte no desesperen, viendo que un ladrón en aquella hora hizo penitencia y alcanzó misericordia; pero ninguno presuma vivir á sus anchuras, dilatando la penitencia hasta la muerte, viendo que el otro ladrón, aunque estaba junto á Cristo, murió sin penitencia, castigado con el rigor de la divina justicia. Y harto motivo de temor es ver que entre tantos malos, como estaban en el monte Calvario, á un solo ladrón le dijo Jesús: "*Hoy serás conmigo en el paraíso*„.

Coloquio. —¡Oh Salvador del mundo, en cuyas manos, clavadas en la cruz, está la llave de David, con la cual abrís y ninguno cierra, cerráis y ninguno abre!; abridme las puertas del cielo que mis pecados

cerraron, y cerradme las puertas del infierno que ellos abrieron, para que en el día de mi muerte pueda, como el buen ladrón, entrar con Vos en el paraíso. Oiga yo de tu divina boca, Jesús mío, palabras de perdón y de misericordia y ya que en mis pecados he imitado al ladrón perdonado por Ti, que lo imite también en el dolor de ellos, en confesarte Rey y Dios mío delante de todo el mundo y en escuchar de tus labios que un día estaré contigo en el cielo.

Propósitos.—Llevar todas las penas y tribulaciones que el Señor te envíe, como pena de tus culpas y con la paciencia del buen ladrón, no con la desesperación del malo, aspirando á sufrirlas con la perfecta alegría de Cristo N. S.

LUNES DE PASIÓN

De la tercera palabra que Cristo N. S. habló en la cruz.

Preludios.—Represéntate á nuestro Señor crucificado, rodeado amorosamente, cuando la crueldad de sus verdugos no lo impidió, de su afligida Madre, de san Juan Evangelista, de María Magdalena y María Cleofé, y pide al Señor fortaleza para vivir y morir al pie de la cruz.

PUNTO I

La Virgen santísima al pie de la cruz.

Considera que no hay mayor señal de amar á Cristo que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas; y cuanto más cerca nos llegamos, y con mayor estabilidad y firmeza, junto á la cruz de Cristo, tanto mayores muestras damos de este amor, como las cuatro santas personas que estuvieron en el Calvario. Entre las cuales, la capitana y guía fué la Virgen sacratísima, por cuyo respeto fueron las demás hasta el Calvario, y sin la cual no tuvieron ánimo para asistir allí. La Virgen santísima, como más firme en la fe y más encendida en el amor, atropellando

por todas las dificultades é ignominias, que de aquí se le habían de seguir, quiso hallarse presente á la Pasión de su Hijo, y se puso en pie cerca de la cruz, con maravillosa constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo más que le fué permitido á la cruz de su Hijo santísimo. Pero con el espíritu se acercó tanto, que se unió con ella y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con El, por la grandeza del amor y del dolor. De suerte que tres clavos la tenían allí crucificada. El primero, la viva aprensión de lo que su Hijo padecía. El segundo, el entrañable amor que le tenía, no sólo como á su Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios. El tercero, la compasión de que su Hijo y su Dios padeciese tanto por pecados ajenos. De todo ello resultaba en su ánima un dolor tan grande, tan agudo y tan cruel, que bastó por martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas; miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos; miraba los huesos desencajados, de modo que se podían contar, y los suyos todos se estremecían de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecía corporalmente, padecía la Madre espiritualmente en el corazón, pero por modo terrible.

¡Oh Virgen de las vírgenes, con cuánta razón podemos hoy llamaros Mártir de los mártires! Pues como á todas las vírgenes excedisteis en la flor de la virginidad, así á todos los mártires excedéis en el fruto y el rigor del martirio. Mártir sois en el deseo fervoroso de padecer todos los tormentos de muerte que vuestro Hijo padecía, y mártir también por los terribilísimos dolores que con su vista padecisteis, bastantes para daros la muerte, si vuestro Hijo no os conservara la vida. ¡Oh, quién pudiera acompañaros en este modo de martirio! Alcanzadme, ¡oh Reina de los mártires! que tenga en él alguna parte, marti-

rizando mi carne con penitencias, y mi espíritu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazón á la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificasteis Vos.

PUNTO II

"Mujer, ve ahí á tu Hijo."

Pondera primeramente la caridad de Cristo N. S. juntamente con la fortaleza y autoridad que mostraba en medio de tantos dolores y desprecios, atendiendo á las obras de piedad y de misericordia, y á las obligaciones de su oficio de Salvador y Maestro, como si no estuviera padeciendo. Ya ruega por sus enemigos, como sumo Sacerdote; ya promete el paraíso, como Redentor; ya mira por su Madre, como Hijo, y por su discípulo como Maestro; enseñándonos con este ejemplo que no hemos de faltar á nuestras obligaciones por vernos rodeados de trabajos y de tribulaciones.

Pondera, luego, las palabras que dijo Jesús á la Virgen: *"Mujer, ve ahí á tu Hijo."* No me olvido de ti, ¡oh Madre mía dulcísima y amadísima! ni de la obligación que te tengo como hijo; mas pues yo me parto de este mundo, en mi lugar te dejo á Juan por hijo, para que haga contigo oficio de hijo, sirviéndote y haciendo lo que yo había de hacer con tal Madre. Considera que no la quiso llamar madre, sino mujer: lo uno, por no afligirla con esta palabra tan tierna, y lo otro principalmente para mostrar cuán descarnado estaba de todo lo que era carne y sangre, atendiendo á las obras de su Padre celestial. Esta palabra causó grandísimo sentimiento en el corazón de la Virgen, así porque entendió que su Hijo se despedía de ella para morir, como porque consideró el cambio tan desigual, que era trocar al Hijo de Dios vivo por el hijo de un pobre pescador, y el Maestro del cielo por el discípulo de la tierra.

Pero más adelante pasó la caridad de este Señor

para con nosotros en estas palabras, y más ahondó la inteligencia de su Madre en ellas, porque no solamente la dió por hijo á Juan, sino en él á todos los demás discípulos que tenía y tendría hasta el fin del mundo, por todos los cuales dijo: "Mujer ve ahí á tu hijo,„ toma por hijo á mi discípulo, que aquí representa á todos los hombres, y en especial á todos los que fueren discípulos míos, porque mi voluntad es que tú seas su madre y ellos tus hijos; y que mires por ellos como por hijos tuyos, procurando su bien con toda solicitud.

Acordàos, pues, Señora, que sois nuestra Madre por encomienda que os hizo vuestro Hijo en las postreras horas de su vida, cuando os dijo: "Mujer, ve ahí á tu Hijo.„ Nosotros estamos muy gozosos de teneros á Vos por Madre, por concesión del que era vuestro Hijo único y natural; y entre las riquezas que nos ganó en la cruz, no tenemos ésta por la menor, que haciéndonos hermanos suyos y miembros suyos, nos hizo, no sólo hijos de su Padre, sino también hijos vuestros. Y porque el teneros por Madre había de ser único refugio de los pecadores en vida y muerte, quiso el Señor descubrirnos este tesoro en el mayor fervor de su caridad, estando para expirar desde lo alto de la cruz, cuando en persona del Evangelista nos dijo á todos, lo que cada uno debe tomar como si se lo hubiera dicho á sí: "*Ecce Mater tua.*„ Advierte bien y abre los ojos, porque esta es tu Madre.

¡Oh Madre verdadera, por cuyo medio en las entrañas de tu caridad recibimos la vida verdadera de aquel Hijo tuyo y Redentor nuestro, que nos la mereció con su sangre en la cruz! Eva no se puede decir madre, sino madrastra, que mató á sus hijos antes que los pariese, y mirando con antojo y golosina el fruto de la muerte, que estaba colgado del árbol vedado, se hizo madre de los pecadores. Pero Tú, mirando con dolor y angustia el fruto de la vida, que

estaba colgado del árbol de la cruz, mereciste ser madre de todos los vivientes. Y porque en el parto de estos hijos pasabas tan agudo y entrañable dolor, aquél que pariste con tanto gozo y alegría te mostraba desde la cruz cuáles eran los hijos que á El y á Ti os costaban tanto. Por lo cual, señalando á los demás hombres, te decía: "*Mulier, ecce filius tuus;*„ como si dijera: Mujer, estos son los hijos de tu dolor; y á nosotros nos manda mirar tu agonía cuando dice: "*Ecce Mater tua*„, para obligarnos al amor y agradecimiento que debemos á tal Madre, y á pensar que siempre hemos de hallar amparo en Ella los pecadores, pues no se puede olvidar lo que le ha costado ser Madre de ellos.

PUNTO III

"*Ve ahí á tu Madre.*„

Considera, primeramente, que como las palabras de Cristo N. S. son eficaces para hacer lo que dicen, en la forma que El quiere hacerlo, con esta palabra imprimió á la Vírgen espíritu de madre para con san Juan y con todos los hombres; y en san Juan imprimió espíritu de hijo para con su Madre; y el mismo espíritu comunica á todos los que son perfectos discípulos suyos. Y pues esta palabra no se dijo á solo san Juan, sino en él á todos los discípulos de Cristo, he de imaginar que Cristo N. S. me dice: "Ve ahí á tu Madre, ámala y venérala como á Madre, obedécela y sírvela en cuanto pudieres y acude á ella en todas tus necesidades; porque como te di á mi Padre por tuyo, así te doy á mi Madre por tuya; vive, pues, como hijo de tal Madre.„ ¡Oh dulcísimo Jesús!, ¿de dónde á mí tanto bien, que me deis á vuestra Madre por mi madre? Dadme, Señor, espíritu de verdadero hijo, para que la sirva como merece tan gloriosa Madre. ¡Oh Madre benditísima!, cierto estoy, que siendo tan obediente como sois á vuestro Hijo, luego aceptaréis el oficio de madre mía: "Muestra ser mi Madre,

reciba por Ti los ruegos, el que naciendo por nosotros quiso ser tu Hijo.„

Pondera, luego, las causas por las cuales hizo Cristo N. S. este favor á san Juan. Las principales fueron dos, y ambas juntas le dispusieron para recibirle. La primera, porque fué virgen, y convenía que el Hijo virgen no encomendase su Madre virgen, sino á discípulo virgen; con lo cual declaró la estima que tenía de la virginidad de cuerpo y alma. La segunda, porque se señaló en la caridad y amor de Cristo, siguiéndole hasta la cruz y poniéndose cerca de ella, rompiendo por todas las dificultades que de esto le apartaban, como apartaron á los demás discípulos; y pues se señaló más que ellos, digno era de ser favorecido más que todos. De donde sacaré un gran deseo de imitar á la Virgen y al glorioso san Juan, en la pureza y en el amor de Cristo y de su cruz, para ser digno de que la Virgen me tome por hijo y yo pueda tenerla por madre.

Quedó el Evangelista muy contento y bien pagado de su amor y lealtad con aquella prenda que había alcanzado al pie de la cruz, y desde aquel punto tomó posesión de aquel cargo que su Maestro le había encomendado, y empezó á ejercitar con la bendita y afligida Virgen todos los oficios de un buen hijo para con su madre, y la miraba como á cosa suya, y como la mayor y mejor parte de sus bienes: "*Accepit eam discípulus in sua.*„ ¿Qué bienes eran estos suyos que tenía el Evangelista, entre los cuales contaba á la Virgen, pues es cierto que no tenía nada suyo, quien lo había dejado todo por seguir á su Maestro? Mas porque el Señor en pago de lo que habían dejado los Apóstoles les había prometido cien veces más en esta vida en bienes espirituales, como supremo don é infinito regalo les dió, estando colgado en la cruz, á su dulcísima Madre y en él nos la dió á todos los hombres.

Coloquio.— ¡Oh glorioso Evangelista, en cuya persona nos miró y tomó la Virgen como á hijos y to-

dos la miramos como á Madre, gózome de la buena suerte que os ha cabido en este día!; suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo que os dió para con su Madre, para que la sirva yo como la servisteis Vos. ¡Oh Salvador mío! pues tan liberal os mostrasteis en la cruz, que dais vuestro paraíso al ladrón que se convierte y vuestra Madre al discípulo que os ama, usad conmigo de esta liberalidad, dándome en esta vida devoción cordial con vuestra Madre, por cuyo medio espero veros y gozaros en el paraíso.

Propósitos.—Mirarnos siempre como hijos de María, estudiando las obligaciones, que nos impone este título y procurando corresponder á ellas.

MARTES DE PASIÓN

De la cuarta palabra que N. S. habló en la cruz.

Preludios.—Considera el horror y estremecimiento de la naturaleza, que se cubre de negras tinieblas, y que por cerca de tres horas clama, llora y gime por la muerte de su Hacedor, y llora tú también con lágrimas de amargura tus pecados, que son los que dan la muerte al Criador de cuanto existe.

PUNTO I

De las causas por qué nuestro Señor ordenó estas tinieblas milagrosas.

Considera por qué Cristo N. S. ordenó desde la cruz estas tinieblas misteriosas. En primer lugar, mira que el Sol de justicia, que ilumina á todo hombre, estaba en su ocaso, y era muy justo que el otro sol negase sus rayos á los aborrecedores de la luz. Así, al ponerse sobre el mundo el eterno Sol, todo el cielo se anubla, para manifestar la ira que tenía el Eterno Padre contra aquel pueblo ingrato por el delito atroz que cometía contra El, pues no eran dignos de ver la luz del sol los que quitaban la vida al Sol de justicia. También con estas tinieblas exteriores significaba las

interiores de aquella miserable gente, y los eternos horrores en que habían de caer por su obstinación.

Pretendió luego el Eterno Padre manifestar la inocencia y majestad de Cristo N. S. con este milagro, haciendo que el sol se obscureciera y cubriera á la tierra de luto por la muerte de su Hacedor; y del modo que puede, muéstrase el cielo compasivo de sus dolores é ignominias, escondiendo su luz y quitando la ocasión á sus perseguidores de mirarle con escarnio, y á los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar y temblar con aquella obscuridad.

Ordenó además Cristo N. S. estas tinieblas, para que, cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese á sus solas, y con quietud, gastar aquellas tres horas en apercibirse para la muerte y en orar con gran fervor y lágrimas por nosotros. A la manera que, cuando predicaba, gastaba los días en su oficio conversando con los hombres, y en viniendo la noche se recogía á los montes á orar; haciendo todo esto, no por su necesidad, sino por nuestra enseñanza y ejemplo, así estando en el monte Calvario, tendidas sus manos en la cruz, después que hubo cumplido los oficios de piedad con su Madre y sus hijos, quiso, en aquellas tres horas de tinieblas que sucedieron, ocuparse totalmente en orar, aplicando su oración por todos los fieles, que tenía presentes en su memoria, de los cuales era yo uno por quien aplicaba su oración.

También puedo ponderar cómo la Virgen santísima gastaría este tiempo en orar con gran fervor, levantando su espíritu á una contemplación muy alta, no de afectos gozosos, sino dolorosos, á imitación de su Hijo.

Considera por último, el misterio de estas tinieblas. Nace Cristo á media noche, y la ilumina: muere á mediodía, y se obscurece el sol. De noche nació Cristo, y con toda la claridad de Dios cercó de luz á los pastores; al mediodía padeció, y hubo tinieblas sobre

toda la tierra. Así sucede siempre: cuando Cristo nace en el corazón de alguno, nace con divina luz; cuando muere, las tinieblas brotan en el alma. Así, cuando muere Aquel que hace nacer el sol sobre los buenos y los malos, dice el Evangelista: "Se obscureció el sol." Pide á Jesús moribundo que su luz nunca se ponga en tu mente y en tu corazón.

PUNTO II

«*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?*»

Esta fué la cuarta palabra que Cristo N. S. habló en la cruz poco antes de expirar, y díjola con tan gran clamor, para que se entendiese que estaba lleno de una vida que era suya y El solo podía dejar, y para declarar el afecto con que la decía, afligidísimo por el interior desamparo que sentía. Este desamparo estuvo en dos cosas: la primera, en que el Padre Eterno le dejaba padecer, sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba, lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho; pero en Cristo N. S. fué terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. La cabeza no podía reposar sobre el lecho de la cruz sin nueva pena; las manos no podían sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor; los pies no podían con la carga sin aumentar sus heridas, y así Jesús, viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?*".

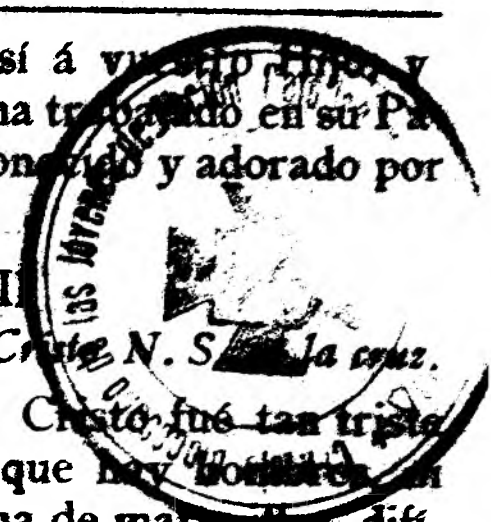
La segunda cosa en que estuvo este desamparo, fué en que la divinidad abandonó á la humanidad cuanto á los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió. Y porque ninguno pensase que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir á las penas de los demás procedía de no sentir sus penas, quiso con esta palabra declararlas, diciendo: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desampara-*

te?„ Mas para que entendiésemos que esta queja no nacía de desesperación, sino de amor por la razón dicha, no dijo solamente: *Dios* ¿por qué me desamparaste? Sino, Dios mío, Dios mío; como quien dice: Dios eres de todos, porque les das el ser que tienen; pero mucho más eres Dios mío, porque me comunicas tu divino ser y me amas con especial amor, y yo te amo con el mismo; pues, ¿por qué, oh Dios mío, me desamparas en esta tribulación?

¡Oh buen Jesús, no es necesario que venga otra vez ángel del cielo, como en el huerto, para conforiaros en vuestra aflicción, diciéndoos las causas de este desamparo, porque ya está muy cercano á su fin; pero yo, Señor, os las diré, para que se descubra en mí vuestra inmensa caridad. Porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad por cumplir la mía, queréis ser desamparado de vuestro Padre, mereciendo con este desamparo que nunca me desampare su misericordia. Lo queréis además para darme ejemplo de paciencia cuando sintiere semejante desamparo, pues no es mucho pase el discípulo por donde pasó su Maestro.

También puedo considerar, cómo Cristo N. S. se queja de otro desamparo, que sentía mucho más que los que están dichos, viendo que sus discípulos le habían desamparado, y el pueblo hebreo le había dejado, y millares de hombres habían de desampararle, dejando su fe, atropellando sus sacramentos y desechando y pisoteando los frutos de su Pasión. ¡Oh dulce Jesús, no me espanto que os quejéis de este desamparo, pues siendo vuestra redención tan copiosa y tan penosa, apenas hay quien se aproveche de ella! ¡Oh Amparador nuestro, cuán desamparado os veo en este mundo! Unas naciones no quieren recibir vuestra fe, otras la dejan, y otras, aunque reciben vuestra ley, dejan el cumplimiento de ella, y unos cristianos desamparan á otros, desamparándoos á Vos en cada uno de vuestros pequeñuelos. ¡Oh Pa-

dre Eterno, no desamparéis así á vuestro Hijo, y pues tantísimo ha merecido y ha trabajado en su Pasión, haced que sea de todos conocido y adorado por su Rey y Salvador!



PUNTO III

De otros motivos del abandono de Cristo N. S. en la cruz.

Considera que la palabra de Cristo fué tan triste que no se ha oído igual desde que hay hombres, ni se oirá jamás. Fué una voz llena de maravillas, difícil de entenderse, y terrible de explicarse. Fué una voz proferida por el Verbo del Padre, que llenó de asombro al cielo y á la tierra, á los hombres y á los ángeles; y á todas las cosas inanimadas hubiera dejado atónitas, si hubiesen tenido entendimiento y razón. Necesario es aquí todo el vigor y toda la fuerza de la fe, para penetrar en los misterios encerrados en las palabras de Jesús.

Ya iba casi á morir el divino Redentor, en medio del horror del sol obscurecido, y de las tinieblas que cubrían toda la tierra, pendiente del patíbulo de la ignominiosa cruz, cuando he aquí que con la grandeza y muchedumbre de los dolores, que por todas partes le oprimen, casi reducido á la nada, para mostrar al mundo cuánto sufría en su alma y en su cuerpo cerca de la hora de nona, exclamó con grande voz: "*Eli, Eli, lamma sabacthani; esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*"

Quejarse un hombre de otro es común, quejarse alguno de sí mismo es frecuente. Quejarse Dios de Dios, el Hijo del Padre, y tal Hijo de tal Padre, y cuando muere y de tal suerte muere, hecho obediente á su Padre hasta la muerte y muerte de cruz, es un misterio. Mira si lo es, en efecto, que abandone á su Hijo en la cruz aquel Dios que había de hacer que los mártires hallasen alegría en los tormentos, y que había de quitar su fuerza á los martirios para que no dañasen á sus elegidos. El hecho es que Cristo vol-

vía hacia todas partes sus moribundos ojos para ver si había quien le consolase, y no lo encuentra. Vuélvese á su Madre, pero estaba su alma triste hasta la muerte. A los Apóstoles, y habían huido; á los judíos, y le blasfemaban; á los sacerdotes, y le escarnecían; á los verdugos, y acrecentaban su pena; á los ángeles de paz, y éstos lloraban amargamente. No encontraba consuelo, ni en amigos, ni en enemigos, ni en hombres, ni en el cielo ni en la tierra. Cerrada la puerta á todo consuelo, destituido ya de todo alivio humano, pensó el Hijo divino, pródigo en amor, no viendo ya esperanza de consuelo, y dijo para su entristecido corazón: "Me levantaré é iré á mi Padre„. El me oirá por la reverencia debida, porque soy su Hijo amado, en quien siempre se ha complacido. "*Dios mío, Dios mío.*„ Parece que el cielo es para él de bronce; no siente ningún consuelo. "*Dios mío, Dios mío*„. Clama, y no se le oye; llama, y no se le abre; busca, y no encuentra. "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*„

¿Por qué le desampara el Padre Eterno? ¿Pues no atestigua David que no vió al justo desamparado? Este fué ardid del divino amor. Eres desamparado, ¡oh Jesús!, para que Tú no nos desampares; eres desamparado del Padre, para que Tú no desampares á los hijos tus escogidos. Ahora que te veo á Ti desamparado de tu Padre, entiendo que es verdad y lo será siempre lo que dijo David: "No vi al justo desamparado,„ porque el Padre te abandona, para no abandonarnos á nosotros.

Además Tú, oh Jesús, sufres el castigo nuestro que tantas veces abandonamos á Dios. Sabes que por boca de Jeremías se queja de todos nosotros: "Todos me abandonasteis.„ Así todos ingratos dejamos á Cristo, después que Cristo lo dejó todo por nosotros. ¿Qué no ha dejado Cristo por nosotros los hombres? Dejó el cielo, pues por nosotros los hombres descendió de allí. Dejó al Padre: "Salí del Pa-

dre y vine al mundo„. Dejó á su Madre, entregándosela á Juan, diciendo: "Ve ahí á tu madre.„ Dejó sus riquezas: "Por nosotros se hizo necesitado, siendo rico.„ Dejó su hermosura: "No tiene forma ni hermosura,„ Nos dejó su cuerpo, sangre, vestiduras, alma, todo; y después de haberlo dejado todo por nosotros, se ve obligado á quejarse: "Todos me dejasteis.„ También llegará un día en que el pecador se vea de todo desamparado. Sí; que todas esas cosas que con tanto sudor, con tanta solicitud, con tantos trabajos, con tantos peligros y perdición de tu alma buscas, y por las cuales dejas á Dios, al fin, al fin, al dejar el mundo, te dejarán á ti, con tanto mayor dolor y llanto, cuanto las buscaste con mayor ansia y anhelo. Entonces te dejarán las riquezas, te dejará la gloria, te dejarán tus amigos, tus conocidos, tus allegados, te dejarán tus padres: todo te dejará. Finalmente, en aquella hora se cumplirá la amenaza que Dios hace por Ezequiel al alma que le deja: "Te desnudarán de tus vestiduras, te quitarán los adornos de tu belleza y te dejarán desnuda y llena de ignominia.„ Entonces dirán los ángeles al alma, desamparada de todo,las palabras de Jeremías: "Curamos á Babilonia, y no ha sanado: abandonémosla.„ Te dejará Dios mismo, como lo amenaza por boca de Moisés. "Se encenderá mi furor contra él en aquel día, y le dejaré, y esconderé mi rostro de él.„

Pues para que no sean para tu condenación esos desamparos, Jesucristo es desamparado de su Eterno Padre en la cruz. El Justo es desamparado en sus penas, para que fuesen amparados los pecadores en las suyas: aquello fué sumo rigor de la divina justicia, y esto sumo regalo de la divina misericordia. Además, como Dios N. S., desampara muchas veces á los suyos del consuelo y protección sensible y les deja sentir la flaqueza propia de nuestra frágil naturaleza, quiso Jesús ponerse en este estado para enseñarnos á nosotros cómo nos debíamos haber en él y para

que jamás tuviésemos motivo para creer que El no había experimentado todos nuestros trabajos y dolores.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío, que durante tu Pasión no te quejas, ni del discípulo que te vendió, ni del Apóstol que te negó, ni de los pontífices que te acusaron, ni de los testigos que te calumniaron, ni de los soldados que te escarnecieron, ni del presidente que te sentenció, ni de los verdugos que ejecutaron la sentencia; que no mostraste queja de los hombres que intervinieron en tu Pasión, habiendo experimentado en los tuyos mucha flaqueza y poca lealtad, y en tus contrarios mucho aborrecimiento y crueldad! ¿Y quéjaste á tu Eterno Padre, en quien reconocías infinito amor, suma justicia y bondad? Enséñame á acudir á Dios en todas mis penas con amorosas quejas de amor y confianza de hijo, y clavado en la cruz esperar del cielo todo mi alivio y mi descanso.

Propósitos.—Aprende de Jesús á padecer y á orar en medio de tinieblas y sin consuelos sensibles en el alma.

MIÉRCOLES DE PASIÓN

De la quinta palabra que habló en la cruz Cristo N. S.

Preludios.—Represéntate á Jesús crucificado, que, envuelto en aquellas milagrosas tinieblas, desgarradas sus manos por el peso del cuerpo, y éste estribando sobre sus pies sin otro apoyo, saborea la amargura del vinagre que para su sed le ofrecen sus verdugos, y pide al Señor con tus lágrimas y con tu sangre saciar la sed que el divino Jesús tiene de tu salvación y la de todos los hombres.

PUNTO I

"Sitio.—Tengo sed."

Considera primeramente la ardentísima sed que Cristo N. S. padecía, porque desde la terrible noche anterior no había bebido ni una gota de agua.

Era esta sed, sin duda, corporal, la que en aquel punto le afligía y le aquejaba. Porque la congoja y sudor del huerto, la mala noche pasada, los caminos que aquel día había hecho á unas partes y á otras, los dolores gravísimos de estar colgado en la cruz, y el haber derramado tanta sangre en ella, todas estas eran causas de tener secas las entrañas y consumida la virtud, y la lengua pegada al paladar, como de El estaba escrito en el Salmo 21: "*Aruit tanquam testa virtus mea, et lingua mea adhaesit faucibus meis,*„ Y siendo tan estrecha su necesidad, y el remedio tan fácil, como era el que le diesen un vaso de agua, no le pidió ni hizo instancia por él, sino contentóse con declarar sencillamente lo que padecía, diciendo: "Sed tengo.„ Como si estuviera entre amigos que le quisieran bien, que en sabiendo su sed, hubieran de darle luego refrigerio.

¡Oh Virgen santísima! ¿Qué sintió vuestro piadoso corazón con esta palabra, cuando visteis el refrigerio que sus enemigos le dieron, y no fuisteis poderosa para dar un vaso de agua al Hijo que tan modestamente la pedía muriendo?

Pero ¿qué es esto, Salvador mío? ¿Vos, la fuente de aguas vivas, Vos que dais de beber al alma sedienta, Vos manantial perenne de aguas cristalinas y purísimas, os quejáis de la sed? ¡Qué, os da más pena la sed que no la cruz, pues no quejándoos de la cruz, os quejáis de la sed! ¿Qué sed puede ser esta que os fatiga tanto, sino el deseo de nuestra salud y de nuestro remedio? Como si claramente nos dijerais: Más me duelen vuestros males que los míos, y más siento vuestras culpas que los tormentos de mi cruz. ¡Ah! Si esta es, Señor, vuestra sed, las lágrimas de mi conversión y penitencia la apagarían; y yo, más cruel que vuestros mismos enemigos, no acabo de daros en vuestra sed siquiera este alivio y refrigerio.

Mas Vos, Señor, así como teníais sed de mi remedio, así la tuvisteis de padecer mucho por mí, y por

eso no os quejasteis de la cruz, porque vuestro amor vencía y sobrepujaba á vuestros tormentos. Y después de haber bebido aquel cáliz amargo, á que os ofrecisteis en el huerto con tanta resignación, os quedaba sed para beber otros muchos, si vuestro Padre lo ordenara; la cual sed quisisteis declarar cuando dijisteis: "Sed tengo.„ Bendita sea, Señor, vuestra caridad, que no la pudieron apagar las muchas aguas de tantas y tan amargas tribulaciones. Mas vuestro amor, Señor, fué tan encendido, que, como estaba escrito de Vos, os entrasteis en alta mar y la tempestad os anegó, y entraron todas las aguas hasta lo interior de vuestra alma; y con todo eso decís que tenéis sed, y estando en medio de la mar os parece el agua poca para satisfacerla y apagarla. Vuestra sed, Señor, no era solamente corporal, era de padecer, y así era sed de la bebida que os dieron vuestros enemigos, porque con ella habían de acrecentar vuestro tormento. Estoy cierto que, si esperarais algún alivio de ellos, no os quejarais de la sed. Pero sabíais Vos bien lo que estaba escrito, que en vuestra sed os habían de dar vinagre, y para dar lugar á que se cumpliese esta Escritura, y no dejar de probar este tormento, dijisteis con voz alta desde la cruz: "Sed tengo.„

Con ser la sed que sufría el Salvador tan grande, la sufrió y disimuló Jesús hasta que estaba para expirar, y entonces la declaró para que supiésemos lo que padecía en castigo de nuestras glotonerías, y se lo agradeciésemos, alentándonos á padecer semejante sed por su amor, teniendo paciencia cuando nos viéremos acosados de ella. ¡Oh Piedra viva y pedernal de fuego amoroso! Pues estáis herido con la vara de la cruz, brotad, como la piedra que hirió Moisés, alguna fuente de agua con que refresquéis vuestra afligida lengua. Mas ya veo, Señor, que vuestra caridad no quiere sino brotar arroyos de sangre para lavar nuestras culpas, porque su refrigerio es padecer mu-

cho por librarnos de ellas. Por vuestra sed os suplico me deis paciencia y templanza, para que se apague en mí la sed de todo lo terreno y solo pretenda beber de los dulces manantiales que brotan de vuestras llagas sacratísimas.

PUNTO II

De otra sed espiritual que padeció en la cruz Cristo N. S.

Considera que además de esta sed corporal tuvo Cristo N. S. sed insaciable de tres cosas. Esto lo podemos sacar de la causa que da el Evangelista, por la cual dijo esta palabra: "*Sed tengo;*„ porque dice que viendo cómo estaban ya cumplidos todos los trabajos que de El habían profetizado los Profetas, y que solamente faltaba uno, que era darle vinagre en su sed, para que éste se cumpliese dijo: "*Sed tengo*„ provocando con esta palabra á que le diesen á beber del vinagre que allí tenían.

En esto se descubren tres excelentísimas virtudes del Señor, en que se fundan tres suertes de sed que le afligían. La primera fué insaciable sed de obedecer, con la cual deseó cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas, sin dejar cosa alguna, por penosa que fuese; y como sabía que era voluntad del Padre que en su sed le diesen vinagre, no quiso dejar de cumplirla; y por esto dice que tiene sed, no tanto de beber agua cuanto de gustar aquel vinagre, por obedecerle. ¡Oh amantísimo Jesús, cuyo manjar y bebida fué cumplir la voluntad de tu Padre! Dame sed de esta obediencia tan ferviente, que no halle descanso en otra cosa que en cumplirla.

La segunda sed fué un entrañable deseo de padecer por nuestro amor; porque por mucho que había padecido, deseaba padecer mucho más, y sin duda lo padeciera, si esta fuera la voluntad de su Padre. Y de aquí procedió que, viendo cómo le faltaba algo por padecer, dijo: "*Sed tengo.*„ Y no lo dijo para pedir refrigerio, sino por padecer nuevo tormento. ¡Oh

Redentor mío, confuso estoy de mí mismo, porque la sed que yo tengo no es de padecer dolores, sino de tener muchos regalos! Quitad de mí tan perniciosa sed, y trocadla en otra sed como la vuestra, para que siempre tenga sed de padecer más y más por vuestro amor.

La última sed que tuvo Jesús fué de la salvación de las almas que con su Pasión redimía, deseando que su sangre aprovechase á todos, y que todos sirviesen á su Padre, y le diesen la gloria y culto debido como á Dios, porque siempre el celo ardiente de la casa de Dios le comía las entrañas, y de aquí procedía esta sed, que con mayores ansias padeció en la cruz. Y en especial tengo de ponderar la sed que allí tenía de mi salvación, y de que yo le sirviese con perfección, dándole gracias por ella, y animándome á darle de beber para refrigerar su sed. ¡Oh alma mía!, mira que tu Señor está diciendo que tiene sed de que seas obediente, paciente, humilde y caritativa; dale de beber lo que te pide por aliviar su trabajo. Tu conversión con tus lágrimas de dolor como las de Magdalena; tu sangre y tu amor son sólo capaces de extinguir su sed divina. Tomad, Salvador mío, el vaso de mi corazón, en el cual os ofrezco unos fervientes deseos de serviros. Bebed lo que deseáis, metiéndome en vuestras entrañas, de modo que nunca salga de ellas. Y Vos también, Jesús mío, dadme á beber de aquella agua que prometiste á la Samaritana, para que no vuelva á tener sed de las aguas cenagosas del pecado.

De aquí sacaré, que si quiero perfectamente imitar á Cristo N. S., tengo de procurar la sed de las tres cosas dichas, esto es, de obedecer á Dios, de padecer por Dios, y de que muchos sirvan á Dios, porque tras éstas se seguirá la sed de ver á Dios en la gloria. Y así se cumplirá en mí lo que dijo Cristo N. S: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.*

PUNTO III

Dan á beber vinagre en la cruz á Cristo N. S.

Considera cómo habiendo allí una vasija llena de vinagre, corriendo luego un soldado, tomó una esponja, y empapándola en el vinagre, la puso sobre una caña y la juntó á la boca de Cristo para que bebiese.

En este paso se ha de considerar la terrible crueldad del hombre contra Dios, y la inmensa largueza y bondad de Dios para con el hombre. No pudo Dios tener mayor liberalidad, que derramar toda la sangre de sus venas, sin dejar una gota, para bien del hombre; ni pudò ser mayor la cortedad y villanía, que en este mismo tiempo no dar el hombre algún alivio á la sed de Dios. Pero particularizando esto he de considerar, lo primero, el desamparo de Cristo N. S. en esta su sed, sin tener quien se compadeciese de El y le diese agua con que refrescarse, sino vinagre, y aun ese mezclado con la hierba del hisopo, mortal y desabrida. Sufría este trabajo su Majestad con admirable paciencia y silencio, sin quejarse, ni decír palabra de indignación, para darnos ejemplo de sufrimiento, y para librarnos de la sed eterna que por nuestros pecados merecíamos en el infierno, adonde los condenados piden, como el rico avariento, una sola gota de agua y no se les da.

Pondera luego la aflicción de Cristo N. S. en la sed espiritual que allí padecía, cuando en aquella esponja llena de vinagre sobre la caña, consideró la bebida que le habían de dar muchos pecadores, dándole sus corazones vacíos para lo bueno, llenos de vinagre acedo del pecado, puestos sobre la caña movediza de la vanidad y miseria de su carne.

Pero, ¿qué es esto, Señor? ¿Tan mal te has portado con los hombres que sólo mereces que te demos en tu sed vinagre, á Ti, que eres el refrigerio de todos los

que sufren y tienen sed? ¿Luego la fuente misma tiene sed, y para apagarla te damos hiel á Ti, que nos has dado tu sangre preciosísima? Tú convidas á otros sedientos que vengan á Ti, diciendo: "Todos los sedientos venid á las aguas„. Y "si alguno está sediento, venga á mí y beba„. Tú eres la fuente de la sabiduría, el torrente de delicias, el abismo de dulzura, el pozo de aguas vivas: ¿y podrá faltar el agua al pozo, al abismo, al río, á la fuente? Recurre, pues, á Ti mismo para extinguir la sed. O, á lo menos, ese vinagre que te ofrecen los judíos conviértele en vino; pues eres fuente de aguas vivas. Mas verdaderamente, así como el Padre le había desamparado, así El se desamparó á sí mismo, y no quería gozar del más ligero alivio.

¡Oh Virgen, que estás junto á la cruz, y oyes clamar á tu Hijo: "¡Sed tengo!„ y ves que en su sed le llevan vinagre! ¿Dónde están ahora aquellos pechos con que tantas veces alimentaste á Jesús niño, sediento? Tú en las bodas de Caná de Galilea, donde no faltaba que beber á los convidados, donde ninguno clamaba: sed tengo; movida á compasión de los convidados, dijiste á tu Hijo: "No tienen vino„. Ahora tu mismo Hijo, que convirtió el agua en vino, perece en la cruz de sed, y delante de Ti clama: "Sed tengo„. ¿Cómo no te postras en tierra y clamas á su Padre: "No tiene vino„?

¿Qué extraño que no le tenga? Aquellos ébrios é insaciables bebedores de vino, "que habitan entre el vino y se ocupan en apurar las copas„, aquellos ébrios, á quienes el vaso de elección llama "vasos de ira, aptos para la perdición, y vasos de contumelia„, habían agotado todos los vasos del vino del placer. De aquí es que al Hijo de Dios se le ofrece solo un vaso lleno de todas las amarguras del dolor.

¡Oh! Si en aquellos convites de que trata Isaías, cuando dice: "La cítara y la lira, y el tímpano, y la flauta y el vino en vuestros convites„; si en aquellas

mesas en que se entregan á toda disolución aquellos relajados, y ébrios, resonase esta voz de Cristo, lamentable: "Sed tengo„, ¿quién habría que no le ofreciese un vaso, á lo menos de agua fría? ¡Pero cuán resfriada está ya en todos la caridad! Hasta esto le niegan los hombres. ¡Oh María! Ya puedes decir de tu Hijo, no que no tiene vino, sino que no tiene agua; porque no tiene sino hiel y vinagre. Más aquellos bebedores del vino de todos los placeres que sólo tienen para Cristo hiel de pecados y de ingratitud, oirán algún día en aquel célebre teatro, delante de los ángeles y de los hombres, de boca del mismo que ahora muere de sed: "Estuve sediento, y no me disteis de beber„. Ellos son los que, como aquel epulón del Evangelio, condenados á la sed eterna, clamarán: "Padre, envía á Jesús para que entre la extremidad de un dedo suyo en el agua, y refrigere mi lengua, porque me abraso en estas llamas„.

Para que Dios aparte de nosotros tal calamidad, refrigeremos ahora la lengua de Cristo sediento. Sed tiene de nuestras lágrimas. Clame, pues, cada uno con Jeremías: "¿Quién dará agua á mi cabeza, y fuentes de lágrimas á mis ojos„ para refrigerar la lengua de mi Salvador? No tengo, ¡oh fuente de agua viva!, sino estas dos fuentes de mis ojos que producen lágrimas amargas, porque habito en una tierra de amargura: estas lágrimas te ofrezco por bebida. De mis ojos correrán lágrimas de amor por tus beneficios, y de dolor por mis maldades. Con este llanto apagaré tu sed, para que en el último día oiga yo de tus labios "ven á mí porque tuve sed y me diste de beber„.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana, cuán de buena gana fuerais entonces á refrescar la sed corporal de vuestro amantísimo Hijo, si os fuera dada licencia para ello! ¡Y cuánto de mejor gana acudís ahora á hartar su sed espiritual, porque haya muchos que le amen y gocen el fruto de su pasión! Negociad, Ma-

dre mía, que mi vida sea tal, que pueda ser alivio á vuestro sediento Hijo, sirviéndole con las veras que desea ser servido, á gloria de su santo nombre.

Propósitos.—Apaga la sed de tu divino Salvador moribundo con las lágrimas de tu contrición y con el celo ardentísimo de la salvación de muchas almas.

JUEVES DE PASIÓN

Sexta palabra que habló nuestro Señor en la cruz.

Preludios.—**Oye la voz divina de Cristo que dice: «Todo está consumado», y pide que en la hora de tu muerte puedas decir á Dios: Señor, he concluido todo lo que me encomendasteis.**

PUNTO I

La cruz y pasión de Cristo N. S., consumación de su oficio de Salvador y de Maestro.

Considera que Cristo N. S. trajo dos oficios al mundo, conviene á saber: de Maestro y de Redentor; y dos cosas le encomendó su Eterno Padre que hiciese, esto es, que nos enseñase y nos redimiese: la una y la otra obra llevó á cabo, y las terminó con divina perfección. De la primera dijo á su Eterno Padre, después de haber predicado el último sermón á sus discípulos en la Cena: "Cumplido he perfectamente y llevado á cabo la obra que me encomendaste, porque he predicado y manifestado tu nombre á los hombres." De la segunda, dijo el mismo Señor cuando subía á padecer: "Ved aquí, que subimos á Jerusalén, y se acabarán de cumplir hasta la postrera letra todas las cosas que están escritas por los profetas del Hijo del hombre." Esta palabra, "*consummabuntur omnia*", se cumplirán todas las cosas, que dijo aquí el Señor de futuro, estando para expirar en la cruz, dió testimonio que estaban ya acabadas de cumplir; y por esto repitió de pretérito la misma palabra, cuando dijo: *Consummatum est.* "Todo está

cumplido.„ Y así como se cumplieron á la letra todas las pasiones que estaban profetizadas del Señor, así también llevó El hasta el cabo, y dió la perfección y consumación á sus divinos y soberanos intentos acerca de la gloria de Dios y remedio de los hombres. Todo esto se comprende en esta palabra: *Consummatum est.*

Maravillosa cifra y jeroglífico de toda la sabiduría y de la justicia y bondad de Dios: el Hijo verdadero de Dios y de la Virgen colgado de una cruz, con una letra que diga: *Consummatum est.* Porque este enigma de la cruz, tan obscuro para la sabiduría humana, que fué escándalo para los judíos y locura para los gentiles, con solas estas palabras se declaró, para que los escogidos de Dios reconociesen en la misma cruz la virtud y sabiduría divina, y la perfección y consumación de todas las cosas. Ya está todo acabado; ya he bebido yo el cáliz de mi Pasión, hasta agotarlo, sin dejar nada en él; ya se han cumplido todas las profecías, y se ha dado luz á las sombras, y declarádose la verdad de las antiguas figuras; ya se han pagado las deudas de los pecadores, y se ha comprado por su justo precio el premio de la gloria para los justos, y se han asentado firmes paces entre Dios y los hombres; ya está acabada la pelea contra el pecado y contra el infierno, y se ha conseguido ilustre victoria; ya se ha dado fin al curso de la peregrinación y de la vida mortal, y se da principio al imperio y triunfo de la gloria: *Consummatum est.* Palabra sin duda preñada de inefables secretos, que encierra en sí todo el misterio de nuestra redención, y que sólo pudiera decirla el que sólo pudo obrarla y sólo pudiera darnos tan alegres nuevas desde la cruz, el que quiso y pudo hacernos tan largas mercedes por medio de ella.

Por esto dijo el Señor, habiendo derramado su sangre: ¶Ya está pagado; ya la paga está consumada y perfecta.„ ¡Oh palabra llena de consuelo y de con-

fianza! El hombre pobre queda enriquecido con esta gran misericordia; el que antes temblaba, como deudor, del nombre de justicia y se escondía porque no podía pagar su deuda, ahora pretende de Dios, como de justo Juez, corona de justicia, y parece seguro ante el tribunal divino, llevando delante esta palabra del Señor, que dijo: "Ya está pagado. Ya está el hombre redimido. *Consummatum est.*„

PUNTO II

La cruz de Cristo, consumación de su oficio de mediador.

Considera que habiendo, el Señor dado al hombre de gracia lo que á El le costó su sangre y su vida, á saber, la remisión de sus culpas y la virtud para merecer el premio de la gloria, se asentaron con esto y se concluyeron las paces firmes entre Dios y los hombres. Porque los hombres con sus pecados tenían ofendida la divina Majestad y provocada su ira, y por seguir sus antojos habían negado la obediencia á su legítimo Señor, y no guardaban sus mandamientos. El cual era un estado muy miserable; porque ¿dónde podía huir ó cómo podía el hombre esconderse de Dios? ¿Y cuál de las criaturas le podía hacer amistad, teniendo por enemigo al común Señor de todas? ¿Y cómo podía tener paz consigo no teniéndola Dios con él? Era asimismo el remedio muy dificultoso, por no haber mediador que se pusiese á componer las partes y alcanzase de Dios perdón de lo pasado y del hombre la enmienda de lo venidero; puesto que mal se pueden hacer paces que sean firmes y verdaderas, si no es satisfaciendo los agravios hechos y cesando de hacer otros de nuevo. Mas el hombre por sí mismo era tan pobre y tan flaco, que ni tenía caudal para satisfacer por las ofensas hechas, ni fuerzas para sustentarse sin volver á caer de nuevo en otras culpas. Esta, pues, era la causa por qué las paces con Dios no se hacían, y la guerra con enemigo tan poderoso había de ser á tanta

costa del hombre flaco, que viniese á sentir la ira y saña de Dios con pena eterna.

¡Oh entrañas de la divina Misericordia! que en caso tan apretado proveyó al hombre de abundantísimo remedio, dándonos un mediador como convenía entre los hombres y Dios, Cristo Jesús, que era verdadero Hombre y verdadero Dios, en el cual tuvo por bien, como dijo el Apóstol, que morase la plenitud de la divinidad, comunicándose sin tasa y sin medida. Por El quiso admitir los hombres á su amistad y reconciliar consigo todas las cosas, haciendo las paces entre los cielos y la tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz. Y en esa cruz divina quedó para siempre clavada la sentencia de nuestra condenación, y firmadas eternas paces entre Dios y los hombres.

Estaba, pues, el Príncipe y mediador de la paz clavado en la cruz y levantado en el aire entre el cielo y la tierra, asentando las capitulaciones que convenía para que las paces fuesen firmes y perpetuas. Y no trataba con Dios con sola fe, como los otros hombres, sino que le veía claramente, y cara á cara hablaba con El en presencia de los espíritus soberanos y de toda la corte celestial. Allí le estaba ofreciendo por parte de los hombres su sangre y su vida, para pago de sus deudas y satisfacción de sus injurias, y le suplicaba con gran clamor y eficacia y con lágrimas que los perdonase y se reconciliase con ellos: y fué oído de su Eterno Padre en su oración, así por la paga tan sobrada que ofrecía, como por la reverencia con que lo pedía y por lo que se debía á su persona. Por respeto de ella y de este sacrificio se reconcilió Dios con los hombres, y se ofreció á mantener de su parte la paz y amistad con ellos siempre; y concluído así este negocio, dijo el Señor desde la cruz: "Ya está pagado, ya está concluído todo y pacificado: *Consummatum est.*"

PUNTO III

La cruz y pasión de Cristo, consumación de nuestra fe y esperanza.

Considera que por medio de la cruz se consumaron todas las cosas, y se pusieron en su punto y perfección: y muriendo en ella el Señor se hizo, como dijo el Apóstol, autor y consumador de nuestra fe. Por causa de que en la cruz obró las principales cosas que creemos, é hizo firmes las que esperamos, nos quitó el amor de las que en esta vida poseemos y nos allanó el camino para alcanzar las que en la gloria deseamos. En esta cruz se halló el ser y el efecto de todas las promesas de Dios, el cumplimiento de las profecías, el cuerpo de aquellas antiguas sombras y la verdad de todas las figuras. Allí en la cruz está el compendio y motivo de nuestra fe y el firmísimo estribo de nuestra esperanza. Por eso dijo Cristo N. S. desde ella: Todo está acabado, todo está cumplido, todo está perfecto y consumado; ya está ejecutado todo lo que había trazado la eterna sabiduría, está pagado lo que pedía su rigurosa justicia, y está hecho en favor del hombre todo lo que convenía á su infinita piedad y misericordia. Ya está cumplido todo lo que se había prometido á los patriarcas, se había predicado por los profetas, y estaba significado y encerrado en las antiguas ceremonias y figuras. Ya está todo hecho: lo que era menester para enseñar nuestra ignorancia, y para esforzar nuestra flaqueza, y para corregir nuestra malicia: consumado está ya el remedio de todos nuestros males. Ninguna cosa falta de lo que era conveniente y necesario para despertar á los tibios y alentar á los fervorosos, para curar los enfermos y preservar á los sanos, para el consuelo y aumento de los justos, y para el perdón y reconciliación de los pecadores. Ya está acabado todo lo que convenía para vencer al mundo, y para

sujetar la carne, y para triunfar gloriosamente del demonio y del infierno: *Consummatum est.*

Para hacer verdadera esta palabra y concluir tan gloriosas empresas, hizo rostro el Señor con tanta constancia y entereza á las afrentas y á los dolores, y estuvo por más de tres horas colgado en la cruz, sin querer bajar de ella por mucho que sus enemigos se lo pedían, blasfemando de El porque no lo hacía, y ofreciéndose á creer en El si lo hacía; "si es Hijo de Dios, bájese de la cruz y creeremos en El." No veía la gente incrédula y ciega que no era de Hijo de Dios dejar empezado y por acabar el negocio de la Redención que había tomado á su cargo, sino llevarle hasta el fin, aunque fuese necesario juntamente con él acabar la vida; acabó la vida y acabó su empresa, y por lo uno y lo otro, dijo: *Consummatum est.*

Diónos ejemplo en esto para no desistir ni volver atrás de lo que una vez hubiéremos emprendido para mayor gloria y servicio de Dios, por muchas dificultades que se ofrezcan y contradicciones que se levanten. Perseveremos, pues, con firmeza en la cruz, y corramos por medio de la paciencia sin desfallecer en la pelea de la fe, trayendo siempre delante de los ojos al autor de ella, Jesucristo N. S., el cual, teniendo delante el gozo y descanso, escogió sufrir la cruz para nuestro remedio y ejemplo, no haciendo caso de la confusión y menosprecio que se le seguía de ella, y ahora está sentado á la diestra de Dios. Por esta causa muchas veces, como nos aconseja el Apóstol, con mucha consideración debemos revolver en nuestro pensamiento el ejemplo de aquel Señor que sufrió de los pecadores tan grande contradicción contra sí mismo, para que no nos acongojemos ni nos falte el ánimo en las dificultades y trabajos, pues aún no hemos resistido hasta derramar sangre en la pelea contra el pecado.

Conviénenos, pues, pelear y agonizar por la justi-

cia hasta derramar la sangre, y ser fieles hasta la muerte, si queremos alcanzar la corona de la vida y no huir de la cruz, sino perseverar en ella hasta que del todo se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, como perseveró nuestro Salvador hasta que pudo decir: *Consummatum est*. No pueden ser largos los trabajos que tienen fin; breve es y pequeño todo lo que pasa con el tiempo. Las tribulaciones de los suyos quiso Dios que pasasen pronto y aprisa; lo que al principio parece intolerable, si un poco nos sufrimos, á vuelta de cabeza ya es acabado. Y porque no nos faltase este consuelo de boca del Salvador, habiendo pasado sobre El tan grande tempestad de pasiones y estando para morir, antes que expirase dijo: "Ya esto es acabado: *Consummatum est*."

Considera cómo al oir esta palabra levantaría sus honestísimos ojos la Virgen, á ver si con ella se acababa la vida del Hijo. Y ¿qué sentiría su piadoso corazón cuando, mirándole á la cara, en la amarillez y mudanza conociese la presencia de la muerte que ya se acercaba? ¿Qué sentiría cuando viese perderse el color del rostro, secarse los labios, obscurecerse la hermosura de sus ojos, inclinarse la cabeza y levantarse el sagrado pecho?

¡Oh nuevo género de martirio! ¡Oh castísimos ojos, guardados para verdugos de este día! ¡Veía la Virgen á su Hijo deshacerse en dolores, y no le podía ayudar; veía su cuerpo lleno de llagas, y no las podía curar; veía sus carnes sagradas teñidas de la sangre, y no se las podía lavar; veía su sangre de infinito valor derramada por la tierra, y no la podía coger; veía sus ojos sangrientos y mortales que estaban llorando, y no los podía enjugar; veíale morir de sed, y no tenía qué darle á beber; veía la sagrada cabeza pendiente y caída, y no se la podía sustentar; oía mil blasfemias que le decían, y no podía volver por El; veíale desamparado de su Padre, y no le podía amparar; veíale que se le iba, y no le podía abrazar:

veíale morir, y no podía morir con El! Así estaba el corazón de la Madre, que parece que quería desamparar su propio cuerpo con el deseo y ansia de su Hijo; y su espíritu, como enajenado de sí mismo, estaba todo unido con El en la cruz.

Coloquio.—¡Gracias te doy, Maestro y Salvador del mundo, por lo bien que has cumplido tus oficios y acabado la obra de nuestra redención! Todo nos lo dejas enseñado con la palabra y con el ejemplo. Bien puedes como divino triunfador exclamar desde el trono de la cruz: "Todo está consumado„. Vencido está el error, el pecado y el infierno; redimido el hombre, predicada toda la verdad, satisfecha toda la justicia. Suplícote que acabes también en mí la obra que has comenzado, consumiendo en mí todo pecado, comunicándome cumplida tu justicia, para que cuando mi vida se acabare, sea yo en tus ojos acabado y consumado en toda virtud y pueda decir como Tú y á Tu imitación: *Consummatum est*.

Propósitos.—Procura vivir de modo que tu conciencia te dé testimonio de que en la hora de la muerte podrás decir: Señor, he cumplido fielmente cuanto me habéis encomendado; he correspondido á mi vocación y he observado vuestra santa ley y las obligaciones todas de mi estado; he sido fiel á vuestras inspiraciones, y á mis reglas y santos votos. Todo está acabado...

VIERNES DE PASIÓN

De los dolores de María Santísima.

Preludios.—Mira á la Virgen santísima al pie de la cruz como la imagen del dolor más sublime que ha sentido pecho de madre en este valle de dolores. Pálido, pero divinamente transfigurado por infinita angustia el rostro virginal, llorosos los ojos, adonde irán á buscar consuelo los ojos todos que lloren, cubierta de negro manto salpicado con gotas de sangre de su Hijo, cruzadas sobre el pecho las divinas manos; mira así á la Virgen y aprende de ella, y pídele el saber sufrir con constancia y merecimiento.

PUNTO I

La Virgen santísima sufre en el corazón los más terribles dolores de mujer y de madre.

Considera que el misterio de un Dios crucificado es, y ha sido siempre, motivo de escándalo para los judíos y los incrédulos, y de desprecio para los gentiles y los mundanos; pero para el cristiano fervoroso es, y será siempre, la obra maestra de la sabiduría y omnipotencia de Dios. Y no puede ser de otra manera, porque mientras los hombres sufrían los mayores males de pena y de culpa, las más tristes consecuencias del pecado, la divinidad realizaba las mayores maravillas de su amor y su poder en favor de los hombres. Pero el supremo esfuerzo de su amor lo realiza Dios desde la cruz, desde la cual muéstrase hombre que sufre y Dios que salva al mundo; allí dispone de su reino, da á María por madre á todos los hombres, y en la agonía manifiesta un poder que sólo es de Dios.

Pero entre todos los prodigios de tan gran misterio, hay uno que llama poderosamente la atención y es el valor de las mujeres que figuran en la Pasión de Cristo, como una prueba clara de que el Hijo de Dios había venido al mundo á reformarlo todo. Los Apóstoles huyen cuando ven preso á su divino Maestro; Pedro le niega, Judas le vende, y, mientras los hombres tiemblan, un puñado de mujeres da público testimonio de su adhesión á Jesucristo sin que las detenga, ni la ignominia de la cruz, ni los denuestos é injurias de los sayones. Entre aquellas mujeres, y más cerca que ninguna de la cruz, está María. Considérala en medio de la conmoción y de las tinieblas de aquella hora suprema, superior á la debilidad propia de su sexo, fuerte, cuando todo tiembla, como el islote inconmovible ante los furiosos embates de las olas del mar. No pienses, sin embargo, que esa fir-

meza tiene su origen en la insensibilidad; todo lo contrario. La constancia de María no disminuye su pena, como no disminuye el furor del torrente el dique que se opone á su paso; y en María esa pena es tanto mayor cuanto que padece, como mujer y como madre, cuantos dolores pueden afligir á la naturaleza.

Considera además, que si toda mujer es un ser misterioso, nacido para sufrir y para amar, ninguna es tan cápaz de la ternura y del sufrimiento como María, que es la mujer perfectísima por excelencia. Del mismo modo que la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, el corazón de María fué hecho para el dolor en un grado extremo, como cumplía á su título de corredentora del género humano. ¿Quién será, pues, capaz de calcular la ternura de su corazón? María, pues, al pie de la cruz, sufre como mujer lo que jamás mujer alguna pudo sufrir.

Pero además de mujer es madre, y en la naturaleza no se encuentra un amor más tierno y más enérgico. Cuantas más inquietudes siente una madre por sus hijos, más los ama; cuantos más dolores sufre por ellos, más cariño les tiene; cuanto son más ingratos, más los compadece, y mientras más repugnantes son las enfermedades que padecen, con más amor los cuidan. Todo otro amor cede y se rinde, y de ninguno se ha dicho, como del amor materno, que es fiel hasta la muerte.

Mas á mayor amor corresponde mayor dolor, y por eso nadie sufre más que una madre los dolores de su hijo. ¿Qué madre no ha llorado con la viuda de Naín? ¿Qué madre no ha visto su imagen en la de Tobías? ¿Y quién no aplaude la idea de san Agustín, al llamar siete veces mártir á la madre de los Macabeos, porque presenció la muerte de sus siete hijos?

Aplica á María esta sola circunstancia, y verás cómo ninguna madre ha sufrido lo que ella. Es madre, y de un solo hijo, y ese hijo vale más que todos los hijos de todas las madres, porque es la suma per-

fección. El amor, pues, de María á ese hijo ha de ser, y es, por lo tanto, superior á todo amor maternal, y su dolor, por la misma causa, al verle padecer, es incomparablemente mayor al de cualquiera otra madre.

María, al perder á su único hijo, todo lo pierde, y aunque parece que después de dicho esto nada queda para ponderar su dolor, todavía hay otro motivo de pena para tan amorosa Madre, y es que no sólo sufre por su divino Hijo, sino por todos los hombres, hijos de sus dolores y concebidos por ella al pie de la cruz. Allí fueron dados á luz á la vida de la gracia, y menester era que así fuese, porque así como en orden de la naturaleza tenemos, además de un padre, una madre, en orden de la gracia necesitábamos una madre que nos la transmitiera, y esa madre fué María. Mira si debes mostrarte digno hijo de una madre á quien tantos y tan acerbos dolores costaste.

De la medida de esos dolores, en lo que la mente humana es capaz de concebir, puedes juzgar sin más que fijarte en que todo lo que Cristo N. S. sufrió en el cuerpo, lo reprodujo el amor en el alma de su santísima Madre. Todas las heridas, todos los golpes, en una palabra, cuantos dolores padeció el Salvador del mundo, resonaron, hiriéndole, en el corazón de María, así como en un espejo se reproducen las imágenes de todos los objetos que están á su alcance.

No hay dolor, ¡oh Madre mía! semejante á tu dolor, de mujer y de madre, ni en este mundo de abandonos y desamparos, soledad semejante á tu soledad. La mar amarga tiene sus playas; las tristes y solitarias palmeras de los desiertos se ven refrescadas por el rocío de la aurora; tus angustias no tienen ni límites ni riberas; la noche de tu tristeza no tiene más aurora que tu esperanza; al mar de tu quebranto no puede hallarse fondo, y las olas de tu dolor acrecen sin más medida que tu dignidad, que es sin medida, y en tu corazón de Virgen-Madre se impelen unas á

otras las olas de la amargura por un continuo flujo y reflujo que te anegarían si no te hiciese falta la vida para sufrir más y más.

¡Dichosos, mil veces dichosos los mártires que se consuelan abrazándose en medio de las llamas y los potros con tu divino Hijo, muerto en la cruz! Tú al pie de la cruz y luego en ese abrazo de Madre encuentras tu martirio, superior á todo martirio, y en el cadáver de tu Hijo, el instrumento de tu dolor, que tal martirio y tal instrumento de dolor convenía á la Reina incomparable del amor y del dolor.

¡Oh! Al ver en tu seno de madre á tu vida muerta, al espejo de tu alma empañado, al rostro en que tú te mirabas, afeado, á la lumbre de tus ojos obscurecida: al tocar tú ¡oh Madre mía!, aquellas espinas que no punzan ya más que tu alma, aquellas llagas que abrió el amor más bien que los clavos y la lanza, quien te oyera exclamar: "¡Hijo mío, antes mi consuelo y ahora causa de mi pena, ¿qué hiciste tú, el más bueno y hermoso de los hijos de madre, para que así te parara la crueldad de tus enemigos? Hijo mío, si tú eres mi vida, ¿cómo vivo sin ti? Y si yo era tu vida, ¿cómo estás muerto mientras vivo yo? ¿Cómo tendré ojos para ver, si tú eras mi luz, ni oídos para oir, si no oigo tus palabras, ni pecho para respirar, si tú eras mi corazón, ni corazón para amar, si está muerto mi amor? Murió para mí la alegría, y hoy huérfana sin padre, viuda sin esposo, madre sin hijo, empieza mi soledad.„

Incomparable dolor que sólo podía experimentar aquella en cuyo corazón el amor de un Dios, y el amor de un hijo que ha muerto, se compenetran para formar en el alma de una Madre Virgen el más sublime de todos los amores. Como los rayos del sol cuando no convergen en ningún foco, no consumen lo que hieren, mas si se unen en un espejo, abrasan; así esos amores unidos y martirizados en María, destrozan en su soledad su corazón de Madre, bien así

como muchos arroyos unidos en un torrente, dentro con los campos que fertilizaran, si corrieran separados.

PUNTO II

La Virgen santísima sufre en su corazón los dolores de corredentora del mundo.

Considera que la muerte de un hijo único, según dice un sabio, es golpe tan violento que hace perder el valor al varón más fuerte. En tan tristes momentos una nube de tristeza se levanta en el corazón, la razón se nubla y solo el dolor es dueño del alma.

María tuvo un hijo, pero ¡oh pobre Madre! el amor que le tenía luchaba con otro amor no menos violento que se oponía a lo que aquel quería y ambas pasiones luchan y destrozan su corazón, como luchaban los dos gemelos en el vientre de Rebeca. Lo que un amor quiere, al otro perjudica, y no puede vivir un hijo sin que otro muera. Esta es la lucha que se entabla en el corazón de María. Querer la muerte del hijo y la salvación del mundo es muy doloroso; querer la salvación del hijo y la pérdida del mundo es muy cruel. ¡Qué lucha! ¡Qué combate! ¡Consentir la madre en la muerte del hijo y de tal hijo! ¿Quién puede medir la inmensidad de tan doloroso martirio? Colocada entre el dolor y la aceptación de la muerte de Jesús, entre el amor y la compasión, permanece inmóvil. *Stabat mater dolorosa.* Un dolor mayor, más sublime, más divino, no ha pasado corazón nacido, ni puede pasar.

Hay en este el dolor natural de la madre, otros hay que aún están por encima de tan acerbo dolor y son los que podemos llamar dolores de la gracia.

Para mejor comprender la intensidad de estos dolores has de considerar que hasta tener corazón para experimentar los de la naturaleza y tener razón para comprender que a veces van más allá de la muerte. Mas para saber que la gracia tiene sus dolores, es

preciso ser alma espiritual, y hace falta serlo en grado sumo, para comprender que esos dolores son más vivos que los de la naturaleza.

La razón de que así sea es, que la gracia como la naturaleza, tiene sus pasiones; pero como la gracia está muy por encima de la naturaleza, también lo están sus dolores que son más elevados, más vehementes y más fuertes que los dolores naturales. Sentado esto, has de considerar que la pasión más fuerte de la naturaleza es el amor profano, así como la más fuerte de las pasiones de la gracia es el amor divino; todo dulzura, cuando se piensa en él, porque es la fuente y la medida de los eternos consuelos. Pero hay una diferencia entre el amor que goza y el amor que sufre; es el mismo, pero tan diferente en sus operaciones, que mientras en el cielo es la paz y la ventura, en la tierra es el más cruel perseguidor de las almas virtuosas. Porque el amor divino se funda en el sacrificio y priva á las almas de todo consuelo según la naturaleza, alimentándolas de cruces. Él es el que conduce á los mártires á los potros y hogueras, él, el que hace mártires voluntarios á la virgen, al anacoreta, al que se castiga á sí propio, como san Pablo, y á medida que ese amor divino es más intenso, es más cruel para sí mismo.

¿Y quién puede jactarse de haber experimentado esos dolores de la gracia, como los experimentó María al pié de la cruz? Allí mereció la Madre de la divina gracia el título de corredentora, con su divino Hijo, del linaje humano; allí el de Reina de los mártires, porque su martirio ha sido el más perfecto de todos los martirios; el martirio del amor.

¡Y qué amor! En primer lugar el amor de Dios que María poseía en grado sumo por su mayor conocimiento de la divinidad y la abundancia de gracias de que fué dotada desde el primer instante de su ser. Y ese amor, más perfecto que el de ninguna criatura humana, tenía que producir y produjo en Ella

mayor dolor al ver padecer á aquel Dios á quien amaba ,como nadie le ha amado, hasta el punto de hacer suya la muerte de su Dios.

Después el amor de su Hijo, mayor que el de madre alguna, porque fué más madre de Jesucristo que ninguna otra de sus hijos; pues habiendo concebido á Jesucristo por virtud pura del Espíritu Santo, la humanidad de Cristo era sólo de María, y el dolor que sintió al verle padecer y morir fué inmensamente mayor que el que otra madre pueda sentir al ver padecer y morir á su hijo.

Por último, el amor del hombre; porque María por la gracia, era madre de todos los hombres representados por Juan, y los dolores que no sufrió en Belén, los sufrió con creces al pie de la cruz al ofrecer á Dios el sacrificio de su divino Hijo, por el amor de los hombres, de quienes era madre, abogada y corredentora,

Deduce de todo esto la obligación en que te hallas para con la santísima Virgen que por tu amor sufrió dolor tan acerbo, y duélete á tu vez de haber sido la causa por tus pecados de tan crueles padecimientos.

¡Oh Madre amorosísima y afligida, que por mi amor sufristeis tan terribles dolores! Lleno de confusión me postro á vuestras plantas por haber sido causa de ellos y firmemente propongo enmendar mi vida y morir antes de que con mis ofensas á vuestro divino Hijo, renueve las heridas que por los pecados de los hombres sufrió vuestro amantísimo y purísimo corazón.

PUNTO III

La Virgen santísima sufre en su corazón los dolores propios de la maternidad divina.

Considera que si los dolores de naturaleza y gracia que sufrió María pudieron ser y son, en general comunes á la Virgen santísima con las demás madres, hay otros que le son tan propios con su divino Hijo, que ni el Salvador del mundo los hubiera pa

decido, si María no le hubiese dado capacidad para ello. Estos dolores son los que pueden llamarse divinos, porque son los dolores sublimes propios de la maternidad divina, ya que en la humana no los tuvo.

Para comprender, en cuanto es posible al flaco entendimiento humano, la naturaleza y extensión de estos sublimes dolores, has de tener en cuenta que la unión de Dios con María es tan estrecha, que ni el mismo Dios pudo hacer otra más íntima ni que con ella pudiera compararse. Es hija, es madre, es esposa de Dios; ¡pero cuán diferentes y extraños son los caminos de Dios y de los hombres!

Cuando una persona se enlaza con un rey de la tierra, se cree no sólo que la miseria no puede alcanzarla, sino que la felicidad vendrá á ella como por derecho propio; pero en la unión de Dios con María sucede todo lo contrario, pues esa alianza, lejos de llevarla en la tierra á la cima de la prosperidad, la constituye el centro de todos los infortunios, haciéndola sufrir en la naturaleza y en la gracia como á la más perfecta de los santos, y por añadidura recargándola con el peso de los dolores divinos.

Jamás la inteligencia humana podrá sondear los infinitos abismos de esos divinos dolores; pero para formarte alguna idea de ellos, considera que en el orden de la naturaleza el padre y la madre se reparten la posesión del hijo, y que si éste muere, el dolor parece como que se reparte entre ambos. Pero María era á la vez padre y madre de Jesucristo, según la humanidad; luego tuvo que sufrir con la muerte de su divino Hijo más que ninguna madre nacida. Verdad es que el Padre Eterno es Padre y puede decir como María: "Mi Hijo ha muerto„, pero es un Padre que es Dios, y la tristeza y el dolor no llegan jamás á su trono, y ese dolor y esa tristeza que como á Padre le correspondían, hubo de sufrirlos María además de sus dolores como madre.

Pero aún hay más. Jesucristo es el que en realidad

sufre en la cruz dolores divinos. ¿Pero de dónde le viene el poder de sufrirlos? No de su Eterno Padre, que sólo le da la divinidad; luego ese poder proviene de María santísima que le da la humanidad, y como ésta subsiste en una persona divina, los dolores son divinos; y como por otra parte los dolores de Cristo son los de María, los dolores que María sufre son, por consiguiente, divinos, y consecuencia de su divina maternidad.

Además de esta razón hay otra más particular, que nace de la naturaleza, de la simpatía entre dos corazones, hasta el punto de que lo que uno sufre el otro lo sufre también, y como jamás hubo ni habrá una unión de corazones tan íntima como la que existe entre los de Jesús y María, porque no está fundado solamente en la naturaleza sino en la gracia, y no sólo sobre la gracia sino sobre la misma divinidad, puesto que el uno era hijo y María Madre de Dios.

Piensa, para concluir, que el Espíritu Santo es en la divinidad el lazo que une al Padre con el Hijo, y en la humanidad al hijo con la madre. Pero como en la divinidad hace que el amor y la paz sean comunes, hace, por el contrario, en la humanidad que los dolores lo sean también.

Además, la unión del cuerpo y del alma hace que los dolores sean comunes, como si fueran una misma cosa, ¿y qué comparación cabe entre la unión natural y la sobrenatural, entre la Madre de Dios y el Hijo de Dios? Son como el alma y el cuerpo, y como el alma sólo es sensible porque se reviste del cuerpo, así el Verbo Eterno se hizo sensible porque María le revistió de la humanidad. Mas como el Espíritu Santo es quien ha causado esta unión, El es el que ha dado á Jesús el poder sufrir dolores divinos, y dando la maternidad á María, El es también quien le ha dado el poder de acompañar en el sacrificio á su hijo Jesús, sufriendo dolores que no pertenecen al orden de los dolores conocidos de los hombres.

Coloquio.—¡Oh Madre santísima, Madre del amor y del dolor! grande es como el mar tu amargura y fuerte más que las rocas tu constancia en el padecer. ¿Cuál fué, Señora, tu sentimiento cuando estando al pie de la cruz viste á tu amado Hijo tan maltratado y no le pudiste socorrer? Vístelo desnudo, y no le pudiste cubrir; vístelo transido de sed, y no le pudiste dar á beber; vístelo injuriado, y no le pudiste defender; vístelo infamado de malhechor, y no pudiste volver por El; viste escupido su rostro, y no le podías limpiar; finalmente, viste sus ojos corriendo lágrimas, y no se las podías enjugar, ni recoger aquel postrer aliento que de su sagrado pecho salía, ni juntar en uno los rostros tan conocidos y tan amados, y morir así abrazada con El. Aquellos entenderán algo de lo que tú, oh madre mía sufriste, que hubieren experimentado alguna vez las fuerzas de la caridad. Este amor quisiste tú, Señora, que fuese el sayón y el verdugo que atormentase tu alma y que hiciese en tu corazon tantas heridas como tu divino Hijo tenía en su cuerpo. Concédeme que sea yo hijo de tus dolores, y por ellos te pido que no permitas desperdicie yo la sangre del Hijo y los divinos dolores de la Madre.»

Propósitos.—Acompañar al pie de la cruz á María y esto lo harás si sabes sufrir con ella, por ella y como ella.

SÁBADO DE PASIÓN

De la séptima palabra que habló N. S. en la cruz.

Preludios.—Oye á Cristo pronunciar en alta voz su última palabra; mírale inclinar dulcemente la cabeza y morir al que es vida de todo. Pídele, postrado en tierra, una muerte semejante á la suya en la paz de tu alma y en el óculo de su santo amor.

PUNTO I

«*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*»

Considera que poner una cosa en manos de otro es remitirla á su voluntad y disposición para que há-

ga de ella como quisiere. Y si la cosa es muy amada y estimada, ponerla en manos de otro es tanto como encomendarla á su verdad y fidelidad, haciendo confianza de él, que por dejarla en sus manos y á su voluntad, se tendrá por obligado á conservarla y mirar por ella con más cuidado y solicitud. De esta manera solemos hacer cargo á otros hombres cuando les decimos: En vuestras manos pongo mi vida, ó mi honra, ó mi hacienda; obligándolos á ser tanto más cuidadosos de nuestro provecho, cuanto nosotros por su respeto y en su confianza quedamos descuidados, y sacamos de nuestro poder y disposición nuestras cosas más queridas por remitirlas y ponerlas en la suya.

Y si á los hombres, que se beben como agua la mentira y la maldad, honramos algunas veces de esta manera y hacemos de ellos esta confianza, ¿cuánto mayor razón es que honremos á Dios, fiándonos de El y poniendo en sus manos nosotros mismos y todas nuestras cosas, pues como dice el Profeta, es santo en todas sus obras, y verdadero y fiel en todas sus palabras? ¿Quién jamás se quiso valer de El que le faltase? ¿Quién se arrimó á El que no le recibiese? ¿Quién por fiarse de El cayó en vergüenza? ¿O quién esperó en El que le saliese en vano su esperanza, principalmente cuando todo lo que tenemos es suyo, y ninguna cosa ponemos en sus manos que primero no la hayamos recibido de ellas? Así nos corre mayor obligación de humillarnos debajo de la mano poderosa de Dios, teniendo por bueno todo lo que hiciere con nosotros, y sujetándonos á su disposición y providencia.

Esta confianza que hacemos de Dios, entonces es de más estima cuando estamos en tribulación, y quitándonos algunos de los bienes que amamos, ponemos en sus manos los que nos quedan, para que haga también de ellos á su voluntad, por motivo de que con esto confesamos que es justo y santo en todo lo

que hace con nosotros, y que cuando nos aflige, entonces nos ama, y que es fiel y verdadero en procurar nuestro bien, y que nunca debemos huir de sus manos, aun cuando las descarga pesadamente sobre nosotros. Y si pasare tan adelante la tribulación que llegare hasta la misma muerte, aun entonces debemos esperar en El, y no escondernos de su mano, aunque la veamos que nos amenaza con la espada desnuda, teniendo por cierto qué si nos mata de su mano, la muerte vendrá á ser causa de la vida.

Pues aquel gran Maestro de los hombres y honrador de su Eterno Padre, no dejó de enseñarnos esta doctrina desde la cruz, ni de honrar á Dios con este género de honra, puesto que á la entrada de su Pasión, estando en el huerto, puso en manos de su Padre su honra y su vida cuando dijo: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero si no puede ser, Padre mío, sino que yo lo beba, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú.„ Y habiéndose certificado que su Padre quería que le bebiese, le tomó con tanto ánimo, que á san Pedro que se lo quería estorbar, le dijo: "¿El cáliz que me dió mi Padre no quieres tú que le beba?„ Así que en una ocasión tan apretada como esta, y estando á la vista de una muerte tan afrentosa y cruel, se puso todo en manos de su Padre; y habiendo quedado tal de ellas, que no tenía parte sana en todo su cuerpo, y pasando el negocio tan adelante que estaba ya para acabar la vida en el tormento y afrenta pública de la cruz, no por eso dejó de reconocer el amor de su Padre, que tan rigurosamente le trataba, ni dudó de poner también en sus manos el espíritu que quería apartarse del cuerpo. Por tanto, al que llamó Padre en el huerto, cuando le encomendaba su honra y su vida, después de perdidas le llama también Padre, cuando le encomienda su espíritu, diciendo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.„ Y sabiendo de cierto que había de resucitar al tercero día, y que esta gloria era de-

consuelo; y de las otras dos, la una fué con los circunstantes, significando la sed que tenía, que fué tanto como hablar con la sinagoga y mostrarle la sed de su remedio con que salía de este mundo, y hacer la última experiencia del vinagre que aquella viña le había dado siempre á beber; la otra palabra fué con la Iglesia nueva y pueblo escogido, dándole la buena nueva de que ya estaba acabado y concluído el negocio de su rescate y salud. Las tres veces que habló con Dios, las dispuso de manera que la una fué la primera, y la otra la postrera, y la otra la de en medio; enseñándonos con esto el recurso que hemos de tener á Dios en todas ocasiones, y que este ha de ser el principio, el medio y el fin de todos los negocios, aun en aquellos que tratamos con los hombres. Y el haber hablado dos veces á su Padre con gran clamor, fué para declarar el fervoroso afecto y deseo encendido de donde nacían sus oraciones; porque grande clamor en los oídos de Dios es el deseo fervoroso del alma, aunque la lengua no se menee. Pues para mostrar el Señor el abrasado afecto de su corazón, quiso orar esta vez con grande clamor desde la cruz.

Diónos también con esto prendas seguras y esperanza cierta de que sus oraciones habían sido oídas, porque lo que se dice á voces es oído de todos. Pues estando el Padre Eterno tan cerca de su Hijo, y teniendo los oídos tan atentos á sus ruegos, ¿cómo no había de oir los que se hacían con tales y tan grandes voces? Bien sabía el Salvador que sus oraciones, aunque se hiciesen callando, eran clamores en los oídos de su Padre, y que su Padre siempre le oía: mas porque nosotros lo entendiésemos y advirtiésemos en ello, quiso hacer á voces esta postrera oración. De ella y de las demás dijo san Pablo, que nuestro gran Sacerdote en los días de su vida mortal ofrecía ruegos y oraciones, con grande clamor y con lágrimas, á aquel Señor que era poderoso para librarle de la muerte, y que fué oído, así por la reve-

rencia con que oraba, como por la que se debía á su persona. Pedía este Señor á su Padre, ó no gustar la muerte si era posible, como se lo pidió en el huerto, ó que si su voluntad era que la muerte le tragase, le sacase presto de sus gargantas, sin que su alma se detuviese en el infierno, ni su cuerpo llegase á corrupción; de la manera que Jonás, aunque le tragó la bestia, salió al tercero día libre y salvo de ella: y fué oído el Señor en esta oración que hizo con muchas lágrimas y grande clamor, como dijo el Apóstol. Así, estando en la cruz entre los dientes de la muerte y á punto de ser tragado de ella, depositando su alma en manos de su Padre para que al tercero día la volviese al cuerpo, dijo con grande clamor: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.„

PUNTO III

Inclina la cabeza Cristo N. S. y expira en la cruz.

Considera cómo dichas estas palabras, aquel Señor que es nuestra gloria, y por quien todos levantamos la cabeza, inclinó la suya y dió su espíritu. Los trabajos que el Salvador había padecido desde la noche antes eran tales, que mucho antes le hubieran acabado la vida si El, con su divina virtud, no la sustentara. El mismo había dicho: "Poder tengo para dejar mi alma muriendo, y para tomarla resucitando; ninguno me la puede quitar por fuerza: mas yo la dejaré de mi voluntad„. Ninguno, por cierto, pudo quitarle la vida por fuerza, pues tanta fuerza como hicieron sus enemigos que buscaban su vida no bastó para quitársela, sino que la sustentó el tiempo que quiso, hasta que se cumpliesen en El las escrituras y toda la voluntad de su Padre. Hecho esto, dijo: "Ya está acabado todo lo que tengo de hacer y padecer„; y como á quien le quedaba el brazo sano y el poder entero, dió aquella voz tan sonora, encomendando el alma en manos de su Padre. Concluido esto dió licencia á la muerte, y El mismo se compuso para morir con

aquel decoro y majestad que á su persona convenía; porque murió en pie como esforzado, y para que la muerte no le derribase la cabeza, El mismo la inclinó blandamente sobre el pecho; luego se le puso el color mortal, los labios cárdenos y la nariz afilada, y todo el cuerpo se estremeció en la cruz, y El dió su espíritu en manos de su Padre, y su vida y sangre preciosa por el remedio general de todos los hombres.

El cuerpo muerto se quedó colgado en la cruz apartado del alma, pero unido siempre con la persona del Hijo de Dios. La cruz sustentaba en lo alto aquel cuerpo sagrado que se había ofrecido por nosotros, y representaba á los ojos de Dios el precio de nuestra salud y el mediador de nuestra reconciliación, y á los ojos de los hombres el consuelo de nuestros trabajos, el dechado de nuestras costumbres, la imagen ejemplar de los predestinados, el capitán de nuestras peleas, la guía de nuestra peregrinación, el estribo de nuestra esperanza, y el incentivo y despertador de nuestro amor; el terror y espanto de los demonios, el vencedor de la muerte y del pecado, y espectáculo de toda caridad, el cual, desde su misma cruz como desde una cátedra, nos está siempre enseñando, reprendiendo y exhortando á toda virtud y perfección.

Coloquio.—¡Oh buen Pastor, cuán bien habéis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas! ¡Oh sumo Sacerdote, cuán buen sacrificio habéis ofrecido de Vos mismo en esa ara de la cruz! ¡Oh sapientísimo Maestro, cuán alta lección de justicia y santidad habéis leído en esa cátedra! ¡Oh Redentor liberalísimo, cuán copioso precio habéis dado por la redención de vuestros cautivos! ¡Oh Sol de justicia, que salisteis como gigante del Oriente, cuán bien habéis corrido vuestra carrera, alumbrando y calentando la tierra, hasta parar en el ocaso del Calvario. ¡Gracias os doy por los trabajos que habéis tomado por mi amor! Tiempo era ya que des-

cansaseis, dando fin á vuestras penas y trabajos. Pues ¡oh dulce Jesús! como Vos encomendáis vuestro espíritu en las manos de vuestro Padre, así yo encomiendo el mío en las vuestras, las cuales tenéis extendidas en la cruz para abrazar á los pecadores que se acogieren á ellas! Ahí tenéis á vuestros escogidos, escritos con vuestra sangre y asidos con vuestra fortaleza, de modo que ninguno podrá sacarlos de ellas. En las mías no está seguro mi espíritu, porque son muy flacas, yo le entrego en las vuestras, que son muy fuertes, para que en ellas duerma yo y descanse por toda la eternidad.

Propósitos.—Ponernos á nosotros y á todas nuestras cosas siempre y en todas ocasiones en manos de Dios.

DOMINGO DE RAMOS

De la entrada solemne de Cristo N. S. con palmas y ramos.

Preludios.— Represéntate al humildísimo Jesús mansamente montado en el asnillo, no como un Rey del mundo, sino como Rey manso y humilde y sabedor de que los agasajos con que iba á ser recibido, eran figura de los que se hacían al cordero pascual antes de ser inmolado, y pídele hondo desprecio de todas las pompas y vanidades humanas.

PUNTO I

De las amorosas causas porque ordenó el Salvador su entrada en Jerusalén.

Considera cómo Cristo N. S., cinco días antes de su muerte, quiso entrar en Jerusalén, donde había de ser crucificado y muerto, con grandes muestras de alegría y con grande pompa exterior, así como solían los hebreos recoger en su casa al cordero pascual cinco días antes de sacrificarle. Esta entrada ordenó el Salvador por algunas causas muy amorosas.

La primera, para manifestar las ganas que tenía de padecer, y la alegría con que recibía los trabajos

que le esperaban en Jerusalén, entrando en ella con tanto regocijo, como si fuera á fiestas, porque el celo de la gloria de Dios, y de cumplir la voluntad de su Eterno Padre por la salvación de los hombres, le ponía gusto en padecer todos aquellos trabajos, aunque los tenía tan presentes, como si ya los estuviera padeciendo. Y de este ejemplo nació que los mártires iban á las cárceles como á fiestas, y estaban en las parrillas de fuego, como en cama de flores. ¡Oh dulce Jesús, corrido estoy en tu presencia por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por tu amor! Ayúdame, Jesús mío, á que me goce en padecer algo por Ti, como Tú te gozabas en padecer por mí.

La segunda causa fué para que entendiésemos que, cuando en el huerto de Getsemaní, y en el transcurso de su Pasión, había de tener temores, tristezas, tedios y agonías, todo esto era principalmente en la parte inferior del alma, á cuya natural inclinación contradecían los dolores del cuerpo; mas también los tomaba de su voluntad y con gran contento de la parte superior del espíritu, en cuanto resplandecía en ellos la voluntad de su Padre. Y en esto mismo perseveró hasta la muerte, enseñándonos con esto que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento del espíritu á sufrir, no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores.

La tercera causa fué para manifestar que todas las injurias, calumnias y persecuciones que había recibido en Jerusalén las veces que había estado en ella, no eran parte para entibiarle la caridad y amor que le tenía, y el deseo y gusto que recibía en visitarla y enseñarla, y hacerle todo el bien que pudiese; y con esto también le aseguraba que las afrentas y dolores que en ella había de padecer esta vez, tampoco le entibiarían su caridad, ni serían parte para que no volviese á recibirla en su amistad, si ella quisiese. ¡Oh inmensa caridad de Jesús! ¡Oh fuego encendidísimo de amor, á quien ni las muchas aguas,

ni los ríos de las tribulaciones pueden apagar! Hasta el día de hoy dura en El este amor, porque visitando mi alma con su gracia, si peco mortalmente, aunque con este pecado le crucifico dentro de mí y huello su sangre preciosa, echándole de mí con ignominia; sin embargo de esto, vuelve segunda vez con grande alegría á entrarse por mis puertas y á querer visitarme y darme de nuevo su gracia; y si otra vez le torno á crucificar, hollar y echar de mí, volverá la tercera vez con el gusto que la primera. ¡Oh, bendita sea tal caridad, y mil veces le alaben los ángeles por ella! Venga, venga vuestra Majestad, Redentor mío, á esta ingrata Jerusalén de mi alma, pues tanto gusto tiene en visitarla, que yo le ofrezco de nunca más echarle de ella, tratándole siempre con la reverencia y obediencia que merece tal caridad. Mas porque yo soy muy mudable, ayúdeme vuestra gracia á tener constancia en retenerla.

La cuarta causa fué para que entendamos, que padecer trabajos y desprecios por cumplir la divina voluntad, y por la virtud, es cosa gloriosa y honrosa á los ojos de Dios y de los ángeles y de los justos; y así, se ha de entrar en ellos, no sólo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos y se honra con ellos, sin avergonzarse ni correrse por esto. Guárdeme Dios, como dice san Pedro, de padecer como homicida ó maldiciente ó ladrón, en castigo de tales culpas, porque esto es cosa vergonzosa; mas padecer como cristiano por razón de la justicia, honra mía es, como lo fué de mi Señor.

Pero más adelante pasó la caridad de Jesús y sus ganas de padecer, porque quiere entrar en Jerusalén con tanta honra y acompañamiento, para que después sus deshonras é ignominias fuesen mayores, como quien caía de una grande honra. De suerte que nuestro buen Jesús siempre huyó la honra exterior de los hombres; y si esta vez la procuró ó aceptó, fué para que con ella fuese después muy mayor su

deshonra, ordenando la honra á padecer más ignominia. ¡Gracias te doy dulcísimo Jesús, por la hambre insaciable de padecer ignominias que tuviste, por la cual te suplico humildemente me des tales ganas de padecer por Ti afrentas, que no se menoscaben aunque reciba honras!

PUNTO II

De las alabanzas con que el Señor fué recibido.

Considera el modo con que Cristo N. S. hizo esta entrada. Envió dos de sus discípulos, diciéndoles: "Id á un lugar que está enfrente de vosotros; allí hallaréis una jumenta atada con su pollino; desatadlos y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor tiene necesidad de ellos, y luego os dejarán.„ Hiciéronlo así los discípulos, y poniendo sus capas sobre el pollino, subió en él Jesús.

Aquí se ha de ponderar, cómo el Rey del cielo, queriendo dar muestras de su reino, estando acostumbrado á andar siempre á pie por toda Galilea y Judea, esta vez no quiso entrar á pie, ni tampoco en carros de cuatro caballos, ni en caballo ó mula aderezada con ricos aderezos, sino en un jumentillo, adornado con las pobres capas de sus discípulos, hollando con esto la pompa mundana, y manifestando su pobreza, humildad y mansedumbre; por la cual había de ser conocido en el mundo por Mesías y Salvador, como estaba profetizado por el profeta Zacarías, cuando dijo: "Decid á la hija de Sión: Alégrate, hija de Sión, porque tu Rey vendrá para ti, justo y salvador, pobre y sentado sobre un jumento.„ Con este ejemplo procuraré aborrecer la pompa del mundo, y abrazar la pobreza, mansedumbre y humildad de Cristo; porque si estas son señales de mi Rey y de mi Señor, razón es que lo sean también de los que se precian de sus vasallos, y con ellas tengo de prepararme para salir á recibirle, pues á mí también se dice: Tu rey viene para ti. ¡Oh, si entendiese quién es

este rey mío, y cómo viene para mí! Tú, Salvador mío, eres mi Rey, y Rey de reyes, Rey de hombres y de ángeles, de cielos y tierra; Rey por tu naturaleza, Hijo del Eterno Padre y Monarca de todo lo criado; y Tú vienes del cielo para mí, para mi salud, para mi consuelo, para mi remedio, para mi ejemplo, para mi defensa y protección. ¡Oh Rey amado mío, tú para mí, y yo para ti! Veisme aquí dedicado para ti, para tu servicio, para tu honra y gloria, para obedecerte, adorarte y amarte, y ser todo tuyo, pues tú eres todo mío: y pues Tú vienes pobre, manso y humilde, yo también quiero ir á recibirte con pobreza, mansedumbre y humildad, vistiéndome de la librea que traes vestida.

Pondera luego el misterio que está encerrado en las circunstancias de este hecho. Envía dos discípulos por el jumentillo, y no uno solo, por llevar adelante su costumbre de que anduviesen acompañados, y de dos en dos unidos en caridad. Manda que suelten á los jumentos atados y se los traigan, para significar que el oficio de los Apóstoles era soltar á los pecadores, que viven vida bestial y están atados con las sogas de sus pecados, y traerlos á Cristo, para que se apodere de ellos, y los rija, como rige al jumento el que va sentado en él. Manda que si alguno se lo impidiere, le digan que el Señor tiene necesidad de ellos, como quien avisa que ha de haber quien impida su oficio de desatar las almas de los pecadores, y que estos impedimentos cesarán con el nombre del Señor, que les envía por ellos, porque tiene de ellos necesidad para su gloria. ¡Oh palabra omnipotente, que así tapa las bocas y ata las manos de los que quieren impedir el mandato del Señor! ¡Oh Rey de gloria! ¿qué necesidad tenéis Vos de un jumentillo tan vil y despreciado como el pecador? Yo, miserable, soy el que tengo necesidad de Vos, que no Vos de mí; yo por mis pecados soy como bestia atada con las cadenas de mis pasiones. Mandad, Señor, que me desaten y

me presenten delante de Vos, porque mi gozo será llevar sobre mí la carga de vuestra ley, y á Vos, Dios mío, por mi gobernador en ella: no permitáis que el demonio, mundo y carne estorben esta soltura; decidles con vuestra palabra que tenéis necesidad de vuestro siervo, porque luego me dejarán libre para serviros como deseo.

PUNTO III

¡Gloria sea al hijo de David!

Considera cómo caminando Cristo N. S. sentado en su jumento, á deshora, por inspiración del cielo, le salió á recibir innumerable gente, y unos echaban sus vestiduras en el suelo, para que pasase por ellas; otros cortaban ramos de los árboles y olivos, que estaban en aquel valle; otros venían desde Jerusalén á recibirle con palmas en las manos, en señal de victoria, y todos con gran gozo alababan á Dios, diciendo á voces: "Gloria sea al Hijo de David; salva, Señor, al Hijo de David, y por El nos salva á nosotros: bendito sea el que viene en nombre del Señor, bendito y prosperado sea su reino, paz sea en el cielo y gloria sea á Dios en las alturas.„

Sobre este hecho tan maravilloso, que todo procedió de inspiración del Espíritu Santo, pondera cuán de verdad honra el Padre Eterno á su Hijo, con honras y alabanzas verdaderas; porque así como cuando entró la primera vez en el mundo, naciendo pobre en el portal de Belén, envió ejércitos de ángeles que solemnizasen su entrada y dijesen: "Gloria sea á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad„, así cuando entró esta vez en Jerusalén, pobre y manso sobre un jumento, despierta ejércitos de hombres y de niños inocentes y puros, para que solemnicen su entrada y digan con el mismo espíritu: "Paz tenga el cielo con los que vivimos en la tierra, y gloria á Dios en las alturas. Bendito

sea el que viene en nombre del Señor„. Los ángeles piden paz, en la tierra, de los hombres para con Dios, y estos hebreos piden paz, en el cielo, de Dios para con los hombres. ¡Oh Padre Eterno!, gracias te doy por la honra que haces á tu Hijo unigénito, cuando va por cumplir tu voluntad á ser menospreciado. ¡Oh Espíritu santísimo!, gracias te doy porque inspiraste á esta gente tal modo de alabanzas para gloria de mi Redentor. Gózome, Redentor mío, de que todos te alaben y bendigan; y yo con el mismo espíritu te alabo y bendigo, diciendo: Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Estas palabras dice la Iglesia en la misa, al fin del Prefacio, en memoria de la venida que Cristo N. S. hace en el santo Sacramento del altar, y con este espíritu las diré yo exclamando: Bendito sea el que viene del cielo á este Sacramento para salvarnos; venga con El la paz de los cielos, y sea gloria á Dios en las alturas.

Pondera además la devoción de la gente que se quitaba las capas, y las tendía en el suelo para que las pisase Cristo N. S. en señal de reverencia, teniéndose por dichosos de ello. Y con este espíritu arrojaré todo lo mío á los pies de Cristo, para que El haga de ello lo que quisiere. Saldré á recibir á este Rey de la gloria, que viene á mi alma en el sacramento de su amor, y cada vez que venga le prepararé en ella una entrada triunfal y haré que todas mis potencias y sentidos, entre palmas de victorias, clamen con júbilo: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!„

Coloquio.—¡Oh Redentor mío! Ved aquí cómo arrojo á vuestros pies, no sólo mi hacienda, sino mi honra y mi contento, mi corazón, y á mí mismo todo; pisadme y holladme, y haced de mí lo que quisiéredes; triunfad de mí, que he sido enemigo vuestro; yo llevaré en mis manos la palma de esta victoria, y la publicaré por el mundo, porque rendirme á Vos, es victoria vuestra y ganancia mía, y es

victoria mía en virtud vuestra. Entrad en mi alma, y nunca más la abandonéis, que yo tampoco quiero dejaros.

Propósitos.—Aprender á despreciar los triunfos humanos y las glorias efímeras de la tierra. Hoy reciben con ramos y palmas al Señor, y dentro de cinco días, del mismo árbol de que hoy cortan las ramas hacen la cruz para crucificarle, y al ¡Hosanna! sucede el *¡Crucifícalo!* Así son de pasajeros los triunfos de la tierra.

LUNES SANTO

De las lágrimas que derramó Cristo N. S. sobre Jerusalén y de los misterios de este día.

Preludios.—Contempla á Cristo N. S. llorando sobre Jerusalén y pide no darle nunca motivo para que llore sobre ti, sino servirle siempre de consuelo y de descanso en sus penas y trabajos.

PUNTO I

Llora Jesucristo sobre Jerusalén.

Considera cómo prosiguiendo Cristo N. S. su camino, con el acompañamiento y aplauso de toda la muchedumbre, en llegando á ver la ciudad de Jerusalén, lloró sobre ella.

Pondera el motivo de estas lágrimas divinas de Cristo, el cual tiene más particular misterio que las otras veces que lloró. De cuatro nos habla el Evangelio. Lloró en el pesebre cuando niño, y esto no era mucho, porque es propio de niños llorar en su nacimiento. Además, lloró cuando resucitó á Lázaro, y ni esto fué mucho, porque estaban llorando la Magdalena y todos los circunstantes, y es propio de los justos llorar con los que lloran. También lloró en la cruz, y ni esto es tanto de maravillar, porque estaba lleno de trabajos y dolores, escarnecido de todos y como desamparado de su Padre. Pero lo que admira es, que llore esta vez cuando se ve en tanta honra y

gloria, y cuando todos le dicen mil cantares de alabanzas.

¿Por qué, pues, llora Jesucristo? Primeramente, para que conociésemos cuán poco caso hacía de la gloria mundana, y cuán poco se le pegaba al corazón, pues en medio de tantas alabanzas y regocijos, y cuando todos le cantaban loores, El derramaba lágrimas. ¡Oh, cuán lejos estaba de reirse y envanecerse con aquellas prosperidades, quien las regaba con lágrimas y suspiros!

La segunda causa más principal, fué su infinita caridad, de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalén á morir, por el bien que de allí resultaba á los escogidos, y juntamente el llanto que ahora tiene por el mal que ha de venir á los réprobos. No dice san Lucas solamente que lloró, sino que lloró sobre la ciudad de Jerusalén, para que se entendiese que no lloraba sobre sí mismo por los trabajos que había de padecer, sino que olvidado de éstos, lloraba sobre la desdichada Jerusalén por los pecados que había de cometer matándole, y por los castigos que por esta causa habían de venir sobre ella; lo cual todo se le puso delante al tiempo que la vió. ¡Oh dulce Jesús, quién os pudiera acompañar en estas lágrimas, y olvidándose de los trabajos propios, llorar con caridad los pecados de mis prójimos y los castigos justísimos que han de venir por ellos! ¡Oh, cuán grave mal es el que mueve á Cristo á llanto, en medio de tanto regocijo! ¡Oh alma mía, cómo no tiemblas de mal tan espantoso, que hace llorar á Dios de compasión!

Lo tercero, podré ponderar, cómo es creíble, que así como Cristo N. S., mirando á esta ciudad de Jerusalén, en la cual había algunos buenos pero muchos malos, lloró los pecados de los malos, y la destrucción que por su causa vendría sobre ella, así también entonces se le representaría la ciudad de este mundo y la Jerusalén terrena, donde están mezclados pecadores con justos, y mirando los pecados

de los malos y los castigos que por ellos habían de venir, también lloraría sobre ellos; y, por consiguiente, lloraría también por mis pecados, pues los tenía presentes. ¡Oh Redentor mío, cuánto me pena de la causa que os he dado y doy para que así lloréis! Deseo, cuanto es de mi parte, enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son causa de ellas. Yo, yo soy el que tengo de llorar, porque yo soy el que pequé; ayudadme, Señor, á que llore, de modo que merezca ser consolado.

PUNTO II

Profetiza Cristo N. S. terribles males á Jerusalén.

Considera las palabras de Cristo N. S. cuando lloraba sobre la ciudad deicida. Lo primero, dijo: "Si conocieses tú en este día las cosas que son para tu paz y ahora te están escondidas.„

Que es decir: ¡Oh Jerusalén, si conocieses tú lo que yo conozco en ti y de ti, sin duda llorarías como yo lloro; y si conocieses las cosas que te ofrezco para tu paz y prosperidad, como esta gente que viene conmigo las conoce, sin duda también me alabarías y aceptarías el bien que se te entra por las puertas. Y si conocieses este día tuyo, y este buen día que amanece por tu casa con mi venida, sin duda le admitirías y no dejarías pasar parte de él. Pero todo esto te está escondido por tus pecados; y por eso, ni lloras, ni lo buscas, ni lo admites.

De estas palabras de Cristo N. S. sacaré, que el principio de mi remedío consiste en el conocimiento vivo y profundo de dos cosas, es á saber: mis miserias, y el remediador de ellas, que es Cristo N. S., con los medios que El me ofrece para ello, que son creerle, amarle y obedecerle. Y en especial me importa conocer los medios que me ofrece para la paz de mi alma, en el estado que tengo en la Iglesia ó en la religión. Y al contrario, el principio de mi perdición es la ignorancia y poca estima de esto, y no co-

nocerlo con tenerlo entre las manos. ¡Oh buen Jesús, ahora veo con cuánta razón lloráis nuestra ceguedad, pues en tan poco estimamos el bien que nos ofrecéis, siendo digno de tan infinita estima! Quitad de mí y de todos los hombres este velo de ignorancia para que veamos y lloremos; porque el ojo que no ve, no llora; y si viese, luego lloraría.

Luego profetizó los castigos que habían de venir sobre esta ciudad, diciendo: "Serás cercada de tus enemigos, y apretada por todas partes, y echada por tierra, sin dejar en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita." Esto es, porque no conociste este día en que Dios te visita y viene á salvarte. De donde inferiré que si la Jerusalén presente, que son las ciudades y almas de los fieles, no conocen esta visita de Dios y las ocasiones muchas que Cristo les ofrece para su salvación y perfección, también serán castigadas con terribles castigos; y por consiguiente, pues apenas hay día en que Dios no me visite en la oración ó fuera de ella, con inspiraciones y toques interiores, provocándome á que le sirva, si no conozco este tiempo de su visita, también seré castigado. Por tanto, alma mía, abre los ojos para conocer este dichoso tiempo; mira bien las veces que Dios te visita cada día, pues viene para tu provecho, y si le dejas será para tu daño.

Finalmente, pondera que si Cristo N. S. tanto lloró el castigo temporal de aquella ciudad por el amor que la tenía, ¿cuánto más lloraría el castigo eterno que habrá de recibir en la otra vida, cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia, en el día de la cuenta? ¡Oh piadosísimo Jesús, con cuánto afecto llorabais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalén, mirando cómo habían de estar cercados y apretados, no de los romanos, sino de los demonios, postrados no sólo hasta la tierra, sino hasta el mismo infierno, atormentados en todas sus potencias, con turbación y desorden sempiterno,

sin dejar piedra sobre piedra, ni cosa que no esté llena de confusión! Allí llorarán con llanto perpetuo, porque no lloraron con Vos en esta vida, ni se aprovecharon de las lágrimas que por ellos llorasteis, ni de los avisos que les disteis. Abrid, Señor, los ojos de todos los pecadores, para que temamos la visita que habéis de hacer en la hora de la muerte, previniéndonos para ello con llorar nuestros pecados, porque no caigamos en los llantos sempiternos.

PUNTO III

De lo que hizo en este día Cristo N. S.

Considera cómo entrando Cristo N. S en Jerusalén, luego se fué al templo á dar gracias á su Padre Eterno como lo tenía de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos; y los niños que estaban en el templo, á imitación de los demás, renovaron el cántico: "*Hosanna, filio David.*„ Y los fariseos, indignados, le dijeron: "¿Oyes lo que dicen éstos?„ Respondió: "Sí, oigo. ¿No habéis leido lo que dice la Escritura? De la boca de los infantes y de los niños de pecho sacaste perfecta alabanza.„

Pondera, por una parte, la bondad y liberalidad de Cristo N. S. en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era. Además, la eficacia de la divina inspiración en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y por otra parte, la maldad de los fariseos en sacar de todo ponzoña; porque carcomidos de la envidia, ni les enternecía la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apenas sabían hablar. ¡Oh Dios eterno, líbrame de esta ceguedad y dureza de corazón, para que no saque daño de lo que ordenas para mi provecho! Y hazme niño en la sinceridad y pureza para que mi boca sea digno instrumento de tus alabanzas, por las cuales muchos te glorifiquen por todos los siglos.

Pondera cómo habiendo estado Cristo N. S. todo aquel día trabajando en predicar y hacer tantas maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos para ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello por temor de los fariseos; y así se volvió con sus Apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalén. Para que se vea la infinita liberalidad y misericordia de Dios con los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres con Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan pronto desampararon por temor humano al que habían recibido con tanto regocijo, cuya pena profetizó Cristo el día siguiente por la mañana, maldiciendo á la higuera que no tenía fruto de que comiese, y al punto se secó.

Coloquio.—¡Oh Juez justísimo, cuán justamente echarás tu maldición á los malos el día del juicio, porque teniendo hambre no te dieron de comer, y siendo peregrino no te quisieron hospedar! ¡Oh alma mía! no dejes por temor humano de convidar y hospedar á Cristo, porque no te excluya de su reino; y no ceses de trabajar por hacer bien á tus prójimos, aunque no recibas premio de ellos. Acompaña á tu Salvador, como los Apóstoles en la entrada de Jerusalén tan gloriosa, y en la salida tan ignominiosa, sirviéndole con honra y con deshonra, para que El te rebiba en su eterna compañía.

Propósitos.—Mira si por la esterilidad de tus obras y lo torcido de tus intenciones y el poco fruto que sacas de la frecuencia de sacramentos, eres árbol estéril y seco, expuesto á las maldiciones del benignísimo Jesús Procura no contentarte sólo con el follaje exuberante de obras exteriores que se ven por de fuera, sino atiende más al fruto sólido de las buenas obras, el que se conocerá si adelantas en las virtudes interiores y en la mortificación de tus pasiones.

MARTES SANTO

De la cena de Cristo N. S. en Betania (1).

Preludios.— Contempla á la Magdalena á los pies de Cristo, y pide saber amar y llorar como esta santa pecadora.

PUNTO I

La Magdalena á los pies de Cristo.

Considera cómo habiendo sido convidado Jesús en Betania, estando en la mesa, llegó María, hermana de Lázaro, con un vaso de alabastro, en que cabía una libra de ungüento, hecho de nardo y de su espiga, muy precioso y puro, y con él ungió los pies de Jesús, y los limpió con sus cabellos; y quebrando el alabastro, derramó lo que tenía sobre la cabeza de Jesús, quedando la casa llena del buen olor.

Considera, además, cómo la Magdalena dos veces ungió á Cristo N. S. La primera, en su conversión, para alcanzar perdón de sus pecados. La segunda, en esta cena, en agradecimiento de la resurrección de su hermano Lázaro, de lo cual quiso dar público testimonio arrojándose á los pies de Cristo y lavándolos con lágrimas de amor como la primera vez; luego los limpió con la mejor toalla que tenía, que eran sus hermosos cabellos, y los ungió con un ungüento muy precioso, y cobrando nueva confianza se atrevió á ungirle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro para que no quedase nada, con ser la cantidad de una libra. ¡Oh, qué atento y qué contento estaba el Salvador mirando la obra de esta su sierva, y mucho más ponderando la devoción y afecto interior con que la hacía, deseando hubiese muchos en su

(1) Aunque esta cena se hizo seis días antes de la Pascua del cordero, y un día antes de la entrada en Jerusalén con ramos, como refiere san Juan; mas san Mateo y san Marcos la cuentan después, por la ocasión que de allí tomó Judas para vender á Cristo N. S., y por la misma causa seguimos aquí ese orden.

Iglesia que en esto la imitasen. Y así para imitar el espíritu de la santa penitente, he de procurar, con todo el fervor posible, pagar á Dios N. S. las dos deudas que le debo: una por mis pecados, y otra por sus beneficios, y ésta con más fervor y espíritu de agradecimiento, dando muestras de ello en las obras, sirviéndole con todo lo mejor y más precioso que tuviere.

Pondera que, como toda la casa se llenó de la fragancia del oloroso ungüento que derramó la Magdalena, así toda la Iglesia se edifica y conforta con los ejemplos y virtudes de los buenos y fervorosos; por lo cual tengo de animarme á ejercitarlos para ser, como dice san Pablo, buen olor de Cristo, y provocar con mi ejemplo á que hagan otro tanto aquellos con quien vivo.

PUNTO II

Murmuran de Magdalena los discípulos.

Considera cómo viendo Judas Iscariote lo que había hecho María, dijo: "¿Por qué este ungüento no se vendió en trescientos dineros y se dió á los pobres?„ Y esto lo decía, no porque tuviese cuidado de los pobres, sino porque era ladrón y tenía la bolsa común, y hurtaba de lo que daban, y también los discípulos llevaban esto pesadamente y se enojaron contra ella, diciendo lo mismo.

Pondera, primeramente, cómo nunca ha de faltar quien juzgue temerariamente y murmure de las buenas obras de los justos. Unos por dañada intención, como Judas, otros por ignorancia ó buen celo, aunque indiscreto, como los discípulos, que murmuraron de esta obra de la Magdalena, pareciéndoles que era pródiga en despreciar aquel ungüento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreación de ser ungido, y que era indiscreta en no remediar con el valor de aquel ungüento muchos pobres, y también tácitamente esta murmu-

ración redundaba contra el Maestro que lo permitía. Pero todos erraban en su juicio, porque no sabían ponderar el espíritu que movía á esta santa mujer para hacer esta santa obra, ni el que movía á Cristo para aceptarla, y por su poca devoción, ó por su aprensión superficial la condenan y se indignan y murmuran de ella. De donde sacaré aviso para nunca juzgar mal de nadie con temeridad, ni echar á la peor parte las cosas que pueden ser buenas, mucho menos murmurar de ellas, dejando el juicio de todo esto á Dios, que es el verdadero juez, porque de otra manera erraré y pecaré contra los prójimos y contra el Espíritu Santo, que les mueve á la obra de que yo murmuro, el cual vengará su injuria. Por lo cual Cristo N. S. nos dijo: "No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados." Ni me excusará el color aparente de piedad con que encubro los juicios temerarios y murmuraciones, porque muchas veces con esta capa se cubren perversas intenciones, como Judas encubrió las ganas de hurtar del dinero en que se vendiera el ungüento, con capa de darlo á los pobres.

Pondera también, cómo es muy creíble que esta murmuración comenzó por Judas, y él despertó con su mal ejemplo á los demás á que también murmurasen, para que se vea cuánto daña el mal ejemplo y cómo un malo lleva tras sí á otros muchos buenos. Y así como aquella casa se hinchió del buen olor que procedió de la obra buena que hizo María, así también se llenó del mal olor que salió de la boca pestilencial de Judas y turbó á los demás discípulos, inficionándolos con el vicio de la murmuración.

PUNTO III

Defiende Jesús á Magdalena.

Considera cómo Cristo N. S., viendo todo esto, dijo á sus discípulos: "¿Para qué sois molestos á esta mujer? Porque buena obra es la que ha obrado en Mí;

porque siempre tendréis con vosotros pobres; pero á Mí no me tendréis siempre y ésta ha querido prevenirse, ungiendo mi cuerpo antes de la sepultura. Digoos de verdad, que dondequiera que fuere predicado mi Evangelio, se predicará en todo el mundo lo que ésta hizo en mi memoria.„

Pondera las heroicas virtudes que Cristo N. S. descubrió en estas palabras. La primera, fué grande fidelidad en defender á su sierva la Magdalena, callando ella como lo había hecho otras veces, porque propio es del Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones, no queriendo excusarse ni defenderse por humildad, fiándose de su divina providencia. Por lo cual es gran cordura callar con paciencia en casos semejantes, porque mejor sabrá Dios excusarme y volver por mi honra que yo. Así como Cristo N. S. defendió á la Magdalena mucho mejor que ella supiera defenderse, porque si ella quisiera excusarse, quizá no acertara ni saliera con su intento.

La segunda virtud fué grande benignidad y blandura en corregir á sus discípulos y á Judas, porque aunque vió turbada su escuela, ni se turbó ni indignó, sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenían y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que había sido por instinto del divino Espíritu, que movió á esta mujer para que ungiese con aquel ungüento su cuerpo vivo, porque no le podría ungir después de muerto. Lo cual fué así, porque cuando fué á ungirle ya era resucitado. ¡Oh Maestro sapientísimo, enséñame á corregir con espíritu de blandura, para que cure los males con la mansedumbre y no los empeore con mi indignación!

La tercera virtud fué grande caridad y liberalidad, con muestras de la providencia que tiene en convertir todas las cosas que suceden á los que le aman, en su mayor provecho; porque si la Magdalena no

fuera murmurada en esta obra, no fuera publicada, ni premiada con tanta honra suya. Ni permitiera nuestro amoroso Salvador que sus justos fueran murmurados, si no pudiera y quisiera sacar de estas murmuraciones mayores bienes para ellos. Y por esta causa prometió que en todo el mundo sería esta obra publicada y predicada como su Evangelio, para honra de quien le honró con ella; y así lo cumplió, por que todos los fieles creemos que esta obra fué santa y por inspiración divina, y alabamos á la que la hizo.

Coloquio.—¡Oh Redentor mío! En cumplimiento de vuestra promesa, me gozo de la devoción de esta vuestra sierva y le doy gracias por el servicio y regalo que os hizo; pero mucho más alabo la liberalidad que tenéis en premiar lo poco que por Vos hacemos y padecemos; pues por cuatro ó seis que de esta obra murmuraron, queréis que millones de hombres la engrandezcan. No quieras, alma mía, servir á otro Señor sino á Cristo, pues tan liberal es en honrar á los que le honran y en premiar á los que le sirven. Ayudadme, Jesús mío, para que, como la Magdalena, todo lo sacrifique por Vos, sin miedo á críticas ni murmuraciones, y que con mis buenos ejemplos atraiga á muchos á que os conozcan y alaben como á su Rey y único dueño por toda la eternidad.

Propósitos.—Procura interpretar bien y echar á buena parte las acciones de los demás, y no ser como Judas, que aun las obras más santas le dieron ocasión para la maledicencia y la calumnia.

MIÉRCOLES SANTO

De cómo Judas vendió por treinta dineros á Cristo N. S., y los príncipes de los sacerdotes se resolvieron de matarle.

Preludios.— Mira al traidor Judas concertando con los Escribas y Fariseos la venta de Cristo N. S., y pide no ser tú jamás discípulo infiel de tu divino Maestro.

PUNTO I

De la gravísima injuria hecha á Cristo N. S. por el traidor discípulo Judas.

Considera cómo el que es vendido injuriosamente es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Señor de todo lo criado, cuya propiedad es ser inestimable, porque su valor es infinito; el cual por su inmensa caridad bajó del cielo á comprarnos con el precio de su sangre, y á comprar para nosotros los bienes de gracia y gloria que perdimos, y en esto gastó toda su vida, haciendo innumerables bienes á los hombres para sacarlos de la servidumbre del demonio, á quien de su voluntad se habían vendido por el pecado. Este Señor tan soberano y bienhechor de todos, es vendido á traición y como si fuera esclavo, permitiendo esta venta tan afrentosa por dos causas: para satisfacer con ella por la injuria que yo hice á Dios en vender mi alma al demonio por la culpa, y para darnos ejemplo de rara humildad, porque como tomó por nuestro amor forma de siervo y esclavo, quiso humillarse á la suprema bajeza de los esclavos, que es ser vendidos por dinero.

Considera después cómo la injuria de Cristo N. S. creció; porque quien le vende, no es algún enemigo descubierto, sino un discípulo suyo, á quien hizo extraordinarios favores y mercedes, descubriéndole sus secretos y dándole potestad para lanzar los demonios y hacer milagros. Mira adonde van á parar los que en el servicio de Dios son tibios, como los grandes escandalosos y los grandes heresiarcas, caudillos de los que entregan á Cristo, los cuales se parecen siempre á Judas; y no te escandalices de que hoy haya malos sacerdotes que capitaneen, como siempre, á las turbas que crucifican á la Iglesia, cuando hubo un Apóstol ingrato que vendió á su divino Maestro.

El motivo principal que tuvo Judas para esto, fué la

avaricia; por aquí comenzó su maldad, por aquí prosiguió y llegó á la cumbre; porque Judas inclinado á tener dineros y cosas propias, y dejándose vencer de esta pasión en cosas pequeñas, vino á caer en otras espantosas. De suerte, que de la codicia nació el hurto, el quebrantamiento de la justicia, la murmuración, el escándalo, el aborrecimiento de su Maestro, y el venderle con traición á sus mismos enemigos; por donde se ve el extremo de maldad adónde llega un hombre desamparado de Dios y que se deja llevar de sus pasiones, pues del estado más alto que había en la Iglesia, cayó en el abismo más profundo de maldad que jamás hubo; lo cual ponderó con grande sentimiento Cristo N. S., cuando dijo á sus Apóstoles: "¿Por ventura no os escogí yo á todos y el uno se ha hecho diablo?„ Que fué decir: Con ser yo propio el que os escogí para el Apostolado por mi gracia, uno de vosotros se ha convertido en hijo del demonio y grande adversario mío por su culpa.

De esta consideración sacaré un grande temor de los juicios de Dios. Porque, como dice el glorioso san Bernardo: "En ningún lugar hay perfecta seguridad, ni en el cielo, pues de allí cayó Lucifer; ni en el paraíso, pues de allí fué echado Adán, y mucho menos en el mundo, pues Judas se perdió en la escuela del Salvador„. Lo cual no se dice porque no se haya de escoger el lugar más seguro, sino para que después de escogido, ninguno se descuide con falsa seguridad, ni cese de pedir á Dios le tenga siempre de su mano. Así que aunque ahora estés en pie, teme y mira que no caigas; porque si cayó el que era Apóstol de Cristo y conversaba con El familiarmente, oyendo sus sermones, viendo sus ejemplos y gozando de sus milagros, ¿cómo no temerás tú caer, pues nada de esto tienes? ¡Oh Maestro piadoso, tened de vuestra mano este pobre discípulo para que no caiga en las miserias de este falso apóstol.

PUNTO II

De otras circunstancias afrentosas de la venta de Cristo N. S.

Sea la primera considerar las personas á quien Cristo N. S. es vendido y el fin para que le compran. Es vendido Jesús á los príncipes de los sacerdotes con los demás escribas y fariseos y ancianos del pueblo, al tiempo que estaban tratando de matar á Cristo por la ira y rabia que tenían contra El. De suerte que el traidor no le vende á quien le comprara para libertarle y tomarle por Señor, sino véndele á los mayores enemigos que tiene, los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Oh crueldad endemoniada del vendedor! ¡Oh furia infernal de los compradores! ¡Oh mansísimo cordero!, ¿qué injuria es esta que padeces, siendo vendido para ser sacrificado por mano de tan crueles verdugos? ¡Oh Salvador del mundo!, vendido eres hoy como el patriarca José lo fué de sus hermanos, aunque con diferente fin, porque aquél fué vendido para librarle de la muerte, y Tú lo fuiste para que te diesen cruel muerte; aquél con su vida salvó á Egipto, y Tú con tu muerte salvaste al mundo. Sálvame, Señor, por tu misericordia; y pues me compraste con el precio de tu sangre, no permitas que me venda por el vil precio del pecado.

Pondera luego la grande afrenta que resultó á Cristo N. S. de esta venta en la opinión de aquella gente, y la grande paciencia con que la llevó, cuando la estaba mirando, aunque estaba lejos. Porque es de creer, que Judas para encubrir una cosa tan fea como era vender á su Maestro, diría de El mucho mal á los del concilio, diciendo que se salía de su escuela porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites; que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese pies y cabeza con un ungüento

que valía trescientos dineros, etc. Y todo esto oían con grande gusto aquellos sacerdotes sin haber quien volviese por Cristo. ¡Oh dulce Maestro, cómo no hay quien tape la boca de este falso murmurador, ni quien vuelva por vuestra inocencia, como Vos volvisteis por la Magdalena! Grande, Señor, fué vuestra injuria; pero mayor fué vuestra paciencia, porque más sentís la culpa del injuriador que el daño que os viene de ella. Con este ejemplo se han de consolar los maestros y los prelados y príncipes, cuando sin culpa suya dijeren mal de ellos sus discípulos y sus súbditos ó vasallos.

Mira, por último, el precio porque es vendido Cristo N. S., por treinta dineros de aquel tiempo; precio vilísimo en el cual comunmente los judíos apreciaban á un esclavo, cuando alguno se les había muerto. Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues aquí se ve la baja estima que tenían de El, así el que le vende como los que le compran.

Pero mucha mayor injuria se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algún dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores, diciéndoles: "¿Qué me daréis y yo os lo entregaré?„ Como quien dice: Dadme lo que quisiereis, y yo le pondré en vuestras manos. Ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y odio que tenían de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros que se daban por los esclavos, no en satisfacción de la muerte, sino para dársela cruelmente. ¡Oh Salvador del mundo, cuán diferente estima tenéis de los pecadores de la que ellos tienen de Vos! Ellos os venden por treinta dineros y Vos los compráis con vuestra sangre preciosa. Ellos ponen en voluntad de su pasión y odio el precio de esta venta y Vos ponéis en voluntad del Padre el precio de esta compra. ¡Oh Padre Eterno, formador de todo lo criado!, mirad el precio en que es apreciado vuestro Hijo. ¡Oh Hijo de Dios vivo!, gra-

cias os doy por esta primera injuria que recibisteis en vuestra Pasión, y en agradecimiento de ello me ofrezco por vuestro perpetuo esclavo, con deseo de nunca apartarme de vuestro servicio.

Saca de aquí gran confusión y vergüenza, acordándote de las veces que has vendido á Cristo N. S. por precio más vil que treinta dineros, esto es, por un deleite de carne, ó un punto de honra, ó un interés de hacienda, entregándole otra vez á sus enemigos los pecados, para que dentro de tu corazón lo crucifiquen. Y así puedes imaginar que Cristo N. S. te dice lo que refiere el Profeta Zacarías: "Si os parece bien, dadme algún galardón por los bienes que os he hecho; y si no, dejadlo, porque no os quiero obligar„. Y á esta petición tan justa, lo que yo respondo con las obras, es venderle por tan vil precio, que me diga: "¡Oh miserable precio en que me apreciáis!„ ¡Oh alma mía, cómo no te cubres de vergüenza, oyendo esta palabra de tu Redentor! ¡Oh Redentor mío, cuán justo fuera que me cortaras el hilo de la vida, pues tan mal me sé aprovechar de ella! Perdóname, Señor, la injuria pasada, y ayúdame á que te aprecie como mereces.

PUNTO III

Lo que sucedió después de la venta de Cristo N. S.

Considera cómo Judas, concertado el precio, prometió de cumplir lo que había ofrecido, y con gran cuidado buscaba oportunidad para hacer la entrega por cobrar el precio; y así, se volvió al colegio de los Apóstoles y á la compañía de Cristo disimulando su maldad, porque, como había perdido la fe, pensó que Cristo no lo sabría. Pero Cristo N. S. le admitió con tanto amor, como si no supiera lo que había hecho, ejercitando en esto el amor de los enemigos con grande eminencia, sin reprenderle, ni afrentarle, ni descubrir su traición. Quizá le diría: "Amigo, seas bien venido; ¿dónde has estado? ¿qué has hecho?„ Y á sus

falsas respuestas calló con gran disimulación. ¡Oh mansísimo Pastor y dulcísimo Padre! ¿qué sentisteis en vuestro corazón cuando visteis entrar á este lobo en medio de vuestras ovejas, cubierto con piel de oveja para hacer presa en su propio Pastor? Él disimula por no ser conocido, y Vos, aunque le conocéis, hacéis el disimulado; él viene de procuraros la muerte, y Vos le recibís con tanto amor como si en ello os fuera la vida. ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh mansedumbre infinita! Hacedme, Señor, manso como oveja, para sufrir por vuestro amor los agravios de cualquier lobo.

Pondera después cómo los príncipes de los sacerdotes quedaron también contentos, y mudaron luego de parecer; porque habiéndose resuelto no matar á Cristo en el día de la fiesta, para que no se levantase ningún alboroto en el pueblo, no quisieron perder la ocasión y resolvieron matarle cada y cuando Judas le entregase, sin hacer caso del alboroto del pueblo. En lo cual se echa de ver, por una parte, la rabia de estos crueles enemigos y las ansias que tenían de hundir á Cristo N. S.; y por otra parte resplandece la sabiduría y providencia de Dios en salir con su idea, que Cristo muriese en el día de aquella fiesta, para que fuese sacrificado el verdadero Cordero de Dios cuando lo era el figurativo.

De lo dicho saca dos causas principales por las cuales Cristo N. S. permitió tanto tiempo á Judas en su escuela esperándole á penitencia. La primera, para que entendamos que en todas partes ha de haber algunos malos, como los hubo en esta grey escogida por Cristo. Por lo cual dijo san Agustín: "En cualquier profesión de vida que escogieres, prepárate á sufrir algunos escándalos; porque si no crees esto y te preparas á sufrirlo, hallarás lo que no esperabas y vendrás á faltar en tu vocación, ó á turbarte en ella.„

La segunda causa fué para que le diese ocasión de

ejercitar, para nuestro ejemplo, los heroicos actos de mansedumbre, paciencia y caridad y otras virtudes que no pueden ejercitarse sino es con enemigos. Y en particular, para dar ejemplo á los superiores, de tolerar á los malos súbditos y ayudarlos, aunque les den muchas ocasiones de padecer; pues, como dice san Bernardo, los malos súbditos, como aumentan la carga del gobierno, así aumentan el merecimiento: "Cuanto más cargado, tanto más ganancioso."

Coloquio.—¡Oh Cordero inocentísimo Jesús, con cuánta razón os podemos llamar cordero pascual, porque vuestras fiestas y pascuas son morir por librarnos de la muerte y ser sacrificado por darnos la vida; y si vuestros enemigos se dan prisa á querer mataros, aunque sea en fiesta solemne, mucha más prisa tenéis Vos en querer morir por ellos. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico encendáis mi corazón con tanto fervor que tenga por fiesta y pascua, padecer algo por vuestro amor. Bendita sea vuestra paciencia infinita que así sufrís la deslealtad é ingratitud de los hombres y os dejáis vender para comprarme con vuestra sangre. Que no sea yo jamás ¡oh Jesús mío! traidor á vuestro amor ni infiel á vuestros favores y beneficios.

Propósitos.—Combatir cualquier pasión desordenada, pues si no lo hago, cualquiera de ellas me puede llevar al abismo de la perdición como á Judas.

JUEVES SANTO [1].

(Primera meditación.)

El Lavatorio de los pies.

Preludios.—**Mira á Jesús lavando con profundísima humildad los pies de sus discípulos, instituyendo el sacramento de su cuerpo y sangre ó predicando á sus discípulos el sermón divino de la cena, y pídele luz y fe viva para penetrar en los misterios de un día tan santo como hoy.**

(1) Ponemos tres meditaciones para este santo día, y otras tantas para el viernes, para poder comprender los misterios sacratísimos que en esta semana conmemora la Iglesia.

PUNTO I

Humildad divina de Cristo N. S.

Considera la infinita humildad de Jesús, ponderando que este Señor que aquí se humilla es infinitamente sabio, á quien nada se le esconde, ni la excelencia de su persona, ni la maldad del discípulo traidor que le vende, ni la vileza y cobardía de los otros que tiene delante. Es también infinitamente poderoso, porque el Padre Eterno puso todas las cosas en su mano y potestad, comunicándole su omnipotencia en cuanto Dios por la eterna generación, y en cuanto hombre por la unión hipostática del Verbo. Pues mira á este Señor á los pies de unos viles pecadores, para lavárselos con aquellas manos divinas y purísimas que han criado los cielos y la tierra. ¡Oh infinita humildad, que así resplandeces en persona de tan infinita dignidad para confundir la soberbia de mi infinita bajeza! Si Jesús, infinitamente sabio y poderoso así se humilló, ¿cómo yo, sumamente ignorante y flaco así me ensoberbezco? Si el Hijo de Dios se bajó á tomar forma de siervo, ¿cómo yo, hijo de ira y esclavo del demonio, que fuí hecho de polvo y me convertiré en el mismo polvo, presumo de engreirme y querer ser servido como señor? ¡Oh humilde Jesús, líbrame de este espíritu de soberbia, y fúndame en profunda humildad, pues tanta razón tengo para ser humilde!

Pondera además, cómo la humildad de este Señor tan alto fué amorosa y diligente, haciendo toda esta obra por sí mismo, sin ayuda de otro, en señal de amor. El mismo se desnuda y ciñe; El echa el agua en la bacía y la lleva adonde están sus discípulos, y se postra en tierra y les lava, no las manos, sino los pies polvorientos y lodosos, y El mismo amorosamente se los limpia con la toalla con que estaba ceñido, regalándose y saboreándose en hacer todo esto por su persona, enseñándome á ejercitar las obras de

humildad y caridad por mí mismo, gustando más de hacer que de mandar, y haciendo la obra humilde sin mezcla de cosa jactanciosa.

Pero si es grande la humildad de esta obra exterior, mucho mayor es la humildad y solicitud que representa, la cual ejercitó con todos nosotros, pues por nuestra causa, siendo Hijo de Dios, se anonadó á sí mismo, tomando forma de siervo, y se desnudó las vestiduras de su gloria y grandeza, ciñéndose con carne mortal y pasible, y en el Calvario consintió ser despojado de sus vestiduras y derramó en lugar de agua toda la sangre preciosísima de sus venas, depositándola en los Sacramentos que ordenó para lavarnos de nuestras culpas; y porque nosotros quedásemos limpios, quiso que la sacratísima humanidad con que se ciñó, quedase en la apariencia sucia y manchada. ¡Oh Dios eterno!, ¿con qué te pagaré lo mucho que por mí has hecho? Deseo desnudarme de toda grandeza temporal y ceñirme con rigor de penitencia, y derramar mi sangre por tu amor, cargándome con las penas de que te cargaste por mis culpas.

PUNTO II

Jesús á los pies de los Apóstoles.

Considera cómo pasmado Pedro de la humildad de su Maestro, dijo: "Señor, ¿Tú á mí me lavas los pies?„ En las cuales palabras descubrió la viva fe que tenía de la grandeza de Cristo N. S. y de su propia bajeza, y de la vileza de aquella obra á que Cristo se humillaba. Y de la interior consideración y ponderación de todo esto, vino á decir con afecto de grande admiración y pasmo: "Señor, ¿Tú á mí lavas los pies?„ ¿Tú, Dios infinito, Criador de cielos y tierra, Señor de los ángeles y serafines, á mí, criatura tuya, esclavo tuyo, pecador vilísimo y asquerosísimo, con esas manos que dan vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, quieres lavar,

no mi cabeza ó mis manos, sino mis sucios y miserables pies? Yo, Señor, te había de servir á Ti y lavar tus pies, y aun de esto no me tengo por digno, ¿y Tú quieres lavármelos á mí?

A este dicho de san Pedro, que procedía de gran fervor, respondió Cristo N. S: "Lo que yo hago no lo entiendes ahora, después lo entenderás.„ Como quien dice: Esto que hago tiene un misterio que no alcanzas; yo te le descubriré después. Respondió Pedro: "No me lavarás jamás los pies.„ Replicóle Cristo: "Pues si no te lavare, no tendrás parte conmigo.„ En lo cual se ha de ponderar lo mucho que ofende á Cristo N. S. cualquier desobediencia, y cualquier asomo de pertinacia en el propio parecer, aunque sea con capa de humildad y de reverencia, pues este vicio sólo bastó para que dijese á Pedro aquella tan terrible amenaza: "No tendrás parte conmigo;„ que fué decir: no serás más mi discípulo, ni te tendré más en mi escuela y compañía, ni te admitiré á la herencia de mi reino. De donde aprenderé á no resistir á la voluntad de Dios y de mis superiores, por ningún título de aparente virtud, sino rendir mi juicio al primer aviso, y á la primera corrección de amor, antes que venga la segunda corrección con amenaza y temor.

Sacaré de ahí la necesidad que tengo de que Cristo N. S. me lave y limpie de mis culpas; pues si El no me lava, no tendré parte con El.

Considera el efecto que obró en san Pedro esta amenaza de Cristo, porque en seguida respondió: "Señor, no solamente los pies, sino las manos y la cabeza.„ En lo cual descubrió Pedro el grande amor que tenía á Cristo N. S. y la grande estima que tenía de estar siempre con El y lo mucho que sentiría apartarse de su compañía; y así, dijo: Señor, si para tener parte contigo es menester que me laves, lávame, no solamente los pies, sino manos y cabeza. De donde aprenderé á rendirme á Dios y á mis su-

periores, siquiera por temor de que Dios no me aparte de sí, aunque este temor no es servil y de esclavos, sino temor filial y muy justo, porque es rendirse á Dios por no carecer de Dios.

A este dicho de Pedro, respondió Cristo N. S., diciendo: "El que está lavado, no tiene necesidad sino de lavar los pies, porque todo está limpio; vosotros estáis limpios, aunque no todos; porque sabía quién era el que le había de entregar.„ En las cuales palabras pretendió enseñarnos que quien está lavado por el bautismo y penitencia de las culpas mortales, aunque está todo limpio, por cuanto tiene la limpieza necesaria para estar en gracia y amistad de Dios; pero tiene todavía necesidad de lavarse los pies de los afectos terrenos y de las culpas ligeras, que se le pegan tratando en las cosas de la tierra; y esto también es necesario para tener parte con Cristo, pues que no entraremos en el cielo hasta habernos lavado de estas culpas, de las cuales también nos ha de lavar el mismo Cristo. Saca de ahí cuán grave mal es un pecado venial, y cuánto debe ser aborrecido, por dos títulos; porque no se perdona, si no es á costa de la sangre de Jesucristo, y porque no es posible tener parte con Cristo en el cielo, hasta lavarnos de él, ó en esta vida, ó en la otra, con el fuego del purgatorio.

Finalmente, pondera la causa porque dijo el Señor: "Vosotros estáis limpios, aunque no todos„; queriendo con esto secretamente avisar á Judas, que estaba sucio y que tenía necesidad de ser lavado, sopena de que nunca tendría parte con El; y de camino avisarte que mires con diligencia si estás limpio de culpas graves, porque entre muchos limpios hay algunos que no lo están, y quizá serás tú uno de ellos. Pero sobre todo, admírate al contemplar á Cristo á los pies de Judas. Porque prosiguiendo su ejercicio de humildad y caridad, quiso ejercitarle con el traidor y llegando adonde estaba, puesto á sus pies, se los

lavó y limpió con su lienzo como á los demás, y aun con algunas muestras de mayor caricia y amor para enternecerle. Y es de creer que le hablaría al corazón diciéndole: ¡Oh Judas, discípulo y Apóstol mío! ¿qué te he hecho, porque así me aborreces, y tratas de venderme? Si tienes alguna queja contra mí, aquí me tienes á tus pies, haz de mí lo que quisieres, con tal que no me ofendas ni te pierdas. Quien te lava los pies del cuerpo, desea lavarte las manchas del alma: no rehuses ser lavado, porque de otra manera nunca tendrás parte conmigo. Puédese creer que Jesús derramaría lágrimas de sus ojos por la dureza y miseria de aquella alma, y las mezclaría con el agua que llevaba, lavándole también con ellas; pero nada aprovechó, porque tenía el corazón obstinado y poseído de Satanás. Pero este ejemplo ha de aprovechar para que aprenda yo á amar á mis enemigos, haciéndoles todo el bien que pudiere para reducirlos á la verdadera amistad con Dios y conmigo por amor de Dios. Y de la dureza de Judas tengo de sacar aviso para escarmentar en cabeza ajena, acordándome de lo que dice el Sabio: "Que el pecador, cuando viene al profundo de los males, todo lo desprecia; y que ninguno basta para corregir al que Dios ha despreciado, porque él quiso despreciar á Dios." ¡Oh alma mía! Contempla con atención los dos retratos que tienes delante de ti, uno de la mayor caridad y otro de la mayor dureza que jamás hubo en el mundo. ¿Adónde pudo subir más la caridad, que á bajarse el mismo Dios á lavar los pies del traidor, que trataba de venderle? ¿Y ádónde pudo llegar más la dureza del traidor, que no ablandarse con la inmensa caridad del que estaba postrado á sus pies? ¡Oh Dios de mi alma, trueca mi corazón de piedra en corazón de carne para que sienta tus divinos toques y abrace tus amorosos ejemplos.

PUNTO III

Del razonamiento que hizo Cristo N. S. después del Lavatorio.

Considera cómo acabado el lavatorio, Cristo N. S. se desciñó el lienzo, considerando en él las manchas de los pecados ajenos que habían de ser causa que su humanidad quedase teñida con su propia sangre, derramada para librarnos de ellos, y, tomando sus vestiduras, tornó á sentarse á la mesa, y dijo á sus Apóstoles: "¿Sabéis lo que hecho con vosotros? Llamáisme Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo siendo vuestro Señor y Maestro os he lavado los pies, ¿cuánto más vosotros debéis lavar los pies unos á otros? Porque Yo os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo que Yo he hecho. Si sabéis estas cosas, seréis bienaventurados si las hiciereis. No digo esto de todos vosotros, porque yo sé los que he escogido.„

Pondera aquella pregunta de Cristo N. S: "¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?„ Esto es, ¿el misterio que está encerrado en ello, y el fin para que lo hice? En lo cual nos da á entender que no todos los que ven sus obras entienden el secreto y el espíritu de ellas. ¡Oh Maestro celestial, esclareced mis ojos con vuestra soberana luz, para que con viva fe crea, entienda y penetre las cosas que habéis hecho con nosotros para que de todas me aproveche para gloria vuestra!

Pondera la fuerza de aquella razón que dice Cristo: "Si yo siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, ¿cuánta mayor razón es que os lavéis los pies unos á otros, esto es, que ejercitéis unos con otros obras de humildad y caridad, pues toda mi vida he gastado en daros ejemplo de estas virtudes, para que á imitación mía os ejercitéis en ellas?

Ultimamente, pondera aquella postrera palabra:

"Si esto sabéis, seréis bienaventurados si lo hiciéreis." En que claramente enseña, que no basta saber los ejemplos de virtud que nos dió, si no los ponemos por obra; y que no es bienaventurado, ni escogido para el cielo el que los sabe, por saberlos, sino por imitarlos; pues Judas que estaba allí presente, lo sabía, y no los imitaba, y por esto era de los reprobados.

Coloquio.—¡Oh, Jesús mío, pues me has hecho merced de que sepa lo que por mí hiciste, ten por bien que ejecute todo lo que me mandaste! Confieso que no hago lo que sé, ni obro lo que entiendo, por lo cual merezco ser castigado con grandes castigos, como el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple. Perdona, Señor, mis yerros pasados, y aliéntame á la enmienda de ellos, para que sea del número de tus escogidos y llegue á ser bienaventurado gozando de Ti para siempre. Aprenda yo, Señor, de Ti la humildad y caridad; póngame como Tú y con gozo y voluntad á los pies de todos; quede por la caridad mi alma limpia de toda mancha, para que así pueda yo tener parte contigo.

Propósitos.—A la vista de un Dios que se humilla y postra ante Judas, cobra odio irreconciliable á la vanidad y á la soberbia.

JUEVES SANTO

(Segunda meditación.)

De la institución del santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Preludios.— (Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De lo que hizo Cristo N. S. antes de instituir el sacramento de su amor.

Considera cómo acabado el lavatorio de los pies de los Apóstoles, y concluído el razonamiento que Cristo N. S. tuvo con ellos, para declarar el miste-

rio que en él estaba encerrado, quiso darles otras mayores muestras del amor que les tenía, y otras más regaladas señales de que los amaba hasta el fin, no sólo hasta el fin de su vida, sino hasta el fin del mundo; y para esto quiso instituir un excelentísimo Sacramento, en el cual se quedase con ellos real y verdaderamente, mientras durase el mundo, haciéndoles un solemne y continuo convite, con darles á comer su propio cuerpo y á beber su propia sangre, con un modo maravilloso y muy regalado.

Considera lo primero, las causas por qué precedió el lavatorio de los pies á la institución de este soberano sacramento.

Primeramente, para enseñarnos la grande pureza y limpieza que han de tener los que le han de recibir y participar de este convite, procurando no contentarse con estar limpios de los pecados graves, sino, en cuanto pudieren, de los ligeros, lavando sus pies del polvo que se les pega con las aficiones terrenas; porque siendo Cristo la misma limpieza, razón es recibirle con la mayor limpieza que nos fuere posible, lavándonos con el sacramento de la confesión y con agua de lágrimas, suplicando á este Señor que El nos lave y purifique para dignamente recibirle.

La segunda causa fué, porque era costumbre, cuando uno convidaba á otro, lavarle los pies en señal de humildad y caridad; y por esto se quejó Cristo de Simón, que cuando entró en su casa á comer no le dió agua para sus pies; y debajo de esta loable costumbre, quiso significar Cristo N. S. que los que han de asistir á este convite, á imitación suya, se han de ejercitar en grandes afectos de humildad y caridad, que son las dos mejores disposiciones que pueden llevar, humillándose delante de Dios y de los hombres, y amando entrañablemente á Dios y á todos los hombres por Dios, cumpliendo con ellos las obras de piedad con reverencia y caridad.

Medita después las causas por qué precedió la cena

del cordero pascual á la cena misteriosa en que se instituyó y comió este divino Sacramento, que fueron dos principales, en que la figura y lo figurado se podían conformar.

La primera, para que entendiésemos que así como aquel cordero se sacrificaba, en agradecimiento de la merced que Dios hacía á su pueblo en sacarle del cautiverio de Faraón, y con su sangre señalaban las puertas de las casas de los hebreos, para que el ángel de Dios, que mataba todos los primogénitos de Egipto, no tocase en ellas, y con su carne se confortaban los que habían de hacer aquella jornada para comenzarla y proseguirla con esfuerzo; así también este Cordero de Dios, cuya carne y sangre está en este santísimo Sacramento, se sacrifica en la misa, en memoria y agradecimiento de la merced soberana que nos hizo el mismo Cristo en sacarnos del cautiverio del demonio por medio de su Pasión y muerte, y con su sangre y en virtud suya somos preservados de la muerte de la culpa y de la muerte eterna, y con su carne preciosa somos sustentados y confortados para salir de esta servidumbre de Egipto y comenzar con fervor la jornada de la virtud, y proseguirla hasta la vida eterna.

La segunda causa fué, para enseñarnos en la comida del cordero legal las disposiciones con que habíamos de comer este divino Cordero, figurado por él. Porque, primeramente, se ha de comer ceñidos los cuerpos con la castidad, mortificando todos los deleites sensuales de la carne, porque es Cordero castísimo y amicísimo de esta pureza virginal. Lo segundo, calzados los pies, con la guarda del corazón y de todos nuestros afectos, para que no se enloden ni lastimen con las cosas de la tierra. Lo tercero, teniendo báculo en las manos, con la confianza en la cruz de Cristo N. S., y en su protección y gobierno, haciendo obras agradables á sus ojos. Lo cuarto, comiéndole aprisa con fervor espiritual, sacudiendo

toda pereza y flojedad, comiendo este Cordero, no con tedio ni fastidio, sino con hambre y deseo grande de comerle. Lo quinto, comiéndole con pan sin levadura, y con lechugas amargas, esto es, con pureza de alma, sin corrupción de culpa, y con ejercicio de mortificación amarga á la carne. Finalmente, comiéndole, no crudo ni cocido en agua, sino asado en fuego; porque no tengo de comerle sin consideración de lo que es este manjar, ni con sola consideración fría y helada, sino con tal meditación, que encienda el fuego del amor en el corazón.

¡Oh Rey del cielo, pues quieres que me siente contigo á esta soberana mesa, dame valor para cortar todas las aficiones que me hacen indigno de ella, preparándome para este convite, como quien está de paso para ir luego al eterno, donde goce de Ti por todos los siglos! Que por la pureza, la caridad y mortificación me haga yo cada día menos indigno de recibir á Aquel á quien no son dignos de comer los ángeles del cielo.

PUNTO II

Del tiempo, lugar y compañía que escogió Cristo N. S. para instituir este santísimo Sacramento.

Consideraré por qué Cristo N. S. instituyó este Sacramento la noche de su pasión y víspera de su muerte. Quiso, en primer lugar, descubrir la grandeza del amor que nos tenía; pues cuando los hombres trataban de quitarle la vida con terribles tormentos y deshonras, El estaba instituyendo un convite celestial para darles la vida con admirables regalos y favores, del cual habían de gozar muchos de aquellos que actualmente trataban de darle la muerte. Además quiso Jesús con esto descubrir el entrañable deseo que tenía de estar siempre con nosotros, no sólo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; y así, cuando se había de apartar de nosotros, según la presencia corporal, visible y ordinaria de

su humanidad, trazó quedarse con otro modo de presencia, también ordinaria y perpetua hasta la fin del mundo, debajo de las especies de este Sacramento. La tercera causa de esta maravillosa invención del amor divino fué, para que nunca faltase en el mundo un memorial de su pasión sacratísima, y algún sacrificio ordenado para aplacar y glorificar á Dios; y como en aquella cena y con su pasión cesaba ya el memorial del cordero y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio para que fuese memorial y representación de su pasión, por el cual se nos aplicase el fruto de ella. ¡Oh Padre amantísimo, pues en tal hora me dejaste memorial tan amoroso de tu pasión y muerte, con gran memoria me acordaré de Ti hasta que la vida se me acabe!: y si me olvidare de Ti, olvidada sea mi mano derecha; y mi lengua se pegue al paladar, si de Ti no me acordare.

Considera también el lugar que Cristo N. S. escogió para instituir este Sacramento, y el misterio que en él está encerrado. Escogió un cenáculo grande y bien aderezado, ofrecido con muy buena voluntad por un hombre, cuyo nombre no se declara; y Cristo N. S. le aceptó y apropió para sus obras misteriosas. En este cenáculo se recogieron los Apóstoles con la Virgen después de la pasión; allí se les apareció Cristo después de su resurrección; allí se recogieron en oración á esperar la venida del Espíritu Santo, y allí vino sobre ellos en lenguas de fuego, y de allí salieron á predicar la ley evangélica. Y aunque este cenáculo principalmente es figura de la Iglesia católica, en la cual sola, y no fuera de ella, se puede comer este cordero, y recibir las gracias y dones que de él proceden, también lo es del alma donde Cristo N. S. entra y reside por medio de este divino Sacramento, la cual ha de ser grande y muy capaz, por los dones celestiales; ancha, por la latitud de la caridad, y amor de Dios y del prójimo; larga,

por la longanimidad de la esperanza, y adornada con todo género de virtudes, que son las joyas de la casa en que Dios mora; porque como está el cielo adornado con estrellas, así ha de estar el alma adornada con virtudes. ¡Oh Dios eterno, pues te dignas venir á esta pobre alma, mira que de su cosecha es morada pequeña, estrecha, corta y sin adorno alguno! Engrandécela con tus dones, ensánchala con tu caridad, dilátala con tu confianza, adórnala con tus virtudes, inclina esos cielos estrellados, y estampa en mí una viva figura de ellos, para que sea digna morada tuya.

Considera, por último, la compañía que escogió Cristo para instituir este santo Sacramento, y darles parte de él, que fueron sus Apóstoles. Entre ellos estuvo Judas: pondera cuán diferentemente estaban allí los once Apóstoles y este traidor; porque los once estaban presentes con el cuerpo y con el espíritu, con atención y reverencia, mirando y entendiendo lo que Cristo N. S. hacía, y recibiendo aquella comida con grandísima devoción; pero Judas estaba allí presente con sólo el cuerpo, porque con el espíritu estaba en sus malvadas pretensiones; y así, ni atendía ni entendía lo que Cristo estaba haciendo; y recibió aquel Pan de vida sin hacer diferencia de él al pan ordinario, y así no le entró en provecho, antes se le convirtió en daño, y de allí salió para vender á su Maestro y paró en muerte desastrada, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo, que quien comulga indignamente, es reo del cuerpo y sangre del Señor, como si otra vez le entregara á sus enemigos. Por lo cual muchos caen enfermos y se debilitan y aun mueren desastradamente; y así, por no hacer tal injuria á cuerpo tan venerable, he de procurar asistir á este convite como los Apóstoles, con cuerpo y con espíritu, con atención, reverencia y devoción, reparando en lo que Cristo nuestro Señor hace por mí, y en lo que yo voy á hacer cuando le recibo.

PUNTO III

Amor infinito que nos mostró Jesús en la institución de la Eucaristía.

Considera que el Apóstol san Juan para indicar el exceso de amor que mostró Jesús al dar á sus discípulos, en la última cena, su cuerpo y sangre divinísimos, dice que "sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que estaban en este mundo, amólos hasta el fin." De esta misteriosa palabra deduce las propiedades del amor que nos mostró Cristo N. S. en la institución de este sacramento.

La primera, es que nos amó como á cosa suya propia, y, por consiguiente, como á sí mismo; y en cierto modo más que á sí mismo, pues con estar cercano á la muerte, como olvidado de sí y de sus trabajos, todo se ocupó en regalarnos de este modo inefable, dándonos á comer su propio cuerpo y á beber su sangre. La segunda, es que nos amó con amor perseverante hasta el fin: amónos mientras vivió en esta vida y hasta que llegó el fin de ella, y amónos mientras vivieron hasta que llegó para ellos su fin, y amará á todos los suyos hasta el fin del mundo, y por eso quiso perpetuamente quedarse con nosotros en este sacramento del amor.

La tercera propiedad fué, que nos amó con un amor excesivo sin tasa, hasta el fin adonde puede llegar el amor, haciendo y padeciendo por nosotros lo sumo que podía y convenía hacer y padecer, y deseando mucho más sin fin, si fuera necesario para nuestro remedio, y se queda en la Eucaristía expuesto á mil ultrajes, sacrilegios y afrentas como de perpetuo Calvario, sólo por nuestro amor.

La cuarta fué, que amó á los suyos para el fin; esto es, para el fin que fueron ordenados, que es amarle y servirle en esta vida mortal y gozar de El

en la vida eterna. No los amó para darles riquezas, ni honras ó regalos temporales, porque no era este su fin, sino para darles todos los medios de su gracia, con que alcanzasen el fin de la gloria. Y amólos por sí mismo, que es principio y fin de todas las cosas, para unirlos consigo con unión de amor, en quien descansasen como en su último fin y como prenda y medio de conseguir ese fin, nos da como alimento de vida á sí mismo que es pan y vida del cielo. ¡Oh Amado mío, si te amase para el fin que me amaste! No te amo para que me des bienes temporales, sino ámote porque me amas y para que me des los bienes espirituales con que crezca en tu amor y me junte sin fin contigo, que eres mi último fin y suprema bienaventuranza.

Contempla, luego, en espíritu á nuestro Señor presente sobre nuestros altares, y después de haberlo adorado con un profundo respeto, pregúntale por qué está encerrado y como cautivo en nuestros tabernáculos hace más de diez y ocho siglos. ¿Es para rescatar al mundo? Pero si la redención se cumplió sobre el Calvario. ¿Es únicamente para conferirnos la gracia? Mas desde lo alto del cielo puede Jesucristo santificarnos, sin necesidad de su presencia en la tierra. ¿Por qué, pues, se queda en medio de nosotros? Porque nos ama hasta los límites del amor, y porque sus delicias son estar con los hijos de los hombres.

¿Y cómo quiere habitar entre nosotros? Quiere habitar bajo los velos del Sacramento, por miedo de que su gloria no nos aleje de su persona por temor ó por respeto. Quiere habitar, no en una sola ciudad, no en un solo santuario, sino en todos los templos de la Iglesia, á fin de que no haya ninguno de sus hijos que no pueda gozar de su conversación. En fin, quiere habitar en nuestros templos, no en ciertos días y sólo en ciertas solemnidades, sino todos los días, á todas horas y en todos los momentos, á fin de que no haya nadie en su familia que no pueda venir en

todo tiempo á pedirle y recibir luces, fuerzas y consuelos.

¡Qué felicidad para nosotros vivir así en la compañía de Jesucristo! No tenemos, pues, nada que envidiar á los Apóstoles, á los discípulos, á los habitantes de la Judea, á todos los que poseyeron al Salvador en los días de su vida mortal. Entre ellos y nosotros no hay más que una diferencia, y es, en cierto modo, ventajosa para nosotros; poseían á Jesucristo, pero en el estado de abatimiento y nosotros le poseemos en el estado de su gloria. No lo poseían sino por intervalos, porque Jesucristo se retiraba á menudo á la soledad para huir la conversación de los hombres, nosotros le poseemos constantemente, podemos gozar de su presencia á toda hora, tan á menudo y tan largo tiempo como deseemos. Nuestra felicidad es tan grande, que puede compararse á la de los elegídos en el cielo, porque este Jesús cuya posesión hace la bienaventuranza de los Santos, es el mismo que poseemos en la tierra, y no reside en el cielo más realmente que en nuestros santuarios en este divinísimo Sacramento.

Coloquio.—¡Oh Sacramento admirable! ¡Oh beneficio inestimable! ¡Oh amor incomprensible! ¡Oh pan de los ángeles y manjar del cielo, dispuesto para el sustento y esfuerzo de los hombres que van peregrinando por el mundo, con aquel excelentísimo fuego de caridad que descubriste, Señor, en tu Pasión, con tanta fuerza y eficacia que hace de los hombres ángeles y de los terrenos celestiales, transformándolos en amor de quien los tuvo tanto amor! ¡Oh palabras dignas de ser recibidas con toda fe, agradecimiento y reverencia! Que Tú, Señor, que no sabes ni puedes engañar, digas por tu boca: Tomad y comed, que este es mi cuerpo: bebed todos de este cáliz, que esta es mi sangre. ¡Oh grandeza de liberalidad! ¡Oh dádiva digna de Dios! ¿Qué podré yo, Señor, daros por este beneficio sino decir con todo el afecto de mi corazón: Ved aquí, Señor, este es mi cuerpo, el cual

ofrezco por Vos á dolores, enfermedades, cansancios, fatigas y penitencias; y esta es mi sangre, la cual desde luego os ofrezco para derramarla, si Vos fuereis servido, por vuestra gloria; y esta es mi alma, criatura vuestra, sujeta y rendida á toda vuestra voluntad.

Propósitos.—Procura vivir con tal pureza de corazón y tal odio á las culpas más pequeñas, que merezcas comulgar con frecuencia.

JUEVES SANTO

(Tercera meditación.)

Del sermón que Cristo N. S. hizo después de la cena.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Jesucristo, como divino Maestro, exhorta á sus discípulos á actos heroicos de virtud.

Considera cómo acabada la cena, hizo Cristo N. S. á sus Apóstoles un excelentísimo sermón, en el cual ejercitó maravillosamente los tres principales oficios que tuvo, de maestro, consolador y abogado. Como maestro, les exhortó á heroicos actos de virtud; como consolador, les hizo grandes promesas para su consuelo, y como abogado, rogó por ellos á su Eterno Padre.

Empieza Jesús recomendando el amor de Dios con dulcísimas razones y palabras: "Como el Padre me amó, así os he amado; permaneced en mi amor.„ Esto es: el amor que os he tenido, no es como quiera, sino como el amor que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado. Permaneced, pues, en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo, para que yo por vuestra culpa no deje de amaros; y procurando también amarme como yo os amo,

porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor mueve á ser amado.

Pero este amor se debe descubrir en la obediencia y guarda de sus mandamientos. "Si me amáis, guardad mis mandamientos; el que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo; si alguno me ama, guardará mis palabras y mi Padre le amará, y ambos vendremos á El y haremos morada en El." En las cuales palabras nos enseña que el verdadero amor de Dios no está ocioso, ni vive á su libertad, sino trabaja por cumplir la voluntad de Dios, y en esto se encierran tres grandes bienes. Ser amado del Eterno Padre con especiales señales de amor, que el Padre y el Hijo, y, por consiguiente, el Espíritu Santo, moren en su su alma, y que Cristo se les manifieste así en esta vida por la luz de la fe, muy esclarecida con la gracia de la contemplación, como en la otra, por la visión beatífica, con que se ve á Dios claramente.

Después del amor de Dios encarece Jesús á sus discípulos el amor del prójimo, al cual exhortó tres veces en este sermón, con palabras muy encarecidas. La primera vez les dijo: "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos á otros como Yo os amé, y en esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviéredes amor unos con otros." Llama á este mandamiento nuevo, porque El lo renovó, y lo perfeccionó y lo puso como fundamento de la ley nueva, que toda es ley de amor, y por él somos semejantes al Adán nuevo; y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios, por la adopción de Cristo, y porque nos pone nuevo dechado y ejemplo de amor. La segunda vez les dijo: "Este es mi precepto: que os améis unos á otros como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar la vida por sus amigos." En las cuales palabras al mandamiento del amor que llamó nuevo, llama ahora

suyo; porque aunque los demás sean también suyos, pero éste lo es por excelencia. Es suyo, porque en él funda su ley, y se preció de guardarle perfectísimamente, y porque le estima en más que á los otros, y con él hace á los hombres suyos, sus hijos, sus amigos y sus fieles siervos. Finalmente, es precepto suyo porque El mismo se pone por dechado de este amor, cuya suprema perfección consiste en dar la vida, si fuere menester, por sus amigos, esto es, por aquellos á quien ama, como El la dió por nosotros.

Por último, les dijo: "Esto os mando: que os améis unos á otros.„ En las cuales palabras da á entender, que todos los mandamientos están cifrados en este del amor, y por esto dijo, os mando, que os améis; porque si os amáis, con esto cumpliréis todos los demás, porque el cumplimiento de la ley, es el amor. Tres veces repite este precepto, para que esté más firme en el corazón, y todas tres le llama precepto, con no haber usado de este vocablo, cuando les encargó que le amasen; como quien dice: Para que me améis no será menester diga yo que os lo mando, porque el amor que os tengo y los bienes que os he hecho, están diciendo que me améis; mas para que améis á vuestros prójimos, quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuidéis en este amor.

Después de encargar Jesús en su divino sermón el amor á Dios y al prójimo, otras tres veces exhortó al ejercicio de la oración, declarándoles la confianza y las demás condiciones que habían de acompañarla. Lo primero les dijo: "Cualquier cosa que pidiereis en mi nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; y si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, también la haré.„ En las cuales palabras nos enseña, que la oración con la fe viva, y esperanza cierta en su palabra, es poderosa para alcanzar del Padre Eterno y del mismo Cristo fuerzas y poder para hacer obras maravillosas, semejantes á las que

El hizo en este mundo, así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice, que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entendamos cuán de buena gana lo cumplirán ambos.

Después añadió: "Si permaneciereis en Mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisiereis pediréis, y dárseos ha.„ En las cuales palabras nos enseña la maravillosa eficacia de la oración, con la unión á Cristo por amor, y por obediencia á sus palabras. En manos de la voluntad, unida de esta manera con Cristo, se pone el querer y el pedir; y el mismo Cristo N. S. se obliga á conceder lo que pidiere; lo cual se entiende cuando quiere y pide, movida de esta divina unión, y según ella, la cual nunca quiere más de lo que Dios quiere, ni pide, sino lo que da gusto á Dios, porque no tiene voluntad propia sino la de Dios toma por suya; y por esta razón dice santo Tomás, que siempre se cumple la oración de los que de esta manera oran. ¡Oh Dios de mi alma! concédeme que siempre esté unido contigo, y tus palabras y preceptos estén en mi corazón, amándolos y cumpliéndolos perfectamente; porque cierto estoy que si te amo y obedezco, y concierto mi querer conforme á la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidiere me darás, porque gustas de hacer placer á quien te le hace, y de cumplir la voluntad del que siempre cumple la tuya.

Por último, les dijo: "De verdad, de verdad os digo, si alguna cosa pidiereis al Padre en mi nombre, El os la dará; hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno„. En las cuales palabras, con grande aseveración, les hace una solemne promésa de que se les dará cuanto pidieren en su nombre, y luego les exhorta á que usen de ella para que, por la experiencia, prueben su verdad y se gocen enteramente cuan-

do la vieren cumplida. ¡Oh Redentor del mundo, que tan liberal eres en prometer y tan fiel en cumplir lo que prometes! Gracias te doy por esta liberalidad y fidelidad que en todo muestras; suplícote me des gracia para que te pida lo que me mandas pedir, y con el modo que quieres que lo pida, para que mi gozo sea lleno, recibiendo lo que pido y gozándome con tus dones, y mucho más contigo, dador de ellos, porque nunca mi gozo será lleno si no es teniéndote á Ti, que eres mi sumo gozo, por todos los siglos.

PUNTO II

Cristo, divino consolador, da á los Apóstoles consuelos para sus trabajos.

Considera cómo gran parte del sermón gastó Cristo N. S. en animar á sus Apóstoles y consolarlos en los trabajos presentes y en otros que después habían de padecer en el mundo, exponiéndoles muchas razones para consolarlos y alentarlos á sufrir con paciencia las persecuciones que sufrieran. La primera razón fué el ejemplo que el mismo Cristo padeció: "Acordaos, dice, de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor ó más privilegiado que el Señor; si á Mí persiguieron, también perseguirán á vosotros. Echaros han de las sinagogas, y vendrá hora en que quienquiera que os matare piense hace servicio á Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa.„ ¡Oh dichosos trabajos, cuya causa es Cristo, y por los cuales somos semejantes á Cristo! No quiero, Señor mío, privilegio de exención de trabajos, pues siendo yo vuestro siervo, es grande honra mía pasar por la ley que pasó mi Señor.

Además, que ser perseguidos por Cristo es señal y prenda de que no son del bando abominable del mundo, y, por consiguiente, que son del bando de Cristo y de sus escogidos. "Si el mundo, dice, os aborrece, sabed que primero me aborreció á Mí. Si fuereis del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas porque

no sois del mundo, sino Yo os escogí y saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo.„

También les hace esperar que estos trabajos y "tristezas se convertirán pronto en gozo„. "Tenéis grandes trabajos haciendo lo que os mando, porque se levantarán grandes persecuciones contra vosotros; pero eso mismo que os diere tristeza, será ocasión de alegría tan grande, que os haga echar en olvido la tristeza pasada por el fruto que de ella cogisteis; el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpetuo, "porque ninguno os lo podrá quitar.„

Y que en medio de los trabajos de esta vida vendrá Cristo N. S. á visitarnos y ayudarnos, y así dice: "No os dejaré huérfanos, Yo volveré á vosotros; no se turbe vuestro corazón, ni tema, pues os he dicho que voy y vengo á vosotros; un poco no me veréis, y de ahí á poco me veréis, y se gozará vuestro corazón, y ninguno os podrá quitar el gozo que Yo os diere.„

Otra razón es que, aunque sean atribulados, son amados del Padre Eterno. "Cuando Yo, dice, no rogara por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amasteis y creisteis que salí de Dios.„ Como quien dice: No os turbéis ni temáis, ni perdáis la confianza y el ánimo en medio de los trabajos que padecereis por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama por el amor que mostráis en padecer por mí; y si el Padre os ama, El os amparará y consolará, pues un Padre tan amoroso y poderoso no puede faltar al consuelo de sus hijos.

La última razón de consuelo es por las grandes prendas de confianza que tenemos para salir con la victoria de todos los enemigos que nos persiguen. "En el mundo, dice, tendréis apretura, pero confiad, que Yo vencí al mundo„. Yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y á la muerte; y en virtud de mi victoria podéis segura-

mente confiar que venceréis, pues yo vencí para vosotros y estoy en vosotros peleando para vencer. Gracias te doy, Padre Eterno, por la victoria que nos das por tu Hijo Jesucristo, y pues tuya ha de ser la victoria y la gloria de ella, no quiero dudar ni desconfiar de que podré alcanzarla. ¡Oh Padre amantísimo, no quiero otro consuelo en la tierra, sino saber que me amas; porque si me amas, nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar!

PUNTO III

De la oración que Cristo N. S. hizo á su Padre al fin del sermón de la cena.

Considera en esta oración de Cristo N. S. un vivo y perfectísimo ejemplo de todas las cosas que han de concurrir en una oración fervorosa y excelente, cuanto á las personas por quien se ha de orar, y las cosas que se han de pedir, y los títulos que se han de alegar, y el orden que en esto ha de haber. Tuvo esta divina oración tres partes; porque primero oró en cuanto hombre por sí y por sus cosas, luego oró por sus Apóstoles, que tenía presentes y estaban á su cargo, y después por todos los escogidos, y por todos los fieles que había de haber hasta el fin del mundo.

Estando, pues, Cristo N. S. en pie en presencia de sus Apóstoles, levantando los ojos al cielo, con voz clara, oró á su Padre por sí mismo, diciendo: "Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique á Ti„. Pondera la reverencia interior y exterior con que Cristo N. S. oraba, lo que pidió en esta oración, es á saber: que fuese clarificado para que se descubriese que aunque padecía cosas tan ignominiosas, era Hijo de Dios. Pide además, ser clarificado con la claridad y gloria de la resurrección y ascensión á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y para que se entendiese que no pedía esto por

su propia honra, añade: "Pídolo, Padre, para que tu Hijo te clarifique á Tí, esto es, para que por mi gloria y en ella seas glorificado; y para que yo, después de glorificado por Tí, de nuevo te clarifique y publique tu gloria á mis discípulos y por ellos á todo el mundo."

De esta oración de Cristo N. S. tengo de usar en muchas maneras. Unas veces pidiendo al Padre Eterno glorifique á su Hijo en todo el mundo, entre todos los infieles, dándoles luz para que le crean y glorifiquen como á Hijo suyo, para que con esto sea el mismo Padre más glorificado, y con este espíritu le diré muchas veces: Padre, clarifica á tu Hijo unigénito Jesucristo, para que Tú seas en El y por El clarificado en todo el mundo.

Luego se ha de considerar la oración que Cristo N. S. hizo por sus Apóstoles, en la cual primero declaró por quién rogaba, diciendo á su Padre: "No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque son tuyos." Llama mundo á la muchedumbre de los reprobados, rebeldes á Dios y á su ley, los cuales, por su culpa, se hacen indignos de que Cristo N. S. ore por ellos, cuanto á la eficacia de su oración, la cual no tiene en ellos efecto.

Después de esto pidió Cristo N. S. para sus Apóstoles tres cosas excelentísimas. La primera fué diciendo: "Padre santo, en tu nombre y por tu gloria guarda éstos que me diste para que sean una cosa como yo y Tú lo somos." En las cuales palabras pide al Padre Eterno que mire por ellos y los conserve, dándoles unión de caridad perfectísima, y á semejanza de la que el Padre y el Hijo tienen en unidad de esencia. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un mismo sentir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando solamente lo que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta unión con Dios, quedarán también unidos entre sí.

La segunda cosa que pide, es los libre de todo lo que es contrario á esta divina unión, diciendo: "No te ruego que los saques del mundo, sino que los libres del mal.„ Que es decir: en el mundo han de padecer grandes persecuciones y trabajos; no te pido, Padre mío, que los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo, esto es, del pecado, de la desunión y discordia, del demonio y de todo mal eterno, de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo.

La tercera cosa que pide es les dé la plenitud de todas las virtudes, diciendo: "Santificalos en verdad; pues yo me santifico por ellos, para que ellos queden santificados en verdad.„ Que es decir: no solamente los libra del mal, sino santificalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes á la verdad que yo les he predicado, pues yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa por hacerlos santos.

Ultimamente, considera la oración que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos los bienes de gracia y la vida eterna. "No ruego solamente por éstos, sino por todos los que por su predicación han de creer, para que todos sean una misma cosa; y como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste.„ De donde consta que oró por todos los que ahora vivimos en su Iglesia, y, por consiguiente, que oró por mí mismo; porque á todos y á cada uno, y á mí también, nos tenía tan presentes como á los que estaban en aquel cenáculo, y para todos pidió esta unión de caridad perfectísima con Dios y entre sí, al modo dicho; la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mundo, y para que los infieles creyesen que Cristo era Dios, pues tenía discípulos tan unidos en caridad.

Lo segundo que pidió, fué: "Padre, quiero para los que me diste, que adonde Yo estoy allí estén ellos

conmigo, para que vean la claridad que me diste.„ Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la unión de caridad y perfección en esta vida, sino que después de ella estén conmigo en el cielo, donde yo estoy, gozando de mi compañía, para que vean la claridad que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista.

Coloquio.—¡Oh Amador dulcísimo, con qué eficacia orabas cuando esto decías, pues hablando con tu Padre interpones tu suprema autoridad y la igualdad que tienes con El, diciendo: "Padre, quiero que donde yo estuviere, estén mis discípulos!„ ¿Quién podrá ir contra ese querer tuyo, pues lo que Tú quieres eficazmente, todo se cumplirá? ¡Oh, quién estuviera donde Tü estás! Bien sé que estás en todo lugar, donde están buenos y malos; pero no todos están contigo, gozando de tu dulce compañía. Concédeme que siempre esté yo donde estás Tú, viéndote en esta vida por fe muy esclarecida, y después con clara vista en tu gloria.

Propósitos.—Ora siempre con la humildad, la confianza y la constancia con que hace Cristo N. S. esta soberana y divina oración.

VIERNES SANTO

(Primera meditación.)

De los misterios que se encierran en Cristo crucificado.

Preludios.—**Represéntate el Calvario y en él á Jesucristo enclavado en la cruz, y pídele una viva contrición de tus pecados y un tierno amor de Jesucristo que muere por nosotros.**

PUNTO I

Mira á Jesús crucificado como tu Salvador y Redentor.

Puesto á los pies de la cruz y levantando los ojos del alma al que está puesto en ella, para conocer y penetrar todo lo que allí hace y representa, tengo de

considerar: Lo primero, quién es el que está allí crucificado, ponderando el motivo que hubo para ello de su parte, que fué su sola bondad y misericordia, y de la nuestra, que fué el remedio de nuestra miseria. Levanta, pues, ¡oh alma mía!, tus ojos desde la cruz al cielo, y desde aquel trono de ignominia que está en el monte Calvario, al trono de gloria que está en el cielo empíreo, y considera la infinita majestad de aquel Señor que está crucificado, cómo es Dios eterno é inmenso, cuya silla es el cielo y la tierra es estrado de sus pies, el cual está sentado sobre los querubines y anda sobre las plumas de los vientos. Es sumamente sabio y todopoderoso, por quien fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, ángeles y hombres. Y como dice Isaías, sustenta con tres dedos la redondez de la tierra, porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva.

Y después que hubieres considerado esto, baja tus ojos á mirar la extremada bajeza y miseria de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando cómo su afligido cuerpo está sustentado con tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse mover de una parte á otra, los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparación de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza, y cubriendo como los serafines lo alto y lo bajo de tu Redentor por no alcanzarlo, dirás con grande afecto: Santo, Santo, Santo eres, Señor Dios de los ejércitos: tres veces eres santo por los tres dedos con que sustentas el mundo, y tres veces santo, por los tres clavos que sustentan tu cuerpo en la cruz; y mucho más por otros tres con que Tú mismo te has clavado en ella; uno de amor á los hombres, otro de obediencia á tu Eterno Padre, y otro de celo por su gloria,

y de nuestro bien, los cuales te tienen asido más fuertemente que los de acero. Gracias te doy, Redentor soberano, por este amor, obediencia y celo con que estás fijado en tu cruz. Suplícote, Señor, que me claves con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre te ame más que á mí, y obedezca á tu voluntad, sin hacer caso de la mía, y cele tu honra y mi salvación eterna, sin cuidar mucho de lo que presto se pasa. Y si estos clavos no me tuvieren bien fijo, enclava Señor, mis carnes con los clavos de tu santo temor, haciendo que tema tus ocultos juicios, tu rigurosa justicia y mi eterna condenación, de modo que me libres de ella.

PUNTO II

Mira á Jesús crucificado como sumo Sacerdote y víctima por los pecados del mundo.

Lo segundo, tengo de considerar cómo este Señor que está en la cruz, es aquel gran Sacerdote según el orden de Melquisedec, supremo Pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios con más excelencia que Aarón, príncipe de los pastores y obispo vigilantísimo de nuestras almas, el cual subió á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el más excelente que jamás se ofreció en la tierra.

Las insignias de este sumo Sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por mitra tiene una corona de espinas, fija en su cabeza, porque es cabeza perpetua de la Iglesia y Sacerdote eterno que nunca se ha de acabar. El báculo pastoral es la cruz. Los anillos son los clavos de las manos. La vestidura sacerdotal de varios colores, es su carne, labrada con varios cardenales y llagas causadas de los azotes. De esta manera entró nuestro buen Jesús una sola vez en el *Sancta Sanctorum* á ofrecer sacrificio, no de animales sino de sí mismo; no por sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio común que se divida, sino holocausto que todo se abrase con fuego de dolor y

con fuego de amor, derramando toda su sangre en remisión de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz. ¡Oh sumo Sacerdote, cuán caro te cuesta aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no te contentas con ofrecer carne y sangre de animales, sino tu propia carne y sangre unidas con tu divinidad, y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como la tuya para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra. Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio, para que Dios quedase del todo contento y aplacado. ¿Qué te daré, oh supremo Pontífice y pastor de mi alma, por este sacrificio que estás ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir á este tu sacrificio sangriento y ofrecerte un sacrificio de mi corazón contrito y humillado: contrito, por los pecados que cometí contra Ti, y humillado por ver los dolores y afrentas que padeces por mí. Y además de esto, te ofreceré otro sacrificio de alabanza, por lo mucho que haces por mi salud, con propósito de hacer lo posible por tu servicio. Acepta, Señor, estos sacrificios, vísteme de las insignias de tu sacerdocio, y hazme semejante á Ti en lo mucho que padeces por mí.

PUNTO III

Mira á Jesús crucificado como á tu doctor y Maestro.

Lo tercero, tengo de mirar á Jesucristo crucificado, como á doctor y Maestro, enviado por el Eterno Padre al mundo para enseñarnos los caminos de la verdad y virtud, y las sendas de la santidad y perfección; el cual, habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube á la cátedra de la cruz, y allí hace un epílogo de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfección. Porque así como cuando comenzó á predicar se subió á un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca y les predicó las ocho bien-

aventuranzas, que son ocho actos heroicos de virtud en que se funda la perfección evangélica, así ahora sube al monte Calvario y puesto en la cruz predica estas mismas virtudes con la mayor excelencia que jamás las ejercitó. Y habiendo ponderado su pobreza, humildad y las demás, he de imaginar que Dios N. S. me dice aquellas palabras que dijo á Moisés: "Mira y obra según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte„; esto es, mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra según ellas, aprendiendo la lección que te ha leído. Estudia en ese ejemplar divino de todos los Santos el amor á la pobreza, á la obediencia, á la abnegación, á los desprecios, á toda perfección en su grado infinito, y acuérdate que para ser de los predestinados, es preciso parecerse á Jesucristo y este crucificado. Ponte, pues, oh alma mía, á los pies de la cruz, y oye con atención la lección que te está leyendo Cristo crucificado; y pues le cuesta tanto el leerla, no seas perezosa en oirla y repetirla; imprímela en tu corazón, y ponla luego por obra, con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol: "No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sino á Cristo, y éste crucificado„.

Coloquio. — ¡Oh Maestro soberano, que dijiste: "Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á Mí„; trae mi memoria para que piense siempre lo que ahí me enseñas, y mi entendimiento para que lo penetre, y mi voluntad para que ame, y todo mi espíritu para que lo imite! ¡Oh Virgen sacratísima, y discípulo amado del Señor, que estando al pie de la cruz oisteis esta soberana lección y os aprovechasteis altamente de ella, suplicad á este soberano Maestro la estampe en mi corazón, como la estampó en el vuestro!

Propósitos.—Ya que en todas partes ves y tienes el crucifijo, en todas partes míralo como tu modelo, adóralo y ámalo como á tu Salvador y témelo como á tu Juez.

VIERNES SANTO

(Segunda meditación.)

De la lanzada en el costado de Cristo N. S.

Preludios.—Mira cómo un soldado abre con una lanza el sacratísimo costado y corazón de Cristo, y pide que esa llaga sacratísima sea tu dulce morada en el tiempo y en la eternidad.

PUNTO I

Del amor de Cristo en permitir fuese abierto su corazón.

Considera cómo fué tan infinito el amor que nos tuvo Cristo N. S., que no se contentó con que sus espaldas fuesen abiertas con azotes, su cabeza con espinas, sus manos y pies con clavos, sino también quiso que su costado fuese abierto con la lanza, con tal abertura que penetrase hasta su corazón; ordenando esto en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano había cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho más con el corazón, de donde, como el mismo Señor dijo, salen las cosas que manchan al hombre y le condenan.

También por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesús la infinita caridad y amor que nos tenía, y cómo todo cuanto había hecho y padecido por nosotros había sido por puro amor y con amor. ¡Oh amantísimo Jesús y Redentor mío, hermano y esposo de las almas castas! ¿Con qué te pagaré las llagas que recibiste por mi amor? Llaga, Señor, mi corazón con llagas de amor y de dolor, para que te ame por lo mucho que me amaste, y me compadezca de lo mucho que por mí padeciste. Dame, Señor mío, licencia para que entre por la abertura de tu costado, para que, en ese horno de fuego que arde dentro de tu corazón, sea yo todo abrasado con tu amor.

También quiso este dulcísimo Amador que fuesen

abiertos sus pies y manos con los clavos, y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta Piedra viva fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditación de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugar de refugio á los pecadores espinados con las espinas de sus pecados, y como cueva donde pueden esconderse de la ira de Dios los qué le han injuriado. Son también como soledad espiritual, donde se recogen los que viven cansados del bullicio del mundo, y como palomas desean huir y alejarse adonde hallen algún descanso; y, finalmente, son como nido en donde moran, con paz y seguridad, los que de corazón desean estar siempre unidos con Cristo, á los cuales convida y llama, diciendo: "Levántate, date prisa, amiga mía y esposa mía; ven, y mora en los agujeros de la piedra y en la hendidura de la pared.„ ¡Oh amado de mi alma! Pues abrís vuestras llagas para que yo more en ellas, y me convidáis á ello, yo me determino con vuestra gracia de hacer para mí tres tabernáculos y moradas, no en el monte Tabor, sino en el monte Calvario.

Un tabernáculo será en las llagas de vuestros sacratísimos pies, ocupándome en meditar vuestros pasos, para saber por dónde tengo de caminar para la vida eterna, sintiendo juntamente los dolores que en ellos padecisteis. El otro será en las llagas de vuestras manos, considerando siempre vuestras obras y los tormentos que sufristeis por hacerme bien con ellas. Pero el tercero, y más ancho, será en la llaga de vuestro costado, contemplando continuamente la insaciable caridad con que me amasteis y os ofrecisteis á hacer y padecer todo lo necesario para mi remedio. En estos tabernáculos quiero estar de día y de noche; aquí quiero dormir, comer, leer, negociar

y orar, mezclando cuanto hiciere con la consideración de vuestras amorosas y dolorosas llagas. Mas porque yo no tengo alas para volar á ellas, dadme, Dios mío, alas como de paloma, pensamientos y aficiones puras, con las cuales como paloma medite y gima vuestros dolores y mis pecados, gimiendo también y suspirando por verme siempre unido con Vos con unión de perfecto amor. ¡Oh Pastor soberano! Pues sois la puerta por la cual entran vuestras ovejas y hallan pasto de vida eterna, tened por bien que yo entre por la puerta de vuestro costado, para que halle pasto de luz y amor con que apacentar mi alma.

PUNTO II

De la sangre y agua que salió del sagrado costado de Cristo.

Considera que el misterio de esta sangre y agua que manó del costado de Cristo N. S., fué uno de los principales fines porque quiso fuese abierto con la lanza. Las causas de este misterio fueron: La primera, para declararnos su inmensa largueza y caridad en darnos toda su sangre, sin reservar gota de ella, porque esa poca que había quedado en el corazón, donde no llegaron las espinas ni los clavos, quiso que saliese siendo punzado con la lanza. ¡Oh Salvador mío!, ¿qué te daré yo por esta liberalidad tan pródiga, si pródiga se puede llamar la que con tanto acuerdo y providencia se derrama? Toma, Señor, mi corazón y cuanto está dentro de él; toma toda su sangre y todos sus espíritus vitales, para que todos se ocupen en amarte, y mi sangre hierva en deseo de servirte.

La segunda causa fué para declararnos la eficacia de su pasión y muerte, para lavar nuestros pecados y purificarnos en virtud de su sangre con el agua de su gracia, y con ella juntamente apagar el ardor de nuestras codicias y hartar la sed de nuestros deseos. ¡Oh dulcísimo Salvador!, ahora confieso que Tú eres

la fuente de David, de cuyo costado, patente y abierto, mana continuamente agua y sangre para lavar las manchas sangrientas de nuestras culpas. Tú eres la piedra viva y pedernal de fuego, la cual siendo herida en el costado con la lanza, brota abundantísimas aguas, para refrescar á los que en el desierto de este mundo perecen de sed. ¡Oh fuentes del Salvador, abiertas en sus pies, manos y costado!; con grande gozo acudo á vuestros caños por agua de salud que me lave y limpie, sane y salve. Ea, Salvador dulcísimo, pues tenéis patentes estas fuentes, brotad por ellas agua y sangre que lleguen hasta lo íntimo de mi corazón; él sea el vaso donde se deposite, para que con tan precioso licor quede puro, santo, sano y salvo.

De aquí procede la tercera causa, para significar que del costado de Cristo, muerto en la cruz con tanto amor, saldrían los Sacramentos de la nueva ley, con virtud de lavar y santificar las almas, especialmente el sacramento del Bautismo y el de la Penitencia, que es bebida de lágrimas, figurado por el agua, y el santísimo Sacramento del altar, figurado por el agua y sangre, en cuya memoria en el cáliz se mezcla agua con el vino; y así cuando yo voy á recibir estos sacramentos, y sobre todos este divinísimo Sacramento, tengo de imaginar que me llego al costado de Cristo N. S. á beber del agua y sangre que salió de él, y á participar de las gracias y dones que manan de las fuentes del Salvador.

PUNTO III

Cómo brotó la Iglesia del costado divino del Salvador.

Considera que la causa por la cual quiso el Salvador que se abriese su costado fué para significar que como de la costilla de Adán, estando dormido, fué formada Eva, así de su costado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, saldría la Iglesia como otra Eva, madre de los verdaderamente vivientes, la

cual fuese hermosa, sin tener mancha ni arruga, ni otra fealdad, porque con el agua y sangre del mismo costado se lavaría y alcanzaría esta hermosura.

De esta manera fué formada la Iglesia del costado del Señor que estaba recostado en la cruz, en figura de lo cual fué formada la primera mujer del lado del varón cuando estaba durmiendo. Y aunque estaba Adán oprimido con profundo sueño, salió Eva viva y despierta, y fué llamada madre de todos los vivientes. Este fué ciertamente un gran misterio en el que estaba representada la unión de la Iglesia con Jesucristo, el cual estaba echado en la cruz, y la cabeza inclinada con figura y disposición de quien dormía, y de su costado abierto salió la sangre y el agua con que fué formada y hermoseada su Esposa. Estando el Señor muerto salió la Iglesia viva, y madre de todos los que viven por virtud de la muerte de Cristo S. N. ¡Oh muerte con que resucitan los muertos! ¡Oh herida con que sanan las heridas! ¡Oh sangre con que se lavan los que no están limpios! Este es el consuelo de los tristes, el esfuerzo de los tentados, el refugio de los afligidos. Por esta puerta entran y salen las abejas santas á fabricar sus panales en lo secreto del Corazón de Jesús. Este es el agujero de la piedra, donde tienen refugio los erizos, y adonde vuelan los que tienen las alas como de paloma, para hallar allí su descanso y su guarida. Esta es la puerta que mandó Dios á Noé que hiciese en el lado de su arca, para que entrasen por ella los animales privilegiados que no habían de perecer en el diluvio. Esta es la puerta abierta de la ciudad de refugio, donde se guarecen los delincuentes de la ira de Dios. Esta es la puerta dorada y hermosa del verdadero templo de Dios, donde los mendigos y enfermos alcanzan siempre salud y misericordia. Esta es la puerta del paraíso, que se cerró por el pecado del primer Adán y se abrió por los merecimientos del segundo, el cual había dicho de sí: "Yo soy la puerta; por Mí, si alguno

entrare, será salvo.„ Esta es la puerta de que tienen la llave dorada los amigos regalados y favorecidos de Dios. ¡Oh, cuán de veras desprecian las puertas de los reyes, y los favores y privanzas de los príncipes, los que tienen licencia de entrar por esta puerta á la bodega de los vinos preciosos y á la recámara secreta de Dios! *Haec porta Domini; justi intrabunt per eam.* Esta es la fragua donde hay fuego perpetuo y muy encendido con que se abrasan nuestros corazones, y se van labrando conforme á la imagen de Dios. Este es el testimonio del amor fervoroso y excelente caridad de nuestro Salvador, tener no solamente los brazos abiertos para recibirnos en ellos, sino también abierto el Corazón para recibirnos en él.

Y si el Apóstol decía que su corazón estaba dilatado, y que todos los fieles cabían sin estrechura en él, ¿cuán ancho y cuán espacioso será el Corazón de Jesucristo para abrazarnos á todos en su incomprensible caridad dentro de él? ¡Para morada tan ancha y tan gloriosa era menester que correspondiese en su costado una puerta tal que nos convidase á entrar por ella! Este es el racional del Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, que en sólo una piedra tenía, no sólo escritos doce nombres, sino en la verdad á todos los hombres. Y aunque recibió esta herida después de muerte, para que nunca se cerrase, la conservó después de vivo para ornamento de su cuerpo glorioso y resucitado, y para fuente de luz y de amor. Por eso, tocando el Apóstol santo Tomás en esta llaga, y poniendo sus dedos dentro de ella, se le encendió súbitamente una resplandeciente antorcha de fe en su entendimiento, y un abrasado fuego de amor en su voluntad.

¡Oh, qué suavemente regala, y qué regaladamente atrae, y con cuánta fuerza embriaga el Señor á sus escogidos con el licor soberano que mana de esta divina fuente! ¡Qué altamente favorece á sus amigos,

dándoles puerta por su costado para entrar á lo íntimo de su Corazón, y abrazarlos en él con brazos de estrecha amistad y de familiar comunicación! ¡Estos sí que son amores y favores, no los que dan los hombres! Por esto el Señor, para recoger y acariciar á sus Apóstoles que andaban medrosos y descarriados, cuando después de resucitado se les aparecía, les mostraba luego las manos y el costado, porque en él veían las señales y prendas de amor con que los amaba á ellos y á toda la Iglesia. Que si antiguamente decía: Heriste mi Corazón, hermana mía, heriste mi Corazón; ahora no le tenía solamente herido, sino del todo abierto, para que constantemente podamos entrar por él.

Coloquio.—¡Oh Salvador amabilísimo, que mereciste con dolores las aguas que tengo de sacar con gozo del manantial de tu Corazón! No me cierres sus caños, como mi grande ingratitud merece, porque de hoy más propongo con tu ayuda acudir á ellas, no con tedio, sino con muy grande gozo; no con tibieza, sino con grande fervor; no de tarde en tarde, sino muy á menudo, procurando sacar de ellas, no agua, sino aguas, llenando mi alma con abundancia de muchas gracias y virtudes, para gloria tuya. Dame un lugar de refugio y un lecho de descanso en la llaga de tu Corazón. Que sea ella el puerto de mi salud, el santuario de mi oración, el imán de mis amores y mi consuelo, aliento y esperanza, en la vida y en la muerte.

Propósitos.—En todas tus penas y trabajos, en tus peligros y tentaciones, en tus dudas y esperanzas, busca refugio seguro en la llaga del costado de Cristo N. S.

VIERNES SANTO

(Tercera meditación.)

De los milagros que sucedieron en muriendo Cristo N. S.

Preludios.—Contempla densas tinieblas, el sol eclipsado, la tierra sacudida desde sus cimientos, las tumbas que se abren, los muertos que se levantan, el velo del templo que se rasga y toda la naturaleza que llora la muerte de su Criador, y pide no ser tú más duro que las piedras que se hienden sino llorar con lágrimas de contrición á Jesús, muerto por tus pecados.

PUNTO I

Rásgase el velo del templo en la muerte del Salvador,

Considera cómo después que Cristo N. S. murió, demás de las tinieblas que habían precedido, sucedieron otros milagros para tres fines; para declarar la gloria del que moría, la maldad de aquel pueblo que le crucificaba, y para significar los admirables efectos que se seguirían de su muerte. El primer milagro fué que el velo del templo se rasgó en dos partes. Las causas de esta división fueron principalmente dos: La primera, porque así como el sumo sacerdote Caifás, cuando oyó decir á Cristo que era Hijo de Dios, juzgando que era blasfemia, rasgó sus vestiduras en señal de dolor y pena, así el mismo Dios rasgó el velo de su templo en señal de la blasfemia y sacrilegio horrendo que cometió aquel pueblo injuriando y crucificando á su Hijo. ¡Oh alma mía, si eres templo de Dios vivo, rasga tu corazón de pena, por lo mucho que tu Señor padeció en la cruz, siendo tú la causa de ello! ¡Oh Dios de mi corazón, rasgadlo Vos con vuestra mano, comunicándome este sentimiento, porque yo soy tan flaco, que no puedo por mí rasgarle como deseo.

La segunda causa fué, para significar que por la

muerte de Cristo N. S. se abría camino para conocer los secretos y misterios de Dios, que antes estaban ocultos, parte por el velo de las sombras y figuras de la vieja ley, parte por el velo de nuestros pecados, que hacían división entre nosotros y Dios. ¡Oh Salvador mío, romped en mí este velo que me impide el conoceros! Dadme luz divina con que penetre vuestros misterios, y descubridme los tesoros de vuestros secretos celestiales en aquel grado que me conviene para serviros con perfección.

PUNTO II

La tierra tiembla, las piedras se parten y los sepulcros se abren en la muerte del Salvador.

Considera también otras dos causas de estos milagros: La primera, para que las criaturas sensibles á su modo diesen muestras de dolor y sentimiento por la muerte del Salvador, en detestación de la dureza y obstinación de aquel pueblo rebelde que le crucificó y juntamente fuesen confusión de los que no se compadecen de la pasión de Cristo N. S. ¡Oh alma mía!, ¿cómo no tiemblas y te estremeces, como la tierra, viendo estremecer á Jesús en la cruz? ¿Cómo no te partes por medio como las piedras, viendo que la piedra viva, Cristo, se parte por medio, apartando su alma de su afligido cuerpo? ¿Cómo no te abres de pena, como los sepulcros de los muertos, viendo á tu Señor abierto por tantas partes? ¡Oh Salvador del mundo, no permitas que sea más insensible que la tierra y más duro que las piedras y que los sepulcros de los muertos, pues siendo yo el que pequé, tengo más razón de sentir lo que Tú padeces por mi pecado!

La segunda causa fué, para significar que en virtud de la Pasión de Cristo N. S., temblarían los corazones terrenos con el temor santo de Dios, que es principio de la justificación; y por más duros que fuesen, se quebrantarían con la contrición y dolor de sus

pecados, y se abrirían para descubrir en la confesión sus obras muertas, que son las culpas que matan las almas, á fin de que resuciten con Cristo á nueva vida. De donde sacaré cuán provechoso sea meditar bien estos divinos misterios, con los cuales se alcanzan en la oración los tres efectos dichos. Pide fervorosamente á Cristo N. S. poder y saber penetrar en los misterios que se representan por estos milagros, y que tu corazón se parta de dolor á la vista de lo que Jesús sufre por ti.

PUNTO III

Reconoce el centurión y sus soldados la divinidad de Cristo N. S.

Considera cómo el centurión que guardaba á Cristo, viendo estos milagros, dijo: "Verdaderamente este hombre era justo é Hijo de Dios„. Y los soldados que con él estaban temieron mucho, y dijeron: "Verdaderamente éste era Hijo de Dios„. Y la turba del pueblo, que estaba allí mirando este espectáculo, hiriendo sus pechos, se volvió á la ciudad.

Considera cómo los milagros dichos obraron los efectos que significaban en virtud de la Pasión de Cristo, moviendo los corazones de los que los vieron, para que confesasen á Cristo por justo y santo; y lo que más era, por Hijo de Dios, hiriendo sus pechos en señal de penitencia y de dolor por las injurias que le habían hecho. Y aunque el centurión y los soldados eran gentiles, y la turba del pueblo hebreo había estado tan dura y pertinaz en pedir la muerte de Cristo, se trocaron en este punto, convencidos de la verdad y de la inocencia y santidad del que murió por ellos; y también en virtud de la oración que Jesús hizo en la cruz, rogando por los que le perseguían, la cual obró estas mudanzas y conversiones dichas. También todos los que por costumbre habían venido al espectáculo del suplicio, herían su pecho en señal de

arrepentimiento, como lo testifica el Evangelista: "Y toda la multitud de aquellos que estaban allí juntos á este espectáculo, viendo lo que sucedía, se volvían hiriendo su pecho.„ No es de admirar que hiriesen su pecho después de haber cometido tantos delitos, y de ver tantos prodigios en el cielo y en la tierra; más me admiro de que yo, con tantos inauditos portentos de la naturaleza, no me conmueva, creyendo con fe ciertísima que todas estas cosas han sucedido por mis pecados. ¡Oh cielo! ¡Oh tierra! ¡Oh criaturas todas! Si buscáis el autor de este trastorno de la naturaleza, aquí está, yo soy el delincuente; volved contra mí vuestros tiros y vuestro enojo. Aquí tenéis mi corazón, todo os le entrego y os le cedo enteramente para que os apoderéis de él. Rompedle, divididle y rasgadle, porque aquel á quien yo di muerte "era verdaderamente Hijo de Dios.„

Pero Dios es caridad, y en El, ó bien oigas sus palabras, ó bien mires sus pensamientos, ó bien atiendas sus obras, todo y cada cosa de por sí no respira sino caridad; de modo que verdaderamente llamó san Pablo "caridad excesiva á aquella con que nos amó.„ Para la salvación de todo el mundo bastaba un solo suspiro, y quiso sujetarse al último suplicio en una cruz. Bastaba derramar de sus divinos ojos una sola lágrima, y quiso derramar abundantemente, como agua, cuanta sangre corría por sus venas. Bastaba, para nuestra redención, un solo paso, y quiso correr ciudades, aldeas, castillos, regiones, los altos montes, los abatidos valles, los espaciosos campos. Bastaba, para dar vida á todos, haber dicho una sola palabra ante el Padre, y quiso, no sólo hablar muchas cosas por nosotros, sino padecer muchas más. Con caridad excesiva nos amó. "Y verdaderamente era éste Hijo de Dios.„

Dios amó al hombre con caridad excesiva, y el hombre le quitó la vida con excesiva crueldad. Debería, por la magnitud del dolor de tan detestable

crimen, estremecerse todo el cuerpo, como la tierra; abrirse el pecho, como los monumentos; romperse el corazón, como las piedras, y aun rasgarse por medio, como el velo del templo.

Mas el que nos amó con excesiva caridad, reputa esto por excesivo; nada exige de nosotros por tantas heridas recibidas, por tanta sangre derramada, por sus miembros despedazados; finalmente, por la muerte que le dimos, ninguna otra cosa quiere sino que, á ejemplo del publicano en el templo, ó del centurión en el monte, confesando tus pecados, hieras con dolor tu pecho; con esto sólo serás absuelto de tu crimen.

Coloquio.—Confieso ¡oh Jesús! que yo soy el pecador que cometió el delito por el cual tú has sido herido por tu Padre, pues tu Padre testifica: "Por el delito de mi pueblo le he herido„. En mi durísimo pecho es donde se oculta el corazón depravado de donde salieron los pecados que han puesto en esa cruz á mi Señor y Redentor. Heriré, pues, mi pecho con el mayor dolor que pueda, para que merezca algún día en aquella tu gran cena con tu amado discípulo, después de haber herido mi pecho muchas veces, reclinarme sobre tu corazón sacratísimo.

Propósitos.—Procura pasar el día de hoy, el más triste de todos los siglos por la muerte del Salvador del mundo, completamente embargado con la meditación del misterio de la muerte de un Dios, en cruz, por tu amor y tus pecados.

SÁBADO SANTO

Del descendimiento de la cruz y sepultura de N. S. y de la soledad de la Virgen santísima.

Preludios.—Represéntate á la santísima Virgen con su divino Hijo muerto en los brazos, en tal soledad y desamparo, que la privación de su Hijo, tan inicuamente sacrificado, convertía su alma en insondable abismo de dolor, y pídele acompañarla y consolarla en este día de tanta aflicción.

PUNTO I

Del descendimiento de la cruz y sepultura de Cristo N. S.

Considera cómo estaba el cuerpo de Cristo N. S. colgado en la cruz con grande infamia de sus conocidos, y cómo algunas devotas mujeres estaban apartadas de la cruz por miedo de los judíos. Su Madre santísima y el discípulo Juan con la Magdalena, estaban cerca, pero muy llorosos y afligidos por su muerte, y congojados por no saber cómo podían bajarle de la cruz con la decencia que tan precioso tesoro merecía. Pero en medio de esta congoja no faltó la divina Providencia, proveyendo de quién le bajase de la cruz con grande reverencia y honra.

Luego considera cómo N. S. inspiró á un varón, llamado José, que se encargase de este oficio. Era hombre rico y noble; pero, lo que más importa, era bueno y justo, deseoso del reino de Dios, y con haber sido discípulo oculto de Cristo N. S. y estar amilanado por temor de los judíos, entonces con grande ánimo se manifestó, y tuvo atrevimiento para entrar á Pilatos y pedirle el cuerpo de su Maestro para darle sepultura. En lo cual resplandece la virtud de la Pasión de Cristo y la eficacia de la divina inspiración, que destierra del alma toda cobardía y pusilanimidad, acometiendo las dificultades que antes temía, y cobrando atrevimiento para las cosas de que antes huía.

Considera después el cuidado que tuvo la divina Providencia de dar á José de Arimatea compañero que le ayudase igual á él. Fué éste Nicodemus, también varón noble y justo y discípulo de Jesús, aunque oculto, porque sabe nuestro Señor cuánto importa juntarse dos buenos para las obras de caridad, animándose y esforzándose uno á otro con el ejemplo. José acabó de perder el miedo con la compañía de Nicodemus, y éste con la compañía de José, y ambos

con grande fortaleza acometieron esta obra. Mira cómo estos dos varones justos desclavaron los sagrados pies y manos, besándoselas con gran ternura; quitáronle la corona de espinas de la cabeza, adorándola con grande reverencia; y cuando le desclavaban, abrazáronse con el sagrado cuerpo, para sustentar al que antes sustentaban los clavos. En bajando el cuerpo de la cruz, recibióle la Virgen en sus brazos, y abrazóle con ellos, y mucho más con los de su alma, toda traspasada de dolor. Contemplaba los huesos desencajados, besando los agujeros de las manos y enderezando los dedos encogidos. Miraba uno por uno los miembros destrozados y luego miraba las llagas del costado y de los pies, quedando su espíritu llagado con la vista de tantas llagas y embriagado con tantas amarguras.

Después que la Virgen santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, con increíble dolor y devoción, dióle á José y á Nicodemus para que hiciesen su ministerio, quedándose Ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas.

Tomaron el santo cuerpo estos varones y ungiéronle con mirra, gastando en esto cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella. Hecha esta unción, envolvieron el sagrado cuerpo en la sábana limpia, y la sagrada cabeza en un sudario, atándole como era costumbre. Amortajado el cuerpo del Señor es de creer que le pondrían en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irían llorando con la Madre del difunto, que lloraba como la viuda de Naim á su hijo único, hasta llegar al sepulcro nuevo cavado, en la peña, en donde depositaron á Jesús.

PUNTO II

Apártase la afligidísima Señora del santo sepulcro, y se vuelve á Jerusalén á llorar su soledad.

Considera cómo, acabado todo el oficio de la sepultura, la Virgen nuestra Señora, llena de nuevo dolor por verse del todo sola y privada, no sólo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su morada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres, y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Virgen la cruz de su Hijo, la adoró, siendo ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoración. ¡Oh, qué palabras tan tiernas y devotas le diría, regalándose con ella! Hincaría en tierra sus rodillas, y levantadas las manos en alto, comenzaría á decir: "Dios te salve ¡oh cruz preciosa! en cuyos brazos murió el que yo traje, siendo niño, en los míos; mayor ventura fué la tuya en esto que la mía, pues en mis brazos comenzó la redención del mundo, y en los tuyos la acabó y perfeccionó; bendita eres entre todas las criaturas, porque en Ti se trocó la maldición de la culpa en la bendición de la gracia, por el que murió en Ti para dar vida al mundo. Dios te salve ¡oh árbol de la vida! por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna; yo te adoro, como á imagen del que es imagen invisible de Dios, y tendió sus brazos y pies en Ti para renovar la imagen que Adán borró por su pecado„. Con estas ú otras tales palabras adoraría la Virgen la santa cruz, y los demás que iban con ella, á su imitación, harían lo mismo.

Por el camino iría esta Señora con gran cuidado por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creía que era sangre de Dios, unida con su divinidad, y se lastimaría grandemente de los que la pisaban. En llegando á su habitación, con grande humildad agrade-

ció á los dos varones, José y Nicodemus, el oficio de caridad que habían hecho con su Hijo, y se despidió de ellos con palabras de mucha ternura y gratitud.

Considera luego cómo entrándose la Virgen en su morada, comenzó á llorar su soledad y desamparo. ¡La soledad de la Virgen! La palabra más triste y más angustiosa y que sólo comprende el corazón de María, la que en un ser, como su Hijo, lo perdió todo á la vez. ¡Y cómo parece que el mundo para María ya no tiene nada alegre, ni el sol tiene ya luz, ni flores la tierra, ni estrellas el cielo! ¿Habéis ido alguna vez á la playa á dar el último adiós al hijo, al hermano, al padre que se despide para lejanas tierras? ¿Y qué vacío no se iba haciendo en vuestra alma al mismo tiempo que veíais alejarse la nave, y al perderla de vista, si la persona era muy amada, no es cierto que os parecía que hasta os faltaba el aire para respirar y que el corazón se os iba del pecho?

Y si es una verdad que á cada uno le atestigua su propio corazón que la soledad es mayor, cuanto más grata la compañía de la persona amada, ¿qué compañía más dulce que la de Jesús para María, y qué soledad tan sola como su soledad? ¿Quién puede sustituir á su hijo, hablarle como su hijo, penetrar en su pena y hallar palabras de consuelo para María? Como la soledad de Cristo en la cruz fué el sumo desamparo, sumo desamparo fué el de María, que siguió paso á paso las huellas de su Hijo.

Noche de luto debió ser aquella para el alma delicada de María, en que desfilaban ante su memoria los tristes recuerdos, que como los arroyos á la mar, así ellos á su corazón confluían para aumentar el Océano inmenso de sus amarguras.

Doquier que volvía la vista encontraba tinieblas y tristeza, y sobre todo, soledad y angustia. Y si de los recuerdos tristes de ayer pasaba á los de días más felices, entonces aun las pasadas alegrías se convertían en amarguísimas penas. ¡Oh noche de Be-

lén tan dulce y tan clara, y cuán distinta de ésta tan obscura y tan triste! ¡Oh días de Nazaret y de Jerusalén tan serenos y apacibles, en que haciendo cielo de una pobre casita, me contaba mi hijo escenas de la gloria, y yo, contenta en su compañía, me creía transportada al Paraíso! ¡Qué rica entonces y qué pobre ahora, y quién me había de decir que la más grata compañía del cielo y de la tierra, había de parar en la soledad y en la noche más triste que ha pasado y pasará ninguna madre sobre el mundo!

Deduce de todo esto que lo más sublime de la santidad es la tranquilidad serena de la inocencia perseguida, y la constancia de la virtud en medio de la persecución y de la muerte. Pues Dios en sus designios nos quiso presentar ese hermosísimo ideal en su Madre, para que su vista nos fuese aliento en las penas y bálsamo en las heridas del alma. Y al pie de la cruz y en su amarguísima soledad, hace á su Madre, por la virtud infinita de su palabra, madre de todos los que lloran, revelándonos en ella y por ella la divina fecundidad del dolor. El hierro del sufrimiento sacó de sus entrañas hijos infinitos, y la lanza que ya no podía dañar al hijo muerto, abrió su corazón para dar entrada en él al amor de todos los desgraciados y huérfanos que son sus hijos.

Y nosotros llevamos al pie de sus altares todas nuestras penas, aun aquellas que sin María no hubieran tenido ni modelo ni consuelo, seguros al contemplarla, ceñida por Dios, con la corona de espinas, única corona que corresponde á la madre del que muere en la cruz, que el título que más la agrada es oirse llamar por sus hijos "esperanza de los que lloran.„

¡Oh Virgen soberana! Querría yo llorar con Vos, como el profeta Jeremías, y deciros: "¿Cómo estáis sentada en soledad, la que solíais ser como ciudad llena de mucho pueblo? ¿Qué hacéis, como viuda desamparada, la que, por derecho, sois señora de las

gentes? Llorando lloráis de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huido y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos ¡oh Princesa soberana! Cesen vuestros gemidos y suspiros; pare la corriente de vuestras lágrimas, porque el grano de trigo que sembrasteis en el sepulcro, dentro de tres días saldrá vivo con su fruto muy copioso para premiar con cien doblada alegría esta vuestra soledad y tristeza.

PUNTO III

El día del sábado en el Cenáculo de Sión.

Considera cómo pasada la noche del viernes, pensó la Virgen santísima en recoger los hijos que con la fuerza de la tempestad andaban turbados, y con la conciencia de su culpa tristes y desanimados. ¿Dónde estarían? ¿Qué harían? ¿Qué dirían? ¿Qué pensamientos revolverían? ¿Qué lágrimas llorarían? Y como la sangre de Jesucristo empezaba á obrar espíritu de penitencia en ellos, estarían confusos de su flaqueza, arrepentidos de su culpa, animados á la enmienda, deseosos de hallar favor con su Maestro para volver á su gracia. ¿Y qué mayor favor, qué mayor consuelo y confianza podían tener que hallar á la madre propicia para volver á la gracia del Hijo? Si por ventura envió la Virgen al Evangelista que los buscase, y en su nombre los acariciase y esforzase, ¿en dónde los halló? ¿Quién les dió señas de ellos? O si por ventura todos ó la mayor parte de ellos, desde que huyeron en el huerto, se recogieron al Cenáculo, y allí estuvieron escondidos hasta que volvió la Virgen, dejando á su Hijo muerto en el sepulcro, ¿con qué lágrimas la recibirían? ¡Cómo se arrojarían todos á sus pies, reconociendo su excelencia, engrandeciendo su fe, alabando y ensalzando su fortaleza, gozándose en su amparo, y deseando y pidiendo su favor!

¡Oh Virgen benignísima, recibid á los pecadores

que quieren valerse de Vos! Estos hombres que aquí veis, cobardes y flacos, son los capitanes que vuestro Hijo tiene nombrados para la conquista del mundo: estos son los príncipes de su reino, estos los pastores de su rebaño, y los huesos firmes en que se ha de sustentar su cuerpo místico. No tengáis, Señora, en poco, que en esta ausencia tan amarga de vuestro Hijo os haya dejado esta prenda tan dulce y tan querida: tanto nos amó, que habiéndose El entregado á manos de sus enemigos, expresamente les mandó que no hiciesen mal á ellos; y habiéndose dejado sacrificar el inocente Cordero con tanto rigor, tuvo cuidado que no tocasen á sus huesos. Esta es, Señora, la familia que queda á vuestro cargo; esta es la Iglesia, que como niña aún, está tierna y se está formando y fortaleciendo en el abrigo de vuestras maternales entrañas, á fin de que siendo vivificada á su tiempo con la plenitud del Espíritu divino, salga á la luz con dichoso parto, para gloria del que la redimió y hermoseó con su sangre y para bien de todas las gentes.

De esta manera se pasó todo el día del sábado en aquella santa casa y Cenáculo de Sión. El Evangelista contaría muy por menudo á los demás sus condiscípulos el discurso de la Pasión á que se había hallado presente. Esta plática los alentaría en tan grande tribulación, y sobre todo la presencia y palabras de la Virgen, la cual como olvidada de su pena, acudía á la necesidad y flaqueza de ellos, dándoles ciertas esperanzas de la resurrección de su Hijo, y cumplimiento de todas sus palabras y promesas. Este, pues, era el estado de las cosas en aquel día. Los príncipes de los sacerdotes perseveraban en su envidia y furor, y deseaban haber á las manos á los discípulos para hacer de ellos lo que habían hecho del Maestro, y no descansar hasta borrar del mundo su memoria. El pueblo estaba escandalizado y partido en opiniones: todos hablaban del caso, unos de una manera y otros de otra. Unos aprobaban la persona del Salvador y

otros la condenaban, siguiendo el parecer de sus letrados y mayores; todos estaban espantados cuando cotejaban el discurso de su vida, su predicación y milagros, con el suceso de muerte tan infeliz y afrentosa; de lo cual se hablaba en todos lugares y por todas personas largamente. El cuerpo difunto del Señor estaba en el sepulcro envuelto en sus lienzos y sudarios, preparado con mirra y áloe en grande abundancia, como era de costumbre.

El mismo sepulcro estaba bien sellado y guardado, previniendo todas las calumnias que podía alegar la infidelidad de los judíos, y disponiendo los corazones á la fe de la resurrección. Porque el sepulcro era nuevo, en el cual ningún otro difunto se había puesto, á fin de que no se pudiese decir que era otro el que había resucitado. Estaba cavado en piedra viva para guardar fielmente su depósito, y que ninguno pudiese sacar por otra parte el cuerpo sino por la puerta. Esta quedaba bien cerrada y sellada, y para quitar todo temor, con número bastante de soldados que defendiesen, si por ventura alguno venía á hurtar el muerto, y fuesen testigos como El por sí mismo había salido vivo. El alma, finalmente, estaba en el limbo de los Santos Padres, haciendo desde allí demostración de su poder y majestad en los reinos del infierno, cercada de reyes, patriarcas y profetas, y de todo cuanto bueno había tenido el mundo hasta aquel día; y como retirada por aquel espacio breve en lo secreto de la tierra, daba orden en su triunfo, y disponía la solemne entrada que con tanta y tan ilustre compañía había de hacer al tercero día en el mundo, y después de los cuarenta días en el cielo, llevando tras sí los cautivos que había rescatado, según estaba escrito en el Salmo 67, 19: *Ascendens in altum captivam duxit captivitatem.* Y como dijo el Apóstol, el haber subido y el decir que subió, ¿por qué es sino porque bajó primero hasta lo más profundo de la tierra? El que bajó debajo de la tierra,

ese mismo es el que subió sobre los cielos, para llenarlo todo con su presencia de gloria y majestad.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana, que tenéis en vuestro seno el cuerpo muerto de vuestro divino Hijo! ¡Qué diferente abrazo es este de los que dabais en el portal de Belén, y cuando caminabais á Egipto! Ahora podéis decir aquella lamentación de Jeremías: "Llenóme de amarguras y embriagóme con ajenjos muy amargos." ¡Oh Hijo de Dios vivo, unido con cuerpo muerto y necesitado á que tus mismas criaturas le sustenten!, gracias te doy por esta humildad que aquí muestras llena de tanta caridad. ¡Oh caridad fuerte como la muerte! ¿Cómo has vencido al invencible, rindiéndole á que sea puesto en un sepulcro? Vénceme también á mí, para que muera con mi Señor; porque morir con El es ganancia, y ser vencido por Ti es alcanzar victoria.

Propósitos.—Acompaña á la Virgen santísima en su soledad, y vive de modo que puedas ser su gloria y su consuelo.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS

DE LOS CUATRO PRIMEROS MESES DEL AÑO

FIESTA DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS [1]

(Dominica segunda después de la Epifanía.)

De la devoción al dulcísimo Nombre de Jesús.

Preludios.—Imagínate el Nombre de Jesús como una cifra en que se compendian todas las grandezas de Dios, todas las virtudes de Jesucristo en cuanto hombre y todas sus cualidades en cuanto Salvador, y pide á Dios conocimiento y veneración á su dulce Nombre para que se encienda en tu alma el amor sobrenatural á nuestro adorable Redentor Jesús.

PUNTO I

La devoción al Nombre de Jesús es el amor al mismo Jesús.

Considera que la verdadera y sólida devoción al dulcísimo Nombre de Jesús, consiste en excitarnos al amor de nuestro Redentor, considerando las perfecciones contenidas en este hermosísimo Nombre. Porque él es, en efecto, como cifra y resúmen: 1.° De toda la sabiduría, bondad, santidad, poder misericordia y amor que tuvo Jesús, de todo lo cual necesitó para salvarnos. 2.° De todas las gracias, virtudes y

(1) Ponemos aquí las meditaciones siguientes que, ó por ser de fiestas movibles ó por coincidir con la cuaresma, no han podido ponerse en su propio lugar.

dones del Espíritu Santo que contribuyen á la santificación de nuestras almas, y que están en Jesús como en fuente inagotable, de donde dimanan á nosotros. 3.° De todos los divinos oficios de maestro, médico, padre, juez, abogado, pastor y redentor que convienen al Hijo de Dios en su cualidad de Salvador. 4.° De todos los beneficios que Jesús ha conferido y confiere á los hombres, como son la remisión de pecados, la victoria en las tentaciones, apartamiento de los peligros, adquisición de virtudes, el don de perseverancia, la comunicación de la gloria y posesión de la bienaventuranza. Finalmente, en este Nombre de Jesús, se compendian todos los sufrimientos, ignominias, dolores, penas y tormentos que padeció nuestro adorable Salvador, por redimirnos de la esclavitud del demonio.

Tantas y tan excelentes perfecciones representadas en el Nombre de Jesús, deben movernos á amar este nombre y á grabarlo indeleblemente en nuestra frente y en nuestro corazón, y siempre que pronunciemos ú oigamos pronunciar tan dulcísimo Nombre, nuestro corazón se debe llenar de respeto y de amor hacia nuestro divino Redentor, esforzándonos en imitar sus virtudes.

PUNTO II

La devoción al Nombre de Jesús consiste en el deseo de nuestra propia salvación.

En segundo lugar, la devoción al Nombre de Jesús, exige que procuremos nuestra salvación; porque salvándonos, satisfaremos el más ardiente deseo de nuestro Redentor y contribuiremos á su gloria y al fruto de su sangre preciosa, toda vez que la funda El principalmente en este dulcísimo título de Salvador. Nuestra salvación depende de Cristo N. S., y de nosotros. Cristo ha hecho y hace, no sólo lo necesario por su parte, sino muchísimo más; nos ha abierto todos los caminos, nos ha orillado todas las dificulta-

des, nos ha desviado todos los obstáculos, nos ha facilitado todos los medios; no hay pecado, ni vicio contra el que no nos haya dado preservativo y medicina, ni virtud que no haya puesto al alcance de nuestra mano. Teníanos el demonio prisioneros y cautivos, y El ha roto las cadenas con que nos sujetaba el enemigo de nuestra salvación; teníamos al Eterno Padre enojado justamente por nuestros pecados, y El, ofreciendo toda su sangre y su vida preciosísima en holocausto, trocó el enojo en misericordia y gracia. ¿Qué nos resta, pues, á nosotros por hacer? Unicamente querer de veras salvarnos, asir la mano que Jesús nos tiende, humillarnos y pedirle perdón por nuestras culpas, y hacer penitencia por ellas. ¿Y no hemos de hacer por nosotros mismos, por nuestro bien, por nuestra propia salvación esto poco que se nos pide? Decidámonos, en obsequio á nuestro dulcísimo Salvador, á ser generosos con El, á corresponder, en cuanto dependa de nosotros, á tantas bondades, á tanto amor, á tantos sacrificios como por nosotros ha hecho Jesús.

PUNTO III

La devoción al Nombre de Jesús exige también el amor al prójimo.

Considera, en tercer lugar, que la devoción verdadera y sólida al Nombre de Jesús exige, no sólo que procuremos nuestra salvación, sino también la salvación de nuestros prójimos. Nada es tan caro al Hijo de Dios como la salvación de un alma. Su vida llena de trabajos, y su muerte tan dolorosa, son pruebas decisivas de esta verdad. Por salvar á los hombres nació, padeció y murió; por salvarlos se sujetó á tantas humillaciones é ignominias; por salvarlos predicó é hizo milagros, y se entregó en manos de sus crueles enemigos, y lo que El hizo por todos los hombres, quiere que nosotros lo hagamos también

por nuestros prójimos, poniendo en esta santa obra de redención y salvación todo nuestro entendimiento y toda nuestra voluntad.

Temblemos de pavor pensando en lo que ha de sucedernos á nosotros, si alguno de nuestros hermanos se condena por nuestra culpa, aunque no sea más que por nuestra negligencia. Y ¿qué será si, lejos de contribuir á la salvación del prójimo, contribuimos directamente á su condenación, escandalizándole con nuestras imperfecciones y defectos? Recordemos que Jesús pasó por este mundo edificando á los mortales con tantas palabras y tantos ejemplos, instruyéndolos, socorriéndolos, orando por ellos, atrayéndolos á sí con su inextinguible celo. ¿Hacemos nosotros lo mismo? ¿Procuramos siquiera parecernos á ese divino modelo? Tengamos en cuenta que si salvamos una sola alma, seremos grandes en el reino de los cielos, y el alma por nosotros salvada será nuestra corona de gloria en ese reino inmortal. Mas ¡ay! si por el escándalo contribuímos á la pérdida de un alma, más nos valiera no haber nacido.

Coloquio —¡Oh dulcísimo Jesús! yo te pido que me infundas ó inspires una verdadera y santa devoción á tu santo Nombre, devoción que comprenda un amor grandísimo á mi Salvador y un deseo vehemente y fecundo de mi salvación y de la salvación de mis prójimos. Tu nombre dulcísimo te costó sangre divina en la circuncisión; no es mucho que me cueste á mí el poseerlo y llevarlo con fruto y con gloria, sangre de mis venas. Que ya que es símbolo de tus virtudes, de tus humillaciones y grandezas, que sea tu Nombre mi guía, mi escudo y mi protección en la vida y en la muerte.

Propósitos.—Invocar muchas veces al día este dulce Nombre y familiarizarte con él en las tentaciones y peligros.

1.º DE MARZO

Los santos ángeles de la guarda.

Preludios. — Representémonos una multitud de ángeles en la tierra apresurándose á servir á los hombres; fíjate en el que Dios te ha señalado á ti para tu guarda y cuidado, y pídele la gracia de comprender los beneficios que recibes por ministerio de los ángeles y la de cumplir fielmente todos los deberes que esos beneficios nos imponen.

PUNTO I

Bondad de Dios designando á sus ángeles para guardarnos.

Considera cuán grande es el hombre por la divina misericordia y por sus gloriosos destinos, y cuán pequeño es por sus flaquezas y miserias. San Jerónimo, exclama á este propósito: "¡Qué grande es la dignidad de las almas, pues cada una de ellas recibe al entrar en la vida un ángel, encargado por el mismo Dios de su guarda!„

Imaginémonos á un rey poderoso que, viendo á un niño de la hez del pueblo, abandonado de todo el mundo y desprovisto de todo recurso, ordena á un príncipe de su corte que le tome bajo su protección, que le eduque con el mayor cuidado y que no le pierda de vista ni de día ni de noche. He aquí, diríamos un monarca que tiene corazón de padre para ese niño; la bondad extraordinaria con que le trata demuestra plenamente que le destina á uno de los primeros puestos del reino. Pues esta es la imagen de lo que Dios hace por nosotros, valiéndose del ministerio de los ángeles. ¿Qué somos nosotros por nosotros mismos? ¿Qué podemos? ¿En qué estado nos encontrábamos al entrar en el mundo? Pero ¡oh caridad incomprensible! Dios no se contenta con enviarnos á su Hijo y á su Espíritu Santo, sino que á fin de que todo lo que está en el cielo concurra á nuestra dicha, ha enviado también á sus ángeles para servirnos,

iluminarnos y defendernos, pues tales son los oficios que hacen cercá de nosotros.

Medita bien acerca de estos incomparables beneficios. El ángel te lo envía Dios; ese ser soberanamente independiente, que se basta á sí mismo; envía á sus ángeles, espíritus tan puros, tan santos, infinitamente superiores á todos los príncipes y reyes de la tierra. ¿Y para qué los envía? No solamente para velar por la salud de los imperios, sino para velar sobre nosotros individualmente. Para protegernos, ¡á nosotros, polvo y nada, pecadores ingratos y desagradecidos! Y ¿á qué deben extenderse sus cuidados? A todas las situaciones, á todas las circunstancias de nuestra vida y de nuestra muerte; han de ser nuestros amigos y nuestros consejeros, hasta más allá de la tumba.

Da gracias á nuestro Señor por tan grande beneficio y propón saber corresponder á él, siendo obediente y dócil á los consejos de tu ángel, al que has de mirar y considerar siempre como tu mejor amigo y tu compañero mejor, más leal y desinteresado.

PUNTO II

Cómo los ángeles cumplen durante nuestra vida el encargo que Dios les ha dado.

Considera que aun dejando á un lado los servicios que nos prestan en el orden temporal y los mil peligros de que nos libran, extienden su activa solicitud, sus cariñosos desvelos y cuidados principalmente á hacernos obtener la herencia de la salvación. Nos muestran el *camino* que á ella conduce, apartan los *obstáculos* y nos procuran los *medios*.

La Providencia ha determinado para cada uno de nosotros la carrera que ha de recorrer, el lugar en el reino eterno que debemos conquistar. "He aquí, dice el Señor, que yo envío á mi ángel, que caminará delante de vosotros, os protegerá é introducirá en el lugar que os tengo preparado." Del mismo modo que

los espíritus bienaventurados, de las órdenes superiores, transmiten á los de las órdenes inferiores la luz y el amor, así los ángeles de nuestra guarda nos hacen conocer la verdad, la luz, la virtud, el sólido y verdadero bien y á él nos conducen. Así por ejemplo: cuando sentimos santas inspiraciones ó alguna inclinación á desligarnos de las criaturas para entregarnos á Dios, recibimos indudablemente un buen consejo de nuestro caritativo guía. Nada más ingenioso que su celo por nuestra santificación. Unas veces nos propone el ángel custodio el ejemplo de Jesucristo, ó de los santos cuyo carácter tiene más relación con el nuestro; otras nos pinta la brevedad de la vida, el momento de la muerte, la eternidad... Otras ofrece á nuestra vista las bellezas de la virtud, los encantos de la paz, fruto de la buena conciencia, las coronas prometidas á la constante fidelidad. San Bernardo nos representa á los ángeles disfrazados de servidores, siguiendo á nuestras almas paso á paso para advertirnos y exhortarnos sin cesar. Fray Luis de Granada ve en ellos padres llenos de ternura que se dedican al bienestar de sus hijos, ricos que sirven á pobres, doctores que enseñan á ignorantes.

El ángel de la guarda aparta los obstáculos que se atraviesan en el camino de nuestra salvación. ¿Se trata de una ocasión peligrosa? Nos insta para salir de ella y nos hace, como á Loth, una especie de violencia. ¿Nos abate una languidez espiritual, ó el desaliento se apodera de nosotros? El ángel de la guarda nos consuela, nos fortifica y esparce en nuestra alma la unción secreta que la cura. Pero el obstáculo mayor y el más temible que á nuestra salvación se opone es la guerra encarnizada que nos hacen los espíritus de las tinieblas. Su envidia no puede perdonarnos el amor que Dios nos tiene, ni la gloria á que nos destina. Tranquilicémonos, sin embargo; nuestro celestial custodio pone en defendernos más solicitud que aquellos despliegan para perdernos, y hace por

nosotros lo que Rafael hizo por Tobías: encadena á los demonios y los arroja lejos de nosotros. Concurren además y muy directamente á nuestra salvación, por los medios de santificación que nos procuran, principalmente, rogando por nosotros y ofreciendo á Dios nuestras oraciones. Los otros ángeles y los santos no interceden por nosotros más que por efecto de una caridad común que une entre sí á todos los hijos de Dios; los ángeles de nuestra guarda tienen además, para interesarse por nosotros, el motivo de una obligación inherente á su ministerio y el celo ardiente de que el Señor les ha llenado cuando nos ha confiado á sus cuidados. Están al mismo tiempo cerca de Dios, á quien contemplan, gustando cuanta dulzura hay en poseerle, y cerca de nosotros, viendo nuestras miserias y peligros. De aquí la actividad compasiva con que piden continuamente para nosotros nuevas bendiciones. Sólo en la eternidad sabremos cuántos favores, en todos los órdenes de la vida, debemos al ángel de nuestra guarda, á ese ángel de quien muchos cristianos no se acuerdan jamás, ni para respetar su presencia, ni para dejar de ofender á Dios, delante de quien están siempre los ángeles. No seas tú del número de aquéllos, y vive, como en realidad es, de un modo digno de quien siempre lleva á su lado á un purísimo espíritu y á un príncipe de la milicia celestial.

PUNTO III

Qué auxilio nos prestan los ángeles á la hora y después de nuestra muerte.

Considera que cuando la muerte llega, en esos últimos combates en que va á decidirse nuestra suerte eterna, redoblan los ángeles de nuestra guarda su vigilancia y solicitud para reprimir el furor de nuestros enemigos, para infiltrar en nuestro corazón abatido el espíritu de compunción, de penitencia y de fervor, y para hacer que muramos en el ósculo santo del

Señor. Su misión continúa más allá de la tumba. Presentan ante el trono de Dios nuestras buenas obras, la caridad que tuvimos con los pobres, aquella limosna secreta, tal injuria perdonada, este ayuno, aquella mortificación. Y hasta recogen nuestros buenos deseos y pensamientos para hacerlos valer delante de Dios. Si somos condenados á expiar nuestras negligencias y flaquezas en las llamas del purgatorio, nos visitan, nos consuelan, solicitan sufragios en nuestro favor, inspiran á las almas fervorosas el pensamiento de asistirnos eficazmente, y negocian cerca de Dios el gran asunto de nuestra libertad. ¿Qué hemos hecho, hasta la hora presente, para agradecer esta bondad del Señor, este celo tan puro, tan tierno y tan constante del ángel que nos ha dado por custodio? Lloremos nuestra ingratitud, y comencemos desde hoy mismo á repararla.

Coloquio.—Amadísimo y santo ángel de mi guarda, maestro sapientísimo que me enseñas, guía que me encaminas, ayo que me guardas, amigo que me acompañas, consejero que me aconsejas, guarda que me defiendes, abogado que haces mis causas en el tribunal de Dios, intercesor que me alcanzas gracias y mercedes de su mano, compañero inseparable que estás conmigo y me acompañas en los campos y en los poblados, en los caminos, en las calles y en todas partes sin apartarte de mí; te doy infinitas gracias por tantas y tan grandes mercedes como continuamente recibo de tu mano, y prometo en adelante no olvidar jamás á tan insigne bienhechor; procuraré servirte de día y de noche en todo cuanto pudiere; te pido perdón de las faltas que he hecho en tu servicio, y propongo en adelante la enmienda, procurando esmerarme en tu culto y devoción.

Propósitos.—Acuérdate con frecuencia del respeto que debes al santo ángel de tu guarda, que siempre te asiste de día y de noche, y en todo lugar, dentro y fuera de tu casa y como testigo de tus acciones: mira que no debes hacer en su presencia lo que no hicieras en la de un hombre mortal.

19 DE MARZO

Festividad de san José.

Preludios. - Mira al bendito Patriarca ó trabajando en la casa de Nazaret, ó teniendo al Niño Jesús en sus brazos, ó coronado en el cielo de una gloria superior á la de los demás Santos, y pídele sea tu especial protector en tus penas y sobre todo en la hora de tu muerte.

PUNTO I

Privilegios de san José como esposo de María.

Considera que este es el primer título con que el bendito Patriarca se ofrece á nuestra profunda veneración y á nuestra devoción más ardiente, pues todo el esplendor que brilla en la santísima Virgen, refleja esencialmente sobre aquel que Dios mismo la dió por esposo. Jamás existió un matrimonio más proporcionado. Porque ¿quién duda que el feliz mortal escogido entre los demás para participar de los destinos de María debía estar dotado de virtudes semejantes á las de María? Esta elección elevó á san José á una dignidad casi tan incomprensible para él, como lo era para María la dignidad de Madre de Dios. Como ella, tiene que perderse humildemente en el pensamiento de su propia grandeza. ¡Oh! ¡Cuánto honor y cuánta felicidad encerraban para el santo Patriarca estas tres palabras: "Esposo de María"! María, criatura de un orden todo divino, distinguida de las demás por tantos privilegios; una concepción inmaculada, un parto virginal, una muerte de amor, una resurrección anticipada, una triunfante asunción. María, conjunto de todas las virtudes y de todas las perfecciones de la naturaleza y de la gracia, recibe de manos de Dios un esposo digno de ella y este esposo es José. ¿No basta esto para que podamos decir que ningún hombre le ha sido semejante en gloria y en felicidad?

Concíbese fácilmente que no echara de menos el trono de David, ni la corona de Judá; la calidad de esposo de María valía para él más que todos los tronos del mundo. ¡Qué dote, cuántos tesoros de gracia le aportó aquella admirable esposa, madre de la divina gracia! La mayor riqueza de María era su amor á Dios y penetrada de los sentimientos de su Hijo, ¡cuánto ardor celestial podía infundir en los corazones! Pero ¡con qué llamas de ese santo amor no inflamaría el corazón de su esposo, tan bien dispuesto á recibir los divinos favores!

Como esposo de María, José fué su insigne bienhechor; salvó su honor y su vida. Tuvo sobre ella verdadero derecho de esposo, fué amado de la Virgen más que todos los hombres juntos, conversó con ella con familiaridad de esposo, la amó con incomparable afecto; adquirió múltiples derechos á su gratitud por todo lo que sufrió por su Hijo y por Ella. ¡Con cuánta confianza podemos acudir en nuestras necesidades y tribulaciones á quien tan grandes títulos tiene al agradecimiento de la Madre del Verbo! Como esposo de María, escogido expresamente por Dios, José es el ángel que defiende la entrada del paraíso del seno virginal de María, es el guardián del templo de Dios, del Sagrario del Espíritu Santo, de la recámara de la augusta Trinidad. El matrimonio exige cierta igualdad y este matrimonio fué hecho por el Espíritu Santo que no temió fiar su esposa purísima al purísimo José. El mundo une riquezas con riquezas ó títulos con riquezas. Dios no; Dios une virtud con virtud; castidad con castidad... y por la virtud y la castidad, un pobre carpintero es elevado por Dios á la excelsa dignidad de esposo de la Emperatriz de los ángeles. ¡Oh, qué bello enlace del lirio de José con la azucena de María! ¿Qué extraño es que de esta unión purísima y misteriosa de lirios y de azucenas brotase la flor de pureza Jesús, si el divino amador se recrea tanto con los lirios, que vive

y se apacienta entre los lirios? ¡Qué grandeza hay superior, qué grandeza hay igual á esta grandeza! José llama esposa á la que los ángeles llaman reina; llama suya á aquella de quien es escabel la luna y corona las estrellas; llama esposa á la que el Espíritu Santo llama también esposa; llama esposa á la que Dios llama madre. Por eso el Espíritu Santo no tributó á José más que un elogio, que fué decir que José era esposo de María, porque después de esto, cuanto se diga no merece decirse. Sin embargo, considera un privilegio exclusivo también de José, y que le vino como todo lo demás de haber sido esposo de María. San José ha sido el hombre más feliz de la tierra, ó mejor dicho, el único hombre que nunca vivió en la tierra, sino siempre en el cielo; porque el cielo es estar con Jesús y con María, y estando con Jesús y con María se encuentra el cielo en el trabajo, en el destierro y en las penas; por eso José lo halló en todas partes y fué tan feliz antes de morir como después, como lo es ahora y así se lo dice la Iglesia. Porque si fueron felices algunos santos porque lograron un momento estrechar contra su corazón al Niño Jesús ó porque conversaron con María breves instantes ó porque á la hora de su muerte se les apareció la Reina de los cielos, compara esta dicha con la de José que vivió siempre con Jesús y María, que murió en los brazos de María cerrando sus ojos Jesús, que si lloró la muerte de Lázaro, lloraría más la muerte del que para él era Padre y consuelo. Y si José en la vida fué el más feliz de los hombres, en el cielo es ahora el más feliz y poderoso de los santos, y ocupa un trono sobre el cual no hay más que el de María y el de Dios; que justo es que más cerca esté de Dios en el cielo quien llevó á Dios en sus brazos en la tierra.

PUNTO II

Privilegios de san José como padre de Jesús.

Considera que este título es la consecuencia del primero. Si es esposo de María, dice san Jerónimo, es padre de Dios. Aquí se confunde el espíritu contemplando la grandeza de este santo incomparable. Mírale, por decirlo así, asociado á la gloria de la divina paternidad; pues es el padre de un hijo, que es el Hijo unigénito del mismo Dios. Y padre, no por una sencilla denominación, dicen los santos doctores, sino más aún, por delegación del Padre Eterno, que le da sobre el Verbo encarnado, los derechos de un padre sobre su hijo, y que dice á José por boca del ángel: "*Accipe puerum et matrem ejus*„. Hazte cargo de mi Hijo y de su Madre, que Yo te los entrego. Ni Dios puede elevar más á un hombre, ni hacerle un don más precioso, ni el hombre puede corresponder mejor que san José á la confianza que en él deposita el Padre Eterno, de quien fué en la tierra sombra y delegado el santo Patriarca. Sombra del Hijo, á quien defendió; sombra del Espíritu Santo, esposo principal de María, por cuya honra y virginidad veló; sombra del Padre, que se ocultaba detrás de José, y sombra, por último, del misterio todo de la Encarnación. Padre de Jesús por la virtud del Espíritu Santo, que creó en él el corazón paternal en toda su perfección, dándole, respecto de Jesús, todos los sentimientos, todas las emociones, toda la ternura de padre. De tal suerte, que lo que no era por la naturaleza llegó á serlo por el afecto.

Admirable paternidad, que eleva á san José á un orden superior al de todos los santos; no al orden sólo de la gracia, sino al de la unión hipostática, por lo que, entre los nacidos de mujer, ninguno como el santo Patriarca san José. ¡Qué derechos á nuestro amor no le da todo esto á san José! ¿Pero fué padre de

Dïos sin llegar á serlo también de sus hijos de adopción? ¿El padre de Jesús puede no mirar como á sus hijos á los que Jesús mira como á hermanos? Imposible. San José tiene un corazón de padre para el Verbo hecho carne y entrañas paternales para todos aquellos que por él y en él han sido hechos hijos de Dios. Tengamos á nuestra vez para el santo Patriarca los sentimientos de Jesús, su filial ternura, su respeto, su abandono lleno de confianza.

Consideremos, además, las inapreciables prerrogativas que resultaron para san José de su gloriosa paternidad. Como padre de Jesús tuvo el encargo de alimentarle, pues Aquel que da de comer á todo el que tiene hambre, quiso recibir su alimento cotidiano de un pobre artesano que no tenía otros recursos que los que adquiría con su trabajo. José ganaba la vida de Jesús con el sudor de su frente; ¡pero qué alivio para sus fatigas encontraba en el cuidado de aquella vida que había de ser la salvación del mundo!

Como padre de Jesús, José estaba encargado de guiarle, y exteriormente dirigía á Aquel que todo lo ordena en el Universo, con una infinita sabiduría, y mandaba á Aquel que tiene potestad sobre todas las criaturas. Y "les estaba sometido.„ ¡Cosa verdaderamente asombrosa que el sol de justicia obedeciese á la voz de un hombre y José mandara en aquella casa, en donde está el cielo de la Trinidad creada, Jesús José y María! Los historiadores del Salvador, no nos dicen más que esas pocas palabras acerca de los dieciocho años de una vida que fué un tejido de prodigios; sin duda quisieron llamar toda nuestra atención hacia la inmensa maravilla de un Dios tan largo tiempo y tan perfectamente sometido al hombre y que se perpetúa entre nosotros en el sacramento del Altar.

Como padre de Jesús, José tuvo el encargo de protegerle, de defenderle y en caso de necesidad, de salvarle. Y le salvó, en efecto, cuando le sustrajo al po-

der de Herodes. Y, en fin, como padre de Jesús, recibió José los testimonios de cariñosa ternura que tanto contribuyeron al consuelo y á la felicidad de los padres. Para formarnos una idea de aquella extraordinaria ternura, sería preciso penetrar respetuosamente con los ojos del alma, en la casa de la santa familia y contemplar á José teniendo en sus brazos al niño Jesús que le llama su padre y le prodiga las más tiernas caricias provocando las suyas. ¡Qué delicias inundarían el corazón del venturoso padre!

PUNTO III

Eminente santidad de san José.

Deduce de aquí la eminente santidad de san José. Dios proporciona los dones de la gracia á la dignidad á que según su beneplácito, eleva á sus criaturas y no habiendo fuera de la maternidad divina dignidad superior á la de Padre de Jesús, tampoco hay santidad igual á la suya. Además, san José á quien el Espíritu Santo da el título de *Justo*, cooperó fidelísimamente á la abundancia de las gracias que recibió, y de este modo llegó á reunir inmensos tesoros de méritos y santidad. Además que el grado de elevación de los santos en la gloria es proporcionado al grado de sus méritos. De todo esto concluye con mucha razón que, después de la Madre de Dios, san José es el que está más próximo al trono del Eterno y que su intercesión es en cierto modo omnipotente. ¿Cómo es posible que Jesús pueda rehusar cosa alguna á la oración de aquel, cuya voluntad hacía en la tierra y á quien debió más que á todas las criaturas después de su Madre, durante su peregrinación por el mundo?

Considera, además, que el amor de la Virgen, el trato con Jesús, la comunicación constante con estos dos divinos modelos de toda virtud, es fuente inagotable de santidad. Porque es doctrina de santo To-

más, que cuanto más una cosa se aproxima á su origen, tanto más participa de las propiedades de este. Así la claridad de un objeto es tanto mayor, cuanto más se acerca al sol; el agua es tanto más pura cuanto más se acerca al manantial, y como nada ni nadie se acerca tanto á Jesús y María, nadie ni atendió, ni amó, ni copió, mejor que José á Jesús y María, divinos modelos de toda perfección. Y si Jesús y María son tan agradecidos, qué gracias reservarían para quien les alimentó con sus sudores, para el hombre más amado y más amante de Jesús y de María que ha podido existir en el mundo, pues sería injuria para la esposa y el hijo el suponer que á alguien amaban más que al esposo y al Padre. Recorre sino las virtudes del santo bendito y te encontrarás con la copia más acabada de toda perfección que el divino Jesús ha tenido en la tierra. Pureza de ángel, digna de María y que no turba á María que se turbó del ángel, obediencia la más semejante á la de Cristo su Hijo, pobreza como la de la cruz, silencio tal que ni una palabra suya nos refiere el Evangelio y así todas las demás virtudes.

Coloquio.—¡Oh castísimo José, esposo de María! Me gozo de veros elevado á tan sublime dignidad y adornado de tan heroicas virtudes; por los dulcísimos ósculos y estrechísimos abrazos que disteis al divino Jesús, os suplico me admitáis en el número de vuestros siervos. Proteged á las vírgenes, y alcanzadnos á todos la gracia de conservar la pureza de cuerpo y alma. Amparad á los pobres y á los afligidos por la pobreza y amargas angustias que padecisteis en compañía de Jesús y de María en Belén, Egipto y Nazaret, y haced que, llevando con paciencia nuestros trabajos, merezcamos el eterno descanso. Sed protector de los padres y esposos, para que vivan en paz y eduquen en el temor de Dios á sus hijos. Dad á los sacerdotes las virtudes que corresponden á su estado, para tratar dignamente el cuerpo de Jesús sacramentado. A los que viven en comunidad, inspiradles

el amor á la observancia religiosa. A los moribundos, asistidles en aquel trance supremo, pues tuvisteis la dicha de morir en los brazos de Jesús y de María. Tended vuestra mano protectora á toda la Iglesia, pues habéis sido declarado por el Vicario de Cristo Patrono de la Iglesia universal. Y pues librasteis al Hijo de Dios del furor de Herodes, librad á la Iglesia, Esposa suya, del furor de los impíos, y alcanzad que se abrevien los días malos y venga la serenidad y la paz.

Propósitos. —Propagar cuanto puedas la devoción á san José.

25 DE MARZO

Sobre la Anunciación de la santísima Virgen.

Preludios.— Represéntate al arcángel san Gabriel anunciando á la Virgen el misterio de la Encarnación; oye aquel divino y soberano diálogo entre el ángel y María, y pide al Señor el amor á la humildad y á la pureza que resplandecen en la respuesta de la santísima Virgen.

PUNTO I

La embajada del ángel á María.

Considera cómo llegado el tiempo señalado por Dios para hacerse hombre y redimirnos, envió la Santísima Trinidad al arcángel san Gabriel á una doncella pobre, olvidada del mundo, desposada con un pobre oficial, pero santísima y purísima, y por esto tan estimada de Dios, que fué preferida á las hijas de los reyes y emperadores del mundo. El fin de esta embajada fué pedir consentimiento á esta Virgen para ser madre de Dios, porque este Señor es de tan noble condición que, con ser Señor absoluto, no quiere servirse de sus criaturas sin el consentimiento de ellas. Y aunque el ser Madre de Dios era cosa muy excelente, había de tener anejos grandes trabajos, y era bien que la Virgen de su voluntad aceptase la dignidad con la carga, para que merecie-

se más y se le hiciese más suave y llevadera; así como tampoco quiere el Señor entrar á morar por gracia en los hombres, ni levantarlos á la dignidad de hijos de Dios sin su libre consentimiento.

Considera cómo el ángel tomó figura humana hermosísima, y de esta manera entró donde estaba la Virgen, con rara modestia, reverencia y gravedad. En entrando saludó á la Virgen, no con salutaciones vanas, sino con palabras divinas que Dios le puso en la boca, diciéndole: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres." Esta salutación, como dicen los santos, fué nueva y nunca oída en el mundo, inventada por la Santísima Trinidad para honrar á la Virgen y declarar su rara santidad y nueva dignidad, como era nuevo el misterio á que se ordenaba. Con este espíritu y estima se ha de decir y meditar esta nueva salutación, ponderando en cada palabra la grandeza que significa, con afectos de gozo y agradecimiento, gozándome de que la Virgen tenga tal grandeza, y dando gracias á Dios porque se la dió, pidiéndole alguna parte de ella, y proponiendo de imitar lo que es imitable.

PUNTO II

La salutación del ángel.

Considera cómo el ángel para manifestar su gozo, y la alegre nueva que traía, entra diciendo: *Ave*, que quiere decir, Dios te salve, la paz sea contigo, alégrate y asegúrate, porque la nueva que traigo es de paz y prosperidad. ¡Oh Virgen soberana!, con todo el afecto de mi corazón te saludo, y digo: Ave, Dios te salve, pues por Ti comenzó nuestra salud, concibiendo al que es autor de ella. Tú has trocado el nombre de Eva, deshaciendo sus miserias y llenándonos de misericordias. La otra Eva fué principio de la culpa; Tú eres principio de la gracia. Por la otra entró en el mundo la muerte; por Ti entró la

vida. La otra nos sujetó á la serpiente; Tú le has quebrantado la cabeza.

Pondera la causa porque el ángel en esta primera salutación no nombró á la Virgen con su nombre propio, diciendo: "Dios te salve, María,„ sino: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres.„ Esto hizo para que entendiésemos que le ponía Dios nuevos nombres gloriosísimos, como puso al Mesías, los cuales por excelencia se le habían de atribuir en la Iglesia; y como el nombre de Mesías es *Emmanuel*, que quiere decir, *Dios con nosotros*, así el nombre de la Virgen sea por excelencia, *el Señor es contigo*.

Gratia plena. – Pondera qué plenitud es ésta y cómo la Virgen estaba llena de gracia, con todos los modos que hay de plenitud. Estaba llena de gracia que justifica, llena de caridad, fe y esperanza, de humildad, obediencia y paciencia, con las demás virtudes. Llena, además, de sabiduría, de ciencia, de piedad y temor del Señor, con los demás dones del Espíritu Santo. Su memoria estaba llena de santos pensamientos; su entendimiento, de grandes ilustraciones de Dios; su voluntad, de fervientes actos y afectos de amor y celo, con entrañables deseos de la gloria de Dios, de la venida del Mesías y de la redención del mundo. Y esta plenitud tenía actualmente cuando entró el ángel á saludarla, porque estaba ocupada en la contemplación de estos misterios, que era su ocupación casi continua. Demás de esto, estaba llena de gracia en sus obras, porque todas ellas eran obras llenas, con la plenitud que podían tener de pura intención, fervor y amor.

Pondera, luego, la grandeza de esta plenitud, porque muchos vasos están llenos de licor precioso, pero el mayor tiene mucha más cantidad. Así, muchos santos estuvieron llenos de gracia, pero la Virgen, como dice santo Tomás, sobre todos, porque era vaso mucho mayor y su plenitud era conforme á la

dignidad de Madre de Dios, que excede grandemente á las dignidades y oficios de los otros santos, y Ella cada día, con el buen uso de las gracias, se hacía capaz de otras mayores. ¡Oh Virgen santísima!, ¿quién podrá decir la plenitud de gracia que tenéis sobre todos los santos, que estuvieron llenos de ella? Ellos fueron como ríos, pero Vos, conforme á vuestro nombre, estáis llena como mar, sin límites ni riberas, porque no tiene límites vuestra dignidad de Madre de Dios.

Dominus tecum.—Con esta tercera palabra da aún más valor el ángel á la salutación. *El Señor es contigo*, esto es, está en Ti por excelencia, con todos los modos que puede estar en sus pobres criaturas. Está contigo, no sólo por esencia, presencia y potencia, como está con todos los hombres, ni solamente por gracia, como está con todos los justos, sino con eminencia de gracia, asistiendo dentro de Ti con especial gracia y amistad, y con estrecha familiaridad. Está contigo en todas tus potencias, uniéndolas consigo; está en tu memoria, arrebatándola para que siempre de El te acuerdes; en tu entendimiento, ilustrándole, para que siempre le conozcas, y en tu voluntad, encendiéndola, para que siempre le ames. Está contigo también, asistiendo á todas tus cosas con especial providencia y protección, gobernándote con sus inspiraciones y dirigiéndote en cuanto haces. Está en Ti como en su cielo, en su templo, en su tálamo, en su casa de recreación, y de aquí á poco estará en tu vientre como Hijo tuyo; y así por excelencia y á boca llena, dice el ángel de Ti: *Dominus tecum.*

Benedicta tu in mulieribus.—Bendita entre las mujeres, porque unirás la virginidad purísima con la maternidad más gloriosa y fecunda. Serás bendita entre las mujeres; porque como una mujer dió principio á todas las maldiciones que comprendieron á los hombres, así Tú darás principio á todas las ben-

diciones celestiales que vendrán sobre ellos, por el fruto bendito de tu vientre, por quien has de quebrantar la cabeza de la serpiente, y librarlos de las maldiciones que su maldita sugestión les acarrea. Por lo cual, Tú serás bendita y alabada entre todas las mujeres, y te darán mil bendiciones los ángeles del cielo, y los hombres de la tierra, así los justos como los pecadores, porque á todos cabrá parte de tu copiosa bendición. Y yo también, ¡oh Madre mía! indigno siervo tuyo, te alabo, bendigo y glorifico, y me gozo que todos te alaben, bendigan y glorifiquen; y te suplico me hagas participante de las bendiciones que tu Hijo dulcísimo, nuestra cabeza, por Ti, como por su cuello, comunica á su Iglesia. Líbrame, Señora, de las maldiciones de la culpa y pena á que vivo sujeto, para que pueda bendecir á tu Hijo y servirle por los siglos de los siglos.

PUNTO III

De la respuesta de la santísima Virgen á la salutación del ángel.

Considera el modo cómo recibió la Virgen esta salutación; porque "en oyéndola se turbó, y pensaba dentro de sí qué salutación era aquélla.„ Se turbó porque era purísima, porque propio es de la doncella recatada turbarse de cualquier vista y palabra del varón. Se turbó porque era humildísima, cuando oyó una salutación tan nueva y tan gloriosa, pero turbóse, no tanto por la vista del Angel, cuanto porque no hallaba en sí fundamento de tales alabanzas y grandezas como le decía. Se turbó porque pensó qué salutación era aquélla, y á qué fin se podía ordenar; y así, no quiso abalanzarse á responder precipitadamente, hasta que el ángel se fuese declarando más. Conociendo el ángel la santa turbación y temor de la Virgen, le dijo; "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios„, que fué como decirle: No tienes que temer demonio, ni infierno, ni enemi-

gos visibles ó invisibles; ni hay por qué te receles de las grandezas que te he dicho en esta salutación, ni de otras mayores que luego te diré; porque te hago saber que has caído en gracia á Dios, y esto basta para que estés segura, y llena de gracia, y que el Señor sea contigo, y que seas bendita entre todas las mujeres; porque quien halla gracia delante de Dios, ¿qué bienes no recibirá de su larga mano? ¡Oh dichosa, y mil veces dichosa, el alma que halla gracia delante de Dios! Si se tiene entre los hombres por suma felicidad caer en gracia al rey terreno, ¿cuánto mayor será caer en gracia al rey celestial?

Habiendo la Virgen oído todo lo que el ángel le decía, respondióle: "Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra„. Considera el deseo con que estaría el ángel esperando la respuesta de la Virgen, y no sólo el ángel, sino el mismo Dios y los cielos y la tierra, puesto que de esa palabra dependía la esperanza y salvación del mundo. Mas por ser muchos los misterios que se encierran en las palabras de la Virgen, es bien meditar cada una por sí, ponderando el espíritu que tiene para nuestro provecho.

Ecce.—De esta palabra *Ecce* usa la Escritura para señalar ó significar alguna cosa grande, digna de mucha ponderación, y usó de ella el ángel en el principio de su embajada, diciendo: *Ecce concipies:* "Mira que concebirás un hijo„. Y así, quiso también la santísima Virgen usar de ella en su respuesta, diciendo: *Ecce Ancilla Domini:* "Mira la esclava del Señor;„ porque como el ángel tenía grandes deseos de que la Virgen nuestra Señora ponderase las grandezas que le prometía de parte de Dios, así la Virgen los tenía de que el ángel ponderase la bajeza de esclava que Ella tenía de sí, y los que tenía de obedecer á lo que Dios mandaba. Porque los humildes, cuando se publican los dones que tienen de Dios, desean con grandes ansias que se sepan las miserias que tienen de sí mismos, para que no se atribuyan los dones á sus

merecimientos, sino á la bondad del que se los dió, á quien desean ser muy agradecidos, y, por esto, muy obedientes.

Ancilla Domini.—En esta palabra, "esclava del Señor„, declaró la Virgen el concepto que tenía de sí muy de atrás, desde que tuvo uso de razón. Y aunque el nombre de siervo y esclavo, por la parte que significa servir á Dios con espíritu de temor y medio por fuerza, es vituperado en la divina Escritura; pero cuando se junta esclavo con amor, es nombre gloriosísimo, porque el esclavo no es suyo, sino de su señor; no le sirve por salario ni jornal, sino porque está obligado á ello; no trabaja para sí, sino para su señor.

Esto sentía en sí la Virgen nuestra Señora cuando se llamaba esclava del Señor: no se tenía por dueña de sí, sino por cosa propia de Dios N. S. y hacienda suya. Y así como el fiel esclavo nunca huye de su señor, ni se aparta de él en ningún tiempo, ni quiere servir á otro amo, ni sirve por esperanza de galardón, ni jamás trabaja para sí, sino para su señor, así la santísima Virgen todo lo quería y lo hizo sólo por servir y complacer purísimamente á Dios.

Fiat mihi.—No sin misterio la Virgen no dijo al ángel, haré lo que dices, sino esta palabra: "*fiat*„, hágase; de la cual usó Dios N. S. cuando crió este mundo, diciendo: "Hágase la luz„. Porque entendía la Virgen que la Encarnación era la obra de la omnipotencia de Dios, como la creación del mundo, y que con un *fiat* de su omnipotencia se había de hacer, sin que de su parte hubiese merecimiento alguno de cosa tan gloriosa, aunque juntamente lo aceptaba diciendo *fiat*; como quien dice: Aunque no era menester mi consentimiento, pues soy esclava de Dios, y El puede hacer de su esclava lo que quisiere; y aunque por ser esclava yo no merecía que tal cosa se hiciere conmigo, con todo eso, pues Dios así lo quiere, *fiat*, hágase así, que yo gustaré de todo lo que El quisiere. Por donde se ve la soberana obe-

diencia y resignación de la Virgen, fundada en el conocimiento de su nada, ofreciéndose á no resistir al *fiat* de Dios, como no resisten las criaturas insensibles ni resiste lo que es nada cuando Dios dice: "Hágase.„

Mas para que se entienda la alteza de este consentimiento, he de ponderar que no solamente puso los ojos en las grandezas que el ángel le dijo, sino también en los terribles trabajos que había de padecer aquel Hijo que le ofrecían, los cuales sabía bien por las Escrituras sagradas, y de ellos había de caber muy gran parte á su Madre. Y sin embargo de esto, aceptó la dignidad de Madre, con la carga pesadísima del oficio; y por esto se llamó esclava, como quien la aceptaba, no para ser servida como señora, sino para servir y padecer como esclava.

Secundum verbum tuum.—También tiene gran misterio no haber dicho la Virgen al ángel: "Hágase en mí lo que Dios manda ó quiere„, sino: "Hágase en mí según tu palabra„; porque con esto declaraba la perfección de su fe y obediencia. Porque la perfecta fe cree lo que Dios revela por sí mismo ó por medio de otros; y la perfecta obediencia obedece á Dios en lo que manda por sí solo ó por medio de sus ministros; pues quien á ellos oye, á Cristo oye. Aunque también puedo contemplar, que la Virgen en este punto se levantó sobre sí misma, y sobre todos los ángeles, y sobre todo lo criado, enderezando su respuesta, no tanto al embajador, cuanto á Dios que enviaba la embajada, diciendo al Padre Eterno: "Ves aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra„; no solamente según lo que mandas, por esta palabra que habla el ángel, sino según el deseo del Verbo y palabra que Tú hablas dentro de ti mismo en tu eternidad, que es tu Hijo, el cual desea serlo mío; y pues El así lo quiere, hágase como lo manda.

Coloquio. Gracias os doy, ¡oh Virgen santísima!

por este generoso ofrecimiento que hacéis con tanta magnanimidad de corazón. Alaben os los ángeles del cielo, y los justos de la tierra, y los que estaban esperando en el limbo. Y pues á todos ha cabido parte de vuestro consentimiento, suplicad á vuestro Hijo me conceda tal resignación, que no resista á cosa que me mandare ni á trabajo que me enviare, sino que á todo diga *fiat*. "Dios es mi Señor; lo que fuere bueno en sus ojos, eso haga en mí su siervo.„

Propósitos.—A imitación de la Virgen di tú también muchas veces á Dios, con el sentimiento que ella tuvo: Ve aquí el esclavo del Señor; hágase en mí según tu palabra, porque preparado estoy á poner por obra todo lo que me ordenares con tu divino mandamiento.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

AL LECTOR..... 5
BREVE MÉTODO DE ORAR..... 19
MÉTODO PARA HACER LA MEDITACIÓN..... 24

ENERO

1 **Del misterio de la Circuncisión**..... 27
I. La Santísima Virgen y san José en el misterio de la Circuncisión.—II. El Niño Jesús en la Circuncisión.—III. De la Circuncisión espiritual que pide Cristo á los suyos.

2 **Del dulcísimo Nombre de Jesús**..... 31
I. Por qué Cristo Nuestro Redentor se llamó Jesús.—II. Cómo se le puso al Redentor el nombre de Jesús.—III. Grandezas del nombre de Jesús.

3 **Del modo de llevar gloriosamente el santo nombre de Jesús**..... 36
I. El dulce Nombre de Jesús, sello divino del cristiano.—II. Llevar dignamente el Nombre de Jesús es imitar las virtudes de Cristo, Señor Nuestro.—III. Cómo recompensa Dios á los que llevan dignamente el nombre de Jesús.

4 **Sobre la entrada del año nuevo**..... 42
I. El año que empieza nos recuerda lo ilusorio y vano de nuestra vida.—II. El año que empieza nos recuerda la brevedad de nuestra vida.—III. El año que empieza debe infundirnos nuevos deseos de nuestra santificación.

5 **Sobre el aprovechamiento del tiempo**..... 48
I. Lo que vale el tiempo.—II. Modos de perder el tiempo.—III. Debemos reparar el tiempo perdido.

(Meditaciones para la octava de la Epifanía.)

6 **De la adoración de los Reyes Magos**..... 54
I. De la jornada de los Reyes Magos.—II. Los Magos en Jerusalén.—III. Los Magos en Belén.

7 **Los Magos en Belén**..... 59
I. ¿Qué hacen los Magos en Belén?—II. ¿Qué ofrecieron los Magos al Niño de Belén?—III. ¿Qué reciben los Magos en la cuna de Belén?

8 **De los presentes que los Magos ofrecieron á Jesús**.. 64
I. El oro, el incienso y la mirra, símbolos de las virtudes cristianas.—II. El oro, el incienso y la mirra simbolizan las grande-

sas de Jesús.—III. Cómo el Niño Jesús agradece y corresponde á los dones que se le ofrecen.

9 **Los santos Magos modelo de fidelidad á la gracia...** 69
I. Los santos Reyes correspondieron generosamente á la inspiración de la gracia.—II. Los Magos siguen prontamente á la luz de la gracia.—III. Los Magos siguen con perseverancia la luz de la gracia.

10 **De nuestra fidelidad en corresponder á las inspiraciones de la gracia, á ejemplo de los Stos. Reyes.** 74
I. Necesidad que tenemos de ser fieles á las divinas inspiraciones.—II. Valor de esas divinas inspiraciones, que tanto y tan fácilmente despreciamos.—III. De la prontitud en corresponder á las inspiraciones de la gracia, á imitación de los santos Reyes.

11 **Tres funestas consecuencias de la resistencia á la gracia de Dios personificadas en el rey Herodes..** 81
I. Herodes turbado por su resistencia á la gracia.—II. Herodes cegado por su resistencia á la gracia.—III. Herodes endurecido por su resistencia á la gracia.

12 **Del abuso de las gracias.....** 86
I. Terrible cuenta que daremos á Dios de las gracias recibidas.—II. Del abuso de las gracias exteriores.—III. Del abuso de las gracias interiores.

13 **Del regreso de los Magos á su tierra.....** 91
I. Los Magos despidiéndose de la Sagrada Familia.—II. Los Magos en su viaje de regreso.—III. Los Magos en su país.

14 **La Virgen santísima en la presentación de Jesús en el templo.....** 96
I. De la necesidad de ofrecerse enteramente á Dios N. S.—II. De cómo Jesús se ofreció á su Eterno Padre.—III. Cómo cumplió Cristo N. S. su ofrecimiento al Eterno Padre.

15 **Qué debemos imitar de Jesús y de María en el misterio de la Presentación.....** 102
I. Debemos imitar el espíritu de sacrificio de Jesús y de María en el misterio de la Presentación.—II. Debemos imitar la fidelidad de Jesús y de María en el exacto cumplimiento de la ley.—III. Debemos imitar la conformidad de Jesús y de María con la voluntad de Dios en el misterio de la Presentación.

16 **Profecía del anciano y santo Simeón.....** 106
I. La profecía del santo Simeón.—II. Jesucristo, ruina y resurrección de muchos.—III. Jesucristo, blanco de contradicción.

17 **Jesucristo señal de contradicción entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo.....** 112
I. Oposición absoluta entre Jesucristo y el mundo.—II. ¿Qué cosa es el mundo?—III. Que es imposible ser de Cristo y al mismo tiempo del mundo.

18 **La profecía del anciano Simeón acerca de María....** 119
I. La Virgen santísima y el anciano Simeón.—II. Maravillosos

frutos que sacó la Virgen santísima de los dolores que le profetizó Simeón.—III. Frutos que para nosotros han tenido los dolores de María.

19 **De tres divinas cualidades atribuídas á Cristo N. S. en el cántico de Simeón** 127

I. Jesucristo N. S. es la luz del mundo.—II. Jesucristo, S. N., es la gloria de Israel.—III. Jesucristo S. N., es la salvación de todos los pueblos.

20 **De la huída á Egipto** 133

I. La orden del ángel á san José.—II. De las virtudes que ejercitó la Sagrada Familia en la huída á Egipto.—III. La Sagrada Familia en Egipto.

21 **De la obediencia de Jesús, María y José en la huída á Egipto** 138

I. Obediencia de Jesús, santísima en sus motivos.—II. Obediencia penosísima en su ejecución.—III. Obediencia provechosísima en sus efectos.

22 **Degollación de los inocentes y vuelta de Egipto**..... 145

I. Los Santos Inocentes.—II. Vuelta de la Sagrada Familia á la tierra de Israel.—III. La Sagrada Familia en Nazaret.

23 **El Niño Jesús en el templo**..... 149

I. Espíritu con que iba la Sagrada Familia á Jerusalén á adorar en el templo.—II.—Por qué se quedó el Niño Jesús en el templo. III. Jesús entre los doctores.

24 **El Niño perdido**..... 156

I. La santísima Virgen y san José echan de menos al Niño Jesús. II. La santísima Virgen y san José encuentran al Niño.—III. La Virgen santísima y su divino Hijo en el templo.

25 **Fiesta de la conversión de san Pablo**..... 161

I. San Pablo ó Saulo antes de su conversión.—II. San Pablo ó Saulo en su conversión.—III. San Pablo después de su conversión.

26 **De cómo el cristiano pierde á Jesús, y del modo de buscarlo y encontrarlo**..... 168

I. Cómo se pierde á Jesús.—II. Cómo hay que buscar á Jesús.—III. Cómo se halla á Jesús después de haberle perdido.

27 **Jesús en Nazaret**..... 174

I. Jesús obedece en Nazaret.—II. Jesús trabaja en Nazaret.—III. Jesús en Nazaret crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

28 **De cómo debemos adelantar en perfección, á imitación de Jesús en Nazaret**..... 179

I. De cómo debemos adelantar en perfección, á imitación de Jesucristo.—II. Motivos de adelantar en el camino de la perfección.—III. De los medios de adelantar en la perfección.

29 **De la tibieza en el servicio de Dios, como rémora á nuestro aprovechamiento espiritual**..... 185

I. Desorden y peligro de la tibieza.—II Principios y causas de la tibieza.—III. Remedios de la tibieza.

30 **De la falsa piedad, otra rémora á nuestro aprovechamiento en la virtud** 191

I. En qué consiste la verdadera y sólida piedad.—II. En qué consiste la piedad falsa ó falsificada.—III. De la diferencia entre la piedad verdadera y la piedad falsa.

31 **De tres medios para conocer nuestro adelantamiento en la virtud**..... 199

I. Progresos hechos en la victoria de las tentaciones.—II. Progreso en el amor á los sufrimientos y á la cruz de Cristo.—III. Progresos hechos en la práctica de tus ejercicios espirituales.

FEBRERO

1 **La presencia de Dios como gran medio de aprovechamiento espiritual**..... 207

I. Obligación que tenemos de ejercitarnos en la práctica de la presencia de Dios.—II. Utilidad del ejercicio de la presencia divina.—III. Práctica de este ejercicio.

2 **Fiesta de la Purificación de la santísima Virgen** 213

I. Virtudes que ejercitó la Virgen Nuestra Señora en el misterio de la Purificación.—II. La Virgen santísima ofrece al Eterno Padre su divino Hijo.—III. La Virgen santísima rescata á su divino Hijo.

(Meditaciones sobre la vida oculta de Cristo N. S.)

3 **Vida oculta de Cristo N. S. en la casa de Nazaret**... 218

I. Cuán escondida fué la vida de Jesucristo por espacio de treinta años.—II. Ocupaciones de Jesucristo en su vida oculta.—III. De la paz y quietud de la casa de Nazaret.

4 **Vida interior de Jesucristo en la casa de Nazaret**... 224

I. El entendimiento de Jesucristo en su vida oculta.—II. El corazón de Jesucristo en su vida oculta.—III. Principios de las obras exteriores de Jesucristo.

5 **La casa de Nazaret, escuela de recogimiento y soledad**..... 232

I. Jesucristo, en la casa de Nazaret, modelo divino de soledad y recogimiento.—II. De los bienes de la soledad interior.—III De los bienes del silencio.

6 **La casa de Nazaret, escuela de amor de Dios y de los hombres**..... 240

I. Jesús en Nazaret, maestro de amor de Dios y de los hombres.—II. Amor que debemos tener á Jesús nuestro divino modelo.—III. Amor que debemos tener á nuestros prójimos, tomando por modelo á Jesús.

7 **La casa de Nazaret, escuela de perfección de nuestras obras ordinarias**..... 248

I. Nuestra perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.—II. Cómo debemos hacer las obras ordinarias para que nos santifiquen.—III. Con qué espíritu debemos hacer nuestras obras ordinarias.

8 **La casa de Nazaret escuela de humildad**..... 255
I. De la humildad del Verbo de Dios hecho hombre por nosotros. II. La gloria que sacó Dios N. S. de la humildad del Verbo encarnado por nosotros.—III. De como debemos imitar la humildad de Cristo N. S. en los misterios de la Encarnación y de la vida oculta.

9 **La casa de Nazaret, escuela de espíritu de pobreza.** 263
I. Pobreza de Cristo N. S.—II. Riqueza divina de la casa de Nazaret.—III. Los ricos y los pobres del mundo.

10 **La casa de Nazaret modelo de virtud y pureza de intención**..... 270
I. Jesucristo en Nazaret modelo de purísima rectitud de intención en todas sus obras.—II. La pureza de intención como medio de santificar nuestras obras.—III. Cualidades que debe tener la buena intención.

11 **La casa de Nazaret modelo y origen de la paz interior de nuestra alma**..... 275
I. Jesucristo es nuestra paz.—II. Que es imposible la paz del corazón sin la sumisión completa a la voluntad é inspiraciones de Dios.—III. Es imposible carecer de paz interior estando sometidos á Dios.

12 **La casa de Nazaret escuela de toda perfección**..... 281
I. Jesucristo modelo de perfección en todas sus obras.—II. Debemos aspirar, á imitación de Jesucristo en Nazaret, á hacerlo todo con la mayor perfección posible.—III. Recompensas que debemos esperar si hacemos las cosas con toda la perfección posible.

(Meditaciones sobre la vida pública de Cristo N. S.)

13 **Sobre la vida pública de Cristo N. S.**..... 286
I. Conducta de Jesucristo en su vida pública con su Eterno Padre.—II. Conducta de Jesucristo para consigo mismo.—III. Conducta de Jesucristo con respecto al prójimo.

14 **Del bautismo de Cristo N. S.**..... 291
I. De la humildad de Jesús al pedir á san Juan que le bautizase — II. Bautiza san Juan á Cristo N. S.—III. El Padre Eterno ensalza y premia la humildad de su divino Hijo.

15 **Jesús en el desierto**..... 298
I. Retírase nuestro divino Maestro al desierto.—II. Por qué causas se retiró Jesús al desierto.—III. Sobre el ayuno de cuarenta días de Cristo N. S. en el desierto.

16 **Sobre las tentaciones de Cristo en el desierto**..... 303
I. De las tentaciones de Cristo N. S. en general.—II. De las dos primeras tentaciones de Cristo N. S.—III. De la tercera tentación de Cristo N. S.

17 **De la necesidad y conveniencia de las tentaciones, y del modo de vencerlas**..... 310
I. Necesidad y conveniencia de las tentaciones.—II. De las tru-

taciones voluntarias y de las que no lo son.—III. Para vencer las tentaciones es necesaria la mortificación de la carne.

18 **Del reino de Cristo**..... 317
I. Jesús, nuestro Rey inmortal, nos invita á seguirle.—II. Todo nos induce á seguir á Jesús.—III. Resoluciones enérgicas y generosas.

19 **De la necesidad, ventajas y práctica de la imitación de Jesucristo**..... 322
I. De la necesidad de la imitación de Cristo.—II. Ventajas de la imitación de Cristo.—III. De la práctica de la imitación de Cristo.

20 **Que la grandeza del cristiano consiste en imitar á Jesucristo**..... 328
I. La grandeza del cristiano que imita á Jesucristo.—II. La imitación de Jesucristo prenda segura de predestinación.—III. Aplicaciones prácticas de los dos puntos anteriores.

21 **Jesucristo, maestro, modelo y Juez de los cristianos.** 335
I. Jesucristo maestro y legislador de los hombres.—II. Jesucristo, imagen y modelo de los predestinados.—III. Jesucristo, Juez soberano de vivos y muertos.

22 **De la vocación de los Apóstoles**..... 341
I. Qué eran los Apóstoles al ser llamados por Cristo.—II. Del modo maravilloso con que Cristo llamó á los Apóstoles.—III. De la correspondencia de los Apóstoles á la vocación divina.

23 **De cómo Cristo llama á todos á que se nieguen á sí mismos, tomen su cruz y le sigan.** *(Dos Banderas.)* 348
I. Lucifer, caudillo de los malos.—II. De Cristo N. S. sumo capitán de los buenos.—III. Razones que da el divino Capitán para que abracemos su bandera.

24 **De la disposición necesaria para oir la vocación de Cristo N. S.** *(Tres binarios.)*..... 353
I. Del primer binario ó primera clase de hombres que desean su salvación.—II. Del segundo binario ó segunda clase de hombres que desean su salvación.—III. Del tercer binario ó tercera clase de hombres que desean su salvación.

25 **Que el reino de Jesucristo está en la cruz**..... 359
I. El reino de Jesucristo está fundado en la cruz.—II. La gloria de Jesucristo está en la cruz.—III. Quien quiera procurar la gloria de Cristo y hacerle reinar en los corazones, debe amar la cruz.

26 **Del camino real de la santa cruz**..... 364
I. La cruz es el camino real de los cristianos para ir á Dios.—II. Jesucristo nos invita á tomar la cruz y seguirle.—III. Los ejemplos de Jesucristo nos alientan á abrazarnos con la cruz.

27 **De las bodas de Caná y primer milagro de Cristo N. S.** 369
I. Jesucristo y la Virgen santísima en las bodas de Caná.—II. Mi-

lagro de las bodas de Caná. III. Efectos prodigiosos del milagro de las bodas de Caná.

28 **Del valimiento de la santísima Virgen con su divino Hijo y del amor y devoción á tan gran Señora...** 375

I. Del valimiento y poder de la santísima Virgen para con su divino Hijo.—II. Por qué debemos amar á la Virgen nuestra Señora.—III. En qué se muestra la devoción á María santísima.

MEDITACIONES

PARA EL TIEMPO DE LA SANTA CUARESMA

(Triduo de carnaval.)

DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA.—**El espíritu cristiano y los escándalos del mundo en los días de carnaval....** 382

I. Horrible contradicción entre el espíritu cristiano y el espíritu del mundo en los días de carnaval.—II. Jesucristo N. S. gravísimamente ultrajado por los escándalos del carnaval.—III. Conducta del buen católico en los días de carnaval.

LUNES DE CARNAVAL.—**De los placeres del mundo en oposición con los goces de la virtud.....** 389

I. De la falsedad y peligros de los placeres mundanos.—II. De los peligros de los placeres mundanos.—III. De los goces de la virtud.

MARTES DE CARNAVAL.—**De los escándalos del mundo, sobre todo en los días de carnaval.....** 396

I. ¡Ay del mundo por sus escándalos!—II. De la obligación del buen ejemplo.—III. Debemos preservarnos del escándalo propio, y evitar darlo nosotros.

MIÉRCOLES DE CENIZA.—**De la memoria y de la muerte y del polvo en que nos hemos de convertir.....** 401

I. «Memento homo». —Acuérdate, hombre.—II. «Pulvis es».—Polvo eres.—III. «In pulverem reverteris».— Y en polvo te has de convertir.

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA.—**De los engaños y males gravísimos que trae el olvido de la muerte.....** 406

I. De tres grandes engaños que trae el olvido de la muerte.—II. De los graves males que padecen en la muerte los que han tenido esos tres engaños.—III. De la terrible pregunta que hizo Dios nuestro Señor al rico del Evangelio.

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA.—**Sobre la huida y abominación del mundo.....** 411

I. Es necesario, para salvarse, el separarse del mundo, á lo menos con el corazón y con el espíritu.—II. Motivos de aborrecimiento del mundo.—III. Sobre la condenación del mundo por Jesucristo.

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA.—**Sobre no dilatar nuestra conversión.....** 417

I. Temeridad del pecador que difiere su conversión pensando que tendrá tiempo de hacer penitencia.—II. Temeridad del pecador que difiere su conversión contando con la gracia.—III. Temeridad del pecador que difiere su conversión contando con su voluntad.

PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.—(*Sobre el evangelio del dia.*)—**Las tentaciones de Cristo N. S. en el desierto**..... 422

I. Tentaciones y victorias de Cristo.—II. Sobre la causa de las tentaciones.—III. Remedios contra las tentaciones.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA.—**Meditación sobre las disposiciones con que el alma ha de meditar en la Pasión de Cristo N. S.**..... 428

I. El deseo de participar de los dolores y de la cruz, primera disposición para meditar con fruto la Pasión de Cristo.—II. La fe vivísima en los misterios de la cruz, segunda disposición para meditar con fruto los misterios de la Pasion de Cristo N. S.—III. La profunda humildad de corazon, tercera disposición para meditar con fruto los misterios de la Pasión de Cristo.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA.—**De los afectos que debe excitar en nosotros la meditación de la Pasión de Cristo N. S.**..... 435

I. Primer afecto: amor tiernísimo á quien tanto sufre por mí.—II. Segundo afecto: admiración por tan altísimos misterios.—III. El tercer afecto que debe excitar en nosotros la meditación de la Pasión, debe ser tierna compasión por lo que sufre por nosotros.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA.—**Del fruto que hemos de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo N. S.**..... 441

I. El primer fruto, la contrición de nuestros pecados.—II. El segundo fruto de la meditación de la Pasión, debe ser suma confianza en la sangre de Cristo N. S.—III. El tercer fruto debe ser la imitación de Cristo N. S.

JUEVES DE LA PEIMERA SEMANA.—**Primera meditación general sobre la Pasión de Cristo N. S.**..... 448

I. De la persona que padece.—II. De la muchedumbre y gravedad de los tormentos que Cristo N. S. padeció en su Pasión.—III. De los perseguidores y enemigos que atormentaron á Cristo N. S. en su Pasión.

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA.—**Segunda meditación general sobre la Pasión de Cristo N. S.**..... 454

I. De las personas por cuyo bien padece Cristo N. S., y de las causas por qué padece.—II. Del amor y afecto con que Cristo N. S. padecia.—III. De las heroicas virtudes que Cristo N. S. ejercitó en su Pasión.

SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA.—**La Pasión de Cristo manifestación suprema de los atributos de Dios**.... 460

I. La Pasión de Cristo manifestación suprema de la omnipotencia de Dios.—II. La Pasión de Cristo manifestación suprema de la sabiduría de Dios.—III. La Pasión de Cristo manifestacion suprema del amor de Dios.

SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.—*(Sobre el evangelio del día.)*— **De la Transfiguración del Señor**..... 467

I. Motivos de este soberano misterio.—II. Cómo se transfiguró el Señor en el Tabor.—III. Lo que ocurrió en el monte Tabor después de la transfiguración de Cristo S. N.

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**Sobre la oración del huerto.**—*(Primera parte.)*..... 473

I. Agonía de Jesús en Getsemaní.—II. Oración divina de Cristo en Getsemaní.—III. Los Apóstoles en Getsemaní.

MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**Sobre la oración del huerto.**—*(Segunda parte.)*..... 480

I. Un ángel se aparece á Cristo N. S., y le conforta en su agonía.—II. Sudor de sangre en Getsemaní.—III. Frutos de la oración de Cristo N. S. en el huerto.

MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**Aplicación de los sentidos interiores del alma cerca de la oración del huerto, y sangre que Cristo N. S. derramó en él**..... 486

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**Sobre el prendimiento, en el huerto, de Cristo N. S.**..... 489

I. Antes del prendimiento.—II. Prendimiento de Cristo N. S.—III. Los Apóstoles huyen, dejando solo á su Maestro.

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA.—**Jesucristo en casa de Anás**..... 496

I. Desde el huerto á casa de Anás.—II. En casa de Anás.—III. De la bofetada que recibió en casa de Anás nuestro adorable Salvador.

SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA.—**De las tres negaciones de san Pedro**..... 503

I. De los malos pasos que anduvo Pedro hasta llegar al abismo de su caída.—II. Caída de san Pedro.—III. Conversion y arrepentimiento de san Pedro.

TERCERA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.—*(Sobre el evangelio del día.)*—**Del sordo y mudo que sanó Cristo N. S.**... 310

I. Presentan á Jesús el sordo-mudo.—II. Cura Cristo N. S. al sordo-mudo.—III. Efectos del milagro de Cristo N. S.

LUNES DE LA TERCERA SEMANA.—**Jesucristo en casa de Caifás**..... 516

I. Jesucristo delante de Caifás.—II. De las injurias y dolores que padeció Cristo N. S. en casa de Caifás.—III. La Virgen santísima en la noche de la Pasión de su divino Hijo.

MARTES DE LA TERCERA SEMANA.—**Jesucristo en casa de Pilatos**..... 523

I. Jesucristo es llevado al tribunal de Pilatos.—II. Jesucristo delante de Pilatos.—III. Maravilloso silencio de Cristo N. S. delante de Pilatos.

MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA.—**Jesucristo en casa de Herodes**..... 531

I. Jesucristo delante de Herodes.—II. Es Cristo preguntado por Herodes acerca de muchas cosas, y nada responde.—III. Jesucristo es vestido con una túnica blanca, y remitido á Pilatos.

JUEVES DE LA TERCERA SEMANA.— **De cómo los judíos escogieron á Barrabás y condenaron á Cristo**..... 539

I. Presenta Pilatos á Jesús en competencia con Barrabás.—II. El pueblo escoge á Barrabás.—III. Piden los judíos á Cristo para crucificarle.

VIERNES DE LA TERCERA SEMANA.—**De los azotes de Cristo N. S. en la columna**..... 544

I. Condena Pilatos á Jesús á ser azotado.—II. Despojan los soldados de sus vestiduras á Jesús.—III. Los azotes á la columna.

SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA.—**De la coronación de espinas**..... 550

I. Es nuevamente el Salvador burlado de los soldados gentiles.—II. La coronación de espinas.—III. Jesucristo rey de burlas para los soldados de Pilatos.

CUARTA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.—(*Sobre el evangelio del día.*)--**De la multiplicación de los panes y los peces.** 558

I. Las circunstancias del milagro.—II. El milagro de Jesús.—III. Sobre la esperanza y confianza en Dios, que debemos sacar de la consideración de este milagro.

LUNES DE LA CUARTA SEMANA.— **Del "Ecce-Homo,,, y del último examen que hizo Pilatos de Cristo N. S...** 564

I. «Ecce-Homo.»—II. «Crucifícale, crucifícale.»—III. Del último examen que hizo Pilatos de Cristo.

MARTES DE LA CUARTA SEMANA.—**De la condenación á muerte de Cristo N. S., y del camino del Calvario.** 572

I. Entrega Pilatos á Jesús para ser crucificado.—II. Los preparativos para el Calvario.—III. Camino del Calvario.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA.—**De lo que ocurrió á Cristo N. S. en el camino del Calvario**..... 579

I. Simón Cireneo.—II. Lamentan las piadosas mujeres al divino Salvador.—III. La Virgen santísima en la calle de la Amargura.

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA.—**Sobre la crucifixión de Cristo N. S.**..... 585

I. Las circunstancias de la crucifixión de Cristo N. S.—II. La crucifixión de Cristo N. S.—III. Es levantada la cruz en alto.

VIERNES DE LA CUARTA SEMANA.—**De lo que ocurrió después de la crucifixión de Cristo N. S.**..... 594

I. Del título de la cruz de Cristo N. S.—II. De la partición de las vestiduras de Cristo N. S.—III. De los escarnios que Cristo N. S. padeció en la cruz.

SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA.—**De la primera palabra que Cristo N. S. habló en la cruz**..... 623

I. De la ocasión en que Cristo N. S. da su primera lección en el santo árbol de la cruz.—II. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»—III. De los efectos que produjo la oración de Cristo N. S.

SEMANA DE PASIÓN

DOMINGO DE PASIÓN.—**De la segunda palabra que dijo Cristo N. S. en la cruz**..... 609

I. De los dos ladrones que fueron crucificados con Cristo N. S.—II. «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino.»—III. «Hoy serás conmigo en el paraíso.»

LUNES DE PASIÓN.—**De la tercera palabra que Cristo N. S. habló en la cruz.** 615

I. La Virgen santísima al pie de la cruz.—II. «Mujer, ve ahí á tu Hijo.»—III. «Ve ahí á tu Madre.»

MARTES DE PASIÓN.—**De la cuarta palabra que N. S. habló en la cruz**..... 621

I. De las causas por qué N. S. ordenó estas tinieblas milagrosas.—II. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»—III. De otros motivos del abandono de Cristo N. S. en la cruz.

MÉIRCOLES DE PASIÓN.—**De la quinta palabra que habló en la cruz Cristo N. S.**..... 628

I. «Sitio.—Tengo sed.»—II. De otra sed espiritual que padeció en la cruz Cristo N. S.—III. Dan á beber vinagre en la cruz á Cristo N. S.

JUEVES DE PASIÓN.—**Sexta palabra que habló nuestro Señor en la cruz**..... 636

I. La cruz y pasión de Cristo N. S., consumación de su oficio de Salvador y de Maestro.—II. La cruz y Pasión de Cristo, consumación de su oficio de mediador.—III. La cruz y Pasión de Cristo, consumación de nuestra fe y esperanza.

VIERNES DE PASIÓN Y DE DOLORES.—**De los dolores de María santísima**..... 643

I. La Virgen santísima sufre en el corazón los más terribles dolores de mujer y de madre.—II. La Virgen santísima sufre en su corazón los dolores de corredentora del mundo.—III. La Virgen santísima sufre en su corazón los dolores propios de la maternidad divina.

SÁBADO DE PASIÓN.—**De la séptima palabra que habló nuestro Señor en la cruz**..... 653

I. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»—II. De la gran voz que dió nuestro Señor antes de expirar.—III. Inclina la cabeza Cristo N. S. y expira en la cruz.

SEMANA SANTA

DOMINGO DE RAMOS.—**De la entrada solemne de Cristo N. S. con palmas y ramos**..... 661

I. De las amorosas causas porque ordenó el Salvador su entrada en

Jerusalén.—II. De las alabanzas con que el Señor fué recibido.—III. ¡Gloria sea al hijo de David!

LUNES SANTO. — **De las lágrimas que derramó Cristo N. S. sobre Jerusalén y de los misterios de este día**..... 668

I. Llora Jesucristo sobre Jerusalén.—II. Profetiza Cristo N. S. terribles males á Jerusalén.—III. De lo que hizo en este día Cristo N. S.

MARTES SANTO.—**De la cena de Cristo N. S. en Betania**.. 674

I. La Magdalena á los pies de Cristo.—II. Murmuran de Magdalena los discípulos.—III. Defiende Jesús á Magdalena.

MIÉRCOLES SANTO. — **De cómo Judas vendió por treinta dineros á Cristo N. S., y los príncipes de los sacerdotes se resolvieron de matarle**..... 678

I. De la gravísima injuria hecha á Cristo N. S. por el traidor discípulo Judas.—II. De otras circunstancias afrentosas de la venta de Cristo N. S.—III. Lo que sucedió después de la venta de Cristo N. S.

JUEVES SANTO.—**El Lavatorio de los pies**..... 685

I. Humildad divina de Cristo N. S.—II. Jesús á los pies de los Apóstoles.—III. Del razonamiento que hizo Cristo N. S. después del Lavatorio.

JUEVES SANTO.—**De la institución del santísimo Sacramento de la Eucaristía**..... 692

I. De lo que hizo Cristo N. S. antes de instituir el sacramento de su amor.—II. Del tiempo, lugar y compañía que escogió Cristo N. S. para instituir este santísimo Sacramento.—III. Amor infinito que nos mostró Jesús en la institución de la Eucaristía.

JUEVES SANTO.—**Del sermón que Cristo N. S. hizo después de la cena**..... 701

I. Jesucristo, como divino Maestro, exhorta á sus discípulos á actos heroicos de virtud.— II. Cristo, divino consolador, da á los Apóstoles consuelos para sus trabajos.— III. De la oración que Cristo N. S. hizo á su Padre al fin del sermón de la cena.

VIERNES SANTO, — **De los misterios que se encierran en Cristo crucificado**..... 710

I. Mira á Jesús crucificado como tu Salvador y Redentor.—II. Mira á Jesús crucificado como sumo Sacerdote y víctima por los pecados del mundo.—III. Mira á Jesús crucificado como á tu doctor y Maestro.

VIERNES SANTO. — **De la lanzada en el costado de Cristo N. S**..... 715

I. Del amor de Cristo en permitir fuese abierto su corazon.—II. De la sangre y agua que salió del sagrado costado de Cristo.—III. Cómo brotó la Iglesia del costado divino del Salvador.

VIERNES SANTO.— **De los milagros que sucedieron en muriendo Cristo N. S**..... 722

I. Rásgase el velo del templo en la muerte del Salvador.—II. La

tierra tiembla, las piedras se parten y los sepulcros se abren en la muerte del Salvador.—III. Reconoce el centurión y sus soldados la divinidad de Cristo N. S.

SÁBADO SANTO.— **Del descendimiento de la cruz y sepultura de nuestro Señor, y de la soledad de la Virgen santísima** 726

I. Del descendimiento de la cruz y sepultura de Cristo N. S.—II. Apártase la afligidísima Señora del santo sepulcro, y se vuelve á Jerusalén á llorar su soledad.—III. El día del sábado en el Cenáculo de Sión.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS DE LOS CUATRO PRIMEROS MESES DEL AÑO

(Dominica segunda después de la Epifanía.)

FIESTA DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS.— **De la devoción al dulcísimo nombre de Jesús**..... 736

I. La devoción al Nombre de Jesús es el amor al mismo Jesús.—II. La devoción al Nombre de Jesús consiste en el deseo de nuestra propia salvación.—III. La devoción al Nombre de Jesús exige también el amor al prójimo.

MARZO

1 **Los santos ángeles de la guarda**..... 740

I. Bondad de Dios designando á sus ángeles para guardarnos.—II. Cómo los ángeles cumplen durante nuestra vida el encargo que Dios les ha dado.—III. Qué auxilios nos prestan los ángeles á la hora y después de nuestra muerte.

19 **Festividad de san José**..... 745

I. Privilegios de san José como esposo de María.—II. Privilegios de san José como padre de Jesús.—III. Eminente santidad de san José.

25 **Sobre la Anunciación de la santísima Virgen**..... 752

I. La embajada del ángel á María.—II. La salutación del ángel.—III. De la respuesta de la santísima Virgen á la salutación del ángel.

A. M. D. G.